LAURENCE REES

# EL HOLOCAUSTO

## LAS VOCES DE LAS VÍCTIMAS Y DE LOS VERDUGOS

CRÍTICA

LAURENCE REES

# EL HOLOCAUSTO

## LAS VOCES DE LAS VÍCTIMAS Y DE LOS VERDUGOS

CRÍTICA

# Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

## ¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

**Explora** **Descubre** **Comparte**

# SINOPSIS

Tras veinticinco años de investigaciones acerca de la Alemania nazi, con libros como *Auschwitz*, Laurence Rees culmina su obra con esta visión global, que Nikolaus Wachsmann, el autor de *KL*, califica como «una de las mejores síntesis de la historia del Holocausto».

Este es un libro que se basa en la larga experiencia de trabajo de Rees: en sus visitas a los escenarios originales y en sus búsquedas en los archivos, pero sobre todo en las conversaciones con centenares de supervivientes de los campos de exterminio, recogidas en entrevistas filmadas, muchas de las cuales aparecen aquí por primera vez. Rees nos cuenta esta historia desde sus orígenes, desde que el odio antisemita de los nazis animó las primeras persecuciones, hasta el hundimiento del Reich, en un relato que cobra una fuerza y una emotividad especiales al llegarnos puntuado por las voces de las víctimas y de los verdugos.

*Para Camilla*

# Lista de mapas e ilustraciones

## Mapas

Deportaciones de judíos a Auschwitz
Centros de exterminio nazis en Polonia

## Ilustraciones

1. Adolf Hitler y un grupo de partidarios nazis, en la década de 1920 (Ullsteinbild/TopFoto)
2. Dietrich Eckart (Ullsteinbild/TopFoto)
3. Un joven Joseph Goebbels (World History Archive/TopFoto)
4. Una unidad de Freikorps recorre Múnich en 1919 (Ullsteinbild/TopFoto)
5. El presidente Paul von Hindenburg y Adolf Hitler, en 1933 (akg-images)
6. Otto Meissner y el ex canciller Franz von Papen (Ullsteinbild/TopFoto)
7. Presos de campos de concentración en la década de 1930 (Ullsteinbild/TopFoto)
8. Presos en Dachau, antes de la guerra (akg-images)
9. Adolf Hitler en 1936 (Ullsteinbild/TopFoto)
10. Joseph Goebbels contrae matrimonio con Magda Quandt en diciembre de 1931 (Topham Picturepoint)
11. Theodor Eicke (Ullsteinbild/TopFoto)
12. Hermann Göring y Heinrich Himmler (Topham/AP)
13. Adolf Eichmann (Ullsteinbild/TopFoto)
14. Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich (Ullsteinbild/TopFoto)
15. Judíos obligados a fregar las calles, tras la ocupación nazi de Austria, en 1938 (World History Archive/TopFoto)
16. Escaparates reventados tras la Noche de los Cristales Rotos, en noviembre de 1938 (Ullsteinbild/ TopFoto)
17. Una sinagoga en llamas, tras la Noche de los Cristales Rotos (bpk/Abraham Pisarek)
18. El campo principal de Auschwitz (ITAR-TASS/TopFoto)
19. Hitler y sus generales (Walter-Frentz-Collection, Berlín)
20. *Legitimationskarte* de un judío del gueto de Łódź (©IMAGNO/TopFoto)
21. El doctor Robert Ritter evalúa a una mujer sinti (Ullsteinbild/TopFoto)
22. Una auxiliar de Ritter interroga a una familia romaní (Roger-Viollet/TopFoto)

23. Ducha de judíos en el gueto de Łódź (Ullsteinbild/TopFoto)
24. Niños en el gueto de Łódź (Roger-Viollet/TopFoto)
25. Soldados alemanes marchan por París en 1940 (World History Archive/TopFoto)
26. Judíos neerlandeses se disponen a subir a trenes que los llevarán al este (©2003; Topham Picturepoint)
27. Heinrich Himmler visita el gueto de Łódź en junio de 1941 (Ullsteinbild/TopFoto)
28. Mordechai Chaim Rumkowski, sentado en su carruaje personal (Ullsteinbild/TopFoto)
29. Adolf Hitler con Jozef Tiso, presidente de Eslovaquia (©2004 TopFoto)
30. Adolf Hitler y Benito Mussolini (World History Archive/TopFoto)
31. El doctor Irmfried Eberl (Bundesarchiv, B162 Bildild-00636/fotógrafo desconocido)
32. Christian Wirth (Yad Vashem)
33. El papa Pío XII (Ullsteinbild/TopFoto)
34. Adolf Hitler, en una de sus raras apariciones en público avanzada la guerra (Walter-Frentz-Collection, Berlín)
35. Soldados alemanes roban cerdos (Bibliotek für Zeitgeschichte in der Württembergischen Landesbibliothek, Stuttgart)
36. Unidades alemanas avanzan hacia un pueblo en el frente oriental (Ullsteinbild/TopFoto)
37. Mujeres judías en la Unión Soviética ocupada, a la espera de que las fuerzas de seguridad alemanas las asesinen (bpk/Karl Sturm)
38. Las fuerzas de seguridad nazis en acción, en la Unión Soviética ocupada (akg-images)
39. Soldados soviéticos apresados por los alemanes (©2001; Topham/AP)
40. Civiles judíos capturados por los alemanes ( World History Archive/TopFoto)
41. Judíos húngaros llegan a Auschwitz Birkenau en 1944 (World History Archive/TopFoto)
42. Foto de Auschwitz Birkenau, tomada por un vuelo de reconocimiento Aliado (Roger-Viollet/TopFoto)
43. Selección de los recién llegados en Auschwitz Birkenau (Ullsteinbild/TopFoto)

44. Rato de descanso del personal de Auschwitz (United States Holocaust Memorial Museum, cortesía de un donante anónimo)
45. El crematorio III de Auschwitz (Colección del Archivo del Museo Estatal de Auschwitz Birkenau en Oświęcim)
46. El crematorio IV de Auschwitz (Colección del Archivo del Museo Estatal de Auschwitz Birkenau en Oświęcim)
47. Fritz Klein en Bergen-Belsen (Roger-Viollet/TopFoto)
48. Oskar Groening
49. Petras Zelionka

El editor ha hecho todo lo posible por identificar y recabar la autorización de los propietarios del *copyright* de todas las fotografías publicadas en esta obra. Si en algún caso no se ha logrado, el editor ruega que le sea comunicado.

# Prólogo

Para los nazis, Freda Wineman había cometido un delito: simplemente, era judía. En mayo de 1944, a los veinte años, fue arrestada en Saint-Etienne, en Francia, por colaboradores pertenecientes a la organización paramilitar de la Milice. Junto con sus padres y tres hermanos, primero la condujeron al tristemente famoso campo de detención de Drancy, a las afueras de París, y luego a Auschwitz Birkenau, en la Polonia ocupada por los nazis.

A principios de junio de 1944, el tren que venía de Francia con Freda, su familia y cerca de un millar de judíos más atravesó el arco de la casa de ladrillo rojo de los guardias de Birkenau, por una vía férrea que llevaba directamente al interior del campo. Cuando las puertas del vagón de carga se abrieron y salieron a la luz del día, Freda creyó que había llegado al «infierno. ¡El olor! ¡Qué olor más espantoso!».[1] Pero Freda aún desconocía el verdadero propósito de Birkenau. El lugar era enorme y estaba repleto de presos. ¿Quizá obligarían a trabajar a todos los recién llegados? Ella y su familia estaban en una zona situada al lado de la vía férrea, que se conocía como «la rampa», y la situación dio un giro inesperado. Varios presos de un equipo especial denominado *Sonderkommando*, vestidos con uniformes similares a pijamas, gritaron a los recién llegados: «Entreguen los niños a las mujeres mayores». En consecuencia, una mujer de poco más de veinte años puso un bebé en las manos de la madre de Freda.

Se pidió a los judíos que formaran dos filas en la rampa: a un lado, los hombres, a otro, las mujeres y los niños pequeños. Confundida por aquellos acontecimientos, Freda se sumó a la línea de las mujeres junto con su madre, que aún sostenía el bebé. Cuando su madre llegó a la cabeza de la cola, un médico de las SS —Freda cree que era el doctor Mengele— le dijo que se dirigiese a la derecha, con el bebé. Freda se fue detrás de su madre, pero entonces, según recuerda: «Mengele me llamó y dijo: "Tú, a la izquierda". Dije: "¡No quiero! ¡No me separarán de mi madre!". Él me dijo, como si no pasara nada: "Tu madre cuidará de los niños y tú irás con los

jóvenes"». «Yo no podía entender por qué nos separaron —continúa Freda —. No podía entender por qué tenían que entregar los niños a las mujeres mayores. Mi madre solo tenía cuarenta y seis años. Yo no podía entender qué estaba pasando, era demasiado rápido. Todo pasaba demasiado rápido.»

Mientras la madre se alejaba con el bebé, llegaron a la cabeza de la cola el padre de Freda y tres de sus hermanos. Les dijeron que se quedaran juntos. Pero mientras estaban en la rampa, David, el hermano mayor de Freda, vio que su madre se iba en otra dirección y pensó que el menor de la familia —Marcel, de trece años— debería ir con ella. Pensó que para Marcel «quizá sería más fácil» si su madre podía cuidar de él. Así pues, David le dijo que la acompañara, y Marcel, haciendo caso de las palabras de su hermano mayor, corrió a reunirse con ella. Sin saberlo ni pretenderlo, David había ayudado a enviar a Marcel a la muerte.

Entonces no lo sabían, pero acababan de participar en un proceso de selección en el que médicos de las SS, en cuestión de segundos, decidían qué persona moría de inmediato y qué persona podía seguir con vida temporalmente. La gran mayoría de las personas de ese transporte fueron elegidas para ser asesinadas en las cámaras de gas de Birkenau, incluidos la madre de Freda y el bebé que le habían puesto en los brazos. Los nazis no querían que los niños, los viejos o los enfermos durasen más que unas pocas horas en el campo.

Freda, su padre y sus tres hermanos habían sido elegidos para trabajar. Aunque los nazis querían que todos los judíos acabaran muriendo antes de hora, en este caso la ejecución, por lo menos, se posponía. Así pues, al dirigir a Marcel hacia su madre, David lo había incorporado al grupo que moriría de inmediato. Marcel, a sus trece años, estaba en el límite de ambos grupos y, por lo tanto, a las SS no les debió de importar que se fuera con su madre y lo mataran. Como dice Freda, las acciones de David «habrían sido las correctas, en otras circunstancias». Entre la inhumanidad de Auschwitz, sin embargo, «era la decisión equivocada».

En la rampa, los miembros del *Sonderkommando* habían dicho a las madres jóvenes que dieran los bebés porque la única oportunidad de sobrevivir a la selección inicial era presentarse frente al médico de las SS sin un hijo. Por joven y sana que fuera una madre, las SS casi nunca intentaban separarla de su hijo durante el proceso de la selección final, para no provocar el pánico entre los recién llegados. Los miembros del *Sonderkommando* habían echado un vistazo a la madre de Freda, mientras

esta aguardaba junto al tren, y habían decidido que a su edad no sobreviviría a la selección; como era evidente que moriría, y el bebé tampoco tenía oportunidad de salvarse de ese destino, los habían agrupado. De esa forma, la madre joven tendría ocasión de no morir aquel mismo día.

¿Cómo pudo llegar a darse en este mundo una situación así? ¿Cómo pudo ocurrir que las normas comunes de la moralidad y decencia se invirtieran de un modo tan inenarrable que el gesto compasivo de un hermano —reunir al hijo pequeño con su madre— pudiera causarle la muerte, y que una joven madre no pudiera sobrevivir más de un día salvo renunciando a su bebé y aceptando que lo mataran?

Más en general, ¿por qué razones los nazis decidieron exterminar a todo un grupo de personas? ¿Por qué se llevaron a millones de hombres, mujeres y niños y los gasearon, fusilaron, mataron de inanición o a palos, en suma: los asesinaron por cualquier medio disponible? Entre el catálogo de los horrores de los que los nazis fueron responsables, ¿qué lugar ocupó este genocidio?

Durante veinticinco años he estado pensando sobre estas preguntas al tiempo que escribía y producía varias series de documentales para televisión sobre los nazis y la segunda guerra mundial. En el transcurso de mi trabajo he viajado a muchos países y me he encontrado con cientos de testigos presenciales del período, entre los que figuran quienes sufrieron a manos de los nazis, como Freda Wineman, otros que contemplaron los hechos como observadores externos y, por último, también quienes perpetraron algunos de los crímenes. De todos los testimonios reunidos para las películas, solo un porcentaje muy pequeño ha visto la luz por escrito.

El Holocausto es el crimen más infame en la historia del mundo. Debemos entender qué hizo posible esta obscenidad. Y el presente libro, que se basa no solo en los materiales de primera mano sino también en estudios recientes y documentos de la época, es mi intento de hacer precisamente eso.

# 1

# Orígenes del odio

En septiembre de 1919, Adolf Hitler escribió una carta de un inmenso valor histórico. En aquel momento, sin embargo, nadie comprendió su importancia, porque el Adolf Hitler que redactó aquella carta no era nadie. A pesar de haber cumplido ya los treinta, carecía de hogar, de carrera, de esposa o novia, de amigos íntimos de ninguna clase. Si volvía la vista atrás, en su vida solo se acumulaban sueños frustrados. Había deseado ser un artista de fama, pero la cúpula del mundo artístico lo rechazó; había anhelado participar en una victoria de Alemania contra los Aliados, durante la primera guerra mundial, pero en noviembre de 1918 fue testigo de la humillante derrota de su país. Estaba resentido y enfadado, con ganas de encontrar un chivo expiatorio.

En la citada carta —fechada el 16 de septiembre de 1919 y dirigida a otro soldado como él, llamado Adolf Gemlich—, Hitler especificaba claramente a quién atribuía la responsabilidad no solo de su situación personal, sino del sufrimiento de toda la nación alemana. «Vive entre nosotros —escribió Hitler— una raza no alemana, una raza extranjera, que ni está dispuesta a sacrificar sus características raciales ni es capaz de hacerlo … y sin embargo posee todos los derechos políticos, al igual que nosotros … Todo cuanto lleva a los hombres a aspirar a lo más alto, ya sean la religión, el socialismo o la democracia, es para ella solo un medio al servicio de un fin: satisfacer su ansia de dinero y dominio. Su actividad tiene por consecuencia una tuberculosis racial en las naciones».[1] Este enemigo identificado por Hitler era «el judío». Luego añadía que todo gobierno alemán debía tener, como «objetivo último», la «expulsión irrevocable de los judíos».

Es un documento extraordinario, no solo porque nos permite adentrarnos en cómo pensaba en 1919 el hombre que más adelante instigaría el Holocausto, sino también porque es la primera prueba irrefutable de las ideas antisemitas de Hitler. En su autobiografía, *Mein Kampf* (*Mi lucha*), que escribió cinco años después, Hitler afirmó que ya odiaba a los judíos cuando se esforzaba por destacar en los círculos artísticos de Viena, en los primeros años del siglo XX. Pero algunos historiadores dan poco crédito a esta versión simplificada de su propio pasado[2] y han puesto en duda que en verdad fuera tan antisemita durante los años de Viena y de servicio como soldado en la primera guerra mundial.[3]

Esto no equivale a decir que Hitler se volvió antisemita de la noche a la mañana, en septiembre de 1919. Al escribir aquella carta partía de corrientes de pensamiento antisemita que habían circulado antes por Alemania, tanto durante la guerra mundial como inmediatamente después; tal es así, que en realidad ninguna de las ideas que recogió en aquella carta era original. Aunque con el tiempo se convertiría en el defensor más infame del antisemitismo, Hitler se basaba en una historia de intensa persecución.

El antisemitismo, por descontado, no era nada nuevo. Sus orígenes se remontan no a cientos, sino a miles de años. En la fase inicial del cristianismo, por ejemplo, aunque el propio Jesús había nacido en el seno del judaísmo, varios pasajes bíblicos hacen hincapié en la hostilidad de «los judíos». El evangelio de san Juan afirma que los judíos «tenían intención de matar» a Jesús;[4] en determinado momento incluso cogen piedras para arrojárselas.[5] Jesús, por su parte, los califica de hijos del «diablo».[6]

Así pues, el más sacro de los textos cristianos incluía en su seno ideas perniciosas sobre los judíos; varias generaciones de sacerdotes tildaron a los judíos de pueblo «pérfido» que había «ansiado la muerte de Jesucristo Nuestro Señor».[7] No es difícil comprender, por lo tanto, por qué la persecución de los judíos fue un hecho corriente en una Europa medieval dominada por la cultura cristiana. En numerosos países se prohibió que los judíos poseyeran tierras, ejercieran determinadas profesiones y vivieran donde se les antojara. Durante diversos períodos, en varias ciudades de toda Europa, se obligó a los judíos a vivir en guetos y vestirse con un distintivo específico; en la Roma del siglo XIII, por ejemplo, era una insignia amarilla. Uno de los pocos trabajos en los que podían emplearse era el de prestamista, pues a los cristianos se les prohibía ejercer la «usura»; como se evidencia en *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, el prestamista judío

se convirtió en una figura odiada. En Alemania, en 1543, Martín Lutero escribió *Sobre los judíos y sus mentiras*. Los judíos, según Lutero, «no son sino ladrones y timadores que no hay día que no coman bocado o lleven prenda de ropa que no hayan robado y hurtado a nosotros por medio de su maldita usura»; el teólogo pidió al pueblo que los «expulse para siempre de este país … ¡Fuera de una vez!».[8]

La Ilustración trajo mejor suerte a los judíos europeos. Durante este período de progreso científico y político se pusieron en duda muchas creencias tradicionales. Por ejemplo, se planteó si los judíos «merecían» el trato recibido o si eran simples víctimas de los prejuicios. En 1781, el historiador alemán Christian Wilhelm von Dohm defendió la emancipación de los judíos y señaló que «todo cuanto se reprocha a los judíos es un efecto de las condiciones políticas en las que ahora viven».[9] En Francia, a partir de la Declaración de los Derechos del Hombre, de 1789, los judíos se convirtieron en ciudadanos «libres e iguales» ante la ley. Durante el siglo XIX, en Alemania, se levantaron muchas de las prohibiciones existentes, por ejemplo los vetos profesionales.

Sin embargo, todas esas libertades tuvieron su coste. Así, al mismo tiempo que los judíos alemanes podían gozar de las nuevas oportunidades, el país vivía una transformación colosal: ningún otro país de Europa cambió con tanta rapidez como Alemania en la segunda mitad del siglo XIX. La producción de carbón ascendió de 1.500.000 toneladas (1850) a 100 millones (1906).[10] La población pasó de los poco más de 40 millones de habitantes de 1871 a más de 65 millones en 1911. También se produjo una transformación política, marcada por la unificación del país en 1871. En la estela de toda esta agitación, surgieron profundos interrogantes sobre la naturaleza cultural y espiritual de esta nueva nación. Entre ellas, no tuvo poca importancia la de: ¿qué significa ser «alemán»?

Los defensores del poder del *Volk* tenían respuesta a este interrogante. Aunque por lo general *Volk* se traduce al inglés como *people* («el pueblo»), [o *the German people*, «los alemanes»], carecemos de una palabra que baste para reproducir toda la amplitud del concepto. Los teóricos de lo *völkisch* [popular-nacional] veían una conexión casi mística entre un grupo de habitantes que hablan la misma lengua y poseen una herencia cultural compartida con la tierra de su país natal. Como reacción al crecimiento repentino de las ciudades y la contaminación que emanaba de las fábricas de reciente construcción, estos teóricos ensalzaban la gloria del paisaje rural

alemán, en particular la fuerza del bosque. En *Land und Leute* («Tierra y pueblo»), una de las más famosas odas al *Volk*, el profesor Wilhelm Heinrich Riehl escribió: «Un pueblo tiene que extinguirse si ya no es capaz de comprender el legado de los bosques que le dan vigor y rejuvenecen. Debemos preservar el bosque, no solo para que no se apaguen las estufas en invierno, sino también para mantener cálido y feliz el pulso del pueblo de forma que los alemanes puedan seguir siendo alemanes».[11] Riehl, que escribía mediado el siglo XIX, advertía contra el peligro que representaba no solo el crecimiento de las ciudades, sino también todo un símbolo de la modernidad, el ferrocarril: «El campesino, en especial, siente que ya no puede seguir siendo el "campesino de siempre" al lado del nuevo ferrocarril … todo el mundo teme convertirse en alguien distinto, y quienes pretenden privarnos de nuestra forma de vida característica no se asemejan tanto a buenos espíritus como a espectros del infierno».[12]

El concepto del *Volk* cobraría una importancia inmensa para Hitler y los nazis. El ministro de Propaganda nazi, Joseph Goebbels, llegó a encargar una película específica, titulada *Ewiger Wald* («Bosque eterno»), que vio la luz en 1936 y glorificaba el poder y la importancia de los bosques y los campesinos. «Nuestros ancestros fueron un pueblo forestal —decía el comunicado de prensa que acompañaba a la cinta—, su Dios vivía en cuevas sagradas, su religión surgió de los bosques. Ningún pueblo puede vivir sin el bosque y los culpables de la deforestación caerán en el olvido».[13] El comentario final de la película reforzaba este lazo entre *Volk* y bosque: «¡El pueblo, como el bosque, resistirá para siempre!».[14]

Antes de la primera guerra mundial, el movimiento juvenil más popular de Alemania fue el Wandervogel [Ave de paso], una organización que pedía a los jóvenes que viajaran al campo para recuperar la conexión entre el pueblo alemán y la tierra de Alemania. «Era un movimiento espiritual —afirma Fridolin von Spaun, que se unió al Wandervogel durante la adolescencia—. Era una reacción contra la era del emperador Guillermo, centrada exclusivamente en la industria y el comercio».[15] Otros jóvenes alemanes se sumaron a grupos como la Liga Gimnástica Alemana, que hacía ejercicio al aire libre. «La primera vez que vi una esvástica fue en la Liga Gimnástica Alemana —cuenta Emil Klein, que se había incorporado a la Liga antes de la primera guerra mundial—. Las cuatro F —*frisch* [fresco], *fromm* [pío], *fröhlich* [alegre] y *frei* [libre]— se cruzaban para formar una doble esvástica en la insignia, una insignia de bronce que nos

identificaba».[16] Varios grupos *völkisch* adoptaron la esvástica. Creían que este símbolo antiguo, empleado por diversas culturas en el pasado, representaba un vínculo de unión con sus antecesores más antiguos, en parte porque se habían encontrado inscripciones similares en varias reliquias arqueológicas alemanas.

Todas estas novedades supusieron un problema para los judíos alemanes, que quedaban excluidos del concepto de *Volk*. En su mayoría, los judíos de Alemania vivían en ciudades y trabajaban en empleos que eran la antítesis del ideal *völkisch*: los judíos, a todas luces, no habían «surgido del bosque». En *Soll und Haben —Debe y Haber*, una novela alemana enormemente popular, publicada en 1855—,[17] el personaje central, el empresario judío Veitel Itzig, es descrito como una persona odiosa, obsesionada con el dinero, que engaña a los alemanes, tan honrados como ingenuos. Itzig es un parásito y su vida no podría estar más alejada del ideal noble del campesino que labra la tierra.

Pese a que no todos los partidarios de la idea del *Volk* eran antisemitas, aun así el judío se convirtió, para el movimiento *völkisch*, en un símbolo de todo cuanto iba mal en la nueva Alemania. Si eras un campesino con dificultades para lidiar con el crecimiento repentino de las ciudades y la realidad de los trenes que se habían puesto a atravesar tus tierras, podías echar la culpa a los judíos. Si eras un comerciante preocupado porque los clientes se estaban pasando a los nuevos grandes almacenes, podías echar la culpa a los judíos. Si trabajabas en un taller de artesanía que no podía vender sus productos porque los bienes de fabricación industrial copaban el mercado, podías echar la culpa a los judíos.

Naturalmente, todos estos argumentos se basaban en un prejuicio. Si los judíos alemanes vivían en ciudades, abrían grandes almacenes y creaban industrias, era en buena medida porque se les había apartado, durante cientos de años, de los empleos que lo *völkisch* ensalzaba. En suma: después de haber prohibido a los judíos que tuvieran tierras en propiedad, se les reprochaba falta de arraigo en la tierra. Esta antipatía creciente hacia los judíos era tanto más sorprendente cuanto que en Alemania apenas vivían judíos: menos del 1 % de la población de Alemania era judía. Muchos alemanes no conocieron a ningún judío en persona. Pero la ausencia de judíos no frena por sí sola el antisemitismo.

Los viejos prejuicios contra los judíos alemanes no desaparecieron con el auge del movimiento *völkisch*, por lo tanto, sino que se consolidaron. Paul

Lagarde, uno de los *völkisch* más netamente antisemitas, despotricaba con palabras que no habrían disgustado a Martín Lutero. «Somos antisemitas —escribió en *Juden und Indogermanen* [Judíos e indogermanos], publicado en 1887 —porque en la Alemania del siglo XIX los judíos que viven entre nosotros representan puntos de vista, costumbres y exigencias que se remontan a los tiempos de la división en pueblos, poco después del Diluvio … porque en mitad de un mundo cristiano, los judíos son herejes asiáticos». Los judíos, según Lagarde, eran «un pueblo que, durante miles de años, no ha aportado nada a la historia».[18]

La falsa percepción de que los judíos eran al mismo tiempo una fuerza extranjera y el secreto poder en la sombra de la nueva Alemania hizo que Heinrich Class, jefe de la Liga Panalemana, escribiera *Wenn ich der Kaiser wär'* [Si yo fuera el káiser]. El libro de Class, publicado en 1912, dos años antes de que estallara la primera guerra mundial, relacionaba la necesidad de que «nuestra vida nacional recobre la salud» con la exigencia de «desterrar del todo … la influencia judía, o reducirla a un nivel inocuo y soportable».[19] Class propuso diversas medidas restrictivas contra los judíos. Así, reclamó que los periódicos que eran propiedad de judíos o daban empleo a autores judíos «dieran este hecho a conocer», que se impidiera a los judíos prestar servicio en el Ejército o la Armada y que se les vetara el acceso a profesiones como la enseñanza o el Derecho.

En paralelo al antisemitismo *völkisch* y el «tradicional» de base cristiana, estaba creciendo también una hostilidad muy distinta. Era la idea que defendía Hitler en su carta de septiembre de 1919: un «antisemitismo fundado en la razón». Los antisemitas «modernos» como Hitler pretendían justificar su odio en razones seudocientíficas y alegaban que había que despreciar a los judíos no por su religión, sino por su «raza».

La idea de que los seres humanos podían clasificarse en «razas», y que algunas de ellas eran superiores a las otras, había recibido un respaldo semirrazonado con la publicación, en 1855, del *Essai sur l'inégalité des races humaines* (*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*) de Arthur de Gobineau.[20] De Gobineau, que de formación era diplomático, y no científico, planteó un mundo formado por tres razas: «la negra, la amarilla y la blanca». «La variante negroide es la inferior y se sitúa al pie de la escala». La raza amarilla era «claramente superior a la negra», pero aun así era «incapaz de crear una sociedad civilizada, pues no podría proporcionarle su fuerza nerviosa ni activar los mecanismos de la belleza y

la acción». En lo más alto de la jerarquía racial estaba la «raza blanca», caracterizada por «un notable, si no incluso extremo, amor por la libertad». «La lección de la historia» permitía concluir que «todas las civilizaciones derivan de la raza blanca y ninguna puede existir sin su ayuda, y una sociedad será grande y brillante tan solo en la medida en que preserve la sangre del grupo noble que la creó». De Gobineau también creía que todas las «civilizaciones» europeas —incluida la de las «razas alemanas»— habían sido creadas, «al menos en parte», por un grupo denominado «arios», que habían migrado a Europa desde la India.

Houston Stewart Chamberlain, un escritor nacido en Inglaterra que con el tiempo adquirió la ciudadanía alemana, introdujo una faceta antisemita en todo este contexto con su obra *Die Grundlagen des XIX. Jahrhunderts* [Fundamentos del siglo XIX], publicada en 1899. El libro se hizo muy popular, y no solo en Alemania. En su efusiva «Introducción» a la edición inglesa, lord Redesdale escribió que «ha sido reconocida con prontitud como una de las obras maestras del siglo» y que «por el bien del mundo» se había podido «cosechar el fruto maduro» del «saber y la erudición» de Chamberlain.[21] Chamberlain defendía que si los arios representaban el ideal último, los judíos personificaban exactamente lo contrario. Aunque a primera vista no siempre era fácil distinguir a un judío de un ario, en realidad todos los judíos no eran sino «un pueblo asiático y extraño» que «con los medios más viles» había «adquirido una inmensa riqueza».[22] Ahora bien, como solo la «raza» judía y la germánica habían logrado preservar su propia «pureza», ambas estaban destinadas a combatir a muerte por la supremacía.

Como era de esperar, Chamberlain y Hitler sintieron especial afinidad mutua. Tras conocer a Hitler en 1923, Chamberlain afirmó que «acto seguido … su condición espiritual» se había transformado.[23] A su vez, los nazis adoptaron a Chamberlain como uno de los suyos. El septuagésimo aniversario del autor, en 1925, fue muy publicitado en el periódico nazi *Völkischer Beobachter*, y sus *Grundlagen* se convirtieron en texto de cabecera.

La teoría racial despertó mucho entusiasmo —en especial, entre los grupos cuya «superioridad» ensalzaban tanto Chamberlain como De Gobineau—. La idea de que era posible evaluar a una persona por su mera apariencia física demostró ser muy atractiva. En la popular novela alemana *Helmut Harringa* (1910), un juez no puede aceptar que Harringa sea

culpable porque su apariencia es demasiado pura.[24] Esta lección, al parecer, se la creyó a pies juntillas el *Reichsführer SS* Heinrich Himmler. Cuando pasaba revista a una unidad de las SS, en 1938, un soldado le «llamó» la atención debido a su «aspecto». El simple aspecto bastó para que Himmler lo considerara un «hombre capaz, de buena sangre alemana». Himmler investigó sus orígenes y pidió que lo ascendieran.[25]

Aún hay que añadir otro elemento a esta combinación tóxica de antisemitismo «tradicional», *völkisch* y «racial»: la aparición del movimiento eugenésico. La palabra «eugenesia» (del griego, literalmente: «buena raza») fue acuñada por el científico inglés Francis Galton. En su obra de 1869 *Hereditary Genius* [El genio hereditario] defendió que la sociedad debía afrontar una pregunta simple, pero crucial: ¿a quién se le permitía procrear? Alegaba que, mediante una «selección cuidadosa», sería posible «producir una raza de hombres de gran talento, por medio de matrimonios sensatos, a lo largo de varias generaciones consecutivas». La sociedad debía reconocer que «cada generación posee un poder enorme sobre los dones naturales de los que la seguirán» y, por lo tanto, era su deber «para con la humanidad investigar el alcance de ese poder y ejercerlo de forma que, sin perjudicarnos a nosotros mismos, resulte de la mayor ventaja para los futuros habitantes de la Tierra».[26]

Galton nunca propuso impedir por la fuerza que determinadas personas pudieran tener hijos, pero otros sí lo hicieron. En 1895, el alemán Alfred Ploetz, defensor de la eugenesia —«higiene racial», en sus palabras— planteó la posibilidad de que los médicos decidieran si los recién nacidos debían vivir o morir, según fuera su valor racial. También aseveró que los «partidarios de la higiene racial tendrán pocas objeciones contra la guerra, pues en ella ven uno de los medios a través de los cuales las naciones llevan a cabo la batalla por la existencia». A este respecto también sugirió que, durante una batalla, se usara a los «inferiores» raciales como «carne de cañón», situándolos en las posiciones más peligrosas.[27]

Muchos de los pioneros de la eugenesia no eran antisemitas —Ploetz, por ejemplo, entendía que los judíos eran «de raza aria»—, pero sus enseñanzas fueron de enorme valor para quienes sí odiaban a los judíos. Así, la idea de que la «higiene racial» era esencial para la salud de una nación, combinada con la noción de Chamberlain de que la raza judía representaba una amenaza para el pueblo «ario», añadía un elemento potencialmente catastrófico al caldo de cultivo antisemita. El antisemitismo tradicional se

basaba en la religión, con lo cual, si un judío se convertía al cristianismo, tenía una oportunidad de escapar a la persecución. Pero la idea de que el «ser judío» era un componente inherente a la persona —que estaba presente en su sangre, según los nazis llegaron a creer— suponía que no había escapatoria. La propia «raza», que uno mismo no podía controlar, era el propio destino. Daba igual que uno fuera la persona más extraordinariamente amable y generosa que quepa imaginar; si pertenecía a una «raza» considerada inferior o peligrosa, corría peligro.

En su carta de septiembre de 1919, Hitler afirmó expresamente que «los judíos son, sin lugar a dudas, una raza, no una comunidad religiosa». Era una idea crucial en su razonamiento antisemita. En consecuencia, para él, apenas importaba qué religión practicara «el judío», pues «apenas hay raza ninguna cuyos miembros pertenezcan, todos ellos, a una única religión».

Sin embargo, aunque los nazis buscaron desesperadamente una prueba que les permitiera detectar la «sangre judía», nunca dieron con un método científico de identificación «racial» de los judíos —como, por otro lado, tampoco es de extrañar—. En consecuencia, cuando los nazis empezaron a perseguir y, más adelante, a exterminar a los judíos, tuvieron que partir de una prueba religiosa de la «condición judía»: decidían si uno era judío según la cantidad de abuelos que hubieran practicado la ley mosaica. Aun así, los nazis seguían creyendo que los judíos eran una «raza», no una «religión». La primacía de la raza era crucial en la concepción del mundo hitleriana, hasta el punto de que Hitler nunca iba a permitir que un asunto menor como la ciencia se cruzara en el camino de sus creencias.

En este punto es preciso hacer una advertencia. Dado que, como hemos visto, la creencia antisemita alemana fue anterior a la aparición de Hitler y del nazismo como fuerza política, cabría pensar, quizá, que existe una línea directa entre el odio anterior a la primera guerra mundial y el antisemitismo del Tercer Reich y el Holocausto; es decir, que el horror posterior era, en cierto modo, inevitable. Pero esta perspectiva es errónea por dos razones de importancia. En primer lugar, pese a la vehemencia de sus ideas, los partidos antisemitas de Alemania no habían convencido al resto del país. Se ha calculado que en la representación parlamentaria del Reichstag de 1893 tan solo había dieciséis representantes electos de grupos antisemitas, más una docena de miembros de otros partidos que apoyaban esas ideas.[28] La abrumadora mayoría de los votantes alemanes —¡el 95 %!— no estaban dispuestos a depositar su confianza en partidos abiertamente antisemitas.

Por descontado, tales estadísticas no ponen de manifiesto el prejuicio latente contra los judíos. Este debía de ser importante, porque, como se ha visto, hacía siglos que había en Alemania un antisemitismo de base cristiana. Ahora bien, en la misma época, muchos otros países europeos exhibieron rasgos antisemitas. Aquí hallamos la segunda razón por la que no debe exagerarse el antisemitismo de Alemania: si uno hubiera vivido en los primeros años del siglo XX y le hubieran preguntado qué país se iba a caracterizar, en el futuro, por una política de exterminio de los judíos, difícilmente habría apuntado Alemania; muy probablemente se habría decantado por Rusia. En efecto, en la Rusia de preguerra, los judíos sufrieron una violencia antisemita verdaderamente espantosa. En un pogromo —palabra que viene directamente del ruso *pogrom*— contra los judíos de Kishiniov (Chișinău), en abril de 1903, se destruyeron cientos de casas y tiendas y se dio muerte a 49 judíos. Los judíos habían sido acusados, de forma tan falsa como absurda, de asesinar a niños para utilizar su sangre en la preparación de panes para la Pascua. Dos años después, en octubre de 1905, en Odesa, se destruyeron cerca de 1.600 hogares y se mató o hirió a varios miles de judíos.[29] Son tan solo dos ejemplos de los ataques asesinos que sufrieron los judíos en la Rusia de este período, pero hubo muchos más. En total, cerca de dos millones de judíos huyeron de Rusia entre 1880 y el estallido de la primera guerra mundial, buscando una vida mejor y menos insegura. En Alemania, durante este período, no se vivió nada similar. Los judíos alemanes que leyeran noticias sobre los ataques asesinos de Odesa y Kishiniov se habrían considerado afortunados de vivir en un país civilizado en el que tal clase de cosas no tenían cabida.

En todo caso, no es fácil precisar cuál fue la actitud de Hitler hacia los judíos antes de la primera guerra mundial. Vivió en Viena entre 1908 y 1913, donde sintió admiración por el alcalde, Karl Lueger, un antisemita acérrimo, que en cierta ocasión afirmó que el hecho de que los judíos tuvieran el control de periódicos y capital no era sino «terrorismo de lo más funesto» y que él ansiaba liberar al pueblo cristiano del «dominio judío».[30] Lueger también creía que los judíos eran el «peor enemigo del pueblo alemán».[31] Pese a tal admiración, es discutible que Hitler, en esta época, reprodujera siquiera tales puntos de vista. En cambio, no cabe duda de que en Viena estaba dispuesto a vender sus pinturas a marchantes de arte judíos.[32] Tal vez, como ha sugerido uno de los expertos en la materia, a la

vez que era «pragmático» en el trato con los judíos se había empapado ya del antisemitismo de Viena.[33] Sencillamente, no lo sabemos con certeza.

No cabe duda alguna, en cambio, de que en la primera guerra mundial Hitler dio un apoyo pleno e incondicional a la causa alemana y participó en el conflicto con entusiasmo. En agosto de 1914 solicitó ingresar en un regimiento bávaro, es decir, como soldado del ejército alemán, no del austríaco. Hitler era pangermanista a ultranza y, aunque había nacido en Austria, se consideraba antes que nada alemán. En el ejército se condujo con valentía y fue distinguido con la Cruz de Hierro de primera clase. En la segunda guerra mundial solía llevar esa misma Cruz de Hierro en su chaqueta, sin mencionar, eso sí, que quien le había recomendado para el galardón había sido un oficial judío, Hugo Gutmann.[34]

En 1916, la guerra pintaba mal para los alemanes. En el frente había tablas y en el país escaseaba la comida. Quedaba claro que la idea en la que se habían basado los planes del Estado Mayor General —la idea de una victoria rápida— era en realidad una fantasía. Se buscaba un chivo expiatorio al que culpar de las dificultades de Alemania y muchos empezaron a dirigirse a los judíos. El ministro de la Guerra prusiano afirmó que su departamento recibía quejas «constantes» de la «mayoría de la población», según las cuales «una multitud de hombres de fe israelita» escurrían el bulto en vez de cumplir con el deber de luchar en el frente.[35] De resultas se llevó a cabo un censo del número de judíos que participaba activamente en la guerra. Los resultados no se llegaron a conocer nunca. Cundió la sospecha de que las autoridades alemanas, tras descubrir que los datos recopilados ponían de manifiesto la injusticia y falsedad de la acusación, prefirieron ocultar la verdad.

Objetivamente, el porcentaje de alistamiento de los judíos alemanes era igual al de los no judíos. Pese a todo, pervivió la mentira de que, de un modo u otro, habían evitado cumplir con su deber patriótico. En la década de 1920, por ejemplo, el periódico *Der Schild* publicó la calumnia de que «cerca del frente se había construido un hospital de campaña para judíos, generosamente equipado con los últimos útiles de la medicina y un personal exclusivamente judío. Tras ocho semanas de espera trató a su primer paciente, un hombre que llegó chillando de dolor porque una máquina de escribir le había caído encima de un pie».[36]

No era la primera vez en la historia que los judíos se convertían en chivo expiatorio. Walther Rathenau, influyente político e industrial judío, dirigió

en 1916 estas palabras proféticas a un amigo: «Cuantos más judíos mueran [en combate] en esta guerra, más obstinadamente sus enemigos intentarán demostrar que estaban todos sentados en la retaguardia para poder beneficiarse de la especulación. El odio se va a duplicar o triplicar».[37]

Las circunstancias en las que terminó la primera guerra mundial, en lo que respectaba a Alemania, dieron a los antisemitas más oportunidades para echar la culpa a los judíos. En primer lugar, porque tras el armisticio de noviembre de 1918 hubo un levantamiento socialista. El *Ruhr-Echo* proclamó que «la bandera roja debe ondear victoriosa sobre toda Alemania. Alemania debe convertirse en una república de sóviets y, al unísono con Rusia, en un trampolín para la próxima victoria de la revolución y el socialismo mundiales».[38] En abril de 1919, un grupo revolucionario proclamó una «república soviética» en Baviera. Los comunistas, encabezados por Eugen Leviné, intentaron imponer en Múnich medidas de socialismo radical, como por ejemplo apoderarse de pisos de lujo para alojar a pobres. Además recurrieron a la violencia para conseguir sus fines: el 30 de abril se asesinó a diez prisioneros. En mayo de 1919, el Freikorps —«cuerpo libre» de paramilitares derechistas— atravesó Baviera, entró en Múnich y derrotó a los comunistas. La venganza fue sangrienta y costó la vida a más de un millar de revolucionarios.

Entre los revolucionarios más destacados, varios eran judíos. Así, algunos jóvenes como Fridolin von Spaun (que se unió a un Freikorps nada más concluir la primera guerra mundial) justificaron su antisemitismo mediante una cruda asociación entre judaísmo y comunismo. «Casi todos los que enviaron a Baviera para instalar un régimen de consejos [soviéticos] eran judíos —afirma Von Spaun—. Por descontado, también sabíamos, por Rusia, que los judíos ocupaban posiciones de gran influencia. Así que en Alemania fue arraigando la convicción de que el bolchevismo y el judaísmo eran lo mismo o casi lo mismo.»[39]

A los judíos no se les acusó tan solo de instigar una revolución comunista en Alemania. También se los responsabilizó de que se perdiera la guerra; de destruir el viejo régimen político, basado en el káiser; de aceptar los términos del odiado tratado de paz de Versalles; y de participar en el gobierno de Weimar, que asistió a la inflación extrema de los primeros años de la década de 1920.

Los antisemitas adujeron que en todas esas cuestiones políticas se constataba la intervención judía. Por ejemplo, destacaban que la

constitución de Weimar había sido redactada por el jurista judío Hugo Preuss; que en 1917, el presidente del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania era el judío Hugo Haase; que otro estadista judío, Otto Landsberg, había acudido a Versalles como ministro de Justicia y había escuchado las exigencias de los Aliados en la conferencia de paz posterior a la guerra; y que el industrial judío Walther Rathenau no solo había trabajado en el Ministerio de Guerra durante el conflicto, sino que después había sido ministro de Exteriores del gobierno de Weimar.

Todos los hechos anteriores son ciertos. Pero no representan adecuadamente la verdad global. No solo resultaba absurdo atribuir a estadistas judíos la responsabilidad única de decisiones colectivas en las que solo habían tenido un papel parcial, sino que ningún intento de «culpar» individualmente a esas personas resistía un escrutinio riguroso. Por ejemplo, aunque era cierto que Hugo Preuss había participado en la redacción de la constitución de Weimar, la versión última no era suya y contenía cláusulas que él no había escrito. Del mismo modo, aunque Otto Landsberg acudió a Versalles para escuchar las exigencias de los Aliados, los antisemitas se cuidaban de callarse que el tratado le pareció tan inaceptable que presentó la dimisión. En cuanto a Hugo Haase y Walther Rathenau, ambos fueron asesinados poco después de la guerra (Haase en 1919 y Rathenau en 1922), por lo que difícilmente cabía adscribirles los defectos políticos posteriores del Estado de Weimar.

Pero los prejuicios solo funcionan si se pasan por alto determinados hechos y se exageran otros, y los alemanes carecían del ánimo preciso para poner en duda su propia respuesta emocional ante la penosa situación en la que se hallaban. Muchos millones de alemanes sufrían la carestía de alimentos provocada por el bloque naval del país, que los Aliados mantuvieron hasta el verano de 1919 para forzar al nuevo gobierno a firmar el convenio de paz. La nación también padecía los efectos de la epidemia de gripe de 1918, que causó un sufrimiento ingente y un número elevado de muertes. Ante tal estado de cosas —unido al temor a una inminente revolución comunista—, muchos optaron por el antisemitismo como forma fácil de explicar sus penalidades. Theodor Eschenburg, por ejemplo, contaba catorce años cuando la guerra acabó, y recuerda que su padre, de golpe, «desarrolló un antisemitismo racial que antes no había mostrado. La revolución mundial, los banqueros mundiales, la prensa mundial, ¡todo lleno de judíos!».[40]

En este contexto —una guerra perdida, un descontento colosal— surgió una nueva fuerza política en el sur de Alemania: el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. En pocas palabras: los nazis.

# 2

# El nacimiento del nazismo (1919-1923)

El desarrollo del partido nazi se acompañó de un cambio fundamental en el medio político de Alemania. En adelante, los antisemitas alemanes no se limitaron a culpar a los judíos de los problemas de su presente, con más intensidad que antes de la guerra; sino que su odio adquirió una dimensión totalmente nueva.

En 1912, el líder de los pangermanistas, Heinrich Class, había dado a su ataque contra los judíos el título de *Si yo fuera el káiser*. Class, por lo tanto, entendía que los cambios por los que abogaba podían hacerse realidad dentro del sistema político establecido, cuya cabeza era el emperador. En 1919, en cambio, resultaba inimaginable que una figura del antisemitismo titulase una nueva acometida contra los judíos con un *Si yo fuera el presidente de la República de Weimar*. En efecto, había dejado de creerse que el gobierno contribuiría a solucionar el «problema» judío; antes al contrario, el propio gobierno formaba parte del «problema». En este clima de descontento los grupos antisemitas prosperaron. El más poderoso era la Deutschvölkischer Schutz– und Trutzbund (Federación Popular Alemana de Defensa y Protección), fundada en febrero de 1919. En 1922, la Federación contaba con 150.000 miembros, y todos ellos apoyaban una constitución que exigía «eliminar» la «perniciosa y destructiva influencia de la judería».[1]

Baviera, en especial, fue un auténtico caldo de cultivo para una gran diversidad de grupos antisemitas radicales. En Múnich, por ejemplo, la Sociedad Thule exigía que todos los posibles miembros jurasen que «por sus venas o las de su mujer» no corría «sangre judía ni de color».[2] Una vez cumplimentados los requisitos de acceso, los componentes de la sociedad quedaban expuestos a la retórica del fundador, el *Freiherr* (barón) Rudolf

von Sebottendorff. Cuando el ejército alemán fue derrotado, en noviembre de 1918, su punto de vista era netamente apocalíptico. Proclamó: «Ahora nos gobierna nuestro enemigo mortal: Judá. Todavía no sabemos cómo terminará este caos. [Pero] podemos adivinarlo. Vendrán tiempos de huida, de graves penalidades, ¡tiempos de peligro! Todos nosotros, los que estamos en esta lucha, corremos peligro, porque el enemigo nos odia con el odio infinito de la raza judía. Es la hora del "ojo por ojo, diente por diente". … Hermanos y hermanas, se han acabado los días de los discursos contemplativos, las reuniones, ¡las fiestas! Es la hora de luchar, ¡y yo quiero luchar, yo pienso luchar! Luchar hasta que la esvástica [símbolo de la Sociedad Thule] ondee triunfante … Ahora es necesario hablar del Imperio Alemán, ahora es necesario afirmar que los judíos son nuestros enemigos mortales».[3]

Otro miembro destacado de la Sociedad Thule era Dietrich Eckart: un dramaturgo alcohólico, de poco más de cincuenta años, que ejerció una notable influencia sobre Adolf Hitler, a la sazón en la treintena. Eckart era resueltamente antisemita. Cobró fama por su adaptación del *Peer Gynt* de Ibsen, que modificó para convertir a los troles en judíos caricaturescos.[4] En otra de sus obras, *Familienvater* (*Padre de familia*), Eckart contó la historia de un periodista valiente que intentaba desenmascarar el corrupto poder de los judíos en los medios de comunicación; este periodista escribía una obra teatral que advertía al público de tal peligro, pero los judíos usaban su influencia para hacerla fracasar. En un giro de acontecimientos que, de no haberse dado en un marco tan espantoso, resultaría cómico, cuando la obra de Eckart sobre el dramaturgo sin éxito cuya obra fracasaba por culpa de los judíos fracasó a su vez, el autor le echó las culpas —¿acaso podía ser de otro modo?— a los judíos.[5] Para Eckart, «la cuestión judía» era la «cuestión que engloba todas las otras cuestiones. En la Tierra ya nada quedaría oscuro si uno pudiera arrojar luz sobre su misterio».[6] Lo que es más: «ni un solo pueblo del mundo» dejaría vivir «al judío» si lo entendiera; si «de pronto vieran con claridad qué es y qué quiere el judío, lo estrangularían acto seguido y chillando con horror».[7]

Eckart apoyaba a un grupúsculo político de Múnich, llamado Partido Obrero Alemán, de laxa proximidad a la Sociedad Thule; este grupo fue el medio que permitió que trabara una relación especial con Hitler. El 12 de septiembre de 1919, una semana antes de que Hitler enviara la carta ya referida en la que describía las razones de su antisemitismo, Eckart asistió a

una reunión del partido en una cervecería de Múnich. El Partido Obrero Alemán era uno más de los numerosos grupúsculos políticos bávaros de extrema derecha. Todos ellos se atenían a un guion común: los soldados alemanes habían perdido la guerra porque los especuladores judíos cómodamente instalados en la retaguardia los habían «apuñalado por la espalda»; los judíos eran instigadores a un tiempo de la revolución comunista y de la odiada democracia de Weimar. En la reunión, Hitler llamó la atención del presidente del partido —Anton Drexler, un mecánico de ferrocarriles que andaba a la caza de talento—; a Drexler no le pasó por alto su capacidad de expresarse con intensidad y le instó a sumarse al partido.

A lo largo de los meses siguientes, no obstante, Dietrich Eckart fue quien más influyó en la evolución de Hitler. Paradójicamente, los rasgos de Hitler que Eckart más apreciaba eran los mismos que, durante la primera guerra mundial, hicieron que sus compañeros lo consideraran un hombre muy «peculiar».[8] La intolerancia de Hitler, su falta de adaptación social, su incapacidad de participar en conversaciones normales y su absoluta convicción de estar en posesión de la verdad eran, para Eckart, rasgos plenamente positivos. Sin duda, Eckart entendía que, después de la derrota de Alemania, abundaban las razones para estar enfadado, y Hitler era una personificación de la ira. Esto, combinado con sus ideas extremas sobre quiénes eran los responsables de la situación del momento, era exactamente lo que la confusa masa de Múnich necesitaba oír. Por encima de todo, el hecho de que Hitler hubiera servido en la guerra como un soldado corriente capaz de ganarse la Cruz de Hierro por su valentía lo diferenciaba de la vieja élite gobernante, que tan a las claras había fallado a la nación. «Hay que acojonar al populacho —dijo Eckart—. Un oficial no me sirve; la gente ya no los respeta. Lo mejor sería un trabajador que sepa hablar. … No hace falta que sea inteligente; la política es el medio más estúpido del mundo.»[9] Todo esto llevó a Eckart a formular su profecía: Hitler «es el futuro de Alemania; un día, el mundo hablará de él».[10]

En cuanto al propio Hitler, su relación con Eckart era una de las más próximas que nunca había tenido con nadie. Era devoto de él, lo reverenciaba casi como a un héroe. Cuando lo conoció, afirmó, «yo todavía era un bebé inmaduro, intelectualmente hablando. Pero lo que me consolaba era que, incluso en su caso, no era todo un brote natural; antes bien, en su

obra todo era fruto de un empeño paciente e inteligente».[11] A juicio de Hitler, «Eckart brillaba, para nosotros, como la Estrella Polar».[12]

Esta extraña pareja —el alcohólico calvo y prematuramente envejecido, el ex soldado socialmente inadaptado— vivieron muchas aventuras juntos hasta la muerte de Eckart, en diciembre de 1923. Algunas de las supuestas correrías adquirieron una condición casi mítica. Años después se contaba, por ejemplo, que en marzo de 1920 volaron a Berlín en un avión ligero con la intención de contactar con los revolucionarios derechistas que acababan de expulsar de la ciudad al gobierno, en el que se ha dado en llamar *Putsch* (golpe de Estado) de Kapp. Tras un viaje accidentado —se contaba también que Hitler vomitó desde la cabina abierta del avión— aterrizaron en Berlín; Eckart se hizo pasar por hombre de negocios, y Hitler, por su asistente. Para que la interpretación resultara más convincente, Hitler se puso una barba falsa. Los dos se abrieron camino hasta el Hotel Adlon, cuartel general de Wolfgang Kapp, cabecilla del efímero golpe, pero el responsable de prensa les dijo que Kapp no estaba allí. Eckart se fijó en el hombre e indicó a Hitler que se marcharan de inmediato, pues no cabía duda de que el encargado de prensa era judío. Hitler aseveró luego que era evidente que el *Putsch* fracasaría porque «el jefe de prensa del gobierno de Kapp era judío».[13]

Tres semanas antes de este supuesto viaje frustrado a Berlín, el Partido Obrero Alemán —rebautizado como Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán o, más coloquialmente, «los nazis»— había presentado un programa de veinticinco puntos en la cervecería Hofbräuhaus de Múnich. El cuarto punto del programa, redactado en gran parte por Hitler y Anton Drexler, rezaba: «Solo pueden ser ciudadanos del Estado los miembros de la nación … Por consiguiente, ningún judío puede ser miembro de la nación».[14] El penúltimo punto abundaba en la orientación antisemita al anunciar que el partido nazi «se opone al espíritu materialista judío, tanto en nuestro seno como en el exterior».

A lo largo de los meses y años inmediatamente posteriores, Hitler predicó su ideario antisemita en incontables concentraciones y reuniones del partido nazi. Afirmó que «para los nacionalsocialistas, lo principal es resolver el problema judío», y que este solo se podría «resolver» por medio de la «fuerza bruta».[15] También aseveró que «el judío destruye, y no puede hacer otra cosa, porque carece por completo de un concepto de actividad que contribuya a la vida de la comunidad»[16] y que «no hay salvación posible

hasta que se prive a la causa de la desunión —al judío— de su capacidad de hacer daño».[17] Llegó a atacar a los judíos por traer la democracia al país: «la democracia es, por esencia, ajena a los alemanes: es judía»,[18] y repitió el conocido prejuicio antisemita de que «los judíos son un pueblo de ladrones. El judío ha destruido civilizaciones por cientos sin fundar nunca ninguna. Entre sus posesiones no puede apuntar a nada creado por él mismo».[19]

Hitler hacía hincapié ante su público en que nunca podía existir un «buen» judío. La acción personal o los logros individuales no contaban. Para Hitler, «carece de importancia que tal o cual judío sea "honrado o no". Porta en sí mismo los rasgos que la Naturaleza le ha dado, características de las que no se puede librar. Y para nosotros es dañino».[20] Para Hitler, la decisión de emancipar a los judíos era «el principio de un ataque de delirio» porque se había otorgado la «igualdad» a un «pueblo» que, «a todas luces y sin lugar a dudas es una raza aparte».[21] El programa oficial del partido nazi preveía quitar la ciudadanía a los judíos alemanes, pero en un artículo publicado en marzo de 1921 en el *Völkischer Beobachter* —un periódico comprado para los nazis con la ayuda de Dietrich Eckart—, Hitler fue más allá y sugirió que también se podría proteger a Alemania encarcelando a los judíos. «Hay que impedir que el judío socave nuestro *Volk* —escribió—, si es necesario, confinando a sus instigadores en campos de concentración. En suma: hay que limpiar de veneno el *Volk*, de arriba abajo.»[22]

La radicalidad del antisemitismo hitleriano era evidente, incluso en esta fase inicial en la historia del partido nazi; pero esto no significa, necesariamente, que todos los que se unieron al partido en este período lo hicieran porque compartían ese odio contra los judíos. A algunos, como por ejemplo a Emil Klein, los movió la desilusión por la guerra perdida y el miedo a la revolución comunista. «Éramos una generación de jóvenes marcados por la guerra —dice Klein—. Vimos cómo reclutaban a nuestros padres. Los vimos cubiertos de flores en las estaciones de tren, cuando se marchaban a luchar a Francia. Vimos a las madres que se quedaban solas, llorando».[23] En 1919, cuando su padre ya había vuelto, derrotado, «en el momento en que se hundió Múnich vimos, de golpe, las banderas rojas, porque los comunistas habían entrado y habían bombardeado toda la ciudad desde sus camionetas con las octavillas. Hacían publicidad de su partido y de la revolución con el lema: "¡Trabajadores del mundo, uníos!"».

Emil Klein pasó al antisemitismo a través del supuesto vínculo de unión entre el comunismo y el judaísmo: «Miré cómo estaban las cosas en ese momento y descubrí que los que mandaban [en la época de la "república soviética" de Múnich] eran sobre todo literatos judíos; bueno, que había muchos. En Baviera sentó como una patada que los judíos manejaran el cotarro. De ahí vino la idea de la "república judía"». Cuando empezó a quedar expuesto a la retórica del partido nazi, Klein amplió el alcance de su antisemitismo y terminó por creer que los judíos estaban detrás no tan solo del comunismo, sino también de los defectos del capitalismo. Pensaba que «la batalla contra los judíos» que se recogía en el programa del partido nazi no se libraba «contra los judíos como tales, sino contra las altas finanzas internacionales, contra el poder financiero de la judería … Es decir, no contra los judíos como personas, sino contra el capitalismo, que viene de los judíos, o sea contra Wall Street. Wall Street siempre estaba en boca de todos».

Ahora bien, Hitler hizo mucho más que indicar a los partidarios del nazismo que los judíos tenían la culpa de los problemas de Alemania. En efecto, no solo predicaba una doctrina del odio, sino que también ofrecía esperanza. Dibujaba una visión de una nueva Alemania en la que las diferencias de clase desaparecerían y todos los alemanes «arios» quedarían integrados en una comunidad nacional. Emil Klein se sintió atraído por la idea de que el partido nazi «quería erradicar las diferencias de clase, con la clase trabajadora separada de la gran burguesía y las clases medias. Eran conceptos muy consolidados que dividían la nación en dos bloques, y para mí este era un argumento importante, una idea que me gustaba …: que la nación tenía que estar unida».[24]

Jutta Rüdiger, que ocuparía un lugar destacado en la organización nazi BDM (Bund Deutscher Mädel o Liga de Muchachas Alemanas), también ansiaba ver una comunidad alemana unida: «El hecho de que primero viene la familia, luego el clan, luego la comunidad, luego la nación y luego Europa no era ningún concepto vago, sino una idea basada en las raíces de la familia … Era el concepto de una auténtica sociedad sin clases, sin ninguna diferencia, mientras que los movimientos juveniles anteriores, y aquí también se incluye en parte el escultismo, estaban formados sobre todo por los chicos de los centros de secundaria selectos, mientras que los hijos de los obreros iban por su cuenta. Habíamos unido en una sola organización

a los jóvenes obreros y los jóvenes que aún estaban estudiando. No había diferencia entre ellos, nadie preguntaba: "Y tu padre, ¿qué hace?"».[25]

El apoyo de Rüdiger a la idea de una Alemania «sin clases» encuentra un buen ejemplo en cierta experiencia, ocurrida poco después de que los nazis llegaran al poder. «Fue poco antes de Navidad, todo el mundo estaba recogiendo dinero, en particular en el Día de la Solidaridad Nacional, según se lo llamaba entonces.* Asistieron miembros destacados del partido, además de ministros e industriales. Estaban fuera, en la calle, a pesar del mal tiempo». Un extranjero acaudalado se acercó a uno de los empresarios alemanes y le preguntó qué hacía ahí fuera, con tanto frío, pidiendo unas monedas a la gente, cuando le bastaba con «echar mil marcos en la hucha». El industrial se volvió hacia Jutta Rüdiger y le dijo, sencillamente: «No han entendido nada».

Bruno Hähnel, que se afilió al partido nazi en los primeros años veinte, también se sintió atraído por la idea de la «comunidad nacional» (en alemán, *Volksgemeinschaft*). «Lo que quiere decir es simple —cuenta Hähnel—. En la sociedad alemana siempre había habido dos estratos diferenciados: la burguesía y el proletariado. Con el fin de salvar la distancia había que fundar una comunidad nacional que asegurase que los intelectuales unieran sus fuerzas con los obreros. La comunidad nacional se expresaba en una muletilla del partido nazi, que creo que la mayoría usábamos una y otra vez: "Lo primero es el interés público". Por eso se decía también que éramos, más que nacionalsocialistas, socialistas con conciencia nacional.»[26]

En palabras de un destacado oficial alemán, al que se grabó en secreto mientras era prisionero de los británicos: «Hay cosas que quedarán para siempre, que durarán cientos de años. No las carreteras [que los nazis han construido], eso no tiene importancia. Lo que durará es la forma en la que se ha organizado el Estado, sobre todo por haber incluido al obrero como parte del Estado. Él [Hitler] ha creado un espacio para los obreros en el Estado, algo que nadie había hecho antes … Este principio de que todos trabajan para la misma causa común, la idea de que un empresario es en realidad el administrador del capital que representa la mano de obra alemana y cualquier otro capital, eso parece muy sencillo, pero hasta ahora nadie lo había conseguido».[27]

Ahora bien, al secundar esta sociedad «sin clases», los partidarios del nazismo también estaban dando apoyo a una idea ciertamente más siniestra.

Hitler, en efecto, defendía que esa nueva vida «sin clases» solo resultaría posible cuando se hubiera excluido de la sociedad «genuinamente alemana» a los que pertenecían a una «raza» distinta. En palabras del propio Hitler: «nos decíamos a nosotros mismos que las clases no existen, que no deben existir. Donde hay clases, hay castas, y donde hay castas, hay razas».[28] A juicio de Hitler, la idea de una Alemania «sin clases» se derivaba de aceptar que la condición esencial era la raza. Por consiguiente, los judíos impedían la existencia de esa Alemania en la que todo el mundo estaba unido bajo el ideal nazi del mundo sin clases. Los judíos imposibilitaban la felicidad y prosperidad de los alemanes. Si no se lograba neutralizar su «poder», del modo que fuera, entonces no podía haber progreso, no se podría salir del cenagal. En un discurso de septiembre de 1922, Hitler resumió como sigue lo que, a su juicio, era el problema más grave del país: «En Alemania hemos acabado encontrándonos así: el destino de sesenta millones de personas está atado al capricho de unas pocas docenas de banqueros judíos».[29]

El partido nazi no era la única organización que defendía tanto el antisemitismo como los ideales del movimiento *völkisch*. En el anuario alemán Völkisch de 1921 se enumeraban hasta otros setenta grupos que creían que, si se privaba a los judíos de la ciudadanía, el *Volk* podría florecer de nuevo.[30] Uno de ellos, el pequeño Deutschsozialistische Partei (Partido Socialista Alemán), radicado en Franconia (en el norte de Baviera), fundó un periódico en 1920. Un artículo del primer número intentaba convencer a los socialistas de que se sumaran a la derecha radical con el argumento de que, mientras que los partidos de izquierda afirmaban «combatir contra todo el capital, incluidas las grandes fortunas prestatarias de los judíos», en realidad estaban patrocinados por estos: «¿Acaso creéis de verdad que los Rothschild, Mendelssohn, Bleichröder, Warburg y Cohn os dejarán acercaros siquiera a sus tesoros? ¡No deis crédito a ese engañifa! Mientras los hermanos de sangre de los Mendelssohn, los Bleichröder y los Cohn sean vuestros capitanes, y mientras los jefes de vuestros grupos sean mercenarios de los judíos, no representaréis ningún peligro para las grandes fortunas. Mientras no os erijáis como líderes, vosotros mismos, mientras tengáis detrás la funesta sombra de los extranjeros, os seducirán y engañarán. A ese funesto extranjero solo le importa su propio beneficio, no el vuestro».[31]

El autor de este artículo era un maestro de treinta y seis años, veterano de la primera guerra mundial, que en adelante interpretó un papel destacado en el fomento del antisemitismo en Alemania. Se llamaba Julius Streicher. Al igual que Hitler, durante la guerra Streicher había sido galardonado con la Cruz de Hierro; a diferencia de aquel, había nacido en la misma Alemania, no en Austria. Había crecido en los alrededores de Augsburgo, en el suroeste de Baviera. La zona había cambiado mucho durante su infancia: la población aumentó y varios miles de judíos emigraron al distrito. Streicher explicaba su sentimiento antisemita remontándose a un incidente que había ocurrido cuando él contaba cinco años. Su madre había comprado una tela en una tienda judía, pero luego resultó que el material no era de la calidad esperada; su madre rompió a llorar y afirmó que aquel engaño era típico de los judíos.[32]

En otoño de 1921 Streicher se unió a la Deutsche Werkgemeinschaft (Comunidad Alemana del Trabajo) y sus ataques antisemitas se tornaron aún más radicales y personales. Aseveró que los judíos de Núremberg raptaban a niños cristianos para asesinarlos y usar su sangre en la preparación de panes pascuales —como en el «libelo sangriento» que, casi veinte años antes, había ayudado a provocar el pogromo de Kishiniov, en Rusia—. El 5 de septiembre de 1922, en el tribunal del distrito bávaro de Schweinfurt, donde se juzgaba a Streicher por un «delito contra la religión», el perito declaró que Streicher había «acusado a los judíos de seguir manteniendo la costumbre del asesinato ritual. [Streicher] hizo alusión al Oriente, donde había combatido en la primera guerra mundial, como oficial, y explicó que la gente del lugar hablaba sin ambages sobre los asesinatos rituales de los judíos. Añadió que en Alemania, año tras año, por la época de Pascua, cerca de un centenar de niños desaparecía misteriosamente, y preguntó: "¿Dónde acaban esos niños?"».[33]

En otro discurso de 1922, Streicher afirmó que no debería considerarse como un crimen el hecho de que «un día nos alcemos en armas y persigamos a los judíos hasta el infierno» y «hagamos que esos cabrones paguen por sus mentiras».[34] También sostuvo que se había «demostrado» que los judíos «desea[n] la desgracia de Alemania» y que si «el pueblo [alemán] hubiera estado al corriente de los tratados secretos de la guerra, habría asesinado a todos los judíos».[35]

Aunque la retórica de Streicher era popular entre un grupo selecto, también era, inevitablemente, una causa de conflictos. Hubo que cancelar

como mínimo una reunión después de que hubiera inflamado tanto al público que los asistentes empezaron a pelearse unos con otros. Incluso los líderes de la Deutsche Werkgemeinschaft criticaron a Streicher por sus salidas de tono. Todo el mundo era consciente de que era una persona agresiva y posiblemente peligrosa, obsesionada con el odio a los judíos y las «razas» extranjeras. Ahora bien, a juicio de Hitler, precisamente estas características lo hacían idóneo para el partido nazi. Al rememorar este período, casi veinte años más tarde, Hitler comentó que «en más de una ocasión» Dietrich Eckart había calificado a Streicher de «lunático»; pero —siguió diciendo Hitler— Eckart «siempre añadía que no se podía aspirar al triunfo del nacionalsocialismo sin prestar apoyo a hombres como Streicher».[36]

Hacia finales de 1922, Streicher viajó a Múnich y tuvo ocasión de escuchar a Hitler por primera vez. Durante los juicios de Núremberg, Streicher describió así la experiencia: «Primero despacio, apenas audible, luego con mayor rapidez y energía y, para acabar, con una intensidad arrolladora … En un discurso de más de tres horas, revestido de un lenguaje inspirado, puso de manifiesto un pensamiento que era un tesoro admirable. Todo el mundo sentía lo mismo: este hombre hablaba inspirado por la divinidad, hablaba como un mensajero del cielo en una época en la que el infierno amenazaba con devorarlo todo. Y todo el mundo le entendía, ya fuera con el intelecto o con el corazón, ya fueran hombres o mujeres. Había hablado para todos, para el conjunto del pueblo alemán. Su discurso concluyó justo antes de la medianoche, con una invocación inspirada: "¡Trabajadores! ¡De las oficinas y de las fábricas! ¡A vosotros os tiende la mano una comunidad popular alemana de acción y sentimiento!"».[37]

Streicher pasó a entender que su destino era servir a Adolf Hitler. Al parecer, experimentó una conversión casi religiosa. «Le vi poco antes de la medianoche —afirmó en Núremberg—, después de haber hablado durante tres horas, empapado de sudor, radiante. El que estaba a mi lado dijo que le parecía haber visto que un halo le rodeaba la cabeza, y yo experimenté algo que trascendía de lo común.»[38] Poco después, Streicher convenció a sus propios seguidores de que se unieran al partido nazi y aceptaran el liderazgo de Hitler. En 1923, lanzó su periódico antisemita *Der Stürmer*, y continuó presidiendo esta infame tribuna del odio hasta el final de la segunda guerra mundial.

Hacia esta misma época, Hitler también atrajo al partido a otros personajes que se convertirían en figuras destacadas del movimiento nazi. Entre otros nombres, Ernst Röhm, Hermann Göring, Hans Frank o Rudolf Hess decidieron seguir a Hitler en los primeros años veinte. Algunos eran jóvenes e impresionables; otros como Röhm y Göring, en cambio, eran veteranos cínicos y curtidos en la guerra: ambos habían prestado servicio como oficiales y se habían distinguido por su liderazgo en combate. En aquel momento, culminada la derrota de Alemania, podrían haber perseguido sus objetivos en un sinfín de partidos políticos, y sin embargo optaron por subordinarse a un antiguo soldado sin graduación de oficial llamado Adolf Hitler.

En parte, esto obedeció a la impresión que les causó su potencia retórica. Vieron que era un hombre capaz de atraer a nuevos partidarios a su causa, al igual que había hecho con Julius Streicher. Pero hay otro segundo factor, no menos importante: compartían las ideas de Hitler. Su orientación política les parecía idónea. Lo que él les ofrecía, en buena parte a través de sus discursos, era una combinación de una visión muy definida con la promesa de un método radical para hacer realidad esas ideas.

Hitler hablaba en un tono de absoluta certeza. Exponía las supuestas razones del caos en el que Alemania se hallaba y le contaba a su público de qué manera había que resolver esos problemas. No había debates ni discusiones. Hitler tenía tanta fe en la verdad de sus palabras que esa convicción lo dominaba todo. En un mitin celebrado en Múnich en 1923, el profesor Karl Alexander von Müller observó cómo se dirigía al escenario. Ya había coincidido con el jefe nazi una o dos veces, en casas de particulares, pero el hombre que tenía delante en esas circunstancias era un Hitler transformado. «Con los rasgos pálidos y demacrados, se diría que agitados por una cólera interior —escribió más adelante el profesor Müller —, y llamas frías emitidas por unos ojos que saltaban de la cara como buscando enemigos a los que domeñar. ¿Era la multitud lo que le daba este poder misterioso? ¿Surgía de él para contagiar a la masa? "Romanticismo fanático e histérico con un núcleo brutal de fuerza de voluntad", apunté en mis notas. La clase media declinante quizá lleve en volandas a este hombre, pero él no es uno de ellos. No me cabe duda de que procede de una oscuridad distinta, absolutamente profunda.»[39]

En el movimiento *völkisch*, muchos habían anhelado que alguien diera un paso adelante y les ofreciera una vía de solución del caos que los rodeaba.

Según lo expresó en 1907 Stefan George, el profeta del movimiento: «¡El hombre! ¡El hecho! ¡Así lo anhela el *Volk*, así el Sumo Consejo!».[40] Ahora Hitler parecía hacer realidad este destino. Como afirmó el partidario del nazismo Bruno Hähnel: «Aspirábamos a que nos gobernara un hombre especialmente fuerte, y lo teníamos».[41]

Hitler no tardó en ser el líder indiscutido de los nazis. En un memorando que escribió en enero de 1922 apuntó dónde se habían equivocado los jefes anteriores del movimiento *völkisch*. Habían sido inteligentes, pero de una «ingenuidad increíble» y les había «faltado el aliento reconfortante del vigor juvenil de la nación». A juicio de Hitler, el movimiento necesitaba «la fuerza impetuosa de obstinados tragafuegos».[42] Hombres, precisamente, como Streicher, Röhm y Göring: la clase de personas que le hacía falta para lo que describió como «un partido de lucha y acción».

Así pues, Hitler ofrecía no solo una visión del mundo racista y antisemita, un análisis de por qué Alemania había perdido la guerra y estaba perdiendo la paz, y la promesa de una nación «sin clases»; también ofrecía un camino por recorrer que era emocionante y peligroso, calculado para atraer a los jóvenes. «Los viejos partidos entrenan a sus juventudes en la escuela del cotorreo —afirmó en un discurso en julio de 1922—; nosotros preferimos enseñarles a usar la fuerza de su cuerpo. Porque os digo que el joven que no encuentra el camino hasta el lugar en el que, en última instancia, el destino de su pueblo se encuentra más genuinamente representado; el joven que solo estudia filosofía y que, en una época como la presente, se entierra detrás de sus libros o se queda sentado en su casa delante del fuego, ¡ese no es un joven alemán! ¡Os invito! ¡Uníos a nuestras Divisiones de Asalto!»[43]

Durante ese mismo año de 1922, un estudiante de agricultura de la universidad de Múnich, a la sazón de veintiún años, estaba intentando encontrar un sentido a su vida. En el proceso, Heinrich Himmler —pues así se llamaba— se empapó de muchas de las creencias de la derecha radical. Sin embargo, a él no le motivaba el antisemitismo crudo y emocional de hombres como Julius Streicher; Himmler prefería el análisis seudoacadémico de las obras de Houston Stewart Chamberlain. Sobre *Fundamentos del siglo XIX* escribió que era un texto «objetivo» y libre del antisemitismo «movido por el odio».[44] El joven Himmler creía que podía tratar a cada persona judía de forma profesional a la vez que compartía la idea de que, racialmente, los judíos representaban una amenaza. En enero

de 1922, por ejemplo, se encontró con un abogado judío al que describió en su diario como «de extrema amabilidad y gentileza», pero a la vez apuntó que «no puede ocultar su condición de judío» porque la lleva en la «sangre».[45] Himmler tampoco tenía inconveniente en tratar con brutalidad a aquellos judíos a los que los fanáticos del nacionalismo culpaban de haber perjudicado a Alemania. Así, en junio de 1922, cuando supo que el ministro de Exteriores Walther Rathenau había sido asesinado, escribió: «Me alegro … era perverso».[46]

Al igual que muchos de los hombres que no habían luchado en la primera guerra mundial, Himmler quería demostrar que podía combatir con fiereza. Tras escuchar el discurso pronunciado en Múnich por un general que, en 1919, había batallado en el Báltico contra los bolcheviques, escribió en su diario: «Ahora sé, con más certeza que nunca, que si hay otra campaña en el Este, yo participaré. Para nosotros, el Oriente es lo más importante. Occidente se está muriendo, sin más. Tenemos que luchar y establecernos en el Este».[47] Fueron palabras proféticas (aunque de forma inconsciente) porque durante la segunda guerra mundial Himmler se encargaría de organizar el genocidio «en el Este».

El Himmler que surge de sus diarios es un joven reprimido y remilgado, que tiene un gran concepto de sí mismo y dificultades en la relación con las mujeres. Pensaba de sí mismo que pertenecía a esa «clase de personas» que son «melancólicos» y «estrictos» y «que resultan necesarios en la comunidad del pueblo pero que, a mi entender, terminarán por caer si no se casan o prometen lo bastante pronto, porque en nosotros la naturaleza animal es demasiado fuerte».[48] También creía que «todo hombre debería tener como objetivo … ser un hombre justo, recto, firme, que nunca vacila ni teme mostrarse en su dureza».[49] Al igual que les sucedió a muchos compatriotas, su carrera se vio afectada por las dificultades económicas de 1922. Himmler había albergado la esperanza de seguir estudiando y, cuando aprobara los exámenes de agricultura, continuar haciendo Política en la universidad de Múnich; pero en otoño de 1922 estaba trabajando en una compañía de fertilizantes. Este revés se debió, casi con toda seguridad, a la hiperinflación descontrolada, que impidió a muchos padres de clase media costear los estudios de sus hijos. Himmler aún no conocía a Adolf Hitler, pero ya estaba predispuesto, por su ideario intelectual y sus circunstancias personales, a encontrar atractivo su mensaje.

Sobre todo en estos primeros años, Hitler y su partido se consideraban a sí mismos como unos revolucionarios. Vivían en una época de revoluciones: desde los levantamientos comunistas de Berlín y Múnich, en 1919, al golpe derechista de Kapp, en 1920. En 1922, Hitler no solo hablaba sobre la violencia como vía de acceso al poder, sino que estaba preparado para llevar al combate a su propio grupo paramilitar: la SA o Sturmabteilung (Sección de Asalto). Estas tropas de asalto, que en origen formaban parte de la sección del partido designada con el eufemismo de «boxeo y deporte», actuaban como fuerza protectora en las concentraciones del partido y apaleaban a los oponentes políticos.

En octubre de 1922, Hitler fletó un tren para llevar a unos 800 *Sturmmänner* (miembros de la SA nazi) a Coburgo, en el norte de Baviera, donde la izquierda contaba con mucho apoyo. Buscaba provocar un enfrentamiento, y lo consiguió: sus hombres batallaron con los socialistas en la calle hasta declararse victoriosos. Con acciones como estas, todo el país podía ver cuál era la auténtica naturaleza del partido nazi.

Como es habitual entre los revolucionarios, Hitler no consideraba necesario que sus ideas se impusieran en las urnas. Le daba igual que la mayoría de Alemania compartiera o no el ideario nazi —por ejemplo, su deseo de privar a los judíos de la ciudadanía—; antes al contrario, como no había pruebas de que los alemanes fueran, en su mayoría, partidarios de una idea tan radical, restaba importancia a las elecciones. No olvidemos que, en esta época, el partido nazi todavía era una organización marginal a la que se oponían grupos importantes que despreciaban sus creencias racistas y antisemitas. De hecho, un estudio de los modelos de voto en las elecciones nacionales de los primeros años veinte ha puesto de relieve que, en su mayoría, los alemanes votaron por partidos que estaban en desacuerdo con las medidas antisemitas.[50] Tampoco olvidemos que muchos alemanes —como Josef Felder, que más adelante accedería al Reichstag con la socialdemocracia— sentían arcadas cuando oían hablar a Hitler. Según recuerda Felder, después de escuchar una de las diatribas antisemitas de Hitler, en los primeros años de la década, le comentó a un amigo que «esperemos» que «nunca llegue al poder».[51]

Sin embargo, en 1922, Hitler y sus partidarios confiaban en que su revolución se impondría. El mismo mes que Hitler llevó a sus tropas de asalto a Coburgo, otro revolucionario —Benito Mussolini— organizó una marcha de sus partidarios, los camisas negras, sobre Roma, donde forzó un

cambio de gobierno. Al terminar octubre de aquel año, Mussolini era el primer ministro de Italia. Entre tanto, en Alemania, la crisis económica se agravó después de que tropas francesas y belgas entraran en el territorio alemán y ocuparan la Renania. Como era de esperar, esta ocupación —que pretendía compensar el hecho de que Alemania había interrumpido el pago de las indemnizaciones de la posguerra— fue extraordinariamente impopular. Se interpretó que el gobierno de Weimar ni siquiera era capaz de proteger las fronteras del país. Después de esta crisis, el partido nazi vio multiplicarse por más de dos su número de asociados, que en noviembre ascendía ya a 55.000 miembros. Era uno de los primeros indicios de que el movimiento nazi prosperaba con las calamidades.

En Baviera, Gustav von Kahr fue designado comisario de Estado, un cargo con poderes casi dictatoriales. Hitler confiaba en obligar a Kahr y los soldados alemanes destinados a Baviera a apoyar a los nazis y otros paramilitares de derecha en una marcha sobre Berlín. Si a Mussolini le había funcionado, a los nazis también les podía funcionar, pensaba Hitler. El 8 de noviembre, tropas de asalto nazis interrumpieron una reunión que Kahr estaba celebrando en la Bürgerbräukeller de Múnich y, el día 9, marcharon a través la ciudad. Entre los participantes de lo que se ha dado en llamar el «*Putsch* de la cervecería» había muchos de los personajes que luego destacaron en el partido nazi, como Himmler (que aún no conocía a Hitler en persona), Göring y Streicher (todos ellos, entregados a la revolución). Durante la marcha de Múnich, la policía plantó cara a los nazis y sus partidarios en el centro de la ciudad, en una esquina de la Plaza Odeón con el edificio de la Feldherrnhalle. Se abrió fuego y aquel día perdieron la vida dieciséis nazis y cuatro policías.

Todo el episodio estuvo mal concebido, desde el principio. Aunque Kahr, cuando Hitler le amenazó en la Bürgerbräukeller, prometió dar respaldo al golpe de Estado, en cuanto se libró de ellos renegó de los nazis. Las autoridades de Baviera, de corte derechista, quizá habrían apoyado la revolución de Hitler, pero no había nada asegurado de antemano; y Hitler carecía de un plan de contingencia que aplicar si los revolucionarios se quedaban solos. Pese a todo, Hitler supo transformar una derrota humillante en un éxito propagandístico.

Hitler fue detenido y sometido a juicio en febrero de 1924. Como sabía que las autoridades bávaras estaban implicadas en el *Putsch* —por el apoyo inicial de Kahr en la Bürgerbräukeller—, Hitler usó el tribunal como

estrado desde el que publicitar su ideario político. Anunció que él era el «destructor del marxismo» y que, lejos de practicar la «alta traición», solo había querido crear en Alemania las condiciones que hicieran «posible liberarnos del férreo dominio de nuestros enemigos».[52] Hitler no se mostró arrepentido, sino orgulloso de sus actos.

Hitler fue declarado culpable de alta traición, pues las pruebas disponibles impedían dictar cualquier otro veredicto. Pero el tribunal fue indulgente. El juez, Georg Neithardt, era una de las muchas figuras de la clase dominante bávara que se hallaba próxima a los objetivos de los nazis. De resultas, Hitler recibió la sentencia menos severa posible, dadas las circunstancias: cinco años de cárcel, con la expectativa de que no tardaría en salir en libertad condicional.

El aspecto principal de este episodio, en todo intento de entender los orígenes del partido nazi como movimiento revolucionario y antisemita, no es tanto el carácter de Hitler en tanto persona —aunque no sea irrelevante— como la tóxica combinación de circunstancias que posibilitó su auge. Es difícil, en efecto, imaginar que el ascenso de una mezcolanza tal de los violentos se hubiera permitido en un Estado civilizado, de no haberse dado un contexto tan turbulento.

En los años posteriores a la primera guerra mundial, los alemanes lidiaron con toda clase de dificultades y penalidades. La hiperinflación destruyó los ahorros, el gobierno de Weimar parecía estar sumido en la impotencia frente a la intervención extranjera —que las tropas francesas y belgas ocuparan la Renania fue una humillación particularmente dolorosa— y el peligro de la revolución comunista no se alejaba. La democracia parecía haber aportado tan solo caos. Los nazis afirmaban poseer la receta de la estabilidad; una receta paradójica, desde luego, puesto que pretendían recurrir a medios violentos. De resultas de esta situación, una pequeña minoría de los alemanes (en esta fase, tan solo una pequeña minoría) les daba su apoyo.

Por último, en un período de graves padecimientos, Hitler ofrecía tranquilidad. En sus discursos parecía estar diciendo, como mensaje subliminal: «Escuchadme: no tenéis la culpa de nada de lo que está pasando». Durante los meses posteriores, mientras estuvo en prisión, desarrolló el tema de quiénes, a su juicio, eran los culpables de todos los problemas de Alemania; y también de por qué.

# 3

# De la revolución a las urnas (1924-1933)

Hitler cumplió la sentencia en la prisión de Landsberg, situada al oeste de Múnich, a unos 50 kilómetros de la ciudad. Landsberg era una *Festungshaft*, es decir, una prisión fortificada, en la que se estaba con relativa comodidad y las visitas encontraban pocos impedimentos. Según comentó más adelante un partidario del nazismo, al visitar a Hitler le pareció «entrar en una tienda selecta», pues sus admiradores le habían proporcionado grandes cantidades de «jamón, embutidos, pasteles, cajas de bombones y otras muchas cosas».[1]

En este entorno de camaradería, rodeado de muchos compañeros que habían participado en el intento de golpe de Estado, Hitler compuso un libro: *Mein Kampf* (*Mi lucha*). Pese a su estilo hiperbólico y poco elaborado, *Mein Kampf* es de utilidad para conocer la concepción del mundo hitleriana. El libro no incluye los planes del Holocausto —Hitler no desarrolló en sus páginas ningún plan de exterminio de los judíos—, pero sí retrata con claridad la naturaleza del antisemitismo de su autor. Hitler explicó, con más detalle que en ninguna de sus intervenciones previas, por qué odiaba a los judíos. Este odio, visto desde nuestros días, parece surgido de una mente tan dada a los prejuicios que se diría casi desequilibrada.

El tema de los judíos dominaba el libro. De hecho, sería acertado afirmar que «el judío» era el cemento que aglutinaba toda la concepción del mundo hitleriana. En este sentido, «el judío» le resultaba tan útil que casi parece una maniobra calculada. En efecto, Hitler creía que un «gran líder» debía dirigir «la lucha» contra «un [único] enemigo».[2] Ello obedecía en parte, a su entender, a que «la receptividad de las grandes masas es muy limitada, su inteligencia es reducida, pero su poder de perdonar es enorme».[3] No

obstante, aunque el hecho de que Hitler vinculara a los judíos con todos y cada uno de los problemas de Alemania le resultaba de utilidad táctica, no debemos perder de vista la realidad de que, sin lugar a dudas, él estaba convencido de que los judíos representaban una amenaza. «¿Ha habido acaso forma alguna de inmundicia o inmoralidad, en especial en la vida cultural, en la que no haya participado al menos un judío? —escribió en *Mein Kampf*—. Si drenabas uno de estos abscesos, aunque fuera con cuidado, ahí te lo encontrabas, como el gusano en un cuerpo descompuesto, a menudo cegado por la luz repentina: ¡un judiaco!»[4]

En *Mein Kampf* Hitler intentó esbozar una interpretación coherente de cómo, a su entender, funcionaba el mundo, pero también de la manera en la que su propia vida había transcurrido desde la juventud. Ya hemos comentado que se han planteado dudas al respecto de si fue antisemita en el período vienés; sin embargo, en *Mein Kampf* afirmó con rotundidad que sus ideas destructivas se forjaron de resultas de la estancia en la capital austríaca. En Viena —decía— había llegado a odiar a los judíos por una infinidad de razones: eran sucios («por su simple apariencia podías saber cuánto les disgustaba el agua»),[5] eran arteros («no sabía yo de qué asombrarme más: de la agilidad de sus lenguas o el virtuosismo de sus mentiras»),[6] participaban en el negocio de la esclavitud sexual («la relación de los judíos con la prostitución y, más aún, la trata de blancas podría estudiarse en Viena quizá mejor que en ninguna otra ciudad de la Europa occidental, con la posible excepción de los puertos del sur de Francia»)[7] y estaban detrás de la ideología política que mayor desprecio le causaba («la doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la naturaleza»).[8]

Hitler escribió que tuvo peleas a voces con judíos a los que procuraba convencer de los peligros de su «doctrina marxista»; el problema era que «en cuanto intentabas atacar a uno de esos apóstoles, la mano se te cerraba sobre un limo gelatinoso que se dividía y se colaba entre tus dedos, pero al cabo de un momento se recuperaba».[9] Se retrató a sí mismo, durante el período vienés, como un agitador político que discutía con los judíos hasta que «me salían llagas en la lengua y perdía la voz». Nadie ha confirmado nunca la realidad de tales debates, con lo que la aseveración apenas resulta creíble. Ahora bien, no es difícil comprender por qué Hitler ansiaba crearse esa imagen de su yo anterior a la guerra: en *Mein Kampf* estaba creando una fábula mítica, equivalente, casi, a un tratado religioso. Los estadios de su

despertar, según él los contó, son claros y lógicos. Durante su juventud, en Viena, pasó a odiar a los judíos de forma exacerbada porque vio los peligros que su «raza» comportaba; durante la primera guerra mundial tuvo noticia de cómo los judíos medraban en Alemania al tiempo que saboteaban a los valientes soldados en el frente; en cuanto la guerra acabó, tuvo definitivamente clara cuál era su misión: «Por mi parte, decidí entrar en política».[10]

La realidad fue muy distinta. Tanto durante el período de Viena como durante el tiempo de servicio en el ejército alemán, fue siempre una figura solitaria, situada en los márgenes del grupo. Nunca mostró interés alguno por una carrera política o por discutir durante horas con los judíos; antes al contrario, tenía decidido que aspiraba a la carrera de artista. En la inmediata posguerra —en contra de lo aseverado en *Mein Kampf*— tampoco exhibió ningún deseo de entrar en política. No se unió a un Freikorps paramilitar, sino que siguió en el ejército. Solo en el verano de 1919, después de que lo destinaran a colaborar con el capitán Karl Mayr, jefe del Departamento de Información del Ejército en Múnich, parece haber manifestado alguna clase de interés por intervenir en política.

El problema, para Hitler, era que si narraba su autobiografía genuina, no iba a parecer un héroe. En realidad era como el común de la gente: una persona abrumada por unos acontecimientos que no podía controlar. De no haber estallado la primera guerra mundial, lo más probable es que hubiera seguido intentando abrirse paso en el mundo del arte, incluido el trato con los marchantes judíos. Si la guerra no hubiera acabado como lo hizo, apenas cabe duda de que no habría ingresado en la política. Pero Hitler era lo bastante astuto para comprender que su historia personal genuina carecía de interés para sus potenciales seguidores. Tenía que sostener que había nacido para ser un gran hombre. Tenía que afirmar que era el señor de los acontecimientos, y no que estos lo arrastraban como a cualquiera.

Este hecho reviste importancia, en el contexto del Holocausto, porque supone que no podemos explicar este crimen alegando que, de algún modo, Hitler estaba destinado a perpetrarlo. Aunque es cierto que, cuando escribió *Mein Kampf*, había desarrollado un odio extremo por los judíos, el auténtico motor de esta emoción parece haber sido la forma en que la derrota alemana de noviembre de 1918 se combinó con la situación política y económica de Baviera en los años de la inmediata posguerra. Estas circunstancias también explican por qué tantas personas, de pronto, se sintieron tan poderosamente

atraídas por sus discursos. Antes de la guerra, cuando Hitler despotricaba sobre el mundo artístico ante sus conocidos, nadie quería escucharlo. Después, en cambio, cuando despotricaba en materia de política, conectaba con sus seguidores porque en lo esencial estos participaban de la misma emoción y los mismos prejuicios.

Sin embargo, Hitler hizo más que repetir ante sus adeptos las ideas que estos ya tenían. El antisemitismo y el racismo de Hitler eran tan extremos que legitimaban a sus seguidores para ampliar y endurecer su propio odio. Cuando en *Mein Kampf* escribe una frase hiperbólica como que «[el judío] es y sigue siendo un ejemplo de parásito, un chupóptero que, como un bacilo pernicioso, no deja de extenderse en cuanto un medio le resulta favorable»,[11] está ampliando las fronteras del antisemitismo de sus adeptos y radicalizando a los antisemitas latentes o «moderados». Habría resultado mucho más difícil contagiar el antisemitismo a un adulto que no estuviera contaminado de entrada por este prejuicio, pues, como escribió Aldous Huxley: «El propagandista es un hombre que canaliza una corriente de agua que ya existe. En una tierra seca, excava en vano».[12]

La afirmación más llamativa de *Mein Kampf* sobre los judíos es tristemente notoria. «Si al comenzar la guerra y durante la guerra se hubiera sometido a gas venenoso a doce o quince mil de esos hebreos corruptores del pueblo —como les sucedió en campaña a cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes—, el sacrificio de varios millones en el frente no habría sido en vano. Antes al contrario: doce mil canallas eliminados a tiempo quizá habrían salvado la vida a un millón de alemanes de verdad, valiosos para el futuro».[13]

Parece una referencia inequívoca: Hitler alegaba que, durante la primera guerra mundial, se debería haber gaseado a los judíos. Pero sería un error concluir de esto que ya tenía en mente, para algún momento del futuro, un destino similar para todos los judíos. Aunque no podemos adentrarnos en la mente de Hitler y conocer intenciones que no expresó, pese a todo sí podemos afirmar, con un notable grado de certeza, que en esta época no abogó en público por exterminar a los judíos. En su aseveración sobre el «gas venenoso» se refería a un número concreto de judíos que, a su entender, habían saboteado el esfuerzo bélico alemán. Nada sugiere que pretendiera ampliar esa suerte a familias enteras, asesinar en masa al colectivo judío. El partido nazi siguió defendiendo que había que perseguir

a los judíos y privarlos de la ciudadanía alemana; esta y no otra es la idea en la que se basan los demás comentarios de *Mein Kampf* sobre su futuro.

Sin embargo, sí existe un lazo causal directo entre lo que Hitler afirma en *Mein Kampf* sobre los judíos y los hechos posteriores. Es así porque, como estaba convencido de que los judíos habían saboteado, desde su posición de retaguardia, la posibilidad de que Alemania venciera en la guerra, también estaba resuelto a impedir que volvieran a tener ocasión de hacer lo mismo. «Esa raza de criminales tiene sobre su conciencia a los dos millones de muertos de la [primera] guerra mundial —afirmó en privado el 25 de octubre de 1941, cuando ya hacía dos años que se había iniciado la segunda gran guerra— y ahora ya tiene a varios cientos de miles más.»[14] La idea de que había que «aprender» de la primera guerra mundial y que la lección aprendida legitimaba el Holocausto la volveremos a encontrar más adelante.

Así mismo, aunque es difícil sostener la teoría de que Hitler, en la época de redacción de *Mein Kampf*, había decidido que si llegaba al poder buscaría el modo de aniquilar al conjunto de los judíos, esto no equivale a decir que, en algún rincón de su pensamiento, incluso en aquellos años, no hubiera deseado su desaparición. Si, mientras escribía *Mein Kampf*, lo hubieran situado ante un botón que erradicara a los judíos del mundo —sin consecuencias para sí mismo o el partido nazi—, no cabe duda de que lo habría apretado. Esto no significa, a su vez, que ya hubiera planeado el exterminio, sino, simplemente, que su odio a los judíos era tan intenso que era casi incontenible.

En lo relativo a la justificación subyacente del antisemitismo, Hitler no se olvidó de aludir, en *Mein Kampf*, al prejuicio tradicional de base cristiana. Así, afirmó que creía estar «actuando de acuerdo con la voluntad del Creador Todopoderoso: al defenderme del judío, estoy luchando por la obra del Señor».[15] Dos años antes, en un discurso pronunciado en Múnich, había sido aún más explícito en la referencia al cristianismo. Fue en abril de 1922: «Mi sentimiento como cristiano me dirige hacia mi Señor y Salvador en su papel de combatiente. Me dirige hacia el hombre que, en la soledad, rodeado por unos pocos partidarios, reconoció a esos judíos como lo que en realidad eran, y quién —¡bien lo sabe Dios!— destacaba en especial no por sufrir, sino por luchar».[16]

El hecho de que Jesús hubiera nacido en una familia judía incomodaba a los nazis, como era lógico; superaron la dificultad adoptando, en general, la tesis de Houston Chamberlain según la cual Jesús quizá no fuera judío de

cuna, sino ario. En *El mito del siglo XX*, el teórico nazi Alfred Rosenberg desarrolló la idea de Chamberlain y propuso un «cristianismo positivo» que pasaba por fundar una iglesia cristiana libre de toda influencia «judía», en la que Jesús descendía de un ancestro nórdico.

Sin embargo, la relación de Hitler con el cristianismo era más compleja de lo que podría parecer. Aunque en 1922 afirmó explícitamente que era «cristiano», apenas cabe duda de que lo hizo con cinismo, pues era consciente de que, si se proclamaba no creyente, corría el peligro de distanciar a muchos de sus adeptos. En sus propias palabras: «Para formar un gran movimiento político necesito tanto a los católicos de Baviera como a los protestantes de Prusia. El resto ya vendrá después».[17]

Es revelador que, dos años después, cuando escribió *Mein Kampf*, Hitler no dijera que era cristiano. Solo hizo la citada afirmación ambigua de estar actuando de acuerdo con el «Creador Todopoderoso» y luchando por la «obra del Señor». Los cristianos que leyeran este pasaje darían por sentado que «el Señor» en cuestión era Jesús, pero las palabras de Hitler también podían significar que creía en un Dios Creador no cristiano que dejaba que los hombres resolvieran por sí mismos sus problemas en la Tierra, y también en la idea de que no había vida después de la muerte, salvo la vida de la nación. Sus afirmaciones posteriores sobre el cristianismo abundan sobre esta última interpretación. Por ejemplo, más adelante criticó la «mansedumbre y flojedad» del cristianismo.[18] En 1941, Goebbels escribió que Hitler «odia el cristianismo porque ha paralizado cuanto de noble hay en la humanidad».[19] No hay pruebas de que Hitler creyera de verdad en la divinidad de Jesús, la resurrección o cualquier otro de los dogmas de la fe cristiana. En cambio, tuvo cuidado de señalar que «durante un período de muchos milenios no existió ningún concepto uniforme de Dios».[20]

Además, el impulso general de los argumentos de *Mein Kampf*, dejando a un lado esta mención del «Creador Todopoderoso», era antirreligioso. Para Hitler, la clave que determinaba la naturaleza del mundo no era la religión, sino la raza; el peligro de los judíos estribaba en lo que, a su entender, eran ellos en sí mismos. En *Mein Kampf* se afirma que la «existencia toda» de los judíos «se basa en una única y gran mentira, a saber: que son una comunidad religiosa, cuando en realidad son una raza, ¡y qué raza!».[21]

La «sola» razón de que la cultura estuviera declinando, seguía diciendo, era la hibridación de las distintas razas con el «consiguiente descenso en el nivel racial». Adoptó la teoría de Houston Chamberlain y mantuvo que los

judíos eran especialmente peligrosos porque protegían con celo su propia sangre, puesto que «el judío casi nunca se casa con una mujer cristiana».[22] La batalla central de la existencia, por lo tanto, era una guerra entre los dos pueblos racialmente más puros: los arios y los judíos. Vale la pena constatar que nada de esto era cierto. De hecho, los judíos de Alemania eran uno de los grupos más asimilados de Europa.

Otras dos ideas que Hitler esbozó en *Mein Kampf* tuvieron importancia para los hechos posteriores. En primer lugar, la atracción por la idea, desarrollada por los teóricos de la «higiene racial», de que había que preservar la calidad de la «raza» controlando a quién se le permitía engendrar hijos. «La exigencia de impedir que la gente deficiente conciba a hijos asimismo deficientes es absolutamente racional y, si se lleva a cabo de forma sistemática, es el acto más humano de la humanidad.»[23] En segundo lugar, la creencia de que, para que la nación prosperase, había que obtener más territorio para el pueblo alemán. Además, afirmó explícitamente dónde había que encontrar ese «espacio vital» (*Lebensraum*) adicional. «Si hablamos de territorio europeo, en nuestros días, lo que básicamente debemos tener en mente solo puede ser Rusia y los estados fronterizos que son vasallos de Rusia.»[24] Pues bien, en la zona de la Unión Soviética que Hitler codiciaba —como las fértiles tierras de las repúblicas soviéticas de Bielorrusia y Ucrania— también vivía un gran número de judíos. Si Hitler intentaba hacer realidad su ambición declarada, era inevitable que estallara un conflicto tanto con la Unión Soviética como con los judíos.

*Mein Kampf* fue una obra enormemente relevante. Ponía al descubierto, de forma inequívoca, las bases del pensamiento hitleriano. En ella lo encontramos todo: la gravedad de la amenaza que los judíos representaban; la centralidad de la cuestión de la raza; la importancia de controlar a quién se le permitía tener descendencia; la necesidad de que Alemania incrementara su territorio hacia el oeste. El contenido era tan explícito que casi se diría que Hitler escondía sus ideas radicales a simple vista. Según escribió su biógrafo Konrad Heiden, a la postre se demostró que «no había método de ocultación más eficaz que la publicidad más amplia».[25]

*Mein Kampf* no hacía mención alguna a la planificación o el desarrollo del *Putsch* de la cervecería. Sin embargo, este hecho divulgó el nombre de Hitler por toda Alemania y, sin lugar a dudas, esta cuestión iba a interesar a sus lectores. No obstante, había una razón evidente por la que Hitler no quería atizar el fuego tras lo ocurrido en Múnich en noviembre de 1923.

Mientras estaba en la cómoda celda de Landsberg, en 1924, no podía tener la certeza de cuándo lo dejarían salir en libertad condicional; y una vez que abandonara la cárcel, aún necesitaba la cooperación de las autoridades bávaras para reformar el partido nazi y regresar a la práctica política. ¿Para qué buscarse la enemistad de figuras poderosas de Múnich, al nombrar (y probablemente avergonzar) a los personajes del gobierno que habían tenido que ver con las fases iniciales del golpe de Estado? Era muy preferible dejar que las aguas se calmaran. Es obvio que Hitler calculó que las ideas expresadas en *Mein Kampf* no representaran un problema para las autoridades de Baviera ni, en consecuencia, para su propia reincorporación a la vida política.

En el otoño de 1924, Hitler confiaba en que no tardaría en poder abandonar la prisión. Pero algunos funcionarios que trabajaban para el fiscal del Estado de Baviera se mostraron en contra de la idea y recordaron al tribunal que Hitler había incitado a la revolución y no había expresado ningún remordimiento por sus actos. Lo que era más: lo habían condenado a cinco años de cárcel y todavía no había cumplido ni siquiera el primero.[26] No obstante, varias figuras de influencia apoyaron esa liberación pronta. Tal fue el caso, por ejemplo, del director de la prisión de Landsberg, Otto Leybold, que escribió un informe efusivo que afirmaba que Hitler «indudablemente ha ganado en madurez y tranquilidad» durante el tiempo pasado entre rejas, y que se trataba de «un hombre de una inteligencia polifacética, en particular de gran inteligencia política, y posee una extraordinaria fuerza de voluntad y goza de un pensamiento notablemente directo». El informe también ponía de manifiesto que no solo estaba al corriente de que Hitler había redactado *Mein Kampf* en la cárcel, sino de su contenido mismo: «Está totalmente absorbido por la redacción de su libro, que está previsto aparezca en las próximas semanas. Consta de su autobiografía más sus reflexiones sobre la burguesía, la judería y el marxismo, la revolución alemana y el bolchevismo, y el movimiento nacionalsocialista, con los hechos que acabaron desencadenando el 8 de noviembre de 1923».[27]

En un segundo informe, redactado en diciembre de 1924, Leybold fue aún más enfático e hizo hincapié en que Hitler se había hecho «especialmente merecedor de la libertad condicional».[28] El ministro de Justicia de Baviera, Franz Gürtner, respaldó esta valoración y Hitler fue liberado el 21 de diciembre de 1924. Hitler no olvidó la generosidad de

Gürtner y, después de que los nazis llegaran al poder, lo recompensó con el Ministerio de Justicia del Reich.

Cuando Hitler salió de Landsberg había adoptado dos decisiones cruciales. En primer lugar: qué táctica emplearía para derribar al Estado de Weimar. Había resuelto centrarse en los medios democráticos y comentó: «Si ganarles a votos requiere más tiempo que ganarles a tiros, al menos el resultado estará garantizado por su propia constitución».[29] La segunda decisión afectaba a los judíos. Durante el verano de 1924, mientras redactaba *Mein Kampf*, le había dicho a un compañero: «Lo cierto es que he cambiado de perspectiva en cuanto a cómo luchar contra los judíos. Me he dado cuenta de que, hasta ahora, he sido demasiado indulgente, es obvio. Mientras trabajaba en mi libro he comprendido que, en el futuro, para imponerse de verdad, hará falta recurrir a los medios de combate más implacables. Estoy convencido de que esta es una cuestión vital no solo para nuestro pueblo, sino para todos los pueblos, pues los judíos son la pestilencia del mundo».[30]

Al salir de la cárcel, Hitler encontró que el clima político del país había cambiado, y que el cambio no le favorecía. Los Aliados habían acordado, por medio del Plan Dawes, reestructurar la deuda de Alemania y poner fin a la ocupación renana. Los estadounidenses habían aceptado prestar un dinero que ayudaría al gobierno alemán a pagar las indemnizaciones debidas a los Aliados. En consecuencia, Estados Unidos pasaba a interpretar en la economía europea un papel más destacado que nunca y, por lo tanto, cualquier posible problema financiero al que los estadounidenses tuvieran que hacer frente tendría un efecto directo y poderoso sobre Europa, como se descubriría cinco años después, con el hundimiento de Wall Street. A finales de 1924, en cambio, parecía que Alemania dejaba tras de sí la parte más difícil del camino. Su divisa se había estabilizado y Gustav Stresemann, como ministro de Exteriores, negociaba con los Aliados occidentales con el objetivo de normalizar las relaciones, en un proceso que culminaría con la firma de los tratados de Locarno, en 1925. En las elecciones al Reichstag de diciembre de 1924 los partidos extremistas perdieron apoyo de forma masiva; tan solo los comunistas, por ejemplo, bajaron un 17 %.

Así, los dos volúmenes de *Mein Kampf* se lanzaron, a mediados de la década de 1920, a un mundo indiferente. El libro no se vendió bien: en 1929 solo se habían adquirido 15.000 ejemplares del segundo volumen. En parte, ello obedecía a que estaba mal escrito —es famoso el comentario de

Mussolini según el cual el libro era tan aburrido que le había resultado imposible acabarlo—,[31] pero también a que, en el momento de la publicación, el interés por Hitler había decaído.

Sin embargo, el prejuicio contra los judíos se había voceado con tanta ferocidad en los años de la inmediata posguerra que tampoco era fácil extinguirlo. Arnon Tamir, un alemán judío que fue al colegio en Stuttgart durante los años veinte, recuerda que sus maestros «nunca desaprovechaban una ocasión de expresar su desagrado por la República de Weimar; y la República, en buena medida, estaba identificada con los judíos». También recuerda que «desde que era bien pequeño ya experimenté qué era el antisemitismo. Lo primero fue que mis padres me machacaron cómo debía portarse un niño judío con el fin de no llamar la atención». Cuando era joven, uno de sus amigos lo «traicionó» revelando a los demás su origen judío. «De niño, me resultaba especialmente doloroso que el que decía ser mi mejor amigo se sumara a los otros y berrearan todos juntos: "¡Cerdo judío, cobarde, cerdo judío!" o cualquier otra expresión zoológica. Enseguida aprendí que yo era distinto y que me veían como alguien distinto, y entonces, cuando llegaba a casa llorando, mi padre me decía: "Cuando te molesten, no te aguantes, ¡devuélveselo!". La consecuencia fue que cada dos o tres días yo volvía a casa ensangrentado por las peleas o con la ropa rasgada; pero había empezado a defenderme. Solo que tuve la mala suerte de ser el único judío en una escuela no poco reaccionaria. Había algunos maestros que quizá no eran expresamente antisemitas, y uno, un antiguo general de división con cicatrices en la cara, decía: "Sí, en mi regimiento había judíos decentes y valerosos". Pero sonaba como si quisiera decir que, en otros regimientos, o entre los judíos que no conocía, hubiera gente de verdad innoble y cobarde. La idea nos iba calando como una especie de corriente subterránea, nos iba impregnando gota a gota. Esa clase de comentarios, y otros, hicieron que yo, a ojos de mis compañeros, quedara como una persona diferente.»[32]

Mientras Arnon Tamir se esforzaba por conciliar su vida como alemán y a la vez como judío, a poco más de 500 kilómetros de allí, al noreste, en Berlín, Eugene Leviné lidiaba con muchas emociones similares. Se llamaba casi igual que su padre, y ese nombre, en Alemania, asociado con la mala fama o, según fuera el punto de vista, la buena fama. Eugen Leviné, el padre, había sido uno de los líderes judíos de la revolución comunista de Múnich, en 1919, y en cuanto el Freikorps recobró el control de la ciudad

había muerto fusilado por un pelotón. Para el hijo, la historia representaba una carga pesada: «Me insistieron en que había afrontado la muerte con gallardía, atreviéndose a gritar: "¡Viva la revolución mundial!". Yo era pequeño y no entendía gran cosa, solo sabía que eso era lo que había que decir cuando te disparaban; así que solía practicar e iba repitiéndolo, "*Es lebe die Weltrevolution!*". También me preguntaba, cada vez con mayor frecuencia, si yo sería lo bastante valiente si me plantaban ante el paredón. De niño solía practicarlo también, me acercaba a una pared, me daba la vuelta e imaginaba que me iban a fusilar, porque comprendía que sería sumamente importante no ceder al miedo y morir con valentía. De alguna forma, acabé llegando a la conclusión, siendo aún un niño, de que ese día lo haría bien, de que lo conseguiría. Durante todos mis años de juventud estuve convencido de que una persona honorable acabaría muriéndose, antes o después, ya fuera en las barricadas o ante un pelotón de fusilamiento».[33]

La madre de Eugene le contó historias sobre la infancia que ella había vivido en Rusia; de cómo su familia se apiñaba en la casa de noche y aguardaba, con las luces apagadas, a que pasaran las bandas de antisemitas que buscaban judíos a los que atacar. «Pero el comunismo acabó con todo eso —dice Eugene—, con el comunismo los judíos eran tan solo otra minoría nacional, y oficialmente no había antisemitismo». Durante su propia infancia en Alemania, en los años veinte, Eugene padeció algunos problemas por su origen judío. En cierta ocasión, en la escuela, lo acometieron entre varios, pero como era aficionado al boxeo pudo defenderse. En general, dice, «mi infancia en Alemania fue muy feliz. Me gusta el alemán. Me gusta el arte alemán, me gusta la poesía alemana, me gustan las canciones alemanas, me gustaban muchos de mis compañeros … Quiero decir que el antisemitismo estaba allí, pero a la mayoría de los alemanes, si les hubieras dicho: "Mira, tendréis un gobierno que matará a seis millones de judíos", habrían respondido: "No, no, no, no. Este es un país civilizado".» «Con esto no pretendo decir —añade— que todos los alemanes corrieran a mostrarse amables con los judíos, pero abundaba la simpatía personal.» Conoció a varias personas que diferenciaban entre el odio a la supuesta «conspiración judía internacional» y las personas con las que se encontraban en la vida diaria: «Hasta cierto punto, había quien se daba cuenta que si odias a "los judíos" no es porque odies a las personas judías, sino porque crees que "los judíos" son malos: crucificaron a

Jesucristo, han perdido la guerra, han hecho toda clase de cosas reprobables. Pero en persona pueden estar bien. En una de las escuelas a las que fui, había un nazi que decía: "La verdad es que tú tendrías que ser uno de nosotros"; y yo decía: "Pues mira, lo siento, soy judío". [Entonces] él solía decir —y a muchos judíos les dijeron cosas parecidas—: "Esto no va contigo. A los tipos decentes como tú les irá perfectamente bien en la Nueva Alemania". A fin de cuentas había demostrado que yo tenía que ser un judío decente; me había unido al club de esgrima, así que no podía ser tan terrible».

Eugene Leviné recuerda incluso que algunos de los *Sturmmänner* nazis tenían novias judías; la afirmación podría parecer inverosímil de no ser por el hecho de que, en la década de 1920, Joseph Goebbels, que más adelante se aproximaría mucho a Hitler y apoyaría el Holocausto con entusiasmo, también tuvo una novia de origen judío. Goebbels, que participó activamente en el partido nazi desde 1924, se veía con una maestra llamada Else, cuya madre era judía. Afirmó que había amado a Else y que esta era «buena y hermosa»; pero también le inquietaba su origen, y en su diario apuntó que «el espíritu judío de parte de la naturaleza de Else me ha atormentado y deprimido con frecuencia».[34] El problema fundamental, en lo que a él respectaba, era su carácter «mestizo».[35]

Lo extraordinario de la relación de Goebbels con Else es que eran novios precisamente en el momento en que su propio antisemitismo se estaba volviendo más crudo. Poco después de que fracasara el *Putsch* de la cervecería, Goebbels escribió que «los judíos son el veneno que está matando al cuerpo de Europa» y que uno siente deseos de «soltarles un puñetazo en la cara».[36] En abril de 1924, fue uno de los miembros fundadores de un grupo que secundaba a los nazis en su municipio natal de la Renania. La primera reunión se centró en un debate sobre la «idea antisemita». Al concluir, Goebbels escribió que «estoy de la parte *völkisch*: odio al judío tanto con el instinto como con la razón. Lo odio y me desagrada desde lo más profundo del alma».[37] Sin embargo, unas pocas semanas después aún escribió que Else era «una chica buena y adorable. Un poco aburrida. Pero es una criadita leal y trabajadora. Se puede confiar en ella, te hará todos los favores que pueda».[38]

El hecho de que Goebbels pudiera tener dos ideas contradictorias en su cabeza —odiar a «los judíos» y sin embargo apreciar a una mujer de origen judío— es una prueba clara de la realidad que Eugene Leviné encontraba:

que a algunos nazis les resultaba posible despreciar a los judíos en abstracto y ello no obstante sentir afecto por un judío concreto. Según dice Bruno Hähnel, que en los años veinte formó parte de las *Sturmtruppen*: «Tenía parientes que eran judíos y nos veíamos en las reuniones familiares; mantuve una relación muy cordial con dos primos que eran judíos».[39] Aun así, nada de esto impidió que Bruno Hähnel —y, al parecer, Joseph Goebbels se hallaba en la misma situación— se comprometieran con el nazismo.

El trayecto de Goebbels hacia el nazismo también resulta instructivo porque demuestra que la situación política y económica tuvo un papel crucial en el aumento del respaldo a la extrema derecha. No hay pruebas de que Goebbels fuera un antisemita acérrimo antes de que concluyera la primera guerra mundial. Cuando el conflicto acabó contaba veintiún años; no había podido servir en el ejército por una deformidad en una pierna, que le hacía caminar con una cojera pronunciada. Tras quedar excluido de las fuerzas armadas, optó por una carrera académica. El supervisor de su tesis era judío, el profesor Max von Waldberg; pero esto no parece haberle molestado. Su punto de inflexión vital se produjo en 1923, cuando los franceses entraron en la Renania. Había nacido en la pequeña ciudad de Rheydt, en la zona occidental de la región, y en 1923 aún vivía allí, en casa de sus padres. Como tantos millones de alemanes, estaba en el paro, lidiaba por superar una época de hiperinflación y caos político, y ahora un enemigo al que despreciaba había ocupado su tierra natal; como tantos otros, buscó a quién echarle la culpa de lo que estaba pasando, y halló un blanco fácil en los judíos.

Una vez que Goebbels empezó a leer los discursos de Hitler, llegó a la conclusión de que el líder nazi podía ser el salvador que Alemania necesitaba. En marzo de 1924 escribió que Hitler le parecía «liberador» debido a su «personalidad sincera y de plena rectitud. Es algo que raramente se encuentra en nuestro mundo de intereses partidistas».[40] Tres días después añadió: «Hitler es un idealista entusiasta. Un hombre que regenera la fe del pueblo alemán. Estoy leyendo su discurso, inspirado, que se eleva hasta las estrellas».[41]

Es significativo que Goebbels se sintiera cautivado por Hitler mucho antes de que lo conociera en persona. Las palabras de los discursos publicados fueron bastante para convencerle del valor de Hitler; en el viaje de Goebbels al nazismo los sentimientos emocionales tuvieron mucho peso,

pero también la racionalidad. Había buscado en torno de sí a quién responsabilizar de los problemas de Alemania, decidió que eran los judíos, y entonces descubrió en Hitler alguien que primero consolidó y luego amplió su odio.

Goebbels retuvo cierta cordura y reconoció, tras asistir a una reunión de la extrema derecha en Weimar, en agosto de 1924, que algunos de sus compañeros de adhesión al nazismo eran —por decirlo suavemente— muy extraños. Le bastó tratar una vez con Julius Streicher para decidir que era un «fanático de labios contraídos» y «un tanto patológico».[42] Aun así, Goebbels se mantuvo fiel a la causa y, cuatro meses después, cuando Hitler salió de Landsberg, escribió: «¡Adolf Hitler está libre! Ahora ya podemos alejarnos del pueblo *völkisch* con la mirada vuelta hacia atrás, y volver a ser auténticos nacionalsocialistas. ¡Salve, Adolf Hitler! Ahora volvemos a confiar en el poder victorioso de la idea».[43]

Goebbels no conoció a Hitler en persona hasta julio de 1925, cuando asistió a otra reunión en Weimar. La experiencia de verlo en persona fue casi abrumadora. En su diario escribió: «Weimar ha sido, literalmente, una resurrección. Un día que nunca olvidaré. Aún estoy soñando … ¡Qué voz! ¡Qué gestos, qué pasión! Era exactamente como yo deseaba que fuera».[44] Goebbels, el hombre que más adelante escribió «la guerra mundial está aquí, la destrucción de los judíos tiene que ser la consecuencia inevitable»,[45] había quedado extasiado por completo.

Goebbels quizá se mostrara tremendamente positivo con Hitler, pero como hemos visto, la inmensa mayoría de los alemanes no compartían su opinión. Mediados los años veinte, Alemania parecía estar prosperando y el partido nazi aparentaba ser una irrelevancia, un grupo excéntrico, marginal en la vida política. Pero sería un error pasar por alto este período de formación del partido nazi, porque la forma en la que Hitler estructuró el proceso de toma de decisiones en la élite del partido durante estos años resulta útil para comprender cómo funcionaría el liderazgo hitleriano durante los años del exterminio.

Un hecho de crucial importancia fue que, cuando Goebbels oyó a Hitler hablar durante el verano de 1925, los nazis no eran un partido político corriente, sino un «movimiento» encabezado por una sola persona cuya legitimidad reposaba, antes que nada, en el efecto carismático que provocaba sobre sus seguidores. «Ahora sé que el hombre que lleva el

timón es un líder nato —escribió Goebbels en su diario en julio de 1925—. Estoy dispuesto a sacrificarlo todo por este hombre. En los tiempos de necesidad más perentoria, la historia proporciona al pueblo grandes hombres de verdad.»[46] Esta idea de que los miembros del partido nazi debían subordinarse a su *Führer* («guía») porque de un modo u otro estaba destinado a dirigirlos, por lo tanto, ya resultaba central para el concepto del partido mucho antes de que los nazis alcanzaran el poder.

Sin embargo, no era una organización en la que Hitler dictara todas las medidas al detalle. De hecho, en la medida en la que confiaba en que sus subordinados aceptaban sin restricciones el principio de su liderazgo, durante períodos de tiempo largos se mostró llamativamente poco dictatorial. En 1925, las ideas de Goebbels sobre la Unión Soviética, por ejemplo, eran muy distintas a las de Hitler. En un artículo publicado en el *Völkischer Beobachter* en noviembre de 1925, Goebbels escribió que sería erróneo considerar el bolchevismo como producto exclusivo del trabajo de los judíos; antes bien, el bolchevismo debía entenderse como la vía de acceso a una sociedad mejor en Rusia. Para Hitler eran ideas inaceptables, pero el jefe nazi siguió mostrándose amistoso con Goebbels cuando los dos se encontraron en un mitin posterior.[47]

En los primeros meses de 1926, Goebbels formó parte de un grupo, en el seno del partido, que también pedía otros cambios. Encabezado por Gregor Strasser, un destacado nazi bávaro que había pasado a trabajar en el norte de Alemania, este bando hizo campaña por un partido más «socialista». Esto sí supuso traspasar un límite: a Hitler le pareció que Strasser y Goebbels desafiaban su autoridad, y eso no pensaba permitirlo. En una conferencia celebrada en Bamberg en febrero de 1926 resolvió la amenaza. No se sentó a debatir con los disidentes, sino que pronunció un discurso de dos horas en el que repudió sus ideas. Repitió que el «bolchevismo es una conspiración judía» y que los «aliados naturales» de Alemania eran Italia y Gran Bretaña, en ningún caso Rusia.

Goebbels quedó desolado. «Una de las mayores decepciones de mi vida —dijo en su diario—. He dejado de creer ciegamente en Hitler. Esto es lo terrible: he perdido mi convicción interior … ¡Estoy desesperado!»[48] Pero Hitler, consciente del valor que aportaba Goebbels a la causa nazi, actuó con rapidez para calmar su ego. Le invitó a Múnich, le permitió usar su coche y su conductor, le dedicó tiempo en persona y lo eligió. Hitler también habló, en términos generales, sobre cómo veía la Alemania del

futuro, con un conjunto de ideas optimistas que reavivaron la llama del entusiasmo de Goebbels. «Le amo [a Hitler] —escribió luego en su diario —. Lo ha pensado todo, sin olvidar nada … ¡Me inclino ante su grandeza, ante su cerebro político!»[49]

Hitler había logrado maniobrar para alejar a Goebbels —una persona a la que, a todas luces, concedía un valor especial— de una orientación política que le disgustaba y devolverlo a una posición de apoyo incondicional. Además, lo había logrado sin que mediara un enfrentamiento personal. Hitler nunca reprendía a Goebbels directamente; no intentaba convencerlo en una discusión. Lo manipulaba pronunciando un discurso en el que criticaba sus ideas y luego reparando el daño con una ofensiva de encanto. No es la imagen convencional que mucha gente tiene sobre el liderazgo de Hitler. Cuando uno se fija ante todo en el tono hostil de sus discursos, vistos en un viejo noticiario en blanco y negro, tiene la impresión de que tuvo que ser un jefazo colérico, grosero y agresivo. Pero como demuestra este incidente, era capaz de gestionar a su personal con sutileza. Más aún: el trato dado a Goebbels ejemplifica cómo la prioridad de Hitler fue siempre asegurarse de que sus subordinados no pusieran en duda su propia autoridad última. Le preocupaban mucho menos los detalles de la orientación política. Al centrarse en una «visión» amplia de la Alemania que quería crear, podía dejar que sus partidarios elaborasen los pormenores de cómo llevar a la práctica esa visión, que luego corregiría si no estaba de acuerdo con la metodología prevista.

Hacia esta misma época Goebbels se encontró también con otro componente importante de la técnica de liderazgo de Hitler. Este casi nunca definía con exactitud las responsabilidades de una persona en el seno del partido, con lo que era inevitable que estallaran conflictos entre los nazis ambiciosos. Por ejemplo, después de que Goebbels fuera nombrado jefe de la propaganda nazi, se encontró con que otras personas seguían ejerciendo control sobre facetas de la radio, la cinematografía y el rodaje de locutores. Tuvo que intrigar y luchar para reunir bajo su mando el mayor número de hilos posible. Todo esto creó un dinamismo extraordinario dentro del partido, más aún cuando Hitler no solía intervenir en las disputas de sus subalternos por las áreas de responsabilidad. Como veremos, este estilo de liderazgo acabaría teniendo un efecto poderoso sobre la forma en la que el Holocausto se desarrolló.

En 1928, Hitler escribió un nuevo volumen de pensamientos. En esta ocasión se centró casi por completo en los asuntos exteriores. El que se conoce como *Segundo libro de Hitler* nunca se publicó en vida,** pero aun así nos informa de cómo estaban desarrollándose sus ideas políticas. Lo que nos cuenta, en esencia, es cómo usaba Hitler la «raza» como guía para la política exterior.

Hitler se preguntaba por qué Estados Unidos prosperaba tanto como nación, a diferencia de Rusia, que seguía relativamente atrasada; y creía hallar la respuesta en la cuestión de la raza. Entendía que la «mejor sangre» de Europa se había marchado a Estados Unidos y esto explicaba su progreso. En cambio, como en la Rusia «judío-bolchevique» abundaban los habitantes de un valor racial inferior, la nación nunca podría medrar como tal.

Una vez más, Hitler situaba a los judíos en el centro del escenario. «El objetivo último de la lucha de los judíos por la supervivencia es esclavizar a los pueblos que son activos en la producción», escribió.[50] «El objetivo último [del judío] es quitar el carácter nacional a otros pueblos y sumirlos en un caos de hibridación, para rebajar el nivel racial de los superiores y alzarse sobre esta informidad racial … La lucha judía internacional, por lo tanto, siempre acabará con una bolchevización sangrienta.»[51]

En su *Segundo libro*, Hitler volvió a afirmar que Alemania necesitaba más territorio para prosperar, tierras que habría que conquistar por la fuerza: «La libertad no se logra por medio de súplicas ni engaños, ni tampoco por medio del trabajo o la aplicación industriosa, sino solamente luchando: luchando en las batallas propias».[52]

En la época de redacción del *Segundo libro*, Hitler se había impuesto como figura dominante en la derecha *völkisch*. Lo había conseguido por más vías que, por un lado, la escritura de obras que ponían de manifiesto sus credenciales «visionarias» y, por otro, la clase de liderazgo astuto que había conquistado a Joseph Goebbels; lo había conseguido también al aceptar en el partido nazi a personas con las que no siempre tenía una sintonía clara. En 1927, por ejemplo, el conde Reventlow se unió a los nazis. Reventlow había contribuido a organizar el Partido Völkisch Alemán de la Libertad, en 1924, pero decidió «subordinar[se]» a sí mismo, «sin más preámbulos, al señor Adolf Hitler». ¿En qué fundamentó esta resolución? En que, en sus palabras, Hitler «ha demostrado que es capaz de dirigir; ha creado su partido sobre la base de su propio punto de vista, su voluntad y

sus ideas de nacionalsocialismo unificado, y lo guía. Él y el partido son todo uno y esto representa la unidad que es requisito imprescindible para el éxito».[53] Reventlow pidió a los miembros de su anterior partido que se sumaran al nazismo porque «la única posibilidad de lograr algún progreso es por medio del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, ¡la única!».

Reventlow defendía con firmeza las ideas socialistas de un Gregor Strasser, las mismas que Hitler había descalificado en la conferencia de Bamberg, en 1926. Aun así, lo recibió con los brazos abiertos en su partido. Era consciente de que, para reunir bajo la enseña nazi a toda la diversidad de los partidos *völkisch* —pues de otro modo no lograría alzarse con el poder—, tendría que tolerar también las diferencias de opinión.

También había puntos de acuerdo claro, como el antisemitismo. En marzo de 1928, Reventlow pidió que se aprobara una ley que «prohibiera toda futura inmigración judía, expulsara a todos los judíos que habían entrado en Alemania desde 1914 y situara a los demás bajo una Ley de Extranjería, reservándose el derecho a expulsarlos en consecuencia y excluyéndolos de los derechos asociados con la ciudadanía alemana».[54]

La propuesta quedó en nada. Pero el hecho de que Reventlow no vacilara en expresar tales ideas pone de manifiesto la confianza de los antisemitas nazis. A pesar de la aparente prosperidad y modernidad del Estado de Weimar, el antisemitismo aún seguía arraigado en determinadas áreas de la vida alemana. Era especialmente habitual, por ejemplo, entre los grupos juveniles y estudiantiles. Tanto era así que muchos jóvenes judíos tuvieron que formar sus propios clubes excursionistas para poder disfrutar de los paisajes rurales. Eugene Leviné fue de los que, durante este período, recorrió los campos de Alemania con una asociación juvenil exclusivamente judía. Recuerda un encuentro sorprendente con un antisemita cuando él y sus amigos regresaban de una excursión. «Ten en cuenta que había partes de Alemania en las que no se había visto nunca un judío —cuenta Leviné—, así que era bastante fácil odiarlos. Recuerdo una de nuestras excursiones, cuando estaba en un compartimento de tren, de vuelta a Berlín, con mi mochila y mi camisa marrón.» En ese mismo compartimento, además de Eugene y sus amigos, viajaba un campesino que empezó a «maldecir contra los judíos, así que le dijimos: “Oiga, que todos nosotros somos judíos”. Y él se echó a reír a carcajadas, y dijo: “Ya veo que os pensáis que la gente de campo somos necios. Es evidente que sois chicos alemanes, de vida deportiva, sana y agradable. A mí no me vais a engañar con que sois

judíos". Y lo decía en serio. Porque no íbamos sucios, no llevábamos rizos a los lados, no usábamos caftán, no teníamos barba. Él nos veía iguales a cualquier otro chaval alemán. Es decir, que habría alguna nariz larga, u ojos negros, pero también hay muchos alemanes de nariz larga y ojos negros. Lo cómico del asunto es la idea racial sobre "el alemán", ¡por el amor de Dios, si la mayoría de los nazis no eran así [como el «ario» idealizado]!».[55]

Hitler afirmó que el antisemitismo estaba más presente que nunca en Alemania. En la asamblea general anual del partido nazi, en septiembre de 1928, afirmó que «el antisemitismo, como idea, está creciendo. Lo que apenas era cierto hace diez años lo es hoy: se ha atraído la atención del pueblo hacia la cuestión judía, que ya no va a desaparecer, y nosotros nos aseguraremos de que se convierta en un tema mundial e internacional; no descansaremos hasta que el problema se haya resuelto. Y creemos que viviremos para ver ese día».[56]

Aun así, por mucho que Hitler se jactara, no hay pruebas de que los alemanes, en su mayoría, apoyaran el antisemitismo virulento de los nazis. Antes al contrario: cuando pronunció aquellas palabras, Hitler era consciente de que cuatro meses antes, en las elecciones generales alemanas de mayo de 1928, los nazis habían recogido tan solo un 2,6 % de los votos. El resultado había sido desastroso. No obstante, en el plazo de cinco años Hitler sería el canciller del Estado y el jefe del partido político con más afiliados del país. ¿Qué hizo posible la transformación? No la falaz afirmación de que toda Alemania estaba preocupada por «la cuestión judía», sino un factor totalmente ajeno a su control: una catástrofe económica.

La economía de Weimar, levantada sobre los préstamos de Estados Unidos, resultó devastada por el hundimiento de Wall Street de octubre de 1929. En tan solo un año —entre septiembre de 1929 y septiembre de 1930 — el desempleo del país ascendió a más del doble: de 1,3 millones a 3 millones de personas. En Alemania, el gobierno democrático cayó de hecho en marzo de 1930, cuando se derrumbó la gran coalición que agrupaba a populares y socialdemócratas. El nuevo gobierno del canciller Heinrich Brüning tuvo que basarse en el artículo 48 de la Constitución, que permitía gobernar por decreto presidencial.

En las elecciones de septiembre de 1930, los nazis obtuvieron más de seis millones de votos y se convirtieron en el segundo partido político del Reichstag. Fue un resultado asombroso. Millones de alemanes que antes habían dado la espalda a Hitler y los nazis depositaban ahora su confianza

en ellos en unos años desesperados. Pero aunque en 1928 anunciara a los cuatro vientos el supuesto auge del antisemitismo en Alemania, Hitler no ignoraba la realidad: sus nuevos adeptos no se habían dirigido a él por mor del antisemitismo. Así pues, rebajó la intensidad de su obsesión. Un estudio de los discursos que pronunció entre 1930 y 1933 pone de manifiesto que hizo mucho menos énfasis que antes en el papel de los judíos. Llegó a decir, en octubre de 1930, que «no tenemos nada contra los judíos decentes; solo cuando conspiran con el bolchevismo, entonces sí, los vemos como un enemigo».[57]

En vez de despotricar contra los judíos, Hitler pasó a centrarse en la necesidad de regenerar Alemania de acuerdo con las líneas de un Estado nacionalsocialista. Pidió rechazar las medidas de castigo que los Aliados habían impuesto al país a la conclusión de la primera guerra mundial, y advirtió de los peligros del «bolchevismo». «Hoy —dijo ante un público de empresarios industriales en Düsseldorf, en enero de 1932— nos hallamos en el punto de inflexión del destino de Alemania», porque el país corría el peligro de sumirse en el «caos bolchevique.»[58] Fue un discurso largo en el que no hizo ni una sola alusión a los judíos.

Esto tampoco quiere decir que engañara al público para que, de pronto, creyera que los nazis habían rechazado el antisemitismo. La propaganda nazi había difundido con insistencia la idea de que los judíos eran los responsables del «bolchevismo», el odiado tratado de Versalles y, por último, la corrupción del capitalismo que había provocado la depresión económica. Así pues, cada vez que en sus discursos mencionaba cualquiera de estos conceptos, buena parte del público debió de interpretar que, a fin de cuentas, la culpa era de los judíos.

Cuando Jutta Rüdiger (a la sazón una estudiante de veintiún años) oyó hablar a Hitler en 1932, entendió a las claras que detrás de la palabra «bolchevismo» estaban los judíos. «Los judíos estaban asociados con el comunismo, y tanto —afirma—. Corría por ahí un chiste cruel … [que decía] que ya iba bien que entre los comunistas rusos hubiera por lo menos un *gói* —como se llamaba, de forma ligeramente despectiva, a los gentiles — porque así alguien podría firmar las condenas de muerte en sábado [día santo para los judíos]. Es humor negro, pero desde luego que había una asociación clara entre el comunismo y los judíos.»[59]

Jutta Rüdiger cuenta que lo que más le atrajo de Hitler y los nazis, en los primeros años de la década de 1930, fue que le pareció que ofrecían una

manera de salir de la depresión económica y daban a los alemanes la ocasión de estar unidos con una meta en común; pero también cree que su programa antijudío no supuso una barrera para su éxito: «Entre la gente imperaba una convicción general que ya había estado presente en la época imperial (y quizá también estuvo presente en otras naciones en un momento u otro) de que a los judíos se los percibía como un elemento extraño».[60]

Johannes Zahn, que en 1932 era un banquero de veintitantos años, está de acuerdo con esta impresión: «En general se pensaba que en Alemania los judíos habían ido demasiado lejos».[61] Por «demasiado lejos» Zahn entendía que los judíos representaban un porcentaje desproporcionado de los profesionales en ámbitos como el derecho, la medicina y el periodismo. (Aunque difícilmente era de extrañar que los judíos hubieran elegido esa clase de profesiones, dado que durante muchos años se les había prohibido acceder a muchas otras carreras.) Según Johannes Zahn, «llegó un día en que resultó demasiado, en general la idea de que había que expulsar a los judíos se quedó sin oposición; pero que al final hubiera que matarlos, en Alemania nadie, o si acaso muy pocos, lo habría aprobado».[62]

Aun así, la causa primordial del ascenso del partido nazi siguió siendo la penosa situación económica de Alemania. Para muchos de sus habitantes, en aquellos tiempos de catástrofe económica, lo único importante era encontrar trabajo y poder sostener a la familia en un clima de incertidumbre política. Al iniciarse 1933 había seis millones de desempleados y los comunistas estaban haciéndose populares al mismo tiempo que los nazis. Era como si el país se estuviera partiendo en dos opuestos: los comunistas por un lado y los nazis por otro. «Seis millones de desempleados significa, con tres personas por familia, pues 6 × 3 = 18 millones de personas sin comida —dice Johannes Zahn—. Y cuando un hombre se quedaba sin trabajo en esa época, solo le quedaba un remedio: o se hacía comunista o se hacía [*Sturmmann*] de la SA. Y la gente de los negocios pensó que era mejor que todos esos se hicieran de la SA, porque había disciplina y orden; y al principio —hoy es realmente necesario decir esto—, al principio nadie podía decir si el nacionalsocialismo era algo bueno con unos pocos efectos secundarios negativos, o algo malo con unos pocos efectos secundarios positivos; no se podía saber.»[63]

Tales afirmaciones son, en buena medida, interesadas. Es así porque, aunque es cierto que Hitler no hizo hincapié en su odio antisemita durante el ascenso de los nazis al primer plano, entre 1930 y 1933 muchos de sus

seguidores no se mostraron tan contenidos. Así, Julius Streicher no solo continuó publicando su basura antisemita en *Der Stürmer*, sino que hizo los mismos comentarios en un discurso de 1932: «Nosotros, los nacionalsocialistas, creemos que Adolf Hitler es el emisario de una nueva Alemania. Creemos que Dios lo ha enviado para liberar al pueblo alemán de la judería chupasangre y todopoderosa».[64]

Joseph Goebbels también continuó divulgando su ideario antisemita durante este período. Desde que fue nombrado *Gauleiter* (jefe nazi) de Berlín, a finales de 1926, convirtió a los judíos de la capital en su blanco particular; en particular al doctor Weiss, viceinspector jefe de policía. En su revista propagandística *Der Angriff* [El ataque]aludía a él sistemáticamente como Isidor Weiss, usando un nombre propio típico de los judíos, pese a que en realidad se llamaba Bernhard. Isidor Weiss apareció caricaturizado de diversas maneras en *Der Angriff*: como judío en el que no se podía confiar, con la nariz marcadamente aguileña, incluso como un asno. Cuando Weiss se quejó y un tribunal confirmó que la caricatura del burro estaba en efecto concebida como una representación de su persona, Goebbels reimprimió la viñeta con un pie que anunciaba que los jueces habían confirmado que el doctor Weiss se asemejaba a un burro.[65] Goebbels también apoyó acciones callejeras contra los judíos. En el año nuevo judío de septiembre de 1931, la SA se plantó con sus fuerzas en la calle comercial más importante de Berlín, la Kurfürstendamm, y hostigaron a todos los que les parecieron judíos. Para entonces, Goebbels se había alejado de su novia medio judía, Else, y se citaba con Magda Quandt, rubia y de ojos azules, con la que se casó en diciembre de 1931.

Durante los primeros años treinta, la propaganda nazi también se dirigió contra intereses económicos que muchos creían que eran propiedad de judíos. Por ejemplo, una hoja de propaganda electoral de los nazis en el norte de Alemania afirmaba: «¡En Hanóver se prepara y ejecuta un nuevo golpe destinado a arruinaros! El sistema actual permite que la gigantesca empresa WOOLWORTH (Estados Unidos), con el apoyo de capital financiero, construya un nuevo negocio vampírico en el centro de la ciudad, en la Georgstrasse, que os llevará a la ruina total».[66]

Mucha gente entendería de inmediato que esta referencia a Woolworth era un ataque contra los judíos. En efecto, los nazis llevaban años denunciando que los grandes almacenes eran en su mayoría propiedad de judíos y representaban una amenaza para las tiendas tradicionales. Para los

nazis, estos grandes comercios —pese a ser símbolos de la modernidad— eran «vampíricos» porque, supuestamente, chupaban la sangre de las calles mayores tradicionales. De hecho, estaban tan molestos con la presencia de estos colosos comerciales que uno de los veinticinco puntos del programa original de los nazis ya había hecho referencia a ellos: el punto dieciséis exigía que los grandes almacenes fueran arrendados «a bajo precio a pequeños comerciantes».

Cuando los nazis llegaron al poder, los grandes almacenes fueron uno de los blancos preferidos de sus ataques. El presidente del distrito de Hanóver informó de que en diciembre de 1934 «volvieron a producirse disturbios contra negocios judíos … El domingo anterior a Navidad se lanzaron repetidamente botes de gas lacrimógeno al interior de comercios judíos y del almacén de F. W. Woolworth. Debido a los graves síntomas de envenenamiento, diez vendedores de la compañía Woolworth tuvieron que ser conducidos en ambulancia a un hospital».[67] En realidad, el fundador de los Woolworth era de origen metodista, no judío.

A Goebbels le parecía bien esta política de culpas por asociación. Cuando los alemanes de la calle oían hablar de los «grandes almacenes», muchos los identificaban con «propietarios judíos»; cuando escuchaban un discurso sobre los peligros del marxismo pensaban «Marx era judío», etcétera. Goebbels creía que la propaganda más fructífera era la que lograba manipular al público para que pensara que había llegado a sus propias conclusiones sobre un tema determinado.[68]

Pero aunque en este período estaba creciendo el apoyo a los nazis, la mayoría de los alemanes todavía se oponía a ellos. En particular, muchos socialistas consideraban que su antisemitismo era intolerable. Partidarios del comunismo como Alois Pfaller entendían que, dado que los alemanes judíos y no judíos «hablaban la misma lengua» e «iban al mismo colegio», «¿por qué razón deberíamos odiarlos?». Tanto él como sus amigos pensaban que «nadie puede hacer nada contra su nacimiento, eso estaba claro; nadie es responsable de dónde nace».[69] Para Pfaller, lo esencial no era la «raza», sino limitar el poder de los «mandamases» para crear una Alemania más igualitaria.

En la prensa alemana, por otro lado, aparecieron asimismo advertencias proféticas sobre lo que era probable que ocurriera si los nazis llegaban al poder en algún momento. Así, el periodista judío Lion Feuchtwanger escribió en el periódico *Die Welt am Abend*, en enero de 1931: «El

nacionalsocialismo aspira a derrocar la razón e instalar en su lugar la emoción y el impulso; para ser más precisos, la barbarie … Así pues, lo que los intelectuales y artistas deben esperar una vez que se establezca definitivamente el Tercer Reich es evidente: exterminio».[70]

En su mayoría, sin embargo, los alemanes deseaban un cambio radical. Aunque los nazis nunca ganaron por mayoría en el voto popular, una mayoría de alemanes sí dio su apoyo a partidos que afirmaban sin ambages que pretendían acabar con la democracia. En las elecciones generales de julio de 1932, los nazis se hicieron con el 37 % de los votos, y los comunistas, con el 14 %; en total, un 51 %. Se trata de un resultado plenamente significativo, pues indicaba que la mayoría simple de los electores quería destruir el sistema de gobierno democrático que por entonces existía. Los alemanes tenían la sensación de que los habían abandonado a su suerte, y no solo determinados partidos o políticos, sino el mecanismo de gobierno al completo.

La aversión de los alemanes a la democracia, durante los primeros años treinta, fue un tema muy comentado. «Lo que favorece la victoria del nacionalsocialismo, por encima de todo, es el hecho de que en este país la democracia nunca ha salido vencedora de una batalla sangrienta», escribió el novelista Heinrich Mann en diciembre de 1931. «En determinado momento histórico, tras la derrota en la guerra, pareció que eso sería una salida, en comparación con el desastre de la monarquía y la amenaza del bolchevismo; tan solo una salida, no un objetivo en sí, ni menos aún una experiencia apasionada.»[71]

«Los alemanes carecen de tradición democrática —afirma Arnon Tamir —. Nunca la han tenido. En Alemania, hasta nuestros días, todavía no ha habido ninguna democracia que sea el fruto de la lucha de sus ciudadanos». En su infancia como judío en Alemania, durante las décadas de 1920 y 1930, también llegó a la conclusión de que Hitler solo prosperó por la crisis que azotaba al Estado alemán: «Los nazis surgieron en un contexto, durante los años veinte, después de que se perdiera la guerra mundial, cuando el pueblo alemán estaba oprimido y humillado y se tambaleaba de una crisis económica a otra y de una crisis política a otra. Fue un clima más que propicio. ¡A alguien habrá que echarle la culpa de todo eso! Y todo el antisemitismo de los nazis se resume perfectamente en pocas palabras: “La culpa es del judío, la culpa de todo, siempre”.»[72]

Aunque Hitler rebajara su retórica antisemita durante el período de crecimiento electoral de su partido, la orientación general de los nazis seguía estando clara, y no andaba lejos de la paráfrasis de Arnon Tamir: «La culpa es del judío». Como afirmó Gregor Strasser, miembro destacado del partido nazi, en octubre de 1931, cuando los nazis llegaran al poder se asegurarían de que «se pusiera fin al gobierno de los judíos en Alemania». Lo harían «excluyendo a los judíos de todos aquellos ámbitos desde los que pueden obstruir la economía alemana».[73] El 37 % del electorado que dio su apoyo a los nazis en julio de 1932, por lo tanto, votaba por un partido que declaraba en público que, si salía elegido, perseguiría a los judíos alemanes. Los nazis nunca fingieron otra cosa.

Entre la élite política alemana, muchos compartían puntos importantes con los nazis. También querían restaurar el orden en el país por la vía de eliminar la democracia y aplastar la amenaza del partido comunista. En 1932, el presidente Von Hindenburg —el antiguo comandante de las fuerzas armadas alemanas durante la primera guerra mundial, a la sazón de ochenta y cinco años— estaba preparado para sustituir la democracia por un gobierno de la derecha. El problema, en lo que a Hindenburg atañía, era que aunque los nazis dominaban por entonces la derecha de la política alemana, Hitler era inaceptable como canciller. Cuando los dos se reunieron en agosto de 1932, Hindenburg le dijo a Hitler que «él no podría justificar ante Dios, ante su conciencia o ante la patria el hecho de transferir toda la autoridad de gobierno a un único partido, en especial a un partido sesgado en contra de cuantos mantenían opiniones distintas a las propias».[74] Expresó el mismo reparo cuando se vieron de nuevo, en noviembre de 1932, afirmando que temía que «un gabinete presidencial encabezado por usted, inevitablemente, terminaría por ser una dictadura de partido, con todas sus consecuencias, lo que agravaría los antagonismos que ya dividen al pueblo alemán». Hindenburg añadió que no hallaba forma de conciliar esa situación «con su conciencia y el juramento que había realizado».[75]

Las objeciones de Hindenburg a la candidatura de Hitler a la cancillería se basaban, en parte, en razones de clase, pues Hitler le parecía un «cabo bohemio».[76] Pero también estaba en contra de algunas prioridades de los nazis, y en especial, le parecía mal el franco antisemitismo del partido. En agosto de 1932 escribió a la Centralverein (Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía) para condenar los ataques sufridos por judíos. De hecho, durante la campaña para la reelección presidencial,

desarrollada unos meses antes, algunos diputados nazis del Reichstag habían llegado a ridiculizar a Hindenburg como el «candidato judío».[77]

Aun así, varias personas próximas a Hindenburg sí mantenían puntos de vista antisemitas. Franz von Papen, canciller de Alemania durante buena parte de 1932, reveló en una entrevista con el *Evening Standard* londinense, al año siguiente, que en Gran Bretaña sería inconcebible que hubiera tantísimos judíos en los campos de la medicina y el derecho, y que había que combatir contra la influencia de aquellos «judíos internacionales» que ocupaban puestos destacados entre el funcionariado alemán.[78]

Hindenburg, sin embargo, se enfrentaba al problema de que los dos cancilleres que nombró durante 1932 —Franz von Papen y Kurt von Schleicher— carecían del apoyo de las masas, por lo que era de temer que la desconexión existente entre la clase gobernante y el votante común se ahondara todavía más en el futuro. Peor aún: la batalla callejera entre los comunistas y la SA podía desembocar en una guerra civil.

Hitler se presentó a la vez como un hombre que respetaba a Hindenburg y como el joven patriota resuelto a unir Alemania. En un discurso pronunciado en Detmold el 4 de enero 1933, dijo: «Lo que ha hecho nacer al movimiento nacionalsocialista es el deseo de una verdadera comunidad del pueblo alemán … El destino nos ha impuesto la magna tarea de resolver la desunión del pueblo alemán». Para ello se necesitaba, a entender de Hitler, «eliminar de forma implacable» todo lo que estaba dividiendo el país. Como amenaza contra la unidad del *Volk*, mencionó expresamente a los «marxistas», pero una vez más, muchos habrían entendido la referencia al marxismo como una alusión codificada a los judíos.[79]

Al final, Franz von Papen logró conciliar a Hindenburg con Hitler. Papen se había visto obligado a ceder la cancillería a Kurt von Schleicher en diciembre de 1932, porque su gobierno carecía de respaldo popular. Schleicher, un intrigante nato, había intentado —en vano— conseguir un apoyo más amplio para su propio gobierno. Llegado el momento, Papen se vengó y propuso regresar al gobierno como vicecanciller, con Hitler como canciller, a lo que Hindenburg asintió. Tenían la teoría de que Hitler se «domesticaría» al incluir en la cancillería a Papen y otras personas ajenas al nazismo.

El 30 de enero de 1933, trece años después de haber anunciado el programa de su partido en la Hofbräuhaus de Múnich, y menos de cinco años después de que este hubiera obtenido tan solo un 2,6 % de los votos en

unas elecciones generales, Hitler fue nombrado canciller alemán. En ese momento, por fin, podía intentar poner en práctica sus creencias tan queridas.

# 4

# La consolidación del poder (1933-1934)

Millones de alemanes recibieron con alegría el nombramiento de Hitler. Estaban de acuerdo con la valoración de Goebbels, conforme Alemania se hallaba en un «punto de inflexión de su historia».[1] Manfred von Schröder, que era estudiante, dice: «La gente joven lo acogió con entusiasmo y optimismo, creían en Hitler y creían que dejar atrás las consecuencias de la primera guerra mundial, y en especial el tratado de Versalles, sería una tarea maravillosa. Así que estábamos de lo más animados … Imperaba un sentimiento de liberación nacional, de un nuevo comienzo».[2]

«Desde luego que estábamos emocionados —confirma Gabriele Winckler, que era una joven secretaria—. Pensábamos: "Ahora todo va ser distinto y todo va a ser mejor".» Winckler recuerda que «toda la gente joven … estaba radiante, porque todos estaban felices».[3] Günter Lohse, que en 1933 contaba diecinueve años, cree que «lo que te daba confianza era la personalidad de Hitler; confiabas en que no solo mantendría sus promesas, sino que las haría realidad. Ya lo rodeaba un mito».[4]

En muchas ciudades se celebraron desfiles de antorchas, y Luise Solmitz contempló el de Hamburgo, el 6 de febrero de 1933. Cuando describió lo que estaba pasando delante de ella, lo hizo en el contexto de una historia familiar nada corriente: aunque era nacionalista acérrima y no era judía, su marido era un converso del judaísmo al cristianismo. «Cuando las primeras antorchas llegaron habían dado las 10 —escribió en su diario—, y entonces vinieron unos tras otros, como las olas del mar, unos 20.000 camisas pardas, con la cara radiante de entusiasmo a la luz de las antorchas». Recordaba que los *Sturmmänner* daban gritos de: «¡Muerte a los judíos!» y «¡La República es una mierda!», y cantaban a «la sangre judía que iba a manar de sus

cuchillos». Junto con este último comentario, Luise Solmitz añadió, más adelante: «¿Quién se tomó en serio esas palabras, en aquel momento?».[5]

A muchos judíos alemanes, el ascenso de Hitler a la cancillería les causó una impresión inmediata. Eugene Leviné, que estudiaba en una escuela religiosa mixta, recuerda que un chico no judío del que había sido amigo se acercó a preguntarle: «¿Qué, Leviné, ya tienes el billete para Palestina?». Eugene quedó conmocionado: «Bueno, es así, el antisemitismo siempre está ahí, bajo la superficie. Yo le derribé de un empujón. Pero lo interesante es que no se puso en pie y empezó a pelear. Le hice entender cuánto me había enfadado, él se sintió culpable y se marchó con el rabo entre las piernas. Ya ves, el sentimiento de cada uno depende mucho de las circunstancias, y lo que uno puede hacer en cada momento varía».[6]

Arnon Tamir, en Stuttgart, tuvo un enfrentamiento parecido. «El niño más idiota de la clase, que ya estaba viniendo al colegio con su uniforme de la SA, me entregó un cartoncito en el que había escrito: "Billete a Palestina, de ida y sin regreso, nunca". Yo estaba a punto de echarme encima de él cuando se metieron los jefes de la clase. Uno era el hijo de un general y el otro, hijo de un oficial; eran los antisemitas "nobles" de la clase. Intervinieron y dijeron: "Ni hablar … Esto no tiene nada que ver con él. Él no tiene nada que ver con los judíos bolcheviques, con los judíos capitalistas, nada que ver con eso". Y justo entonces, por primera vez, me invitaron a su casa, para demostrar que también había oponentes decentes y honorables. Por descontado, yo no acepté. Como respuesta a ese honor, a que me invitaran, decliné.»[7]

En Hamburgo, Lucille Eichengreen y su hermana, dos judías que por entonces asistían a la escuela, también fueron objeto de una discriminación repentina: «Hitler llegó al poder en enero de 1933. Los niños que vivían en el mismo edificio … dejaron de hablarnos. Nos tiraban piedras, nos insultaban, y eso era quizá tres meses después de que Hitler llegara al poder. Y no podíamos entender qué habíamos hecho para merecer ese trato. La pregunta era siempre la misma: ¿por qué? Cuando lo preguntábamos en casa solían decirnos algo como: "Oh, es una fase pasajera, no tiene más importancia, se normalizará". Eso significaba, en realidad, que no lo sabíamos. Pero no lográbamos comprender el cambio … Lo primero que [mis padres] nos dijeron fue que, en el camino a casa, en el autobús o el tranvía, "no llaméis la atención, quedaos atrás, no habléis en voz alta y no os riáis, haced como si no estuvierais". Y no lo podíamos entender, para

nosotras no tenía sentido. Y preguntábamos y no nos respondían … Nos dio miedo, porque el camino del colegio eran cuarenta y cinco minutos a pie. Y nos gritaban, otros niños nos escupían. Los adultos miraban sin hacer nada. Nos sentíamos marcadas, aunque no lleváramos la insignia».[8]

Estas experiencias ponen de manifiesto lo fácil que fue, para muchos alemanes que antes no habían expresado puntos de vista antisemitas, acomodarse a la conducta que el nuevo régimen esperaba de ellos. Para algunos, se trataba de ideas latentes en todo momento; otros simplemente optaron por seguir el camino de menor resistencia, más aún, cuando se sabía que el poderoso Estado alemán estaba dirigido ahora por un canciller netamente antisemita.

Sin embargo, aunque hubiera sido nombrado canciller, Hitler todavía no era el dictador indiscutido de Alemania. Sus acciones estaban limitadas por varias fuerzas poderosas; fuerzas que, sin embargo, él se esforzó por controlar. Para empezar, sabía que necesitaba el apoyo de los militares. No es de extrañar, por lo tanto, que una de sus primeras decisiones —pasados tan solo cuatro días de su nombramiento— fuera reunirse con figuras muy destacadas de las fuerzas armadas. El 3 de febrero les comunicó que pensaba emprender un programa de rearme masivo y que no debían tener miedo de que intentara fusionar el ejército regular con la Sturmabteilung del partido nazi. Este mensaje, lógicamente, sentó muy bien entre los profesionales del sector. «Se iba a organizar un ejército que sería capaz de defender Alemania de verdad —dice el *Graf* (conde) Johann-Adolf von Kielmansegg, por entonces joven oficial del ejército—. Eso sí fue una acción revolucionaria.» Un hecho tranquilizador y «muy importante para los soldados» fue que el presidente Von Hindenburg «había dado su bendición al comportamiento de Hitler. Para nosotros, eso era lo importante, porque para nosotros, para el ejército, Hindenburg no era Hitler.»[9]

El 10 de febrero de 1933, Hitler pronunció un extenso discurso en el Sportpalast (Palacio de Deportes) de Berlín que se transmitió por radio a toda la nación. Optó por no dar detalles sobre ninguna de las medidas específicas que su gobierno podía estar pensando en implantar, y comentó que cuando sus adversarios decían: «Queremos ver los detalles de su programa», él tan solo podía responder: «Después de cómo habéis dejado el país, de vuestras aventuras, de vuestra subversión, hay que reconstruir el *Volk* alemán de arriba abajo, ¡igual que vosotros lo habéis destruido de

arriba abajo! ¡Ese es nuestro programa!». Sí hizo hincapié, no obstante, en que nada le impediría «aniquilar el marxismo».[10]

Hitler avanzaba con cautela. Empezó por adelantar las elecciones, que serían el 5 de marzo, con la esperanza de que el resultado legitimara su nuevo régimen y le permitiera aprobar una ley habilitante para gobernar sin contar con el Parlamento y, por otro lado, sin que cada acto legislativo necesitara la aprobación del presidente Von Hindenburg. En consecuencia, tuvo que llegar a acuerdos. Para obtener el respaldo del Partido de Centro, por ejemplo, prometió que nunca establecería alianzas con ningún partido que pretendiera destruir el cristianismo.[11]

El 27 de febrero de 1933, los acontecimientos tomaron un giro inesperado. Un comunista neerlandés, llamado Marinus van der Lubbe, prendió fuego al Parlamento alemán, el Reichstag. En un principio, según anotó Goebbels en su diario, Hitler tuvo un «arranque de furia» al ver las llamas. «¡Es el momento de pasar a la acción!», escribió Goebbels. A las pocas horas habían descubierto al perpetrador: un hombre que resumía a la perfección los peligros del marxismo. «Justo lo que necesitábamos: un comunista holandés», dijo Goebbels.[12] La conveniencia del momento en el que se produjo el ataque —a una semana de las elecciones—, sumada al hecho de que la afiliación política del culpable fuera igual de conveniente, han generado un montón de teorías conspirativas sobre una supuesta implicación de los nazis en el incendio del Reichstag. Ahora bien, nunca se ha demostrado de forma concluyente que participaran en aquel acto criminal.

No cabe duda, en todo caso, de que el incendio benefició sobremanera a Hitler. Al día siguiente, Hindenburg firmó una legislación que recortaba los derechos humanos más básicos, tales como el derecho de reunión y el de libertad de expresión, y se dio un nuevo impulso al círculo que se iba cerrando sobre los comunistas alemanes. Hermann Göring, como ministro de Interior de Prusia, ya había reclutado a un gran número de hombres de la SA como auxiliares de policía, dirigidos contra los antiguos oponentes políticos de los nazis.

En cuanto a los judíos alemanes, aunque hubo ataques esporádicos contra determinadas personas —los *Sturmmänner* estuvieron celebrando la victoria durante varias semanas y meses—, no hubo detenciones en masa y los asaltos, en su mayoría, fueron más de humillación y acoso que de asesinato. En Núremberg, por ejemplo, la SA arrastró a diversos judíos hasta un

estadio deportivo, donde les obligó a segar la hierba con los dientes. Entre ellos figuraba el padre de Rudi Bamber, quien solo tuvo noticia del ataque porque los hijos de otros judíos que habían corrido la misma suerte le contaron que a su padre también le había tocado. «Mi padre fue incapaz de hablar sobre eso, o no quiso hacerlo —cuenta Bamber—, volvió a casa muy lívido y pálido, y eso fue todo … No creo que hubiera un proyecto coherente de antisemitismo, era tan solo que cada vez que se presentaba una ocasión, se aprovechaba para actuar contra los judíos, para demostrarles cuál era su lugar en relación con los alemanes como tales; en realidad, para humillarlos. Se habían dado unas indicaciones vagas que cada cuál podía interpretar como quisiera, sabían que tenían carta blanca y hacían lo que les venía en gana, si algunos eran antisemitas o antijudíos o necesitaban desahogarse o querían presumir delante de los amigos.»[13]

Pero aunque la forma en la que Bamber valora los actos de la SA en Núremberg durante aquellos meses iniciales de 1933 podría ser acertada —ciertamente hubo poca coherencia en la forma en que los nazis eligieron perseguir a este o aquel judío—, poco después se produciría una acción de ámbito nacional que fue, en lo esencial, un acto deliberado de terrorismo antijudío con la sanción del Estado. Ocurrió poco después de las elecciones del 5 de marzo, en las que los nazis obtuvieron cerca del 44 % de los votos. A partir del 7 de marzo —en la Renania, pero el boicot se fue haciendo extensivo al resto del país durante los días siguientes—, miembros de la SA y otros partidarios del nazismo se manifestaron delante de comercios judíos, hostigaron a sus dueños y empleados y, a menudo, les obligaron a bajar la persiana para todo el día.

El 24 de marzo Hitler consiguió aprobar por fin la ley habilitante. Esta «ley para la subsanación de la situación de emergencia del pueblo y el Reich» otorgó a Hitler poderes extraordinarios para gobernar sin el Reichstag, y fue la base legal sobre la que se levantó la dictadura nazi. Tan solo cuatro días después, el 28 de marzo, Hitler instigó un llamamiento a boicotear las tiendas y los negocios judíos de toda la nación. La forma en la que se apeló a los «nacionalsocialistas» y «camaradas del partido» es relevante por varias razones. En primer lugar, porque ahora que había sido investido de nuevos poderes, Hitler volvía a sentirse cómodo con el emparejamiento del «marxismo» y el «judaísmo». «El *Volk* alemán», dijo, había puesto «fin, con la celeridad del rayo, a la pesadilla judío-marxista». En segundo lugar, los nazis denunciaban que los judíos que habían huido de

Alemania estaban «desarrollando» desde el extranjero «una campaña de agitación traicionera y falta de escrúpulos». En tercer lugar, Hitler defendió que «los responsables de estas mentiras y calumnias son los judíos de nuestro entorno» porque los judíos alemanes tenían la «capacidad de mandar sobre los mentirosos del resto del mundo».[14] Era la misma idea de la conspiración internacional de los judíos, de la que Hitler ya había hablado en los primeros años veinte, pero que se había abstenido de denunciar abiertamente en el período posterior. No cabe duda de que Hitler quería demostrar a la comunidad internacional que no toleraría la crítica del régimen nazi desde el extranjero, y en particular de su política antisemita. Es decir, se usó a los judíos alemanes como «rehenes» con el fin de frenar la denigración de los nazis por parte de los judíos residentes en el extranjero. Se trata del primer ejemplo de lo que acabaría siendo una respuesta habitual de los nazis a las críticas: cuanto más se atacara a Alemania en la prensa extranjera, mayor peligro correrían los judíos del país. A la postre, Hitler no firmó el documento en persona, sino que apareció rubricado por la «Jefatura del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán». Sin embargo, no cabe duda de que Hitler se implicó en su redacción, y no solo porque el contenido recoge puntos de vista que él ya había expresado; también porque según el *Völkischer Beobachter*, en la primera reunión gubernamental posterior a la aprobación de la ley habilitante, Hitler había comentado que era imprescindible adoptar medidas contra la «atroz propaganda de los judíos en el extranjero», porque de no hacerlo así, «el propio *Volk*» actuaría en contra de los judíos, y esa acción «quizá adoptaría formas indeseables».[15]

Este modelo —capitalizar el deseo de los partidarios nazis de emprender acciones antisemitas, dando su aprobación a los ataques pero asegurándose de que su propio nombre nunca apareciera mencionado explícitamente en ninguna orden formal de agresión a los judíos— lo veremos repetido en numerosas ocasiones a lo largo de esta historia; también el sistema de emplear a los judíos como «rehenes». Más adelante, Hitler afirmó que quería que sus generales fueran como *bull terriers* encadenados, que desearan «guerra, guerra, guerra» y «yo tuviera que echar un freno al conjunto».[16] Este método de liderazgo —en el que los subordinados pedían actuar en ámbitos de intervención en los que Hitler ya había dado su apoyo en principio— se aplicaba tanto a su Sturmabteilung, en el contexto del ataque contra los judíos, como a sus generales y el modo en que estos

enfocaban la guerra. Actuar de esta manera ofrecía muchas ventajas; entre otras, que Hitler podía conservar cierta distancia de cualquier medida que luego resultara impopular o dañina. De ser preciso, podía culpar de lo sucedido a unos «exaltados» que se habían excedido. Pero a la postre, quien lo controlaba todo era Hitler. Si quería cortar algo, se cortaba de inmediato.

Tras tener noticia de que en el extranjero había habido protestas organizadas por judíos, apenas cabe duda de que Hitler estaba convencido de verdad de que existía alguna clase de conspiración judía internacional. El episodio más famoso se produjo el 27 de marzo de 1933, cuando se celebró una concentración de protesta en el Madison Square Garden de Nueva York, con más de 50.000 asistentes dentro y fuera del recinto. Tres días antes, el 24 de marzo, la portada del *Daily Express* británico había anunciado: «Judea declara la guerra a Alemania. Judíos de todo el mundo unen sus esfuerzos».

A finales de marzo, dos grupos de judíos alemanes —la Asociación Sionista por Alemania y la ya mencionada Centralverein (Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía)— enviaron delegaciones a Londres, a instancias de Göring, para intentar que no se impusieran restricciones comerciales a Alemania.[17] Aunque su iniciativa era comprensible, Hitler habitaba en un mundo retorcido y, a su entender, demostraba que los judíos estaban unidos por lazos que iban más allá de lo nacional. Los grupos judíos de otros países también eran conscientes de que se enfrentaban a una paradoja similar: si no decían nada, parecía que abandonaban a su suerte a los judíos alemanes; si denunciaban, daban alas a la fantasía de Hitler sobre la existencia de una «conspiración internacional» de los judíos. Era una situación imposible, que además impidió que, durante los primeros años de gobierno de Hitler, los actos antisemitas de los nazis recibieran una respuesta internacional unitaria.

El 24 de marzo, la Centralverein emitió un comunicado de prensa que pone de manifiesto cuán delicado era el equilibrio que este grupo —la asociación de judíos más influyente del país— intentaba mantener. Por un lado, calificaban de «pura invención» las noticias de la prensa extranjera que, al parecer, afirmaban que se habían encontrado cadáveres judíos abandonados en el exterior de un cementerio judío de Berlín, y que se había organizado una redada contra jóvenes judías. Por otro lado, reconocían que «algunos» judíos habían sido víctima de «actos de violencia y venganza

política». Así, era como si dijeran que la situación de los judíos alemanes era mala, pero no tan mala como se denunciaba en el extranjero.[18]

En vísperas del boicot planeado en Alemania contra los judíos, Goebbels, con la autorización de Hitler, anunció que la acción se desarrollaría durante un único día (el sábado 1 de abril) pero se retomaría si los ataques extranjeros contra el régimen no se interrumpían. Una vez más, el régimen nazi intentaba demostrar que el bienestar de los judíos del país dependía de cómo trataran los demás países a Alemania. Hitler y Goebbels querían imponer una construcción mental en la que sus ataques contra los judíos alemanes debían entenderse, en realidad, como actos de propia defensa contra los ataques de los judíos extranjeros.

En Stuttgart, Arnon Tamir, a sus quince años, aguardaba con ansiedad a que el boicot antisemita entrara en vigor. Ya había tenido «noticias de amigos a los que habían apaleado. Y también tenía un amigo, un amigo mayor que yo, que por casualidad estaba en casa en ese momento; me dijo que unos de la SA, de fuera del pueblo, habían venido al pueblo a zurrar a los judíos tan brutalmente que estuvieron semanas que no se podían sentar. Te llegaban noticias como esas. Era una técnica particular de [los nazis], hacer que los de la SA del mismo pueblo no atacaran a los judíos, sino traerse gente de fuera».[19]

El 1 de abril, Arnon sintió que «en mi interior se abrió un abismo»: «La SA salió a la calle y tomó posiciones delante de todas las tiendas judías. Primero lanzaron pintura contra todos los escaparates y luego uno o dos o tres hombres de la SA se quedaban plantados delante de la tienda. La gente se iba congregando alrededor o pasaba de largo y les decían: "Los alemanes no compran en tiendas judías", "los judíos son nuestra ruina" y cosas así. Nosotros estábamos allí sin quitar ojo de la situación, y sí, hubo uno o dos alemanes que entraron en la tienda, a pesar de todo, sin que nadie los detuviera; lo hicieron como desafío, eso era aún en 1933 … Y entonces caí en la cuenta de que si podías tratar a los judíos así, todo lo que habían contado cobraba otro sentido, las historias de detenciones … de palizas y homicidios … Me pareció como si me estuviera cayendo en un pozo. Ahí comprendí por primera vez, intuitivamente, que la ley en vigor no se aplicaba a los judíos; o sea que podías hacer lo que te diera la gana con los judíos, que nadie iba a salir en su defensa, que al judío no le amparaba la ley. Ahí comprendí por primera vez qué representaba que cualquiera puede hacer contigo lo que le venga en gana, como si le apetece matarte a palos.

La idea era terrorífica. Yo era un chavalín, no tenía ni dieciséis años. Hubo un antes y un después, ahí empecé a distanciarme de los alemanes. Mis padres, básicamente, no se creían que ese tipo de cosas pudieran pasar de verdad. Y también estaban los vecinos alemanes que decían: "Esto ha sido un episodio terrible, pasará, no van contra tu familia, es contra los otros, los grandes judíos, los judíos ricos, los judíos internacionales"».[20]

Desde el punto de vista de los nazis, el boicot tuvo un éxito limitado. Aunque permitió que la SA descargara el odio y la ira de forma organizada, también puso de relieve que en general la población alemana no era partidaria de estas acciones brutales. La experiencia descrita por Arnon Tamir —que varios alemanes se atrevieron a desafiar la vigilancia de la SA y entraron en las tiendas como de costumbre— no fue insólita, sino habitual. Pocos alemanes parecían disfrutar con la idea de que los matones nazis hostigaran a tenderos indefensos —aunque fueran judíos— y esta clase de boicot visible, con la sanción del Estado, no se volvió a repetir.

Tras haber hostigado a los judíos físicamente, los nazis se centraron en la ley. El 7 de abril de 1933 el gobierno de Hitler aprobó sus primeras leyes antisemitas. La ley para la restauración del funcionariado profesional exigía apartar a los empleados públicos que no eran de «descendencia aria», y una ley similar obligó a los abogados «no arios» a dejar la profesión. Hubo varias excepciones, a petición del presidente Von Hindenburg, que favorecían ante todo a los que habían combatido en la primera guerra mundial o habían sufrido la muerte de parientes cercanos en esa contienda. Esto mitigó el efecto de la legislación e hizo que muchos judíos pudieran proseguir con su profesión habitual (entre ellos, más de la mitad de los abogados judíos). A finales de abril se anunció una tercera ley que limitaba el número de estudiantes judíos que podían acudir a las escuelas y universidades estatales.

Continuó habiendo una tensión entre los deseos de los adeptos más fervorosos del nazismo, que querían proseguir con las acciones antisemitas, y el deseo de Hitler y los jefes del partido: minimizar los perjuicios económicos. Los médicos judíos, por ejemplo, habían quedado exentos de las legislaciones restrictivas de abril de 1933; pero aun así, algunos grupos nazis locales los eligieron como blanco. Era evidente que varios seguidores de Hitler —sin duda, influidos por la retórica antisemita que su «guía» había utilizado anteriormente— querían un cambio más rápido. Fue un período de gran sufrimiento para muchos empresarios judíos. El padre de

Arnon Tamir, por ejemplo, poseía una pequeña tabacalera en Stuttgart, y poco después del boicot de abril, los vendedores de la ciudad le dijeron que ya no podían vender sus cigarrillos. Ahora no se trataba de una acción oficial —el gobierno no estaba al corriente—, pero esta diferencia no le sirvió de nada al padre Arnon Tamir, que perdió el negocio y quedó sumido en una profunda depresión.

Sin embargo, otros judíos alemanes no encontraron que su vida cotidiana se viera gravemente afectada por la llegada de los nazis. Su calidad de vida dependía, en buena parte, de la actitud de los judíos no alemanes entre los que vivían. Así, en Núremberg, Rudi Bamber sentía que «fuera de las horas de escuela» podía caminar tan tranquilo por la ciudad. En los meses posteriores a la llegada al poder de Hitler, en cambio, notó que la enseñanza en la escuela religiosa mixta a la que asistía sí que cambió: «Un profesor de biología empezó a enseñar biología alemana con la concepción racista —los judíos eran una raza distinta de los alemanes— y se plantearon otras muchas teorías racistas». En cierta ocasión descubrió que habían dejado sobre su pupitre una viñeta antisemita, arrancada de *Der Stürmer*: «Todo el mundo me estaba mirando atentamente para ver cuál iba a ser mi reacción, y no recuerdo exactamente qué hice, pero tenía claro que debía llevar cuidado con lo que hacía —o dejaba de hacer— si no quería darles una alegría. Probablemente levanté la tapa, metí la viñeta dentro del pupitre y la dejé ahí. Pero los profesores no querían perder el control de la clase y, por lo tanto, los alumnos sabían que no podían ir demasiado lejos».[21]

Así como había alemanes que expresaban el antisemitismo sin ambages, también había otros que hacían cuanto podían para ayudar a los judíos. Eugene Leviné descubrió que podía encontrarse con buenos samaritanos en lugares inesperados. Poco después de que Hitler se hiciera con el poder, una familia no judía avisó a Eugene de que el piso en el que vivía estaba sometido a vigilancia. Eugene era muy vulnerable, pues no solo era hijo de uno de los principales revolucionarios comunistas, sino a la vez él mismo, de las Juventudes Comunistas de Berlín. Pero lo que le sorprendió fue que el amigo de la familia que vino a advertirle de que corría peligro era miembro del partido nazi. Eugene siempre le ha estado agradecido, para empezar porque «asumió un gran riesgo al hacer eso».[22] Luego descubrió que otros refugiados judíos podían «contar historias similares».

En 1933, cerca de 37.000 judíos alemanes abandonaron el país: el 7 % del total (520.000).[23] Muchos se dirigieron a países vecinos como Francia o

los Países Bajos; no era nada fácil conseguir un visado para Estados Unidos. Por otro lado, los judíos que querían emigrar tenían que lidiar con leyes que restringían estrictamente qué podían llevarse del país; en su mayoría, no se llevaron prácticamente nada. La Comisión Central de Judíos Alemanes para la Ayuda y la Reconstrucción advirtió en contra de un éxodo masivo: «Marcharse al extranjero porque sí no va a ayudar a nadie … solo incrementará el número de los que carecen de trabajo y de medios».[24]

También había toda una serie de razones emocionales por las que huir parecía poco recomendable. Según Rudi Bamber: «Mis abuelos maternos vivían con nosotros y, aunque mis padres quizá habrían logrado encontrar alguna cosa en el extranjero, a los mayores no se los podían llevar, eso era imposible … y mi madre no podía aceptar la idea de abandonarlos a su suerte. A mí me debió de influir [también] el optimismo de mis padres —no solo de mis padres— conforme la situación no iba a empeorar».[25]

Hoy sabemos hasta qué punto iba a empeorar la vida para los judíos que se quedaron en Alemania; precisamente por ello es tan importante recordar que, en aquel momento, ni siquiera parecía claro que Hitler fuese a durar más que unos pocos meses en el puesto. A fin de cuentas, los últimos tres cancilleres habían tenido dificultades para controlar los acontecimientos y habían sido sustituidos; ¿por qué el caso de Hitler iba a ser distinto? «Mucha gente pensaba: "¡Bueno! No va poder resolver el paro —dice Eugene Leviné—. No va a poder hacer nada. [Pronto] estará acabado. Prometerá un montón de cosas y estará acabado". Por eso tantos judíos se quedaron, en contra de lo que les pedían sus parientes y sus hijos. Porque ¿quién quiere convertirse en refugiado y quedarse en la miseria, cuando aún disfruta de la comodidad de su piso?»[26]

Así pues, la experiencia de los judíos en Alemania, durante este período, fue muy diversa. En buena parte dependió de la geografía. En su mayoría, los judíos alemanes vivían en ciudades grandes, ante todo en Berlín y Fráncfort; en esta última, casi el 5 % de la población total eran judíos.[27] En estas metrópolis, los judíos alemanes sufrían menos ataques arbitrarios que los que vivían en el campo. Lejos de las ciudades principales, en diversos pueblos y aldeas brotaron carteles de «¡Aquí no queremos judíos!», en particular en la zona del norte de Baviera conocida como Franconia. El *Gauleiter* del distrito no era otro que Julius Streicher, y en Franconia el antisemitismo era muy intenso. No es casualidad, de hecho, que en los primeros años del régimen nazi el ataque más deplorable contra los judíos

se produjera precisamente en ese distrito, en la pequeña ciudad de Gunzenhausen, unos 50 kilómetros al suroeste de Núremberg.

Durante la tarde del 25 de marzo de 1934, Kurt Bär, un joven miembro de la SA, de veintidós años, se dirigió, junto con varios camaradas, a una tasca de Gunzenhausen dirigida por un tabernero judío. Era Domingo de Ramos —una fecha importante para los cristianos— y los *Sturmmänner* habían tenido noticia de que, según cierto rumor, un «ario» estaba bebiendo en la tasca, una posibilidad que les resultaba inaceptable. Una vez en la tasca, según la versión de Bär, Julius Strauss, el hijo del dueño, le escupió; Julius negó que hubiera pasado nada parecido. Bär se puso a apalear no solo a Julius, sino también a su padre y al resto de la familia Strauss. Una muchedumbre se congregó delante de la tasca y, momentáneamente, Bär dejó de golpear a la familia Strauss e improvisó un discurso. Preguntó cómo era posible, «incluso en estos días», que «un cristiano se tome una cerveza en la propiedad de un judío, cuando los judíos son nuestros enemigos mortales y crucificaron a Nuestro Señor. No solo eso: los judíos tienen la culpa de los dos millones de muertos de la guerra mundial y los 400 muertos y 10.000 heridos graves del movimiento [nazi]. Además, ¿cuántos judíos han violado ya a jóvenes alemanas, y cuántos bastardos corren ahora por el país? En nuestros días, si un judío se atreve a escupir a un *Sturmmann* es como si escupiera sobre Adolf Hitler y todo el movimiento».[28] Según un testigo, «unas doscientas» personas escucharon el discurso de Bär y «todas se mostraron de acuerdo» con sus palabras.[29]

Acto seguido se reanudó la paliza a Julius Strauss, mientras la multitud azuzaba a Bär con gritos de: «¡Dale! ¡Dale!».[30] Luego llevaron a toda la familia al calabozo local. Según un informe oficial sobre el incidente, una vez en la cárcel la señora Strauss hizo protestas de inocencia y «Kurt Bär le soltó un bofetón y dijo: "¡Judía insolente, cierra el pico!". La señora Strauss intentó esconderse detrás del alcaide y lo agarró del brazo. Bär la golpeó otra vez, afirmando: "¿Cómo no te da vergüenza, judía, tocar a un cristiano?"».[31]

Varios cientos de habitantes de la ciudad —más de un millar, según algunas fuentes— salieron a recorrer las calles gritando: «¡Fuera los judíos!». Atacaron bienes y propiedades de los judíos, detuvieron a una treintena de ellos y dos murieron: uno se suicidó cuando una muchedumbre le amenazaba, y el otro, llamado Jacob Rosenfelder, apareció colgado en un cobertizo; apenas caben dudas de que fue asesinado.

Aunque en los disturbios participó toda una multitud, solo se llegó a juzgar a un puñado de *Sturmmänner*; y aun entonces, en junio de 1934 el tribunal del distrito de Ansbach determinó —pese a las pruebas de lo contrario— que los dos judíos se habían suicidado. Así pues, la acusación solo podía alegar desórdenes públicos y algunas heridas menores. Cinco de los acusados quedaron en libertad, diecisiete recibieron condenas de tres a siete meses de cárcel, y a Bär se lo sentenció a diez meses. Ninguno de los que fueron hallados culpables ingresó en prisión y, el 21 de agosto de 1934, tras el recurso de los acusados, se anularon todas las penas, salvo la de Bär.

Durante la fase de investigación, el representante del jefe supremo de la SA del gobierno de la Franconia Central intentó traspasar a los judíos todas las culpas del incidente. Escribió que, a pesar de la «revolución nacionalsocialista, no se ha podido poner fin al juego sucio de los judíos» y que «en nuestros días, los judíos de este distrito siguen siendo tan arrogantes, descarados, insolentes y desvergonzados como lo eran antes de la revolución. Hace ya cierto tiempo que muchos habitantes de la ciudad de Gunzenhausen, así como del distrito entero del mismo nombre, se sienten molestos, y con toda razón, por esta circunstancia».[32]

En Berlín, las autoridades miraban con preocupación la posibilidad de que los nazis locales se hubieran tomado la justicia por su mano. «Exijo —escribió el ministro de Interior del Reich al gobierno bávaro— que se adopten medidas para que tales disturbios no se repitan y que la policía intervenga para impedir que se entone la canción: "Cuando la sangre judía empape los cuchillos, ¡todo irá bien otra vez! Camaradas de la SA, ¡colgad a los judíos, plantad a esos cerdos frente al paredón!". La cuestión judía debe resolverla el gobierno del Reich, no la SA de Gunzenhausen.»[33]

Sin embargo, el incidente no terminó aquí. El 15 de julio de 1934, Kurt Bär regresó, con dos de sus compañeros, a la taberna de Gunzenhausen en la que habían empezado los disturbios. Según la acusación que se formuló luego en su contra: «Kurt Bär entró en la sala gritando: "¡Manos arriba!" y acto seguido disparó por dos veces contra Simon Strauss [el dueño], que estaba sentado allí delante y fue alcanzado en la cabeza por los dos disparos». Julius Strauss, el hijo del tabernero, intentó huir, pero Bär también lo abatió. Llevaron a Bär al calabozo local, desde donde gritó, por una ventana, ante una muchedumbre reunida en la calle: «He matado a dos judíos. ¡Podéis estar orgullosos, he defendido el honor de mis camaradas de la SA!».[34]

Simon Strauss murió por efecto de las heridas de bala, pero su hijo sobrevivió, con lo que Bär se enfrentó a una acusación de homicidio y a otra de homicidio en grado de tentativa. En octubre de 1934 se lo condenó a diez años de cárcel, pero a los cuatro estaba en libertad. Julius Streicher había pedido que trataran a Bär sin severidad, al afirmar, según un testigo: «Por supuesto, está mal que se matara a este judío; por supuesto, sin embargo, cada muerte de un judío me supone una alegría».[35]

Los acontecimientos de Gunzenhausen se sitúan en el extremo del espectro de las acciones de antisemitismo realizadas durante los dos primeros años de la cancillería de Hitler. En Baviera no volvió a suceder nada parecido hasta los ataques de la Kristallnacht (Noche de los Cristales Rotos), en 1938. Pero aun así son ilustrativos. Ponen de manifiesto, en primer lugar, cuán espontáneos podían ser los ataques contra los judíos. En efecto, no hay pruebas de que ese grado de violencia estuviera planeado de antemano. Si Kurt Bär no hubiera perdido los nervios en la tasca, parece muy improbable que se hubiera desatado el asalto. Pero aunque los actos de Bär hicieron de catalizador, el pogromo fue el fruto de tensiones ya subyacentes. Si tantos lugareños se alzaron en apoyo de Bär fue porque ya estaban predispuestos a odiar a los judíos. También es importante destacar que, en el discurso que pronunció ante la multitud reunida fuera de la tasca, Bär hizo hincapié en el antisemitismo tradicional, de raíz cristiana. Esta zona de Franconia era acérrima del protestantismo y el contenido de la agresión verbal de Bär no habría desentonado en un Martín Lutero.

También es revelador el desacuerdo entre los nazis locales, que entendían que podían actuar contra los judíos según les viniera en gana, y la respuesta del gobierno central, para el cual «la cuestión judía debe resolverla el gobierno del Reich, no la SA de Gunzenhausen». No es menos significativo el hecho de que Bär estuviera convencido de que Hitler habría apoyado sus actos, y por eso afirmó que escupir contra un uniforme de la SA era lo mismo que escupirle a Adolf Hitler. Por último, esta desagradable historia pone asimismo de manifiesto hasta qué punto los tribunales alemanes estaban ya contaminados por el desarrollo del Estado nazi. Si bien al principio se juzgó y se halló culpables a varios *Sturmmänner*, el sistema legal falló cuando, tras la apelación, dictó la libertad de los acusados. Este modelo no tardaría en convertirse en habitual, pues los nazis corrompieron el imperio de la ley.

En mayo de 1934, dos meses después del ataque del Domingo de Ramos en Gunzenhausen, Julius Streicher volvió a manifestar qué posición adoptaba en la cuestión de los judíos al publicar una edición infame de *Der Stürmer*, la del «complot asesino de los judíos». En la cubierta, una viñeta mostraba la caricatura de dos judíos grotescos, uno de ellos armado con un cuchillo ensangrentado, que recogían sangre de niños. El texto correspondiente afirmaba que los judíos practicaban la «magia supersticiosa» y pretendían recoger sangre cristiana para mezclarla con sus panes ácimos. Otra ilustración mostraba a judíos chupando con pajitas la sangre de un niño postrado; también se reprodujo un relieve de una iglesia de Oberwesel que mostraba un supuesto asesinato ritual ocurrido en el siglo XIII, de un chico de dieciséis años canonizado más adelante como san Werner de Oberwesel. Otro artículo afirmaba que la historia de los judíos era «una cadena ininterrumpida de masacres y baños de sangre».

Esta edición especial de *Der Stürmer* también hacía hincapié en los vínculos entre los judíos y el comunismo, y aseveraba que, tras la revolución rusa de 1917, «35 millones» de personas habían muerto «fusiladas, asesinadas, torturadas o de hambre» y que en aquellos mismos días, en la «Rusia bolchevique judía», seguían produciéndose masacres cuyos perpetradores eran «judíos en su mayoría». Se vendieron más de 100.000 ejemplares de esta edición del «complot asesino de los judíos» y se expusieron otras muchas copias en los tablones callejeros.

Esta escabrosa edición especial de *Der Stürmer* generó muchas protestas, no solo desde el extranjero, sino también de los cristianos alemanes. Tanto fue así que Hitler terminó por prohibirla. Ahora bien, cabe destacar que no afirmó que debía prohibirla porque propagaba mentiras sobre los judíos, sino porque podía interpretarse como un ataque contra la «santa comunión cristiana».[36] No deja de ser llamativo que, pese a reconocer la necesidad política de distanciarse del contenido extremo de esta edición de *Der Stürmer*, sin embargo Hitler fue incapaz de criticar al periódico por su furor antisemita.

Aunque ninguna instrucción oficial mandaba segregar a los judíos alemanes del resto de la población, sin embargo los judíos podían recibir una presión colosal, en especial en las áreas rurales, para que se alejaran de zonas en las que ya no eran bienvenidos. El periódico *Fränkische Tageszeitung*, por ejemplo, informó el 26 de mayo de 1934 de que «el jueves, a las 5 de la

tarde, se izó la esvástica en la propiedad del último judío que aún quedaba en Hersbruck [en Franconia]. Después de que este abandonara la ciudad, el distrito de Hersbruck queda definitivamente limpio de judíos. La población toma conciencia del hecho con satisfacción y orgullo».[37] El periódico seguía diciendo que ojalá otras zonas «sigan el ejemplo y no esté lejos el día en el que toda la Franconia esté libre de judíos, así como en el futuro amanecerá un día en el que en el conjunto de Alemania entera no haya ni un solo judío».

Igualmente, aunque por entonces ninguna ley prohibía que los judíos se casaran o mantuvieran relaciones sexuales extramatrimoniales con no judíos, hubo varios ejemplos de grupos nazis locales que humillaron a parejas mixtas. El abogado judío Kurt Rosenberg escribió en su diario, en agosto de 1933, que en Cuxhaven (Baja Sajonia) «se obliga a recorrer la ciudad a una chica aria y un hombre no ario, con carteles colgados del cuello con "Soy una cerda porque me he juntado con un judío", etc. En otros lugares publican los nombres de las muchachas arias a las que han visto en compañía de judíos; o se les prohíbe entrar a determinadas calles y plazas de los pueblos».[38]

Entre todos estos ejemplos de persecución (sancionada por el Estado, aunque de inspiración local), también es importante destacar lo que no estaba sucediendo. A los judíos alemanes no se los enviaba en masa a campos de concentración. Los primeros campos se improvisaron para encerrar a los oponentes políticos de los nazis, no a los judíos. En Prusia, miles de *Sturmmänner* contratados por Hermann Göring como auxiliares de policía detuvieron a sus antiguos adversarios políticos y los llevaron a cárceles improvisadas en almacenes y fábricas en desuso, o incluso a los sótanos de sus propias casas. A menudo los apresados sufrieron palizas y humillaciones, en una orgía de celebración y venganza. En marzo de 1933, Wilhelm Murr, el presidente nazi del Estado de Wurtemberg, pronunció unas palabras que corrieron como la pólvora: «No decimos: "Ojo por ojo, diente por diente". No, si alguien nos saca un ojo, le cortaremos la cabeza, y si alguien nos rompe un diente, le destrozaremos la quijada».[39]

En marzo de 1933, Heinrich Himmler asumió las funciones de jefe de policía en Baviera. Por entonces ya dirigía una unidad especial de protección, las Schutzstaffeln, más conocida como las SS. En origen se formó como un grupo de guardaespaldas encargado de proteger a los ponentes nazis en los mítines públicos. Himmler ya había empezado a

transformar la organización en un grupo de élite de adeptos del nazismo, aunque todavía subordinado a la estructura general de la SA y al jefe de esta, Ernst Röhm. Muchos miembros de las SS habían entrado también en la policía auxiliar y, en calidad de tales policías, guarnecieron los primeros campos de concentración bávaros. Himmler justificó la detención colectiva de los adversarios políticos del nazismo en un discurso de marzo de 1933 que supone asimismo uno de los primeros ejemplos del falso paternalismo por el que luego cobraría triste fama: «He recurrido con generosidad al uso de la detención protectora … Me he sentido obligado a hacerlo así porque en muchas partes de la ciudad ha habido tanta agitación que me ha resultado imposible garantizar la seguridad de las personas que la han provocado».[40]

Es decir, Himmler afirmaba que los encerrados en los campos de concentración habían sido enviados allí por su propio bien, dado que no se podía garantizar su «seguridad» porque el resto de la población quería lanzarse en contra de ellos. Hitler intentaría recurrir a la misma idea, aquel mismo mes, para justificar el boicot contra los judíos: el Estado nazi debía actuar o de otro modo el *Volk* se tomaría la justicia por la mano.[41]

Según Himmler, esa «detención protectora» (*Schutzhaft*) funcionaba de dos formas: por un lado, se «protegía» a la población de los que habían sido arrestados por los nazis, y por otro, se «protegía» a los detenidos del resto de la población. Esta era la lógica subyacente a la asombrosa declaración que los prisioneros debían firmar cuando se los liberaba de los campos de concentración: «Soy consciente de que, en cualquier otro momento, puedo solicitar otro período de detención protectora si considero que mi bienestar físico está en peligro».[42]

La detención protectora no sustituyó al sistema judicial que ya existía en el país, sino que funcionó en paralelo, según explicó Hermann Göring durante su juicio, en Núremberg, en 1946: «Hay que diferenciar entre las dos categorías. A los que habían cometido algún acto de traición contra el nuevo Estado, o a los que quizá se les podía probar que lo habían cometido, se los sometía a juicio. Ahora bien, a los otros —a aquellos de los que quizá se podían esperar tales actos pero que aún no los habían cometido— se los sometía a la detención protectora y se los llevaba a los campos de concentración».[43] La idea iba en contra de todas las normas de la justicia natural. Sin embargo, era coherente con los principios que Hitler había expresado en *Mein Kampf*: había que juzgar a la gente por lo que era, y no solo por lo que hacía. Todo formaba parte del mismo punto de vista que

sostenía que un judío no se convertía en cristiano por mucho que recibiera el bautismo, dado que, intrínsecamente, esa persona seguía siendo judía.

Este pensamiento tuvo más consecuencias. Los prisioneros de los campos de concentración no cumplían ninguna sentencia específica; difícilmente iba a ser así cuando no necesariamente habían cometido ningún delito. Por esto mismo, ningún preso sabía cuándo lo iban a liberar; quizá al día siguiente, pero quizá nunca. Según afirmó más adelante el comandante de uno de estos campos: «La incertidumbre sobre la duración de su confinamiento les resultaba insoportable. Esto era lo que más los desgastaba, y quebrantaba la voluntad incluso de los más fuertes».[44]

Por otro lado, estos campos tampoco estaban concebidos como las demás cárceles, en las que el castigo era la propia reclusión. Era así porque, según la teoría de los nazis, la detención de los presos no equivalía a darles su merecido, sino a darles una oportunidad para que cambiaran. «Teníamos que rescatarlos —dijo Göring—, devolverlos a la comunidad nacional alemana. Teníamos que reeducarlos.»[45]

El primer campo de concentración de Baviera se abrió el 22 de marzo de 1933, en una localidad situada a tan solo una quincena de kilómetros del centro de Múnich, una localidad cuyo nombre pasaría a la fama como símbolo del horror: Dachau. El propio Himmler inspeccionó en persona el lugar —una fábrica en desuso, a las afueras de la ciudad— y decidió que era un emplazamiento adecuado. La naturaleza de la institución estuvo clara desde el principio. «Ahora tenemos el poder —dijo Johann-Erasmus von Malsen-Ponickau, comandante de las SS, a los nuevos guardias de Dachau, también de las SS—. Si ellos hubieran ascendido al poder, los muy cerdos, sin duda nos habrían cortado la cabeza. Así que olvídense del sentimentalismo. Si en nuestras filas hay alguien que no pueda soportar ver la sangre, está en el lugar equivocado: que se vaya.»[46] Estas palabras ponen de manifiesto la hipocresía de Göring al afirmar que los campos pretendían «rescatar» a los alemanes que necesitaban cambiar, y la de Himmler cuando decía que las SS buscaban «garantizar la seguridad» de los presos.

En la Nochebuena de 1934, Josef Felder, político del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania), descubrió en sus propias carnes en qué podía traducirse esa ausencia de «sentimentalismo». En marzo del año anterior se había atrevido a votar en contra de la ley habilitante y, en tanto que uno de los principales adversarios políticos de los nazis, era un candidato claro a la «detención protectora». Así, fue arrestado y trasladado

a Dachau, donde lo lanzaron a una de las celdas de un edificio conocido como el «búnker». «Se llevaron el jergón que había … sobre las tablas [del catre]. Se lo llevaron y dijeron: "La paja no la vas a necesitar, porque si sales de este búnker ¡será como cadáver!".»[47] A solas en la celda oscura, podía oír cómo los guardias armaban «escándalo» al celebrar la Navidad con abundancia de bebida. Hacia la medianoche, uno de los guardias volvió, abrió la portezuela de vigilancia y sostuvo ante la cara misma de Josef Felder una bandeja con salchichas blancas y *bretzels*. «Este sería un buen menú para antes de tu ejecución. ¡Pero ni siquiera esto te mereces, hijo de perra! ¡Lo sabemos todo sobre ti! ¡Y nos vamos a ocupar bien de ti!». El guardia cerró la portezuela y se marchó. Volvió más tarde, aquella misma noche, para enseñarle a Josef la «mejor forma» de colgarse. El preso replicó que tenía familia, con lo cual, si querían que muriera, tendrían que matarlo ellos. «Sí, ¡claro que lo haremos! Pero hay tiempo», respondió el guardia.

La tortura psicológica continuó. Después de varios días en el búnker, le dijeron: «Vas a salir mañana»; pero solo era un chiste cruel. «Me dijeron lo mismo muchas veces —rememora Felder—: "Mañana sales". Siempre por fastidiar.» Tres de cada cuatro días solo le daban agua y un trozo de pan; al cuarto día le daban té y, si había suerte, una comida caliente. Mientras estaba tendido en aquella celda sucia y oscura, sin apenas sustento, la ansiedad lo atormentaba; como era de esperar, la situación empezó a quebrantarle la salud. Una enfermedad pulmonar que había contraído por vez primera unos años atrás reapareció y se agravó. En consecuencia, los guardias lo encerraron en una zona segregada del mismo búnker, junto con otros diez presos que también tenían dolencias pulmonares. «A los nazis les daba pánico la tuberculosis pulmonar —dice Felder—, que en aquellos días era una enfermedad grave.»

Josef Felder se recuperó de la enfermedad y fue liberado de Dachau al poco tiempo de cumplir un año de reclusión. En el campo, la mayoría de los prisioneros permanecieron allí por un tiempo similar, aunque algunos recibieron la libertad a los pocos meses, y otros, nunca. Dependía del capricho de los nazis. Todos los que acababan siendo liberados debían comprometerse por escrito a no revelar nunca nada de lo que habían vivido en su interior; en caso de no cumplir con esta exigencia, se los volvería a internar en el campo.

En cuanto a la relación entre los judíos alemanes y los primeros campos de concentración, no hubo un vínculo directo. En su discurso de marzo de

1933, Himmler hizo hincapié con firmeza en que no se atacaría a los judíos por el simple hecho de ser judíos: «Quiero destacar un punto en particular: para nosotros, un ciudadano judío es tan ciudadano como cualquiera que no sea de la fe judía, y su vida y sus propiedades están sometidas a la misma protección. A este respecto no hacemos distingos».[48] Se trataba de palabras extrañas, en boca de Himmler, más cuando el programa de su propio partido negaba que los judíos fueran alemanes «auténticos». Probablemente dirigió estos comentarios insinceros tanto al público extranjero —para contrarrestar la supuesta «propaganda de las atrocidades»— como al nacional. En todo caso, sus *Sturmmänner* no siguieron sus instrucciones. Cierto porcentaje de los políticos socialistas y comunistas enviados a los campos eran judíos, y era frecuente que a estos se los singularizara para darles un trato más severo que a los demás prisioneros. Max Abraham, por ejemplo, escribió *Juda verrecke. Ein Rabbiner im Konzentrationslager* [Muerte a Judá: Un rabino en un campo de concentración] tras abandonar Alemania. En este libro, publicado en 1934, Abraham describió qué trato le dieron los nazis a los pocos meses de que Hitler llegara al poder.

Abraham fue detenido en junio de 1933 por haber asaltado (supuestamente) a un hombre de la SA, pero como era miembro del SPD y se había mostrado activo en la reducida comunidad judía de Rathenow, su ciudad natal, es probable que los nazis ya lo tuvieran en el punto de mira. Además, los nazis sentían una inquina personal contra él porque un *Sturmmann* había sido condenado a cinco meses de prisión, en 1930, por haberlo atacado.

Tras su detención, Abraham fue golpeado con porras, y luego los guardias añadieron un elemento de sadismo: los obligaron, a él y otros tres judíos, a apalearse mutuamente bajo la vigilancia de los hombres de la SA. «Nosotros, los cuatro judíos, teníamos que maltratarnos por turnos con la cachiporra —dijo Abraham—. Si les parecía que no golpeábamos con fuerza, los *Sturmmänner* nos amenazaban con una tortura aún peor.»[49]

A Abraham lo trasladaron a un campo pequeño, situado en Papenburg (al oeste de Oldenburg, a unos 60 kilómetros de esta ciudad, en el norte de Alemania). Se acercaba el año nuevo judío, y los guardias habían planeado una celebración particular. El primer día festivo, los guardias de las SS lanzaron a Abraham y otros varios judíos a una fosa de estiércol. «El *SS Scharführer* [sargento] Everling me gritó: "¡Hala, rabino! ¡Celebra ahí tus ritos!". En mi interior, todo se revelaba contra el menosprecio literal de

nuestra fe. Guardé silencio», escribió Abraham. Aunque el hombre de las SS insistía en que hiciera lo que le ordenaba, Abraham se resistía: «¡Yo no celebro nada entre el estiércol!». En consecuencia, lo arrastraron fuera de la poza y le «soltaron una tunda de porrazos y culatazos». Cuando se desmayó, lo dejaron en la litera, donde «yació inconsciente» durante dos horas. Por la tarde, cuando se había recuperado, lo lanzaron otra vez a la fosa de estiércol y el *Scharführer* Everling le ordenó pronunciar un discurso sobre el judaísmo para los demás judíos y los guardias de las SS. «La religión judía, como otras religiones, se basa en los Diez Mandamientos — dijo Abraham— y en la más hermosa de las sentencias bíblicas: "¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo!".» En ese momento, Everling le interrumpió: «¡Corta el rollo, cerdo! ¡Ya te enseñaremos nosotros cómo hay que entender la gracia de la caridad!». Acto seguido «maltrataron tan horriblemente» a Abraham que «tuve fiebre alta y sufrí convulsiones. Tenía todo el cuerpo llagado por la paliza; no podía sentarme ni yacer. Pasé una noche horrible, en un delirio confuso y espantoso. A la mañana siguiente, mi estado era alarmante y me llevaron [del búnker] al pabellón. Aquí estaba con camaradas socialdemócratas y comunistas, que no eran judíos, que me cuidaron muy amablemente. Nunca olvidaré la ayuda que me prestaron».[50]

Max Abraham fue liberado tras cuatro meses de internamiento y, en 1934, logró pasar de Alemania a Checoslovaquia; más adelante se estableció en Gran Bretaña, donde falleció en 1977.[51] Su *Juda verrecke* nos recuerda que la SA y las SS trataron a los judíos con sadismo, en campos de concentración, mucho antes de que se crearan los centros de exterminio del Holocausto. Los nazis no ocultaron los campos de concentración. Su existencia fue bien conocida y se publicaron noticias al respecto en periódicos de todo el mundo. El 1 de enero de 1934, por ejemplo, el *Manchester Guardian* describió con precisión la realidad de la vida en el búnker de Dachau: «Las celdas son de hormigón, tienen una ventana con barrotes (que se puede oscurecer), son húmedas y carecen de medios de calefacción». El artículo también revelaba qué clase de palizas daban los guardias: «Consiste en azotar con una correa de piel de toro, que tiene una cinta de acero, de tres o cuatro milímetros de ancho, a lo largo de toda la correa (las hacen los mismos prisioneros). Un hombre de las SS cuenta en voz alta los golpes, cuyo número oscila de veinticinco a setenta y cinco, según sea la sentencia. Otros dos hombres sujetan al preso, uno por las manos y otro por la cabeza, que han envuelto con un saco para sofocar los

gritos … A algunos presos los han apaleado con trozos de manguera de goma; a algunos los han quemado con colillas, a algunos los han sometido a lo que en Estados Unidos llaman "tortura del agua"».[52]

Hans Beimler, un comunista alemán, publicó otro testimonio personal sobre los campos en 1933. Su libro se tituló *Im Mörderlager Dachau* (*En el campo de asesinos de Dachau*).[53] Pero aunque Beimler tenía sus razones para afirmar que Dachau fue un «campo de asesinos», dado que durante este período murió en efecto cierto número (no muy elevado) de presos, estos campos de concentración no deben confundirse con los posteriores campos de exterminio —como por ejemplo Treblinka— cuya única función era matar. Así, aunque las condiciones de Dachau, antes de la guerra, eran de espanto, la mayoría de los internos del campo sobrevivieron a la experiencia.

Cuando se detuvo a Beimler, el 11 de abril de 1933, en la SA apenas se podía contener la alegría por haber capturado a un comunista tan destacado. En prisión se lo apaleó brutalmente con porras de goma. Después de catorce días de cárcel, fue transferido a Dachau, donde le golpearon en la cabeza y lo lanzaron a una de las celdas del búnker. Como en el caso de Josef Felder, uno de los guardias visitó a Beimler en la celda, le dio una soga y le mostró la forma más segura de colgarse. Poco después Beimler oyó los gritos de otros presos, que estaban siendo torturados, antes de que la puerta de su propia celda se abriera y diera paso a media docena de guardias. Lo apalearon tan salvajemente que, durante varios días, apenas pudo tocar nada sin sentir dolor, y le resultó imposible dormir.

Sorprendentemente, Beimler logró escapar de Dachau. Retiró un panel de madera que había sobre la ventana, alta y pequeña, de su celda, se coló por la abertura y, posiblemente con la colaboración de al menos uno de los guardias, atravesó la valla de alambre de espino que rodeaba el campo. Se organizó una operación de búsqueda muy ambiciosa, pero Beimler logró cruzar la frontera y huir del país. Murió en 1936, a los cuarenta y un años, luchando con las Brigadas Internacionales en la guerra civil española.

Obras como *Im Mörderlager Dachau* y *Juda verrecke. Ein Rabbiner im Konzentrationslager*, sumadas a los artículos del *Manchester Guardian* y otros periódicos, tuvieron como consecuencia que, ya desde el principio, el mundo estuviera al corriente de la brutalidad del régimen nazi. Sin embargo, en paralelo a estas fuentes fidedignas, también se publicó desinformación (sobre todo en Alemania) que daba una visión aséptica de

los campos. Por ejemplo, el periódico local de Dachau, el *Amper-Bote*, afirmó en septiembre de 1933 que los presos pasaban el tiempo libre «contentos», en actividades deportivas y lúdicas, y se los había visto «trabajar con alegría».[54] Muchos ciudadanos alemanes tenían una concepción así de benigna de los campos. Erna Krantz, que en los años treinta asistía a la escuela en Múnich, dice: «Uno sabía de la existencia de Dachau, pero no era más que un campo de prisioneros, ¿no? Sabíamos que allí había comunistas y delincuentes».[55] Karl Boehm-Tettelbach, que por entonces era un joven oficial de la fuerza aérea, creía que «en Dachau [Hitler] reunía a los delincuentes profesionales … y tenían que trabajar allí … además, sacó de la calle a todos los *gigolós*, en especial a los homosexuales. Y ahí estaban, en Dachau, en ese campo de trabajo, y la gente no veía gran cosa que objetar».[56]

Esta idea de que los internos de campos como Dachau merecían estar allí —por mucho que no los hubiera condenado ningún tribunal formal— no era infrecuente. Walter Fernau, por ejemplo, era un adolescente cuando oyó por vez primera «las palabras "campo de concentración"», en 1935. Recuerda que «el hijo de un amigo de mi padre coqueteaba con una mujer casada en un café, y entonces entró el marido y resultó que era un *SS Hauptsturmführer*; y le cantó las cuarenta. Este hijo de un amigo de mi padre era un haragán que vivía de la fortuna de su padre; en la vida no tenía más objetivo que perder el tiempo con mujeres o en los bares. Pues se echó encima del tipo de las SS, que lo estaba agarrando, y le soltó tal gancho que el de las SS voló por encima de dos mesas, chocó con la pared y resbaló hasta el suelo. Entonces él agarró a su novia —que era la esposa de aquel hombre— y se marcharon. Por descontado, la policía no tardó en detenerlo. Mi padre le contó la historia a mi madre mientras comíamos. Mi hermana y yo, que éramos niños, escuchábamos. Y entonces dijo: "Imagínate, al hijo de Adalbert, el mayor, lo han arrestado; ha golpeado a un hombre de las SS y ahora lo envían a un campo de concentración". "¿Y eso qué es?", quiso saber mi madre. Mi padre dijo: "¡Ahí le enseñarán por fin la importancia de trabajar!". Y yo, a mis quince o dieciséis años, pensé: "Oh, a ese inútil que no ha hecho nada en toda su vida y se limita a ir recogiendo a mujeres desconocidas a las que pasea en coches rápidos, ya le irá bien, por variar, aprender a trabajar"».[57]

Otros observaban con más realismo la situación política. Manfred von Schröder, el hábil hijo de un banquero que se unió al partido nazi en 1933,

creía que los campos de concentración eran una consecuencia comprensible de una «revolución». «¿Acaso se ha dado que, a lo largo de la historia, haya existido una revolución sin elementos desagradables, ya sea en un bando o el otro?»[58] Reinhard Spitzy, un nazi de origen austríaco, se hace eco de la misma idea: «En todas las revoluciones —y nosotros creíamos que estábamos en una revolución, en la revolución nacionalsocialista— corre sangre».[59]

A primera vista podría parecer extraño que tanta gente recibiera con los brazos abiertos esta revolución, incluidos sus «elementos desagradables». Pero resulta menos sorprendente si recordamos que Alemania acababa de vivir una crisis existencial. A consecuencia de la crisis económica, todo el tejido del país parecía estar rasgándose sin remedio. Todo el mundo sabía qué había pasado en Rusia en 1917, y existía un miedo genuino a que en Alemania estallara una revolución de esa índole. Por ello, un número colosal de alemanes que, en principio, rechazaban la violencia creyeron que la mejor forma de obtener paz y seguridad era apoyar a Hitler y su Sturmabteilung. Creían que la revolución nazi era preferible a la comunista, y que la intervención de la SA traería consigo una restauración de la ley y el orden. Por otro lado, muchos alemanes se sentían cómodos con la perspectiva porque los nazis dirigían sus iras contra grupos que parecían muy definidos: los judíos, pero también los comunistas y socialistas. Así pues, si no eras ni judío ni comunista o socialista, ni te oponías al nuevo régimen de algún otro modo —si solo eras un buen alemán, un alemán decente interesado en el renacimiento del país—, entonces no solo era casi seguro que ibas a estar a salvo de la persecución, sino que era muy posible que de hecho aprobaras lo que los nazis estaban haciendo.

Como la retórica de Hitler se había centrado mucho en la batalla, la lucha y la voluntad de aplastar a los enemigos, tampoco es de extrañar, por esta parte, que al régimen le costara bastante controlar a los guardias que trabajaban en los campos. La solución de Himmler fue doble: seleccionar al personal de los campos que supervisaba entre los miembros de sus SS y, además, sustituir al comandante de su campo estrella, Dachau, cuando tan solo hacía tres meses que se había abierto. El primer comandante, Hilmar Wäckerle, representaba una forma de pensar anticuada para Himmler. Era un veterano de la primera guerra mundial y el posterior cuerpo paramilitar del Freikorps. Era un ejemplo paradigmático de «viejo combatiente» que se había sentido atraído por la naturaleza revolucionaria del partido nazi y, una

vez que Hitler se había hecho con el poder, había ascendido hasta posiciones para las que no estaba preparado.

El problema principal de Wäckerle, en lo que a Himmler atañía, era que estaba atrayendo demasiada atención —de la no deseada— sobre Dachau. Un caso típico de su forma de dirigir el campo fue la muerte de cuatro presos judíos, el 12 de abril de 1933. Los habían conducido hasta unos bosques próximos, fuera del campo, y habían muerto abatidos «mientras intentaban escapar» (referencia eufemística al asesinato). Aún se desconoce por qué se seleccionó y dio muerte a estos presos en particular, aunque un oficial de policía, el teniente Schuler, afirmó más tarde que a Wäckerle le daba miedo la posibilidad de que en el campo estallara una «revolución comunista».[60] La fiscalía de Baviera se interesó por el asunto y la investigación consiguiente fue en contra de los intereses de Himmler, porque las circunstancias que rodearon la muerte de los presos encajaban muy mal con su voluntad de presentar Dachau como una institución de disciplina y reforma.

En mitad de esta controversia, el 9 de mayo, Hans Beimler se escapó del campo. Al parecer, por lo tanto, en Dachau no solo había un sistema de penas de muerte extrajudiciales, sino que además sus guardias se mostraban poco competentes. Antes de que terminara el mes de junio, Wäckerle dejó paso a un nuevo comandante, Theodor Eicke. A diferencia de Wäckerle, Eicke dejó su huella personal en Dachau y, más aún, en el sistema entero de los campos de concentración.

La elección de Eicke como comandante de Dachau puso de manifiesto, en buena medida, qué cualidades personales creía Himmler que debía tener una figura destacada de las SS. No era fácil manejar a Eicke, cuyo carácter contrastaba sobremanera con el de Himmler. Era un hombre al que le gustaba discutir, apasionado y peligroso, mientras que Himmler era puntilloso, organizado y tranquilo —hubo quien lo comparó con los maestros de las escuelas rurales—. En 1932 Eicke había sido detenido por planear una campaña de bombas en apoyo de los nazis; fue condenado, pero huyó de Alemania cuando estaba en libertad bajo fianza y no regresó al país hasta que Hitler fue elegido canciller. Convencido de que Josef Bürckel, el *Gauleiter* nazi del Palatinado, le había traicionado en el momento de su detención, Eicke ansiaba vengarse. Así, organizó una incursión armada y apresó al *Gauleiter*. Fue una victoria efímera, sin embargo, porque Bürckel tenía amigos poderosos y las acciones de Eicke parecían más bien propias

de una persona poco equilibrada. Así, fue arrestado y enviado a un hospital psiquiátrico, aunque los médicos del centro lo calificaron de mentalmente sano. Quien lo rescató del cenagal fue Himmler.

Himmler, además de contar con determinadas capacidades de Eicke, entendió que así este le mostraría una férrea lealtad personal. Sin la intervención de Himmler, en efecto, la carrera de Eicke —que ya contaba cuarenta años— habría caído en picado. Himmler le dio, en cambio, una segunda oportunidad. Hizo lo mismo en otras ocasiones; el caso más célebre es el de Reinhard Heydrich, que luego tendría una intervención muy directa en el exterminio de los judíos. Himmler lo rescató en 1931, después de que lo hubieran expulsado de la Armada.

Con Eicke, los guardias de Dachau dejaron de ser la banda de matones callejeros que habían sido, y se convirtieron en un cuerpo profesional, integrado en una división de las SS recién formada: la División Totenkopf [Calavera]. Eicke introdujo toda una serie de normas nuevas, que no pretendían eliminar la violencia contra los internos, sino establecer con claridad cuándo se podía recurrir a ella. Por ejemplo, las normas de Eicke determinaban que era lícito ejecutar a todo aquel preso «que ataque a un guardia o un hombre de las SS, se niegue a obedecer una orden, se niegue a obedecer las instrucciones de trabajo, instigue a la rebelión o anime a otros a hacerlo, abandone la columna de marcha o el puesto de trabajo o incite a otros a hacerlo, o grite, eleve la voz, agite o dé un discurso en las horas de marcha o de trabajo».[61]

Eicke hizo hincapié en que sus hombres fueran duros e implacables, en especial en presencia de los presos. «Todo aquel que muestre aunque sea el menor vestigio de simpatía hacia ellos —dijo—, desaparecerá de inmediato de nuestras filas. Necesito exclusivamente a hombres duros y plenamente comprometidos con las SS. Entre nosotros no hay lugar para los débiles.»[62] Con esta clase de comentarios, Eicke no solo manifestaba qué cualidades exigía a sus subordinados, sino que también intentaba asentar la convicción de que pertenecer a las SS de Dachau no era ser un carcelero, sino un soldado de élite que combatía contra enemigos despiadados del Estado. Quería que las SS de Dachau fueran una hermandad integrada por hombres que se buscaban entre sí para luchar en una causa común y noble. Eicke predicaba que el trabajo de un oficial iba más allá de dirigir a los hombres sometidos a su mando; también debía cuidar de ellos. En consecuencia, según lo expresó uno de sus soldados, los hombres de Eicke sentían

«adoración» por él.[63] «Precisamente en esa época se acuñó el mote de Papa Eicke —dijo Max von Dall-Armi, uno de los hombres de las SS en Dachau —. [Eicke] odia a los enemigos que hay fuera de la alambrada … Habla de destruirlos y aniquilarlos. Con sus discursos y charlas transmite ese odio a las SS. Eicke es un oficial fanático y un devoto del nacionalsocialismo para el cual no hay negociación posible … "Los hombres de las SS tienen que odiar … el corazón que anida en su pecho tiene que convertirse en piedra".»[64]

Eicke también empleó a cierto número de presos cuidadosamente elegidos —los conocidos como *Kapos*— para desarrollar funciones de supervisión en el campo. La idea de utilizar a una selección de internos para vigilar a los demás no era nueva —en las cárceles corrientes, e incluso en los campos de concentración anteriores, ya se había escogido a algunos como reclusos «de confianza»—, pero Eicke abordó la idea como si se la hubiera inventado él mismo. Para las SS, esta clase de sistemas presentaba muchas ventajas. Por un lado, la vigilancia de los presos se hacía extensiva a momentos en los que no había en el lugar guardias de las SS; por otro, la potencial arbitrariedad del trato que los *Kapos* daban a sus compañeros de reclusión añadía una nota de incertidumbre y tensión que contribuía a intimidar aún más a los presos. En cuanto a los supervisores, su vida en el campo se alteraba doblemente cuando los elevaban a la condición de *Kapos*: podían ejercer cierto poder sobre los que tenían a su cargo, pero seguían siendo vulnerables. En palabras de Himmler, unos años más tarde, durante la guerra: «Su labor [la del *Kapo*] es lograr que el trabajo se haga … para ello tiene que apretar a sus hombres. En cuanto dejemos de estar satisfecho con él, deja de ser un *Kapo* y vuelve con los demás internos; y sabe que ellos, durante la primera noche, lo apalearán hasta matarlo».[65]

A largo plazo, el sistema de los *Kapos* también suponía otra ventaja para las SS. Con el tiempo, la existencia de los *Kapos* permitió que los hombres de las SS tomaran más distancia con respecto a los presos. Así, en lugar de ocuparse ellos mismos de castigarlos físicamente, enseñaban a los *Kapos* a repartir las palizas. Los guardias, por lo tanto, podían azotar a los reclusos sin tener que mancharse de sangre y sudor. Por descontado, en las SS hubo quien siguió participando directamente en el maltrato físico de los prisioneros, pero el sistema de los *Kapos* les ofrecía un método alternativo de estructurar la supervisión y el castigo. Este sistema tuvo su apoteosis en Auschwitz, donde los reclusos podían ser víctima de abusos gravísimos —e

incluso letales— por parte de los *Kapos* responsables de cada barracón o instalación de trabajo.

Muchos de los que más adelante prosperaron en la jerarquía de los campos de concentración se entrenaron con Eicke en Dachau. El caso más conocido es el de Rudolf Höss, quien sería el primer comandante de Auschwitz, en 1940. Höss empezó siendo un soldado raso en Dachau, en 1934, y en muchos ámbitos demostró ser el ejemplo ideal del nuevo hombre duro que Eicke ansiaba cultivar. Höss contó que Eicke se esforzaba por convencer a sus hombres de las SS de que lidiaban con «peligrosos enemigos del Estado» a los que había que tratar con la severidad consiguiente.[66] Pero tomarse al pie de la letra las palabras de Höss, incluidas en las memorias que redactó después de la guerra, sería un error. Aunque sin duda las palabras de Eicke debieron de tener alguna influencia en su conducta, no son la única razón por la que más adelante Höss pudo dirigir el mayor centro de masacre colectiva de la historia universal. Como muchos de los que se sumaron a las SS y acudieron a Dachau, su pasado le predisponía a aceptar los valores que Eicke intentaba insuflar.

Cuando se incorporó a las SS, Höss tenía treinta y tres años y un pasado sangriento. Había nacido en 1900. Combatió en la primera guerra mundial —tras alistarse cuando aún no había cumplido la edad legal— y obtuvo varias condecoraciones a la valentía, incluida la Cruz de Hierro de primera clase; a los diecisiete años era el suboficial más joven del ejército. Tras la derrota de Alemania se unió a un Freikorps paramilitar y luchó para sofocar un levantamiento izquierdista en el Ruhr, en 1920. En 1922 se inscribió en el partido nazi, y al año siguiente participó en el asesinato de un compañero del Freikorps al que se tenía por traidor. Fue apresado poco después y condenado a diez años de cárcel. Tras ser liberado en el marco de una amnistía de 1928, se unió a la Sociedad de los Artamanes, un grupo *völkisch* que defendía la importancia de no distanciarse de la tierra cultivable. En esta época, en la que trabajó en una granja, Höss conoció a la que sería su esposa, Hedwig. También atrajo la atención de Heinrich Himmler, que apoyaba los ideales del movimiento Artaman.

Así pues, mucho antes de situarse en la órbita de Theodor Eicke, no solo había adoptado una serie de decisiones vitales que ponían de relieve su proximidad con los valores que predicaban Hitler y el partido nazi, sino que también había participado en actos de violencia extrema y había pasado cinco años en la cárcel. Si había alguien predispuesto a desarrollar «odio y

antipatía» por los reclusos de Dachau, era Rudolf Höss. Esto no equivale a decir que las memorias de Höss sean pura invención. Cuando describe qué sintió al contemplar por vez primera cómo se azotaba a los internos de Dachau, sus palabras suenan ciertamente verosímiles. Dos presos estaban atados al «banco de los azotes» del campo y recibieron veinticinco latigazos cada uno, como castigo por haber robado cigarrillos. Höss cuenta que «el primer preso, un hombre bajo que siempre fingía estar enfermo, estaba atravesado sobre el banco. Dos soldados le aguantaban la cabeza y las manos, y dos jefes de banco llevaban a término el castigo impartiendo los golpes alternativamente. El preso no abrió la boca. El otro prisionero, un político profesional de gran corpulencia, se comportó de un modo muy distinto. Se puso a gritar con el primer golpe e intentó liberarse. Siguió chillando hasta el final, aunque el comandante le ordenó que se callara. A mí me habían situado en la primera fila y, por lo tanto, quedé obligado a contemplar todo el procedimiento. Digo *obligado* porque de haber estado en la parte de atrás de la compañía no habría mirado. Cuando aquel hombre empezó a gritar sentí escalofríos por todo el cuerpo. De hecho todo el asunto, incluidos los latigazos al primer preso, me dio escalofríos. Más adelante, al empezar la guerra, asistí a mi primera ejecución, pero no me afectó tanto, ni de lejos, como contemplar aquellos primeros castigos corporales».[67]

Mientras Eicke intentaba transformar a la guardia de las SS en Dachau en una fuerza profesional a la vez que despiadada, en el norte de Alemania funcionaba una estructura paralela de campos de concentración. Este sistema lo supervisaba Hermann Göring, en su calidad de presidente de Prusia; o mejor dicho, intentaba supervisarlo, pues tuvo dificultades para controlar a los hombres de la SA y las SS de su territorio. En Prusia no había ningún Eicke capaz de impedir que la brutalidad de los guardias diera paso a la anarquía.

Hubo problemas, en particular, en el complejo de campos de Emsland, en el norte del país. Las SS no cooperaban con la SA y los dos grupos causaban disturbios en las inmediaciones. En la ciudad vecina de Papenburg, las SS y la SA se pelearon abiertamente[68] y se acusó a las SS de invadir «la zona como una plaga de langostas. Contrajeron deudas en los comercios, rompieron los muebles en las tabernas, preñaron a las chicas y, allá donde iban, generaban rencor. La población envió al presidente peticiones para que retirase a las SS».[69] En el propio campo hubo

desacuerdos entre los guardias al respecto de con cuánto sadismo debían tratar a los reclusos. «Los presos tenían que saltar de las camas en mitad de la noche —escribió un preso político interno en este campo—[70] y no se les permitía vestirse. Tenían que formar desnudos … [y] se los apaleaba sin piedad … Era abominable, tan abominable que resultaba excesivo incluso para algunos de las SS. Un grupo de hombres de las SS se rebeló abiertamente contra esta "acción punitiva". Amenazaron a sus camaradas con las armas, diciendo: "¡Ya basta! ¡Parad u os disparamos!".»[71]

En noviembre de 1933, la situación era tan mala que Hitler ordenó que las SS dejaran Emsland a la policía.[72] En las SS la noticia se recibió con desagrado. «Desde fuera del campo, los hombres se pusieron a berrear: "¡A la mierda esta república de potentados!".»[73] Poco después decidieron dar un paso aún más radical y dieron a conocer que se amotinarían. «Los [guardias de] las SS anunciaron: "No dejaremos que la policía ocupe nuestro lugar. Si hace falta, la sangre nos llegará hasta la rodilla".»[74]

Según otra versión —de Walter Langhoff, interno del campo—, las SS «se dejaron llevar por un ánimo bélico muy intenso». Langhoff lo recordaba así: «Se reforzó la guardia de la puerta, se instalaron ametralladoras alrededor de todo el campo y el comandante Fleitmann ordenó: "Se abrirá fuego contra todo aquel que se acerque al campo con uniforme de policía y haga caso omiso de nuestra voz de alto". En el campo, los de las SS nos llevaron aparte [a los internos]: "A ver: cuando lleguen, os daremos armas ¡y sofocaremos el ataque juntos! ¡Después fundaremos el 'Freikorps Fleitmann' y entonces lucharemos hasta llegar a Austria y allí empezaremos la revolución!"».[75]

La mera idea de que los guardias de las SS se ofrecieron a armar a los presos para iniciar conjuntamente una «revolución» suena de lo más extraño. Pero hay una clave para entender esta conducta: la referencia al Freikorps Fleitmann. Era habitual que cada grupo específico de Freikorps (que en su conjunto nacieron después de la primera guerra mundial) tomara el nombre de su jefe, y que todos sus hombres jurara lealtad absoluta a su comandante —llamado *Führer* o «guía»— antes que a ninguna entidad abstracta u oficial de mayor rango. Aquí, como si regresaran a aquellos días de anarquía y revolución, los hombres de las SS afirmaban que preferían seguir a su propio líder —a Fleitmann— antes que confiar en ningún otro.

También cabe la posibilidad de que la amenaza de amotinarse no fuera del todo seria. Desde luego, en su conducta también influyó el alcohol. La

noche antes de que, si se cumplían las previsiones, llegara la policía que los iba a sustituir, los hombres de las SS se emborracharon y armaron jaleo: «Se cagaron en las taquillas, echaron sal en el azúcar, reventaron las ventanas de los barracones de los soldados y la cantina, hicieron de todo».[76] A la mañana siguiente, el 6 de noviembre de 1933, sin duda resacosos por la ingente cantidad de alcohol consumida la noche anterior, los hombres de las SS se arrastraron como pudieron hasta salir del campo y, sin presentar pelea, dejaron el centro a un destacamento policial.

Aunque los excesos violentos de Emsland fueron perpetrados por los guardias que estaban sobre el terreno, los desmanes y el funcionamiento anárquico habrían sido imposibles si en la cúpula no hubiera faltado capacidad de liderazgo. Como Himmler había logrado convertir Dachau en un espacio de crueldad ordenada —no caótica—, en ese momento se le concedió la autoridad para reformar los campos de concentración del dominio prusiano de Göring. Himmler también pasó a ser el responsable de la policía de todo el país, aunque dentro de Prusia, nominalmente, seguía subordinado a Göring.

El gran salto hacia delante de Himmler se produjo con la Noche de los Cuchillos Largos: el asesinato del líder de la SA, Ernst Röhm, y otras personas consideradas contrarias al régimen. En junio de 1934, Röhm se había convertido en un problema que Hitler quería resolver. Hitler vivía con inquietud la posibilidad de que estallara un conflicto entre la SA de Röhm y el ejército alemán, y tanto el achacoso presidente Von Hindenburg como el vicecanciller Papen también estaban inquietos por el comportamiento ingobernable de los *Sturmmänner* de Röhm. Papen advirtió, en un discurso pronunciado el 17 de junio de 1934, de que «ninguna nación que vaya a sobrevivir ante la historia puede permitirse un levantamiento permanente desde abajo … No podemos permitir que Alemania sea un tren lanzado contra el horizonte sin que nadie sepa dónde se va a detener».[77]

El 30 de junio de 1934, se arrestó a Röhm en el balneario de Bad Wiessee y se lo trasladó a la cárcel muniquesa de Stadelheim. Al día siguiente dos oficiales de las SS lo visitaron en su celda. Uno de los elegidos para esta misión histórica era Theodor Eicke. En una acción que recordaba el viejo truco de Dachau de presionar a los reclusos para que se suicidaran, le dieron a Röhm una pistola cargada con una bala y le dijeron que se quitara la vida. Cuando Röhm se negó, Eicke y su compañero de las SS, Michel Lippert, lo asesinaron disparándole al cuerpo por tres veces. Luego volvieron a

Dachau, donde fusilaron a más de veinte personas, como parte de la purga. Después, los hombres de las SS de Dachau celebraron una fiesta y, según se dijo, se echaron al coleto más de mil litros de cerveza.[78] Supuestamente, Eicke dijo un tiempo después: «Estoy orgulloso de haberme cargado con mis propias manos a ese guarro maricón [en referencia a Röhm, que era homosexual]».[79]

Las SS —y muy en especial su líder, Heinrich Himmler— habían demostrado su lealtad a Hitler durante el asunto de Röhm. Hitler deseaba que Röhm desapareciera y Himmler, sin vacilar un segundo, lo había hecho realidad. Las SS tenían por lema «Meine Ehre heisst Treue» («Mi honor se llama lealtad») y Himmler había estado a la altura de esa promesa. Fue la manifestación de una verdad importante en el seno del Tercer Reich. Cada vez que Hitler quería que se emprendiera una tarea implacable, por parte de hombres de los que se podía estar seguro que llevarían a cabo el empeño sin vacilar, se volvía hacia las SS.

Las SS y Himmler gozaron de inmediato de los beneficios de haber participado en la Noche de los Cuchillos Largos. El 20 de julio de 1934, las SS ascendieron en la jerarquía hasta la condición de organización equivalente a la de la SA; si antes Himmler había dependido de Röhm, ahora estaba subordinado directamente a Hitler. A Eicke, por su parte, se lo nombró inspector de los campos de concentración y aplicó su celo organizativo a toda la red de los campos de detención protectora. Himmler y su banda habían pasado a situarse en el centro del aparato de seguridad del Estado nazi.

En cuanto a Hitler, estaba a punto de consolidar todavía más su control sobre el país.

# 5

# Las leyes de Núremberg (1934-1935)

El 2 de agosto de 1934, los achaques del presidente Von Hindenburg culminaron con su muerte, y Hitler pasó a ser el jefe del Estado, además del canciller. El nombramiento resumía el cambio colosal que se había producido en los dieciocho meses transcurridos desde que Hitler fuera nombrado canciller de un gabinete que incluía a muchas personas que, en teoría, debían moderarlo. En agosto de 1934, toda idea de «domesticar» a Hitler había quedado en un pasado remoto. Hitler era el soberano indiscutido de Alemania.

Poco después de que Hitler ocupara la jefatura del Estado, cada miembro de las fuerzas armadas y el funcionariado civil tuvo que jurarle obediencia personal. Entre los militares, muchos —como el joven oficial Johann-Adolf Graf von Kielmansegg— contemplaban con satisfacción que Hitler hubiera acabado con el poder de la SA y se hubiera entregado a reconstruir el ejército alemán. Por otro lado, a Kielmansegg y sus camaradas no les pareció extraño que se les pidiera jurar lealtad a Hitler. «En la historia de Prusia y Alemania abundan los juramentos de lealtad personal —dice—. De hecho, casi nos resultaba preferible a jurar lealtad a un pedazo de papel. Antes se nos había tomado juramento de obediencia a la constitución de Weimar, que nadie conocía».[1]

En los meses previos a esta consolidación de su poder, Hitler había demostrado que no quería incrementar la importancia de los campos de concentración en el Estado nazi. Antes al contrario. Quería mostrar al mundo que la fase inicial de la revolución, en la que se «saldaban cuentas», había terminado. Así, en la primavera de 1934 había ordenado liberar a varios miles de presos, en una acción que Himmler, en privado, calificó más

adelante como «uno de los peores errores políticos que podía haber cometido nunca el Estado Nacionalsocialista».[2] En el verano de 1935 había menos de 4.000 presos en el sistema de los campos de concentración; el total de internos en las prisiones convencionales, en cambio, multiplicaba esa cantidad por más de 25.

En cuanto a los judíos alemanes, las medidas que el gobierno nazi adoptaba seguían en la línea de restringir sus derechos en Alemania y a la vez instarlos a abandonar el país. Para los judíos, sin embargo, emigrar no era fácil. Como hemos visto, los que decidían marcharse se enfrentaban a obstáculos colosales. El primero era el deseo nazi de apoderarse de su dinero antes de que se marcharan; el segundo, hallar un país que los aceptara. A los siete meses de que Hitler ascendiera al poder se intentó solucionar esta situación de *impasse* con el acuerdo de Haavara, firmado el 25 de agosto de 1933. La idea era que los judíos alemanes usaran su dinero para comprar máquinas alemanas —en su mayoría, de uso agrario— que se exportarían a Palestina. Luego los judíos abandonarían Alemania —sin apenas dinero en propiedad— y, al llegar a Palestina, se les reembolsaría el coste de la maquinaria, que para entonces se habría vendido a empresas de este territorio. Las compañías alemanas se beneficiaban del acuerdo porque conseguían exportar maquinaria y porque la venta de las piezas de repuesto aportaría divisas. Obviamente, a los judíos alemanes que se marchaban a Palestina les beneficiaba porque les permitía llevarse al menos una parte de su dinero.

Como trasfondo de este plan, está lo que se creía que era una amenaza: un boicot mundial a los productos alemanes, organizado por los judíos. En junio de 1933, el cónsul alemán en Jerusalén, Heinrich Wolff, hizo hincapié ante sus colegas alemanes del valor propagandístico que resultaría de cooperar con grupos judíos para facilitar el acuerdo. Llegó a decir que Sam Cohen, uno de los muñidores del pacto, usaría su influencia en el periódico hebreo *Doar Hayom* para mostrar a Alemania bajo una luz positiva.[3]

Como era de esperar, el acuerdo de Haavara fue controvertido. El presidente del Congreso Judío Estadounidense, Stephen Wise, lo rechazó, al considerar que dificultaría realizar la idea del boicot internacional a los productos alemanes y que, por otro lado, en la práctica suponía confabularse con Hitler.[4] Sin embargo, las ventajas del acuerdo eran tan claras para los judíos alemanes que siguió en vigor hasta el estallido de la guerra. Varias decenas de miles de judíos alemanes aprovecharon esta

posibilidad para emigrar a Palestina, pero la importancia del acuerdo de Haavara va mucho más allá de la mera cifra de judíos que lograron proteger propiedades por este medio. Puso de manifiesto que las autoridades nazis y las agencias judías podían colaborar. Precisamente esta idea de la colaboración fue la que enfureció sobremanera a muchos sionistas de Estados Unidos.

Ahora bien, el acuerdo de Haavara no puso de manifiesto, en ningún caso, que Hitler fuera alguna clase de «sionista» favorable a la creación de un Estado judío en Palestina. En *Mein Kampf* había sido muy claro al respecto: «En sus cabezas [las de los judíos] ni siquiera entra la idea de construir un Estado judío en Palestina con el fin de vivir allí; lo único que quieren es una organización central para su estafa mundial e internacional, provista del derecho de soberanía y libre de la intervención de otros Estados; un refugio para granujas convictos y una universidad para futuros ladrones».[5] Así, aunque un mecanismo útil para expulsar rápidamente a los judíos del país —como el acuerdo de Haavara— le parecía aceptable, en cambio un Estado controlado por los judíos le parecía una posibilidad terriblemente peligrosa. Nunca quiso que los judíos se hallaran en situación de controlar su propio destino.

Pese a todo, Hitler continuó mostrándose sensible a las críticas extranjeras a la persecución de los judíos. Aunque no hay pruebas de que su odio personal hubiera menguado, le preocupaba que hubiera ataques espontáneos de miembros corrientes del partido nazi. Como se afirmaba en la carta que el ministro de Interior del Reich envió sobre el pogromo del Domingo de Ramos en Gunzenhausen, «la cuestión judía debe resolverla el gobierno del Reich», no los exaltados de cada lugar.[6] Pero Hitler se enfrentaba a un problema, a este respecto: muchos de sus partidarios consideraban que las medidas que se habían adoptado hasta entonces para excluir a los judíos del corazón mismo de la vida alemana carecían de la fuerza debida. Así, hubo grupos locales que lucharon por impedir el acceso de los judíos a las piscinas, las pistas de hielo, e incluso a ciudades enteras. Rudi Bamber recuerda que, en 1935, «había que ir cada vez con más cuidado, porque muchas de las ciudades menores y los pueblos tenían carteles de “No queremos judíos”, así que era difícil encontrar dónde podías ir y ser aceptado como judío».[7]

Incluso antes de la aprobación oficial de leyes que vetaban las relaciones sexuales entre judíos y no judíos, la propaganda nazi que afirmaba que los

judíos «deshonraban» a las doncellas alemanas tuvo consecuencias sobre jóvenes judíos como Arnon Tamir: «En lo que a mí respectaba, solo puedo decir que por entonces —yo era solo un jovenzuelo— la mera idea de trabar amistad, o más, con una chica alemana estaba contaminada desde el principio por esas horribles viñetas y titulares que decían que los judíos corrompían a las chicas alemanas. Para mí, era sencillamente imposible … acercarme a una chica como haría cualquier otro chico. Nos daba miedo darles ni que fuera un asomo de justificación para tales reproches. De lo que les pasó a los alemanes y alemanas y los judíos y judías que mantenían una relación mixta o se casaban, de eso ni siquiera me atrevo a hablar. Tuvo que ser espantoso».[8]

En abril de 1935, Rudolf Hess, en su calidad de segundo del Führer, escribió a los miembros del partido para instarles a no «descargar sus sentimientos con actos de terrorismo contra judíos concretos». Con tales acciones solo se conseguía que a Hitler le resultara más difícil «refutar las repetidas acusaciones de atrocidades y los boicots que los judíos organizan desde el extranjero».[9] Pero los ataques espontáneos no se detuvieron, y cuatro meses más tarde, Hjalmar Schacht, el ministro de Economía —y el hombre al que Hitler había encargado generar el dinero necesario para financiar un colosal programa de armamento— se quejó de que los actos ilegales de antisemitismo estaban perjudicando la economía.[10] Schacht no lamentó el acoso y la persecución de los judíos por razones morales; solo quería poner coto a la ilegalidad. De ahí se deducía que, si el Estado nazi aprobaba leyes que codificaran y limitaran el alcance de la persecución y, mediante este proceso, frenaba las acciones de antisemitismo arbitrario, se habría dado un buen paso adelante.

En septiembre de 1935 se aprobó una legislación que prohibía las relaciones sexuales entre judíos y no judíos: la ley para la protección de la sangre alemana y el honor alemán. Eran las fechas del Reichsparteitag, el congreso nacional que el partido nazi solía celebrar cada año en Núremberg. Wilhelm Frick, el ministro de Interior, había afirmado a finales de julio que se estaba preparando una norma que vetaría los matrimonios mixtos, pero la celeridad con la que finalmente se ratificó la nueva legislación fue extraordinaria. El primer indicio de su aprobación llegó en un discurso de Gerhard Wagner, director de los médicos del Reich, el 12 de septiembre. Al día siguiente Hitler dijo que quería que la ley se ratificara en Núremberg. Esto planteaba un pequeño problema: no había normativa que avalar. Así

pues, un equipo de funcionarios —entre ellos Bernhard Lösener, experto en temas judíos del Ministerio de Interior— voló de Berlín a Núremberg para redactar un esbozo. El 14 de septiembre, Hitler decidió que quería añadir una ley más que privara a los judíos de la ciudadanía alemana, y así se hizo también.

Durante la tarde del 15 de septiembre, en una sesión parlamentaria trasladada ex profeso a la Asociación Cultural de Núremberg, Hitler anunció que se había visto obligado a introducir esta nueva legislación antisemita porque «de todas partes llegan quejas rotundas por las acciones provocativas de personas de esta raza». Así pues, era necesario «impedir que este comportamiento derive en actos defensivos enérgicos por parte de la población indignada». Hitler aseveró que la legislación propuesta intentaba posibilitar una «relación tolerable» entre la población alemana y la judía. También avisó de que si la «agitación judía internacional» continuaba, haría una «nueva evaluación» de la situación.[11]

Fue una intervención típica de Hitler, con su mezcla de amenazas y falsedades. Al igual que en el momento del boicot de abril de 1933, enmarcó sus acciones como necesarias para que la indignación de la masa popular contra los judíos no degenerara en violencia. A la vez daba a entender que el trato que los judíos recibieran dependía en parte del comportamiento de la comunidad judía internacional. Como premisa tácita del discurso, se estaba afirmando que, si los demás países dejaban que Hitler actuara a su antojo, la persecución de los judíos no se agravaría.

Tras las palabras de Hitler, Hermann Göring, como presidente del Reichstag, dio un discurso servil de apoyo a su Führer. Se centró, en gran parte, en un elemento que a primera vista parecía ser el menos importante de la legislación que Hitler quería aprobar: la ley sobre la bandera nacional. Esta norma, por la que se adoptaba la esvástica como símbolo del Reich, parecía relativamente inocua en comparación con la naturaleza antisemita de las otras dos leyes; pero el origen de la ley de la bandera está revestido de significado. Hasta ese momento, Alemania contaba con dos banderas legales: la de la esvástica y la del Imperio Alemán (negra, blanca y roja). Cuando Hitler llegó al poder, procuró no ofender a los tradicionalistas, como el presidente Von Hindenburg, y no retiró por completo la vieja bandera del Reich. Así pues, se daba el extraño hecho de que los buques mercantes alemanes enarbolaban dos banderas nacionales. Este fue el contexto de un incidente ocurrido en Nueva York en julio de 1935, cuando

unos manifestantes abordaron el transatlántico alemán *Bremen* y lanzaron la esvástica al mar. Como la bandera de la esvástica no era el único símbolo legal de Alemania, los estadounidenses pudieron alegar que no habían ofendido a Alemania en tanto que país. El gobierno nazi se encolerizó cuando el magistrado Louis Brodsky, judío estadounidense, consideró el caso menos grave de lo que los nazis querían. Hans Frank, presidente de la Academia de Derecho del Reich, denunció que Brodsky formaba parte de la «amenaza» judía y que era «un precedente sumamente deplorable, así como sumamente peligroso, que en una nación tan culta como Estados Unidos se permita que un judío deshonre la toga de magistrado hasta el extremo de dar rienda suelta al odio imperecedero de su raza».[12]

Con el cambio de la condición legal de la bandera de la esvástica, en palabras de Göring, «quien ofenda a esta bandera, insulta a la nación».[13] Göring afirmó «sentir lástima» por los estadounidenses, por lo sucedido en el incidente del *Bremen*, porque les habían obligado a contemplar las acciones de un «judío desvergonzado»; pero desde aquel momento, la esvástica simbolizaba que Alemania sería fiel al nazismo «por toda la eternidad». Significativamente, añadió que era «evidente» que «no se autorizará a ningún judío a enarbolar esta insignia sagrada». Poco después del discurso de Göring, se aprobaron los tres elementos de lo que el mundo conocería como las leyes de Núremberg: la ley de la bandera nacional, la relativa a la protección de la sangre alemana y el honor alemán y la ley de ciudadanía del Reich, que retiraba de la ciudadanía a los judíos alemanes.

Hitler nunca aclaró en público por qué actuó para que, en septiembre de 1935, se aprobara tan rápidamente esta legislación antisemita. La noción de que había que excluir de la ciudadanía alemana a los judíos, e impedirles tener relaciones sexuales con no judíos, no era nada nuevo, desde luego. Sin embargo, se ha apuntado una razón convincente para este calendario tan específico: que Hitler había planeado hacer en Núremberg una declaración general sobre sus exigencias en materia de política exterior, pero en el último minuto le disuadió Konstantin von Neurath, el ministro de Exteriores. Como Hitler ya había solicitado una sesión especial del Reichstag y tras el cambio de planes se había quedado sin más contenido que la ley de la bandera, optó por sacar adelante la legislación antisemita. El motivo principal fue el deseo de reducir la brecha abierta entre las expectativas de los que, por activismo partidista, perseguían a los judíos en la calle, y los que, como Schacht, desde su posición en el gobierno querían

que se clarificara la posición del régimen sobre los judíos.[14] Además, Hitler quizá pensó que la legislación antisemita cuadraba con los sentimientos que la ley de la bandera avivaba. Sin duda, el espectáculo de la esvástica flotando en aguas del puerto de Nueva York le habría supuesto una humillación, más aún al producirse en una ciudad que los nazis siempre asociaban con los judíos y al afectar al *Bremen*, la joya de la corona de la flota mercante alemana. Indudablemente, en la conducta de Hitler se repitió un modelo que veremos también más avanzado el decenio y durante la guerra: cuando le enojaban determinadas acciones emprendidas en el extranjero, descargaba la ira contra los judíos alemanes.[15]

En la práctica, las nuevas leyes solo reflejaban lo que, en buena medida, ya era una realidad en gran parte de Alemania, pues antes de que se aprobara esta legislación muchos nazis locales ya habían presionado a los no judíos para separarlos de los judíos, tanto en la vida personal como en la empresarial. Aun así, las leyes de Núremberg suponen un antes y un después en la actitud del Estado nazi para con los judíos. Desde ese momento, las leyes del Reich —no solo los más exaltados del partido nazi — exigían una separación neta de los judíos frente al resto de la comunidad. No se trataba tan solo de que los judíos habían dejado de ser alemanes «auténticos», de cara a la ley; además la nueva legislación invadía la esfera privada de todos los ciudadanos. El Estado alemán se había arrogado autoridad para decidir con quién se podían mantener relaciones sexuales. La Gestapo —la policía secreta— podía investigar qué pasaba en el ámbito doméstico. La mezquindad de un vecino podía bastar para que te denunciaran. ¿Quién era ese extraño, del otro sexo, que te visitó anoche? ¿Verdad que parecía «judío»? Más aún, el Estado podía exigir conocer con detalle qué actos sexuales realizabas en la intimidad de tu hogar, porque aplicaban una definición sumamente laxa de «relaciones sexuales». El Tribunal Supremo del Reich declaró, al año siguiente, que «el concepto de relaciones sexuales» no «incluye todos los actos indecentes, pero tampoco se limita a la relación, es decir, aparte de la relación en sí, [incluye] toda actividad sexual con una persona del sexo opuesto que, en ausencia de relación sexual como tal, esté destinada a satisfacer los deseos sexuales de por lo menos un miembro de la pareja».[16]

Luego estaba el problema constante, para los nazis, de determinar quién era judío y quién no, una información imprescindible para forzar el cumplimiento de la nueva legislación. Pero aunque la frase inicial de la ley

para la protección de la sangre alemana y el honor alemán afirmaba que la «pureza de la sangre alemana» era «esencial» para «sostener en el tiempo la existencia del pueblo alemán», un simple análisis de sangre no bastaba para que los nazis supieran quién era judío y quién no, y en toda la legislación de Núremberg no había ninguna otra definición de la «condición de judío». En consecuencia, las leyes que se aprobaron el 15 de septiembre de 1935 eran inaplicables; solo a mediados de noviembre de 1935 se desarrolló una regulación que definía quién era «judío». Este documento hablaba de «sangre judía» y judíos «de pura raza judía», pero para describir quién lo era y quién no, tuvo que recurrir a una definición religiosa. «Es judío todo aquel que descienda de por lo menos tres abuelos que sean de pura sangre judía», decía la regulación; pero luego afirmaba que «se considerará a un abuelo o una abuela como de pura sangre si perteneció a la comunidad religiosa judía».[17] Así pues, los nazis decidían la «raza» a partir de la afiliación religiosa de los abuelos.

La duda de qué hacer con los alemanes de ascendencia mixta ocupó buena parte del tiempo de los redactores de la ley. No eran pocos los nacionalistas acérrimos que parecían vivir una vida «aria» y tenían dos abuelos judíos. Al parecer de los nazis, sin embargo, otras personas con dos abuelos judíos eran obviamente judíos. Los funcionarios nazis establecieron una solución compleja. Una vez más, tenía que ver con la afiliación religiosa de las personas concernidas. Así pues, si uno tenía dos abuelos judíos —según la definición del decreto— pero no se había casado con un judío y vivía la vida religiosa de los no judíos, entonces no era judío. En cambio, si dos abuelos eran judíos y uno se había casado con un judío o practicaba su religión, entonces era judío.

Resultó un caos. El decreto ponía de manifiesto que era totalmente imposible establecer una definición racial o sanguínea de los judíos. Si los judíos se tomaban en serio sus propias ideas sobre la raza, ¿cómo podía ocurrir que una determinada persona, con dos abuelos judíos, fuera considerada alemana, y otra, igualmente con dos abuelos judíos, fuera calificada de judía? A tenor de su historia familiar, la cantidad de «sangre judía» que fluía por sus venas tenía que ser exactamente la misma.

Sin embargo, Hitler consideró que las leyes de Núremberg habían sido un éxito y pidió a la nación que no se «aparte de la vía recta y estricta de la ley».[18] Para él, a todas luces, aquellas medidas antisemitas no eran tan solo una afirmación ideológica de los valores del Tercer Reich, sino también un

medio para contener a los elementos más extremos del partido, ansiosos por lanzarse al ataque. Un día después de que las leyes se aprobaran, recordó a los leales al partido que debían «seguir absteniéndose» de «actuar por su cuenta y riesgo» contra los judíos.[19]

Emil Klein, que se unió al partido nazi en los primeros años veinte, no vio nada inusual en aquellas medidas discriminatorias. «El *apartheid* no era nada exclusivo de Alemania —cuenta Klein—, también se oía hablar del *apartheid* de Estados Unidos. Lo que sucedía en Alemania no era nada especial. En realidad era tan solo una parte de lo que estaba ocurriendo, aquí y allá, en el mundo entero.»[20] Aunque tiene razón —y esto no debe olvidarse— en que la discriminación racial no era específica de Alemania, estos comentarios también son interesados. Lo que sucedía en Alemania sí era algo «especial», pues los nazis abrazaron la teoría racial con una vehemencia asombrosa.

También hubo, paradójicamente, muchos judíos alemanes que dieron a las leyes de Núremberg una interpretación casi positiva. Por descontado, la legislación les discriminaba, pero al menos parecía poner límites y coto a la persecución. «Esas eran las normas»[21] y los judíos alemanes tendrían que vivir con ellas. Era como si la nueva legislación antisemita protegiera a los judíos del acoso arbitrario de los matones locales.

Entre los alemanes de la calle, la mayoría no expresó ninguna preocupación franca por las medidas adoptadas contra los judíos. Les importaba más la descomunal reducción del desempleo que se había producido desde que Hitler había llegado al poder: de los seis millones de parados de 1933 a menos de dos millones en 1936. Aunque los nazis maquillaban las cifras —por ejemplo, dejaron de incluir a las mujeres en los datos—, el éxito era indudable. «En 1934 vimos que quizá las cosas iban a cambiar», dice Erna Krantz, que en esos años asistía a la escuela en Baviera. Era «un destello de esperanza para todos. No solo para los desempleados, lo era para todos, porque todos sabíamos que estábamos pisoteados, y en 1933 Alemania había sufrido un colapso. Los hechos no se pueden esconder, ¿verdad? Y eso era lo que ocurría: muchas cosas habían mejorado. El salario de los funcionarios y los trabajadores de oficina había subido. Todo estaba mejorando un poco, tampoco lo recuerdo con exactitud, lo que sé sobre esa época es lo que veíamos en nuestra casa, personalmente. Pero veías que los parados desaparecían de las calles. Eso ya era todo un avance. Y claro que te dabas cuentas de que todo parecía responder a una

cierta intención, que se atraía a los jóvenes hacia el deporte, que se los atraía sobre todo hacia el servicio comunitario, que era muy importante. Empezaron a construir las autopistas y eso generó trabajo y sacó a mucha gente de la calle. Sí, está claro que fue un período positivo, porque si no, al final, ¿por qué iban las masas a seguir a este hombre? ¿Por qué?».[22]

Este éxito económico se basó, antes que nada, en pedir préstamos a gran escala, dirigidos principalmente a una expansión descomunal del gasto militar. Entre 1933 y 1935 el capital invertido en las fuerzas armadas alemanas pasó de menos del 1 % a casi el 10 %; nunca antes se había visto un incremento más intenso y rápido, en tiempos de paz, en un Estado capitalista.[23]

En esta época, Hitler estaba menos interesado en la «cuestión judía» que en ampliar las fuerzas armadas de Alemania. Casi todo lo demás quedó subordinado a este fin. En cuanto a su política exterior, quería tratar con cada país uno por uno, antes que por medio de la Sociedad de Naciones. Para este fin —y para poder desarrollar su política de rearme— retiró a Alemania de la SDN poco después de alcanzar el poder en 1933. Dos años después, en junio de 1935, el embajador de Hitler ante el Reino Unido, Joachim von Ribbentrop, firmó en Londres el acuerdo naval anglo-alemán, que establecía la magnitud máxima de la flota alemana en proporción a la Armada británica. El acuerdo suponía incumplir el tratado de Versalles, pero no acarreó ninguna penalización para Alemania. Hitler dijo que el día que se suscribió el acuerdo naval anglo-alemán fue el más feliz de su vida.[24]

Nada de esto debió de sorprender a quien hubiera leído *Mein Kampf*. Hitler consideraba a Gran Bretaña como un posible aliado y quería unas fuerzas armadas poderosas para conquistar nuevos territorios al este de Alemania. Todo esto ya lo había anticipado en los años veinte. Sin embargo, también había expresado hasta qué punto odiaba a los judíos y los había calificado de amenaza letal. Aún tardaría algunos años en actuar decisivamente en esta cuestión; pero esa hora se aproximaba cada vez más.

# 6

# Educación y construcción imperial (1935-1938)

En su afán por instalar lo que él denominaba un «Estado *völkisch*»,[1] Hitler intentó cambiar la conciencia de toda la nación alemana. «El Estado *völkisch* —escribió en *Mein Kampf*— tiene que realizar una labor educativa ciclópea. Y algún día esto parecerá una hazaña mayor que las guerras más victoriosas.»[2] Un componente crucial de esta «labor educativa» era lograr que los alemanes «arios» despertaran y percibieran el peligro de los judíos. Ahora bien, aunque Hitler podía legislar para perseguir a los judíos por medio de nuevas leyes, no era tan fácil cambiar la mentalidad de la nación. Y en septiembre de 1935, es decir, el mes en que se dieron a conocer las leyes de Núremberg, era evidente que aún le faltaba bastante para hacer realidad esa «labor educativa ciclópea» que se exigía a sí mismo.

Aquel mes de septiembre, un seguidor del Partido Socialdemócrata en Sajonia escribió: «La mayoría de la población, pese a todo, hace caso omiso de la difamación de los judíos; incluso prefiere comprar abiertamente en los grandes almacenes judíos y mostrar una actitud poco amistosa con el guardia de la SA que vigila allí».[3] Dos meses después, la situación apenas había cambiado; según un informe de la Gestapo, en Baviera los comerciantes de ganado judíos seguían controlando la mayor parte del mercado y numerosos campesinos seguían tratando con ellos sin problema.[4]

Hitler siempre había sido consciente de que «reeducar» a la nación llevaría su tiempo, y que resultaba esencial, en particular, dirigirse a los más jóvenes y prepararlos para la exigente tarea que les aguardaba. «A nuestro modo de ver —dijo ante un público de 54.000 miembros de las Juventudes Hitlerianas, en septiembre de 1935—, la juventud alemana del futuro debe ser esbelta y flexible, rápida como un galgo, resistente como el cuero, dura

como el acero Krupp. Debemos cultivar a un hombre nuevo para impedir que la degeneración que se ha manifestado en nuestra era llegue a arruinar a nuestro *Volk.*»[5]

Muchos de los jóvenes eran receptivos a la propaganda nazi porque la vida parecía estar yendo a mejor, tanto para ellos como para sus padres. «Cuando Hitler llegó al poder, de pronto teníamos trabajo —dice Wilhelm Roes, que pasó de la infancia a la adolescencia en la Alemania de los años treinta—. El mal humor de casa cambió; cuando yo era pequeño siempre había mal humor, porque mi madre, a las 11, no sabía qué poner en la mesa para la comida de las 12. En 1934 mi padre encontró trabajo. Creo que ganaba 380 marcos. Nuestra situación mejoró mucho. Y él se lo agradecía al Führer. Así que, bueno, ¿qué se podía esperar de mí? A mí no tuvieron que lavarme el cerebro. Lo mamé en la falda de mi madre.»[6]

En el sistema educativo nazi, los maestros pasaban mucho tiempo diciendo a los alumnos «arios» que eran superiores a los judíos, con lo cual el antisemitismo se enseñaba en un contexto general de positividad. Maria Mauth, por ejemplo, recuerda que sus maestros (años treinta, norte de Alemania) le decían que «solo los alemanes eran seres humanos valiosos; teníamos un librito llamado *Inventores alemanes, poetas alemanes, músicos alemanes*, no existía nada más. Y lo devorábamos. Estábamos plenamente convencidos de que éramos los mejores».[7] Erna Krantz, que en esa misma época asistía a la escuela en Múnich, pensaba que «se estaba haciendo mucho, en el campo educativo, los jóvenes tenían muchas oportunidades … todo se estaba organizando. No vivíamos en la opulencia, como ahora, pero había orden y disciplina. Y contábamos con muchos, muchos modelos, de toda clase. Eso se fomentaba mucho. ¿Buenos escritores? Se les daba mucha importancia. También a los filósofos se les daba mucha importancia … Bueno, tengo que decir que era algo contagioso, se solía decir que, si a un joven le insistes cada día en que "Tú eres especial", al final te acabará creyendo. Vaya, lo que quiero decir es que intentaban criar lo que llamaban la "raza alemana". Decían siempre lo mismo, una y otra vez, queremos esto, queremos lo otro, queremos gente sana, queremos gente fuerte y trabajadora, gente activa. Y por encima de todo estaba la germanidad, que se nos había machacado, reforzado, en esos años: la germanidad».[8]

Aunque era relativamente fácil decirles a unos niños que eran mejores que otros, era más difícil imponer el mensaje de que los judíos eran peligrosos, más aún si los alumnos conocían a judíos que los trataban bien.

Wilhelm Roes, por ejemplo, no lograba conciliar el antisemitismo que le enseñaban con la realidad que lo rodeaba. En su ciudad había comercios judíos y recuerda que los propietarios judíos donaban «ropa para los huérfanos». En consecuencia, no le «gustaban las caricaturas de *Der Stürmer*. No las podía entender».[9]

Para contrarrestar esta incoherencia entre los judíos de la propaganda nazi y los judíos de carne y hueso que los alumnos conocían, los maestros hacían hincapié en la supuesta naturaleza engañosa de los judíos.[10] El ejemplo más infame fue el del libro infantil *Der Giftpilz* [La seta venenosa], publicado por la editora propiedad de Julius Streicher, en Núremberg, en 1938.[11] El cuento que da título al volumen narra cómo una madre enseña a un niño que a veces resulta muy difícil distinguir una seta buena de una venenosa, y por eso a veces resulta difícil distinguir la naturaleza perniciosa de los judíos, en especial cuando intentan «disfrazarse». La propaganda podía sacar mucho partido de esta historia, evidentemente. Los judíos son tanto más traicioneros cuanto más encantadores y amables parecen ser, igual que esa seta del bosque, tan maravillosa y en apariencia deliciosa, pero en realidad letal.

Así pues, se presentaba a los judíos como la antítesis de la «germanidad». Un auténtico alemán no tenía necesidad de esconder su verdadera naturaleza, mientras que los judíos se veían obligados a ocultar su carácter falaz. Mientras que los alumnos «arios» eran «especiales», los judíos eran «venenosos». En un panfleto titulado «La cuestión judía en la educación», escrito en 1937 por Fritz Fink y anunciado en *Der Stürmer*, se indicaba a los maestros que debían «plantar en el corazón mismo de nuestros jóvenes, ya desde la infancia, el conocimiento del judío», pues era esencial que los jóvenes estuvieran al corriente de «la auténtica depravación y peligro que el judío representa». Para Fink, que era inspector escolar, la «cuestión racial y judía» era el tema «central» del nazismo. Para transmitir con éxito el mensaje de que había que evitar todo contacto con los judíos, el medio más potente era enseñar «ciencia», puesto que, al igual que una «manada de caballos salvajes» nunca tiene por guía a un «jabalí», «cada tipo de animal se junta con los suyos y busca un líder de la misma especie». Los niños debían aprender que los animales, por naturaleza, saben qué es lo mejor para ellos. Solo los seres humanos subvierten la naturaleza hibridando las razas. «Solo los miembros inferiores de diversas razas se mezclan entre sí —escribió Fink—; los malos se mezclan con los malos. Es obvio, por lo

tanto, que el bastardo siempre recibe lo peor de cada cuál, esto es, solo combina las características negativas de las razas de las que proviene. A un maestro que transmita estas ideas a sus estudiantes le resultará muy fácil explicar a los jóvenes qué sentido tienen las leyes de Núremberg. Los niños verán que las leyes de Núremberg representan sencillamente volver al orden natural, al orden divino.»[12]

Hitler era consciente de que a los propagandistas nazis les resultaba más fácil influir sobre niños impresionables que sobre adultos menos maleables. A los adultos les podía resultar más difícil —aunque no imposible— conciliar la comprensión teórica del ideario antisemita de los nazis con su conocimiento personal con los judíos alemanes. Karl Boehm-Tettelbach, por ejemplo, en tanto que joven oficial de la Luftwaffe, tenía buenas razones para estar agradecido a un judío alemán. En 1935 estrelló su avión en un campo y fue rescatado por un judío alemán; con la voluntad de darle las gracias, se llevó a su rescatador a cenar y se sorprendió al ver que «de pronto, me dijo que era judío» y le preguntó «si no le daba miedo estar con judíos». Boehm-Tettelbach le dijo que no tenía ningún miedo; a fin de cuentas, el hombre le había salvado la vida. «Fue la primera vez que me di cuenta de que podía pasar algo con los judíos», dice Boehm-Tettelbach. Sin embargo, el incidente no moderó su deseo de dar apoyo al régimen. «Sobre todo en Berlín —cuenta—, [los nazis] afirmaban que los abogados eran judíos, en su mayoría, así que cuando decían que [los judíos] tenían demasiados abogados, eso se entendía bien. Ser antisemita no significa que matas a la gente. Quizá no te acercas a ellos, en las relaciones sociales, quizá no te caen demasiado bien, pero eso no significa que mates a nadie.»[13] Aunque tras la aprobación de las leyes de Núremberg sintió «compasión» por los judíos alemanes, Boehm-Tettelbach admite que «no me preocupaba demasiado».

En su actitud tranquila ante la persecución de los judíos alemanes, Boehm-Tettelbach refleja el estado de ánimo de muchos judíos no alemanes. Estaban abiertos a la idea de que «había que hacer algo» contra el supuesto poder e influencia de los judíos, y si luego se sintieron incómodos con los excesos de las acciones antisemitas, simplemente miraron hacia otro lado. En cuanto a los judíos a los que conocían y que les caían bien, los trataban como a una clase aparte.

Varias figuras destacadas del nazismo hicieron hincapié no solo en lo que, a su entender, eran los aspectos prácticos del «problema judío» —

como cuántos abogados judíos había en Berlín—, sino también en el tema subyacente de la raza. Para ellos, temas como la desproporción del porcentaje de judíos en la profesión legal eran un síntoma de este «problema», pero la causa era siempre la raza. «Tenemos que reunir la sangre más excelsa —dijo Walther Darré, el ministro de Agricultura—. Así como ahora estamos criando a nuestro caballo de Hanóver a partir de los escasos machos y hembras de pura sangre que aún conservamos, durante la próxima generación veremos la misma clase de cría con el tipo puro del alemán nórdico».[14]

Esta clase de afirmaciones permitieron a los nazis fomentar su antisemitismo virulento, pero no solo. Además contribuyeron a relacionar su antisemitismo racial con su ideario eugenésico; en la terminología nazi, la «higiene racial». En la fase inicial del Tercer Reich, la conexión entre la «higiene racial» y la persecución de los judíos no era del todo evidente. Para los nazis, no obstante, las dos ideas siempre estuvieron interrelacionadas, pues igual que consideraban esencial impedir que la sangre «judía» se mezclara con la «aria», también era crucial que no se permitiera tener descendencia a los «arios» más débiles del grupo. Aplicado a la analogía de Walther Darré, un adepto del nazismo no cruzaría a un caballo de Hanóver con una variedad de caballo inferior, pero tampoco cruzaría a un caballo de Hanóver sano con uno enfermo.

Para Hitler, la idea de que tan solo debía permitirse engendrar hijos a los alemanes «arios» sanos era tan importante que en el congreso del partido de 1929, en Núremberg, había advertido: «Por efecto del moderno humanismo sentimental, nos empeñamos en mantener a los débiles a expensas de los sanos … Se permite que los criminales se reproduzcan, se mima a los degenerados con artificio y laboriosidad. Así, vamos haciendo que los débiles prosperen y los fuertes se mueran».[15] Llegó hasta el extremo de afirmar: «Si en Alemania nacieran cada año un millón de niños y, de ellos, el país eliminara a los 700.000 u 800.000 más débiles, a la postre, probablemente, se ganaría fuerza. El peligro más grave radica en apartarnos del proceso natural de la selección». La idea que Hitler apuntaba en 1929 —tan solo cuatro años antes de acceder a la cancillería—, esto es, la posibilidad de matar a siete u ocho de cada diez recién nacidos en el país, es sumamente reveladora. Para Hitler, crear el Estado *völkisch* suponía, de entrada, eliminar a un número ingente de alemanes «débiles».

Como Hitler estaba convencido de que Alemania debía someterse a una remodelación genética, apenas fue de extrañar que, cuando no llevaba ni siquiera seis meses en el poder, aprobara la ley para la prevención de descendencia genéticamente enferma. Así, se crearon Tribunales de Salud Genética que ordenaban la esterilización obligatoria de toda persona que sufría alguno de las trastornos enumerados en una lista. No todos eran «genéticos», ni mucho menos, y la ley se utilizó para esterilizar asimismo a los alemanes considerados como indeseables sociales, por ejemplo los alcohólicos.

Los nazis no fueron los primeros en aprobar leyes de esterilización forzosa —ya existían en numerosos estados de Estados Unidos, por ejemplo —, pero sí aplicaron la idea con más celo que nadie. El renano Paul Eggert, por citar un caso, fue esterilizado cuando era un niño, en aplicación de estas normas. No sufría ninguna enfermedad «genética», pero era un ciudadano poco recomendable, a ojos de los nazis. Procedía de un entorno desfavorecido y su padre era alcohólico; de niño, mendigaba entre los granjeros de la zona, y si no regresaba a casa con comida el padre lo apaleaba. Al final, en palabras del propio Eggert, «la gente [del lugar] se cansó de todo aquello».[16] Así, lo apartaron de sus padres y lo llevaron a un hogar infantil específico, próximo a Dortmund, donde le dijeron que tendrían que operarlo de una hernia. Solo después de la guerra supo que en realidad lo habían esterilizado.

Desde la perspectiva de Hitler, la ley de esterilización era tan solo un principio. La nueva legislación suponía que las generaciones futuras no deberían soportar lo que él consideraba la «carga» de cuidar de algunos ciudadanos que estaban entre los más necesitados del Estado, pero no lidiaba con la situación inmediata. Los deseos del propio Hitler fueron bien resumidos por el documental *Opfer der Vergangenheit* [Víctimas del pasado], estrenado en 1937. Esta cinta, que se exhibió en todos los cines de Alemania, defendía matar a los discapacitados mentales. Ello era necesario por dos razones, se decía en la película. La primera, que mantener a esas personas con vida ofendía una «ley del Creador: la ley del orden y la selección natural»; la segunda, que «el dinero que se destina a cuidar de esas personas sería mejor emplearlo en ayudar a los niños fuertes y sanos».[17]

Algunos médicos alemanes se mostraron partidarios de esta idea asesina. En 1935, el psiquiatra doctor Karl Knab escribió que los «asilos» alemanes

acogían no solo a «idiotas de ínfimo nivel», sino a «ruinas espirituales». Este «material paciente … como puro lastre que solo ocasiona costes, debería ser erradicado proporcionándole una muerte sin dolor». Esto era «justificable» por razones económicas, a juicio del doctor Knab, dado el contexto de «una nación que lucha por la pura supervivencia».[18]

En el estreno del documental, Gerhard Wagner, el ya mencionado director de los médicos del Reich, se pronunció a favor de *Opfer der Vergangenheit*. Wagner conocía mejor que nadie las ideas de Hitler sobre el tema, pues en 1935 este le había contado que, en una futura guerra, deberían planear la muerte de los enfermos mentales más graves.[19] El hecho de que Hitler creyera que una futura guerra le permitiría actuar con tal radicalidad es significativo para los fines de estudio, pues, en efecto, cuando presidió el exterminio masivo de los judíos lo hizo al amparo de esa guerra.

Entre tanto, en Alemania se emprendió una esterilización obligatoria a gran escala, que afectó a entre 300.000 y 400.000 personas.[20] El proceso representó poner patas arriba las funciones de la profesión médica. Desde entonces, el médico dejaba de interesarse exclusivamente por la salud de sus pacientes; si, a tenor de los criterios establecidos por la nueva legislación, un médico consideraba oportuno esterilizar a una persona, quedaba legalmente obligado a hacer caso omiso de las objeciones del paciente. Gerhard Wagner no veía en ello un conflicto de intereses porque, a su entender, los médicos debían preocuparse antes que nada del bienestar de la nación.[21] En consecuencia, los nazis atribuían a los médicos una responsabilidad mayor de la que se les adscribía antes: ya no se limitaban a atender las necesidades de cada persona, sino también las de todo el *Volkskörper*, la comunidad nacional, y ello subordinándolos a los objetivos del «Estado *völkisch*».[22]

Tal «Estado *völkisch*» representaba un país en el que el Estado se arrogaba el derecho legal a poner en duda las elecciones vitales de sus habitantes. Los nazis podían investigar minuciosamente tu entorno familiar para determinar con quién te podías casar, y con quién no, y decidir si tenías «derecho» a engendrar hijos o no. Si una mujer quedaba embarazada y el futuro bebé se consideraba de utilidad racial, se te prohibía abortar. Ya no podías elegir no trabajar; eso te convertía en «haragán» o «vago» y, por ende, candidato a la «detención protectora». Ni siquiera podías elegir a tus amigos, porque si tus vecinos veían con malos ojos a tus compañías, te

podían denunciar por «antisocial» y, por lo tanto, perdías todo valor como miembro de la comunidad racial.

Aun así, a pesar de todas estas restricciones, los alemanes, en su mayoría, siguieron dando respaldo a Hitler. En el referéndum de 1934, que planteaba la fusión de los puestos de presidente y canciller, por ejemplo, el 88 % de los votantes querían que Hitler ocupara la jefatura del Estado a la muerte de Hindenburg. En las elecciones de 1936 —que también incluían una pregunta en la que los votantes debían refrendar, o no, la ocupación militar de la Renania alemana—, los nazis obtuvieron un apoyo de más del 98 %. Recordemos, claro está, que estas elecciones se celebraron en un Estado no democrático y sin ninguna de las garantías presentes en una votación verdaderamente libre; pero aunque los datos no recojan con precisión estadística el nivel de apoyo al régimen, siguen siendo muy reveladores. Es fácil ver por qué el estudioso más reputado de la figura de Hitler concluye, a partir de los datos disponibles, que los resultados de 1936 supusieron «una abrumadora ceremonia de aclamación de Hitler».[23] En la Alemania de los años treinta, sin duda, muchos alemanes se habrían mostrado de acuerdo con Erna Krantz, quien, al volver la mirada al pasado después de la guerra, afirmó: «Aquellos fueron, creo yo, tiempos mejores [que los actuales]. Corro un riesgo al decir esto, desde luego. Pero es lo que yo creo».[24]

Para una mujer joven como la Erna Krantz de los años treinta, la cuestión no se reducía a si los aspectos positivos de vivir bajo el nazismo superaban a los negativos. En buena medida, lo que hoy consideramos rasgos negativos del régimen —los campos de concentración, el aislamiento de grupos minoritarios hostigados por los nazis, etcétera— se consideraban entonces como factores positivos. Se entendía que los campos de concentración eran necesarios para expulsar de las calles a los indeseables; la nueva educación de base racial se veía con buenos ojos, pues hacía hincapié en que los jóvenes alemanes eran algo especial; y en cuanto a la exclusión de los judíos, pues bien, como afirma el banquero Johannes Zahn, todo un sector de la población estaba convencido de que en Alemania los judíos habían «ido demasiado lejos».[25] Así pues, en la medida en que uno encajaba con el ideal de los nazis —y había millones de alemanes en esa posición—, durante los años treinta era posible vivir a gusto bajo el Tercer Reich de Hitler. Muchos de los que en efecto vivían felizmente aseguraron después que no tenían ni idea de que la persecución de los judíos, representada por las leyes de Núremberg y otras normas restrictivas,

conduciría al Holocausto. Y aunque en cierto sentido esto es así —por el momento no hay pruebas de que Hitler contara desde el principio con un plan específico—, en otro sentido no lo es. En efecto, entre las razones fundamentales que explican que millones de alemanes disfrutaran de vivir en la Alemania de Hitler destaca la de que eran partidarios acérrimos de las teorías raciales que figuraban en el núcleo mismo del pensamiento nazi. Estaban convencidos de ser mejores que otros; en consecuencia, era legítimo tratar como inferiores a aquellos a los que se clasificaba como tales. No había polémica sobre la idea de que esos otros fueran «inferiores» —la gran mayoría lo creía así—, sino solo al respecto de qué trato había que darles.

En cuanto a los judíos, las leyes de Núremberg confirmaron que iban a quedar excluidos de la nueva Alemania. Cada vez más, los judíos se limitaron a vivir en el seno de sus propias comunidades. A muchos, vivir en ese espacio les resultaba tolerable. Günther Ruschin, un adolescente que residía en la zona central de la comunidad judía de Berlín, recuerda que tenían una «buena casa» y «no teníamos dificultades … Íbamos a una escuela [judía] y volvíamos a casa». Su padre, que en la primera guerra mundial había luchado con el ejército alemán, cantaba en la sinagoga local y «le decía a todo el mundo: "yo soy un judío alemán, a mí no me va a pasar nada"».[26]

El padre de Günther, como tantos otros judíos alemanes, estaba tranquilo con la perspectiva de quedarse donde estaban: la comunidad judía de Berlín era un medio seguro, a su modo de ver. En términos generales, si pensamos en cuanto sucedió a su alrededor desde el verano de 1935 al verano de 1937, se puede decir que su tranquilidad parecía justificada. Es cierto que hubo acciones aisladas en contra de judíos, y que se aprobaron nuevas normas excluyentes —por ejemplo, desde octubre de 1936 quedó prohibido que los funcionarios públicos se visitaran con médicos judíos—, no hubo una violencia masiva y sistemática contra los judíos alemanes. Por desgracia, lo que muchos interpretaron como un síntoma de que el régimen se apaciguaba fue tan solo una pausa antes de la implantación de medidas más radicales.

Entre las causas de la relativa inacción del régimen durante este período, en lo relativo a los judíos, figuraba el hecho de que Hitler quería asegurarse de que los Juegos Olímpicos de 1936, a celebrar en Berlín, serían un éxito. En Estados Unidos se habían hecho llamamientos al boicot de los Juegos

con el apoyo de personajes públicos como el alcalde La Guardia, de Nueva York. Sin embargo, el presidente del Comité Olímpico Estadounidense, Avery Brundage, convenció a la Unión Atlética Amateur, responsable de seleccionar al equipo participante, de acudir a Alemania. Al final asistieron un total de 49 países, y los Juegos fueron un gran golpe de efecto para el Tercer Reich. Alemania se alzó claramente con el primer puesto del medallero y, sobre todo, el acontecimiento fue un triunfo para la propaganda nazi, que logró subvertir el ideal olímpico y utilizarlo para ensalzar su Estado racista. El mensaje nazi se refleja muy bien en las imágenes iniciales de la película de los Juegos, *Olympia*, dirigida por Leni Riefenstahl, en la que la antorcha entra en el Estadio Olímpico de Berlín portada por un atleta rubio —modelo del ideal «ario»— y es recibida con el saludo nazi.

Aún más extraordinaria, desde la perspectiva de nuestros días, es la valoración de Hitler que el ex primer ministro británico David Lloyd George hizo después de visitar el Berghof —el refugio alpino de Hitler, situado cerca de Berchtesgaden— en septiembre de 1936. En un artículo publicado en el *Daily Express*, Lloyd George afirmó que Hitler era «un líder nato. Una personalidad dinámica y magnética, inquebrantable de propósito, firme de voluntad y audaz de corazón».[27] Había visto cómo había en el país una devoción por Hitler en tanto que «héroe nacional que ha salvado a su país de un profundo estado de abatimiento y degradación». Lloyd George había detectado en Alemania un «entusiasmo por la unidad», de forma que «católicos y protestantes, prusianos y bávaros, empresarios y trabajadores, ricos y pobres se han consolidado como un único pueblo». Escribió también que «en el ambiente dominaba un espíritu de renacimiento que ha tenido un efecto extraordinario en la unificación nacional», tras lo cual «la gente está más alegre».

Ahora bien, ¿nada que decir sobre los judíos alemanes? Lloyd George estaba al corriente de que en Alemania se los perseguía; tanto es así que en su artículo hizo una referencia, aunque al paso, a esa persecución.[28] ¿Cómo pudo afirmar entonces que «la gente está más alegre»? ¿Estaba excluyendo de la «verdadera Alemania» a los judíos alemanes? La simple posibilidad de que fuera así se antoja sorprendente, cuando el propio Lloyd George había dado apoyo a la declaración de Balfour, de noviembre de 1917, en la que el gobierno británico se declaraba a «favor [de] establecer en Palestina un hogar nacional para el pueblo judío». Es cierto que los motivos exactos por

los que determinados políticos promovieron esta declaración han sido objeto de controversia. De hecho, un historiador ha concluido que «los padres de la [declaración de Balfour] eran cristianos y sionistas y, en muchos casos, antisemitas. Creían que los judíos controlaban el mundo».[29]

Lloyd George no fue la única figura británica que ensalzó a Hitler a pesar de que los nazis perseguían a los judíos. Aunque el ideario neonazi no llegó a arraigar en el país —en los años treinta, la Unión Británica de Fascistas, de Oswald Mosley, nunca gozó de buenos resultados electorales—, aún abundaba el antisemitismo ocasional. Johannes Zahn, el banquero alemán, por ejemplo, recuerda haber oído comentarios antisemitas de boca de los colegas británicos, durante un viaje a Londres.[30] Eugene Leviné, por su parte, considera que la Gran Bretaña de los años treinta era más antisemita que la Alemania de los veinte. «Creo que, en un sentido social, los ingleses son más antisemitas [que los alemanes]. La gente suele decir, muy cordialmente: "A fin de cuentas, nosotros no gaseamos a los judíos". Y es cierto … como lo es que no les dejan unirse a su club de golf. Porque tú hablas con gente con la que tienes una buena amistad, les preguntas por qué no dejan entrar a Zutano y Mengano en su club de golf, [y te responden:] "Bueno, cariño, es que si dejas entrar a uno, luego traerán a todos sus amigos".»[31] En la prensa también había voces contrarias a que el país acogiera a judíos extranjeros. Así, un editorial del *Sunday Express*, de 1938, por ejemplo, denunciaba que «en estos momentos se está produciendo una gran afluencia de judíos extranjeros en Gran Bretaña. Están invadiendo nuestro país».[32]

El prejuicio según el cual los judíos eran un grupo aparte —según lo describía Eugene Leviné— estaba detrás de buena parte de la retórica antisemita. En cuanto a Lloyd George, al parecer suscribía la teoría de que los judíos gozaban de un poder inmenso y podían actuar independientemente de las fronteras nacionales; esto es, la misma idea que Hitler llevó hasta el extremo.[33] Este terreno común quizá ayudara a que Lloyd George valorara al líder alemán con tan buenos ojos, pero esto no pasa de ser una conjetura. En cambio es indudable que, si tras el éxito de los Juegos Olímpicos de 1936, Hitler había encandilado a Lloyd George y lo había tranquilizado con respecto al futuro de Alemania, al año siguiente el Führer se presentaría ante el mundo con un rostro completamente distinto.

En muchos sentidos, 1937 fue un punto de inflexión. Una vez concluidos los Juegos Olímpicos, la retórica de Hitler volvió a un nivel enfebrecido que no había alcanzado desde los primeros años veinte —los años de las cervecerías bávaras—. En un discurso pronunciado en el congreso del partido en Núremberg, el 13 de septiembre de 1937, afirmó que el bolchevismo era «la mayor amenaza que se ha cernido sobre la cultura y la civilización de la raza humana desde el hundimiento de las naciones en la Antigüedad».[34] Añadió un matiz crucial al plantear, de nuevo, el vínculo que a su entender unía a los judíos con los bolcheviques; según aseveró, el mundo se enfrentaba a una «convulsión creciente» provocada por los «gobernantes del bolchevismo judío, en Moscú». Por si acaso a alguien le había pasado por alto este vínculo, insistió en que «cuando presento este problema como un problema judío, con toda la intención, vosotros sabéis, camaradas del partido, que se trata no de una suposición gratuita, sino de un hecho demostrado por pruebas irrefutables». Hitler desarrolló a continuación una clase de historia —sesgada y distorsionada— que inició exponiendo sus ideas sobre «Rusia» (Hitler solía referirse a «Rusia», aunque esta fuera tan solo una de las varias repúblicas que formaban la Unión Soviética). Afirmó que los judíos habían logrado «introducirse» en la élite gobernante «rusa» y «exterminar» a los líderes anteriores. Los judíos eran una «raza extranjera» que se había hecho con el «control total» de la civilización rusa y ahora querían usar Rusia como «cabeza de puente» desde la que conquistar otras naciones.

Hitler evocó una fantasía casi depravada en la que «masas enfurecidas», con el apoyo de los «antisociales», enloquecerían y llevarían al pueblo nativo a los «cadalsos, donde moriría desangrado». Detrás de todo este caos estaban los judíos; los judíos necesitaban «emprender el exterminio» de la élite de todos los países de los que se querían apoderar. Hitler argumentó ante el público alemán que «todos lo hemos vivido ya», en referencia al levantamiento espartaquista de Berlín (organizado por comunistas y socialistas en 1919) y la República Soviética de Baviera (algunos meses posterior).

Hitler afirmó que a Alemania le «interesaba sobremanera impedir que la plaga bolchevique se siga expandiendo por Europa». Adujo que, aunque en el pasado Alemania había combatido contra otras naciones europeas, esas guerras se habían librado siempre entre naciones «civilizadas». El bolchevismo, en cambio, era algo muy distinto; los gobernantes de Moscú

no eran sino una «banda internacional de judío-bolcheviques criminales e incivilizados». Los nazis merecían que les dieran las gracias por haber impedido que la «chusma» judía dictara sus exigencias a los trabajadores alemanes. No solo eso: en aquel momento los alemanes eran soldados «aún mejores» que antaño y estaban listos para enfrentarse a todo aquel que pretendiera introducir en Alemania la «amenaza» bolchevique.

Según Hitler, se había visto obligado a pronunciar un discurso tan belicoso por la situación de España, donde se libraba una guerra civil en la que Stalin no había vacilado en aportar armas y cierto número de combatientes a los republicanos, en lucha con los nacionales. Pero una vez más, Hitler no decía la verdad, porque en los primeros años veinte ya defendía estas mismas ideas y, sencillamente, un conjunto de razones le habían llevado a no exponerlas en público con tanta agresividad durante varios años. Era todo una cuestión de táctica, según expuso en una reunión con jefes del partido, seis meses antes del incendiario discurso de Núremberg, en abril de 1937. En el espacio privado de ese encuentro aseveró comprender por qué había quien deseaba aplicar medidas más rigurosas contra los judíos —tales como «marcar» sus comercios con una insignia especial—, pero por su parte estos activistas debían reconocer que la «preocupación principal» de Hitler era «siempre evitar dar un paso que más adelante quizá tenga que desandar, y no dar ningún paso que pueda dañarnos de un modo u otro. Debéis entender que no me arredro: siempre llego lo más lejos posible, pero no más. Es vital poseer un sexto sentido que te diga, a grandes rasgos: "Hasta aquí aún puedo llegar, hasta allí, ya no"». Es decir, todos estaban de acuerdo en evaluar a los judíos como un peligro, pero Hitler no podía perder de vista cuál era su margen de maniobra en cada momento dado.[35]

Este discurso privado es crucial para adentrarse en la mentalidad de Hitler, quien admitió que él habría preferido ser más radical en la persecución de los judíos, pero veía que, desde una perspectiva política, debían avanzar más despacio hacia ese objetivo último. El 30 de noviembre de 1937 Goebbels apunta en su diario cuál era esa meta última: «Hablamos de la cuestión judía [con Hitler] durante mucho rato. … Hay que expulsar a los judíos de Alemania, de toda Europa. Se tardará un tiempo, pero se conseguirá y es imprescindible que así sea. El Führer está plenamente comprometido con esto».[36]

En paralelo a este enfoque táctico de la «cuestión judía», Hitler también fue cuidadoso en la forma de exponer su otra convicción fundamental: el deseo de crear un imperio alemán en las regiones occidentales de la Unión Soviética. Durante los años treinta nunca expuso este deseo en público. Pero en privado, un año antes del discurso de Núremberg de 1937, ya había manifestado con claridad su intención de plantar cara al «peligro» del bolchevismo. En un memorando redactado en agosto de 1936 (hacia las mismas fechas en las que nombró a Hermann Göring como jefe del programa económico bautizado como Plan Cuatrienal) Hitler hizo hincapié en que el destino de Alemania —en el frente militar— era luchar contra el bolchevismo. Como en Alemania había un exceso de población, era necesario conquistar más territorio: «La solución final [a este problema] radica en ampliar nuestro espacio vital».[37] Vale la pena destacar el hecho de que Hitler emplease en este concepto el sintagma «solución final», porque el plan de exterminio de los judíos también acabaría conociéndose por esas mismas palabras. Aquí se pretendía distinguir entre una primera fase de transición, en la que los alemanes consolidarían su poderío militar, y la fase de la «solución final», en la que empezaría el enfrentamiento militar real.

En un consejo de ministros del 4 de septiembre de 1936, Göring dio lectura al memorando de Hitler y destacó que su lógica era clara: «La confrontación con Rusia es inevitable».[38] Dos meses después, en noviembre de 1936, Goebbels confirmó que él también era consciente de que cada vez faltaba menos para el momento en el que Alemania tendría que enfrentarse a la Unión Soviética. Después de comer con Hitler, mantuvo una «completa conversación a solas con el Führer» y llegó a la conclusión de que el «rearme continúa. Estamos invirtiendo sumas fabulosas. En 1941 lo habremos completado. El enfrentamiento con el bolchevismo se acerca … Es casi indudable que nos haremos con el dominio de Europa».[39]

En el feroz discurso de Núremberg —diez meses después, en septiembre de 1937— Hitler intentó acortar la brecha abierta entre lo que estaba afirmando en privado y lo que decía en público, aunque nunca llegó hasta el extremo de aseverar que Alemania invadiría la Unión Soviética. Al mundo le dijo que era necesario que la nación se rearmase y preparase para combatir con la amenaza bolchevique en el caso de que «los rusos» atacaran. Y dado que, según Hitler, detrás de los bolcheviques estaban los judíos, un conflicto militar con los rusos supondría igualmente un conflicto armado con la «amenaza» judía. Incluso en esta fase temprana, era evidente

que una guerra entre Alemania y la Unión Soviética no sería una contienda ordinaria, sino más bien la batalla entre dos ideologías distintas y —a juicio de Hitler— dos «razas» distintas.

Quienes estaban en el gobierno alemán y no se ilusionaban con esa perspectiva no tardaron en caer. Hjalmar Schacht, el ministro de Economía del Reich, que tanto había ayudado al rearme gracias a su reorganización creativa de la economía alemana, fue despedido en noviembre de 1937; sencillamente, no era lo bastante radical. Schacht pasó a ser presidente del Reichsbank, hasta que perdió asimismo este cargo en enero de 1939; al comenzar 1943, por último, lo apartaron también de la posición irrelevante de ministro sin cartera. Tras el atentado del 20 de julio de 1944 contra la vida de Hitler, Schacht fue enviado a un campo de concentración.

El progresivo arrinconamiento de Schacht fue un destino que aguardaba también a otros muchos miembros de la élite derechista tradicional que habían dado su apoyo a Hitler en los primeros años treinta. La trayectoria de Schacht fue extrema, probablemente —pocos miembros de esa derecha llegaron tan alto en el Estado nazi y pocos cayeron tan bajo como para acabar en un campo de concentración—, pero el paso de la euforia inicial ante la creación del Tercer Reich a la desilusión frente a las medidas cada vez más agresivas del régimen no fue infrecuente. El 5 de noviembre de 1937 (unas pocas semanas antes de que Schacht perdiera la cartera de Economía) Hitler informó a varios miembros de la élite alemana de la vieja escuela sobre sus ideas radicales; y cuando estos no acertaron a transmitirle una aprobación entusiasta, sus carreras corrieron la misma suerte que la de Schacht. A esta reunión, celebrada en la Cancillería del Reich, asistieron los comandantes en jefe del Ejército de Tierra (el *Generaloberst* Werner von Fritsch), la Armada (el *Generaladmiral* Erich Raeder) y la Fuerza Aérea (el *Reichsminister* de Aviación Hermann Göring), así como el ministro de la Guerra (el *Generalfeldmarschall* Werner von Blomberg) y el de Asuntos Exteriores (Konstantin von Neurath). Las notas de esta reunión tristemente famosa —conocidas habitualmente como «Memorando de Hossbach», pues las transcribió el coronel de este nombre, edecán militar de Hitler— revelan que Hitler expresó con franqueza el deseo de adquirir más territorio para Alemania en los años próximos aun arriesgándose a que estallara una guerra, si era preciso. No mencionó, en cambio —muy probablemente, porque prefería centrarse en objetivos de corto plazo como las anexiones de

Austria y Checoslovaquia—, su ambición más grandiosa: la invasión de la Unión Soviética.

En la citada reunión, Hitler declaró que «el objetivo de la política alemana era asegurar y preservar la comunidad racial, para ampliarla; lo cual lo convierte, por lo tanto, en una cuestión de espacio». Esto era coherente con la visión del mundo que ya había expresado mucho antes, por ejemplo en *Mein Kampf*, en 1924.[40] Hitler afirmó que Alemania debía desarrollar lo antes posible una política exterior agresiva, porque en aquel momento lideraban el proceso de rearme, pero la ventaja adquirida no duraría mucho más tiempo. También reveló que se había desengañado de la posibilidad de que Alemania pudiera asociarse con Gran Bretaña. Esto tampoco era de extrañar, dado que Ribbentrop, enviado como embajador alemán a Londres en verano de 1936, no había logrado que fructificara esa alianza en la que Hitler aún tenía depositadas esperanzas. En el conflicto que se avecinaba, dijo Hitler, lo más probable era que Gran Bretaña estuviera entre los adversarios.

Göring, como de costumbre, apoyó a Hitler en la conversación posterior; pero los demás se mostraron más escépticos. En particular temían —no sin razón, como se vio luego— que Alemania pudiera quedar atrapada en una guerra en dos frentes, entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales. Eran argumentos sensatos, pero no lo que Hitler quería oír de sus subordinados, por lo que todos los que expresaron dudas en aquella reunión cesaron de sus cargos durante los meses posteriores. Blomberg presentó la dimisión el 27 de enero de 1938, tras un matrimonio inapropiado con una joven que en cierta ocasión había posado para unas fotografías pornográficas; Fritsch se vio obligado a renunciar después de que lo acusaran, falsamente, de mantener una relación homosexual; y Neurath abandonó el Ministerio de Exteriores aquel mismo día, al ser «ascendido» al cargo de presidente de un nuevo consejo de ministros consultivo que nunca se llegó a reunir.

Todos los sustitutos que ocuparon estos puestos clave en el Estado nazi fueron más dóciles que sus predecesores, o bien más belicosos, o bien ambas cosas a la vez. Ribbentrop, que había sido embajador en Gran Bretaña, pasó a la cartera de Exteriores; el servicial Walther von Brauchitsch reemplazó a Fritsch en la jefatura del Ejército; y Hitler abolió el cargo de ministro de la Guerra y se puso a sí mismo en el lugar de Blomberg. No hay pruebas de que Hitler ya hubiera planeado hacer todos

estos cambios antes de la reunión de Hossbach, pero no desaprovechó las ocasiones que se le ofrecieron, como el inoportuno matrimonio de Blomberg. Como resultado de estos movimientos, reforzó considerablemente la posibilidad de desarrollar una política exterior más radical.

La primera manifestación de este incremento de la agresividad se produjo cuando habían pasado poco más de cuatro meses desde la reunión de Hossbach. La tensión entre Hitler y el gobierno del país que lo vio nacer, Austria, era cada vez mayor. Este enfrentamiento, a su vez, acarreó un seísmo en las medidas antisemitas de los nazis.

Hasta ese momento, la historia de los judíos austríacos había sido similar, en muchos respectos, a la de los vecinos alemanes antes de que Hitler accediera a la cancillería. En la primera mitad del siglo XIX, la condición de los judíos vieneses se refleja de forma ejemplar en la construcción del recargado Stadttempel en el centro de la ciudad, en la década de 1820. Por un lado, el interior, con sus columnas jónicas y la gran cúpula central, daba testimonio de la riqueza y el éxito de la comunidad judía de Viena. Por otro, el exterior, con su entrada tan sobria —en buena parte oculta de la calle—, ponía de relieve la opresión que sufrían; el edicto de Tolerancia promulgado por el emperador José II en 1782 prohibía que los judíos construyeran un espacio de culto abierto a todos.

En 1867, los judíos austríacos pasaron a gozar por fin de la igualdad de derechos ante la ley, y en Viena se inició una edad dorada de la cultura judía. Fue la época del compositor Gustav Mahler, el escritor Arthur Schnitzler y el psiquiatra Sigmund Freud, nacidos todos ellos en el judaísmo. Pero no todos los austríacos estaban contentos con esa nueva libertad de los judíos. Dos políticos destacaron por exponer un antisemitismo virulento. Uno era Georg von Schönerer, un parlamentario obsesionado con tres ideas: estrechar lazos con Alemania, marginar el catolicismo y aborrecer a los judíos. Su odio antisemita se basaba en razones raciales, más que religiosas. «La religión es tan solo un disfraz —solía decir—, la podredumbre corre por la sangre.»[41] El segundo político fue Karl Lueger, alcalde populista de la ciudad. Solía criticar —con términos que no desentonaban de los usados luego por los nazis— una representación excesiva de los judíos en ciertas profesiones y denunciar que, a su entender, los judíos corrompían la política. «Cada vez que un

Estado ha permitido que los judíos sean poderosos —dijo—, ese Estado no ha tardado en caer, mientras que en los Estados en los que se ha tenido la inteligencia de aislar a los judíos, el principio monárquico ha quedado a salvo.»[42] Lueger no tardó en capitalizar el miedo de los vieneses a la llegada de judíos de la Europa oriental, en particular de los que huían de Rusia. Hubo voces que pidieron cerrar la frontera de Austria, para impedir que los judíos entraran en el país; se justificaban alegando temor a que los judíos trajeran consigo no solo enfermedades, sino también las semillas de la revolución política. Lueger pidió a los judíos de Viena, en un discurso de noviembre de 1905, que «no admitan a los revolucionarios socialdemócratas [judíos]. Quiero advertir a los judíos, expresamente a ellos, porque [aquí] quizá podría ocurrir lo mismo que en Rusia. En Viena somos antisemitas, pero lo somos sin inclinación ninguna al asesinato y la violencia. Pero si los judíos amenazaran nuestra patria, entonces no mostraremos compasión».[43]

Aunque buena parte de esta retórica antisemita de los austríacos habría sido reconocible para los antisemitas alemanes, en lo relativo a la «cuestión judía» seguía habiendo una diferencia crucial entre los dos países: el porcentaje de la población judía. En Alemania no llegaba al 1 % del país, mientras que en la Viena de 1890 cerca del 12 % de los habitantes eran judíos (unos 100.000 del total de 820.000). Cuando los nazis entraron en Austria, en marzo de 1938, había tan solo en Viena más de 180.000 judíos, quizá incluso 200.000; en toda Alemania, en esas fechas, había menos del doble. Así pues, para los nazis, el «problema» judío de Austria era proporcionalmente aún más grave que el de Alemania.

Al acabar la primera guerra mundial, las potencias vencedoras habían decidido disolver el Imperio Austrohúngaro y Austria se convirtió en un país por sí solo. El nuevo gobierno que se instaló en Viena quería que Austria pasara a formar parte de la República Alemana, pero en el tratado de Saint-Germain, de 1919, los vencedores prohibieron esa unión. Los austríacos no olvidaron que su petición había sido denegada aun cuando, en principio, parecía encajar con el deseo del presidente Woodrow Wilson, que había prometido la «autodeterminación» de las naciones. Pero la realidad geográfica impuso su ley y durante los años veinte y treinta Alemania influyó en los asuntos de Austria. En la década de 1920 Austria sufrió dificultades económicas, como Alemania, aunque no tan penosas. En 1934, en una atmósfera de crisis política, unos nazis austríacos asesinaron al

canciller del país, Engelbert Dollfuss. Kurt Schuschnigg, el sucesor de Dollfuss, luchó por asentar una nación independiente en presencia de una Alemania dirigida a la sazón por un canciller que, aunque había nacido en Austria, se consideraba alemán; y no solo eso, sino que tenía por alemanes a todos los austríacos «arios».

Hitler optó por presionar políticamente a Austria y a Schuschnigg, pero no se decidió a emprender una acción militar directa que forzara la anexión (*Anschluss*). Le preocupaba, ante todo, que esta aventura distanciara a Mussolini, porque Italia había garantizado la independencia de Austria. Hitler confiaba en que todavía podría lograr alguna clase de unión sin necesidad de recurrir a la violencia; la ocasión se presentó en 1936, tras la firma de un acuerdo austro-alemán. Aunque según los términos literales del acuerdo Hitler reconocía la «soberanía» de Austria, a cambio Schuschnigg accedió a incluir en su gabinete a un partidario del nazismo.

En las primeras semanas de 1938, el embajador de Alemania en Viena —el ex canciller Franz von Papen— sugirió a Schuschnigg que acudiera a Berchtesgaden para reunirse con Hitler y buscar soluciones a cualquier «malentendido» entre los dos países. La cumbre resultante, celebrada el 12 de febrero de aquel año, es uno de los ejemplos más ilustrativos de cómo desestabilizaba Hitler a sus oponentes. En la primera charla, celebrada en el estudio que Hitler tenía en la primera planta del Berghof, este dirigió varias acusaciones al líder austríaco: entre otras muchas, que Austria debería haberse retirado de la Sociedad de Naciones; que históricamente, había saboteado todo intento de unión con Alemania; o que estaba intentando fortificar su frontera con el Reich. A estos reproches añadió la amenaza de que estaba decidido a «poner fin a todo esto» y le advirtió: «Quizá se despierte usted una mañana en Viena y nos encuentre allí, igual que una tormenta de primavera. En tal caso, sabrá lo que es bueno». Más aún, siguió Hitler, tras una invasión exitosa, el país sería ocupado por los *Sturmmänner* nazis y la Legión Austríaca (un grupo paramilitar formado por nazis austríacos) y «nadie [podrá] impedir su justa venganza; ni siquiera yo».[44]

Al igual que muchos de los adversarios políticos de Hitler, Schuschnigg tenía un perfil relativamente intelectual; era un licenciado en Derecho que, después de la guerra, enseñó Ciencias Políticas en la universidad. Ante esta clase de personas, Hitler era un contrincante casi invencible. Usaba el recurso de acumular acusaciones, una detrás de otra, en rápida sucesión, sin dar tiempo a la respuesta. Schuschnigg fue uno de los primeros estadistas

extranjeros que cayó derrotado por esta táctica (y tras él vinieron más). No pareció comprender que Hitler no respondía a una argumentación intelectual. El líder alemán no era un estadista «normal», sin embargo. Ni aspiraba a llegar a un acuerdo satisfactorio para las dos partes ni le importaba que los «hechos» que exponía fueran falsos.

Hitler usó una estratagema retórica similar en su ataque contra los judíos. Su grandilocuente denuncia de que un grupo de «judíos extranjeros» se había conjurado para desestabilizar la Alemania nazi, por ejemplo, era tan infundada como la acusación desmesurada con la que acometió a Schuschnigg: «Toda la historia de Austria no es más que un acto ininterrumpido de alta traición». Igualmente, cuando intimidaba con la afirmación de que «ni siquiera» él podría impedir la «justa venganza» de los fanáticos del Tercer Reich que entraran en Austria, recuperaba la estratagema de 1933, en las fechas del boicot nazi contra los comercios judíos, cuando aseveró que se corría el peligro de que el pueblo se tomara la justicia por la mano y agrediera directamente a los judíos. En los dos casos, Hitler se presentaba como una fuerza moderadora que se esforzaba por contener a grupos todavía más radicales. La amenaza era tan obvia como efectiva: el que no aceptara lo que Hitler le ofrecía en ese momento, se encontraría con algo peor.

Kurt Schuschnigg, desde luego, quedó muy castigado por el encuentro con Hitler en el Berghof. El doctor Otto Pirkham, un diplomático austríaco que le acompañaba aquel día, recuerda que «durante el almuerzo, Schuschnigg estuvo completamente callado … muy deprimido, y su silencio se explicaba sin duda porque lo que había descubierto al reunirse con Hitler no debía de ser nada agradable».[45] Schuschnigg abandonó Berchtesgaden aquella misma noche. Había cedido al hostigamiento y firmado un documento con varias concesiones, incluida la promesa de nombrar como ministro de Interior al nazi austríaco Arthur Seyss-Inquart. El 20 de febrero, Hitler pronunció un extenso discurso ante el Reichstag, en cuyo transcurso elogió a Schuschnigg por su «gran comprensión y disposición amable … a encontrar una salida favorable a los intereses de ambos países, y a los intereses asimismo del *Volk* alemán, y me refiero ahora al conjunto del *Volk* alemán del que todos somos hijos».[46] Cuatro días después, en Múnich, en una celebración del aniversario de la constitución del partido nazi, Hitler relacionó la cuestión austríaca con la judía, al denunciar las «mentiras descaradas» que la prensa extranjera publicaba al

respecto de la verdadera intención de Alemania para con Austria. Mencionó específicamente al *News Chronicle* británico, que, según Hitler, había afirmado que había tropas alemanas concentradas en la frontera. Estas «desvergonzadas acusaciones», dijo, ateniéndose a una nota del *Völkischer Beobachter*, ponían de manifiesto «de qué modo la ponzoña internacional de la judería fabrica y difunde mentiras». «De todo esto podemos extraer una lección útil —siguió diciendo—. Vamos a combatir vigorosamente contra los agitadores judíos de Alemania. Sabemos que son agentes de una Internacional y los vamos a tratar como a tales.»[47]

En ese punto, Schuschnigg intentó esquivar a Hitler organizando un plebiscito en Austria sobre la unificación con Alemania. Hitler, en parte a instancias de Göring, respondió aumentando la presión sobre los austríacos, para lo que movilizó a tropas en Baviera. Schuschnigg presentó la dimisión; Seyss-Inquart le sucedió como canciller e «invitó» a entrar en el país a las tropas alemanas, que cruzaron la frontera en la mañana del 12 de marzo. Las tropas austríacas no opusieron resistencia al avance de las alemanas por el país, y en el recorrido, millones de austríacos salieron a saludar a la Wehrmacht con guirnaldas de flores. Muchos austríacos tenían la esperanza de que la llegada de los nazis favoreciera el desarrollo de una Austria nueva, más fuerte y libre de los problemas económicos. Por ejemplo, Susi Seitz, que entonces era adolescente, dice que ella y su familia veían en Hitler a un «salvador» porque «era cierto que debíamos formar parte de Alemania».[48] Después de la primera guerra mundial, su familia había querido que el país quedara unido a Alemania, y en aquel momento, por fin, les parecía que el «sueño» se cumplía.

Emil Klein, como «viejo guerrero» del partido nazi —ya había participado en el *Putsch* de la cervecería, en 1923—, apenas podía dar crédito a lo que estaba sucediendo en aquel momento, quince años después: «Cuando me dijeron que la marcha de anexión estaba en camino —yo era el comandante en jefe de las Juventudes Hitlerianas en mi región— me sentí exultante, porque tenía algunos contactos austríacos de los primeros años; y así, sin pedir permiso a mis superiores y sin preguntar a nadie, cogí el coche y me fui a Austria, en pos de las tropas, cruzando [la frontera] por Passau. Lo que sentí allí no lo volveré a sentir otra vez en toda mi vida. ¡Qué entusiasmo! Ni yo, ni tampoco los soldados, supongo, habremos recibido nunca tantos besos como nos dieron las chicas que se nos tiraban encima. El país se había transformado».[49]

Hitler entró en Austria a primera hora de la tarde del 12 de marzo, pocas horas después de que sus soldados hubieran dado el mismo paso. Eligió un punto de acceso simbólico: el puente del río Inn, hasta su pueblo natal, Braunau am Inn. Luego su coche circuló triunfante, entre multitudes que lo vitoreaban, hasta la ciudad de Linz, donde había asistido a la escuela. Reinhard Spitzy, un nazi austríaco que trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, iba en el sexto coche de la caravana, por detrás de Hitler. Para Spitzy, fue un momento profundamente emotivo: «Todos mis sueños de unir Austria y Alemania… No se olvide que Austria gobernó Alemania durante 600 años y que la corona alemana está en Viena, en el Hofburg. Así que para mí, después de la derrota de 1918; no, para todos nosotros, aquello era un sueño … Le puedo decir que el entusiasmo era del, no voy a decir que del 100 %, pero pongamos que del 85 %, era abrumador … Había incluso policías y monjas con las esvásticas. Todos pensamos: "es un imperio nuevo, grande y pacífico", porque a los austríacos —y yo soy austríaco—, la guerra no nos gusta. Hemos perdido tantas guerras contra Prusia, contra Inglaterra y Francia, y tantas otras, que estamos hartos de guerras … El *Anschluss* fue uno de los éxitos que Hitler logró sin guerras, como ocupar la Renania, y a lo que hizo allí no se le pueden poner peros».[50]

En aquel momento, dice Spitzy, le parecía saber exactamente qué ambicionaba Hitler: «Hitler, desde el principio, quería reunir todos los países de lengua alemana, salvo Suiza o Luxemburgo, en el viejo Sacro Imperio Romano de las naciones germánicas. Quería restaurar la injusticia de la guerra de los Treinta Años, de la paz de Münster y Osnabrück [la paz de Westfalia], quería que Alemania fuera tan grande como lo había sido en la Edad Media».

La idea de que el objetivo último de Hitler era reunir a los germanohablantes, en vez de lanzarse a la conquista de nuevos territorios al este de Alemania, fue un error habitual; un error que Hitler buscaba promover, interesadamente, en sus declaraciones públicas. Spitzy, que en los años treinta trabajó en la embajada alemana en Londres, descubrió de primera mano que entre la élite que gobernaba Gran Bretaña muchos no ponían grandes reparos a la idea de una Europa en la que todos los germanohablantes vivieran bajo una sola bandera: «Si [Hitler] se limitaba a hacer eso, la mayor parte del *establishment* británico lo entendía. Todos lo entendían. Así me lo dijeron».

En Austria, aunque el Estado no había impuesto medidas antisemitas similares a las de Alemania, aún abundaban los prejuicios «tradicionales» del tipo de los que solía expresar Karl Lueger, el antiguo alcalde de Viena. Walter Frentz, por ejemplo, estuvo en Viena en 1928, y según cuenta, cuando iba en tranvía pudo experimentar qué sentían algunos vieneses hacia los judíos. «De pronto el tranvía hizo una parada de emergencia —dice Frentz, quien años después sería cámara de Hitler—. Había un hombre en las vías, que no había visto venir al coche. Pero después de frenar, el conductor del tranvía dijo algo que me impresionó profundamente: "¡Oh, es un judío! Si lo hubiera sabido, ¡no me paro!". Y todos los demás vieneses dijeron: "Sí, ¡eso es lo que tendrían haber hecho, es un puto judío!", aunque ni siquiera conocían a aquel hombre.»[51] La austríaca Susi Seitz, que vitoreó a Hitler cuando este hizo su entrada triunfal en Linz, en marzo de 1938, también tenía problemas con los judíos, aunque ella los expresa con algo más de diplomacia: «Tengo que decir que a los judíos no se los quería mucho, en Austria … Nunca tuvimos la impresión de que fueran como nosotros, eran distintos, completamente distintos».[52]

Desde el momento en que los alemanes entraron en Austria, los judíos corrieron peligro. «Oíamos los ruidos que venían de las calles —dice Walter Kammerling, un judío austríaco que entonces tenía quince años y vivía en la capital—, toda la población de Viena (quiero decir, obviamente, los que no eran judíos) estaba de celebración. Y ahí empieza el primer problema: atacan las tiendas judías». Nada más producirse la invasión alemana, «ya había gente acosándonos … Nos habían dejado fuera de la ley. No quedaba nada que nos protegiera. Cualquiera podía presentarse delante de ti y hacerte lo que quisiera, sin problema».[53]

Es tristemente famosa la imagen de los matones nazis que obligaron a judíos a limpiar las calles en un acto de humillación pública. Walter Kammerling recuerda haber visto a una mujer bien vestida que sujetaba en alto a su hija pequeña para que pudiera ver cómo un *Sturmmann* pateaba a un anciano judío mientras fregaba. «Todos se echaron a reír —dice—, y la mujer también. [Para ellos] era de lo más entretenido, y eso me dejó atónito.»[54]

William Shirer, corresponsal estadounidense, fue testigo de los abusos que se cometieron en Viena. En su diario escribió: «[Me llegan] toda clase de noticias sobre el sadismo de los nazis, en los austríacos me sorprende. Se obliga a los judíos, hombres y mujeres, a limpiar las letrinas. A cientos de

ellos … elegidos al azar por la calle para que limpien los lavabos de los chicos nazis».[55]

Este recrudecimiento inicial del antisemitismo fue en su mayoría espontáneo: una serie desorganizada de actos de persecución local, similares —aunque en una escala mayor— a los cometidos por la SA justo después de que Hitler fuera nombrado canciller. Los jefes nazis no tardaron en frenar la brutalidad impulsiva e institucionalizar la persecución. Heinrich Himmler, el *Reichsführer SS*, entró en Austria poco después que las primeras tropas alemanas y estableció el cuartel general en el Hotel Metropol de Viena. Reinhard Heydrich, su colaborador próximo y jefe del SD —el Sicherheitsdienst o Servicio de Seguridad, rama de contrainteligencia de las SS— también acudió pronto a la capital. En la noche del 13 al 14 de marzo —es decir, tan solo treinta y seis horas después de que el ejército alemán hubiera puesto las botas en el territorio austríaco — la Gestapo empezó a requisar obras de arte de domicilios judíos. La inestimable colección de arte de los Rothschild, por ejemplo, quedó repartida entre Hitler, Göring y el museo de Linz. Cuando no había transcurrido ni una semana de la ocupación de Austria, los nazis cerraron las oficinas de las organizaciones judías y encarcelaron a sus jefes. A finales de marzo, los judíos habían perdido sus trabajos en profesiones como el teatro y la universidad, y se les había prohibido servir en el ejército austríaco. También se atacaron propiedades inmobiliarias y negocios: los nazis se apoderaron tanto de pisos como de centros comerciales y fábricas. Este proceso de «arianización» se repitió poco después en Alemania.

El 1 de abril de 1938 partió de Austria el primer tren dirigido al campo de concentración de Dachau. Al terminar el año, casi 8.000 personas habían sido enviadas allí desde Austria.[56] Al principio, fueron en su mayoría adversarios políticos de los nazis, muchos de ellos de origen judío. Pero en mayo los nazis empezaron a atacar a los judíos que ellos iban etiquetando como «antisociales», «criminales» o simplemente «desagradables».[57] El terror llegó a tal extremo que un judío austríaco se arriesgaba a ser detenido por el mero hecho de comer en un restaurante o sentarse en un parque público un día en que las autoridades habían abierto la veda. En total, durante 1938, más del 75 % de los reclusos enviados a Dachau por los nazis eran judíos. En los trenes de Dachau era habitual que los austríacos sufrieran palizas y otros abusos. Según un cálculo de las propias SS, cerca

del 70 % de los transportados en el tren que fue objeto del informe había sufrido alguna clase de ataque.[58]

Algunos judíos austríacos intentaron razonar con sus torturadores. El doctor David Schapira, un judío vienés que era abogado y a la vez propietario de un comercio, había quedado ciego de resultas de las heridas recibidas en la guerra. Después de que su bufete legal se hundiera y le hubieran desposeído de su tienda, acudió junto con su mujer a visitar a unos funcionarios nazis de la capital y entregarles una petición, con la esperanza de que si veían sus condecoraciones de guerra le mostrarían piedad. Pero solo le dijeron: «Judío sinvergüenza, métete esa bazofia Habsburgo [las medallas] por el culo. Lárgate y no vuelvas o te tiraré por las escaleras, ¡a lo mejor así recuperas la vista!».[59]

Entre los judíos de Viena abundaron los suicidios, porque muchos prefirieron morir a vivir gobernados por los nazis. William Shirer escribió que un amigo había visto como «un tipo de aspecto de judío» estaba en un bar y «poco después, se sacó del bolsillo una vieja navaja de afeitar y se cortó el cuello».[60] Goebbels incluyó en su diario, el 23 de marzo de 1938, la siguiente nota cínica: «En el pasado, los alemanes se quitaban la vida. Ahora es al revés».[61]

Adolf Eichmann, a la sazón de treinta y dos años y teniente del SD, interpretó un papel destacado en los horrores de Austria. Conocía el país y, al igual que Hitler, había ido a la escuela en Linz. Después había trabajado durante seis años en Austria, para la Compañía Petrolífera Vacuum. En 1932 se unió tanto al partido nazi como a las SS, y un año después, tras perder el empleo, volvió a Alemania, su país de nacimiento.

Eichmann, que dentro del SD estaba especializándose en los «asuntos judíos», llevaba cierto tiempo preparándose para la anexión y reuniendo datos secretos sobre los austríacos que los nazis consideraban una amenaza. Según sus memorias, «durante varias semanas, de forma anticipada, pusieron a trabajar a todos los hombres que podían servir de alguna forma, en tres turnos: escribían fichas para un archivo circular enorme, de varios metros de diámetro, que un hombre situado en un taburete de piano podía accionar y, mediante un sistema de perforaciones, encontrar cualquier ficha que quisiera».[62] Así, en marzo de 1938, con Eichmann llegó a Viena una lista de personas a las que arrestar; entre ellas, varios judíos prominentes. Pero las autoridades nazis descubrieron que encerrar a los líderes de la comunidad judía les causaba otros problemas. En efecto, como los nazis se

esforzaban por lograr que los judíos emigrasen —habiéndoles desposeído antes de su riqueza—, en el lado judío no quedaba nadie en una posición lo suficientemente destacada como para coordinar las expulsiones. En consecuencia, sus superiores autorizaron a Eichmann a liberar a ciertos judíos para que pudieran ayudarles a organizar el éxito. En cierto momento, Eichmann se reunió con Josef Löwenherz, un abogado judío, para conversar sobre cómo las organizaciones judías podían ayudar a los nazis, y luego devolvió a Löwenherz a su celda para elaborar los planes.[63]

Los nazis dieron pronto con una solución radical, un sistema que Eichmann denominó «cinta transportadora».[64] A los judíos que querían emigrar se les hacía acudir a un edificio e iban pasando entre funcionarios nazis hasta que la expulsión se hacía realidad. Esta Oficina Central de la Emigración Judía, con sede en el palacio de los Rothschild, empezó a funcionar en agosto de 1938. Entre marzo de 1938 y el fin de año se marcharon de Austria un total de 80.000 judíos austríacos.[65] Cuando empezó la guerra, en septiembre de 1939, el total había ascendido a casi 130.000. Los judíos debían pagar por su salida, y los más ricos costeaban la tarifa de los más pobres por medio de organizaciones judías.

La invasión de Austria y la consiguiente anexión del país a Alemania fue, sin duda, un éxito para el régimen de Hitler. En especial, la forma en la que los judíos del país fueron hostigados, perseguidos y expulsados puso de manifiesto que los nazis habían dado un paso adelante. En consecuencia, los judíos de Alemania corrían aún más peligro que en ningún otro momento anterior.

# 7

# Radicalización (1938-1939)

La confianza de Hitler en sí mismo llegó a un nuevo máximo después de la conquista nazi de Austria. En los discursos posteriores al *Anschluss* afirmó que él, en persona, había «prestado el mayor servicio al *Volk* alemán» y que «este período en el que yo lidero Alemania es un período histórico de grandeza alemana».[1]

Hitler llegó a jactarse de que su propia existencia formaba parte de un plan sobrenatural: «Todo el que crea en Dios debe admitir que, cuando el destino de un pueblo se transforma en tan solo tres días, es que obedece al juicio divino».[2] También aseveró que como Dios había decretado que Alemania y Austria se unieran, «lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre».[3]

Por mucho que aludiera a Dios nada demuestra que Hitler fuera un cristiano practicante, como hemos visto ya en el contexto de *Mein Kampf*.[4] De hecho, pensaba que el cristianismo era «un invento de cerebros enfermos».[5] El propósito de la vida, a su entender, era que los seres humanos vivieran y murieran para la «preservación de la especie».[6] Para Hitler, su propia tarea personal era guiar al *Volk* alemán hacia un nuevo mundo de prosperidad y pureza racial. En esta empresa le ayudaba una fuerza mística que él denominaba «providencia». Son famosas sus palabras de un discurso de 1936: «Ni las advertencias ni las amenazas me distraerán. Recorro el camino que la providencia me ha asignado con la seguridad instintiva de un sonámbulo».[7]

Sin embargo, en la primavera de 1938, Hitler sentía que se le estaba acabando el tiempo de hacer realidad el destino que la «providencia» le reservaba. En un discurso pronunciado en Viena el 9 de abril —poco antes

de cumplir los 49— despotricó por el hecho de haber «gastado» ocho de sus «mejores años» en la batalla por el poder.[8] La suma de estos factores —el miedo a que se le acabara el tiempo para lograr la grandeza a la que aspiraba, el exceso de confianza en su propia genialidad de resultas del éxito de Austria y la inquietud de que los otros países se habían lanzado ya a invertir grandes cantidades en sus fuerzas armadas— creó una mezcla explosiva.

Así, los nazis empezaron a adoptar medidas más radicales dentro de la propia Alemania. En una operación iniciada el 21 de abril de 1938, la Gestapo actuó contra los «haraganes». Los alemanes desempleados que rechazaban dos ofertas de trabajo fueron enviados al campo de concentración de Buchenwald. En junio de 1938, la Policía Criminal emprendió una acción similar contra los «antisociales». Un rasgo notorio de esta operación es que también se detuvo a todo judío alemán que hubiera sido condenado penalmente en alguna ocasión.[9] Si los judíos estaban en condiciones de trabajar o no, carecía de importancia; para que te detuvieran bastaba con que te hubieran condenado y hubieras pasado un mes (o más) en prisión.[10] Fue uno de los primeros ejemplos de cómo, cuando se aplicaban medidas nacionales, se trataba a los judíos con más severidad que a los demás.

De resultas de estas redadas, se encarceló a más de 2.000 judíos en condiciones que eran espeluznantes incluso para lo habitual entre los nazis. En Buchenwald, muchos dormían a cielo abierto. A algunos guardias de las SS, la llegada de los judíos les ofreció una ocasión de dar salida tanto a su cólera como a su sadismo. Una vez ingresaban en el campo, los trabajos más penosos se reservaban para los judíos, de forma que, durante el verano, murieron más de noventa. Por lo general, estos judíos no podían obtener la libertad salvo que convencieran a las SS de que emigrarían nada más ser liberados.

La vida también estaba empeorando para los demás judíos alemanes. Durante 1938, toda una serie de normas antisemitas restringieron todavía más su libertad. Los médicos judíos ya no podían tratar a los pacientes «arios», y se prohibió asimismo que los judíos accedieran a un número importante de trabajos, incluido el de viajante de comercio. Los nazis también centraron esfuerzos en identificar y aislar a los judíos; en un decreto del 17 de agosto de 1938 aprobaron que, si su nombre de pila no constaba en una lista de nombres «específicamente» judíos, debían adoptar

como segundo nombre el de Israel, para los hombres, y Sara, para las mujeres.[11]

Al mismo tiempo que se implantaban estas medidas de persecución oficial, los nazis atacaron a los judíos en la calle, en particular en Berlín, donde Goebbels estaba ansioso por incrementar el nivel del acoso antisemita. En su diario de junio de 1938, Goebbels escribió: «Hablo ante trescientos oficiales de policía en Berlín. Los pongo en marcha de verdad. Sin sentimentalismo. Nuestro lema no es "legalidad" sino "acoso". Hay que vaciar Berlín de judíos. La policía ayudará».[12] Desde entonces, los judíos fueron hostigados en las calles de Berlín de un modo que no se había visto desde los primeros días del gobierno nazi.

Unas pocas semanas antes de su discurso de junio, Goebbels había pedido al conde Helldorf, jefe de la policía de Berlín, que elaborara propuestas para hacer más severa la regulación antisemita. El 11 de junio, un día después de su discurso, Goebbels recibió el documento de Helldorf. Aunque no se aplicaron de inmediato, se recogían muchas de las ideas que los nazis sí implantarían durante la guerra para agravar la persecución: por ejemplo, obligar a los judíos a vivir en áreas aisladas de la ciudad y a vestirse con una marca especial.

En paralelo a las acciones que emprendieron contra los judíos, los «antisociales» y los «haraganes», los nazis también acosaron más a otros grupos específicos. El primero fue el de los *Zigeuner* (gitanos). En nuestros días, *Zigeuner* (o el inglés *gypsy*) son palabras peyorativas o con acepciones peyorativas, que han perdido cierto uso. Pero en aquella época *Zigeuner* era el nombre habitual para el pueblo de piel relativamente oscura que —muchos siglos antes— había viajado a Europa desde la India y vivía con un estilo de vida itinerante. Toda la legislación promovida en su contra, así como las normas de los campos en los que luego fueron torturados, se refería a ellos con esta denominación. En la actualidad se prefiere, en muchos países, denominar a los «gitanos» como «sintis y romaníes», porque en su mayoría procedían de los grupos así denominados.*** [13]

Al igual que con los judíos, la historia de la persecución de los sintis y romaníes es muy anterior a la llegada de los nazis. A finales del siglo XVI se los acusó de ayudar y secundar a los turcos para desestabilizar el Sacro Imperio Romano, y durante los siglos XVII y XVIII muchos estados alemanes aprobaron leyes que los atacaban. Algunas, como un edicto del soberano de

Hesse-Darmstadt en 1734, les prohibían la entrada en determinados territorios; otras, como una orden aprobada en Maguncia en 1714, llegaban al extremo de exigir la ejecución de los sintis y romaníes.[14] Estos pueblos fueron denigrados por su estilo de vida —se los acusaba de vivir «como perros»—[15] y su apariencia física «negra, sucia [y] bárbara».[16]

Al igual que los judíos, se calificaba a los sintis y romaníes como «vagabundos» sin residencia permanente ni trabajo conocido. Pero nunca quedó claro hasta qué punto se los condenaba por rasgos que no podían cambiar —como su origen— o costumbres sociales que sí podían modificarse, como la decisión de recorrer los campos en lugar de establecerse en un punto fijo. El escritor italiano Cesare Lombroso era de los que estaban convencidos de que las cualidades negativas de los sintis y romaníes eran inherentes a su ser. En 1902 escribió que si tenían tendencia a la conducta criminal era porque nacían siendo «maleantes».[17] Aun así, las leyes antigitanas aprobadas por los distintos estados alemanes en los primeros años del siglo XX se dirigían, en su mayoría, a moderar su comportamiento, antes que a organizar una persecución racial plena. En julio de 1926, el Parlamento bávaro aprobó una ley de lucha contra los gitanos, vagabundos y haraganes»[18] que manifestaba, entre otras restricciones, que nadie podía viajar de un lugar a otro en caravana sin permiso de la policía.

Muchos de los que crecieron en familias que los nazis clasificaron como gitanos en los años treinta entendían que los problemas que sufrían se explicaban no solo por el nuevo régimen, sino también por siglos de prejuicio. «La gente en general siempre ha sentido desprecio por los sintis y romaníes —dice Franz Rosenbach, que vivió en Austria en los tiempos del gobierno nazi—. Siempre se los ha tratado mal, no se los ha reconocido, se los ha considerado siempre como ciudadanos de segunda o incluso de tercera. En su conjunto, apenas manteníamos contacto con la mayoría de la población, primero porque ellos no querían tener nada que ver con nosotros y, segundo, porque nuestros padres nos habían dicho que no nos acercáramos porque no nos querían. El prejuicio se basaba en la idea de que los sintis éramos un pueblo que robaba niños y vete a saber qué más. Pero yo tengo que decir que esto, sencillamente, era mentira.»[19]

Hermann Höllenreiner, de una familia sinti que vivió en Múnich, recuerda cuánto sufrieron en los años treinta los que eran etiquetados como gitanos. «Mi madre sí que me envió a la escuela —dice—, pero tenía un

maestro al que yo no le gustaba nada; me quedaba castigado de pie en un rincón o me expulsaba, y me dio muchas palizas … Así que dejé de ir al colegio. También trataba mal a otros sintis.» El prejuicio contra los sintis y romaníes, en las escuelas, era algo general. «En el segundo curso, en cuanto se enteraban de que éramos gitanos, los [demás] niños ya no podían hablar con nosotros nunca más; quizá era cosa de sus padres, no lo sé.» Para Hermann, la mayoría de los alemanes «si un perro se caga por ahí, dicen: "¡Gitano!" [en el sentido de "Ha sido un gitano"]. Sí, lo tienen como proverbio».[20]

Hitler, en todo caso, no parecía estar muy preocupado por los sintis y romaníes; en *Mein Kampf* ni siquiera los menciona. Las medidas dirigidas explícitamente contra la población sinti y romaní solo se implantaron progresivamente. Si para los nazis no se trataba de una cuestión urgente, debió de ser en buena medida porque estos grupos ya resultaban detenidos a menudo en las redadas contra los «mendigos» o «antisociales». Solo después pensaron en incluirlos en las Leyes de Núremberg. Wilhelm Frick, el ministro de Interior, afirmó en un decreto del 26 de noviembre de 1935 que las leyes de Núremberg que impedían a los judíos casarse con alemanes «puros» afectaba por igual a los gitanos.[21] Frick aclaró la restricción el 3 de enero de 1936, al decir que un gitano podía contraer matrimonio con un alemán «ario» si tenía «una cuarta parte o menos de sangre foránea».

Con esta legislación los nazis se crearon otro grave problema de definición. Era muy sencillo hablar, en teoría, de los porcentajes de «sangre gitana», pero en la práctica no había forma de implantar la idea, por la sencilla razón de que resultaba imposible determinar la cantidad de «sangre gitana» de cada cuál. Antes se ha visto que, como no pudieron dar con un método para diferenciar racialmente a los judíos de los no judíos, los nazis recuperaron la definición de base religiosa del «ser judío». Pero este método no podía aplicarse a los sintis y romaníes porque los que practicaban una religión eran, en su abrumadora mayoría, cristianos.

Al ampliar así el alcance de las leyes de Núremberg, los nazis se vieron en una imperiosa necesidad de hallar un modo de determinar el porcentaje de «gitanidad» de una persona dada, así como antes habían tenido que decidir hasta qué punto alguien era «judío». Para este fin, a principios de 1936 se creó, en el seno del Ministerio de Salud del Reich, una nueva unidad de investigación encabezada por el doctor Robert Ritter. El doctor Ritter y su equipo se dedicaron a crear un vasto archivo que aspiraba a

reunir datos sobre todos los posibles sintis y romaníes de Alemania; a la postre contuvo datos sobre cerca de 30.000 personas. Ritter y sus colegas decidieron quién era gitano y quién no a partir de las partidas de nacimiento, los árboles familiares y el análisis de la forma de vida de cada persona.

Las conclusiones de Ritter sobre las características de la vida gitana impulsaron el primer pronunciamiento de Himmler sobre el tema, una circular titulada «Combatir la plaga gitana», del 8 de diciembre de 1938. El documento afirmaba que el «problema gitano» debía tratarse como una cuestión de «raza» y exigía que los «gitanos, ya sean vagabundos o no» estuvieran en un archivo policial. Había que «regular» la vida de los gitanos, dijo Himmler, entre otras cosas, para impedir «que prosiga la hibridación de sangre».[22]

Entre los muchos aspectos curiosos de la circular de Himmler se encuentra la afirmación de que «la experiencia demuestra que los medio gitanos predominan en la criminalidad gitana». Tan extraña aseveración se basaba en una idea del doctor Ritter, que estaba convencido de que la pequeña minoría de gitanos «de pura raza» que seguían con la vida errante tradicional, viajando de pueblo en pueblo en caravanas tiradas por caballos, eran menos peligrosos que los gitanos que habían decidido asentarse en un domicilio fijo y casarse con personas «arias». Aunque no había pruebas empíricas que avalasen tal afirmación, Ritter sostenía que era una diferencia importante. En su teoría, algunos «gitanos puros» podían ser considerados como un tipo de «arios», puesto que procedían del subcontinente indio. Pero como habían abundado los matrimonios mixtos con personas no gitanas, se habían «contaminado la sangre» y eso explicaba que fueran especialmente peligrosos. Este argumento tan enrevesado condujo a la chocante situación —ya implícita en la circular «Combatir la plaga gitana»— de que el Estado nazi considerase menos problemáticos a los gitanos «de pura sangre» que a los «mestizos»; es decir, una situación completamente opuesta a la de los judíos, en la que cuanto más «judío» se entendía que una persona era, mayor peligro corría. En la práctica, cuando se inició la guerra y la persecución de los sintis y romaníes se intensificó, la distinción entre los gitanos «puros» e «impuros» apenas tuvo efectos reales; pero aun así, ofrece claves interesantes sobre la forma de pensar de los criminales nazis.

1938 fue un año destacado en la historia del antigitanismo no solo porque se promulgó la circular «Combatir la plaga gitana», sino porque el régimen también agravó de otras maneras la amenaza general contra los sintis y romaníes. En una operación contra los «vagos», de junio de 1938, muchos romaníes y sintis fueron detenidos y trasladados a campos de concentración; un informe sobre los internos del campo de Sachsenhausen, por ejemplo, anotó la llegada de 248 gitanos.[23] También se atacó a los sintis y romaníes de Austria, a los que se transportó al nuevo campo de concentración de Mauthausen, cerca de Linz, donde realizaron trabajos forzosos en condiciones deplorables. Adolf Gussak, un austríaco clasificado como gitano por los nazis, recordaba: «En la cantera cargábamos piedras pesadas. Nos las teníamos que echar a la espalda y subir los 180 escalones [hasta el campo]. Las SS nos apaleaban. Así que siempre había empujones: todo el mundo quería huir de los golpes. Si alguien caía desmayado lo remataban con una bala en la nuca».[24]

No parece que la población en general sintiera gran inquietud por el acoso contra los sintis y romaníes. De hecho, un informe policial austríaco de enero de 1939 afirmaba que la población local quería más mano dura contra la «plaga gitana», porque esta «raza no hace más que robar y estafar a los alemanes».[25]

A finales de los años treinta, además de a los «gitanos», los nazis agredieron con renovada intensidad a un segundo grupo que tiene una singularidad entre todos los perseguidos por el Tercer Reich: son personas que sufrieron no por un accidente de nacimiento (como los judíos o los sintis y romaníes), sino por una decisión espiritual. Me refiero a los testigos de Jehová, perseguidos por su credo religioso. Si, como hemos visto, los nazis mantenían una actitud ambivalente ante la mayoría de los grupos cristianos, en cambio los testigos de Jehová les resultaban del todo inaceptables. Los miembros de esta fe se negaban a realizar el saludo nazi, y prohibían a sus hijos que se unieran a las Juventudes Hitlerianas, votaran en las elecciones y se alistaran en las fuerzas armadas.

Desde el primer momento en que los nazis tomaron el poder, los testigos de Jehová intentaron clarificar qué posición adoptaban en una serie de cuestiones, y para ello publicaron una *Erklärung* o declaración. En ella negaban recibir ningún apoyo económico de los judíos y sostenían que «los comerciantes judíos del imperio británico-estadounidense» habían

«construido y utilizado la gran industria como medio de explotación y opresión de numerosos pueblos».[26]

Else Abt, una testigo de Jehová que fue detenida durante la guerra y padeció el campo de Auschwitz, recuerda qué actitud adoptaba ante los judíos antes de que la encerraran. «Yo nunca compraba nada en una tienda judía —dice—, porque siempre [ponían] precios más caros y luego te ofrecían un descuento y los tontos se creían que solo estaban pagando la mitad. Era verdad, lo vi con mis propios ojos en Dánzig. Subían el precio y como saben que a la gente le gusta pagar de menos, calculaban los precios de alguna forma, eso pienso, pero yo no tengo nada contra los judíos… Lo que es yo, puedo decir que los judíos nunca me gustaron y que no compraba nada en las tiendas judías.»[27]

Sin embargo, aunque los testigos de Jehová intentaron poner de manifiesto que podían coexistir con el régimen nazi, fue en vano. Según lo veían Hitler y los nazis, los testigos de Jehová se estaban negando en redondo a cumplir con las normas de lo que se esperaba en la nueva Alemania. En particular, su pacifismo les parecía inaceptable. En diciembre de 1933, Heydrich afirmó que todos los testigos de Jehová que hacían apostolado de sus ideas eran «fanáticos acérrimos» a los que había que arrestar.[28] Theodor Eicke, comandante de Dachau en 1933, resumió su perspectiva sobre la religión en general con estas palabras: «Los libros de oración son cosa de mujeres y de los que visten bragas».[29]

Los testigos de Jehová quedaron en una situación especialmente vulnerable después de que una orden publicada en mayo de 1937 anunciase que se los podía enviar a los campos de concentración por la mera sospecha de que hubieran actuado mal. Una vez en los campos, era habitual que se diera a los testigos un trato especialmente duro. En el juicio de la posguerra a los guardias de Sachsenhausen, un albañil que trabajó en el campo declaró: «Durante el otoño de 1938 trabajaba como albañil en la construcción cuando se acercaron a la obra el *Blockführer* Sorge y el *Blockführer* Bugdalle y ordenaron que un grupo de prisioneros cavara una fosa de la profundidad de la altura de un hombre, y entonces metieron allí a un testigo llamado Bachuba y lo enterraron hasta el cuello. Mientras tanto Sorge y Bugdalle se burlaban y reían de él, y luego, cuando ya solo le asomaba la cabeza, le orinaron en la cabeza. Lo dejaron allí en esa tumba otra hora más. Cuando lo desenterraron y lo sacaron de allí aún estaba vivo, pero no podía sostenerse en pie».[30]

Rudolf Höss, quien más tarde sería comandante de Auschwitz, fue enviado al campo de concentración de Sachsenhausen como ayudante, en 1938, y supervisó la brutalidad con que se trató a los testigos de Jehová. Más adelante escribió que se había «topado con muchos fanáticos de la religión, en mi época», pero que los testigos de Sachsenhausen «superaban todo lo que yo había visto nunca».[31] Recordaba a dos en particular que «casi corrían hacia el lugar de su ejecución. No querían que los llevaran atados por nada del mundo, porque deseaban poder alzar las manos hacia Jehová. Estaban transfigurados por el éxtasis, de pie, delante del paredón del campo de tiro, como si ya no fueran de este mundo. Así es como me imagino que los primeros mártires cristianos debieron presentarse en el circo mientras esperaban a que los animales salvajes los descuartizaran».[32]

Según Höss, sus jefes Himmler y Eicke estaban fascinados por la devoción con la que los testigos se entregaban a su religión: «En muchas ocasiones, Himmler, al igual que Eicke, utilizó la fe fanática de los testigos de Jehová como un ejemplo. Los hombres de las SS tenían que tener en el ideal nacionalsocialista y en Adolf Hitler la misma fe fanática e inquebrantable que los testigos tenían en Jehová. Solo cuando todos los hombres de las SS creyeran con ese fanatismo en su propia filosofía, el Estado de Adolf Hitler estaría asegurado para siempre».[33]

Otros reclusos comentaron que los testigos de Jehová parecían ser capaces de tolerar las penalidades del campo con más entereza que muchos de sus compañeros. Bruno Bettelheim, quien fuera historiador del arte y posteriormente psicólogo, estuvo encarcelado primero en Dachau y luego en Buchenwald, justo antes de que estallara la segunda guerra mundial. Aunque según la teoría psiquiátrica, los testigos de Jehová deberían «ser considerados extremadamente neuróticos, e incluso delirantes, y por lo tanto vulnerables a la desintegración psicológica en tiempos de crisis», la realidad que vio en los campos no se compadecía con esta hipótesis. «No solo mostraron un comportamiento moral excepcional —escribió Bettelheim después de la guerra—, sino que parecían estar protegidos contra la influencia del medio del campo, que destruía con suma rapidez a personas que nuestros amigos psiquiatras, y yo mismo, habríamos dicho que estaban bien integradas.»[34] Tal fue el caso, sin duda, de Else Abt en Auschwitz. «No tenía miedo —afirmó— porque pensaba que mi Creador me ayudaría. Creíamos que Dios podría ayudarnos por difícil que fuera la situación.»[35]

La radicalidad creciente con la que los nazis acosaron a quienes percibían como enemigos interiores del Reich también afectó a otro colectivo: los homosexuales. Heinrich Himmler dejó clara su actitud al respecto en un discurso que pronunció en 1937 ante cargos superiores de las SS. Afirmó que un homosexual era un «cobarde» además de un «mentiroso». «Por desgracia, a nosotros no nos resulta tan difícil como a nuestros antecesores», dijo, alegando que entonces al homosexual «lo ahogaban en un pantano … Esto no era un castigo, sino simplemente eliminar una vida anormal. Había que acabar con ella, igual que uno arranca las ortigas, las echa a una pila y les prende fuego. No era por venganza, sino tan solo que esa persona sobraba.»

Entre las razones prácticas para pasar al ataque contra los homosexuales, dijo Himmler, estaba que «el equilibrio sexual» de Alemania había quedado «perturbado» porque si se sumaban los dos millones de homosexuales del país con los dos millones de muertos en la guerra, en Alemania «faltaban cuatro millones de hombres capaces sexualmente». «Entre los homosexuales —siguió Himmler— hay algunos que piensan así: lo que hago es asunto mío, exclusivamente, y de nadie más. Ahora bien, los temas de la sexualidad no son el ámbito privado de ninguna persona porque se traducen en la vida o la muerte de la nación.»[36]

Los nazis, como hemos visto, gustaban de encontrar vínculos entre todo cuanto les molestaba y los judíos. Tampoco el caso de la homosexualidad fue distinto. En 1930, antes de que los nazis llegaran al poder, Alfred Rosenberg escribió un artículo en el *Völkischer Beobachter* en el que prometía que los nazis castigarían con «la expulsión o la horca» el «maligno afán de los judíos de frustrar la divina idea de la Creación por medio de relaciones carnales con animales, hermanos y personas del mismo sexo».[37] Así pues, para Rosenberg, por absurdo que sin duda suene, los judíos promovían no ya solo la homosexualidad, sino el incesto y el bestialismo.

En cuanto a la actitud del propio Hitler hacia la homosexualidad, al menos al principio, no fue tan radical. Aunque hablaba de la importancia de la familia tradicional y entendía que las parejas tenían el deber de engendrar hijos, toleró la homosexualidad de Ernst Röhm, el jefe de la SA. Entre los jefes de los *Sturmmänner* también se hablaba de otra figura destacada de la organización, el *Obergruppenführer* (teniente general) Heines, que era tan

franco en sus preferencias sexuales que lo habían motejado como *Fräulein* Schmidt.[38]

Al principio, Hitler hizo caso omiso de los que le avisaban de la homosexualidad de Röhm. La situación cambió, sin embargo, cuando Hitler se volvió en contra del poder de la SA, en junio de 1934. En ese momento le resultaba conveniente, desde un punto de vista político, condenar la homosexualidad. Así, cuando Röhm fue detenido en el centro vacacional de Bad Wiessee, en junio de 1934 —y en el dormitorio de enfrente se encontró al *Obergruppenführer* Heines encamado con un joven de la SA—, Hitler no tuvo reparo en condenar la corrupción moral de la SA.[39]

Las relaciones homosexuales masculinas fueron ilegales durante el período de Weimar, aunque por lo general las autoridades hicieron la vista gorda con los clubes gay de Berlín. Pero llegados a aquel momento, los nazis se opusieron a toda forma de tolerancia y, en 1935, introdujeron restricciones más fuertes en el párrafo 175 del Código Penal alemán, que atacaban los «actos de lascivia y lujuria» entre hombres. Anteriormente, los tribunales ya habían interpretado que la ley prohibía la sodomía, pero esto resultaba difícil de demostrar, salvo que se pillara a dos hombres en pleno acto sexual. En cambio, la nueva definición como «actos de lascivia y lujuria» permitía que los tribunales castigasen casi cualquier forma de contacto físico entre hombres. En cuanto a la homosexualidad femenina, aunque ninguna ley vetaba específicamente el sexo entre mujeres, el régimen tenía margen para hostigarlas por «antisociales».

Los condenados por el párrafo 175 fueron enviados a cárceles convencionales o bien a campos de concentración, donde a veces se los torturaba para que revelasen los nombres de otros homosexuales. En ocasiones fueron incluso castrados. La ley preveía que esta operación tan drástica no podía realizarse sin consentimiento, pero una vez estaban en los campos podían ser sometidos a una presión infatigable hasta que cedían.[40] En conjunto, durante el Tercer Reich se envió a los campos de concentración a un total de unos 10.000 homosexuales; no se sabe con exactitud cuántos murieron, pero se ha calculado que no menos del 60 %.[41]

También es importante, en el contexto de esta ampliación del terror nazi, que a finales de los años treinta se abrió el primer campo de concentración específico para mujeres, en Lichtenburg (Sajonia). Las primeras prisioneras entraron en el campo en diciembre de 1937. Hasta este momento, las mujeres habían sido recluidas dentro del sistema carcelario tradicional, o en

un campo mucho más reducido, en Moringen, administrado por el Estado prusiano. En el sistema de los campos de concentración solo una minoría de los reclusos eran mujeres: antes de que estallara la guerra, menos del 12 %.[42] Pero el número de mujeres asaltadas por las fuerzas de seguridad nazis se incrementó cuando estas ampliaron el espectro de los que consideraban sus enemigos potenciales. Este cambio lo pone de relieve también la apertura de un campo de concentración de mujeres tristemente famoso: Ravensbrück, al norte de Berlín, en la primavera de 1939. Este campo —el más grande de los destinados a las mujeres— absorbió a todas las reclusas de Lichtenburg y siguió creciendo todavía más.

Sería erróneo, sin embargo, sugerir que Hitler estaba especialmente interesado, en este período, en expandir el terror en Alemania. La persecución se incrementó en el contexto de otro tema en el que sí centró su atención: los preparativos bélicos.

El 30 de mayo de 1938 Hitler firmó una orden que afirmaba: «Es mi decisión inquebrantable aplastar Checoslovaquia con una operación militar a muy corto plazo».[43] La excusa para esta afirmación tan descarada era el supuesto padecimiento de la minoría germanohablante que vivía en la región fronteriza conocida como los Sudetes. En realidad lo que estaba en juego era bastante más. El 8 de julio de aquel año, ante un público de empresarios industriales, Hermann Göring reveló que Alemania sopesaba entrar en guerra con «Francia e Inglaterra, Rusia [y] Estados Unidos». Se trataba además del «trance más importante de nuestro destino desde que existe una historia de Alemania».[44]

Ante tal nivel de tensión, no es de extrañar que los nazis intensificaran el ataque contra quienes consideraban que eran enemigos instalados en el propio Reich. Pero también intervinieron consideraciones de táctica política, y en particular un análisis de oportunidad. El 21 de junio de 1938, en una reunión a la que asistieron representantes tanto de la policía como del partido, se decidió posponer las propuestas sumamente restrictivas que, a petición de Goebbels, había elaborado el jefe de la policía de Berlín, el conde Helldorf, al respecto de los judíos de la ciudad. Era una fase especialmente delicada en la relación entre los nazis y la comunidad internacional, porque los nazis querían que otros países aceptaran a cientos de miles de judíos austríacos y alemanes. La cuestión estaba a punto de ser

debatida en Evian-les-Bains, una ciudad balneario situada en la orilla francesa del lago de Ginebra.

Esta reunión del Comité Intergubernamental para los Refugiados Políticos la había propuesto el presidente Roosevelt ya en marzo de 1938, después del *Anschluss*, pero había tardado cuatro meses en organizarse. Pasado este tiempo, la situación de los judíos había empeorado bastante. Los delegados de la cumbre de Evian, mientras se instalaban en las habitaciones del lujoso Hôtel Royal, eran conscientes de que el ataque contra los judíos austríacos no había supuesto que las naciones del mundo abrieran sus fronteras sino, en muchos casos, que reforzaran sus controles de inmigración.

Después del *Anschluss*, los neerlandeses pasaron a considerar ilegítimos los pasaportes austríacos. Luxemburgo y Bélgica habían intensificado la seguridad en sus fronteras, y el Foreign Office londinense había comunicado que Gran Bretaña era «un país antiguo», «muy industrializado» y a la vez «densamente poblado», lo que, atando cabos, lo convertía en un destino inapropiado para recibir a muchos inmigrantes.[45] Un parlamentario advirtió en un debate, el 22 de marzo de 1938, de las «dificultades» a las que Gran Bretaña tendría que hacer frente si entraban en el país muchos judíos, porque la policía debería asegurarse de que «nuestro pueblo está protegido frente a los que fácilmente querrían colarse: traficantes de drogas, tratantes de blancas, gente con un historial de delincuencia».[46] El ministro de Interior, sir Samuel Hoare, afirmó en un consejo de ministros de julio que «en el país está creciendo mucho el sentimiento … contra la admisión de judíos» en las colonias británicas.[47] En cuanto a Suiza, había impuesto unas restricciones draconianas en los visados, lo que limitaba el número de judíos que podían acceder al país. Además el gobierno se había negado a acoger en su territorio la Intergubernamental; primero se había sugerido celebrar la cumbre en Ginebra, pero cuando los suizos se negaron a colaborar, la reunión se trasladó a Evian, en la costa del mismo lago, pero ya en terreno francés. Estados Unidos tampoco aceptó suavizar las normas de inmigración en respuesta a la crisis austríaca. De hecho, cuando los estadounidenses convocaron la cumbre, afirmaron explícitamente que no se le pediría, a ninguno de los países asistentes, que acogiera a más inmigrantes de los que ya estaba aceptando.

El propio Roosevelt adoptó una actitud ambigua ante la cumbre. Aunque la reunión había sido su idea, eligió enviar como jefe de la delegación

estadounidense no a un miembro del gobierno, sino a un buen amigo, Myron C. Taylor, ex presidente de la acería U. S. Steel. Oficialmente ni siquiera se trató de una cumbre de ayuda específica para los «judíos», sino que se los designó con el eufemismo de «refugiados políticos».

La explicación más plausible, aunque poco caritativa, es que si bien Roosevelt estaba preocupado por la suerte que correrían los judíos del Reich, no necesariamente esperaba que la cumbre de Evian les supusiera un gran alivio, en la práctica. Es la interpretación que confirma un memorando confidencial escrito antes de la reunión por George Strausser Messersmith, ayudante del secretario de Estado. Messersmith afirma que pocos países estaban «abordando el problema con entusiasmo» y expresa su temor a que los delegados se limiten a «plantear de boquilla» la necesidad de ayudar a los «refugiados».[48]

La cuestión es relevante porque Messersmith, a diferencia de la mayoría de los miembros del gobierno de Roosevelt, estaba al corriente de la verdadera naturaleza del régimen nazi. En una carta que escribió en junio de 1933 desde la embajada de Estados Unidos en Berlín (para William Phillips, del Departamento de Estado), aseguró que a su entender el gobierno alemán pretendía «convertir Alemania en el instrumento bélico más poderoso que haya existido nunca» y que «se estaba imponiendo la convicción de que el mundo entero estaba en contra de Alemania». Por otro lado, «con pocas excepciones, los hombres que dirigen este gobierno poseen una mentalidad que ni tú ni yo podemos comprender. Algunos son casos psicopáticos y en cualquier otro país estarían recibiendo alguna clase de tratamiento».[49]

Así pues, Roosevelt era muy consciente de la naturaleza del régimen nazi, pero siempre tuvo cuidado de no ir muy por delante de la opinión pública de su país. En cierta ocasión le confió al autor que le redactaba los discursos, Samuel Rosenman: «Es terrible encontrarse que intentas mandar y, cuando echas la vista por detrás de ti, ves que no hay nadie».[50] Roosevelt sabía, por las encuestas de opinión, que en su mayoría los estadounidenses eran contrarios a admitir en el país a grandes cantidades de refugiados,[51] y no tenía intención de actuar en contra de los deseos de los votantes (menos aún cuando en 1940 se enfrentaría a la reelección como presidente).

Sin embargo, incluso si Roosevelt, al convocar la cumbre de Evian, solo quería hacer pública la suerte de los judíos, al menos abordaba el problema con más empatía que muchos otros estadistas del mundo libre. Compárese

por ejemplo con el punto de vista de Mackenzie King, primer ministro de Canadá. El 29 de marzo de 1938 escribió en su diario: «Ha surgido un tema muy difícil cuando Roosevelt ha apelado a varios países para que nos unamos a Estados Unidos y admitamos a refugiados de Austria, Alemania, etc. Esto supone, en una palabra, admitir a muchos judíos. Lo que yo pienso es que no se gana nada con crear un problema interno en el intento de resolver uno internacional». King reconocía que Canadá parecería un buen refugio para los judíos, por «nuestra abundancia de espacios abiertos y escasa población», pero «aun así, tenemos que esforzarnos por mantener esta parte del continente libre de agitación y de una hibridación excesiva con sangres extranjeras … Creo que si aceptáramos acoger a un número importante de judíos, habría disturbios».[52]

King conocía bien Alemania, porque hacia 1900 había estudiado en Berlín. Se reunió con Hitler el 29 de junio de 1937 y le dijo que había seguido con interés «la obra constructiva de su régimen». Más aún, le transmitió su deseo de que «esa obra pueda seguir adelante. Que no se permita que nada la destruya. Que estaba destinada a ser imitada en otros países para mayor beneficio de la humanidad». King quedó convencido de que Hitler «es verdaderamente un hombre que ama a sus compatriotas y su país, que haría cualquier sacrificio por su bien; un hombre que se siente llamado a liberar a su pueblo de la tiranía». En particular, King quedó «impresionado» por los ojos de Hitler: «En ellos había una liquidez especial, indicio tanto de agudeza de percepción como de profunda empatía».[53] Según su diario, no consta que King mencionara ante Hitler la persecución de los judíos; tampoco hizo alusión a los campos de concentración, ni a la cancelación de los derechos humanos, ni a la eliminación de la democracia. Al día siguiente se reunió con Neurath, el ministro de Exteriores alemán. Neurath le dijo a King que le «habría resultado odioso vivir en Berlín con los judíos», y aseveró que los judíos se habían hecho con el control de los negocios y la economía alemana, por lo que había resultado imprescindible limitar su poder.[54] Al parecer, King no puso reparos a estos comentarios antisemitas; antes bien, él y Neurath se dirigieron juntos a almorzar en lo que fue «una de las [comidas] más agradables de las que he disfrutado nunca».

A pesar de este contexto tan poco favorable, la cumbre de Evian seguía siendo «la única esperanza», a juicio del Congreso Judío Mundial, para los «cientos de miles de judíos que en nuestros días sufren una persecución

bárbara y son expulsados de lugares que hacía siglos que ocupaban». Un memorando que dirigió a los delegados de la conferencia el rabino Stephen Wise, presidente del Congreso Judío Mundial, no solo pedía que la comunidad internacional acogiera a «un mínimo» de entre 200.000 y 300.000 judíos alemanes y austríacos, a lo largo de unos pocos años, sino que también abordaba otros dos temas todavía más polémicos. El primero era solicitar que la cumbre hiciera «cuanto estuviera en su mano» para convencer al gobierno alemán de que debía permitir que los judíos abandonaran el Reich con al menos parte de su riqueza. El segundo era que la cumbre aceptara que «el problema de los refugiados judíos no se puede estudiar sin tomar en consideración las enormes posibilidades de Palestina como punto de encuentro de la inmigración judía. El pueblo judío, en su mayoría, tiene claro desde hace tiempo que para restaurar la estructura normal de una comunidad muy dispersa no resultará útil nada que no pase por crear un Estado judío».[55]

En realidad, nunca hubo posibilidades de que los delegados de Evian aceptaran las peticiones del Congreso Judío Mundial. Los británicos, en particular, no tenían intención de anunciar un cambio radical del *statu quo* de una Palestina en la que la población árabe era más numerosa que la judía; de hecho, los británicos ni siquiera estaban dispuestos a hablar sobre Palestina en Evian. En el Foreign Office tenía algo más de peso la inquietud por la idea de que, si se facilitaba que los «refugiados» salieran de Alemania, otros países de la Europa del Este intentarían usar el mismo mecanismo para expulsar igualmente a sus «refugiados» (todo el mundo estaba al corriente, claro está, de que esta palabra era un mero eufemismo por «judíos»). Desde este punto de vista, era de esperar que desde el Foreign Office se alegara que, si se intentaba ayudar a los judíos austríacos y alemanes, se corría el peligro de «empeorar todavía más el problema actual con los refugiados».[56]

No eran temores del todo infundados, cabe decir. Polonia, Hungría y Rumanía aprobaron leyes antisemitas durante los años treinta. En Polonia vivían unos tres millones de judíos —cinco veces más que en toda Alemania y Austria juntas— y, al iniciarse la cumbre de Evian, se les había impuesto ya una serie de medidas restrictivas. En agosto de 1936, por ejemplo, se exigió a todos los comercios polacos que exhibieran el nombre de su propietario en los rótulos; de esta forma, era obvio qué tiendas pertenecían a judíos. Al año siguiente se vetó el acceso de los judíos a la

profesión médica y se aprobaron límites a sus posibilidades de ejercer carreras de Derecho. En marzo de 1938 se hizo pública una nueva ley de ciudadanía, vigente a partir del 30 de octubre, que revocaba la ciudadanía de aquellos polacos que llevaran cinco años viviendo en el extranjero sin mantener «contacto» con Polonia. Esto tendría un efecto devastador sobre los numerosos judíos polacos que vivían en otros países.[57]

El gobierno polaco también sopesaba expulsar por completo a los judíos del país. A principios de 1937 los polacos abrieron una negociación con Francia, con la idea de enviar a un gran número de judíos polacos a Madagascar, en la costa suroriental de África. La propuesta inverosímil de convertir la isla, a la sazón colonia francesa, en un asentamiento judío la había formulado ya el escritor antisemita Paul de Lagarde en el siglo XIX; ahora el gobierno polaco abordaba la idea con seriedad. En mayo de 1937, una delegación conjunta polaco-francesa, encabezada por el funcionario Mieczysław Lepecki, viajó a Madagascar para sopesar la propuesta sobre el terreno. Pero tras varios meses en la isla, Lepecki y su equipo concluyeron que el lugar tan solo podría acoger a un máximo de 60.000 judíos, una fracción muy insuficiente del total de tres millones de judíos polacos.[58] Aun así, la fantasía no cayó totalmente en saco roto; como veremos, los nazis la retomaron tres años después.

La iniciativa de Polonia sobre Madagascar recordó claramente a los delegados de Evian que las medidas antisemitas no eran una exclusiva del gobierno del Tercer Reich. En los años treinta, otros países de la Europa del Este tomaron medidas para perseguir e incluso expulsar a los judíos; aunque en nuestros días este hecho apenas ocupe un lugar en la conciencia pública, enterrado como quedó por la escala y ferocidad del posterior Holocausto nazi, tampoco debemos olvidarlo.

La cumbre de Evian empezó el 6 de julio de 1938. El rumbo quedó marcado desde el discurso original de Myron Taylor, el jefe de la delegación de Estados Unidos, quien reconoció la gravedad del problema pero se negó, en nombre de su país, a elevar la cifra de refugiados admitidos en Estados Unidos por encima del tope que ya existía, de 27.000 al año. Uno por uno, los demás delegados se ajustaron al mismo patrón: todos consideraron deplorable la situación, pero no podían comprometerse a hacer más. Alegaron toda clase de razones: entre otras, una tasa de desempleo muy alta, el riesgo de que estallaran disturbios raciales, la

necesidad de atraer mano de obra a sus campos, pero no empleados «de cuello blanco»…

Solo la República Dominicana se ofreció a acoger a un gran número de «refugiados» alemanes y austríacos, pero es muy probable que esa propuesta fuera tan solo un truco del dictador Rafael Trujillo, necesitado de publicidad positiva. En efecto, su reputación internacional había quedado destrozada por la masacre de hasta 20.000 haitianos, perpetrada un año antes. A la postre, la República Dominicana solo aceptó a un puñado de judíos y las propuestas grandilocuentes de Trujillo quedaron en nada.

Golda Meir, quien más adelante sería primera ministra de Israel, pudo observar en persona la mezcla de palabrería e hipocresía que caracterizó la cumbre de Evian. Según dejó escrito, Meir sintió «una combinación de tristeza, rabia, frustración y horror» y el deseo de «gritar» a los delegados que aquellos «números» eran «seres humanos, personas que podrían pasar el resto de sus vidas en campos de concentración o vagando por el mundo como leprosos, si ustedes no les dejan entrar».[59]

En la sesión de cierre de la cumbre de Evian, el 15 de julio de 1938, Myron Taylor anunció que los numerosos discursos y debates habían fructificado en algo concreto: la creación de un nuevo comité, el Comité Intergubernamental para los Refugiados Políticos de Alemania. Fue una respuesta lamentable a una de las crisis humanitarias más terribles de los tiempos modernos. Pese a todo, hay que reconocer que los delegados de Evian se enfrentaban a un dilema complejo. Aun si sus gobiernos les hubieran permitido analizar en serio la posibilidad de incrementar el número de refugiados que cada país aceptaría, quedaba pendiente, como hemos visto, la inquietud de que otros países de la Europa oriental exigieran asimismo visados para poder expulsar a sus propios judíos. Y si el resto del mundo no estaba dispuesto a aceptar a varios cientos de miles de judíos austríacos y alemanes, ¿qué esperanza había de acomodar a otros varios millones más? Por otro lado, si los delegados de la conferencia afirmaban que solo se ofrecería amparo a los refugiados de Austria y Alemania porque ellos sufrían una persecución más intensa que los demás, ¿no estarían alentando con ello a las demás naciones del este de Europa a agravar sus propias acciones antisemitas, dado que la comunidad mundial solo aceptaba a aquellos judíos a los que se maltrataba de forma extrema?

En este contexto, no es fácil imaginar que de Evian pudiera haber salido una respuesta a la altura de lo necesario en tanto en cuanto se vetara debatir

sobre la condición de Palestina. El Congreso Judío Mundial no era el único que consideraba que «un Estado judío» podía solventar el problema; el gobierno polaco también era partidario de una emigración masiva de judíos a Palestina.[60] A este respecto, hay que achacar a las autoridades británicas la responsabilidad de no haber permitido que se hablara de «las enormes posibilidades de Palestina como punto de encuentro de la inmigración judía». Cuando se celebró la cumbre de Evian, no obstante, es probable que los británicos pensaran que ya les costaba bastante controlar Palestina sin añadir más leña al fuego. En 1937 había estallado una revuelta árabe después de que un informe de la Real Comisión Británica recomendara dividir el país entre judíos y árabes. En mayo de 1939, cuando por fin se logró sofocar la revuelta, los británicos rechazaron la idea de dividir Palestina y afirmaron que, definitivamente, no habría un Estado judío en Palestina. Así, se impusieron límites estrictos a la entrada de judíos en Palestina; según sospecharon muchos, para asegurar que los árabes seguían siendo una mayoría. Fue una noticia desoladora para los miles de judíos que buscaban de forma desesperada cómo salir del Tercer Reich. Para los adeptos del sionismo, que no habían olvidado las palabras amables de la declaración de Balfour, en 1917, aquello fue sencillamente una traición. Winston Churchill, que veía con buenos ojos el sionismo, calificó la decisión de «lamentable acto de omisión».[61] Por otro lado, era evidente que el gobierno británico había actuado así con la intención de apaciguar a los árabes. Había importantes intereses británicos en territorio árabe —como el canal de Suez— y en cambio, desde una perspectiva geopolítica, los judíos tenían poco que ofrecer. Según declaró el primer ministro británico Neville Chamberlain el 20 de abril de 1939, en el marco de un consejo de ministros sobre Palestina, era de «inmensa importancia» que Gran Bretaña tuviera «al mundo musulmán de nuestra parte». En consecuencia, «si tenemos que ofender a una parte, ofendamos antes a los judíos que a los árabes».[62] Una vez más, el pragmatismo político se impuso a la empatía y el humanismo.

Algunos funcionarios, al rechazar las peticiones de los judíos, manifestaron sus propias creencias antisemitas. Charles Frederick Blair, director de la Sección de Inmigración de Canadá, escribió en un memorando de octubre de 1938 que aunque en Europa los judíos se enfrentaban a una posible «extinción», no por ello había que permitir que entrasen en gran cantidad en Canadá.[63] En una carta anterior, escrita tras la

conferencia de Evian, dijo que «quizá sería muy bueno» que los judíos se preguntaran «por qué son tan impopulares en casi todo el mundo».[64]

Los delegados de la cumbre de Evian no llegaron a un acuerdo ni siquiera para condenar el hecho de que los nazis persiguieran a los judíos. Es cierto que algunos temían que, si alzaban la voz, podían empeorar la situación en el Reich. William Shirer escribió que británicos, franceses y estadounidenses parecían «ansiosos por no hacer nada que ofendiera a Hitler». A su juicio era una «situación absurda» porque «querían apaciguar al hombre que el era responsable del problema de los judíos».[65]

El régimen nazi se expresó con toda franqueza sobre el resultado de la cumbre de Evian: el titular del *Völkischer Beobachter*, el 13 de julio, era «Nadie los quiere recibir», con el subtítulo de «Debates estériles en la conferencia de Evian sobre los judíos».[66] Hitler, en un discurso pronunciado en Núremberg en septiembre de 1938, ridiculizó las acciones «hipócritas» de los «imperios democráticos». A Alemania se la criticaba —dijo— por actuar con una «crueldad inconcebible» contra los judíos, pero ahora esos mismos países democráticos se negaban a acoger a los judíos, alegando que «por desgracia, no hay sitio» para ellos.

Hitler excusó su negativa a seguir aceptando la presencia de los judíos —«estos parásitos», en sus palabras— en la densidad de población. Afirmó que en Alemania vivían más de 140 personas por kilómetro cuadrado, mientras que en los «imperios mundiales democráticos» solo vivían «unas pocas personas» por kilómetro cuadrado.[67]

Al mismo tiempo que Hitler hablaba así, planeaba emprender acciones militares para proporcionar más espacio a Alemania: primero en Checoslovaquia y luego —como ya había apuntado trece años antes en *Mein Kampf*— en las regiones occidentales de la Unión Soviética. Como hemos podido ver, las dos obsesiones de su vida política —el odio racial a los judíos y el deseo de expandir el territorio de Alemania— estaban interrelacionadas. En efecto, en lo que respectaba a Hitler, no tenía sentido adquirir el espacio adicional que él entendía que Alemania necesitaba si este contenía una gran cantidad de judíos; y en el caso de Polonia y el territorio occidental de la Unión Soviética, desde luego era así. Un año antes de que empezara la guerra, en este discurso de septiembre de 1938, ya encontramos de nuevo la posibilidad de que a los judíos les cayera encima una catástrofe.

En este mismo mes, en septiembre de 1938, Hitler se reunió con Józef Lipski, el embajador de Polonia en Berlín. En una conversación muy

reveladora —por ambas partes—, trataron de cómo quedaba la «cuestión judía» una vez concluida la cumbre de Evian y fracasada la «solución» polaca de Madagascar. En sus notas, Lipski apuntó que Hitler «tiene en mente la idea de resolver el problema judío con la emigración a las colonias, de forma acordada con Polonia, Hungría y, posiblemente, Rumanía». Ante estas palabras, Lipski le dijo a Hitler que «si encuentra esta clase de solución, en Varsovia le pondremos un monumento muy lucido».[68]

Hacia la misma época en la que Hitler hablaba con el embajador polaco sobre el envío de los judíos a las «colonias», los británicos intentaban llegar a un acuerdo diplomático con él sobre la suerte de Checoslovaquia. Parte del problema era que el gobierno británico, al parecer, daba crédito a Hitler cuando afirmaba que él no quería la guerra y que estaba preocupado, antes que nada, por la minoría germanohablante de Checoslovaquia. En un intento de resolver la disputa, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, aceptó —en el marco de una conferencia celebrada en Múnich a finales de septiembre de 1938— que las tropas alemanas ocuparan los Sudetes, esto es, la región de Checoslovaquia en la que se hablaba ante todo alemán. A los checoslovacos ni siquiera se les preguntó su opinión ante este convenio infame. Los británicos confiaban en apaciguar así a Hitler y evitar la guerra.

El problema es que Chamberlain no comprendió que Hitler no era, en el fondo, un estadista convencional; no era un líder político razonable, con reticencia a desatar un conflicto militar. El diplomático alemán Ernst von Weizsäcker intentó explicar al embajador británico en Berlín, sir Nevile Henderson, que la realidad era distinta: «Le he dicho a Henderson, una vez más, que esto no es una partida de ajedrez, sino un mar enfurecido. No se puede actuar como si estuviéramos en tiempos normales y con gente normal».[69] La metáfora de Weizsäcker del «mar enfurecido» no solo es llamativa, sino también precisa, al menos en lo que atañía a los judíos alemanes: las olas nazis estaban a punto de tragárselos.

Cualquier previsión de guerra inmediata, si se trataba de una contienda de alcance, amenazaba con alterar los planes que los nazis tenían para los judíos, porque la contienda empezaría antes de que hubieran logrado expulsar del Reich a la mayoría de los judíos. Para Hitler y los antisemitas acérrimos del partido nazi, esto representaba un problema peligroso porque ellos creían que los judíos, en la primera guerra mundial, los habían traicionado desde la retaguardia, y que podrían hacer lo mismo si estallaba

otro conflicto. El jefe del Departamento Judío del SD, Herbert Hagen, propuso una solución práctica en un memorando escrito en septiembre de 1938, que tituló: «Actividad del Departamento en Caso de Movilización». Propuso detener a todos los judíos extranjeros en cuanto el ejército alemán se hubiera movilizado para la guerra, así como recluir a todos los demás judíos en «campos especiales» en los que se les obligaría a trabajar en la producción armamentística. Hagen también sugirió que se diera a algunos judíos un «trato especial». En el contexto de su escrito no queda claro a qué se refería con exactitud. Quizá con esta frase quería indicar tan solo que habría que examinar con especial cuidado las circunstancias especiales de algunos judíos; pero también cabe la posibilidad de que imaginara que los Servicios de Seguridad se verían obligados a matar a una parte del grupo, dado que «trato especial» sería más adelante uno de los eufemismos habituales para el exterminio.[70]

En cuanto a Hitler, su convicción de que existía una conspiración mundial de los judíos no se vio afectada por el hecho de que la comunidad internacional, reunida en la cumbre de Evian, no acertara a socorrer a los judíos. En un discurso pronunciado en Saarbrücken el 9 de octubre de 1938, dijo: «Sabemos que el enemigo judío internacional se cierne amenazador desde la sombra … y lo hace hoy tanto como lo hacía ayer».[71] Había decidido que si los países extranjeros no admitían por voluntad propia a los judíos que vivían en el Reich, los nazis les plantarían a cierto número en la puerta. El 28 de octubre, los nazis reunieron a unos 17.000 judíos polacos que vivían en Alemania, los llevaron a la frontera con Polonia e intentaron obligarlos a entrar en el territorio polaco.

Esta acción brutal se hizo en esa fecha teniendo en cuenta la ley que se había aprobado en Polonia aquel mismo año, por la cual a partir del 30 de octubre los polacos que residían fuera del país podían perder la ciudadanía. Al intentar empujarlos al otro lado de la frontera dos días antes del plazo estipulado, los nazis pretendían burlar la nueva norma. Estos judíos —a los que no querían ni en Alemania ni en Polonia— vivieron una situación espantosa. Según lo recordaba Josef Broniatowski, al que habían arrancado de Plauen, al oeste de Dresde, para dejarlo en la frontera: «Miles de judíos acabaron en un prado y recorrieron los campos empapados hasta la cintura [después de tener que cruzar un canal]. Cuando nos acercábamos a un pueblo polaco, vinieron varios soldados polacos y nos obligaron a retroceder hasta la frontera alemana, con golpes y gritos constantes» y,

durante aquella noche, «murieron muchos ancianos y niños pequeños». Luego los llevaron hasta otro punto fronterizo donde finalmente sí los admitieron en Polonia. «El sufrimiento fue terrible, en el pueblo hasta el que nos obligaron a ir, los mineros, que son católicos, empezaron a llorar cuando vieron tanta miseria y tantas penalidades.»[72]

Sendel y Riva Grynszpan también estaban entre los miles de judíos a los que llevaron hasta la frontera de Alemania con Polonia. Sendel había tenido una pequeña sastrería en Hanóver y había sufrido muchas dificultades económicas de resultas de la legislación antisemita de los nazis. Recordaba que, a finales de octubre de 1938, la Gestapo se presentó y «nos llevó en camiones de la policía, en camiones de presos, unos 20 hombres en cada camión, y nos llevaron hasta la estación de tren. En las calles no cabía ni un alma, todo era gente gritando: "*Juden raus! Aus nach Palästina!*" ("¡Judíos fuera! ¡Largaos a Palestina!")».[73]

El hijo de ambos, Herschel, se había mudado a Francia en 1936, cuando contaba quince años, para huir de la persecución nazi, pero seguía sintiendo devoción por su padre y su madre. En París tuvo dificultades para sobrevivir, porque siempre corría el riesgo de que lo deportaran. Cuanto tuvo noticias de lo que les había pasado a sus padres decidió vengarse de los nazis, y el lunes 7 de noviembre de 1938 disparó contra Ernst vom Rath, un diplomático destinado a la embajada alemana en París. Vom Rath murió dos días después, el 9 de noviembre, que casualmente era una de las fechas más sagradas del calendario nazi: el aniversario del fallido *Putsch* de la cervecería, en Múnich.

Goebbels, como las demás figuras destacadas del nazismo, había acudido a Múnich para la conmemoración. Recibió con alegría el asesinato de Vom Rath, porque les daba un pretexto para atacar de nuevo a los judíos alemanes. «Por la tarde [del 9 de noviembre] llega la noticia de la muerte del diplomático alemán Vom Rath —escribió en su diario—. Bueno: ¡hecho está!» Goebbels se reunió con Hitler pocas horas después, en la recepción del partido en el antiguo Ayuntamiento de Múnich. «Le expongo la cuestión al Führer. Decide: que continúen las manifestaciones [contra los judíos]. Retirad a la policía. Que los judíos experimenten la rabia del pueblo. Así debe ser. De inmediato doy las instrucciones pertinentes a la policía y el partido. Luego hablo brevemente con la jefatura del partido, con ese fin. Aplauso atronador. Todo el mundo ha salido disparado hacia los teléfonos. Ahora el pueblo actuará.»[74]

El diario de Goebbels faltaba a la verdad. Los judíos no iban a experimentar «la rabia del pueblo», sino la de los *Sturmmänner* nazis. Durante la noche del 9 de noviembre y las primeras horas del día 10, las tropas de asalto destruyeron comercios y hogares, prendieron fuego a sinagogas y apalearon, detuvieron e incluso asesinaron a judíos. No hay cifras precisas sobre la cantidad de judíos que murieron aquella noche, pero sin lugar a dudas fueron más de noventa. Unos 30.000 judíos fueron arrestados y trasladados a campos de concentración.

En Núremberg, Rudi Bamber, a la sazón de dieciocho años, no tuvo noticia de los ataques hasta que la puerta de su casa saltó por los aires. Fue la primera de las dos visitas de *Sturmmänner* que recibieron aquella noche. El primer grupo se limitó a destrozar la casa, mientras que el segundo atacó a los residentes. A una de las ancianas que vivía con ellos la arrastraron hasta la calle y la apalearon. Entonces los hombres de la SA centraron su atención en Rudi y empezaron a golpearlo. Al final lo hicieron salir y lo sometieron a vigilancia. Sin embargo, por razones que no llegó a conocer nunca, los *Sturmmänner* se marcharon y le dejaron allí. Volvió a entrar en la casa y lo encontró «todo en un estado caótico … la segunda banda [de *Sturmmänner*] había reventado cañerías y el agua corría por los pasillos, y yo intentaba localizar la llave de paso principal para impedir que el agua siguiera corriendo, abriéndome paso como podía; aquello era un poco como después de un bombardeo, supongo, porque, bueno, había cosas tiradas por todas partes, muebles rotos, trozos de vidrios y de porcelana por todas partes».[75]

En la planta superior encontró a su padre, moribundo. Los *Sturmmänner* lo habían asesinado. «Quedé absolutamente conmocionado. No podía comprender cómo habíamos podido llegar ahí desde el punto en el que estábamos antes, desde lo que era habitual, la vida normal; bueno, "normal" entre comillas. Que sucediera eso me pareció totalmente inaceptable e increíble … Realmente, no podía imaginar siquiera que algo así sucediera o simplemente pudiera suceder. Me habían llegado noticias de los campos de concentración, claro; ya funcionaban los de Dachau y Buchenwald, pero esto era algo distinto: violencia de una clase totalmente innecesaria e ilógica. No conocía a esa gente, ellos no me conocían a mí. No tenían ningún agravio conmigo; era tan solo una gente que había venido a hacer lo que fuera que a ellos les pareció … El conjunto era del todo absurdo, un sinsentido.»

Lo que más impresionaba a Rudi Bamber, mientras se esforzaba por asumir el asesinato de su padre, fueron las contradicciones de la Alemania en la que vivía. Aquel asalto de la madrugada del 10 de noviembre había sido arbitrario e impredecible, pero a la vez lo habían perpetrado *Sturmmänner* que gozaban de la protección del Estado. A la mañana siguiente, la policía acordonó el edificio, puesto que se trataba oficialmente de la escena de un crimen. También querían impedir el saqueo, que todavía se consideraba ilegal. A los pocos días, Rudi fue a la oficina de la Gestapo y preguntó si su familia podía retirar los precintos e instalarse de nuevo en su casa. «Ahora me parece extraño —dice Rudi—. No me daba miedo ir a la Gestapo. De alguna manera, el sistema todavía parecía gozar de cierta legitimidad … este período, ahora, me resulta incomprensible.»

Una de las razones por las que a Rudi Bamber le resultaba difícil lidiar con lo sucedido era que «me vi obligado a sofrenar la ira», porque «si alguno de nosotros daba rienda suelta a los sentimientos, quizá sería aún peor, para nosotros … No tenía forma de reconciliarme con lo ocurrido por ningún medio razonable o racional. El trasfondo de la propaganda nazi, el dominio nazi, creo que había conseguido que yo y también otros judíos aceptáramos muchas cosas, y creo que es lo que salía cuando a la gente la deportaban y la llevaban a los campos. Cuando miro hacia atrás desde el presente me parece casi increíble cómo afronté lo sucedido —o más bien, cómo no lo afronté—, el hecho de que no reaccioné de ninguna manera en especial, como sin duda habría hecho cualquier persona a la que la cabeza le funcionara bien. Pero creo que era el poder del sistema, eso me mantenía como acogotado y me impedía responder a lo que sucedía como tendría que haber respondido».

En toda Alemania, los ataques contra las sinagogas y la profanación de las Santas Escrituras judías marcaron un nuevo hito negativo, incluso para los nazis. En Berlín, Günther Ruschin pudo ver cómo quedó la sinagoga en la que su padre actuaba como solista del coro: «Fui allí y vi nuestras cosas más sagradas. Estaban sucias, sucias de excrementos, era horrible. Fue la primera vez que vi llorar a mi padre».[76]

Rudi Bamber echó en falta la compasión de otros alemanes, y la ausencia de esta agravó su padecimiento. Recuerda que su familia no recibió ningún consuelo por parte de la población no judía. En su mayoría se limitaron a pasar por delante de su hogar destruido, pero «uno o dos» llegaron a tirar piedras contra el edificio. En un caso similar, Heinz Nassau informó desde

Essen que, mientras el centro juvenil judío de la ciudad estaba ardiendo, una enfermera preguntó a un bombero si el administrador judío y su familia aún estaban en el interior. Le respondieron: «¡Allá se mueran! A fin de cuentas, se han cargado a Vom Rath. Ponga cuidado de salir de la zona o también la haremos pedazos a usted».[77]

En el resto de Alemania, la reacción fue más variada. Un informe policial dejó constancia de que «el populacho tiene división de ideas», pero su mayoría creían que «toda esta destrucción ha sido gratuita».[78] Según otro informe de primera mano, de la región de Baviera: «El estado de ánimo de la población cristiana de Múnich es totalmente contrario a esta operación. Me mostraron compasión y simpatía desde todas partes, con suma cordialidad … Una señora aria a la que no conocía de nada, y de la mejor clase social, se acercó a mi esposa a decirle: "Señora, me avergüenzo de ser alemana". Otra señora desconocida envió una botella de vino».[79]

Esta diversidad de respuestas a la atrocidad que pasó a la historia con el nombre de Kristallnacht (Noche de los Cristales Rotos) también se puso de manifiesto en la disparidad de reacciones que constató Uwe Storjohann entre sus padres, que vivían en Hamburgo. Aunque el padre de Uwe era «antisemita», sintió «auténtico enojo» porque en la Noche de los Cristales Rotos se habían «profanado» los «templos sagrados» de los judíos. Su madre, en cambio, lo vivió con tranquilidad, incluso con satisfacción cuando, después del ataque, unos vecinos judíos se marcharon y un par de días después «llegó una camioneta y uno de los grandes jefes de la SA de Hamburgo» se instaló a vivir en el que había sido el piso de los judíos. Uwe recuerda que su madre «consideraba fantástico que un jefazo de la SA, que era muy jovial y fingía estar cerca del pueblo, estuviera allí».[80]

Para los miles de judíos enviados a campos de concentración después de la Noche de los Cristales Rotos, la experiencia fue, lógicamente, traumática. Un judío dejó constancia de haber visto que el comandante de Sachsenhausen se quitaba los guantes y soltaba un puñetazo tras otro a un recluso al que tildaba de «sucio cerdo judío». Además le obligaron a contemplar cómo se castigaba a un preso que había intentado escapar. «Al hombre en cuestión lo ataron a un *Bock* [banco de los azotes] y dos hombres de la SA, que se habían ofrecido voluntarios específicamente para eso, lo apalearon con un látigo grueso … La víctima tenía que contar los golpes en voz alta, hasta que llegó a 25 y se quedó en silencio porque había perdido la conciencia, pero ni siquiera entonces los muy animales dejaron

de maltratarlo. El *Stubenältester* [el más anciano de la sala] comunicó que si la víctima se recuperaba, aunque fuera ligeramente, recibiría los otros veinticinco.»[81]

El periódico de las SS, *Das Schwarze Korps* [El Cuerpo Negro]había estado agitando contra los judíos, con expresiones cada vez más radicales, desde varios meses antes de la Noche de los Cristales Rotos. Pero después de los ataques vertió todavía más odio. «Porque es necesario —afirmaba un artículo publicado el 24 de noviembre—, porque ya no prestamos oídos al clamor del mundo y porque no hay poder en la tierra que pueda detenernos, llevaremos la cuestión judía hasta su solución total. El programa es evidente, es: ¡expulsión total, separación completa!»[82]

Otro artículo, publicado el 17 de noviembre, afirmaba: «¡Los judíos sabrán lo que es bueno como sea que —aunque sea tan solo uno de ellos, o de los cómplices a los que pagan e hinchan de odio— lleguen a levantar su mano asesina contra un alemán! No se hará responsable de un alemán muerto o herido a uno solo de ellos, sino a todos. Esto es lo que deben saber de una vez los que no han atendido a nuestra primera advertencia moderada … Solo rige un derecho, el nuestro, nuestra defensa propia, y solo nosotros debemos decidir en qué hora y de qué forma se aplicará».[83] Una edición posterior de *Das Schwarze Korps* amenazaba de modo aún más explícito: «El día que un arma asesina que sea judía o haya sido comprada por los judíos se alce contra uno de los grandes hombres de Alemania, ¡ese día no habrá más judíos en Alemania! ¡Esperamos que haya quedado claro!».[84]

El periódico de las SS hizo dos declaraciones más, hacia esta misma época, que son importantes porque ayudan a comprender la mentalidad de estos fanáticos. La primera aseveraba que aunque las SS reconocían que el antisemitismo no era nuevo —de hecho, decían, había «estado vivo entre todas las razas y los pueblos sanos, durante miles de años»—, creían que los nazis eran los únicos que habían sacado de todo ello las «conclusiones efectivas y prácticas, no sentimentales».[85] En segundo lugar, las SS afirmaron que los nazis se habían visto obligados a actuar contra los judíos porque la comunidad internacional había sido incapaz de ofrecerles ninguna ayuda, lo que ponía de manifiesto que los críticos de las naciones democráticas eran unos hipócritas: «Ni el señor Roosevelt, ni un arzobispo inglés, ni ningún otro demócrata destacado metería a su hija en la cama de un sórdido judío de la Europa del Este; pero cuando se trata de Alemania, ya no reconocen ninguna cuestión judía, sino tan solo la “persecución del

inocente por razón de su fe", como si nos hubiera interesado nunca en qué cree o deja de creer un judío».[86] Así pues, incluso antes de que empezara la guerra, las SS ya afirmaban que podían actuar violentamente contra los judíos por dos razones: en primer lugar, toda la gente «sana» del mundo aceptaba la lógica de ser antisemita, pero solo los nazis eran lo bastante duros para actuar como era debido contra los judíos; en segundo lugar, no era culpa de las SS que se hubieran visto obligados a atacar a los judíos, sino de los demás países, que se habían negado a acogerlos.

Al mismo tiempo que *Das Schwarze Korps* expresaba estas ideas, en los campos de concentración las SS apaleaban, azotaban o atormentaban de cualquier otro modo a miles de judíos después de la Noche de los Cristales Rotos. Lo que esto nos indica, como es obvio, es que las SS estaban preparadas para actuar radicalmente contra los judíos casi un año antes de que empezara la segunda guerra mundial. La respuesta internacional más general a la Noche de los Cristales Rotos fue, como era de prever, la de condena. Pero en la mayoría de países, al igual que había pasado en Evian, las palabras de compasión no se tradujeron en actos compasivos. Roosevelt sí permitió que los 12.000 judíos austríacos y alemanes que ya había en el país con visados de corta duración prolongaran su estadía, pero la mayoría del Congreso votó en contra de autorizar la entrada de otros 20.000 niños judíos en Estados Unidos. Roosevelt no defendió la idea y la propuesta se abandonó.

Solo en Gran Bretaña hubo un incremento claro del número de refugiados admitidos. En un proceso gradual que había empezado en las fechas del *Anschluss* y continuó tras la Noche de los Cristales Rotos, se fueron eliminando restricciones de forma que 50.000 judíos de Alemania y los territorios controlados por los alemanes pudieron entrar en las islas antes de que la guerra estallara.[87] Unos 9.000 niños viajaron al país en lo que se dio en llamar «transportes infantiles» (*Kindertransport*). Rudi Bamber y su hermana menor fueron dos de los que lograron visados para entrar en Gran Bretaña antes de que la guerra empezara. Rudi recuerda que esta emigración requirió «muchos planes»: «Toda mi ropa —todo lo que me llevé— tenía que estar en una lista y aprobado por las autoridades». Antes de que autorizaran finalmente su salida, Rudi también tuvo que presentarse ante un tribunal: «Había por allí sentados funcionarios nazis y oficiales del ejército, policías y hombres de la Gestapo … Era absurdo porque el general que estaba al cargo de todo vino a decir: "Ah, ya veo, estás en la

agricultura. Irás a las colonias, es de suponer que para hacer de campesino". Yo dije: "¡Muy bien!", habría dicho que sí a lo que fuera … En ese momento nadie mencionó la palabra "judío"».[88]

Después de la Noche de los Cristales Rotos ya no cabía fingir que Hitler era un político normal, al mando de un país que deseaba relaciones pacíficas con el resto del mundo. Lord Halifax, el ministro de Exteriores británico, dijo en una sesión del Comité de Política Exterior que «unos locos» habían logrado «hacerse con el control» de Alemania. Creía que «el objetivo inmediato [del gobierno británico] debería ser corregir la falsa impresión de que éramos débiles y decadentes y podían patearnos con impunidad».[89]

En cuanto a Hitler, no se ha podido documentar que afirmara nada, en público o en privado, sobre la Noche de los Cristales Rotos, una vez pasada esta; solo sabemos que, en su momento, Goebbels dejó claro en su diario que el líder alemán aprobaba esta acción contra los judíos. Parece innegable que Hitler no quería que lo asociaran con la violencia. Daba mucha importancia a su prestigio como jefe del Estado y no quería que los líderes extranjeros le dirigieran reproches en persona. Callar le dejaba la alternativa de culpar de la violencia a los extremistas del partido, si constataba que en Alemania había descontento con los ataques. Manfred von Schröder, a la sazón un joven diplomático, recuerda que muchos creían que la Noche de los Cristales Rotos había sido obra de «gente de la SA y radicales nazis» y que los crímenes se habían perpetrado «sin la aprobación de Hitler».[90] Esta reacción de Hitler al respecto de la Noche de los Cristales Rotos anticipa la táctica que adoptó igualmente después de la guerra: no hablar nunca en público sobre el hecho de que las fuerzas de seguridad del Tercer Reich estaban asesinando a judíos.

El 12 de noviembre de 1938, Hermann Göring presidió una reunión celebrada en el Ministerio de la Aviación, en Berlín, para analizar las consecuencias de la Noche de los Cristales Rotos. Es una de las escasísimas conferencias de alto nivel de los nazis sobre el tema judío de las que se ha conservado una transcripción taquigráfica de buena parte de la reunión, y su contenido es revelador.[91] En primer lugar, la reunión puso de manifiesto hasta qué punto los jefes nazis no habían sopesado las consecuencias de sus acciones. Con la Noche de los Cristales Rotos se habían creado a sí mismos un problema inmediato; los judíos podían reclamar los daños sufridos en su

propiedad a las compañías de seguros alemanas (cuyos propietarios, a menudo, no eran judíos), y además una gran cantidad de los vidrios rotos solo podría sustituirse comprando en el extranjero y, por lo tanto, invirtiendo una gran cantidad de dinero en el cambio de divisas. Para Göring, era «de locos vaciar y prender fuego a un almacén judío para que una compañía de seguros alemana les compense por las pérdidas»; a su juicio, matar a «doscientos judíos» habría sido mucho mejor que destruir propiedades de tanto valor.

Los participantes de la conferencia también analizaron qué nuevas medidas restrictivas podían imponer a los judíos. Reinhard Heydrich sugirió obligar a los judíos alemanes a llevar «una insignia determinada» sobre la ropa. De esta forma, no se «molestaría» a los judíos extranjeros «cuyo aspecto no difiere del de los nuestros»; y esto, a su vez, evitaría que otros gobiernos se quejaran del mal trato que sus ciudadanos sufrían en Alemania. Göring comentó que esta acción, si se combinaba con la confiscación de más negocios judíos y restricciones adicionales a la libertad de movimiento, acarrearía «la creación de guetos a gran escala, en todas las ciudades». Pero Heydrich no era partidario de esta idea: «No podríamos controlar un gueto en el que los judíos se concentraran entre medio de todos los judíos. Sería un escondrijo permanente para los criminales y un nido de epidemias y similares. No queremos tolerar que un judío viva en la misma casa que la población alemana, pero hoy en día, la población alemana, [en] sus edificios o casas, obligan a los judíos a comportarse. Controlar al judío por medio del ojo vigilante del conjunto de la población es mejor que tenerlos por miles en un barrio en el que no podré establecer un control efectivo sobre su vida diaria por medio de agentes uniformados». La conversación es importante a la luz de lo que vendría, porque antes de que pasara un año las dos medidas —tanto la obligación de mostrar una «insignia» como la creación de guetos— se implantarían en partes del territorio oriental ocupado.

Las actas de la reunión también ponen de manifiesto que los debates que estos jefes del nazismo mantenían eran aberrantes. De ellos emerge un mundo en el que cualquier idea, por radical o excéntrica que fuera, podía exponerse y someterse a discusión. Goebbels sugirió que «es la ocasión de disolver las sinagogas» y ocupar su lugar con otros edificios o «aparcamientos». También analizaron si obligar a los judíos a viajar en compartimentos especiales de los trenes, pero Goebbels dijo que no iba a

funcionar porque «pongamos que van dos judíos en el tren y los otros compartimentos van sobrecargados. ¡Esos dos judíos tendrían un compartimento para ellos solos!». Göring replicó: «Yo a los judíos les daría un vagón o un compartimento. Y si aparece un caso como el que dices y el tren va lleno, créeme: no necesitaremos una ley. ¡Lo sacaremos de una patada y que viaje sentado en el váter todo el camino!».

Goebbels propuso estudiar si había que prohibir que los judíos entraran en los bosques alemanes, porque en el Grunewald, a las afueras de Berlín, «los hay a patadas» y «la conducta de los judíos es muy provocadora y pendenciera». Göring se agarró a la idea de Goebbels y le dio un giro propio aún más estrafalario, apuntando que había que vetar el acceso de los judíos a la mayor parte del bosque y reservarles una zona; en esta sección se amontonarían animales «parecidos» a los judíos, como el alce, que «también tiene esa misma narizota».

El comentario de Göring sobre el alce refleja bien con qué actitud transcurrió la reunión del 12 de noviembre. No había restricciones éticas. Se podría haber propuesto tranquilamente un plan para enviar a los judíos a la Luna, de no haber sido por las dificultades prácticas de la empresa. Los jefes nazis sabían que a Hitler le gustaba oír ideas radicales y, en consecuencia, se dejaron ir y se entregaron a sueños a cuál más fantástico.

Cuando la reunión terminó, Göring y sus colegas habían hablado de toda una serie de medidas nuevas contra los judíos, que incluían planes para confiscar («arianizar») los negocios judíos, organizar una operación de emigración similar a la que Eichmann había desarrollado en Austria y —en un acto de doblez impresionante— obligar a los judíos a pagar una multa colosal como castigo por haber causado la Noche de los Cristales Rotos, ya que Vom Rath había muerto a manos de un judío. Por último, Göring resumió qué les esperaba a los judíos que seguían viviendo bajo gobierno alemán: «Si, en un futuro próximo, el Reich alemán entrara en conflicto con las potencias extranjeras, no hará falta decir que lo primero que tendremos que hacer en Alemania es enfrentarnos a los judíos».[92]

En cuanto a Hitler, para entonces su retórica ya era casi apocalíptica. En un discurso pronunciado ante el Reichstag el 30 de enero de 1939, el sexto aniversario de su acceso al poder, hizo amenazas explícitas contra los judíos. En esta diatriba, que duró más de dos horas y media, afirmó que Alemania solo quería vivir en paz con otros países pero que «la judería internacional» solo pensaba en «satisfacer su sed de venganza». Siguió

diciendo: «En este momento, los judíos continúan propagando su campaña de odio en determinados Estados, por medio de la prensa, el cine, la radio, el teatro y la literatura, todo lo cual está en sus manos». Es tristemente famosa su advertencia de que si los financieros judíos «internacionales», de Europa y otros lugares, hacían realidad su deseo de «sumergir a la humanidad en una nueva guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la Tierra y la victoria de los judíos, sino la aniquilación de la raza judía en Europa».[93]

¿Qué sentido exacto debemos dar a estas palabras de Hitler? Ciertamente, era una grave amenaza contra los judíos. Pero ¿es una referencia explícita a una voluntad de exterminar a los judíos si se llegaba a una guerra mundial? Es discutible, sobre todo porque nada prueba que, en el momento de pronunciar estas frases, hubiera ideado ya un plan de exterminio detallado. Parece más convincente la interpretación alternativa de que cuando Hitler habló de «aniquilar» se refería a «eliminar», de modo que los nazis aún podían «solucionar» su «problema» judío obligando a los judíos de Europa a emigrar del continente. Esto es más coherente con otras afirmaciones anteriores de este mismo discurso, en las que Hitler denunció al «conjunto del mundo democrático» por «no intervenir» y no aceptar a los emigrantes judíos. Eran países que «sin dejar de ser duros de corazón, lloraban lacrimosamente por las penalidades del pobre y torturado pueblo judío». En este contexto Hitler prometió «expulsar a este pueblo», es decir, a los judíos.

Tenemos más indicios sobre las intenciones de Hitler en los comentarios que pronunció en una reunión con István Csáky, el ministro de Asuntos Exteriores de Hungría, el 16 de enero de 1938; esto es, dos semanas antes del discurso «profético». Csáky no solo era poco amigo de los judíos, sino que formaba parte de un gobierno que ya había implantado leyes antisemitas. Así, Hitler le dijo que tenía la «seguridad» de que «los judíos tendrían que desaparecer de Alemania, hasta el último de ellos».[94] También dijo que el «problema judío» no era «exclusivo de Alemania» y que él respaldaría a cualquier gobierno que lo afrontara. Por el contexto en el que utilizó la palabra «desaparecer» en esta reunión, Hitler pensaba en la «expulsión» más que en el «exterminio».

Aún hay otros indicios de que esta interpretación es la más acertada, por otra reunión de Hitler, el 21 de enero de 1938, en este caso con el ministro de Exteriores de Checoslovaquia, František Chvalkovský. Hitler afirmó que

los judíos serían «destruidos en Alemania», en venganza por el «9 de noviembre de 1918» y que una «posibilidad» era que los países que estuvieran «interesados» seleccionaran «cualquier lugar del mundo» para «poner a los judíos ahí». A todos aquellos otros «países anglosajones que desbordan humanidad» se les podría decir: «Aquí los tenéis: o se mueren de hambre o ponéis en práctica vuestros discursos [es decir, cuidáis de ellos]».[95]

En todo caso, aunque si tenemos en cuenta el contexto es improbable que la «profecía» de Hitler sea una prueba de que ya contaba con un plan definido para masacrar a los judíos si se desataba una «guerra mundial», no hay que subestimar la importancia del vínculo que se estableció en su mente entre el destino de los judíos y cualquier futura contienda. Si Alemania participaba en una guerra, los judíos sufrirían terriblemente: eso es lo que aseguró aquel 30 de enero de 1939. Aún no estaba decidido qué forma adoptaría ese sufrimiento, si la expulsión forzosa o algo aún peor.

Al mismo tiempo, Hitler seguía incrementando la presión sobre sus vecinos europeos. A los eslovacos, que tras el acuerdo de Múnich habían obtenido una mayor autonomía en el seno de Checoslovaquia, se los apremiaba a declarar su plena independencia del Estado checo. Göring se reunió con representantes eslovacos y afirmó, con su franqueza habitual: «¿Queréis ser independientes [o mejor] dejo que los húngaros os conquisten?».[96] En marzo de 1939, los eslovacos hicieron lo que se les pedía y se separaron de los checos. Bajo la presidencia de Jozef Tiso, un sacerdote católico, el nuevo régimen eslovaco implantó una serie de medidas antisemitas. Al mes siguiente, por ejemplo, se aprobó el Decreto 63/39, que prohibía a los judíos acceder a muchas profesiones con el fin expreso de «excluirlos» de la «vida nacional».[97] «Nuestras vidas dieron un vuelco», dice la eslovaca Linda Breder, una judía ortodoxa que por entonces contaba catorce años. Linda fue «expulsada de la escuela» y su padre perdió el trabajo. Fue toda una conmoción porque, hasta ese momento, «judíos y cristianos habían vivido puerta con puerta».[98]

Otto Pressburger, un judío eslovaco que en 1939 tenía diecisiete años, confirma que «entre nosotros, entre los jóvenes judíos y cristianos, no solía haber diferencias». Pero cuando se creó un Estado eslovaco, «me enviaron a casa desde la escuela y me dijeron que no podía volver nunca más. No podíamos ir a ningún sitio, teníamos que quedarnos en casa … Antes íbamos a bailar con chicas —no solo chicas judías—, como lo que ahora

son las discos. Luego pusieron carteles: "No se admiten perros ni judíos"».[99]

Una vez que Eslovaquia, la parte oriental de Checoslovaquia, se había separado del resto del país, Hitler ordenó que las tropas alemanas ocuparan la zona checa. La ocupación se completó en unas pocas horas y, el 16 de marzo de 1939, Hitler viajó a Praga y anunció la creación del Protectorado Alemán de Bohemia y Moravia. Con ello, más de 110.000 judíos se sumaron a los controlados por Alemania, y no tardaron en ser sometidos a toda una serie de medidas antisemitas, incluida la «arianización» de negocios judíos.

Hitler había evidenciado ante el mundo su voluntad agresiva. Los nazis no podían seguir defendiendo que tan solo estaban recuperando el territorio de habla alemana perdido al acabar la primera guerra mundial, como hicieron con los Sudetes. Según escribió en su diario el subsecretario permanente del Foreign Office, sir Alexander Cadogan, el 20 de marzo de 1939: «Creo que hemos llegado a la encrucijada. Siempre he dicho que, en tanto en cuanto Hitler pudiera fingir que estaba incorporando a alemanes al Reich, nosotros podíamos fingir que era aceptable. Si pasaba a engullir a otras nacionalidades, sería el momento de decir: "*Halt!*" [¡Alto!]».[100]

Llegados a este punto, los británicos ofrecieron garantías contra cualquier futura agresión nazi a Polonia, Grecia y Rumanía. Roosevelt, consciente de la gravedad de lo que acababa de ocurrirle a Checoslovaquia, optó por escribirle a Hitler una carta. El 15 de abril de 1939 se organizó una conferencia de prensa en la Casa Blanca en la que Roosevelt anunció que había pedido a Hitler que se comprometiera con una resolución pacífica de los problemas; le había reclamado la «seguridad» de que las fuerzas armadas alemanas no iban a «atacar o invadir el territorio o las posesiones» de una lista formada por más de treinta países en la que figuraban de Finlandia a Yugoslavia, de los Países Bajos a Portugal y de Suecia a Irán.[101]

La misiva de Roosevelt fue todo un regalo para la propaganda hitleriana. A fin de cuentas, ¿qué derecho tenía el presidente de los Estados Unidos de América a exigir al líder de Alemania que se comprometiera en público a no utilizar las fuerzas armadas de su país para invadir España o Suiza? Hitler replicó a la carta de Roosevelt, con un sarcástico *tour de force*, durante un discurso pronunciado ante el Reichstag el 28 de abril. Afirmó que Estados Unidos había participado en la imposición del odioso «dictado de Versalles» al pueblo alemán, tras la primera guerra mundial, por lo que no estaba

calificado para reclamar que se alzara una «voz de fortaleza y amistad a favor de la humanidad»; menos aún, cuando los estadounidenses ni siquiera habían dado apoyo a la Sociedad de Naciones. Pero lo más embarazoso para Roosevelt fue que Hitler pudo hacer hincapié en que varios de los países mencionados en la lista, como Siria, «no están, en el momento presente, en posesión de su libertad, porque sus territorios están ocupados por las fuerzas militares de los Estados democráticos, que les han privado de todos sus derechos». Por otro lado, si Irlanda se consideraba amenazada por algún país, no era por Alemania, sino por «Inglaterra», dijo Hitler; y añadió que, al parecer, «el señor Roosevelt no ha caído en la cuenta de que Palestina está ocupada y no por tropas alemanas, sino inglesas».[102]

En este momento, Hitler dinamitó todos los puentes diplomáticos que todavía quedaban en pie entre Alemania y Estados Unidos. En su discurso repitió varias veces que la potencia norteamericana había intervenido en la primera guerra mundial en el bando de los Aliados, y su inquietud, aunque tácita, era evidente: en cualquier futuro conflicto europeo, cabía la posibilidad de que los estadounidenses hicieran exactamente eso mismo. Como Hitler creía que los judíos ejercían una enorme influencia sobre ese país, no es de extrañar que diciembre de 1941, el mes en el que Estados Unidos entró al fin en la guerra, fuera un mes crucial —como veremos— en el desarrollo del Holocausto.

La idea de que Estados Unidos podía llegar a convertirse en un adversario en una futura guerra no disuadió a Hitler de provocar el conflicto. Sabía que si en Europa la guerra empezaba sin demora, el ejército alemán tendría una oportunidad de ganar suficiente territorio y decantar la balanza antes de que Estados Unidos se decidiera a participar. El calendario lo era todo. Como le dijo a sus generales en agosto de 1939: «Todas estas circunstancias favorables ya no existirán dentro de dos o tres años … Un período de paz prolongado no nos beneficiaría en nada».[103] Así pues, prosiguió Hitler, era necesario «cerrar los corazones a la compasión» y «actuar con brutalidad». Estos eran los sentimientos del auténtico Hitler.

Hitler estaba a punto de conducir a su país a la guerra, pero no a la guerra que había planeado tiempo atrás. Unos años antes había deseado establecer una alianza con Gran Bretaña, que ahora iba a ser un enemigo. En fechas más recientes había confiado en que Polonia cooperaría con el ataque nazi y se uniría a los alemanes en una guerra contra la Unión Soviética, pero los polacos también le daban la espalda. Así pues, para limitar el número de

naciones a las que Alemania tendría que enfrentarse a corto plazo, envió a Ribbentrop a Moscú, a negociar un pacto de no agresión con Stalin, su principal adversario ideológico. Pero si bien uno de los grandes deseos de Hitler —la guerra con la Unión Soviética— tendría que aguardar, el segundo —ajustar cuentas con los judíos, de una manera radical— podía empezar a hacerlo realidad de inmediato.

# 8

# Empieza la guerra racial (1939-1940)

El viernes 1 de septiembre de 1939, las tropas alemanas invadieron Polonia y pusieron en marcha un gobierno del terror que convertiría a este país europeo en epicentro del Holocausto. Por un lado, los alemanes construirían casi todos los campos de exterminio más tristemente famosos en territorio polaco; por otro, Polonia sufriría una mengua demográfica proporcionalmente superior a la de ningún otro país afectado por la guerra. Hasta seis millones de personas que vivían en Polonia perdieron la vida; como mínimo la mitad de ellos eran judíos. La inmensa mayoría de estas personas no murió en combate, sino como fruto de una política deliberada de hambre, deportación y asesinato.

Los alemanes tardaron menos de seis semanas en derrotar al ejército polaco. En parte, el éxito se debió a la superioridad en armamento y táctica, pero los alemanes también recibieron ayuda de una fuente inesperada: su enemigo ideológico. El 17 de septiembre, dieciséis días después de que los germanos entraran en Polonia por el oeste, el Ejército Rojo invadió el país por el este. Así, las fuerzas polacas quedaron aplastadas entre dos enemigos muy poderosos contra los que nunca podrían haber resistido.

En Moscú, alemanes y soviéticos, como si fueran amigos, dejaron a un lado las diferencias ideológicas y negociaron hasta acordar el reparto detallado de Polonia. Ribbentrop y Viacheslav Mólotov, el ministro de Exteriores soviético, brindaron el uno por el otro en un banquete extravagante celebrado en el Salón Andréyevski del Kremlin, el 27 de septiembre. «¡Un hurra por Alemania, su Führer y su ministro de Exteriores!», dijo Mólotov al levantar el vaso.[1] Esta «amistad» había empezado con la firma del pacto nazi-soviético de agosto de 1939, un

acuerdo que incluía un acta secreta sobre el reparto de unas respectivas «esferas de influencia» en la Europa oriental. Pero en lo que a Hitler atañía, la amistad era meramente táctica; veintidós meses más tarde, Alemania invadiría la Unión Soviética.

Cuando la Wehrmacht entró en Polonia, Reinhard Heydrich convino con el Alto Mando del Ejército alemán que más de 2.000 *Einsatzgruppen* («grupos operativos», en referencia a unidades de fuerzas especiales) irían inmediatamente en pos del ejército para luchar contra los «elementos hostiles» a Alemania. Heydrich, que en septiembre fue nombrado jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, ordenó «acabar con la capacidad ofensiva de las altas esferas de la población polaca». Esto se tradujo en la muerte, durante las primeras semanas de la invasión, de unos 16.000 polacos: una mezcla heterogénea de intelectuales, sacerdotes, judíos y cualquier otra persona a la que se tuviera por «hostil».

Las atrocidades perpetradas por las fuerzas invasoras fueron tan numerosas como variadas. Erich Ehlers, del *Einsatzgruppe II*, dejó constancia en su diario, en septiembre, de la ejecución sumaria de «asesinos polacos»; escribió que «uno de ellos siguió comiéndose un pedazo de pan incluso después de haber cavado la fosa y de que los cañones lo estuvieran apuntando».[2] Helmuth Bischoff, que iba a la cabeza de un *Einsatzkommando*, informó de que poco después de llegar a Bydgoszcz decidió situar a «14 rehenes judíos y polacos» delante «de la entrada del hotel», de modo que «todos los polacos que pasaran por allí tuvieran claro que con cada disparo que sonara de noche en nuestra calle, uno de ellos moriría. Como ni siquiera esto disuadía a los francotiradores polacos, la suerte de los rehenes estaba sellada».[3] Un soldado raso alemán, miembro de un regimiento de transporte, recuerda haber sido testigo de cómo el regimiento de las SS Germania ejecutó colectivamente a un grupo de judíos, cerca de Cracovia, al son de la banda del regimiento.[4]

A principios de noviembre de 1939, los nazis convocaron a los profesores de la Universidad Jaguelónica de Cracovia en una de las salas de conferencias. Al llegar los apalearon a culatazos y luego los enviaron a campos de concentración. «Mi educación había sido estrictamente católica —cuenta Mieczysław Brożek, profesor adjunto en la universidad— y no me entraba en la cabeza que pudiera pasar nada [así de] malo … No cabía en nuestra experiencia de la vida.» En Dachau, Brożek quedó tan horrorizado por el sufrimiento que sintió una «aniquilación total de los valores. Después

de lo que viví en el campo, no hay valores. Tenía la convicción de que todo era inútil. La certeza de que nada tenía sentido. Fue un tormento espantoso, hasta el punto de querer quitarme la vida».[5]

En cuanto al grueso de los civiles polacos, no tardaron en descubrir que los nazis aspiraban a convertirlos en una nación de siervos. Para los nazis, eran eslavos, por lo tanto, miembros de una raza a la que consideraban inferior. «Se acabaron las escuelas —dice Michael Preisler, que vivía en la zona occidental y en septiembre de 1939 contaba veinte años—. También cerraron las iglesias. Los polacos no podían subir al mismo autobús que los alemanes. De hecho había un cartel: "prohibido a perros y polacos", y es que realmente nos trataban como si fuéramos animales. Nos trataban como si no fuéramos humanos.»[6]

Algunos miembros del ejército alemán vieron con espanto las atrocidades que sus compatriotas estaban perpetrando en Polonia. El comandante Helmuth Stieff, por ejemplo, escribió a su familia que «aquí no nos domina el sentimiento de victoria, sino el de culpa criminal … Esta destrucción de familias enteras, con mujeres y niños, solo puede ser obra de infrahumanos que ya no merecen el nombre de "alemanes". Me avergüenzo de ser alemán».[7] Es famoso el informe del general Johannes Blaskowitz, crítico con las actividades de las fuerzas de seguridad alemanas en Polonia, que llegó a manos de Hitler; este se enfureció y replicó que «no se puede dirigir una guerra con los métodos del Ejército de Salvación» y que «el general Blaskowitz nunca le había merecido confianza».[8]

Blaskowitz, sin embargo, fue una excepción. La mayoría de los grandes oficiales no se quejaron a sus superiores por las atrocidades que se cometían en Polonia. El mariscal de campo Von Brauchitsch, como jefe del Ejército, sentó las pautas al escribir, el 1 de noviembre, que «el judío es el enemigo más temible del *Volk* alemán». Unos pocos meses más tarde recordó a sus tropas que las «medidas étnico-políticas que ha ordenado el Führer para asegurar el espacio vital de los alemanes en Polonia … tienen que llevarnos, inevitablemente, a lo que en otro caso se tendrían por medidas duras e inhabituales contra la población polaca del territorio ocupado».[9]

En muchos casos, tanto los oficiales como la tropa del ejército alemán ayudaron a los *Einsatzgruppen* en su labor; por ejemplo, sugiriendo grupos a los que atacar.[10] El ejército también fusiló a rehenes como represalia, cuando era atacado, y esto a su vez animó a soldados alemanes a matar a

civiles polacos inocentes.[11] En los primeros días de septiembre, en Bydgoszcz, casi cuatrocientos polacos fueron asesinados de este modo.

A pesar de toda esta brutalidad, la invasión de Polonia no representa el principio del Holocausto según lo conocemos. Aunque en los primeros meses de la ocupación se dio muerte a varios miles de judíos, Hitler y los demás jefes nazis también se dirigían, al mismo tiempo, contra la «clase dirigente» de Polonia, y la orientación general del trato que se daba a los judíos seguía siendo la misma que antes: persecución y expulsión. Pero si el estallido de la guerra parecía haber cerrado una de las posibles vías de salida de los judíos —la emigración a gran escala a países que Alemania no controlaba—, a la vez abrió otra: la posibilidad de expulsar a los judíos a los confines más remotos del nuevo imperio nazi. A finales de septiembre, Heydrich afirmó que Hitler había dado su aprobación a la idea de deportar a los judíos al este; como medida inicial, se concentraría a los judíos polacos en ciudades, para poder controlarlos con más facilidad.[12]

En octubre de 1939, Hitler anunció que la Polonia ocupada por Alemania se dividiría en dos partes. Un sector se incorporaría al Reich y se «germanizaría», y un segundo sector, en el sureste del país, fronterizo con la zona de dominio soviética, continuaría siendo «polaco», aunque sometido a la ocupación alemana. Esta zona, en la que vivían cerca de once millones de personas y que incluía las ciudades de Varsovia, Lublin y Cracovia, se denominaría «Gobierno General de los territorios polacos ocupados» o, en su formulación breve más corriente, Gobierno General. Que esta zona se podía convertir en el «cubo de la basura» del Reich, como se decía en la jerga nazi, fue evidente desde el principio. Los gobernantes del territorio que se había decidido germanizar —en particular Albert Forster, de Dánzig/Prusia Occidental, y Arthur Greiser, del Warthegau (Poznań y sus alrededores)— estaban ansiosos por «limpiar» sus distritos y esperaban poder enviar al Gobierno General a los judíos y polacos no deseados. Hitler determinó, a finales de septiembre, que el territorio del este de Polonia comprendido entre los ríos Bug (frontera con la zona de ocupación soviética) y Vístula debía acoger a «toda la judería», mientras que algo más al oeste, pero aún dentro del Gobierno General, convendría crear alguna «forma de Estado polaco».

Los judíos que ya vivían en el Gobierno General no tardaron en comprender que estaban en la categoría inferior del nuevo orden racial. En la pequeña ciudad de Izbica, el judío Toivi Blatt, a la sazón un escolar de

doce años, descubrió que debía temer a los alemanes, pero casi tanto como a ellos, a los polacos que no eran judíos: «Yo pensaba: "Ahora que tenemos al mismo enemigo —los mismos nazis que atacan Polonia y atacan a los católicos, atacan a los judíos—, ahora nos uniremos"».[13] En cambio, pudo ver que algunos polacos habían entendido que «los judíos son de segunda y podías hacer con ellos lo que quisieras». Muchos de los comerciantes judíos que se movían por la zona «fueron apaleados» y les «quitaron el dinero» porque los vecinos de los pueblos sabían que se habían quedado sin protección del Estado. Entre los católicos hubo incluso enfrentamientos mutuos. A las dos semanas de que los alemanes se hicieran con el control de Izbica, Toivi vio que un colaboracionista polaco «le daba una paliza a otro polaco porque no obedecía una orden alemana».

El primer esfuerzo coordinado de expulsión de los judíos al Gobierno General empezó en octubre de 1939, cuando hacía tan solo poco más de un mes que se había iniciado la guerra. El jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, ordenó a Adolf Eichmann —el oficial del SD que había organizado la deportación de numerosos judíos austríacos en la estela del *Anschluss*— que planeara el destierro de unos 80.000 judíos de la ciudad de Katowice, situada en la zona que se germanizaría. La deportación se amplió casi de inmediato, para incluir a judíos del interior del Reich, y Eichmann comenzó a trazar planes para expulsar a los judíos de Viena. En una nota enviada al *Gauleiter* nazi de Silesia le dio instrucciones para que, después de los transportes iniciales, enviase un informe sobre el «progreso» de la situación que «con toda probabilidad» se le daría al «Führer» para que luego decidiera cuántos más judíos había que enviar al este.[14]

En concreto, el destino de estos judíos iba a ser la ciudad de Nisko, a orillas del río San, unos 80 kilómetros al sur de Lublin, en el extremo oriental de la Polonia nazi. A finales de octubre, se envió a esta nueva «reserva» judía a casi 5.000 judíos de Viena y varias ciudades de la Polonia occidental. Cuando bajaron de los trenes, a algunos de los judíos se les dijo que ayudaran en la construcción de un campo; a la mayoría, sencillamente, se los dejó tirados en el campo, sin comida ni refugio. Era un proyecto de naturaleza casi genocida, según quedó claro desde el principio. En palabras de Hans Frank, el gobernador general (jefe del Gobierno General): «¡Qué placer, poder enfrentarse por fin físicamente a la raza judía! Cuantos más mueran, ¡mejor!».[15]

Pocos días después, sin embargo, los transportes se pararon, por orden de Himmler,[16] y la iniciativa de Nisko se abandonó. Apenas cabe duda de que se trató de una decisión pragmática, no ideológica. Por entonces, Himmler estaba lidiando con otros problemas —otros «desafíos», según su propio punto de vista— que afectaron al traslado de más judíos de Alemania y Austria a la Polonia oriental. El 7 de octubre de 1939 lo habían confirmado en el puesto de comisario del Reich para el Refuerzo de la Nacionalidad Alemana. Este título de resonancias casi míticas escondía una realidad brutal: Himmler quedaba al cargo de la deportación de una gran cantidad de polacos, desde las zonas ocupadas hasta el Gobierno General, con el fin de liberar hogares para cientos de miles de *Volksdeutsche* («alemanes étnicos»). Muchos de estos llegaban en esas fechas como parte de un acuerdo que los nazis habían negociado con Stalin para permitirles abandonar territorios controlados a la sazón por la Unión Soviética —tales como los estados bálticos— y «volver al Reich» (*Heim ins Reich*, según decía el eslogan). Trasladar a todas estas personas al nuevo Reich y darles a todos una casa y un trabajo, y todo ello en mitad de una guerra, era una tarea logística de una dificultad formidable. Pero los jefes nazis creían que el componente racial de esta labor era de tanta importancia que nunca se sopesó siquiera demorar este influjo de nueva «sangre» alemana.

El sufrimiento de los polacos que tuvieron que abandonar sus casas para dejar sitio a los recién llegados fue, como es lógico, inmenso. Michael Preisler recuerda que, a las pocas semanas de que se nombrara a Himmler para aquella posición, de pronto «llamaron a la puerta» de su casa, a las dos de la madrugada, y acto seguido una banda de nazis se les metió en casa. «Fueron por todas las habitaciones, [también] donde mis hermanas se estaban vistiendo, y se quedaron allí, sin quitarles ojo de encima. Nos vestimos y no pudimos coger nada, nos dicen: "No podéis llevaros nada, ni comida, nada, ni más ropa, nada". Y eso es todo: se pusieron a empujarnos, qué te voy a decir, pues al estilo de los alemanes. Había que hacerlo todo de inmediato. Nos hicieron caminar por la calle, hasta una sala en la que había más gente. Y al final, cuando ya reunieron a más familias, nos llevaron a la estación del ferrocarril».[17]

Otra polaca, Anna Jeziorkowska, fue deportada junto con su familia desde Posen (la denominación alemana de Poznań). Anna recuerda que, cuando los alemanes «irrumpieron» en el piso, «hubo un caos enorme, llantos, lamentos. Los alemanes nos empujaban, le dieron un bofetón a mi

padre, y nos asustamos tanto que empezamos a llorar. Mi hermano pequeño, [que] era muy delicado, se puso a vomitar».[18]

Miles de polacos, como Michael Preisler y Anna Jeziorkowska, tuvieron que subir a unos trenes que los arrojaron en tierras del Gobierno General. Michael y su familia fueron alojados en la zona occidental de este distrito, primero en una «gran sala», luego, toda la familia apelotonada en una única habitación. Anna Jeziorkowska y su familia fueron abandonados en la pequeña ciudad de Golice y se acurrucaron a cielo abierto en la plaza de la ciudad hasta que un anciano se apiadó de ellos y les ofreció la posibilidad de dormir en el suelo de su casa.

Los alemanes manejaron las deportaciones con suma brutalidad y, además, en una atmósfera de caos administrativo. En enero de 1940, el jefe supremo de las SS y la Policía en el Gobierno General, Friedrich-Wilhelm Krüger, calculó que unos 110.000 polacos habían sido desplazados hasta el Gobierno General; 30.000 de ellos, sin ninguna clase de asentimiento previo.[19] Según Goebbels escribió en su diario aquel mismo mes: «Estos días Himmler se dedica a desplazar poblaciones. No siempre con éxito».[20]

Poco después de esa nota de Goebbels, Hans Frank, el gobernador general, decidió que había que poner fin a las deportaciones masivas. No lo hizo porque se compadeciera de la suerte de los desplazados al Gobierno General, sino por el desorden resultante. En palabras de uno de los jefes del funcionariado de Frank: «¿Cómo puede uno organizar nada cuando [de antemano] no sabe que un tren va a llegar a X o a Y o al sitio que sea? No había nada que organizar … Yo no sabía dónde iban a llegar los transportes. Los jefes de los distritos, tampoco».[21] El 12 de febrero, Frank se reunió con Göring y Himmler y pidió que se revisara el calendario de deportaciones. Se alcanzó un acuerdo inestable, según el cual, en teoría al menos, no se enviarían nuevas deportaciones al Gobierno General sin el consentimiento previo de Frank.

En cuanto a los nuevos colonos de etnia alemana, muchos no encontraron la clase de vida de color de rosa que les habían pintado. Se les había prometido que iban a «volver al Reich», y les sorprendió comprobar que, aunque según los nazis estaban en el Reich, no se parecía gran cosa a lo que muchos esperaban. Irma Eigi, una estonia de etnia alemana, de diecisiete años, recuerda que su familia recibió con decepción la idea de retomar la vida en Polonia, y no en Alemania. «No habíamos contado con eso, para

nada —dice Irma—. Cuando nos dijeron que iríamos al Warthegau, bueno, fue toda una conmoción, y tanto que sí.»[22]

La decepción no fue exclusiva de los *Volksdeutsche* recién llegados; entre algunos de los alemanes que vivían en la zona de Polonia que Alemania había perdido al acabar la primera guerra mundial, el conjunto de la empresa también provocó mucho disgusto. «Fueron muy pocos los casos en los que recibimos con alegría los trenes cargados de colonos reasentados [que venían de Volinia, una zona que hacía frontera con el este de Polonia] —cuenta Charles Bleeker Kohlsaat, procedente de una familia de etnia alemana—. Hablaban un alemán deficiente, tenían un acento terrible que nadie entendía, más bien nos parecían polacos. Recuerdo muy en especial a una familia con un niño; el niño tendría unos diez años, por decir, quizá nueve. … Y cuando llegó este niño, con sus padres alemanes ("alemanes", entre comillas) llevaba una gorra de los exploradores polacos [y] había usado un rotulador indeleble para dibujar una esvástica en la gorra, una de esas gorras cuadradas … Lo que nos horrorizaba de esa gente era sobre todo qué clase de gente era, vestida con harapos, sin más posesiones que unos fardos. Luego, como refugiados, nosotros también íbamos con hatos como esos, pero en aquel momento aún no nos lo imaginábamos … Así que nos decíamos: "¡Por el amor de Dios!, ¿qué sentido tiene expulsar a todas esas familias polacas tan arraigadas, familias que trabajaban el campo, para dejar sitio a esos desplazados medio polacos?". Y es que daban la impresión de estar bastante subdesarrollados … además, vestían exactamente igual que los campesinos polacos. Llevaban sus mismos sombreros altos de piel, el mismo abrigo largo de piel de oveja sin esquilar, las botas altas, y liaban los cigarrillos igual que los polacos. Y entre ellos hablaban en polaco. Bueno, pues nosotros decíamos: "Quitan a unos y ponen a otros y ¿cuál es la diferencia?". Para nosotros no eran auténticos alemanes, eran alemanes de tercera, como mucho.»[23]

A pesar de la reunión de febrero, y de que Hans Frank renovó las protestas, las deportaciones al Gobierno General nunca se interrumpieron del todo. Entre mayo de 1940 y enero de 1941 unos 90.000 polacos y 2.500 judíos abandonaron el Warthegau a la fuerza y pasaron al Gobierno General para dejar sitio a la llegada de personas de etnia alemana.[24] Himmler dejó claro a qué aspiraba en un memorando escrito en mayo de 1940, en el que afirmó que la población del Gobierno General, a la postre, debía estar compuesta por los «restos de inferior calidad».[25]

Entre estas peleas administrativas, los nazis empezaron a hacer hincapié en una solución a corto plazo a su «problema» judío: los guetos. Como obviamente era imposible desplazar de inmediato a todos los judíos polacos al Gobierno General, y como en la ideología nazi resultaba esencial la convicción de que los judíos eran peligrosos (pues se les achacaba el portar consigo tanto enfermedades físicas como la corrupción moral), no es de extrañar que se generalizara la propuesta de encerrarlos en áreas específicas de las ciudades polacas. No fue óbice para ello que Heydrich, en la conferencia de noviembre de 1938, posterior a la Noche de los Cristales Rotos, hubiera expuesto su inquietud por la «seguridad» de los guetos.[26]

El primer gran gueto de nueva construcción se situó en la ciudad de Łódź (que los alemanes rebautizaron como Litzmannstadt), en el Warthegau. Para los nazis fue una labor colosal, porque uno de cada tres de los 700.000 habitantes de Łódź era judío. En una orden secreta del 10 de diciembre de 1939, el gobernador alemán de la ciudad, Friedrich Uebelhoer, escribió: «Por descontado, la creación del gueto es un recurso de transición … el objetivo último tiene que ser quemar por completo este foco de infección».[27] La primera orden pública que exigía que los judíos vivieran dentro de una zona específica de la ciudad se promulgó a principios de febrero de 1940, y el perímetro del gueto se cerró el 1 de mayo. A partir de esta fecha, se podía fusilar a todo judío al que se encontrase fuera de la alambrada sin permiso.

Antes de que se creara el gueto, los judíos de Łódź ya habían padecido a manos de los nazis. Varios soldados del *Einsatzkommando 2* entraron en la ciudad durante los primeros días de la invasión y, con la ayuda de personas de etnia alemana, promovieron disturbios, torturaron a muchos judíos que encontraron por la calle y obligaron a otros muchos a integrarse en cuadrillas de trabajos forzosos. En una nota de diario del 12 de septiembre de 1939, un judío de Łódź, Dawid Sierakowiak, escribió que «los alemanes del lugar satisfacen libremente todos sus caprichos». Los judíos sufrían «robos y palizas», otros «abusos sádicos. Se ordenó a varios judíos que dejaran el trabajo, se quitaran la ropa y se pusieran de cara a un paredón, y se les dijo que los iban a fusilar. Dispararon hacia donde ellos estaban y, aunque no mataron a nadie, la historia se repitió cierto número de veces».[28]

Poco después de tomar el control de la ciudad, en septiembre de 1939, los nazis prohibieron que los judíos trabajaran en la industria textil —una de sus fuentes de empleo más habituales— y traspasaron a manos alemanas

todos los negocios judíos. Se vetaron entre otras cosas el acceso de los judíos a los autobuses, la posesión de radios, la asistencia a la sinagoga y la posesión de automóviles, y desde el 12 de septiembre, los judíos debían lucir en la ropa una estrella de David.

Ahora bien, la creación del gueto agravó enormemente los padecimientos de la población judía de Łódź, que pasó a vivir hacinada y en condiciones sanitarias muy deficientes. Cuando el gueto se cerró, unos 70.000 judíos habían salido de la ciudad —muchos de ellos, si no habían sido deportados, habían huido a otras zonas de Polonia— pero aún quedaban 164.000, todos apiñados en una superficie de unos 4 kilómetros cuadrados.

Max Epstein, que entonces era un escolar de quince años, fue uno de los judíos aprisionados en el gueto de Łódź. Antes de la guerra habían vivido con comodidad; su padre era un empresario próspero, propietario de un almacén de madera en la ciudad. En aquel momento, Max, su padre y su madre quedaron confinados a una habitación de una casa vieja. En cuanto el padre de Max quedó encerrado en el gueto, tomó una decisión fatídica. «Mi padre había pasado ya de los cincuenta —dice Max Epstein— y su filosofía era: "No quiero vivir". No se atrevía a suicidarse, porque eso no se hace y punto, pero decía: "Se ha acabado. Yo esto no lo quiero, para nada. Mi vida ya la he vivido y no quiero vivir [más]". Así que cerró las contraventanas, nuestra habitación estaba siempre a oscuras … No se afeitaba, solo se quedaba allí sentado, con los postigos cerrados. No quería ver el exterior.» Pero Max, con el apoyo de su madre, se esforzó por vivir lo mejor posible en aquel mundo nuevo. «Cuando eres joven, no piensas en la muerte. No quiero decir que no fuéramos conscientes de la gravedad de la situación … Pero aún piensas en cosas ridículamente mundanas.»[29]

Estera Frenkiel, otra adolescente judía atrapada en el gueto, se sentía «como si una bomba acabara de estallar sobre nuestras cabezas … Estábamos acostumbrados al antisemitismo, porque el antisemitismo también era habitual entre los polacos … El antisemitismo polaco quizá era más económico. Pero el antisemitismo de los alemanes era: "¿Por qué existes? ¡No deberías existir! ¡Tendrías que desaparecer!"».[30]

El plan de los nazis preveía que el gueto fuera lo más autónomo posible. Así, impusieron un Consejo judío o Consejo de Ancianos encargado de supervisar el gueto, y crearon una fuerza policial judía para mantener la disciplina. Las autoridades alemanas comunicaron al presidente del Consejo de Ancianos: «Debe asegurar usted el orden, en particular, de la vida

económica, la provisión de alimentos, el uso de la mano de obra, la salud pública y el bienestar público. Se le autoriza a adoptar todas las medidas necesarias e impartir todas las instrucciones necesarias para conseguir este objetivo, e implantarlas por medio de la fuerza policial judía que tiene a sus órdenes».[31]

Tras la invasión, los nazis habían procurado fundar comités judíos por toda Polonia, y en aquel momento transfirieron la idea a los guetos. Crear estos comités era útil, para los nazis, por diversos conceptos. En especial, los grupos de liderazgo judíos distanciaban a los ocupantes alemanes del contacto con la mayoría del resto de judíos; y con ello, se reducía lo que se entendía era el riesgo de «contagiarse» de alguna de las infecciones de la población judía. En enero de 1940, cuatro meses después de que el gueto quedara cerrado, el jefe de la policía de Łódź había advertido del «peligro» de contraer «fiebre tifoidea» y «disentería»,[32] que se difundían desde los distritos en los que vivían los judíos. Por supuesto, los propios nazis habían precipitado esta situación al privar de antemano a los judíos de cuidados sanitarios y una alimentación adecuada. Otra consecuencia adicional del efecto de distanciamiento era que los soldados alemanes no tenían que ver con sus propios ojos con qué sufrimiento se vivía dentro del gueto; de este modo, se les ahorraba el riesgo de ver cosas que los habrían podido perturbar emocionalmente. Otra ventaja, para los nazis, de este sistema de delegación de la responsabilidad administrativa en los judíos era que surgían conflictos internos. Los alemanes acabaron obligando a los consejos judíos a elegir en parte qué miembros del gueto iban a ser deportados y, con ello, decidir a qué compañeros les aguardaba una suerte aún peor. Por otra parte, en ocasiones los integrantes de los consejos judíos aprovechaban su posición para mejorar un tanto sus condiciones de vida, lo que era mal recibido por muchos otros miembros de la comunidad. Un gueto con divisiones internas resultaba perfecto para los alemanes.

En Łódź, el presidente del Consejo de Ancianos era un judío de sesenta y tres años llamado Mordechai Chaim Rumkowski. Este ex director de un orfanato de la ciudad era un personaje dominante de escasa educación formal. Como presidente del gueto terminó siendo uno de los personajes judíos más controvertidos del Holocausto.

Rumkowski tenía claro, desde el principio, que él estaba al servicio de los alemanes y, si no cumplía con lo que le pedían, lo castigarían con severidad. El 11 de noviembre de 1939, todos los miembros del primer

Consejo Judío de Łódź —salvo Rumkowski y otras dos personas— habían sido detenidos y enviados a la cárcel de Radogoszcz, donde murieron más de una veintena. Su único crimen había sido no funcionar con la eficacia que los alemanes reclamaban. Así pues, los miembros del nuevo Consejo Judío, formado poco después y presidido igualmente por Rumkowski, eran plenamente conscientes de que su posición de relativo privilegio también podía acabar en la tortura y la muerte.

Dentro del gueto, el poder de Rumkowski era inmenso. «En su relación con los demás judíos —escribió Yehuda Leib Gerst, un superviviente del gueto— era un tirano sin igual, que se comportaba exactamente igual que un *Führer* y dirigía su terror letal contra todo aquel que se atrevía a enfrentarse a sus bajezas.»[33] Después de que visitara el gueto de Varsovia, el líder judío Adam Czerniaków lo describió como un hombre «engreído» y «muy dado al autobombo»; pero además, era «peligroso», según Czerniaków, porque «a las autoridades siempre les dice que en su territorio todo marcha bien». Tras leer el periódico que publicaban los judíos del gueto de Łódź, Czerniaków llegó a la conclusión de que la «preocupación principal» de Rumkowski parecía ser «que "su gente" no le moleste en la calle entregándole propuestas y peticiones».[34]

El plan inicial de los nazis, después de haber cerrado el gueto de Łódź, pasaba por hacer que los judíos pagaran por los alimentos. En consecuencia, se les obligó a separarse de sus posesiones, dándoles a cambio un importe muy inferior a su valor. Un hombre de etnia alemana que se aprovechó en el mercado negro de estas «compras», confesó más adelante que «yo lo miraba desde el punto de vista de un empresario. Ellos [los habitantes del gueto] no podían masticar un anillo, pero si lo trocaban por una barra de pan, podían sobrevivir un día o dos. Si me ponen en la mano, por 100 marcos, algo que valía 5.000 marcos, sería estúpido no comprarlo».[35]

Jacob Zylberstein y su familia no tenían dinero para comprar comida a los alemanes, que exigían por ella precios desorbitados. Así, Jacob comprendió que, si no encontraba una forma de introducir alimentos de contrabando, a escondidas de los alemanes, se morirían todos de hambre. Sabía que sus vidas dependían de la pericia con la que él se relacionara con un polaco del exterior del gueto. La tarea era sumamente difícil, porque los judíos trabajaban, sin apenas excepciones, dentro de los confines del gueto. Pero Jacob tenía una ventaja: la parte trasera de su casa daba con la alambrada exterior. Gracias a esta proximidad, durante los primeros días de

existencia del gueto había podido llegar a un acuerdo con un polaco del otro lado. El polaco le pasaba una hogaza de pan; Jacob se quedaba la mitad para su familia, vendía la otra mitad dentro del gueto y le entregaba al polaco el dinero que había ganado. «Nos ayudó durante dos meses», cuenta Jacob, hasta que los alemanes atraparon al polaco y lo mataron. «Aun así, dos meses era mucho tiempo.»

Jacob no daba crédito a la crueldad de los alemanes. «No hay forma de entenderlo, como ser humano, que te puedan pasar cosas así. Un ser humano normal, ¿cómo iba a entenderlo? La gente se murió por cientos. Unas semanas después de que cerraran el gueto … recuerdo que el hambre era tan colosal que mi madre salía a recoger malas hierbas y cocinaba las malas hierbas. No se dejaban perder ni las pieles de las patatas: era más que un lujo, era la mejor comida del mundo.»[36]

El estallido de la guerra no agravó tan solo los padecimientos de judíos y polacos. Otras categorías de personas a las que ya se había atacado en el paso también corrían un riesgo mucho mayor; en especial, los discapacitados físicos y mentales. La forma en la que se los trató desde aquel momento, a su vez, tuvo un impacto específico sobre el desarrollo del Holocausto.

Como hemos visto, Hitler despreciaba a los discapacitados. Pero aunque los nazis habían introducido su esterilización forzosa, hasta entonces no habían autorizado que los mataran (un asesinato que se conocía con el eufemismo de «eutanasia»). Todo cambió justo antes de que la guerra empezara, cuando Philipp Bouhler, como jefe de la Cancillería del Führer, hizo leer a Hitler una carta escrita por el padre de un niño con una discapacidad grave. El padre, partidario de la «eutanasia», quería solicitar a Hitler el permiso para matar a su hijo, de unos pocos meses de edad.

Hitler autorizó a su propio médico, Karl Brandt, a investigar el caso y, si concluía que la descripción paterna del estado del hijo era correcta, organizar la muerte del niño. Brandt hizo lo que se le pedía y gestionó la «eutanasia». Según un estudio reciente, el asesinato se cometió hacia finales de julio de 1939.[37] Esta fecha es posterior en varios meses a lo que se había pensado hasta el momento, y ofrece más pruebas de que Hitler creía que la guerra que se avecinaba aportaría una cobertura útil para actuar drásticamente contra los discapacitados. Con ello haría realidad la profecía que había formulado ante Gerhard Wagner, director de los médicos del

Reich, en 1935, cuando le aseguró que, en el caso de un futuro conflicto, daría una «solución radical» al «problema» de los discapacitados mentales.[38]

Tras la muerte de este niño, Hitler autorizó a Bouhler y Brandt a matar a otros niños con discapacidades similares (y no solo bebés, sino también niños mayores). Para supervisar el proceso se creó toda una estructura administrativa específica. En agosto de 1939, el Ministerio de Interior promulgó una pautas confidenciales por las que las comadronas debían informar sobre todo recién nacido que padeciera dificultades tales como deformidades o parálisis. Estos informes llegaban a manos de tres doctores que, por separado, valoraban cada documento con un más o un menos. Si la mayoría optaba por el menos, se enviaba al niño a una clínica especial, en la que se lo mataba, a menudo por medio de una sobredosis de morfina u otro sedante. En los archivos oficiales, la muerte constaba como el producto de alguna enfermedad verosímil, como el sarampión.

Toda la operación se desarrollaba con gran secretismo. Se suponía que la opinión pública en general nunca debía averiguar qué sucedía con los niños en el seno de aquellas unidades especiales. Pero dentro de los recintos hospitalarios, era difícil esconder la existencia de esos crímenes. Durante la guerra, Paul Eggert —tildado de «delincuente»— fue enviado a Aplerbeck, uno de los hospitales infantiles que también actuaban como centros letales. Recuerda que, cada cierto número de semanas —unas pocas—, una enfermera entraba en el comedor durante la cena y seleccionaba a varios niños. A la mañana siguiente, los llevaban a la consulta de un médico, en la que, en teoría, debían vacunarlos contra la difteria o la escarlatina. Pero a Paul no le pasó por alto que aquellos niños «nunca regresaban» de la consulta. Recuerda que, en alguna ocasión, los niños seleccionados se agarraban a los chicos mayores en el intento de que no se los llevaran, pero «el médico o la enfermera les decían: "Ya vale, venid", o algo [así]». Mucho después de la guerra, Paul recordaba «los gritos» de los niños a los que les aguardaba la muerte, niños que, aterrorizados, dirigían la «mirada» hacia atrás. Era «desesperante», cuenta Paul, «era terrible».[39]

Hitler no se conformaba con matar a los niños discapacitados, también quería asesinar a los adultos. En junio o julio de 1939 (la fecha exacta se desconoce) pidió al doctor Leonardo Conti, el ministro de Salud, que ampliara el proyecto de la «eutanasia». Philipp Bouhler, desde la Cancillería del Führer, estaba descontento con la posición reservada a

Conti, porque su departamento ya intervenía en la operación eutanásica de los niños. Como experto en la política interior del nazismo, Bouhler maniobró y no tardó en apartar a Conti y hacerse con el control de ambos programas.[40]

Estas maniobras burocráticas pusieron de manifiesto que la estructura administrativa del Estado nazi —en particular en lo que respectaba a labores secretas como la matanza de los discapacitados— era sumamente flexible. Los médicos alemanes estaban matando a niños en unidades especiales sin que se hubiera aprobado ninguna ley que los autorizara a actuar así, y sin que la inmensa mayoría de los alemanes lo supieran (incluidos los miembros de departamentos gubernamentales que, si de algún modo el Estado hubiera sancionado formalmente aquellas medidas, era de suponer que habrían participado en la supervisión).

A Hitler no le importaban lo más mínimo los títulos oficiales de cada cuál; le bastaba con que la persona elegida acertara a cumplir con la tarea asignada. El departamento que de hecho dirigía esta operación de masacre se llamaba Cancillería del Führer y, anteriormente, no había tenido nada que ver con cuestiones médicas. Bouhler, el jefe de la Cancillería del Führer, era un burócrata del partido, a la sazón de treinta y nueve años, que hasta aquel momento había trabajado en asuntos relativos al propio partido. Su segundo, Viktor Brack, había sido chófer de Himmler. Ni Brack ni Bouhler tenían formación médica de ninguna clase.[41] Pero en el Estado nazi, todo esto era irrelevante. Lo que importaba era que se trataba de hombres comprometidos con la ideología nazi, ambiciosos y dispuestos a medrar y a servir al Führer. Si Hitler quería que se matara a los pacientes discapacitados mental y físicamente, ellos se encargarían de que fuera así.

El 9 de octubre de 1939, Viktor Brack presidió una reunión a la que asistieron profesionales médicos favorables a la idea de matar a los adultos discapacitados. En ese contexto se discutió sobre cuál sería la mecánica adecuada para tal clase de sistema. Se decidió que primero había que compilar una lista de todas las instituciones que, en aquel momento, se estaban ocupando de los «enfermos mentales, epilépticos y débiles mentales».[42] El personal de estos centros debería rellenar informes que detallaran la naturaleza de la discapacidad de cada paciente. Luego, profesionales de la medicina examinarían aquellas notas y determinarían quién debía vivir y quién morir. Uno de los factores a los que aquellos médicos atendieron para dictar su veredicto fue la posible capacidad de

trabajo de los pacientes; la selección, por lo tanto, obedecía tanto a razones médicas como económicas.[43]

En aquella reunión del 9 de octubre también se debatió cuál sería la mejor forma de proceder al asesinato de los adultos discapacitados. Los nazis preveían que el total de los condenados —se calculaba que unos 70.000— sería excesivo para matarlos por medio de inyecciones, medicamentos o el hambre. Así pues, Brack consultó a Arthur Nebe, el jefe de la Policía Criminal, sobre el método más idóneo para matar a los discapacitados en gran número; Nebe, a su vez, derivó a Brack al doctor Albert Widmann, que dirigía la sección química del Instituto Técnico Criminal. Como muchos de los que acabarían participando en estos proyectos secretos, Widmann era un hombre joven y relativamente inexperto. Cuando se le pidió que ayudara a organizar métodos para dar muerte a los discapacitados tenía veintisiete años y hacía tan solo un año que se había doctorado en Ingeniería Química. Acabada la guerra, cuando se lo sometió a juicio, Widmann declaró que, según Nebe, el objetivo del plan era acabar con la vida de los «animales en forma humana». En una reunión posterior, Widmann sugirió, desde su posición de experto, que el agente letal más idóneo sería el «monóxido de carbono»; este gas podía «liberarse en los pabellones por la noche para así efectuar la "eutanasia" de los pacientes mentales».[44]

Con la voluntad de asegurar el carácter secreto de esta colosal operación de matanza, el programa se designó con el nombre en clave de (Acción) T4, a partir de la dirección del cuartel general de la iniciativa: la Tiergartenstrasse 4, en Berlín. Varios de los implicados, de hecho, adoptaron seudónimos. Brack eligió para sí el alias de Jennerwein, un furtivo del siglo XIX, de mala reputación.

Pero pasado un tiempo, a finales de 1939, los implicados creyeron necesario conseguir algún tipo de autorización oficial para sus acciones. Así pues, abordaron a Hitler (probablemente Bouhler se encargó de ello) y pidieron una confirmación escrita de que la orden procedía del Führer. El resultado fue una nota breve, firmada por el propio Hitler, en la que afirmaba que se había hecho recaer sobre Bouhler y el doctor Brandt la «responsabilidad» de autorizar a los médicos a conceder una «muerte por compasión» a quienes adolecían de enfermedades «incurables». Es significativo que Hitler firmase la nota con una fecha anterior a la real: el 1 de septiembre de 1939, día de inicio de la invasión de Polonia. De esta

forma, hacía hincapié, una vez más, en la conexión entre su decisión de matar a los discapacitados y el estallido de la guerra. Esta relación entre la guerra y la creación de un aparato capaz de asesinar colectivamente a los discapacitados no fue importante tan solo para Hitler. Según se les dijo a muchos de los que participaron en la masacre, ¿por qué había que permitir que los discapacitados e improductivos siguieran con vida en una época en la que los sanos estaban perdiendo la vida en los campos de batalla?[45]

El intenso odio de Hitler hacia los discapacitados —y en especial, hacia los discapacitados mentales— quedó de manifiesto aquel otoño, durante una reunión a la que asistió Hans Lammers, que era el jefe de la Cancillería del Reich y, al mismo tiempo, el consejero legal más próximo a Hitler. En los juicios de Núremberg, con posterioridad a la guerra, Lammers testificó: «En esta ocasión, el Führer analizó, por primera vez en mi presencia, el problema de la eutanasia. Explicó que la parecía idóneo eliminar la "vida indigna de la vida" —en referencia a las vidas de los que sufrían enfermedades mentales graves— por medio de intervenciones médicas que causaran la muerte. Como ejemplo, si no recuerdo mal, mencionó enfermedades mentales graves en las que esos enfermos mentales solo podían dormir sobre arena o serrín, porque se lo hacían todo encima sin cesar; casos en los que esos enfermos se alimentaban de sus propios excrementos. También explicó que era correcto poner fin a esta "vida indigna de la vida", y que de esta manera podríamos ahorrar en el coste de los hospitales, médicos y personal de enfermería».[46]

El 4 de enero de 1940, el doctor Widmann realizó un experimento de gaseado en la ciudad de Brandemburgo, en una prisión convertida en un centro eutanásico. El proceso se desarrolló en una sala alicatada con el techo lleno de falsas cañerías de agua. Se dijo a los pacientes a los que se iba a matar que debían desvestirse fuera de una sala en la que se tenían que duchar. Una vez encerrados dentro de la supuesta sala de ducha, Widmann en persona giró la válvula que liberaba el gas de las botellas de monóxido de carbono. El gas fluyó hacia el interior y mató a los pacientes, que eran cerca de una veintena. Una vez asesinados, la sala se ventiló y los cuerpos se retiraron para su incineración.

La idea original del doctor Widmann —gasear a los pacientes mientras dormían en sus pabellones dormitorio— se había considerado poco práctica, pero el método de las falsas duchas demostró ser eficaz para el asesinato en masa. Desde la perspectiva de los nazis solventaba una serie de

problemas prácticos. En primer lugar, los pacientes a los que se iba a matar conservaban la calma hasta casi el último momento de sus vidas; la idea prosaica de darse una ducha no les provocaba inquietud. En segundo lugar, se podía dar muerte, simultáneamente, a una elevada cantidad de pacientes, y el método letal requería menos personal que ningún otro de los probados con anterioridad. Por último, utilizar duchas falsas distanciaba a los asesinos del acto de matar; en lugar de tener que mirar a los ojos a las personas a las que fusilaban o les ponían una inyección mortal, ahora a los asesinos les bastaba con girar una válvula. Y no solo estaban separados emocionalmente del momento del asesinato, sino también materialmente.

El doctor Karl Brandt, que asistió en persona al gaseado de Brandemburgo, no hizo mención de ninguna de estas ventajas para los nazis cuando, durante los juicios de Núremberg, se le preguntó por la decisión de gasear a los pacientes. Antes bien, afirmó que había planteado a Hitler la necesidad de elegir entre dos alternativas, el gas y las inyecciones, y Hitler había preguntado: «¿Cuál es el método más humano?».[47] Para Brandt, la respuesta era «obvia»: el gas. Otros muchos nazis que estuvieron al corriente de este método letal aseveraron luego que habían estado convencidos de lo mismo. Se entregaban a la fantasía de que los asesinos se estaban compadeciendo de sus víctimas al ahorrarles el tormento de anticipar la propia muerte; y que al tenerlos engañados hasta el momento en el que las cañerías liberaban el gas por encima de sus cabezas, se estaban mostrando humanitarios. Pero la idea de que morir en una cámara de gas era necesariamente menos aterrador que morir de cualquier otro modo no era más que una mentira, según pone de manifiesto, con claridad, el testimonio posterior de quienes participaron en el gaseado de los campos de exterminio.[48]

El doctor Brandt también sostuvo que el «experimento» por el que se mató a los discapacitados con gas era «tan solo un ejemplo de [lo que sucede] cuando se da un gran paso adelante en la historia de la medicina. Hay casos de operaciones que, en un principio, han sido objeto de desprecio, pero luego se ha aprendido al respecto y se las ha llevado a cabo».[49] De este modo, convencido de que formaba parte de «un gran paso adelante en la historia de la medicina» y «con buena intención», Brandt no dejó de trabajar en el programa eutanásico de los adultos.

No se obligó a ningún médico a participar en este proyecto. Los que objetaban podían excusar su intervención —por ejemplo, alegando que eran

demasiado «débiles» para esa labor—, pero la mayoría de los médicos consultados se sumó al programa, con diversos grados de entusiasmo. Algunos alegaron que, al matar a los discapacitados menos autónomos, liberaban fondos que se podían dedicar a otros pacientes. Otros suscribieron la creencia oficial según la cual el papel de los médicos, en el Estado nazi, contemplaba el bienestar de la sociedad tanto como el de cada paciente; más aún, cuando el país estaba en guerra. Fuera cual fuese la excusa con la que los médicos justificaron su participación, sabían que sin esta el programa asesino no habría podido salir adelante. Los profesionales de la medicina, en efecto, eran claves en el conjunto del proceso: desde la selección inicial de los pacientes a los que se mataría, pasando por tranquilizarlos antes de entrar a la cámara de gas y abrir la válvula, hasta certificar la muerte e inventar falsas causas de muerte para la documentación oficial que se enviaba a los parientes de los fallecidos.

Los nazis crearon seis centros de eutanasia, cinco en Alemania —en la ya mencionada Brandemburgo y en Grafeneck, Bernburg, Hadamar y Sonnenstein— y uno más en Austria, en Hartheim, no lejos de Linz. El de Sonnenstein fue un ejemplo típico. Se alzaba en una colina, a las afueras de la ciudad de Pirna, en la zona de Dresde. El edificio, que en origen había sido una fortaleza, pasó a albergar un sanatorio mental durante el siglo XIX. En 1940 se empezó a trabajar para transformar varias salas del sótano en una instalación de exterminio. Una habitación pequeña dio cabida a una cámara de gas, con la apariencia de cuarto de las duchas, y una puerta estanca por la que se accedía al depósito de cadáveres. Una selección de pacientes llegaba al centro en autobuses desde otras instituciones mentales de la zona; nada más llegar, se les notificaba que debían dirigirse al sótano para ducharse, como parte del protocolo de admisión al nuevo hospital. Cuando los pacientes estaban ya en el falso cuarto de las duchas, se abría la válvula del gas y se los mataba. Una vez se los había gaseado y se había constatado su muerte, los cadáveres pasaban al depósito, donde se les arrancaba cualquier diente o empaste de oro. La sala siguiente contenía dos hornos crematorios fabricados por la empresa berlinesa Heinrich Kori GmbH. Los cadáveres se colocaban sobre una estructura de acero —por lo general, apilados de dos en dos— y se introducían en el horno. Por último, las cenizas se arrojaban detrás del edificio, por una ladera. Durante el funcionamiento del centro de exterminio de Sonnenstein, de junio de 1940 a

agosto de 1941, se calcula que se mató por este sistema a 14.751 personas.[50]

La semejanza entre los procesos de asesinato empleados en los centros de eutanasia del Reich, en 1940, y en los campos de exterminio de la Polonia ocupada por los nazis, en 1942, son numerosas y variadas, como veremos. No solo las técnicas del exterminio eran en buena medida las mismas: el propio personal también lo era, en parte. En la primera matanza experimental del centro eutanásico de Brandemburgo, en enero de 1940, participaron dos hombres que, de formas distintas, ayudarían a dar forma al Holocausto. El primero era un médico de profesión, el doctor Irmfried Eberl, que dirigía el centro de exterminio de Brandemburgo. Era un austríaco de veintinueve años, nacido en Bregenz y formado en la Universidad de Innsbruck. La vida de Eberl estuvo dedicada a la causa nazi, desde lo más trivial —imitaba a Hitler con el mismo bigote y el pelo engominado hacia atrás— hasta lo más criminal, pues tuvo un papel crucial en los asesinatos de Brandemburgo. Eberl «siempre consideró» que abrir la válvula de gas era «su responsabilidad»,[51] según el testimonio de su segundo, Aquilin Ullrich. Otro de los trabajadores de Brandemburgo, un jardinero entusiasta de su profesión, contó que el doctor Eberl le había contado que así como «hay que destruir todas las malas hierbas», también «debería desaparecer la gente que no merece vivir».[52] Otro funcionario de la Acción T4 dijo que el doctor Eberl era tan incondicional de su labor que «quería gasear a todo el mundo y hasta a su propio hermano».[53]

El doctor Eberl creía, como el doctor Brandt, que su trabajo favorecía el progreso de la ciencia médica. Los cerebros de los niños asesinados en Brandemburgo se enviaban al profesor Julius Hallervorden, jefe del Departamento de Neuropatología del Instituto Kaiser Wilhelm de Investigación Cerebral, en Berlín. El cuaderno de notas de Eberl recoge que el profesor Hallervorden llegó a visitar Brandemburgo y participó en autopsias realizadas en el propio centro de exterminio.[54] Durante los juicios de Núremberg, Hallervorden afirmó que «aquellos cerebros representaban un material maravilloso» y que «su procedencia no me importaba lo más mínimo».[55]

La carrera de Eberl en el Estado nazi dibujaba una trayectoria claramente ascendente. Es difícil imaginar otras circunstancias en las que un médico tan joven como Eberl podría haber aportado tanto a la investigación de un neurólogo famoso como el profesor Hallervorden. El doctor Eberl, al igual

que el doctor Widmann, descubrió que matar podía ser una manera de acelerar los avances científicos.

La segunda persona que asistió al experimento de gaseado aquel mes de enero y luego participó en el Holocausto no podría haber sido más distinto del doctor Eberl, tanto en edad como en formación y experiencia vital. Christian Wirth contaba cincuenta y cinco años cuando fue nombrado director administrativo del centro eutanásico de Brandemburgo. En su juventud había hecho prácticas como carpintero y luego entró en la policía. En la primera guerra mundial obtuvo una Cruz de Hierro y, después de la derrota de Alemania, se unió al partido nazi sin abandonar la policía. Wirth era un personaje temible, siempre práctico y de una dureza brutal. Su comportamiento fue tan infame que se lo motejó como el «cristiano salvaje». Cuando se incorporó a la T4, no puso reparos a participar directamente en el proceso de asesinato; en cierta ocasión ejecutó personalmente, a balazos, a cuatro pacientes enviadas a un centro eutanásico, cuatro mujeres que se creía que estaban infectadas de tifus. A los que trabajaban para él les decía que a los «enfermos mentales» eran una «carga para el Estado» y, por lo tanto, había que eliminarlos. Uno de sus subordinados lo describió, sencillamente, como «una bestia».[56] Franz Stangl, otro policía que se sumó al programa de eutanasia de los adultos y que más adelante dirigiría un campo de exterminio, describió a Wirth como «un hombre basto y rubicundo. Cuando lo conocí, se me cayó el alma a los pies». Wirth se expresaba con una «crueldad verbal espantosa»: «Hablaba de "liquidar las bocas inútiles" y decía que el "babeo sentimental" sobre esa gente "le hacía vomitar"».[57] Wirth y Eberl, que a principios de 1940 trabajaron juntos en el centro de exterminio de Brandemburgo, se encontrarían de nuevo dos años más tarde, en los territorios ocupados del Este, en circunstancias todavía más horrorosas.

A los discapacitados se los asesinó no solo en Alemania y Austria, sino también en la Polonia ocupada por los nazis. En el otoño de 1939, miembros de la Guardia Especial Eimann, una unidad de las SS de Dánzig, junto con los *Einsatzgruppen*, fusilaron a miles de pacientes mentales en el territorio de la zona recién germanizada de Dánzig/Prusia Occidental. No se dirigieron tan solo contra los que no podían trabajar; a los pacientes polacos o judíos los mataron a todos, independientemente de la gravedad de su caso.[58]

A principios de 1940, en Polonia se usaba un método nuevo para asesinar a los discapacitados. Una unidad dirigida por Herbert Lange, un oficial de las SS de treinta años de edad, utilizaba un medio letal móvil: un camión en cuyo lateral se leía «Compañía Cafetera de Kaiser». Una vez se había encerrado en su interior a los pacientes seleccionados, se bombeaba desde el exterior monóxido de carbono embotellado. El camión de Lange recorrió numerosas carreteras de Polonia y las tierras fronterizas con Alemania y dio muerte a varios miles de discapacitados.[59] El furgón de gas tenía ventajas claras para los nazis, con respecto a una instalación de gas fija, porque podía viajar hasta el lugar en el que los pacientes estaban hospitalizados. Las desventajas de este nuevo método letal no eran menos evidentes. Por ejemplo, se corría el riesgo de que no pasara inadvertido que todo aquel que se montaba en la trasera del camión, desaparecía. Mientras en un área concreta no se le diera un uso excesivo, sin embargo, se podría preservar el secreto.

Dentro de Alemania, al principio, la selección de los discapacitados judíos fue muy similar a la de los demás pacientes: los médicos se centraban en criterios clínicos más una evaluación de la capacidad de trabajo del paciente. Pero esto cambió en abril de 1940, cuando Herbert Linden, un médico adepto de la «higiene racial» y a la vez funcionario que participaba en el programa T4, solicitó a las autoridades locales que revelaran el nombre de todos los enfermos mentales judíos. Desde entonces, ninguno de estos pacientes faltó en la lista de los elegidos para el exterminio.[60]

El estallido de la guerra también tuvo consecuencias penosas para los judíos que antes ya habían sido trasladados a campos de concentración situados en territorio alemán. Aunque no hay pruebas de que desde arriba se diera la orden de asesinar en masa a los judíos recluidos en campos de concentración, en estos las SS sabían que, con la atmósfera febril de la guerra, podían actuar contra ellos más o menos a su antojo. La llegada de varios judíos polacos al sistema exacerbó aún más el deseo de las SS de torturar a los reclusos judíos. En Sachsenhausen, a las afueras de Berlín, las SS dieron rienda suelta a su imaginación sádica: a los prisioneros judíos que tenían sed les hacían tragar su propia orina, los que tenían hambre debían luchar por la comida apaleándose entre sí.[61] En Buchenwald, cerca de Weimar, se hizo salir del campo a más de una veintena de judíos y se los

fusiló como represalia porque, un día antes, el 8 de noviembre de 1939, en Múnich, se había intentado acabar con la vida de Hitler.[62]

La guerra también agravó el mal trato que se daba a los reclusos no judíos en los campos de concentración. En enero de 1940, por ejemplo, Rudolf Höss, que entonces era oficial de las SS en Sachsenhausen, ordenó que 800 prisioneros estuvieran de pie durante horas en la plaza en la que se pasaba revista, en condiciones de viento y frío intenso. El preso de mayor edad del campo rogó a Höss que se compadeciera de ellos, en vano; los reclusos tuvieron que seguir sufriendo allí, en pie. En total, en 1940, unos 14.000 internos perdieron la vida en el sistema de los campos de concentración. En 1938 —el año que más fatalidades se había cobrado antes de la guerra— habían sido 1.300. Es decir, la guerra había multiplicado por más de diez la cifra de muertos.[63]

La contienda también supuso una expansión general del sistema de campos de concentración, pues los nazis abrieron campos nuevos en los territorios ocupados. El 2 de septiembre de 1939, un día después de que los alemanes invadieran Polonia, se creó un campo de concentración en la pequeña ciudad de Sztutowo (Stutthof, para los alemanes), cerca de Dánzig. Aun así, los preparativos para abrir el que sería el campo de más infame reputación de todo el sistema nazi —Auschwitz, en territorio polaco— no se produjeron hasta la primavera de 1940. Cuando Rudolf Höss —transferido desde Sachsenhausen como comandante del campo nuevo de Auschwitz— llegó allí en abril de 1940, aún no sabía que en la instalación que él iba a crear y dirigir tendría lugar la masacre más colosal de la historia del mundo. En efecto, se le había ordenado construir no un campo de exterminio, sino una versión extrema de Dachau, el «modélico» campo de Theodor Eicke en el que Höss se había empezado a formar. La ciudad de Auschwitz (en polaco: Oświęcim) estaba en la Alta Silesia, una zona de Polonia que los nazis querían germanizar; y el nuevo campo de Höss tenía como objetivo sembrar el terror en la población polaca del lugar.

Este campo, el primer Auschwitz, se estableció al lado del río Sola, cerca de la pequeña ciudad de Auschwitz, a partir de un grupo de barracones de ladrillo rojo, que habían sido del ejército polaco. Desde el principio, la tasa de mortalidad de Auschwitz fue muy superior a la del Dachau de la preguerra: a principios de 1942, había muerto más de la mitad de los 20.000 polacos enviados al campo en primer lugar.

Jerzy Bielecki, un preso político polaco, iba en el primer transporte que llegó al campo, en junio de 1940. Recuerda que los guardias de las SS apalearon a los reclusos a lo largo de todo el camino que separaba la estación de tren de las puertas del campo. «A mi lado iba un chaval joven, tendría unos dieciséis años —o incluso quince— y estaba llorando a lágrima viva. Le habían roto la cabeza y le caía sangre por la cara … Teníamos miedo, no sabíamos dónde estábamos. A mí me pareció que estábamos en el infierno. No se puede describir de otra manera. Y resultó que sí: era el infierno».[64] Bielecki, al que habían enviado a Auschwitz porque los alemanes creían que formaba parte de la resistencia polaca, tuvo que participar en la construcción del campo junto con los demás presos.

Bielecki también recuerda la brutalidad de los *Kapos* —criminales alemanes enviados a Auschwitz desde Sachsenhausen—, que se encargaban de supervisar su trabajo. «Me acostumbré a ver la muerte y a ver palizas y malos tratos», dice. Pasados «tres o cuatro meses me acostumbré a ver eso». Una vez que estaba en un «comando» de construcción fue testigo de cómo un *Kapo*, enojado por el trabajo de uno de los reclusos, cogió una pala y «le cortó el cuello de forma que salió un chorro de sangre y la pala se le quedó clavada hasta medio cuello. Es algo que nunca podré olvidar … Aparece en mis sueños».[65]

Solo un pequeño porcentaje de las personas enviadas a Auschwitz en 1940 eran judíos, pero al igual que en los campos del territorio de preguerra del Reich, los judíos encarcelados en Auschwitz tenían muchas probabilidades de padecer especialmente. Kazimierz Albin, que también llegó a Auschwitz en el primer transporte, en junio de 1940, recuerda que los alemanes «pescaron» de entre los internos a todos los judíos, junto con los «sacerdotes y monjes», a los que «trataban casi igual de mal que a los judíos».[66]

Wilhelm Brasse, que llegó a Auschwitz en agosto de 1940, recuerda que los alemanes seleccionaban a judíos y a sacerdotes católicos y les hacían «cantar himnos y canciones religiosas». Solían «apalear a los sacerdotes, y luego a los judíos, y luego les chillaban que eran perezosos por cantar en voz tan baja. Me causó una impresión que solo puedo calificar de terrible. Nunca había imaginado [que pudiera ocurrir] algo como aquello».[67]

Desde el día en que el campo se abrió, se empleó una diversidad de técnicas para torturar a los reclusos. Los castigos no solo eran crueles —por ejemplo, uno de los castigos habituales era atar las manos de un interno por

detrás de la espalda y luego colgarlo de un palo por las muñecas— sino a menudo también arbitrarios. Todos los presos sabían que corrían el riesgo de, en cualquier momento, recibir una paliza o un trato aún peor; y que apenas podían hacer nada para evitarlo. Para exacerbar todo este padecimiento, los alemanes insistían en que todo se hiciera a la carrera. Ver a todos los presos afanándose de un lado a otro hizo pensar a August Kowalczyk, que ingresó en Auschwitz a finales de 1940, en «un hormiguero al que le dan una patada. El hormiguero se abre y entonces ves que todas las hormigas corren en todas direcciones».[68]

En mayo de 1940, a los pocos días de que Höss llegara a Auschwitz, Himmler describió cuál era su visión del conjunto de los territorios orientales ocupados. Este memorando, que Himmler quería enviar a Hitler, recibió un título bastante modesto, si pensamos en el carácter radical de las propuestas: «Algunas reflexiones sobre cómo tratar a la población extranjera en el este».[69] Una extensa sección del memorando se ocupaba del plan himmleriano de hacer una investigación entre la población polaca, buscando niños que «racialmente» fueran «de primera clase» y «estuvieran a la altura de lo que requerimos». Estos niños serían trasladados a Alemania donde se los criaría como ciudadanos alemanes. Himmler creía que, de esta manera, los nazis tendrían acceso a más «sangre» alemana y, de paso, privarían a los polacos de una potencial clase dirigente. En cuanto al resto de los niños polacos, recibirían tan solo la educación más básica: aprenderían a contar «hasta 500» y a escribir su nombre. «Me parece innecesario enseñar[les] a leer», dijo Himmler. Era más importante —sostuvo— que los niños polacos aprendieran que «Dios manda obedecer a los alemanes y ser honesto, trabajar duro y portarse bien». Cuando crecieran, estos niños formarían parte de una «clase trabajadora sin líderes» que los alemanes podrían usar en la «construcción de carreteras, en canteras» y «obras».

En su memorando, Himmler también afirmó que la idea de «exterminar materialmente a un pueblo» era «esencialmente impropia de alemanes, además de imposible»; esta percepción, desde luego, cambió cuando se inició el Holocausto. En todo caso, aunque en aquel momento no aprobara el asesinato colectivo, respecto de los judíos su propuesta no era poco radical: «Espero que el término "judío" desaparecerá por completo por la posibilidad de una emigración a gran escala de todos los judíos a África o alguna colonia». Obviamente, debía de estar en pensando en algo similar al

proyecto de Madagascar, que, como hemos visto, los propios polacos habían estudiado seriamente poco antes de la guerra. Con ello se diferenciaba llamativamente de la orientación expresada por Heydrich en otoño de 1939: deportar a los judíos a la zona oriental del nuevo imperio alemán.

Himmler se animó a plantear la emigración forzosa de los judíos a África debido al desarrollo de otros acontecimientos. El 15 de mayo de 1940, fecha del documento, al ejército alemán le faltaban tan solo cinco días para emprender una gran ofensiva contra Francia y los Países Bajos. Aunque no se tenía la plena certeza de que la Wehrmacht conseguiría la victoria, bajo la visión himmleriana de reubicar a los judíos en África subyacía la convicción de que, cuando los alemanes hubieran triunfado y ocupado Francia, Bélgica, Dinamarca, los Países Bajos y Luxemburgo, Gran Bretaña firmaría la paz. Esto, a su vez, permitiría que los alemanes usaran una flota de barcos mercantes (en su mayoría, requisados a sus adversarios) para transportar a los judíos al sur, ya fuera a Madagascar (los alemanes reclamarían la isla, por haber sido colonia francesa) o algún otro país africano.

A primera vista —sobre todo, si tenemos en cuenta lo que ocurrió después—, el conjunto parece muy fantasioso. Pero la estela documental que los nazis dejaron durante el verano de 1940 demuestra que se tomaban en serio esta posible «solución» al «problema judío». Cuando no habían pasado dos semanas de la derrota de Francia, el 3 de julio, Franz Rademacher, jefe de Asuntos Judíos en el Ministerio de Exteriores de Alemania, escribió un memorando en el que aseveraba: «Francia debe poner a nuestra disposición la isla de Madagascar, para solucionar la cuestión judía».[70] Nueve días después, Hans Frank afirmó que «no [habrá] más traslado de judíos al Gobierno General»,[71] porque se planeaba enviar a «toda la panda de judíos» a una «colonia africana o americana» y «se habla de Madagascar, que Francia cedería para ese fin».

Aunque la idea de Madagascar no equivalía de entrada a un plan inmediato de exterminio de los judíos, en la práctica habría supuesto la muerte de varios millones. En efecto, la comisión polaca que, antes de la guerra, había estudiado la posibilidad de una emigración masiva a la isla había llegado a la conclusión de que esta solo podría alojar a 60.000 judíos. Sin embargo, el despacho de Eichmann envió una nota a Rademacher, el 15 de agosto, que sostenía que se establecería allí a «cuatro millones» de

judíos.[72] Por otro lado, según el proyecto nazi, a los judíos no se les permitiría ninguna forma de autogobierno: la isla estaría «sometida al control del *Reichsführer SS*» y un «gobernador policial».[73] Otros indicios de que el proyecto nazi no distaba gran cosa de un genocidio fueron, por un lado, que se mencionara como posible «gobernador» de Madagascar a Philipp Bouhler —uno de los autores, recordemos, del programa de eutanasia de los adultos— y que a finales del verano de 1940 Rademacher había revisado aún más al alza el cálculo de judíos que debían enviarse a la isla, un total que ascendió de 4 a 6,5 millones.[74]

Si esta idea se pudo sopesar durante el verano de 1940 fue porque los alemanes habían obtenido una victoria extraordinariamente rápida en la Europa occidental. En tan solo seis semanas, a finales de la primavera, la Wehrmacht había conseguido más que lo obtenido por el ejército alemán durante toda la primera guerra mundial. La mitología popular nos dice que esta victoria era inevitable, que las fuerzas armadas alemanas estaban destinadas a vencer porque eran superiores a sus contrincantes en blindaje, en motorización, en modernidad general en todos los sentidos. Pero esto, sencillamente, no es así. La realidad era que los Aliados occidentales poseían más tanques —y mejores— que los alemanes. No estaba ni mucho menos cantado que las tropas de Hitler fueran a ganar en el oeste.

El contexto de este éxito colosal de las tropas alemanas es importante, en lo que respecta al desarrollo del Holocausto, porque después de la victoria Hitler cambió su percepción del mundo. Hacia finales de 1939, varias figuras destacadas del Ejército alemán habían sopesado apartar a Hitler del poder; no porque se sintieran ofendidas por las atrocidades espantosas que los alemanes estaban cometiendo en la Polonia ocupada, sino porque creían que Hitler, con su plan de invadir la Europa occidental, llevaría a Alemania al desastre. El general Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército alemán, escribió en su diario el 3 de noviembre de 1939: «Entre el E[stado] M[ayor] Superior, nadie cree que la ofensiva ordenada por el OKW [el Alto Mando de la Wehrmacht, subordinado directamente a Hitler] tenga ninguna perspectiva de éxito».[75] Un importante oficial fue más sucinto, al valorar el plan de invasión, simplemente, como «demencial».[76]

En noviembre de 1939, esta evaluación no iba nada desencaminada. Si los planes de invasión del oeste que existían por entonces se hubieran llevado a la práctica, lo más probable es que los nazis hubieran sufrido una derrota catastrófica. Sin un cambio de estrategia —debido en parte al hecho

de que los Aliados habían obtenido datos confidenciales sobre la intención primera de los alemanes—, no se habrían sentado las bases que posibilitaron el éxito. La nueva idea era una apuesta colosal: un ataque rápido a través de la zona boscosa de las Ardenas, en apariencia impenetrable, hacia la ciudad francesa de Sedán, paralelo a un ataque de distracción, más al norte, a través de Bélgica. De hecho, Hitler apostó todo su futuro, y la suerte de Alemania, al supuesto de que los Aliados no detectarían el paso de los blindados alemanes por las Ardenas hasta que fuera demasiado tarde para impedir que los *Panzer* atravesaran el río Mosa por Sedán y se lanzaran a toda velocidad por las llanuras de la Francia central en dirección al canal de la Mancha. El plan era extraordinariamente radical y el riesgo, extraordinariamente elevado, y no hay exageración en estas palabras. Sin embargo, como todos sabemos, funcionó: en gran medida, por la incompetencia de la cúpula militar aliada, que, tal y como Hitler había apostado que sucedería, no comprendió la gravedad del avance de los alemanes hacia Sedán hasta que fue demasiado tarde.

Tras la derrota de Francia, los comandantes militares pasaron a festejar a Hitler. El general Wilhelm Keitel —el jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, que fue ascendido a mariscal de campo tras la victoria alemana — ensalzó a Hitler como «el mayor líder militar de todos los tiempos».[77] En su mayoría, la población alemana también estaba exultante; las multitudes que saludaron a Hitler cuando este regresó a Berlín desde el frente occidental, el 6 de julio de 1940, bordeaban la histeria al manifestar su gratitud por la evidente genialidad de su Führer.

De resultas de toda esta adulación, Hitler quedó aún más convencido de lo que ya tendía a creer: que él era una de las figuras más importantes que hubieran existido nunca en la historia. Según les había dicho a sus generales en agosto de 1939, «en lo esencial, todo depende de mí, de mi existencia».[78] También había repetido, en un discurso ante los jefes militares, tres meses después, el 23 de noviembre, que el conflicto en el que todos ellos estaban enredados debía entenderse en un marco épico. Solo se podía elegir entre «victoria o derrota»; todo lo que no fuera «aniquilar» al enemigo suponía arriesgarse a la propia aniquilación. Esta «batalla racial», según Hitler, era inevitable porque «la población cada vez más numerosa [de Alemania] necesita más "espacio vital" (*Lebensraum*)».[79]

El mensaje que la victoria en el oeste envió a los millones de alemanes que veían con buenos ojos el movimiento nazi era obvio: se habían acabado

las preocupaciones. El futuro era inmejorable, debían descartar toda duda o inquietud, porque su Führer había demostrado que siempre tenía la razón. Hitler no había «hipnotizado» a todas estas personas; si estaban de acuerdo con él no era porque, de algún modo, les hubieran usurpado la capacidad de pensar. Eligieron confiar en él porque los hechos recientes habían puesto de manifiesto que lo más razonable era hacerlo así. Pero esta disposición anímica entrañaba un peligro inmenso. Conllevó que, más adelante, cuando los judíos empezaron a desaparecer de las calles, la gente intentaba descartar cualquier inquietud que se les planteara ocultándose bajo el consabido lema: el Führer sabe lo que se hace. En el pasado, Hitler había demostrado que sabía lo que se hacía, así que el futuro será igual, también sabrá lo que se hace. Si ha ordenado que los judíos sufran más que nunca será porque es lo mejor para Alemania y hay que apoyarle en eso.

Después de imponerse en la Europa continental, Hitler confiaba en que Gran Bretaña propondría la paz. En su discurso ante el Reichstag del 19 de julio de 1940 apeló a los británicos a ser «razonables». «Hoy todavía estoy triste —dijo—, porque aun a pesar de todo mi empeño» no se había establecido una «amistad» con «Inglaterra».[80] Churchill, primer ministro desde hacía dos meses, estaba en contra de un acuerdo similar, al igual que el gobierno que dirigía. Así las cosas, cuando quedó claro que los británicos seguirían luchando, Hitler se enfrentaba a un dilema. Podía dirigir sus fuerzas armadas hacia una invasión de Gran Bretaña o bien volver la atención hacia el este y enfrentarse al enemigo que había identificado ya en *Mein Kampf*, en 1924: la Unión Soviética. Para Hitler, la elección era fácil. Nunca había deseado una guerra con Gran Bretaña y, además, la Armada alemana carecía de los buques de guerra necesarios para proteger a una flota que cruzara el canal con las tropas invasoras. En una reunión del 31 de julio de 1940, planteó a sus comandantes militares la posibilidad de invadir la Unión Soviética antes de haber derrotado a Gran Bretaña. Justificó este rumbo con una lógica algo retorcida. Alegó que una de las razones por las que Gran Bretaña no había abandonado la guerra era que esperaba que, en algún momento, la Unión Soviética acudiría en su auxilio, pues «Rusia es el factor en el que Gran Bretaña tiene depositada más confianza».[81] Así pues —dio a entender Hitler— si destruían la posibilidad de que la Unión Soviética entrara en la guerra de parte de los británicos, Churchill les pediría la paz. El argumento era estrambótico, para empezar porque la

fortaleza bélica de Gran Bretaña dependía de la ayuda de Estados Unidos, y no de la Unión Soviética. En todo caso, nadie refutó la idea.

Hitler tampoco descartaba por completo la idea de invadir Gran Bretaña. Aún se desarrollaron planes para lanzar un bombardeo aéreo y, a pesar de que atacar al otro lado del canal parecía un proyecto condenado al fracaso —según lo expuso el gran almirante Raeder en la reunión del 31 de julio de 1940—, se hicieron preparativos, aunque con cierta desgana, para una Operación León Marino, nombre en clave de la invasión de Gran Bretaña. Pero Hitler nunca la consideró una operación prioritaria, sino que depositó su esperanza de lograr otro triunfo militar en otros planes, en los que se trabajó durante el resto de 1940, para iniciar un ataque a gran escala contra la Unión Soviética el año siguiente.

Hitler había afirmado, ya en 1924, que Alemania necesitaba adquirir nuevos territorios por el este. La guerra necesaria para conquistar ese terreno estaba cada vez más cerca.

# 9

# Persecución en la Europa occidental (1940-1941)

Mientras se trazaban planes para invadir la Unión Soviética, los nazis tenían que resolver una cuestión urgente que se les había planteado a consecuencia de la victoria en el oeste. Ahora que los alemanes tenían a muchos más judíos bajo su control, ¿cómo debían tratarlos?

La forma en la que respondieron a esta pregunta, entre mayo de 1940 y la invasión de la Unión Soviética, que se inició en junio de 1941, es muy reveladora sobre la flexibilidad de las medidas antisemitas de los nazis durante esta primera fase de la guerra. También pone de relieve, una vez más, que en este estadio aún no se había decidido ejecutar un exterminio masivo. Los nazis seguían aferrados a la idea de que, a largo plazo, la «solución» de la «cuestión judía» pasaba por la expulsión.

El 10 de mayo de 1940, el ejército alemán invadió Luxemburgo, los Países Bajos y Bélgica. En Luxemburgo —el país más pequeño de los tres, con mucha diferencia— había unos 3.500 judíos para un total de unos 300.000 habitantes.[1] En este país había un movimiento *Volksdeutsche* que pedía que Luxemburgo «volviera» a la que era su «casa», el Reich alemán. El *Gauleiter* Gustav Simon[2] instigó un extenso programa de «germanización» y aplicó las leyes de Núremberg tan pronto como pudo, desde el mes de septiembre de 1940. Se urgió a los judíos a emigrar a Francia y, durante el otoño de 1940, los nazis señalaron varias fechas límite en las que querían que todos los judíos se hubieran marchado del país. A algunos los llevaron hasta la frontera y los abandonaron allí, sin más.[3]

En la vecina Bélgica, la situación era distinta. Justo antes de que los nazis la invadieran, había allí unos 65.000 judíos, para una población total de 8,3 millones de personas. En su mayoría, estos judíos no contaban con la

ciudadanía belga, sino que habían huido de la Alemania nazi u otros países de la Europa del Este. A diferencia de lo que sucedió en Luxemburgo, los alemanes no intentaron obligar a los judíos a salir del país, pero desde octubre de 1940 impusieron leyes antisemitas. Las nuevas leyes determinaban quién era judío y quién no, y los nazis exigieron expulsar a los judíos de una lista de profesiones. Sin embargo, no hubo violencia concertada en las calles, lo cual, unido al hecho de que los nazis permitieron que los judíos siguieran trabajando en la industria de los diamantes, en Amberes, hizo que, durante el verano y otoño de 1940, algunos judíos regresaran a Bélgica desde los países vecinos. La actitud de los nazis empezó a cambiar en noviembre de 1940, cuando Göring exigió «arianizar» las empresas de los judíos, aunque el proceso no adquirió pleno impulso hasta bien entrado ya el año siguiente.

En Bélgica hubo actos aislados de protesta contra la persecución de los judíos por parte de los alemanes. En octubre de 1940, por ejemplo, varios funcionarios del gobierno belga se negaron, en un principio, a obedecer una instrucción alemana de aplicar medidas antisemitas; aunque luego pusieron en práctica la legislación, cuando los alemanes los obligaron. En la Universidad Libre de Bruselas hubo asimismo quejas de profesores, cuando los alemanes pidieron la expulsión de los colegas judíos; pero las protestas cayeron en saco roto.

El rey de Bélgica, Leopoldo III, decidió permanecer en el país, y los alemanes lo tuvieron en arresto domiciliario. En el vacío de poder resultante, hubo un gobierno en el exilio, con sede en Londres, que interpretó un papel influyente. Encabezado por Hubert Pierlot, que había sido primer ministro antes de la contienda, el gobierno en el exilio aseveró, en enero de 1941, que cuando se hubiera derrotado a los alemanes todas las propiedades y bienes robados serían devueltos a sus dueños genuinos, y que se exigirían cuentas a los belgas que intentaran sacar partido de la situación. Aunque esta declaración no mencionaba específicamente las medidas antisemitas que los alemanes habían impuesto en Bélgica, tuvo como efecto advertir de que quienes robaran a los judíos tendrían que responder de ello ante la justicia. Cuando menos, así es como entendieron estas palabras en el Congreso Judío Estadounidense, y el rabino Stephen Wise escribió al primer ministro Pierlot, a su dirección de Londres, para agradecerle el apoyo.[4]

En la Bélgica ocupada también hubo quien recibió con los brazos abiertos tanto el racismo como el antisemitismo de los nazis. Los rexistas, por ejemplo —un partido político de extrema derecha, liderado por Léon Degrelle—, abrazaron la ideología nazi. Jacques Leroy, un rexista acérrimo, admite que era firmemente «racista». Dice: «La diferencia entre la gente a la que llamas *Übermenschen* [una raza superior] y la que llamas *Untermenschen* [una raza inferior] es que los *Übermenschen* son la raza blanca … En aquellos días nos enorgullecíamos de pertenecer a la raza blanca».[5] En cuanto a la actitud específica de Leroy hacia los judíos, bastará decir que en la posguerra se situó entre quienes negaban la existencia del Holocausto.

En Bélgica existía suficiente odio antisemita como para que, en la primavera de 1941, se desarrollara un pogromo. El 14 de abril, cerca de doscientos belgas que colaboraban con los nazis, de unidades paramilitares como la VNV (Vlaams Nationaal Verbond) y la Volksverwering, prendieron fuego a dos sinagogas en Amberes y luego a la casa del rabino principal.[6] Los alemanes impidieron que la brigada de bomberos y la policía del país actuaran para apagar el fuego y detener a los culpables.

Es revelador que los responsables del ataque acababan de ver *Der ewige Jude* [El judío eterno], una película de propaganda antisemita estrenada un año antes, que es tristemente famosa por comparar a los judíos con ratas. Además escenificaba un ataque contra banqueros como los Rothschild, a los que acusaba de abrir sucursales en diferentes capitales europeas con la intención de dominar el sistema bancario en pro del colectivo judío. Así, la cinta pretendía demostrar que los judíos ejercían una lealtad mutua más allá de las fronteras, en vez de ser leales a su país de residencia. *Der ewige Jude* fue, de lejos, la película más vomitiva de la propaganda antisemita nazi, y hay pruebas de que Hitler intervino directamente en su concepción. Así, tanto ciertos documentos de archivo como el testimonio de su director, Fritz Hippler,[7] dan a entender con claridad que Hitler quería llevar la cinta hasta el extremo. Según recuerda Fritz Hippler: «Con esta película, Hitler quería aportar "pruebas", por así decir, de que los judíos son una raza parasitaria … a la que había que separar del resto de los hombres».[8] La comparación de los judíos con ratas tuvo que resultarle a Hitler especialmente poderosa, dado que él sentía un odio particular hacia estos animales tan singulares. «Cuando estaba en el frente, aprendí a odiar a las ratas —dijo durante la

guerra—. Un hombre herido entre las líneas sabía que esas bestias horrendas se lo comerían vivo.»[9]

Goebbels no creía en estos intentos tan crudos de influir al público. En julio de 1941, describió qué diferenciaba su concepto de propaganda cinematográfica del de Hitler: «Algunos desacuerdos sobre el noticiario. El Führer quiere un guion con más materiales polémicos. Yo preferiría que las imágenes hablaran por sí mismas y limitar el guion a explicar lo que, de otro modo, el público no entendería. Creo que esto es más eficaz porque entonces el espectador no ve el artificio».[10]

En la taquilla, *Der ewige Jude* fue un fracaso. Pero aunque provocó disgusto en buena parte del público —se contaba que algunas mujeres se desmayaron mientras la miraban—, para los fanáticos, como los paramilitares belgas que vieron la película en abril de 1941, confirmaba su idea de que los judíos, como las ratas, solo merecían una expulsión forzosa.

Mientras las sinagogas de Amberes ardían, al noroeste, en Dinamarca, se produjo una forma de ocupación muy distinta. El 9 de abril de 1940, un mes antes de invadir la Europa occidental, el ejército alemán había pasado al norte, atravesando la frontera danesa. Ante la brutal inferioridad numérica y artillera, los daneses tuvieron que aceptar lo inevitable: dos horas después de que los primeros soldados alemanes pusieran el pie en el país, el gobierno danés se rindió. Lo que sucedió a continuación fue sorprendente, sobre todo en el contexto de la gobernación nazi del territorio vecino: los alemanes dejaron que los daneses, en buena medida, siguieran rigiéndose a sí mismos. El rey Cristián X continuó en la jefatura del Estado y la policía y la judicatura danesas siguieron funcionando sin grandes variaciones.

En este caso, los alemanes creyeron conveniente comportarse con moderación por varias razones. En primer lugar, para los nazis los daneses eran hermanos de raza; con la inmensa mayoría de los habitantes del país, no tenían ningún enfrentamiento ideológico. En cuanto a los judíos, representaban tan solo el 0,2 % de la población: en Dinamarca solo vivían 7.500. (En parte, la cifra era así de baja porque los daneses se habían negado a ayudar a los miles de judíos que durante la década de 1930 buscaron refugio frente a los nazis.) Por último, los nazis no querían que nada pusiera en peligro la importación de productos agrícolas daneses. En consecuencia, la ocupación nazi de Dinamarca fue menos opresiva que la de ningún otro país derrotado.

En vísperas de la invasión alemana, Bent Melchior, un escolar judío que vivía en Dinamarca, estaba aterrado por la idea de que su padre, que había sido «abiertamente» crítico con los nazis, corría un grave peligro.[11] Pero tras la llegada de los alemanes, el padre de Bent no sufrió ninguna persecución y los judíos del país continuaron viviendo en buena medida como hasta entonces. Knud Dyby, que durante la guerra formó parte de la policía danesa, confirma que los judíos locales no sufrieron inseguridad, ni en los trabajos ni en sus hogares. «Los judíos estaban totalmente asimilados. Tenían sus negocios y sus casas como todos los demás.»[12]

Los alemanes invadieron Dinamarca de paso hacia otra nación nórdica: Noruega. Hitler quería controlar Noruega por razones estratégicas: para que la Armada alemana pudiera acceder fácilmente al Atlántico norte y para proteger el envío de mineral de hierro de Suecia, que era neutral. Aunque los Aliados intentaron impedir que los alemanes se apoderasen de Noruega, al acabar la primera semana de junio de 1940 el país estaban sometido a los nazis. Vidkun Quisling, que en 1933 había fundado en Noruega un partido muy similar al partido nazi, se alzó con el poder nada más llegar los alemanes, pero a los pocos días fue sustituido por un nazi auténtico: Josef Terboven, antiguo *Gauleiter* de Essen.

Al igual que en Dinamarca, en Noruega tan solo vivía un número reducido de judíos: unos 1.700 sobre una población total de tres millones. Pero a diferencia de lo que sucedió en Dinamarca, en Noruega sí se los persiguió especialmente. Ello se debió en parte a factores geográficos. La prolongada costa atlántica del país lo hacía mucho más vulnerable que Dinamarca a un ataque de los Aliados, de modo que los alemanes crearon varias bases y destacaron numerosas tropas en Noruega. Para los alemanes, como hemos visto, los judíos actuaban como «enemigos desde la retaguardia», por lo que se suponía que representaban una amenaza para cualquier instalación militar. Por otra parte, la mayor dureza aplicada contra los judíos noruegos también se debía a que la figura de Quisling ofrecía a los nazis una base política de colaboración decididamente antisemita.

En el verano de 1940, Quisling logró convencer a Hitler de que lo situara de nuevo al frente del gobierno noruego, aunque fuera subordinado a Terboven, nombrado comisario del Reich. En marzo de 1941, Quisling pronunció un discurso en Fráncfort en el que reclamó expulsar de Noruega a los judíos; sostuvo que era necesario porque estaban pervirtiendo la sociedad y «corrompiendo» la sangre noruega como auténticos «bacilos

destructivos».[13] Cuando pronunció estas palabras, los colaboracionistas noruegos ya habían cerrado varias tiendas judías y otros establecimientos comerciales.

El 10 de mayo de 1940, los alemanes invadieron otro país que, al igual que Noruega, Dinamarca, Luxemburgo y Bélgica, había intentado evitar la guerra por la vía de declararse neutral. El Holocausto supuso la muerte de tres cuartas partes de los judíos de este país —los Países Bajos—, una proporción superior a la de ninguna otra de las grandes naciones de la Europa occidental. ¿Por qué murieron en el Holocausto cerca del 75 % de los judíos neerlandeses, frente al 40 % de los judíos belgas y noruegos, y el 25 % de los franceses? La pregunta ha suscitado la atención de los historiadores desde hace mucho tiempo. En este mismo libro se plantearán, más adelante, algunas sugerencias sobre las causas de esta disparidad final.[14]

A diferencia del gobierno en el exilio de los belgas, el de los neerlandeses no se mostró unido en su respuesta a la ocupación alemana. Mientras que Guillermina, la reina de los Países Bajos, se negó a toda colaboración con los alemanes, su primer ministro, Dirk Jan de Geer, adoptó un punto de vista distinto. Creía que su país no podría ganar nunca una guerra contra los alemanes, por lo cual los neerlandeses debían colaborar con los nazis al modo del gobierno francés de Vichy. En coherencia con estas ideas, De Geer abandonó Gran Bretaña en secreto, en septiembre de 1940, y de regreso a los Países Bajos publicó un panfleto en el que abogaba por la colaboración.[15]

En ausencia de un liderazgo político fuerte, los funcionarios de los Países Bajos interpretaron un papel determinante. En su mayoría, los servidores públicos optaron por ayudar a los alemanes a gestionar el país de un modo profesional y diligente. Según manifestó el gobierno en el exilio, en 1943: «[Los funcionarios públicos] habían pasado toda la vida acostumbrados a obedecer, siempre habían estado orgullosos (y con razón) de su impecable ejecución de las tareas y concienzudo cumplimiento del deber, con lo que han aplicado ese mismo cumplimiento concienzudo a organizar escrupulosamente el saqueo de nuestro país, a beneficio del enemigo».[16]

Casi todos los funcionarios aceptaron firmar documentos que confirmaban que eran de origen «ario» —era el llamado «certificado de arianidad»— y en noviembre de 1940 accedieron a la exigencia alemana de apartar del servicio público a los judíos. Los funcionarios, para preservar las

apariencias, consideraron a los judíos «suspendidos» de su labor, en vez de «despedidos» de su puesto de trabajo.[17] Sonaba menos brutal, pero el efecto era el mismo.

Cualquier juicio sobre el comportamiento de los funcionarios neerlandeses durante este período, por descontado, debe formularse independientemente de lo que sabemos que pasó después. Aun así, la eficiencia con la que facilitaron el deseo alemán de que todos los judíos estuvieran registrados individuales, en un proceso que empezó en enero de 1941, resulta llamativa. Este exhaustivo sistema de registro fue de enorme utilidad para los nazis cuando decidieron deportar a los judíos neerlandeses a los campos de exterminio.

En junio de 1941 estaban en vigor diversas medidas antisemitas, dirigidas contra los 140.000 judíos que vivían en los Países Bajos.[18] Los judíos neerlandeses ya no podían asistir al cine ni entrar en las piscinas públicas; no podían poseer radios, ni asistir a escuelas mixtas, ni trabajar como abogados o médicos (salvo que sus clientes también fueran judíos). Todas estas medidas fueron iniciativa de Arthur Seyss-Inquart, el comisario del Reich para los Países Bajos. Seyss-Inquart, fanático antisemita, era un nazi de línea dura que había crecido en Austria y, en 1938, había participado en la caída del canciller Schuschnigg. Tras la invasión de Polonia, en septiembre de 1939, hizo de segundo de Hans Frank, con lo que ayudó a gobernar —y oprimir— a los polacos del Gobierno General. Así pues, cuando fue nombrado para el puesto de los Países Bajos, conocía de primera mano la sangrienta realidad de la política nazi en el este de Europa. El hecho de que los Países Bajos estuvieran gobernados por un racista brutal como Seyss-Inquart y en cambio Bélgica, por un gobernador militar, el general Alexander von Falkenhausen, también explica en parte la posterior disparidad en el porcentaje de judíos fallecidos en uno y otro país. Esto no quiere decir que Falkenhausen diera un buen trato a los judíos. Bajo su gobierno se produjeron atrocidades espantosas, en parte organizadas por Eggert Reeder, el oficial de las SS que colaboraba con él; pero aun así, seguía siendo un general de la vieja escuela, y con el tiempo fue enviado él mismo a un campo de concentración, acusado de complicidad con el atentado del 20 de julio contra Hitler.

En los Países Bajos, no todas las instituciones cooperaron con los nazis con la misma eficiencia del funcionariado. El 26 de noviembre de 1940, el profesor Rudolph Cleveringa, de la Universidad de Leiden, respondió de

forma devastadora a la orden alemana de despedir a todos los profesores judíos. En el Gran Salón de la universidad condenó la exigencia alemana como «despreciable sin medida» y planteó una dura comparación entre el «poder basado en la mera fuerza» y el «noble» ejemplo de Eduard Meijers, uno de los profesores judíos de la universidad. Meijers, en palabras de Cleveringa, era «[este] hijo de nuestro pueblo, este hombre, este padre para sus estudiantes, este estudioso al que los usurpadores extranjeros han suspendido de sus deberes».[19] Poco después de pronunciar este discurso, Cleveringa fue detenido; él pasó ocho meses en la cárcel, y la Universidad de Leiden tuvo que cerrar.[20]

Hetty Cohen-Koster, estudiante judía de esta Universidad, tuvo ocasión de escuchar el discurso de Cleveringa aquel día de noviembre. Describió sus palabras como «un bálsamo para mi alma dubitativa». En aquel momento sintió que «entre nosotros, mutuamente, nos estamos comunicando las mismas ideas y los mismos pensamientos; sin palabras, pero todos nosotros lo entendemos completamente y a la perfección. Me hallo en una comunidad de personas que comparten los mismos sentimientos, las mismas opiniones. Este es mi sitio».[21]

Hetty Cohen-Koster no había sufrido ninguna persecución en los Países Bajos de la preguerra. En su escuela de Haarlem «no había ni el más mínimo signo ni huella de antisemitismo … Antes al contrario, la escuela tenía un ambiente de plena tolerancia en todas las áreas: origen, género sexual, religión y raza». En los Países Bajos, muchos judíos tenían la misma impresión. Aunque en los años treinta se habían producido algunos incidentes antisemitas, de carácter aislado, la idea de perseguir a los judíos iba en contra de una tradición neerlandesa de la tolerancia que se remontaba muy atrás en el tiempo: hasta la emancipación de los judíos a finales del siglo XVIII. Este sentimiento de seguridad heredado hizo que muchos creyeran que el futuro no podía ser tan oscuro como a veces aparentaba. «En aquel momento —escribió Hetty Cohen-Koster— creíamos que los campos de trabajo de Alemania eran lo peor que nos podía ocurrir.»

Así, la experiencia neerlandesa demuestra que es un error grave partir de la idea de que la vehemencia del antisemitismo preexistente en cada país nos orienta bien sobre la intensidad del sufrimiento posterior de los judíos bajo el nazismo. También fueron importantes otros factores, como la forma de gobierno instalada por los nazis, la presencia ininterrumpida de un

sistema de administración funcional, y la intensidad con la que los nazis querían perseguir a los judíos en cada territorio.

En los Países Bajos aún se oyeron más voces de resistencia. En octubre, muchos pastores de la Iglesia Reformada Neerlandesa protestaron contra el «certificado de arianidad» leyendo una carta de censura ante sus fieles, y en febrero de 1941 se hizo huelga —al principio, en Ámsterdam— para protestar contra la ocupación alemana. Hay que traer a la memoria todas estas muestras de valiente disensión, sin por ello olvidar el hecho de que, en el nivel burocrático, los alemanes contaron con la útil ayuda de unos funcionarios que colaboraron con las fuerzas de ocupación de un modo más que «escrupuloso» y servicial.

Francia, el último país que los alemanes ocuparon en su marcha hacia el oeste, recibió un trato muy distinto al de las otras naciones conquistadas. Francia nunca había intentado protegerse de los alemanes bajo el disfraz de la neutralidad. Franceses y británicos habían reaccionado en común cuando los alemanes invadieron Polonia y los dos países declararon la guerra el 3 de septiembre de 1939. Antes de la invasión alemana, los franceses estaban plenamente convencidos de que ganarían. El general Gamelin, comandante en jefe del ejército francés, afirmó en la primavera de 1940 que si Hitler intentaba atacar Francia, sufriría una derrota «definitiva».[22] Era un optimismo compartido por buena parte de los ciudadanos de a pie. Según un corresponsal extranjero que estaba en París el 10 de mayo de 1940 —el día en que los alemanes iniciaron su asalto—, el pueblo «bullía de entusiasmo. Por las calles y cafés, en la prensa y en la radio, había júbilo porque Alemania había cometido un error garrafal».[23]

A tenor de este clima de exceso de confianza, es difícil exagerar el sentimiento de humillación nacional que se apoderó de los franceses cuando a los alemanes les bastaron tan solo seis semanas para derrotarlos. Alemania había aplastado a Francia, su ejército había caído en desgracia, y más de 1,5 millones de soldados se dirigían a campos de Alemania como prisioneros de guerra. En la estela del desastre, Francia, en un intento de recuperar la autoestima perdida, volvió los ojos hacia un héroe nacional: el mariscal Philippe Pétain, vencedor de la batalla de Verdún durante la primera guerra mundial. Pétain, que cuando Francia cayó derrotada en 1940 contaba ya ochenta y cuatro años, era todo un símbolo personal de la dignidad

francesa, un hombre solemne, grave e imponente, al que se encomendó rescatar a los franceses de su catástrofe material y emocional.

Pétain suscribió un armisticio con Francia el 22 de junio, a los seis días de haber sido nombrado primer ministro. Los términos de este tratado de paz permitían que los alemanes ocuparan la mayor parte del territorio francés —el norte y el suroeste—, mientras que el resto, en torno al 40 % —el sur y el sureste—, quedaba en teoría bajo el control del nuevo gobierno francés encabezado por el mariscal Pétain. Como París quedaba dentro de la zona ocupada, la capital de este nuevo régimen francés se trasladó a la ciudad balneario de Vichy. Toda vez que se instaló cómodamente en Vichy, Pétain —que además de primer ministro era también el jefe del Estado— poseía un poder considerable sobre los ciudadanos franceses, y optó por responsabilizar de gran parte de los problemas que habían engullido al país a la debilidad de la Tercera República. Rechazó el lema revolucionario de «Libertad, igualdad, fraternidad» y adoptó un nuevo eslogan: «Trabajo, familia, patria».

Varios de los políticos y gestores que sirvieron a las órdenes de Pétain eran netamente antisemitas. Xavier Vallat, por ejemplo, que en la primavera de 1941 fue nombrado comisario general de Asuntos Judíos del gobierno de Pétain, le dijo más adelante a Theodor Dannecker, el oficial de las SS que supervisaba la deportación de los judíos franceses: «Yo soy antisemita desde hace muchos más años que usted».[24] Otro antisemita notable era Louis Darquier, que sustituyó a Vallat en esa comisaría general: antes de la guerra había fundado la Agrupación Antijudía de Francia, había cumplido condena de cárcel por incitar al odio racial y tenía por costumbre pelearse con los judíos en los cafés.[25]

El gobierno de Pétain actuó con agilidad para imponer leyes antisemitas. En octubre de 1940, se aprobó el Estatuto de los Judíos, que les impedía trabajar en una larga serie de profesiones. Ya no podían ser funcionarios públicos, ni policías, ni periodistas, ni maestros, ni prestar servicio como oficiales en las fuerzas armadas. Solo se excluyó a un número reducido de judíos de estas restricciones draconianas; por ejemplo, los que habían luchado en la primera guerra mundial. En cuanto a los judíos extranjeros, se los trató peor que a nadie y se abrió la puerta a internarlos en «campos especiales» dentro de la propia Francia.[26]

No disponemos de pruebas de que los alemanes pidieran al gobierno de Vichy que impusiera medidas antisemitas.[27] De hecho, Pétain en persona

modificó un borrador del estatuto de octubre, para endurecer todavía más la normativa.[28] La incómoda verdad es que las autoridades francesas persiguieron a los judíos porque eligieron hacerlo así, no porque se lo ordenaran. Para los judíos de Francia, la prueba de que sus compatriotas estaban dispuestos a convertirlos en víctimas fue devastadora. «Ayer por la tarde lloré —escribió Raymond-Raoul Lambert en su diario, el 19 de octubre de 1940— como podría llorar un hombre abandonado de pronto por la mujer que era el único amor de su vida, su mentor y la guía de sus actos.»[29]

Las iniciativas de Vichy resultaban todavía más ofensivas porque Francia era el país de la Ilustración, de los derechos del hombre, el paladín de la libertad de expresión y la democracia liberal; de hecho, había sido el primer país europeo que había emancipado a los judíos, ni más ni menos que a finales del siglo XVIII. Pero esta descripción es parcial. También era el país del *affaire Dreyfus*, en el que un oficial del ejército, judío, había sido acusado falsamente en la década de 1890; y el lugar en el que el gobierno izquierdista de Léon Blum, en la década de 1930, había sido atacado por el mero hecho de que Blum era descendiente de judíos. El Estatuto de los Judíos, desde luego, reflejaba el espíritu de este último legado de intolerancia. El preámbulo del estatuto del 3 de octubre de 1940 afirma: «En su empeño de reconstrucción nacional, el gobierno, desde el mismo principio, ha resuelto estudiar el problema de los judíos, así como el de ciertos extranjeros que, tras abusar de nuestra hospitalidad, contribuyeron en no menor medida a nuestra derrota».[30]

No era casual que los judíos extranjeros fueran especialmente vulnerables con la nueva legislación. Del total aproximado de 330.000 judíos que vivían en Francia en diciembre de 1940, unos 135.000 no eran ciudadanos franceses, sino que se habían refugiado allí, procedentes de otros países. Estos «extranjeros», según los calificaba el estatuto, eran odiados con especial visceralidad por los antisemitas franceses, y luego sufrieron de manera desproporcionada, en comparación con los judíos franceses: si en el Holocausto perdió la vida cerca del 10 % de los judíos franceses, el porcentaje equivalente de judíos extranjeros residentes en Francia que murieron a manos de los nazis superó el 40 %.[31]

En esencia, el gobierno de Vichy pretendía aislar y, en lo posible, expulsar a los judíos «extranjeros», así como «neutralizar» (o asimilar de algún otro modo) a los que eran ciudadanos del país. En la actitud de Vichy

hacia los judíos franceses siempre hubo, de hecho, un componente de ambigüedad. El almirante François Darlan, elegido primer ministro de Francia en febrero de 1941, llegó hasta el punto de afirmar: «Los judíos apátridas que han entrado en tropel en nuestro país durante los últimos quince años no me interesan. Pero los otros, los buenos judíos franceses de siempre, tienen derecho a toda la protección que podamos darles. Yo mismo, por cierto, tengo a algunos en mi propia familia».[32]

Así pues, quien fue judío en la Europa ocupada durante aproximadamente el primer año de guerra recibió un trato diverso dependiendo no solo de en qué país vivía, sino también de si había nacido en ese país o no. Igualmente, aunque no hubo una política general que los nazis se esforzaran por imponer a todos los judíos que tenían bajo su control, en la mayor parte de la Europa ocupada se pusieron de relieve los mismos principios centrales. Al igual que habían hecho en Alemania, como primer paso, los nazis querían identificar a los judíos y aislarlos.

A más largo plazo, los nazis ya habían manifestado su deseo de apoderarse de la riqueza de los judíos y luego expulsarlos de todas las zonas que controlaban. Durante este período se pensó que Madagascar, como hemos visto, podía ser un destino posible. Pero como el plan de Madagascar dependía de que una flota de barcos mercantes trasladara a los judíos a miles de millas de distancia, la idea era inviable, por falta de seguridad, hasta que la flota británica dejara de representar una amenaza, es decir, necesariamente hasta haber obligado a Gran Bretaña a abandonar la guerra. A este respecto, los nazis estaban encontrando muchas dificultades. Insatisfecho con la Luftwaffe —cuya capacidad de bombardeo había demostrado ser insuficiente para llevar a los británicos a la mesa de negociación— y tras haber constatado que Alemania tampoco podía organizar con éxito una invasión naval de las islas, Hitler pasó a centrar su atención, cada vez más, en el este de Europa. La Operación León Marino se pospuso —indefinidamente, a la postre— después de una reunión presidida por Hitler el 17 de septiembre de 1940 y se empezó a planear con más detalle un ataque contra la Unión Soviética.

Que los nazis no pudieran hacer realidad el plan de Madagascar no significaba que aparcaran para siempre la idea de deportar a los judíos del Reich. Aquel otoño, Robert Wagner, el *Gauleiter* de Baden, en la zona occidental de Alemania, expulsó por la fuerza a la Francia de Vichy a 6.500 judíos alemanes. Wagner, que también era *Gauleiter* de parte de la Alsacia y

Lorena, ya había dirigido la deportación de ciudadanos franceses que habían pasado a ser indeseados en esas tierras recién «germanizadas». La experiencia, al parecer, le dio la idea de actuar del mismo modo contra los judíos de sus dominios alemanes. El 22 y 23 de octubre de 1940, la policía detuvo a judíos alemanes y los obligó a subir a bordo de trenes destinados a Vichy. A cada uno se le permitió llevar consigo un máximo de 50 kilos de pertenencias y 100 marcos del Reich. Según las notas de Heydrich: «La deportación de los judíos se realizó por Baden y el Palatinado sin incidente. La operación pasó prácticamente inadvertida a la población en general».[33]

La acción recordaba las deportaciones que se habían producido poco antes en Polonia, de los judíos de las tierras que se quería germanizar, al Gobierno General. Al igual que había hecho Hans Frank en el Gobierno General, las autoridades de Vichy pusieron objeciones a que su territorio se utilizara de este modo. Si habían aceptado los nueve trenes de judíos —siete de Baden, dos del Sarre-Palatinado— era solo porque pensaban que trasladaban a ciudadanos franceses.[34] «El gobierno francés no puede dar asilo por más tiempo a estos extranjeros —afirmaron las autoridades de Vichy en una carta de protesta, el 18 de noviembre de 1940—. Propone que, con la mayor urgencia e inmediatez, el gobierno del Reich dé los pasos necesarios para transportarlos de vuelta a Alemania y pagar el coste derivado de su estadía en Francia.»[35] Pero los nazis se negaron a hacer como les pedía su vecino derrotado y los judíos alemanes siguieron internados en campos, en el suroeste de Francia. En 1942, una gran parte fue conducida hacia el este y acabaron muriendo en los campos de exterminio nazis de Polonia.

Esta acción del otoño de 1940, poco conocida, es relevante porque importa recordar el sufrimiento de ciudadanos alemanes que, de pronto, se vieron arrancados de sus casas; pero también porque nos informa de cómo las iniciativas locales podían ayudar a dar forma al proceso de toma de decisiones. Como hemos visto, la idea de deportar a los judíos de Baden y el Palatinado, y ordenar luego a Wagner que hiciera realidad el proceso, no había sido de Hitler. Quien quería enviar a los judíos alemanes al otro lado de la frontera sin avisar antes a los franceses había sido el *Gauleiter* Wagner; luego Himmler dio luz verde a la iniciativa (y, según cierta fuente, también Hitler).[36]

Todo esto solo fue posible porque Hitler era un líder visionario que esperaba que sus subordinados demostraran la mayor iniciativa posible. Un

mes antes de que se produjeran las deportaciones, le había dicho a Wagner y a Bürckel, *Gauleiter* del Sarre-Palatinado y la Lorena, que «en un plazo de diez años» tan solo quería recibir un único informe de los *Gauleiter*: que sus zonas eran alemanas, y con ello quería decir «alemanas por completo. No pensaba formular preguntas sobre qué métodos habían usado para germanizar las zonas, y no le preocupaba lo más mínimo si, en el futuro, se determinaba que los métodos usados para adquirir los territorios habían sido desagradables o no plenamente legales».[37]

En muchos sentidos, esta instrucción era típica de las que Hitler daba a los jefes nazis: este es tu objetivo, hazlo realidad con los medios que prefieras. En consecuencia, distintos *Gauleiter* podían recurrir a métodos muy distintos entre sí. Así sucedió, por ejemplo, en Polonia, cuando los *Gauleiter* rivales Albert Forster (de Dánzig/Prusia Occidental) y Arthur Greiser (del Warthegau) intentaron implantar la política de germanización que Hitler deseaba. Arthur Greiser ordenó estudiar a los polacos, para ver a cuáles podía clasificar como alemanes. Los que no eran considerados alemanes podían ser deportados. En el *Gau* vecino (un *Gau* era una región administrativa), Albert Forster dejó mucha más libertad y categorizó como alemanes a determinados grupos de polacos al completo. Esto no solo provocó una pelea entre Greiser y Forster, sino que además condujo a una situación estrafalaria en la que a algunos miembros de la misma familia se los clasificaba como alemanes, en el *Gau* de Forster, y a otros como polacos, en el *Gau* de Greiser.[38] Esto era muy importante para esos polacos, más aún, podía ser cuestión de vida o muerte, porque los «alemanes» del *Gau* de Forster no iban a ser deportados y recibían más alimentos que los «polacos» del *Gau* de Greiser. Aun así, tanto Forster como Greiser afirmaban que cumplían órdenes de Hitler, solo que cada uno a su manera.

Esta misma situación —en la que dos jefes de distritos distintos aplicaban medidas distintas a la vez que defendían estar ajustándose a la voluntad de su Führer— se dio también en el contexto de la política antisemita de los nazis. El gueto de Łódź, creado por Arthur Greiser, existió al mismo tiempo que el *Gauleiter* de la Alta Silesia Oriental, Fritz Bracht, aplicaba medidas del todo diferentes. En el dominio de Bracht, Albrecht Schmelt, de las SS, obligaba a los judíos a trabajar como mano de obra forzada en toda una serie de proyectos industriales y de construcción,[39] con el resultado de que los judíos de las ciudades principales del territorio de Bracht, como Katowice y Będzin, no quedaron encerrados en guetos.[40]

Esta interacción entre el liderazgo visionario de los jefes mayores y las iniciativas de sus subordinados fue característica de la forma en la que el Holocausto se desarrolló. Como veremos, en este proceso evolutivo los implicados, además de la de su propia ideología colmada de odio, también recibieron la influencia del mundo exterior, que iba cambiando en torno a ellos.

Aquel otoño, Hitler también estaba sopesando cuestiones estratégicas de primer nivel. La más importante de todas: si definitivamente debía autorizar la invasión de la Unión Soviética e iniciar una guerra de destrucción sin paralelo en la historia. La decisión la tomó después de reunirse con Viacheslav Mólotov, el ministro de Exteriores soviético. El 12 de noviembre de 1940, Mólotov llegó a Berlín para negociar con Hitler y Ribbentrop. Venía perpetrado con una lista de preguntas concretas sobre la relación entre los dos países. Por ejemplo: ¿cuáles eran las intenciones exactas hacia el cordón de estados que separaban a las dos potencias, como Hungría, Rumanía y Bulgaria? Pero Hitler y Ribbentrop no quisieron abundar en estos asuntos tan prosaicos. Prefirieron expresarse con los términos grandiosos —y vagos— de un futuro imperio mundial alemán. En parte por esta diferencia entre el Mólotov práctico y el Hitler visionario, el intérprete oficial de los soviéticos en la cumbre describió el encuentro como «cansado y a todas luces inútil».[41] Un mes después de este diálogo de sordos, el 18 de diciembre de 1940, Hitler suscribió el plan de invasión de la Unión Soviética, conocido por el nombre en clave de Operación Barbarroja, por el mote del emperador Federico I, del Sacro Imperio Romano, que había encabezado la Tercera Cruzada en el siglo XII.

En esta ocasión, los mandos militares apenas pusieron objeciones a los planes épicos de Hitler. En parte, ello se debió al éxito de la invasión de Francia, así como a las enseñanzas ideológicas nazis, que afirmaban que los soviéticos eran «infrahumanos»; pero también al hecho de que el espionaje militar dio a entender que el Ejército Rojo no representaba una gran amenaza. Las fuerzas soviéticas acababan de librar una guerra contra Finlandia, con un rendimiento deficiente, y durante la década de 1930 Stalin había purgado el ejército y eliminado a muchos de sus mejores oficiales, por el temor de que estuvieran conjurados contra él. Todo esto hizo que el general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor de Operaciones de la

Wehrmacht, comentara: «El coloso ruso demostrará que es la vejiga de un cerdo: si la pinchas, estallará».[42]

Esta decisión de Hitler, de aprobar la invasión de la Unión Soviética, tuvo un efecto inmediato en la política de los nazis hacia los judíos. Como la idea de enviar a los judíos a «una colonia de África» se había aparcado, había que dar con otro recurso para los judíos encerrados en los guetos de Polonia. En un principio los nazis, como hemos visto, habían imaginado estos guetos como simples medidas temporales hasta que pudieran expulsar del Reich a los judíos. En el verano de 1940, las condiciones del gueto de Łódź eran desesperadas. En agosto hubo disturbios por la comida, y una multitud de judíos famélicos gritaba: «¡Queremos pan, nos morimos de hambre!».[43] los funcionarios nazis del Warthegau pidieron a Hans Frank que permitiera deportar a los judíos al Gobierno General, porque «la situación de los judíos en el Warthegau ha empeorado día tras día» y el gueto «solo se había erigido a condición de que la deportación de los judíos se iniciara a mediados de año, como muy tarde».[44]

Según había ocurrido ya antes, Hans Frank se negó a aceptar en su jurisdicción a los habitantes del gueto de Łódź. Por lo tanto, las autoridades del Warthegau tuvieron que dar con una solución al problema que ellas mismas habían creado. Como los judíos del gueto ya no tenían dinero para adquirir comida a los alemanes, los nazis se hallaban ante un dilema: ¿dejaban que los judíos se murieran de hambre o les permitían trabajar para que pudieran comprarse comida? Las dos facetas del dilema quedaron personificadas en dos personas: Hans Biebow, el jefe alemán de la administración del gueto, y Alexander Palfinger, cuya posición en el funcionariado del gueto era algo inferior. Estera Frenkiel, una judía polaca que trabajaba en el despacho del Consejo Judío en el interior del gueto, tuvo que tratar con los dos burócratas alemanes durante el verano y otoño de 1940. A Palfinger, según recuerda Estera, ya le complacía dejar que los judíos del gueto «se murieran de hambre».[45] La memoria de Estera coincide con varios documentos de la época. «Que los judíos se estén muriendo con rapidez nos genera una indiferencia absoluta —escribió Palfinger en un informe de finales de 1940—, por no decir que es deseable, en la medida en que los efectos concomitantes no perjudiquen el interés general del pueblo alemán.»[46] Biebow, en cambio, adoptó una actitud muy distinta. En palabras de Estera Frenkiel: «Biebow destacaba por su espíritu emprendedor. Además era muy persuasivo —a diferencia de Palfinger—.

No paraba de intentar convencer a los otros hasta que se le acumulaba la baba a los dos lados de la boca».[47] Biebow propuso que el gueto pasara a sostenerse por sí mismo. Se podían establecer fábricas y talleres, y vender los bienes producidos para que los judíos tuvieran dinero para la comida.

Prevaleció el argumento de Biebow. Así, los nazis concedieron al consejo judío del gueto un «préstamo» de tres millones de marcos del Reich (con el dinero judío del que previamente se habían incautado) para que creara la infraestructura necesaria. Esto coincidió plenamente con los deseos de Rumkowski, el jefe judío del gueto, que ya había cabildeado con el alcalde de Łódź para que se creara en el gueto una red de talleres: «En el gueto hay entre 8.000 y 10.000 expertos en varios sectores … Zapateros que hacen botas y zapatos (por medios tanto manuales como mecánicos), talabarteros … sastres (de confección a medida e industrial) … sombrereros y fabricantes de gorras, hojalateros, ebanistas, albañiles, pintores, encuadernadores, tapiceros. Podría hacer que estos [artesanos] trabajaran para las autoridades».[48]

La victoria de Biebow fue un momento crucial de la presente historia: supuso la transición del gueto como medida temporal —un espacio de confinamiento de los judíos a la espera de que se los deportara a otro lugar — a una institución que, en teoría, podía llegar a ser autosuficiente. Rumkowski, en particular, saludó con alegría el cambio, convencido de que la supervivencia del gueto pasaba por el hecho de que los judíos fueran de utilidad para los alemanes. Lo denominó «rescate por medio del trabajo» y, en consecuencia, los reclusos del gueto que trabajaban recibían más alimento que los desempleados.[49] Tanto los nazis como los judíos tenían interés en que el nuevo sistema funcionara. Los judíos, porque ya habían sido testigos de que los alemanes habían estado a punto de dejarlos morir de hambre, a lo largo del verano; los nazis, porque les representaría un beneficio económico.

El nuevo sistema era corrupto en los dos bandos. Arthur Greiser, el gobernante del Warthegau, quería enriquecerse personalmente con el gueto. Biebow transfería dinero regularmente a una cuenta corriente abierta a nombre de Greiser.[50] Estera Frenkiel llegó a contemplar cómo Biebow enviaba a Greiser una maleta repleta de objetos de valor del gueto. En cuanto al lado judío, ahora Rumkowski concentraba aún más poder personal que nunca, porque todo cuanto los alemanes suministraban al gueto bajo el nuevo sistema pasaba por su despacho. Rumkowski también decidió

enriquecerse personalmente a expensas de los demás y, en el proceso, se forjó unas condiciones de vida mejores que las de ningún otro recluso del gueto. Él, por ejemplo, contaba con un vehículo personal y un chófer.

Entre tanto, unos 115 kilómetros más al este, en Varsovia, en el Gobierno General, estaba a punto de quedar aislado del mundo exterior el gueto más grande de todos. En los 6,5 kilómetros cuadrados del gueto de Varsovia quedarían recluidos más de 400.000 judíos: en aquella superficie tan reducida, por lo tanto, había tantos judíos como en el conjunto de Francia, Dinamarca y Noruega. Cerca del 30 % de la población varsoviana era judía, y la enorme escala de la empresa explica por qué este gueto, el mayor de los que se hicieron, se creó relativamente tarde.

Los judíos de Varsovia fueron objeto de persecución desde el momento en que los alemanes entraron en la ciudad, cuando habían transcurrido poco más de cuatro semanas del inicio de la guerra. A los pocos días, los nazis habían ordenado a los judíos que creasen un Consejo Judío a través del cual pudieran comunicar a la población judía sus medidas de antisemitismo. A lo largo de los meses inmediatamente siguientes, se ordenó a los judíos de Varsovia que se identificaran a sí mismos con una estrella de David azul sobre un brazalete blanco; se cerraron las escuelas judías; se confiscaron las propiedades más valiosas de los judíos. Los judíos fueron capturados y se les obligó a hacer trabajos forzosos, a menudo en condiciones de tormento por parte de los alemanes. «He aquí un juego al que les gusta jugar en los garajes del parque de Dinance —escribió Emmanuel Ringelblum, un judío varsoviano, en febrero de 1940—. Ordenan que los trabajadores se apaleen unos a otros con sus botas … A un rabino le ordenaron cagarse en los pantalones. Dividen a los trabajadores en grupos y hacen que los grupos se peleen unos con otros … En estos juegos he visto gente que acababa mal herida.»[51] También dejó constancia de que «tanto ayer como hoy, cogieron a mujeres para obligarlas a trabajar. Resulta que fueron mujeres con abrigos de piel. Se les ordenó lavar el pavimento con las bragas y luego volver a ponérselas empapadas».[52]

Los judíos podían ser maltratados por los alemanes, pero también por los polacos. Adam Czerniaków, ingeniero de formación, fue designado líder del Consejo Judío de Varsovia. En su diario personal escribió, en diciembre de 1939, que una loca polaca «molesta a los judíos, les pega y les quita el sombrero».[53] Un mes más tarde apuntó que una «banda de gamberros, adolescentes [polacos], que en los últimos días ha estado pegando palizas a

judíos, desfiló por delante de las oficinas de la comunidad [judía] rompiendo los cristales de las casas situadas en la acera de enfrente».[54] Otros polacos entendieron que gozaban de impunidad para robar a los judíos. En la noche de fin de año de 1939, «dos extraños» visitaron a Czerniaków para avisarle de que su apartamento quedaría «confiscado». Pronto descubrió que quien le «confiscaba» el piso era «un conductor que repartía o distribuía sopas», y se quedó con el problema de si pedir, o no, a las SS que castigaran al polaco que había intentado robarle la casa.[55]

Cuando el gueto quedó cerrado, en noviembre de 1940, los nazis aplicaron las mismas medidas que habían implantado al principio en Łódź: obligaron a los judíos a pagar por sus alimentos o morirse de hambre. Alexander Palfinger, que en el gueto de Łódź había perdido la discusión relativa a la conveniencia de dejar que un gran número de judíos muriera de hambre, fue nombrado gestor de la Transferstelle de Varsovia, el departamento que valoraba los bienes que los judíos del gueto entregaban y cuánta comida había que entregar a cambio. La presencia de Palfinger era una mala noticia para los judíos de Varsovia. No había variado un ápice su actitud: cuántos judíos murieran seguía causándole una «indiferencia absoluta».

Al igual que en el gueto de Łódź, a los judíos que disponían de bienes que vender o podían encontrar algún trabajo pagado en el interior del gueto les resultaba más fácil esquivar el hambre. Los judíos más ricos compraban suministros que habían entrado de contrabando en el gueto; se ha calculado que más del 80 % de los alimentos del gueto se adquirían en el mercado negro.[56] Si estabas parado y carecías de bienes de valor, la muerte podía acecharte con rapidez. Fruto de la desesperación, las mujeres se vendían incluso a sí mismas. Emmanuel Ringelblum anotó en enero de 1941 que «la prostitución callejera ha aumentado mucho» y que «ayer me paró una mujer de aspecto muy respetable». La experiencia le provocó pensamientos sombríos sobre la naturaleza humana. «La necesidad empuja a la gente a hacer cualquier cosa.»[57]

Halina Birenbaum contaba once años cuando su familia quedó encerrada en el gueto. En el contexto general de horror, la niña tuvo suerte. Uno de sus hermanos, Mirek, estudiaba medicina y trabajaba en un hospital judío; «solía poner inyecciones» a los judíos más acaudalados del gueto, como actividad privada, con lo que la familia no se murió de hambre. Desde su posición de relativo privilegio, lo que veía la dejaba conmocionada. Había

niños tirados «en las aceras, en las calles, en los patios de las casas … tan hinchados [por el hambre] que apenas podías distinguir los ojos en sus rostros». Halina recuerda una «niña pelirroja, muy alta» que actuaba en la calle para intentar ganarse unas monedas con las que comprar comida. Recitaba «una canción en yídico, que ella misma había escrito sobre cómo [los alemanes] la arrancaban de su ciudad, su padre y su madre morían, uno detrás de otro, y también sus hermanos. Y le decía a Dios: "¿Cuánto va a tardar? ¿Acaso nuestro vaso aún no se ha llenado de lágrimas?". Nunca olvidaré a esta niña».[58]

Al igual que en Łódź, en Varsovia, a los pocos meses, se llegó a una situación crítica. El jefe de la División Económica del Gobierno General escribió un informe para Hans Frank en el que esbozaba la pregunta fundamental a la que había que responder: el gueto de Varsovia, ¿formaba parte de un plan para «liquidar a los judíos»[59] o era un intento de mantener a los judíos con vida durante un período de tiempo todavía no determinado? Si se trataba de esto último, entonces había que encontrar trabajo para unos 60.000 judíos, para asegurar que se pudiera comprar comida suficiente para alimentar al resto. Como ya había hecho en Łódź, Palfinger se movió para desacreditar a quienes defendían que los judíos debían poder trabajar en gran número; y como ya le había pasado en Łódź, su punto de vista no prosperó. Hans Frank despidió a Palfinger en abril de 1941 y puso en su lugar a Max Bischoff, responsable de convertir el gueto en un lugar productivo. En una reunión celebrada en mayo de 1941, se informó a Adam Czerniaków, que por entonces era el líder judío del gueto —ocupaba una posición equivalente a la de Rumkowski en Łódź— de que los nazis no tenían por objetivo «matar de hambre a los judíos», antes bien «existe la posibilidad de que las raciones de comida se incrementen y que haya trabajo o encargo para los trabajadores».[60] Durante esta misma reunión, también se le dijo a Czerniaków que «los cadáveres tirados en la calle crean una muy mala impresión», por lo que «es necesario retirar los cuerpos … con rapidez».

Aunque en aquel momento no se estuviera matando de hambre, de forma sistemática, a todos los judíos, sin embargo la comida seguía sin ser suficiente, a pesar de las promesas nazis, para dar de comer a todos los habitantes del gueto. En junio de 1941, un mes después de la reunión en la que los nazis habían afirmado que aumentarían las raciones de alimentos, Czerniaków escribió que aquel día su trabajo se había visto interrumpido

por unos mendigos que gemían bajo su ventana: «¡Pan, pan! ¡Tengo hambre, tengo hambre!».[61]

Al mismo tiempo que numerosos judíos morían en el gueto de Varsovia por la falta de comida, en otros ámbitos del Estado nazi se estudiaban planes para dejar morir de hambre a millones de personas, a consecuencia de la invasión de la Unión Soviética. El 2 de mayo de 1941, el departamento económico central de la Wehrmacht aseveró que «el total» del ejército invasor tendría que «alimentarse a expensas de Rusia» y, por lo tanto, «no cabe duda de que decenas de millones de hombres [soviéticos] se morirán de hambre, si tomamos cuanto necesitamos del país».[62] Unas tres semanas después, el 23 de mayo, el mismo departamento dio a conocer otro documento titulado «Guía económico-política para la organización económica del Este», en el que se calculaba que en la Unión Soviética podían morir de hambre unos treinta millones de personas a consecuencia de que el ejército alemán se apoderara de su comida.[63]

Esta forma de pensar no era el simple fruto del oportunismo. La decisión de los planificadores del ejército alemán no se produjo en el vacío. La idea de dejar morir de hambre a treinta millones de personas se basaba en sus creencias ideológicas, pues nació en un contexto en el que los economistas alemanes calculaban cuántas personas de los territorios orientales eran «excedentarias».[64] ¿Qué beneficio iban a obtener —según razonaban los nazis— al conquistar nuevas tierras, pero con la losa simultánea de sumar millones de «bocas inútiles»? Sin lugar a dudas, Himmler comprendía las consecuencias genocidas de esta lógica. Pocos días antes de que se iniciara la invasión de la Unión Soviética, les dijo a sus principales colegas de las SS que «el objetivo de la campaña rusa» era «diezmar la población eslava eliminando a treinta millones».[65]

El plan de los nazis era de una audacia brutal. Durante la guerra contra la Unión Soviética proyectaban matar de hambre a un total superior a la suma de las poblaciones actuales de Suecia, Noruega y Bélgica.[66] Este objetivo lo tenían en mente antes de concebir la idea de crear fábricas letales en las que exterminar al pueblo judío. Como es lógico, hoy nos preguntamos: ¿qué clase de seres humanos sopesaría ideas como estas? La respuesta es: la caracterizada por un racismo extremo. Ya hemos visto que no solo Hitler, sino todo el Estado nazi funcionaba sobre la férrea premisa del valor racial relativo. Se entendía que los soldados alemanes que estaban a punto de invadir la Unión Soviética eran seres humanos más valiosos que los que

encontrarían allí. Los eslavos eran una «raza» que Hitler consideraba «una muchedumbre nacida para la esclavitud».[67] Además, como algunos de esos eslavos eran «bolcheviques» y judíos, un nazi acérrimo encontraba tres razones distintas para odiar a un único ciudadano soviético que fuera, al mismo tiempo, eslavo, bolchevique y judío.

A juicio de Hitler, privar de comida a millones de personas y dejarlas morir de hambre contaba aún con otra justificación intelectual irrefutable. «La Tierra sigue girando tanto si el hombre mata al tigre como si el tigre se come al hombre. El más fuerte impone su voluntad, es la ley de la naturaleza. El mundo no cambia; sus leyes son eternas.»[68] Para Hitler, creer en la comunidad de todos los seres humanos era un signo de debilidad. Quien quería algo debía intentar hacerse con ello. Quien tenía la fuerza necesaria para apoderarse de algo ajeno, se lo merecía. No había nada más que decir. Los grandes guías religiosos, los grandes pensadores humanistas, tan solo habían estado perdiendo el tiempo.

El 30 de mayo de 1941, Hitler explicó a sus generales que la guerra que se avecinaba contra la Unión Soviética sería el «choque de dos ideologías» e insistió una vez más: «El comunismo representa un peligro colosal para nuestro futuro». De ello se derivaba que «debemos olvidar el concepto de la camaradería entre soldados. Un comunista no es un camarada, ni antes ni después de la batalla. Esta es una guerra de exterminio. Si no lo entendemos así, aunque derrotemos al enemigo, dentro de treinta años tendremos que luchar otra vez contra el enemigo comunista». Así, Hitler pedía dejar de lado las leyes de la guerra habituales y exigía el «exterminio de los comisarios bolcheviques y la *intelligentsia* comunista».[69] A su modo de ver, la guerra contra la Unión Soviética sería el conflicto épico con el que llevaba años soñando, el que abriría paso a una nueva época caracterizada por el dominio de Alemania.

Los principales jefes militares alemanes no protestaron ante el hecho de que Hitler caracterizara el conflicto próximo como una guerra de «exterminio». Alguno de ellos, por ejemplo el mariscal de campo Von Bock, planteó objeciones a la orden de fusilar a los oficiales políticos soviéticos, sin hacerlos prisioneros —la que se dio en llamar «orden de los comisarios»—, pero la inquietud principal de Von Bock era que estos asesinatos pudieran tener efectos negativos sobre la disciplina militar. La mayoría de los oficiales se habría mostrado de acuerdo con el punto de vista del coronel general Erich Hoepner, que en una directriz promulgada el 2 de

mayo de 1941 —un mes antes de la aprobación oficial de la orden de los comisarios— aseveró que la guerra próxima sería «la vieja lucha del pueblo germánico contra los eslavos, la defensa de la cultura europea frente a la inundación asiático-moscovita, el rechazo al bolchevismo judío. Esta lucha debe tener por objetivo machacar la Rusia actual y, en consecuencia, se debe llevar a cabo con una dureza sin precedentes. Cada acción militar, en su concepción y ejecución, debe guiarse por la voluntad férrea, implacable y absoluta de aniquilar al enemigo. En particular, no debe perdonarse la vida a ningún defensor del sistema actual de la Rusia bolchevique».[70]

La guerra oriental inminente también ofrecía nuevas posibilidades con las que «solucionar» uno de los problemas a los que los nazis se enfrentaban: ¿dónde podrían deportar a los judíos? Muy pronto, el 21 de enero de 1941, Theodor Dannecker —el oficial del SD, de la sección de Eichmann, radicado en París— tuvo noticias de que «de acuerdo con los deseos del Führer, una vez acabada la guerra se dará una solución final a la cuestión judía dentro de los territorios gobernados y controlados por Alemania».[71] A ello Dannecker añadió que se había pedido a Reinhard Heydrich que concibiera un plan para hacer realidad esta «tarea descomunal». Se barajó la idea de deportar primero a los judíos al Gobierno General de Polonia, donde aguardarían a que los trasladaran a un nuevo destino aún por decidir.[72]

Que se hubiera encomendado a Heydrich preparar una «solución final» a la «cuestión judía» no supone que se le ordenara iniciar el Holocausto. En este contexto, las palabras «solución final» no habían adquirido aún el significado que se les dio más adelante. Heydrich trabajaba en un proyecto que no pretendía exterminar a los judíos en cámaras de gas, sino deportarlos a un territorio controlado por Alemania una vez que la guerra hubiera acabado. Eichmann ya había intentado actuar así al empezar la guerra, con el plan de Nisko. En 1941, apenas cabe duda de que Heydrich planeaba enviar a los judíos todavía más lejos: al extremo del nuevo imperio nazi, en el territorio ganado a la Unión Soviética.

Al mismo tiempo que Heydrich elaboraba esta primera versión de la «solución final», Himmler hablaba con Viktor Brack sobre otro medio de resolver la «cuestión judía»: la esterilización colectiva. Para Himmler, sería muy ventajoso contar con un método rápido para esterilizar no solo a los judíos, sino a cualquier otro grupo al que quisieran hacer frente. El beneficio más inmediato, claro está, era poner fin a la posible amenaza «racial» para el pueblo alemán, porque los trabajadores esterilizados no

podrían reproducirse.[73] Así pues, Brack investigó en la materia de los posibles métodos de esterilización —sin que los afectados supieran qué les estaban haciendo—. En una carta fechada el 28 de mayo de 1941, describió las dificultades: «Para esterilizar a una persona de forma permanente, es imprescindible aplicar rayos X en una cantidad suficiente para producir la castración con todas sus consecuencias, puesto que una dosis elevada de rayos X destruye la secreción interna del ovario o los testículos, según corresponda».[74] No era fácil llevarlo a cabo en secreto, sin embargo, puesto que, salvo que el resto del cuerpo se protegiera con placas de plomo, también «se dañarán los demás tejidos del cuerpo». Así, Brack sugirió que «una forma práctica de proceder» sería decirle al esterilizando que se «acercara a un mostrador» para rellenar unos papeles durante «dos o tres minutos». Allí se conectarían los rayos X mientras el mostrador protegería en gran parte el resto del cuerpo de la víctima. «Con una instalación de doble válvula —escribió Brack— podría esterilizarse a entre 150 y 200 personas al día y, por lo tanto, con veinte instalaciones del estilo se llegaría a una cifra de 3.000 a 4.000 personas diarias».[75] Como hemos visto, la esterilización de los discapacitados y otros grupos cuya procreación los nazis deseaban evitar (incluidos los niños de entornos problemáticos)[76] estaba en marcha desde 1933, pero la propuesta de Brack pasaba por una expansión radical. Himmler no dio su aprobación a la idea de Brack, pero, como veremos más adelante, en Auschwitz se retomaron los experimentos de esterilización.

La sugerencia de Brack es más que una simple nota estrafalaria al margen de nuestra historia, pues demuestra que los nazis sopesaron toda una serie de ideas como posibles «soluciones» a lo que para ellos era la «cuestión judía». Es fundamental hacer hincapié en que todas ellas —desde el plan de Madagascar al encierro en guetos o la esterilización colectiva— eran, a la postre, formas de genocidio. La esterilización, como es obvio, no suponía el exterminio presente de todos los judíos, pero sí su desaparición colectiva paulatina, al no haber renovación generacional. En Madagascar se habrían extinguido porque, para empezar, el territorio no podía sustentar a una cantidad de personas tan elevada como la que se manejaba, y porque la «reserva» judía habría sido dirigida por fanáticos de las SS. Y el gueto también acarreaba la condena masiva porque los nazis habían creado un medio en el que la tasa de mortalidad era superior a la de natalidad y los niños eran considerados «bocas inútiles».

Supongamos por un momento que las circunstancias hubieran llevado a los nazis a adoptar alguno de estos métodos, en vez de proceder como procedieron, esto es, creando los campos de exterminio. ¿El mundo habría sentido el mismo horror? ¿Estos otros métodos de exterminio todavía los conoceríamos como un holocausto? Quizá no, porque las fábricas de muerte que los nazis instalaron en el este de Europa causan un espanto particular: la destrucción fría y mecánica de la vida humana en un instante, con crímenes que eran simbólicos de los peores extremos de la era industrial, es, de algún modo, una forma de exterminio aún más aterradora que los fusilamientos colectivos que las escuadras de la muerte nazis realizaron al mismo tiempo en tantos otros lugares del este. Pero aun así hay que recordar que los campos de exterminio tan solo representaban otro medio para conseguir el mismo fin al que aspiraban también todas esas posibles «soluciones»: aniquilar a los judíos.

En la primavera de 1941, Hitler tuvo que distraer la atención de su ansiado frente de guerra oriental, temporalmente, por los nuevos acontecimientos de los Balcanes. A consecuencia de estos hechos, de forma inesperada, muchos más judíos quedaron bajo el control de los alemanes antes de que la Wehrmacht hubiera puesto el pie en la Unión Soviética. El problema, para Hitler, era Yugoslavia. En marzo de 1941 creía que los yugoslavos, después de un considerable esfuerzo de persuasión, se habían decidido por fin a sumarse al Pacto Tripartito, el acuerdo de cooperación que en origen habían suscrito Alemania, Italia y Japón y al que luego se habían incorporado otros aliados de Alemania como Hungría y Rumanía.

Hitler quería contar con los yugoslavos tanto para impedir cualquier posible problema en la retaguardia, cuando sus ejércitos se adentraran en la Unión Soviética, como para facilitar el asalto de Grecia, que se iniciaría antes de desatar el conflicto contra los soviéticos. Sin embargo, después de que los italianos lanzaran una chapucera invasión de Grecia, en octubre de 1940, a los alemanes les entró el temor de que, cuando la Wehrmacht se enfrentara al Ejército Rojo, los Aliados contraatacaran a través de Grecia. Por eso en marzo de 1941 recibió con satisfacción la noticia de que, como mínimo, Yugoslavia no participaría en el conflicto inminente.

Por eso, el 27 de marzo —dos días después de que Yugoslavia hubiera firmado el Pacto Tripartito—, cuando un grupo de oficiales serbios dio un golpe de Estado y derrocó al príncipe Pablo, Hitler montó en cólera. Interpretó que el golpe representaba ni más ni menos que una traición y

ordenó la invasión inmediata de Yugoslavia. «Con esto el Führer no admite bromas», escribió Goebbels en su diario.[77] Pero esta intervención militar adicional supuso retrasar la invasión de la Unión Soviética, que estaba prevista para el mes de mayo.

El 6 de abril, los alemanes atacaron a un tiempo Grecia y Yugoslavia. La acción obtuvo un éxito asombroso: Yugoslavia cayó derrotada en menos de dos semanas y la zona continental de Grecia quedó ocupada a finales de abril. De pronto, los alemanes controlaban a otros 150.000 judíos más. En Yugoslavia, los nazis avivaron la tensión interétnica que había existido durante cientos de años entre las diversas repúblicas que conformaban el país. La propia Yugoslavia había sido el fruto artificial de los tratados de paz con los que se cerró la primera guerra mundial, una amalgama de territorios que habían formado parte del reino de Serbia con otros del Imperio Austrohúngaro. Así, los nazis dieron respaldo a la formación de un estado independiente de Croacia, presidido por Ante Pavelić, quien antes había dirigido acciones terroristas contra el Estado yugoslavo con la intención de forzar la separación de Croacia. Pavelić, al igual que el movimiento revolucionario que encabezaba, la Ustaše, era profundamente racista. Afirmaban que los croatas no eran «eslavos», como los serbios, sino en lo esencial de origen germánico, y defendían que solo las personas de auténtica «sangre» croata podían participar en el gobierno de Croacia. Odiaban intensamente a los cerca de dos millones de serbios cristianos ortodoxos que vivían dentro de las fronteras del nuevo Estado croata, y la brutalidad y el sadismo con los que la Ustaše trató a estos serbios —en el transcurso de la contienda causó la muerte de más de 300.000 (quizá incluso de medio millón)— son crímenes de guerra a los que no se les ha dado el reconocimiento que merecen. Los 40.000 judíos que vivían en Croacia, para la Ustaše, tampoco formaban parte de los auténticos croatas, por lo que también corrían peligro.[78] Un artículo de opinión de un periódico croata, en 1939, afirmó que «los judíos no eran croatas y nunca podrían llegar a serlo porque por nacionalidad son sionistas, por raza son semitas y su religión es la de Israel … Le pregunto a los pueblos del mundo: ¿durante cuánto tiempo nos vamos a matar unos a otros por el interés de los judíos? … Si tenemos que matarnos entre nosotros, matemos primero a los judíos».[79]

La ley sobre la nacionalidad, firmada el 30 de abril de 1941, desposeyó de nacionalidad a los judíos croatas. Tres semanas después, el 23 de mayo,

se aprobó otra ley que ordenaba que los judíos se identificaran con una insignia amarilla sobre la ropa. Se produjo la incautación de muchos negocios de judíos croatas, a menudo en beneficio de otros croatas, y no del gobierno; numerosos abogados, médicos y otros profesionales judíos perdieron el trabajo. Sin embargo, lo peor estaba por llegar. El 26 de junio, cuatro días después de que se iniciara la invasión alemana de la Unión Soviética, Ante Pavelić acusó a los judíos de estar especulando y ordenó encerrarlos en campos de concentración.

Sin embargo, Pavelić, aunque sin duda fue responsable de una masacre, carecía de la coherencia ideológica que los nazis habrían deseado. Aunque creía que «el comunismo y el judaísmo actúan conjuntamente contra la liberación nacional de Croacia»,[80] se arrogó personalmente el derecho a decidir quién era judío. Así, creó el concepto de «ario honorario» para permitir que cierto número de judíos —incluidos los que se consideraba que habían realizado servicios de mérito para el Estado croata— escapara a la persecución. Apenas cabe duda de que Pavelić se movía por sus propios intereses personales; para empezar: su esposa era hija de un judío y las esposas de varios de sus colegas eran asimismo judías.

En la vecina Serbia, los alemanes decidieron instalar una administración militar con la ayuda y complicidad de un gobierno títere. El mando militar global quedó en manos de un general de la fuerza aérea alemana, y el gobierno civil fue dirigido por Harald Turner, un oficial de las SS que cobró triste fama por su posterior implicación en el exterminio de los judíos serbios.

Cuando Alemania invadió Yugoslavia había en Serbia unos 16.000, que en su mayoría vivían en Belgrado. Fueron un blanco inmediato para las fuerzas de ocupación y los alemanes se apresuraron a perseguirlos según por desgracia acostumbraban a hacer: aprobaron decretos que identificaban quién era judío, les prohibieron acceder a determinado número de profesiones, les ordenaron llevar insignias en la ropa y los reclutaron para hacer trabajos forzosos.

En cuanto al resto del territorio que había conformado Yugoslavia en los años de la preguerra, en su mayor parte fue engullido por vecinos codiciosos que ya eran aliados de los nazis. Los italianos se quedaron con el sur de Eslovenia, un sector de la costa croata y Montenegro; Hungría se anexionó una zona del norte de Serbia, incluida la ciudad de Novi Sad; y Bulgaria se apoderó de la mayoría de Macedonia.

Después de que una parte de las tropas griegas se rindió, y otra huyó a la isla de Creta junto con un contingente de soldados británicos, Grecia quedó repartida entre Bulgaria, Alemania e Italia. Los italianos se quedaron con el grueso de la zona continental, las islas Jónicas y las Cícladas; los alemanes ocuparon Salónica; y los búlgaros, la mayor parte de Tracia y otra sección de Macedonia. Tras la ocupación, los alemanes detuvieron a cierto número de judíos, pero aunque las comunidades judías siguieron corriendo peligro, en Grecia no sufrieron una persecución de la misma escala que la padecida en Croacia.

Con la conquista de Grecia y Yugoslavia, Hitler disponía del control de su flanco meridional, lo que era ventajaoso para la invasión de la Unión Soviética. Pero se trataba de países que él habría preferido no tener que tomar por la fuerza. Solo el golpe de Yugoslavia y la inepcia de la intervención italiana en Grecia, que atrajo tropas aliadas a la región, le habían movido a actuar.

Una vez que ya controlaba este territorio, quería dedicar el mínimo posible de tropas alemanas a mantener sometida a la población. En cuanto a los judíos de Grecia y Yugoslavia, como hemos visto, en la primavera de 1941 fueron sometidos a una persecución de diversa intensidad. Pero en este contexto importa poner sobre la mesa la cuestión de la escala. En efecto, aunque la conquista de Yugoslavia y Grecia supuso añadir unos 150.000 judíos a los dominios nazis, esta cifra representaba menos de la mitad de la población judía ya encerrada en un gueto como el de Varsovia, y una parte menor de los que estaban a punto de encontrar en la Unión Soviética.

Hitler tenía la atención centrada en el este de Europa. Y aquí, en mitad de lo que él mismo declaró que era una guerra de «exterminio» en territorio soviético, fue donde nació el Holocausto.

# 10

# Guerra de exterminio (1941)

El 22 de junio de 1941, los alemanes lanzaron la mayor invasión única de la historia del mundo. Casi cuatro millones de soldados alemanes y sus aliados entraron en la Unión Soviética en tres grandes movimientos dirigidos, en principio, contra Leningrado, Smolensko y Kiev. Para Adolf Hitler era el momento que llevaba soñando desde hacía casi veinte años: el principio de la guerra que ansiaba crear un vasto imperio alemán hacia el este de Europa.

El día antes del ataque Hitler había escrito a Mussolini para comunicarle sus planes. En la carta abundaban las mentiras y las medias verdades; afirmó, por ejemplo, que invadir la Unión Soviética era la «decisión más difícil» de su vida, cuando sin duda tuvo que ser una de las más fáciles. También aseveró, en contra de la realidad obvia, que «Inglaterra había perdido su guerra». Pero uno de los comentarios de la carta sí parece verosímil. Afirmó que, una vez tomada la decisión de invadir, sentía una gran «libertad espiritual».[1] En el caso de Hitler, la libertad «espiritual» se manifestaba en el deseo de librar una guerra sin leyes ni compasión por los derrotados. «El Führer dice que debemos obtener la victoria como sea, actuando bien o actuando mal», escribió Goebbels en su diario, el 16 de junio. «Es tanto lo que depende de nosotros, en todo caso, que debemos obtener la victoria porque de otro modo será la aniquilación total … de nuestro pueblo.»[2]

Aunque el plan de la invasión alemana era muy superior a cualquier empresa intentada hasta el momento, Hitler y sus generales se excedían tanto en la confianza en sí mismos que previeron llegar al petróleo del Cáucaso —a unos 2.500 kilómetros de distancia— en unos pocos meses.[3]

Apoderarse de los recursos petrolíferos soviéticos era tan solo una de las partes del plan, porque también se apropiarían de una vasta cantidad de alimentos y extensión de territorio. En cuanto a los habitantes de la Unión Soviética, como ya hemos visto, los nazis preveían matar de hambre a varias decenas de millones.[4]

En el epicentro del odio de los nazis estaban, como siempre, los judíos. Y con el fin de enfrentarse directamente al «bolchevismo judío», Reinhard Heydrich organizó cuatro unidades de asalto especiales, o *Einsatzgruppen*, integradas por unidades del SD y otras fuerzas de seguridad, hasta un total de unos 3.000 miembros. Estos *Einsatzgruppen* irían inmediatamente en pos de los grupos del ejército, a medida que estos se adentraban en la Unión Soviética. En un documento fechado el 2 de julio de 1941, Heydrich ordenó explícitamente que estas unidades fusilaran a los «judíos al servicio del Estado o el Partido [Comunista]», así como a las demás figuras destacadas del comunismo. También insistió en que «no se darán pasos para interferir en ninguna purga que puedan iniciar los elementos anticomunistas o antijudíos de los territorios que se ocupen; antes bien, tales purgas deberán promoverse en secreto».[5] Los *Einsatzgruppen* no fueron las únicas unidades que participaron, por detrás del frente, en acciones de lo que se conocía como «limpieza». En una orden del 21 de mayo, Himmler precisó que destacamentos especiales de la Policía de Orden y las Waffen SS entrarían también en la Unión Soviética por detrás de las fuerzas invasoras. Tan solo estos policías ya eran más de 11.000,[6] y se encargaron de cometer asesinatos al igual que otras unidades de seguridad alemanas.

Para ver cómo funcionó la mencionada orden de Heydrich a los *Einsatzgruppen*, de no «interferir» con la población local que se volviera en contra de los judíos, es útil el ejemplo de las acciones de los alemanes en Kaunas. El ejército llegó a esta ciudad, la segunda en importancia de Lituania, el 24 de junio, dos días después de iniciarse la invasión. Muchos lituanos recibieron con alegría a los alemanes, al entender que los iban a liberar del gobierno de Stalin. Los soviéticos habían ocupado el país en junio de 1940, después de haber obligado ya a los lituanos, un año antes, a aceptar la presencia fija de soldados del Ejército Rojo en Lituania. Una vez que se hicieron con el control, las fuerzas de Stalin aplicaron una política de «sovietización» implacable: varios miles de lituanos fueron encarcelados en calidad de «enemigos del pueblo», la tierra se nacionalizó y se provocaron carestías económicas (en parte, porque los ocupantes soviéticos compraban

productos lituanos a precios artificialmente bajos). Justo antes de que llegaran los alemanes, se había deportado a Siberia a 17.000 lituanos.[7]

La culpa de todo este sufrimiento no se achacó tan solo a las fuerzas soviéticas en general, sino en particular, a los judíos. «Muchos judíos lituanos se convirtieron en líderes políticos o se unieron a la policía —afirma Petras Zelionka, que más adelante colaboró con los escuadrones de la muerte alemanes— y todo el mundo decía que en el departamento de seguridad, los que más torturaban a la gente eran los judíos. Solían ponerles clavos en la cabeza y luego apretarlos, así torturaban a los maestros y los profesores.»[8] Aunque la idea de que, bajo el gobierno soviético, «los que más torturaban a [los presos lituanos] eran los judíos» es simplemente ridícula, sí tenía cierto fundamento la creencia de que los judíos lituanos tendían a mostrar simpatía por los soviéticos. Muchos judíos lituanos recibieron con satisfacción la llegada de los soviéticos; sabían, por ejemplo, que en la Unión Soviética los comunistas habían anulado varias de las restricciones que los judíos habían padecido durante los tiempos del zar. Aunque, por ello, algunos judíos lituanos pudieron hacerse con posiciones de poder en el gobierno local y las fuerzas de seguridad, varios miles de judíos fueron deportados a Siberia por haber rechazado la ciudadanía soviética.[9] Así pues, la experiencia de los judíos en Lituania, a manos de los soviéticos, fue ciertamente heterogénea.

También sucedió, por descontado, que muchos lituanos que no eran judíos colaboraron con los ocupantes soviéticos. Cuando las tropas alemanas entraron en el territorio lituano, a estos colaboracionistas les interesó centrar la atención en los judíos. Confiaban en que, al atribuir la responsabilidad a los judíos, distraerían la atención de su propia complicidad con los soviéticos; es decir, procuraron «lavarse las manos con sangre judía».[10] No es la primera vez en esta historia, ni será la última, en la que los judíos pagaron los platos rotos por otros.

El 25 de junio de 1941, un día después de que los alemanes llegaran a Kaunas, varios lugareños se volvieron contra los judíos lituanos y perpetraron una serie de asesinatos sangrientos en el exterior de un garaje situado en el centro de la ciudad. Un grupo de civiles provistos de brazaletes y armados con rifles obligaron a entre cuarenta y cincuenta judíos a salir al patio anterior del aparcamiento. Wilhelm Gunzilius, de una unidad de reconocimiento aéreo, fue testigo de lo que ocurrió a continuación. «Este hombre hizo salir a uno del grupo [de judíos] y con una

palanca que llevaba, *¡zaca!*, lo derribó. La víctima recibió otro golpe más cuando estaba en el asfalto.»[11] Todos los judíos fueron asesinados del mismo modo: «Le llevaban a un hombre hasta donde él estaba, uno detrás de otro, y él los iba matando con uno o más golpes en la nuca».[12] Gunzilius fotografió la masacre y en las imágenes se ve que la matanza se produjo delante de un grupo numeroso de civiles y miembros de las fuerzas armadas alemanas. «El comportamiento de los civiles —y entre ellos había mujeres y niños— fue increíble: cada vez que caía la barra de hierro, aplaudían.»[13]

Viera Silkinaitė, una lituana que por entonces tenía dieciséis años, también fue testigo de la masacre, y recuerda que entre la muchedumbre de espectadores algunos gritaban: «¡Dale fuerte a esos judíos!», mientras el asesino les reventaba la cabeza. Un hombre incluso levantó a su hijo en brazos para que pudiera verlo mejor. «¿Qué clase de persona iba a ser [ese niño] cuando creciera? —pregunta Viera—. Si es que llegó a entender algo, claro. ¿Y qué se podía esperar de la persona que daba gritos [de ánimo]? Parecía a punto de meterse en el aparcamiento y ponerse a pegar él también.» Horrorizada por lo que había visto, Viera se marchó a la carrera hasta un cementerio cercano. «Me sentía avergonzada —cuenta—. Cuando fui al cementerio, me senté y pensé: "Dios Todopoderoso, antes ya había tenido noticias de que rompían ventanas [de casa de los judíos] y cosas parecidas, eso aún se podía imaginar, pero aquella atrocidad, apalear así a un indefenso … era demasiado".»[14] Mientras tanto, en el garaje, cuando terminó de reventar las cabezas de los judíos, el que lo había hecho se subió encima de sus cadáveres y tocó el himno nacional lituano con un acordeón.[15]

El doctor Walter Stahlecker, comandante del *Einsatzgruppe A*, que actuaba en los estados bálticos, reveló en un informe la complicidad de los nazis en acciones como aquella: «Se indujo a los lugareños antisemitas —escribió— a llevar a cabo pogromos contra los judíos … Había que dar la impresión de que era la propia población local la que había dado los primeros pasos, *de motu proprio*, como reacción natural a las décadas de opresión por parte de los judíos y el terror más reciente de los comunistas … la policía de seguridad tenía la misión de poner las purgas en marcha y orientarlas bien, de modo que los objetivos de aniquilación establecidos se pudieran hacer realidad en el plazo más corto posible».[16] La instrucción de Heydrich conforme había que matar a los «judíos al servicio del Estado o el

Partido», por lo tanto, no era sino la afirmación del número mínimo de asesinatos que se tenía por aceptable.

Se dio mucha laxitud a los comandantes locales, para que decidieran cuál era la mejor manera de hacer realidad las instrucciones de Heydrich; de resultas, la cifra de muertes de cada *Einsatzgruppe* fue relativamente diversa. Es un ejemplo más de cómo, en relación con la muerte y la persecución de los judíos, no siempre se dieron órdenes fijas ni unívocas. Antes bien, una vez más, existió una relación compleja entre las iniciativas locales y las instrucciones imprecisas dadas desde la cúpula. Aun así, había un principio rector que todo comandante de un *Einsatzgruppe* podía usar para decidir cómo actuar: cuanto más letal fuera el rumbo, mayor tranquilidad para él. En efecto, no matar a la cantidad suficiente de personas o, peor aún, mostrarse compasivo, se consideraban indicios de que uno estaba haciendo mal su trabajo. Cuando Himmler y Heydrich visitaron Grodno (unos 150 kilómetros al sur de Kaunas) se mostraron insatisfechos con la cifra de muertes, pues aunque Grodno contaba con una numerosa población judía, el *Einsatzkommando 9* había terminado con la vida de «tan solo» noventa y seis.[17] En cambio, es relevante que, durante todo aquel verano, no conste ni un solo ejemplo de que Himmler y Heydrich se mostraran descontentos porque un *Einsatzkommando* estuviera matando a «demasiados» judíos.

Cuatro días después de los asesinatos de Kaunas, los rumanos demostraron que también estaban preparados para masacrar a los judíos. Al igual que en Lituania, a los judíos rumanos se los acusó a menudo de simpatizar con los soviéticos; antes de junio de 1941, el gobierno de Rumanía, encabezado por el mariscal Ion Antonescu, había mostrado un antisemitismo virulento.

Los rumanos, aliados de los nazis, participaron con entusiasmo en la invasión de la Unión Soviética: el 22 de junio, una enorme cantidad de soldados rumanos cruzó la frontera soviética para combatir junto con los alemanes. Esto obedecía, en parte, al propio interés: en 1940, los soviéticos habían ocupado la Besarabia y otros territorios rumanos del este del país, y ahora el mariscal Antonescu se congratulaba por la posibilidad de recuperar esas tierras.

Antonescu era un oportunista que estaba convencido de que los alemanes derrotarían a los soviéticos. El 12 de junio, justo antes de que se iniciara la invasión, se reunió con Hitler y le dijo: «Si tanto Napoleón como incluso

los alemanes en 1917 aún tuvieron que luchar con el problema colosal que representa la vastedad, ahora, con los motores aéreos y terrestres, el espacio ha dejado de ser un aliado de Rusia».[18]

Uno de los primeros signos de que las tropas rumanas aprovecharían la invasión para atacar a los judíos fue una acción asesina que se desarrolló en Iaşi, en la zona oriental de Rumanía, a finales de junio. Antonescu quería purgar la ciudad de judíos y, en cuanto se inició la invasión, empezaron a correr rumores de que los 45.000 judíos de Iaşi, de un modo u otro, estaban ayudando a los soviéticos.[19] A partir de la noche del 28 al 29 de junio, un grupo heterogéneo de rumanos —entre los que había numerosos policías, además de miembros de la antisemita Guardia de Hierro y de ciudadanos corrientes— corrieron por la ciudad matando a judíos. Los alemanes no fueron ajenos a la acción: el comandante Hermann von Stransky —que estaba casado con una rumana y conocía bien el país— se coordinó con los lugareños.

Un miembro destacado de la comunidad judía de Iaşi lo recordaba así: «Vi que la multitud huía en un caos total, bajo el fuego de los rifles y las ametralladoras. Yo me caí al suelo y me alcanzaron dos balas. Me quedé ahí tendido durante varias horas, viendo cómo a mi alrededor morían tanto extraños como personas que conocía … Vi a un anciano judío que había quedado discapacitado tras la guerra de 1916-1918 y exhibía en el pecho la condecoración de Bărbăție şi Credință [Valentía y Lealtad]; también llevaba consigo documentos que lo eximían oficialmente de las restricciones antisemitas. Sin embargo, las balas le habían destrozado el tórax y vivió sus últimos momentos sobre un gran cubo de basura, como un perro». Algo más adelante, en la misma calle, yacía el hijo de un vendedor de pieles curtidas, «que se moría y sollozaba: "Madre, padre, ¿dónde estáis? Dadme un poco de agua, tengo sed" … Unos soldados … apuñalaron con sus bayonetas [a los moribundos], para rematarlos».[20] Cuando Vlad Marievici, del departamento sanitario de la ciudad, llegó a la jefatura de policía en la mañana del 30 de junio, encontró «un montón de cadáveres apilados como troncos» que dificultaba el acceso de su camión al patio. Eran tantos los judíos asesinados la noche anterior que «el suelo estaba inundado de sangre hasta la misma puerta exterior: la sangre me llegaba hasta la suela de los zapatos».[21]

Al menos 4.000 judíos de la ciudad perdieron la vida de resultas del pogromo; algunos cálculos elevan la cifra hasta los 8.000.[22] Otros 5.000

judíos subieron a la fuerza a dos trenes que los deportaron hacia el sur. Apiñados a bordo de vagones de carga sellados, a los judíos les costaba respirar, pero los guardias rumanos no les dejaron beber nada de agua. Después de varios días en esas condiciones, la sed era de todo punto irresistible. Nathan Goldstein, un judío de Iaşi, vio lo siguiente, cuando su tren se detuvo cerca de un río: «Un niño de once años saltó por la ventana para dar un sorbo de agua, pero el [segundo en la jerarquía de mando del tren] lo derribó con un balazo dirigido a las piernas. El niño gritaba: "¡Agua, agua!". Entonces el edecán lo agarró por los pies gritando: "¿No quieres agua? ¡Anda, pues bébete toda la quieras!", le hundió la cabeza en el Bahlui, hasta que el niño se ahogó, y luego lo echó al río».[23]

La masacre de los judíos de Iaşi fue tan solo el principio. Una vez desatada la invasión de la Unión Soviética, los rumanos siguieron adelante hasta asesinar a más de 100.000 judíos en los antiguos territorios rumanos de la Besarabia y Bucovina septentrional. Los arranques de brutalidad de los rumanos fueron tales que incluso los alemanes se quejaron por su comportamiento. El general Von Schobert, por ejemplo, se mostró descontento porque los rumanos no enterraban los cadáveres de las personas que mataban; y el comandante del *Einsatzkommando 10a* los criticó por la «escasa planificación» de sus acciones contra los judíos.[24] Conviene llamar la atención sobre el hecho de que el grueso de la violencia recayó sobre los judíos que vivían en el territorio rumano recién «liberado» de los soviéticos. Una vez más, los asesinos, a la hora de arrogarse legitimidad, se ampararon en lo que ellos entendían que era un vínculo entre los judíos y el «bolchevismo».

En el verano de 1941, la guerra contra la Unión Soviética también tuvo efectos colatelares sobre los campos de concentración. La directriz de Heydrich del 2 de julio exigía que los *Einsatzgruppen* que actuaban justo por detrás de la línea del frente dieran muerte a los «comisarios del pueblo», esto es, los oficiales políticos soviéticos. Sin embargo, algunos de estos comisarios no fueron identificados como tales nada más ser apresados, sino solo después de que los hubieran transferido a los campos de prisioneros de guerra, lejos ya de las zonas de intervención de los *Einsatzgruppen*. Esto creó un problema para los nazis. Una vez que estos comisarios estaban identificados entre la multitud de cientos de miles de prisioneros soviéticos, ¿cómo se los podría matar con la mayor eficiencia? Las masacres de los campos de concentración nacieron para resolver esta

cuestión, por medio de una acción secreta conocida con el nombre en clave de 14f14.

En julio de 1941, varios centenares de comisarios soviéticos fueron enviados a Auschwitz. Kazimierz Albin, un recluso polaco del mismo campo, recuerda que «vestían uniformes, pero no eran los uniformes de los soldados [corrientes], sino uniformes de oficiales, muy harapientos. Venían sin afeitar y con una delgadez extrema. Me causaron la impresión de haber pasado circunstancias sumamente difíciles. Y no parecían simples soldados de la tropa, parecían gente inteligente».[25] Los comisarios bregaban en una cantera de grava situada cerca de la puerta principal. Aquí se les hacía trabajar, literalmente, hasta que se morían. «Los apaleaban sin descanso —cuenta Kazimierz Smoleń, otro de los presos polacos—. Los chillidos no paraban nunca. Chillaban los hombres de las SS, chillaban los *Kapos* y también chillaba la gente a la que estaban dando una paliza.»[26] A los comisarios se los obligó a azacanarse en la gravera sin pausa, durante horas. Si bajaban el ritmo les daban una buena tunda o incluso los fusilaban. «Bastaban unos pocos días —dice Smoleń— y se les extinguía la vida. Así se torturó y asesinó a cientos de personas. Sufrieron una muerte muy cruel. Es como en las películas de terror solo que una película como no se va a proyectar nunca.»

Los comisarios soviéticos también fueron enviados a otros campos de concentración, donde les aguardaba la misma suerte, y a menudo las diversas unidades de las SS recurrieron a métodos letales distintos. Por ejemplo en Sachsenhausen, a las afueras de Berlín, las SS interpretaban una farsa refinada para engañar a los comisarios sobre el destino que les esperaba. Los hacían entrar en un barracón transformado al efecto y les decían que se desvistieran para poder pasar un análisis médico. Cuando ya estaban desnudos, los hacían pasar, uno por uno, a una sala que fingía ser el despacho de un médico. Un hombre de las SS, vestido con bata blanca, los inspeccionaba. Los comisarios no sabían, sin embargo, que a este hombre solo le interesaba averiguar si tenían piezas o empastes de oro que pudieran arrancarles una vez muertos. Luego los dirigían a una tercera sala en la que, en teoría, los iban a medir. Se ponían en pie junto a una vara de medición y entonces, por una trampilla que conectaba esta sala con otra adyacente, los ejecutaban de un tiro en la nuca. Los *Kapos* se llevaban el cuerpo y se apresuraban a limpiar el lugar de las ejecuciones hasta dejarlo listo para la

siguiente víctima. En la sala de espera sonaba música a un volumen muy alto, para apagar el ruido de los disparos.

Aun a pesar de que este proceso asesino exigía mucho personal, las SS lograron matar a un preso cada pocos minutos. Durante un período de diez semanas, en 1941, sus hombres quitaron la vida a varios miles de prisioneros de guerra soviéticos.[27] Pero no pudieron mantener los asesinatos en secreto. Un recluso escribió una nota y la situó en una jarra que logró ocultar a las SS. Con fecha de 19 de septiembre de 1941, dice: «Acabamos de averiguar que han traído al campo a otros 400 guardias rojos. Todos nosotros nos hallamos bajo la carga abrumadora de estos asesinatos, que ya han costado más de un millar de vidas. En este momento no estamos en situación de poder ayudarlos».[28]

Cuando el asesinato de los comisarios soviéticos estaba en marcha, el proyecto de la eutanasia de adultos también se había extendido a los campos de concentración. Con la Acción 14f13, los reclusos seleccionados por ser incapaces de trabajar eran trasladados de los campos de concentración a los centros de exterminio eutanásico. En Auschwitz, durante la tarde del 28 de julio de 1941, unos quinientos presos enfermos subieron a un tren con destino a Dresde. Las SS les habían dicho que dejaban el campo para poder recuperarse en otro lugar. «Tenían alguna esperanza —dice Kazimierz Smoleń, que los vio marcharse—. La esperanza es lo último que se pierde.»[29] Los presos enfermos, sin embargo, fueron al centro de eutanasia de Sonnenstein, donde hallaron la muerte envenenados con monóxido de carbono. Fueron los primeros internos de Auschwitz que murieron gaseados. En este caso se los había elegido no porque fueran judíos, sino porque estaban enfermos, y no murieron en el campo de Auschwitz, sino en el corazón de Alemania.

Unos pocos días más tarde, en agosto de 1941, el programa eutanásico T4 se vio amenazado. En una de las declaraciones más famosas de la resistencia contra el Tercer Reich, Clemens von Galen, obispo de Münster, lanzó un ataque poderoso contra la práctica de la «eutanasia». En la catedral de Münster, el primer domingo de agosto, dijo: «Hace varios meses que nos llegan noticias de que a personas que han estado enfermas por un tiempo y pueden parecer incurables las han sacado de los psiquiátricos y centros de atención a los enfermos mentales, por órdenes de Berlín. Al poco tiempo, sus parientes reciben una notificación conforme el paciente ha fallecido, el

cuerpo se ha incinerado y se les pueden remitir las cenizas. Hay una sospecha generalizada, casi la certeza, de que estos casos numerosos de muertes repentinas de los enfermos mentales no ocurren de forma natural, sino que responden a causas intencionadas y se rigen por la doctrina que afirma que es justificado destruir la que llaman "vida indigna de la vida"; esto es, matar a seres humanos inocentes cuando uno piensa que su vida carece de valor para el pueblo [*Volk*] y el Estado».[30] Galen era un apasionado defensor de la idea que él expresó con estas palabras: «¡Esto no tiene que ver con máquinas, no tiene que ver con caballos o vacas cuya única función es servir a la humanidad, producir cosas para el pueblo! A estos quizá se los puede destruir, sacrificar, desde el momento en que dejan de servir para su propósito. ¡No, esto tiene que ver con los seres humanos, con nuestros prójimos, con nuestros hermanos y hermanas! ¡Pobre gente, y gente enferma, gente improductiva, si uno quiere! ¿Pero acaso por esta razón han perdido el derecho a vivir?». Afirmó que si el mismo principio se aplicaba universalmente también podría acarrear el asesinato de «inválidos» y, con una advertencia que tenía una especial importancia, dado lo enconado de la guerra en el frente oriental, incluso de «soldados valerosos» que regresaban a casa con una «discapacidad grave».

La fecha de la intervención de Galen fue especialmente inconveniente para Hitler. Algo antes, pero aún en 1941, el *Gauleiter* de Baviera, Adolf Wagner, había ordenado retirar todos los crucifijos de las escuelas situadas dentro de su área de control. Hitler no lo había solicitado y no se ha podido determinar si Wagner actuó o no movido por su sola iniciativa. Ciertamente, dentro del partido nazi había quien veía con buenos ojos atacar a la Iglesia. Martin Bormann, jefe de la cancillería del partido, había enviado en junio de 1941 una nota a todos los *Gauleiter* —pocas semanas después de la acción de Wagner en Baviera— en la que defendía la importancia de quebrantar en lo posible el poder de la Iglesia. Tanto Wagner como Bormann se mostraban abiertamente críticos con el cristianismo, y cabe la posibilidad de que Bormann, al animar así a acometer contra las autoridades eclesiásticas, hubiera malinterpretado como signo de pasar a la acción alguna referencia pasajera de Hitler.[31]

Fuera cual fuese el origen de la decisión de retirar los crucifijos de Baviera, para los nazis resultó ser un error táctico grave. Los bávaros, muchos de ellos católicos acérrimos, se alzaron en gran número para protestar en una avalancha de peticiones, manifestaciones y mítines

públicos. Escribieron a los hijos y maridos que estaban en el frente, quejándose de lo que sucedía en su tierra. «Pues claro que estábamos enojados —dice Emil Klein, un nazi entusiasta de Baviera que había participado en el *Putsch* de la cervecería, en 1923, y en 1941 estaba luchando en el frente oriental—, cuando estábamos ahí fuera, tendidos en las trincheras, y tuvimos noticia de que en casa, en Baviera, estaban quitando los crucifijos de las paredes. ¡Y tanto que nos enojamos!»[32]

Hitler no podía permitirse perder el apoyo de hombres del tipo de Emil Klein, con lo que la orden de los crucifijos se retiró. Una vez más, la reputación personal de Hitler quedó protegida en parte por la idea popular de que no sabía nada de cómo se comportaban algunos de sus subordinados. «De cara al exterior lleváis la camisa parda —decía una carta de protesta anónima contra los nazis del lugar—, pero dentro sois bolcheviques y judíos. De otra manera no seríais capaces de actuar a espaldas del Führer.»[33]

Como se produjo a continuación de la debacle de los crucifijos, el discurso del obispo Galen sobre la eutanasia como método letal resultó de lo más problemático para Hitler. Aunque ansiaba castigar a Galen, comprendía que no podría actuar contra él sin provocar descontento entre los propios partidarios que también eran cristianos. Por otro lado, ahora llamaría mucho la atención transportar a pacientes discapacitados por Alemania, con la intención de matarlos. En consecuencia, el 24 de agosto de 1941, Hitler decidió cancelar la Acción T4. Esto no significa que dejara de haber muertes por «eutanasia»: diversos hospitales continuaron dejando morir de hambre a los pacientes discapacitados o aplicándoles inyecciones letales. Sin embargo, el gaseado sistemático en centros de exterminio específicos ya no continuó como hasta entonces. A su vez, esto acarreó que varios participantes del programa T4, con experiencia en los asesinatos colectivos —como Christian Wirth e Irmfried Eberl— quedaron sin trabajo. Pronto les pidieron que usaran aquellos conocimientos particulares en otras partes.

No se puede afirmar que la intervención de Galen llevara, directamente, a la cancelación de la operación T4, dado que Hitler ya estaba preocupado por la moral civil, a la luz de la controversia de los crucifijos y otros debates.[34] Sin embargo, el episodio sí pone de manifiesto no solo la valentía personal del obispo, sino también que en el Tercer Reich era posible optar por la resistencia expresa; arriesgado, desde luego, pero posible. Es

relevante que no se intentara nada similar —ni por parte del obispo Galen en particular ni de la opinión pública alemana en general— con respecto al trato que se daba a los judíos. Esta falta de acción no obedecía tan solo a que entre gran parte de la población hubiera un antisemitismo subyacente. Además, no hubo protestas porque en Alemania la Iglesia católica se había distanciado de la persecución de los judíos, pues temía las consecuencias que podía sufrir si protestaba. En otro orden de cosas, la mayoría de los alemanes no judíos no se sentían personalmente afectados por la forma en que se trataba a los judíos. En aquellas fechas, los judíos estaban aislados casi por completo del resto de la población. Vivían en edificios de judíos y sus hijos asistían a escuelas de judíos. En cambio, la mayoría de los civiles alemanes tenían algún pariente en las fuerzas armadas y, en consecuencia, el plan de eutanasia de los adultos les afectaba directamente. ¿Sus seres queridos iban a ser asesinados por el Estado después de quedar gravemente heridos en combate?

Hitler era consciente de que muchos de sus partidarios eran cristianos y que procurarse su enemistad perjudicaría sus propias ambiciones. Emil Klein era fanático por igual del catolicismo y el nazismo. Sería absurdo obligarle a elegir entre esos dos credos. En cambio, Hitler no se enfrentaba a ese mismo problema en lo relativo a los judíos. Entre los soldados del frente, o los familiares que los aguardaban en Alemania, ya eran muy pocos, casi ninguno, los que se preocupaban lo bastante por los judíos como para arriesgarse a protestar por cómo se les trataba.

Al mismo tiempo que la controversia de los crucifijos se enconaba en en el seno de Alemania, más al este, los soldados de Hitler parecían estar ganando la guerra contra la Unión Soviética. Minsk, la capital de Bielorrusia, cayó a finales de junio en manos de los alemanes, que apresaron a casi 300.000 soldados del Ejército Rojo. Por entonces, cuando tan solo había pasado una semana, los *Panzer* alemanes habían avanzado ya casi un tercio del camino que los separaba de Moscú. Ya no estaba siendo tan solo la mayor invasión de la historia, sino también la más rápida. En una conversación con sus acólitos, Hitler se entregó a disfrutar de la gloria. Dijo: «A quienes me preguntan si será bastante llegar hasta los Urales, como frontera, les respondo que por el momento será bastante con extender la frontera hasta allí. Lo que importa es que hay que exterminar el bolchevismo». En lo relativo a Moscú, sus planes eran simples: la ciudad tenía que «desaparecer de la superficie de la Tierra».[35] Diez días después,

Hitler se reunió con destacadas figuras del nazismo, entre las que figuraban Göring, Bormann y Rosenberg, y anunció que pensaba construir un «Jardín del Edén» en los territorios orientales, usando para ello «todas las medidas necesarias», tales como «fusilamientos» y «reasentamientos». Había que matar a cualquiera «solo con que nos mire mal».[36]

Poco después de la reunión del 16 de julio, Himmler ordenó incrementar en gran cantidad el número de agentes de seguridad que participarían en las matanzas de judíos en la Unión Soviética; se ordenó a más de 16.000 hombres, en su mayoría soldados de unidades de las SS, que ayudaran en los asesinatos. Himmler, aunque no había asistido a las palabras de Hitler sobre la construcción de un «Jardín del Edén» en territorio soviético empleando «todas las medidas necesarias», había entendido, pese a todo, qué quería su jefe. A fin de cuentas, así era como el *Reichsführer SS* había prosperado en el Tercer Reich. Durante las semanas inmediatamente posteriores pasó revista a los escuadrones de la muerte que actuaban por detrás del frente, con visitas que, a menudo, coincidieron con un incremento no solo de las personas asesinadas, sino también de las categorías de personas asesinadas. Poco a poco, a lo largo del verano y principios del otoño de 1941, se fue dando muerte también a las mujeres y los niños judíos, además de a los hombres. Cuando se atacaba incluso a bebés, ya no se podía seguir fingiendo que los nazis tan solo mataban a aquellos judíos que suponían una amenaza directa contra su seguridad.

Por monstruosos que nos puedan parecer estos asesinatos desde el presente, para los nazis, hacer extensiva la masacre a las mujeres y los niños judíos no suponía ningún gran paso ideológico. Ya eran conscientes de que combatían en una guerra «de exterminio». Al ejército alemán, como hemos visto, se le había ordenado que dejara morir de hambre a «millones» de personas mientras los soldados robaban cuanto les hacía falta a la población local. Y el 24 de junio, dos días después de que empezara la invasión, Himmler había ordenado al profesor Konrad Meyer que trabajara en un «plan general del Este»: una visión épica del este ocupado por los nazis, que requería la muerte de decenas de millones de hombres, mujeres y niños de la Unión Soviética. Como había afirmado el mismo Himmler justo antes de que se lanzara la guerra en el frente oriental: «Es una cuestión de existencia y, por lo tanto, será un conflicto racial de una severidad implacable».[37]

Por otro lado, desde la perspectiva de los nazis, matar a esas mujeres y niños judíos de la Unión Soviética también respondía a una razón práctica. En efecto, una vez fusilados los hombres judíos, era probable que muchas de las mujeres y los niños, como habían perdido a quien les procuraba el sustento, murieran lentamente de hambre. En el mundo perverso del Tercer Reich, un nazi llegó a argumentar que era más humano matar a los judíos rápidamente, antes que dejarlos morir de hambre. Igualmente, en Polonia, el 16 de julio —el mismo día en que Hitler hablaba de crear un «Jardín del Edén» en el este de Europa— el *SS Sturmbannführer* Rolf-Heinz Höppner envió a Adolf Eichmann una nota sobre la situación que se vivía en el Warthegau: «Se corre el peligro de que, en el invierno próximo, resulte imposible alimentar a todos los judíos. Debe sopesarse seriamente si la solución más humana no es liquidar a los judíos incapacitados para el trabajo por algún medio de efectos rápidos. Esto, sin lugar a dudas, sería más agradable que dejarlos morir de hambre».[38]

Sin embargo, una cosa era hablar sobre ampliar las matanzas en abstracto, y otra bastante distinta que los hombres de las SS se pusieran en pie y se acercaran para apretar el gatillo a un par de metros de mujeres y niños judíos desnudos. Pese a todo, durante el verano y el otoño de 1941, miles de hombres de las SS se convirtieron en asesinos por vez primera al matar de esta forma tan próxima, casi íntima. La 1.ª Brigada de Infantería de las SS, por ejemplo, mató a judíos en Ostrog, en la zona occidental de Ucrania, en los primeros días de agosto de 1941. Ostrog era una ciudad eminentemente judía, con una población de 10.000 judíos ahora incrementada por los varios miles que habían buscado refugio en la ciudad desde los alrededores. El 4 de agosto, las SS sacaron a la fuerza a muchos judíos de Ostrog, en dirección a unos campos. «Nos trataban como ganado —dice Vasyl Valdeman, por entonces un chico judío de doce años—. [Los hombres de las SS] iban armados y con perros. Hicieron que los [judíos] más fuertes llevaran a los enfermos, a los que tenían barba los apalearon, creyendo que eran rabinos, y vimos mucha sangre en sus caras. [Los judíos] gritaban, recuerdo sus palabras: "¡Nos están aporreando, nos aporrean como a perros!".» Cuando los judíos llegaron a un extenso campo arenoso, las SS les ordenaron sentarse; les habían dicho que los necesitaban para cavar fortificaciones, pero pronto quedó claro que los iban a matar. «Mirábamos a nuestros padres —dice Vasyl— y cuando vimos que la abuela y mamá lloraban nos dimos cuenta de que aquello iba a ser horrible.»[39]

Los judíos esperaron durante horas bajo un calor abrasador, hasta que, un grupo tras otro, les ordenaban desnudarse y les robaban todos los objetos de valor. Luego los hacían marchar hasta una fosa abierta y los fusilaban. Pero aquella unidad de las SS no era lo bastante numerosa para matar a todos los judíos en una sola jornada, con lo cual por la tarde los que aún estaban con vida tuvieron que ponerse en marcha otra vez, de vuelta a Ostrog; al día siguiente, la masacre se reanudó y continuó hasta que el comandante militar de la ciudad dijo que necesitaba a los demás judíos como mano de obra forzada.[40] Vasyl perdió a casi toda la familia a mano de los nazis: a su padre, dos hermanos, dos tíos, su abuela y su abuelo, entre otros. Vasyl y su madre pudieron ocultarse en casa de unos vecinos, que no eran judíos, y sobrevivieron a la guerra: «Se arriesgaron para que pudiéramos sobrevivir. Nadie dijo a los alemanes que estábamos escondidos allí».

«En Ostrog no había problemas entre los ucranianos y los judíos —dice Oleksiy Mulevych, un ucraniano no judío, que tenía dieciséis años cuando llegaron los nazis—. Lo que los alemanes le han hecho a los judíos, eso es algo que no se puede perdonar. Para mí no había diferencia entre los judíos y yo mismo. Entendí que luego me tocaría a mí.» Oleksiy creía que él y su familia quizá acabarían muriéndose de hambre porque los nazis «nos quitaban toda la comida. Por entonces teníamos dos hectáreas de tierra y se llevaron los cereales y las vacas … Los alemanes eran enemigos de todo el pueblo. Eran como animales».[41] Oleksiy desconocía que los alemanes habían planeado de antemano alimentar a sus fuerzas armadas «a expensas» de la población local, pero tanto él como su familia lo vivieron en sus carnes, pues para sobrevivir tuvieron que afanarse en buscar cualquier resto.

Aunque a Vasyl Valdeman y su madre los protegieron ucranianos no judíos, en Ucrania no todo el mundo apoyaba a los judíos. Hubo muchos casos de ucranianos no judíos que se aprovecharon de la destrucción de sus vecinos judíos. En Horójiv, por ejemplo, unos 80 kilómetros al sur de Ostrog, numerosos lugareños hicieron cola para comprar las propiedades de los judíos asesinados a precios reducidos.[42] En las calles de Lwów se produjeron escenas espantosas a finales de junio de 1941, cuando los ucranianos participaron en la matanza de unos 4.000 judíos.[43] Esta orgía de violencia se desató cuando se supo que las fuerzas de seguridad soviéticas habían matado a varios miles de prisioneros justo antes de que llegaran los alemanes.

No cabe duda de que hubo pogromos, como los de Lwów y Kaunas, que contaron con la aprobación de los nazis; se ha calculado que en la Unión Soviética ocupada se produjeron al menos sesenta.[44] Aun así, la mayoría de los judíos fueron asesinados, durante el verano y el otoño de 1941, en acciones como la de Ostrog, en la que se ejecutaba a los judíos casi a quemarropa. Hans Friedrich, un rumano de etnia alemana, participó en persona en estas masacres de las «fosas» como miembro de la 1.ª Brigada de Infantería de las SS. Friedrich afirma que fusilar a los judíos no le hacía «sentir nada» y justifica esta ausencia de «empatía» —más aún, su «odio general a los judíos»— en la idea de que los judíos habían «hecho daño» primero a su familia, al comprar los animales de su granja a un precio irrisorio. El «lema» de esta guerra, sigue Friedrich, era combatir «contra el comunismo» y, como «había vínculos entre los judíos y el bolchevismo», le parecía comprensible incluir a los judíos en los objetivos que eliminar, más aún cuando la Unión Soviética era un país solo «medio civilizado».[45]

En los estados bálticos en particular, muchos de los que fusilaron a judíos eran habitantes del lugar que asesinaron en cooperación con las fuerzas de seguridad alemanas. Petras Zelionka, por ejemplo, fue miembro de una unidad lituana que participó en las matanzas. Le parecía legítimo asesinar a civiles judíos inocentes, en parte porque creía que los judíos habían torturado a los lituanos durante la ocupación soviética del país: «Nos habían contado qué habían hecho, como tenían costumbre de matar incluso a las mujeres».[46] Zelionka también manifiesta que sus camaradas gozaban de toda ocasión de robar a los judíos. La simple y pura avaricia también podía ser una razón para matar, tanto como las ideológicas.

Un reputado historiador lituano ha identificado cinco motivos como los más habituales entre los que participaron en las matanzas: la venganza (contra los que, se decía, habían ayudado a los soviéticos a oprimir a la población), la expiación (de los que deseaban mostrarse leales a los nazis después de haber colaborado con los soviéticos), el antisemitismo, el oportunismo (como deseo de adaptarse rápidamente a la nueva situación de Lituania) y el enriquecimiento personal.[47] Después de haber conversado con Petras Zelionka, creo que él reunía cuatro de los criterios; el único que no veo claro, en su caso, es el de la «expiación».

Otro motivo adicional, no mencionado en esta lista, era un factor que sin duda caracterizó tanto a Petras Zelionka como a Hans Friedrich: el sadismo. Aunque habían pasado muchísimos años desde el fin de la guerra —a

Zelionka se lo entrevistó en 1996, y a Friedrich, ocho años después—, ninguno expresaba ningún remordimiento por sus acciones, y ambos hablaban de las masacres como si matar de aquella forma tan cercana les hubiera provocado alguna clase de subidón tan vil como sádico. Friedrich, por ejemplo, cuenta que los judíos «se quedaban absolutamente conmocionados, totalmente aterrados y petrificados, y podías hacer con ellos lo que te viniera en gana»;[48] Zelionka revela que, al matar a niños, sentía «curiosidad»: «Es tan solo darle al gatillo, la bala sale disparada y ya está».[49]

La unidad de Zelionka también asesinó en el Séptimo Fuerte de Kaunas, aunque según afirma el entrevistado, él no participó en esta acción en particular. Según algunos informes, los criminales eran sádicos sexuales. «Una noche tras otra, los verdugos lituanos procedían a seleccionar a sus víctimas: las jóvenes, las guapas —escribió Avraham Tory en su diario—. El primer día las violaban, luego las torturaban y por último las mataban. Lo llamaban "ir a pelar patatas".»[50]

El gozo perverso que algunos miembros de los *Einsatzgruppen* sentían con este proceso de matanza era evidente para los observadores. «En el comando de exterminio había cierto número de sádicos depravados —cuenta Alfred Metzner, que era conductor e intérprete—. Por ejemplo, a las embarazadas les disparaban en el vientre, por placer, y luego las arrojaban a las fosas … Antes de la ejecución los judíos tenían que pasar por un examen corporal durante el cual … buscaban joyas y otros objetos de valor en el ano y los órganos sexuales.»[51]

En Ucrania, Dina Pronicheva, una judía que escapó de una de estas masacres, fue testigo de cómo los asesinos alemanes no tenían ningún problema en perpetrar lo que su propia ideología consideraba un «delito racial»: «En el otro extremo del barranco, unos siete alemanes se llevaron a dos jóvenes judías. Bajaron un poco más por el barranco, buscaron un sitio llano y empezaron a violarlas por turnos. Cuando se quedaron satisfechos, las apuñalaron … y dejaron los cuerpos así, desnudos, con las piernas abiertas».[52]

Hubo sádicos de esta especie no solo en las SS, sino también entre los soldados comunes del ejército alemán. Durante la guerra de guerrillas que se libró por detrás de la línea de combate, en el frente oriental, Adolf Buchner, de un batallón de «pioneros» de las SS, vio cómo hombres tanto de las SS como del ejército se complacían en torturar física y mentalmente a

los civiles soviéticos. «Entre ellos había unos cuantos cabrones —dice Buchner—. Los desvestían [a los campesinos] hasta desnudarlos del todo y los mataban desnudos … entre nuestra propia gente había algunos que realmente lo deseaban, ansiaban poder hacerlo … ¿Había alguna necesidad, por ejemplo, de fusilar a los niños delante de las mujeres y después fusilar a las mujeres? Porque eso también pasaba. Y eso es sadismo. Había oficiales así, que les gustaban las cosas sádicas, les gustaba que las madres chillaran o que los niños chillaran; realmente lo disfrutaban. A mi modo de ver esa gente no es humana.»[53]

Para Walter Fernau, que sirvió en el frente oriental con la 14.ª Compañía de *Panzerjäger* [cazadores de carros blindados], había una razón simple para todas estas atrocidades. «Si le das a una persona un arma y poder sobre otras personas —dice Fernau— y luego le permites beber alcohol, se convierte en un asesino.» Además en el frente del Este se vivió un proceso por el que el ejército alemán se «curtió» y «embruteció», sobre todo después de que se iniciara la guerra de guerrillas: «Entonces te encontrabas con alguien con aspecto de guerrillero … [y] se le pegaba un tiro, sin más». El elemento definitivo de todo este cóctel de emociones tóxicas, a juicio de Walter Fernau, era simple y llanamente el «miedo». «No te creerías qué clase de emoción es la de sentir auténtico miedo —cuenta—. Cada vez que hablo con los jóvenes, cuando lo hago … sobre la guerra y así, les digo siempre cómo estaba yo de aterrado.»[54]

Ya el 3 de julio de 1941, Stalin había exigido que «en las regiones ocupadas, se haga que la situación sea insoportable para el enemigo y todos sus cómplices».[55] Los alemanes se lo tomaron en el sentido de que todos los civiles del territorio soviético que ahora ocupaban podían ser guerrilleros. Como en la ideología nazi se repetía una y otra vez que los judíos representaban una amenaza para la seguridad, a las fuerzas alemanas les costó poco identificar «judío» con «guerrillero». Así lo hizo el general Von Manstein, comandante del XI Ejército, cuando promulgó la siguiente orden el 20 de noviembre de 1941: «La judería hace de mediador entre el enemigo, en la retaguardia, y los restos del Ejército Rojo que aún batallan y los jefes rojos». Manstein continuó haciendo hincapié en la naturaleza racial de la guerra: «El sistema judío-bolchevique debe ser erradicado de una vez para siempre. Nunca más debe interferir con nuestro espacio vital europeo. El soldado alemán, por lo tanto, no solo tiene el deber de destruir el instrumento de poder de este sistema; además avanza como portador de un

concepto racial y vengador de todas las atrocidades que se han cometido contra él y el pueblo alemán».[56]

Aunque varios comandantes del ejército alemán emitieron órdenes que hacían hincapié en que sus soldados no debían participar en las matanzas de las SS y los *Einsatzgruppen*, fue habitual que la Wehrmacht interviniera en las acciones de «pacificación» contra los partisanos. Por ejemplo, Wolfgang Horn, un suboficial de una unidad de artillería acorazada, ordenó personalmente reducir a cenizas todo un pueblo durante la lucha contra los guerrilleros, pero no le dio especial importancia porque las casas «no valían gran cosa, en cualquier caso … no nos lo tomábamos muy en serio, lo de [prender] fuego a una casa rusa … no los respetábamos como gente igual de civilizada que nosotros … su estilo de vida era demasiado primitivo para nosotros».[57]

Muchos soldados corrientes, después de años de formación en la ideología nazi, apenas albergaban dudas de que estaban combatiendo contra seres humanos inferiores. «Todo el mundo sabe hoy, hasta el más flaco de cabeza —escribió un soldado en julio de 1941—, que la batalla contra estos infrahumanos, a los que los judíos han azotado hasta hacerlos enloquecer, no solo era necesaria sino que llegó en el momento justo. Nuestro Führer ha salvado Europa de un caos indudable».[58]

Aunque hubo criminales que disfrutaban de lo que hacían, también hubo otros a los que les resultaba difícil participar en esos asesinatos. Himmler lo descubrió por sí mismo al visitar Minsk en el verano de 1941. El 15 de agosto contempló cómo cerca de un centenar de personas —una combinación de «guerrilleros y judíos», según su diario de campaña—[59] eran fusiladas por el *Einsatzgruppe B*. A las víctimas se las obligaba a yacer boca abajo en una fosa y se les disparaba por la espalda. El grupo siguiente debía meterse en la fosa y tenderse encima de la gente a la que acababan de ejecutar.

Walter Frentz, cámara de la fuerza aérea destacado en el cuartel general del Führer en Prusia Oriental, había pedido acompañar al grupo de Himmler a Minsk porque ansiaba «ver algo distinto, para variar, y no solo aquellas cuatro paredes del cuartel». Frentz quedó «muy impresionado» por lo que vio, pues no «sabía que estaban pasando cosas como aquellas».[60] Una vez que se puso fin a la matanza, «el comandante de los auxiliares de policía se acercó a mí, porque yo estaba en la fuerza aérea, y me dijo: "Teniente, yo esto no lo soporto más. ¿Me puede sacar de aquí?". Yo le dije: "Bueno, es

que yo no tengo ninguna influencia en la policía. Estoy en la fuerza aérea, ¿qué se supone que puedo hacer?". "Bueno —siguió él—, es que ya no lo aguanto más, ¡es terrible!"».[61]

El *SS Obergruppenführer* (teniente general) Von dem Bach-Zelewski afirmó que, después de las masacres de Minsk, le había dicho a Himmler: «*Reichsführer*, [los que han sido fusilados] eran tan solo un centenar … Mire a los ojos de los hombres de este comando, lo destrozados que están. Estos hombres están acabados para el resto de sus vidas. ¿Qué clase de partidarios estamos entrenando aquí?».[62]

Después de los fusilamientos, Himmler reunió a los asesinos a su alrededor y pronunció un discurso breve en el cual aseveró que «él y solo él cargaba con la responsabilidad, ante Dios y el Führer, de lo que había tenido que ocurrir». Afirmó que, sin duda, sus hombres ya se habían dado cuenta de que no estaba contento con el hecho de que hubiera que cumplir tareas como aquellas; pero era una tarea necesaria. Según el mismo Bach-Zelewski, Himmler también les dijo a sus hombres que «se esperaba de ellos que miraran la naturaleza: había combates en todas partes, no solo entre los seres humanos, sino también en la flora y la fauna. Los que se negaban a luchar perecían, no había otra … [Dijo] que los humanos hacíamos lo correcto cuando nos defendíamos contra las alimañas».[63] Himmler añadió que, aunque la tarea que se les había encomendado era «dura», «no veía forma de evitarla. Tenían que ser duros y aguantar con firmeza. Él no podía liberarlos de ese deber, no podía evitárselo».[64] Aquella noche, Frentz oyó a Himmler decir: «Quizá se esté preguntando por qué se ha hecho algo como esto. Pero si no lo hiciéramos, ¿qué nos harían ellos a nosotros?». Frentz cuenta que estas palabras le parecieron «terribles».[65] Himmler dio otra prueba de su mentalidad asesina al mes siguiente, cuando dijo: «Hay que aplastar incluso a los bebés en la cuna como a sapos hinchados y repulsivos. Vivimos en una edad de hierro y tenemos que barrer con escobas de hierro. Por lo tanto todo el mundo tiene que cumplir con su deber sin consultar antes con la conciencia».[66]

Tras ser testigo de los asesinatos de Minsk en agosto, Himmler fue en coche hasta un sanatorio mental de Novinki, donde casi con toda certeza ordenó matar a los pacientes. También es probable que durante esta visita, o poco después, estudiara en conversación con Arthur Nebe, comandante del *Einsatzgruppe B* y antiguo jefe de la Policía Criminal, otros posibles métodos de asesinato colectivo. Himmler acababa de contemplar, claro está,

con pleno dramatismo personal, los problemas psicológicos que podían derivarse de ejecutar a judíos casi a quemarropa.[67]

En las semanas posteriores a la visita de Himmler, Nebe experimentó con distintas técnicas letales, con la ayuda del doctor Albert Widmann, del Instituto Técnico de la Policía Criminal. La presencia de Widmann en Minsk era otro indicio de que el equipo que había trabajado en el programa eutanásico T4 se implicaba cada vez más en las masacres del este. Widmann, como hemos visto, había contribuido a diseñar las cámaras de gas en los centros de eutanasia. Pronto se puso de manifiesto que no era fácil replicar en el este las técnicas mortales de la Acción T4. Las cámaras de gas de los centros de exterminio de Austria y Alemania habían usado monóxido de carbono en botellas, y no era práctico —en parte, por los costes— transportarlas hasta los diversos emplazamientos de exterminio diseminados por toda la Unión Soviética ocupada. El camión de gas, por su movilidad, habría servido para resolver este «problema», pero a cambio su capacidad material era limitada. Así pues, los nazis necesitaban un método barato y simple de matanza en masa que ahorrara a los criminales la tensión psicológica derivada de hallarse cara a cara con las víctimas.

En este contexto, ha sido un error habitual considerar que las cámaras de gas se convirtieron en el método asesino preferido para el Holocausto por la sencilla razón de que los nazis deseaban matar a un mayor número de judíos. Pero no fue así. Durante la infame masacre de Babi Yar, a las afueras de Kiev, en septiembre de 1941, por ejemplo, una combinación de soldados de los batallones policiales de las SS, *Einsatzgruppen* y colaboradores locales asesinó a casi 34.000 judíos en tan solo dos días, por medio de fusilamientos. Esta matanza alcanzó una escala que no igualó ninguno de los campos de exterminio (durante un período de tiempo similar). Lo que las cámaras de gas ofrecían no era tanto una forma de matar a más personas en un solo día, en comparación con los fusilamientos, sino un medio de hacer que el asesinato resultara más fácil… para los asesinos.

En el verano de 1941 no estaba especialmente claro, para los nazis, que el medio más idóneo para sus fines fueran las cámaras de gas. Es casi increíble, pero Widmann y su equipo también probaron ideas como encerrar a pacientes mentales en una especie de refugio subterráneo y hacerlo saltar por los aires. Desde el punto de vista de los nazis, el experimento no fue un éxito. «El panorama era atroz —dijo Wilhelm Jaschke, oficial del *Einsatzkommando 8*—. Algunos heridos salían del búnker arrastrándose y

llorando … Había miembros repartidos por el suelo y colgados de los árboles.»[68] Tras este fracaso en el experimento letal, Widmann, Nebe y otros colegas centraron la atención otra vez en el monóxido de carbono. ¿Habría algún modo de crear este gas, que había sido tan efectivo para matar a los discapacitados alemanes, sin recurrir a las botellas? La respuesta resultó estar por todas partes: en los gases expulsados por los tubos de escape de los coches y camiones. En un sanatorio mental de Moguiliov, en Bielorrusia, los nazis encerraron a varios pacientes en una habitación sellada e hicieron llegar los gases de un motor de coche. Como este vehículo no bastaba para producir suficiente gas venenoso, probaron un motor más grande, de un camión, hasta que por fin lograron asesinar a todos los reunidos en la sala.

No solo hubo experimentos con distintos métodos letales en la Unión Soviética ocupada. En Auschwitz, en la Alta Silesia, las SS concibieron otro sistema asesino. En las primeras semanas de otoño de 1941, Karl Fritzsch, el segundo del comandante Rudolf Höss, intentó matar a los presos enfermos y los prisioneros de guerra soviéticos con un poderoso producto químico, basado en el cianuro, que se utilizaba en forma cristalizada como insecticida. Estos cristales de ácido prúsico, que se almacenaban en latas selladas, se convertían en gas venenoso en contacto con el aire. El producto se denominaba Zyklon Blausäure, abreviado como Zyklon B.

Las SS experimentaron encerrando a una selección de presos en el sótano del Bloque 11 de Auschwitz. El Bloque 11 era una cárcel dentro de aquella cárcel, el edificio más temido de todo el campo, el lugar donde las SS interrogaban y torturaban a los reclusos. Pero al igual que los intentos iniciales de matar con el monóxido de carbono de los gases de escape no habían sido tan efectivos como los nazis habrían querido, el primer intento de Fritzsch de asesinar con Zyklon B tampoco fue el éxito que él ansiaba.

El polaco August Kowalczyk, preso político en Auschwitz, fue testigo de cómo las SS intentaban sellar, por medio de tierra y arena, la zona del Bloque 11 en la que estaban los internos a los que quería gasear. O bien el proceso de sellado fue deficiente o bien no usó la cantidad necesaria de Zyklon B, porque un día después del gaseado vio a un hombre de las SS correr adelante y atrás muy agitado. Resultó que algunos presos aún estaban con vida, de modo que se echaron más cristales de Zyklon B a aquella cámara de gas improvisada. La terrible agonía que padecieron aquellos anónimos prisioneros de guerra soviéticos y presos enfermos, que pasaron

la noche ahogándose pero no del todo en el Bloque 11, apenas se puede siquiera imaginar.[69]

Las SS, con este proceso criminal de prueba y error, determinaron la cantidad exacta de cristales de Zyklon B necesarios para asesinar a un número dado de prisioneros. Con los tanteos averiguaron que el gas era tanto más eficaz cuanto mayor era la temperatura de la sala y cuantas más personas había apiñadas en el interior. También descubrieron que el Bloque 11 distaba de ser el lugar perfecto para las masacres. Se encontraban con la dificultad de «cómo evacuar los cadáveres», según pudo constatar August Kowalczyk. Otros reclusos tenían que entrar en el sótano, desentrelazar los cuerpos, subirlos a la superficie, situarlos en carretillas y luego empujarlos hasta el otro extremo del campo principal, donde se hallaba el crematorio. No solo era un proceso que exigía mucha mano de obra y consumía mucho tiempo, sino que además era imposible mantener los asesinatos en secreto frente al resto del campo. Así, después de reflexionar al respecto, las SS comprendieron que podían atajar mucho si convertían en cámara de gas una de las salas del depósito de cadáveres del crematorio. Con este cambio, se podía asesinar a los internos al lado mismo de los hornos en los que se incinerarían los restos.

Estos diversos experimentos del verano y otoño de 1941 se desarrollaron en el contexto de otra campaña de matanzas que, por escala, también fue muy superior al gaseado. Durante el segundo semestre de 1941, en efecto, los nazis asesinaron a un número abrumador de prisioneros de guerra soviéticos. A finales de 1941, de los 3,35 millones de soviéticos apresados por los alemanes desde que había empezado la guerra, el 22 de junio, habían muerto más de dos millones. Cerca de 600.000 habían perdido la vida a consecuencia de la orden de los comisarios; el resto, por malos tratos de una u otra clase, entre los que destacaba una gran cantidad de muertos por hambre.[70] Según ha destacado un historiador de este período, si la guerra hubiera terminado al principio de 1942, «este programa de asesinato colectivo habría sido el crimen único con más víctimas de todos los cometidos por el régimen de Hitler».[71]

Gueorgui Semeniak estuvo entre la minoría de prisioneros de guerra soviéticos que sobrevivieron a la contienda aun habiendo sido capturados al empezar esta. Los alemanes lo encarcelaron en un campo a cielo abierto, con cerca de 80.000 presos más, y logró subsistir pese a las raciones irregulares de una sopa aguada que, como los alemanes no les dieron boles

ni tazas, se le servía en el tocado cuartelero. «La gorra formaba parte del equipo del ejército soviético —cuenta Semeniak—, y estaba pensada para el verano, así que la sopa, con su poca consistencia, se colaba directamente por entre la tela.» A las pocas semanas lo trasladaron a un campo aún mayor, donde tuvo que enfrentarse a otro problema: estaba infestado de piojos. «Esto causó una epidemia de tifus, y la gente empezó a morirse por el tifus. Además, había tantos piojos que el pelo de mucha de la gente estaba tan repleto de piojos que empezó a moverse solo. Y no era solo el pelo de la gente, y la ropa y el cuerpo desbordado de piojos, sino que si te agachabas y cogías un puñado de arena, la arena se movía por todos los piojos que tenía.»[72]

Los presos soviéticos intentaron atrapar ratas para comérselas. «A veces alguien pillaba una rata por la cola —dice Gueorgui Semeniak— y la rata se daba la vuelta y le mordía en la mano. Tienen dos incisivos, muy potentes. Así que la rata está mordiendo la mano del hombre, pero este no la suelta; le pega para matarla, para tener un pedazo de carne que hervir o freír.» Los reclusos soviéticos estaban tan desesperados que incluso se comían los cuerpos de sus camaradas. Semeniak revela que varios camaradas cortaban las nalgas, el hígado y los pulmones de los cadáveres y se los comían fritos.

Semeniak también recuerda que los alemanes jugaban a juegos sádicos con los prisioneros de guerra soviéticos, similares a algunos de los tormentos que infligían a los judíos. «Un alemán se acerca a un grupo numeroso y pregunta: "¿Quién quiere comer?". ¡Vaya pregunta más idiota! Cuando puedes ver que la gente hace meses que no se llena la boca, cómo se te ocurre preguntar: "¿Quién quiere comer?". ¡Todo el mundo quiere comer! "Muy bien, pues, ¿quién es capaz de comerse un cubo entero de gachas?" Alguien levanta la mano y dice: "Yo". "Vente pues", dice el alemán, y le da el cubo de gachas. Pero lógicamente no se puede comer el cubo entero. Se acerca al cubo y empieza a comer. Se come un par de boles, como mucho … Eso ya es muy excepcional. Es imposible que pueda comer más. Así que dice: "Ya estoy". Y aún quedan tres cuartas partes del cubo. [Los alemanes] le pegan una paliza. Tiene que recibir una paliza, pero al menos ha comido.»[73]

El hambre dominó las vidas de muchos millones de personas que vivieron la ocupación nazi durante el verano y otoño de 1941. Los nazis fueron fieles a la intención que habían expresado en secreto aquella primavera y asesinaron a los que despreciaban no solo con balas y cámaras

de gas, sino también matándolos de hambre. Ahora bien, esto no supone afirmar que los nazis mostraron la misma actitud a la hora de matar a los prisioneros de guerra soviéticos que a los judíos. El proceso mental que les permitía justificar los asesinatos era distinto. Wolfgang Horn, por ejemplo, era un soldado típico en la medida en que consideraba a los soviéticos como «incivilizados, casi salvajes», pero a los judíos, en cambio, como inteligentes. A Horn le habían dicho que los judíos «gobernaban Rusia» y eran también la causa de que los alemanes hubieran perdido la primera guerra mundial.[74]

De la ideología nazi se derivaba, por lo tanto, que los judíos eran el enemigo más letal de todos: no solo eran infrahumanos, sino una «raza» lo bastante astuta para conjurar en secreto contra Alemania. En consecuencia, era necesario eliminarlos, a todos y cada uno de ellos, de una forma u otra. En cuanto a los prisioneros de guerra soviéticos, mientras pudieran trabajar como bestias de carga quizá se les podía permitir que sirvieran al Estado nazi; cuando pasaran a ser «bocas inútiles», les habría llegado la hora de morir. Esta mentalidad explica por qué la tasa de mortalidad de estos prisioneros de guerra, en manos alemanas, se redujo después de que Hitler ordenara, el 31 de noviembre de 1941, que los presos soviéticos se destinaran, en gran cantidad, a los trabajos forzosos.[75] Es relevante destacar que, en esta fase de la guerra, no estaba dispuesto a tolerar que se usara a los judíos como mano de obra dentro del Reich. En la primavera de 1941, Arthur Greiser estaba tan ansioso por expulsar a los judíos del Warthegau que había sugerido enviar a 70.000 a Alemania, para que realizaran trabajos forzados; pero Hitler había vetado el plan.[76] Su idea pasaba por expulsarlos del Reich, no por recuperarlos como mano de obra.

Hitler, desde luego, no tomaba en persona todas y cada una de las decisiones que, en lo relativo a la naturaleza de la matanza, se adoptaron una vez iniciada la invasión de la Unión Soviética. De hecho ni siquiera está claro que la instrucción de Himmler a los *Einsatzgruppen*, de julio de 1941, conforme debían hacer extensivo a las mujeres y los niños el asesinato de los judíos soviéticos, se redactara en respuesta a una orden directa de Hitler. Ahora bien, no cabe ninguna duda de que Hitler sabía qué estaban haciendo los asesinos de los *Einsatzgruppen*. Recibía datos secretos detallados sobre el número de personas a las que estas unidades mataban. El 1 de agosto de 1941, el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, remitió este mensaje a los mandos de los *Einsatzgruppen*: «Hay que enviar al Führer,

desde aquí, informes regulares sobre el trabajo de los *Einsatzgruppen* en el este. Para este fin se necesita material ilustrativo de particular interés, como fotografías, pósteres, panfletos y otros documentos».[77] No es menos obvio que Hitler estaba plenamente satisfecho con las matanzas. Algo más tarde, aquel mismo mes, Goebbels escribió en su diario tras reunirse con él: «Hablamos sobre el problema judío. El Führer está convencido de que la profecía que anunció ante el Reichstag —que si los judíos logran provocar una nueva guerra mundial, esta acarreará el exterminio de los judíos— se está cumpliendo … con una exactitud casi increíble. En el este, los judíos han tenido que rendir cuentas; en Alemania ya han pagado en parte y en el futuro aún tendrán que pagar más».[78]

Muy probablemente, al ampliar la masacre de la Unión Soviética ocupada en el verano de 1941, Himmler sabía que actuaba dentro del mandato general que Hitler le había encomendado en cuanto al destino de los judíos durante aquella guerra de exterminio. También era consciente de que Hitler tendría información en cuanto la acción estuviera en marcha y que, si el Führer estaba descontento, la operación se podría interrumpir. Es revelador que no ocurriera así.

Esta flexibilidad con la que funcionaba el proceso de exterminio se puede detectar a lo largo de toda la cadena de mando. Es probable, por ejemplo, que cuando Himmler visitó a los *Einsatzgruppen in situ*, en su despliegue oriental, en el verano de 1941, a menudo no dejara órdenes escritas, sino que animara verbalmente a los grupos a ampliar las masacres cuando y donde fuera posible. Y cuando se daban órdenes por escrito, se podían disimular bajo un lenguaje impreciso. El 1 de agosto, por ejemplo, el 2.º Regimiento de Caballería de las SS, que actuaba en las marismas del Prípiat, recibió este mensaje que emanaba de Himmler. «Hay que fusilar a todos los judíos. Las mujeres judías, que entren al pantano en camiones». El *SS Obersturmbannführer* (teniente coronel) Magill respondió: «Que las mujeres y los niños se adentraran en el pantano en un vehículo no era útil porque el pantano no tenía la suficiente profundidad para que se pudiera hundir».[79]

Si hubieran existido órdenes explícitas de Himmler, en circulación entre las unidades de las SS y los *Einsatzgruppen*, la comunicación no podría haber sido ambigua. En este caso, Himmler no quería ser explícito a la hora de ordenar la matanza de niños y mujeres judías, y confiaba en que sus hombres leerían entre líneas. Pero esta unidad en particular se manejó con

demasiada literalidad. Magill acertó a entender que la instrucción era un eufemismo referido a «matar a las mujeres y los niños», pero explicó literalmente que el método sugerido —ahogarlos en el pantano— no funcionaba bien.

Este intercambio nos permite aprender dos cosas importantes. En primer lugar, que los funcionarios de las SS consideraban necesario recurrir a un lenguaje camuflado incluso cuando se dirigían unos a otros. En segundo lugar, como las órdenes se daban a veces con cierta ambigüedad, algunos oficiales más inexpertos tenían dudas a la hora de saber exactamente qué se les pedía.

Este nivel de subterfugio llevó incluso a otros funcionarios nazis a intentar cortar lo que entendían que eran matanzas no autorizadas. Por ejemplo, Hinrich Lohse, el comisario del Reich para los estados bálticos, escribió el 15 de noviembre de 1941: «He prohibido las ejecuciones indiscriminadas de judíos en Libau porque carecían de la debida justificación». Pidió que le clarificaran si existía o no una «orden de aniquilación de todos los judíos del este» porque él era incapaz «de encontrar una directriz así».[80] El jefe del departamento político del Ministerio del Reich para los Territorios Orientales tuvo cuidado de no aludir por escrito a ninguna instrucción y se limitó a afirmar que la preocupación de Lohse por la «cuestión judía» debería haber quedado «aclarada» mediante las «conversaciones al respecto».[81]

No podemos saber con toda seguridad por qué los nazis gestionaron así sus medidas de asesinato en masa. La explicación más convincente es que tenían claro que si la opinión pública sabía qué estaban haciendo, esto les podía generar problemas. En lo que a los nazis atañía, lo que aprendieron del caso de la protesta del obispo Galen contra la eutanasia fue que debían acentuar el secretismo de los proyectos de masacre. A los nazis no les preocupaban tanto las protestas de la opinión pública alemana (aunque no podían descartar este riesgo del todo) como las consecuencias que tendría en el resto del mundo el hecho de que se conociera en detalle lo que estaba ocurriendo. Hitler, en particular, habría temido dañar su prestigio. Estaba muy convencido de que Alemania se impondría en la guerra y, en esa vida posterior, el jefe del Estado tendría menos problemas diplomáticos si el exterminio de los judíos no se desvelaba o, por lo menos, si él había logrado mantenerse a una distancia verosímil. Después de que en 1939 decidiera firmar un documento que autorizaba el proyecto eutanásico y luego haber

comprobado cómo la Iglesia atacaba a los nazis, Hitler se habría cuidado doblemente de mantener su nombre alejado de cualquier otra acción asesina que pudiera atraerle publicidad negativa. Presentarse ante el Reichstag y predecir que, si estallaba una guerra mundial, esta acarrearía sin duda el exterminio de los judíos, no era lo mismo que revelar con detalle cómo se estaba masacrando a los hombres, las mujeres y los niños judíos. Era muy preferible, desde la perspectiva de Hitler, asegurarse de que no existiera ni una sola orden, en este proyecto tan delicado, que llevara su nombre. Era muy consciente de que las órdenes escritas podían volver y perjudicar al emisor. Esta era una de las razones por las que, en octubre de 1941, comentó: «Es mucho mejor verse con ellos que escribir, al menos cuando hay que tratar algún tema de importancia capital».[82]

Pero ningún Estado complejo puede funcionar bien si todas las órdenes son orales, con lo que, en determinadas ocasiones, fue necesario hacer alusión por escrito a las masacres. De resultas, toda una larga serie de eufemismos quedó asociada con la aniquilación de los judíos. Por ejemplo, cuando se hablaba por escrito del asesinato fue frecuente aludir a dar a alguien un «trato especial». Igualmente, el concepto de Solución Final, aunque en un principio solo hacía referencia a la deportación, acabó por aludir específicamente al plan global de exterminio. En un documento dirigido a Heydrich y firmado por Göring, del 31 de julio de 1941, seguía conservando su significado original: «Para complementar la tarea que se le asignó a Usted el 24 de enero de 1939, relativa a solucionar el problema judío por medio de la emigración y evacuación realizadas de la forma más idónea, por la presente le encomiendo remitir un esquema exhaustivo de las medidas preparatorias en cuanto a organización, tema y materiales para la ejecución de la solución final que prevé darse a la cuestión judía».[83] Sabemos que la «solución final» que se menciona en este documento no era el asesinato colectivo de los judíos en los campos de exterminio porque las conversaciones anteriores entre Heydrich y Göring sobre un posible «esquema» de la «solución final» se remontan al menos a marzo de 1941, una fecha en la que los nazis planeaban deportar a los judíos hacia el este una vez hubiera concluido la guerra. Así pues, hasta la fecha, la explicación más convincente sobre este intercambio epistolar de julio de 1941 es que Heydrich aún trabajaba en un plan para deportar a los judíos hasta los confines últimos de la Unión Soviética ocupada, cuyos movimientos demográficos ingentes no se harían realidad hasta que la guerra oriental

hubiera concluido. Esta interpretación también encaja con la orientación previa de la política de guerra de los nazis contra los judíos, que se dirigía hacia la deportación con consecuencias genocidas a medio y largo plazo. Así como los judíos que, al empezar la guerra, habían sido enviados a Nisko, en el Gobierno General, habían perecido en gran cantidad de resultas del hambre, las enfermedades y otros malos tratos, y los judíos habrían estado condenados asimismo a desaparecer si se los hubiera trasladado a Madagascar, el destino de los judíos enviados a las estepas de la Unión Soviética ocupada no habría resultado menos catastrófico.

Sin embargo, a finales de verano y en los primeros días de otoño de 1941, hubo conversaciones sobre un cambio en el calendario de la Solución Final. Varios de los partidarios más leales a Hitler querían que los judíos fueran deportados al este de inmediato, sin esperar al fin de la guerra. Cuando Goebbels se reunió con Hitler el 19 de agosto, le pidió expulsar de Berlín a los judíos. A su entender era inconcebible que 70.000 judíos todavía pudieran vivir en la capital alemana mientras los soldados del país luchaban y morían en el frente oriental. Hitler no estuvo de acuerdo en deportar de inmediato a los judíos de Berlín, pero aceptó una de las propuestas de Goebbels: que se les hiciera lucir un identificador propio. En Polonia hacía ya cierto tiempo que estaban obligados a llevar insignias identificadoras, y ahora era el momento de someter a esta humillación a los judíos alemanes.

Desde el 1 de septiembre de 1941, los judíos mayores de seis años de Alemania, Austria y los demás territorios incorporados tenían que exhibir en la ropa una insignia amarilla en forma de estrella de David. Esta medida no pretendía tan solo identificar a los judíos para que fuera más probable que sufrieran acoso, sino atraer la atención de todos los no judíos hacia la persecución de los judíos. Aunque algunos alemanes hostigaban en la calle a los judíos, ahora más fáciles de reconocer, también había quien se sentía incómodo con la novedad. Uwe Storjohann, por ejemplo, recuerda que su madre —que, en sus palabras, era «probable que hubiera aprobado» la idea de deportar a los judíos— era contraria pese a todo a su «estigmatización». Poco después de que los judíos de Hamburgo se vieran obligados a llevar la insignia amarilla, Uwe caminaba con su madre por una zona judía de la ciudad cuando vieron a «un viejo judío que se acercaba vestido con un traje harapiento y llevaba una cartera muy vieja, y la llevaba de forma que su estrella de David quedaba tapada. Y entonces sin duda se vio afectado por una necesidad humana perentoria, y echaba vistazos alrededor pensando si

podría entrar a un aseo público [que estaba marcado como «prohibido a los judíos»]. Al final entró. Y mi madre se paró y yo pensé: "¿Por qué se para?". Y dijo: "¿Lo has visto, no? ¿Era un judío, verdad? Y ha entrado ahí escondiendo la estrella judía con el maletín". Mi madre esperó hasta que el hombre salió. Y cuando el viejo la vio, se le puso una cara terrible, de mucha angustia. No olvidaré nunca su pánico, su angustia. Dejó caer el maletín y entonces se le podía ver la estrella de David. Y sabía cómo pensaba mi madre sobre estas cosas, y me preguntaba qué ocurriría después, qué iba a hacer ella. Y el judío también, claro, [estaba pensando:] "Como se vaya a la policía ahora, estoy acabado". Mi madre se acerca a él, le señala la estrella de David y dice: "Eso no lo queríamos". Y me dije a mí mismo: "Bueno, ¡nunca lo habría esperado!". En ese momento, estaba claro que el hombre le dio pena. Seguro que imaginaba que a los judíos se los excluye de la vida empresarial y se los relega a trabajos inferiores, o quizá se los reubica en ciudades especiales en las que puedan vivir tranquilamente con los suyos, o algo así, o en su propio Estado como pasa hoy con Israel … Pero aquella estigmatización le pareció terrible. Me dio mucho que pensar, y pensé: "Bueno, pues quizá no es tan francamente antisemita como yo pensaba". Pero a la vez fue algo típico de buena parte de la población, que decían: "Oye, no, eso es ir demasiado lejos, eso no nos gusta". Solo que no habrían hecho nada. Nada. Dirigían la mirada y el oído a otra parte».[84]

Erna Krantz, que vivía en Múnich y era adepta del nazismo, sintió emociones similares después de que se obligara a los judíos a llevar la estrella de David. «En la calle paralela a la nuestra teníamos a una cierta baronesa Brancka, que estaba casada con un barón pero era la hija de un tendero judío de Hamburgo … y tenía que llevar la estrella judía. Me daba pena, era muy tremendo, porque esta mujer era muy agradable, eso era lo que te transmitía. Pero la verdad es que, igual que hoy cuando te encuentras con gente que está necesitada, no puedes ayudar en todas partes; entonces era lo mismo.»[85]

Como hemos visto, Goebbels no había pedido tan solo que los judíos quedaran identificados como tales, sino también que los deportaran. Pronto, otros dirigentes nazis se inclinaron por la misma medida. El 15 de septiembre de 1941, Karl Kaufmann, el *Gauleiter* de Hamburgo, solicitó a Hitler por escrito expulsar a los judíos de la ciudad. Kaufmann quería sus propiedades para alojar a los alemanes no judíos que se habían quedado sin

casa por los recientes ataques aéreos. En esta ocasión, Hitler optó por cambiar de rumbo y autorizó la deportación inmediata de los judíos del interior del Reich, sin esperar a que la guerra hubiera acabado. ¿Por qué cambió de opinión en este momento, cuando hacía tan solo unas pocas semanas que le había dicho a Goebbels que no se podía enviar a los judíos al este? Una posible explicación es que Hitler actuó en venganza: en agosto, Stalin había decidido deportar a las estepas baldías de Siberia y Kazajistán a varios miles de habitantes de etnia alemana que vivían en la región del Volga. Tanto si este acto concreto de Stalin desencadenó la acción de Hitler como si no, es indudable que el contexto de la guerra contra la Unión Soviética tuvo algún peso en la decisión del Führer.

La guerra todavía parecía estar yendo bien para los alemanes. En contra de lo planeado, los soldados de la Wehrmacht no habían logrado derrotar al Ejército Rojo en unas pocas semanas; aun así, estaban a punto de imponerse en la batalla de cerco más grande de la historia que lidiaban en los alrededores de Kiev, la capital de Ucrania. El 19 de septiembre de 1941, la ciudad cayó en manos de los alemanes, que apresaron a 600.000 soldados soviéticos. «El soldado alemán ha vuelto a demostrar, una vez más, que es el mejor soldado del mundo —dijo Hitler, deleitándose con el triunfo ante sus socios más inmediatos—. Muchos han dicho que la operación que ahora está en marcha, un cerco con un radio de más de mil kilómetros, resultaba impracticable. Para imponer que se hiciera tuve que aplicar toda mi autoridad sobre la jerarquía militar.» Este éxito demostraba, a su juicio, que «los eslavos son una masa esclava por naturaleza y necesitada de un amo». Además, era «mejor no enseñarles a leer». Hitler no creía que hiciera falta dejar a una gran cantidad de soldados alemanes para ocupar y administrar el nuevo territorio, porque los «eslavos» eran claramente muy inferiores. «El espacio ruso es nuestra India —dijo—. Al igual que los ingleses, gobernaremos este imperio con un puñado de hombres.»[86]

Hitler afirmó, en un discurso pronunciado pocas semanas después, en Berlín, el 3 de octubre, que el Ejército Rojo estaba «roto» y «ya nunca se volverá a poner en pie».[87] Es posible que esta convicción de que la guerra ya estaba ganada interpretara un papel en la decisión de adelantar la fecha prevista para la deportación de los judíos. En lugar de enviar a los judíos al este cuando la guerra con la Unión Soviética ya hubiera terminado, ¿por qué no enviarlos en aquel mismo momento, si Stalin ya había hincado la rodilla? Sabía que su aliado, el mariscal Antonescu, de Rumanía, ya había

actuado con suma agresividad contra los judíos del este. El centro de las masacres rumanas era la Transnistria, una región que debía su nombre al hecho geográfico de hallarse al otro lado del río Dniéster. En septiembre, con la Transnistria ocupada por Rumanía en calidad de provincia oriental, Antonescu se preparó para enviar a campos de este nuevo territorio a judíos expulsados de Bucovina y Besarabia. El director del periódico rumano *Porunca Vremii* escribió, en verano de 1941: «*Alea jacta est* … La liquidación de los judíos de Rumanía ha entrado en la fase final y decisiva … A la alegría de nuestra emancipación dejemos añadir el orgullo de [ser los primeros en] solucionar el problema judío en Europa. A juzgar por la satisfacción con que la prensa alemana se hace eco de las palabras y decisiones del mariscal Antonescu, entendemos … que la Rumanía del presente está prefigurando las decisiones que adoptará la Europa del mañana».[88]

Como no es de extrañar, Hitler estaba ciertamente satisfecho con las acciones del mariscal Antonescu. «En lo que atañe al problema judío —le dijo a Goebbels a finales de agosto de 1941—, cabe decir con seguridad que un hombre como Antonescu está implantando en la zona medidas mucho más radicales de las que hemos aplicado nosotros hasta el momento.»[89] Seis semanas después, en octubre, Hitler todavía se mostraba elogioso con Antonescu: «Entre nuestros aliados, con la salvedad del Duce [Mussolini], Antonescu es el hombre que me causa una mejor impresión. Es un hombre a gran escala, que nunca deja que nada lo desvíe de su camino». Además, lo «primero» que Antonescu tenía que hacer para fortalecer Rumanía era, a juicio de Hitler, «librarse del judío».[90]

Hitler había resuelto «librarse» de los judíos en los dominios del antiguo Reich. Ahora bien, aunque era fácil decidir deportarlos, faltaba resolver una cuestión práctica crucial: ¿dónde había que enviarlos? Himmler, una vez más, facilitó una solución. El 18 de septiembre de 1941 escribió a Arthur Greiser, del Warthegau, para informarle de que el Führer había decidido vaciar de judíos el «Antiguo Reich y el Protectorado». Por ello, Himmler quería enviar a 60.000 judíos al gueto de Łódź, situado dentro del Warthegau de Greiser, donde se los alojaría antes de trasladarlos a un destino «más oriental» aún no especificado, la primavera siguiente.[91] Después de que varios funcionarios del Warthegau protestaran porque el gueto de Łódź era incapaz de admitir a más judíos, Himmler redujo el número a 20.000.

En octubre de 1941, los primeros judíos salieron de Hamburgo en dirección a Polonia. Lucille Eichengreen, una de las mujeres judías enviadas a Łódź desde aquella ciudad alemana, recuerda que cuando les hicieron caminar hasta la estación para iniciar el viaje a Polonia, unos pocos alemanes les dirigieron gritos antisemitas, pero la mayoría de la población no judía de Hamburgo reaccionó sin mostrar emoción.[92] En otros lugares, algunos judíos contaron que sus vecinos no judíos expresaron simpatía por ellos: en Fráncfort les llevaron «galletas y otros alimentos» y en Viena lloraban «abiertamente» mientras los expulsaban.[93]

Los judíos de la Europa occidental no estaban nada preparados para lo que les esperaba en Łódź. Un judío polaco, que ya estaba en el gueto, escribió sobre un grupo de deportados checos que llegaron en octubre de 1941: «Se cuenta que han preguntado por la posibilidad de alojarse en apartamentos de dos habitaciones con agua corriente».[94] Pero la ingenuidad no duró mucho tiempo y los judíos occidentales no tardaron en descubrir la espantosa realidad de la vida y la muerte en el gueto. En su mayoría no tenían amigos entre los judíos polacos, ningún contacto que les ayudara a encontrar un trabajo o una habitación. La mayoría quedaron apiñados en las escuelas del gueto, en las que no tenían nada que hacer y casi nada que echarse a la boca. «La tripa te empieza a colgar y se va hundiendo paso a paso —escribió Oskar Rosenfeld, que había sido deportado de Praga a Łódź —. Con vacilación, casi con temor, uno se pasa la mano sobre el cuerpo desasosegado y choca con huesos y costillas, recorre la pierna y de pronto uno descubre, nota que no hace tanto que uno era más gordo, estaba más relleno, y además se asombra por la rapidez con la que el cuerpo se deteriora … Una palabra, un concepto, un símbolo se enfrenta a todo: ¡pan! A cambio de pan uno sería un hipócrita, un fanático, un tipo despreciable. Si me das pan, eres mi amigo.»[95]

En muchos casos, la transición supuso una conmoción a la que aquellos judíos occidentales no lograron sobrevivir. «Desde luego estaban muy deprimidos —cuenta Jacob Zylberstein, un judío polaco que ya estaba en el gueto—. Yo creo que porque normalmente ellos [los judíos del Reich] miran con desprecio a los judíos polacos; no hay duda de que nosotros estábamos en una categoría distinta a la de ellos. Y de pronto caen en la cuenta de que han caído al mismo nivel que nosotros, o quizá a un nivel aún más bajo que el nuestro, porque ellos no pueden vivir en las condiciones en las que vivíamos nosotros».[96] En consecuencia, los judíos del Reich y el

Protectorado sufrieron una tasa de mortalidad muy superior a la de los judíos polacos que ya vivían en el gueto.[97]

A los judíos no los enviaron solo al gueto de Łódź. Varios transportes siguieron camino más al este, hasta las zonas de exterminio de los *Einsatzgruppen* en la Unión Soviética ocupada. Algunos de ellos fueron internados en campos en los que muchos perecieron de frío; otros fueron asesinados al poco de llegar. A finales de noviembre de 1941, por ejemplo, cinco trenes partieron hacia Lituania desde Alemania y Austria. Al poco de tomar tierra en Kaunas, todos estos judíos fueron asesinados por escuadrones de la muerte. En otro lugar, Wilhelm Kube, el comisario nazi para Bielorrusia, expuso en diciembre sus dudas sobre si los judíos de «nuestra propia esfera cultural» debían recibir el mismo trato que las «hordas primitivas originarias» del este.[98] Quince días antes, a finales de noviembre, Himmler había llegado a intentar impedir —sin apenas lugar a dudas, tan solo de forma temporal, mientras el asunto se aclaraba— el asesinato de un tren de judíos alemanes enviados a Riga; pero su mensaje llegó demasiado tarde y ya se había matado a los judíos.[99] Todo esto pone de relieve que, en cuanto a la suerte inmediata que se deseaba corrieran los judíos del antiguo Reich, no todo estaba cerrado.

Al mismo tiempo que se asesinaba, en la Unión Soviética ocupada, a estos judíos de la Europa occidental, también se avanzaba en los preparativos de dos instalaciones de exterminio en Polonia. La primera, en Chełmno (al noroeste de Łódź, a unos 65 km de esta ciudad), se creó básicamente para asesinar a los judíos del gueto de Łódź a los que se había clasificado como inhábiles para el trabajo. Desde la perspectiva de Arthur Greiser, el gobernante del Warthegau, esta instalación letal era más que necesaria, e incluso urgente: necesitaba reducir el grave exceso demográfico del gueto de Łódź, una situación que había empeorado aún más con la llegada de los judíos occidentales. Pero ya bastante antes, en julio de 1941, como hemos visto, Rolf-Heinz Höppner, el jefe del Departamento Central de Emigración de Posen, en el Warthegau, había escrito que se había «debatido» mucho sobre la suerte que debían correr los judíos del *Gau*, y había preguntado si, teniendo en cuenta que quizá en el invierno siguiente no se podría dar de comer a todos los judíos, no sería más «humano» liquidar «por algún medio de efectos rápidos» a los judíos que no podían trabajar.[100]

Precisamente esta clase de «medio de efectos rápidos» —en concreto, en forma de camión de gaseado— ya estaba recorriendo los hospitales del Warthegau para asesinar a los discapacitados. Entonces, en el otoño de 1941, se desarrolló un plan para matar a los judíos de Łódź con ese tipo de furgones letales. Herbert Lange, que dirigía a la unidad encargada de matar a los discapacitados, buscó un emplazamiento adecuado como base de los camiones. Su conductor, Walter Burmeister, confirmó un tiempo después que, aquel otoño, Lange le dijo que «nos espera un trabajo duro pero importante».[101] A la postre se eligió centrar los furgones en el pueblo de Chełmno y se optó por enterrar a los judíos asesinados en un bosque cercano.

La segunda instalación de exterminio que se estaba construyendo en Polonia durante el mes de noviembre de 1941 se hallaba en el pueblo de Bełżec, situado unos 120 kilómetros al suroeste de Lublin, en el Gobierno General. Antes de la invasión de la Unión Soviética, los alemanes ya habían establecido un campo de trabajo en Bełżec, donde alojaron a los judíos que trabajaban en las fortificaciones de frontera entre las zonas alemana y soviética de Polonia; pero a finales de 1940, el campo se había cerrado. El nuevo campo de Bełżec sería la primera instalación de exterminio estática —por oposición a las móviles— levantada ex profeso para asesinar a los judíos. La ubicación de Bełżec reunía varias ventajas para los nazis. Era relativamente remota y distaba de los grandes centros de población, pero estaba cerca de la línea de ferrocarriles principal y era fácil llegar a ella desde tres ciudades —Lublin, Cracovia y Lwów— que tenían, las tres, una población judía numerosa.

Además de estas dos instalaciones que se estaban levantando en Polonia, hacia esta misma época también hay pruebas de que se sopesaba levantar otras fábricas de la muerte, de carácter asimismo estable, en la Unión Soviética ocupada: en Riga y Moguiliov.[102] Himmler visitó Moguiliov, en Bielorrusia, durante el mes de octubre, y al mes siguiente se encargó a Topf und Söhne construir un crematorio descomunal en Moguiliov, con treinta y dos cámaras de incineración.[103] Cabe la posibilidad de que este crematorio colosal —que no llegó a construir— fuera a utilizarse como núcleo central de un campo que combinaba las funciones de centro de exterminio con las de los campos de concentración más convencionales.[104] Desde luego, los nazis estaban iniciando un cambio en su forma de abordar la «cuestión judía».

Ahora bien, ¿significa todo esto que, en el otoño de 1941, Hitler tomó la decisión de exterminar a los judíos? ¿Empezó aquí el Holocausto según lo conocemos? Sin lugar a dudas, en este estadio se combinaron varias iniciativas nuevas entre las que estaban no solo la resolución de deportar hacia el este a los judíos del antiguo Reich y el Protectorado, así como la construcción de instalaciones de exterminio en Chełmno y Bełżec, en Polonia, sino también los comentarios en privado del propio Hitler sobre los judíos. Amenazadoramente, se citó a sí mismo el discurso sobre el «exterminio» que había dado en enero de 1939. «Desde la tribuna del Reichstag —dijo el 25 de octubre de 1941— profeticé a la judería que, si una guerra terminaba siendo inevitable, el judío iba a desaparecer de Europa. Esa raza de criminales tiene sobre su conciencia a los dos millones de muertos de la primera guerra mundial, a los que se suman ya varios cientos de miles más … No es mala idea, por cierto, que los rumores de la opinión pública nos atribuyan un plan de exterminio de los judíos.»[105]

Además, según declaró Adolf Eichmann una vez concluida la guerra, en otoño de 1941 Heydrich le había dicho: «El Führer ha ordenado la destrucción material de los judíos».[106] Y Kurt Möbius, uno de los guardias de las SS que trabajó en Chełmno durante la primera fase del campo, dijo, cuando lo interrogaron tras la derrota de Alemania: «El capitán Lange nos dijo que la orden de exterminio de los judíos procedía de Hitler y Himmler. Y, como oficiales de policía que éramos, nos habían formado para considerar que toda orden venida del gobierno era legítima y correcta … En esas fechas yo creía que los judíos no eran inocentes, sino culpables. La propaganda nos había machacado una y otra vez la idea de que todos los judíos son delincuentes y seres infrahumanos y que habían causado la decadencia de Alemania después de la primera guerra mundial».[107]

Aún se encuentran más pruebas en un artículo del periódico nazi *Das Reich*, de noviembre de 1941, en el que Goebbels proclamó públicamente que «los judíos querían su guerra, y ahora la tienen. Pero también notan el efecto de la profecía que el Führer hizo en el Reichstag alemán el 30 de enero de 1939, que si el judaísmo internacional tenía éxito en su plan de obligar a las naciones a entrar de nuevo en una guerra mundial, el resultado no sería la bolchevización de la Tierra sino la aniquilación de la raza judía en Europa … Todos los judíos, por nacimiento y raza, forman parte de una conspiración internacional contra la Alemania nacionalsocialista. Desean nuestra derrota y destrucción y hacen cuanto está en su mano para ayudar a

que así ocurra. Cada soldado alemán que muere en esta guerra es responsabilidad de los judíos. Lo cargan en su conciencia, y por eso tienen que pagarlo».[108]

Sin embargo, pese a todos estos indicios, no necesariamente se concluye que en el otoño de 1941 ya se había adoptado la decisión irrevocable de asesinar a todos los judíos que por entonces vivían en territorios ocupados por los nazis.[109] Es preferible una interpretación más matizada de los hechos de aquel otoño: Hitler autorizó el envío de los judíos hacia el este, pero solo cuando fuera practicable, concediendo siempre la prioridad a las necesidades de la Wehrmacht. En lo que a Hitler atañía, por él ya habría deportado a los judíos del Reich desde el otoño de 1939; pero había que decidir cuándo era el momento correcto. En la misma estación de 1941, no menos enojado que algunos lugartenientes cruciales como Goebbels y Kaufmann por el hecho de que los judíos aún estuvieran en el Reich, y convencido de que la guerra en el frente oriental ya se había decantado a favor de los alemanes, Hitler resolvió «librarse» de los judíos de una vez por todas. Tenía muy claro que en el este de Europa se estaba dando muerte a los judíos soviéticos; por lo tanto, cuando enviaba a otros judíos a las zonas de exterminio no habría tenido menos claro cuál era su destino más probable. Ahora bien, que se los matara al llegar, en fusilamientos, o que se los gaseara, se los matara de hambre en los guetos o se les hiciera trabajar hasta la extenuación última, todo esto eran detalles que otros se podían encargar de resolver. Lo crucial era que, una vez expulsados, no regresaran nunca. Así pues, aunque Hitler autorizó el traslado de los judíos al este, donde encontrarían la muerte, no dictó métodos de asesinato precisos ni estableció en qué plazos debía culminarse su desaparición.

En suma: aunque nos hallamos ante un momento importante en el desarrollo del Holocausto, no estamos aún en la decisión única y general que dio origen a toda la empresa. En el otoño de 1941 aún faltaba dar respuesta a muchas preguntas. ¿Qué se haría con los judíos de la Europa occidental ocupada? ¿También se los enviaría a morir al este de Europa? ¿En tal caso, cuándo? ¿Y en cuanto al resto de los judíos que aún seguían en el territorio del antiguo Reich? Entre octubre y diciembre de 1941 se deportó del antiguo Reich y el Protectorado a 42.000 judíos, pero esto aún suponía tan solo una parte minoritaria. ¿Con qué calendario se los quería destruir? Un aspecto aún más revelador que todos los anteriores: ¿qué sucedía con los casi tres millones de judíos de Polonia? ¿Fue este el

momento en el que su destino quedó sellado? ¿Por qué, si en este momento se había tomado ya la decisión de matar a todos los judíos polacos, resultaba que los dos únicos centros de exterminio que se estaban levantando en el país eran de una escala tan relativamente inferior? ¿Acaso no se puede dar cuenta también de estos dos casos —Bełżec y Chełmno— explicándolos como iniciativas locales, creadas bajo los auspicios de Himmler para resolver «problemas» locales? En suma, ¿no parece más bien que los que se hallaban *in situ*, hasta cierto punto, solo intentaban averiguar qué debían hacer cuando no contaban con órdenes precisas de sus jefes?

Esta interpretación se puede apoyar también en palabras que Hitler en persona pronunció durante aquel otoño. A mediados de octubre de 1941, preguntó: «¿Qué me sucedería si a mi alrededor no tuviera a hombres y mujeres en los que confío ciegamente y que hacen el trabajo para el que yo no encuentro tiempo? Hombres duros, que actúen con tanta energía como yo mismo haría. Para mí el mejor de los hombres es el que más carga me quita de encima, el que sabe tomar el 95 % de las decisiones en mi lugar».[110] Podemos ver un ejemplo de cómo esta actitud influyó en los hechos reales en una nota que Greiser escribió a Himmler en la primavera de 1942 sobre el asesinato de enfermos de tuberculosis en el Warthegau. Después de que se pusiera en duda que Greiser tuviera la autoridad debida para continuar con la matanza, este le dijo a Himmler: «Personalmente yo no creo que tengamos que consultar otra vez al Führer en esta materia, más aún cuando él me dijo, en la última reunión relativa a los judíos, que yo debía actuar según mi criterio».[111] Todo esto da a entender que la posición de Hitler con respecto a la deportación y el trato que se daría luego a los judíos, aquel otoño de 1941, probablemente era similar a la que había adoptado sobre los planes de la «germanización», donde, como hemos visto, había indicado a los *Gauleiter* que «no pensaba formular preguntas sobre qué métodos habían usado» para convertir su visión en realidad.[112]

De forma similar, en Auschwitz, en otoño de 1941, el personal de las SS recurría a su propio «criterio» para mejorar los métodos de asesinato improvisados que habían estado usando hasta la fecha. Mientras abordaban los planes para la construcción de un nuevo crematorio en el campo, decidieron aplicar también una serie de cambios, menores pero cargados de significado, que permitirían transformar el edificio en una fábrica de muerte. En algún momento entre octubre de 1941 y enero de 1942, las salidas de ventilación del menor de los depósitos de cadáveres del

semisótano del edificio se situaron más atrás, integradas en el hormigón del edificio, y los ventiladores se modificaron de forma que pudieran expulsar el aire con rapidez. La única explicación plausible de estas novedades fue que el depósito pasaría a usarse como una cámara de gas, con los conductos atrasados para que los moribundos no pudieran arrancarlos de la pared y el sistema de ventilación rectificado para que pudiera eliminar el gas venenoso una vez se hubiera procedido a la matanza.[113] Sin embargo, la creación de esta cámara de gas única en Auschwitz no puede considerarse como parte de un plan maestro, ya en vigor en ese momento, para el exterminio de todos los judíos de Europa. Sin lugar a dudas, se trató de otro ejemplo de iniciativa local, motivado en este caso por el conocimiento de que en el crematorio que ya existía en el campo principal se estaba gaseando con Zyklon B. Desde la perspectiva de las SS en Auschwitz, tendría lógica asegurarse de que el nuevo crematorio también fuera capaz de realizar esa misma función.

Mientras las SS de Auschwitz debatían sobre estos temas, a unos 1.200 kilómetros más al este los alemanes libraban la que probablemente fue la serie de batallas más importante de toda la guerra. Estos acontecimientos del campo de batalla —más una decisión drástica de uno de los aliados de Hitler— fueron el contexto en el que los nazis endurecieron todavía más el trato que daban a los judíos.

# 11

# De camino al Wannsee (1941-1942)

En octubre de 1941 aún parecía que los alemanes iban a vencer en la guerra contra la Unión Soviética. Durante las gigantescas acciones de cerco de Viazma y Briansk, los alemanes apresaron a 660.000 soldados soviéticos. El camino de Moscú parecía estar despejado. En la capital soviética imperaba el pánico y un tren aguardaba para llevar a Stalin a un lugar seguro, más al este. «¿Cómo vamos a defender Moscú? —preguntaba Lavrenti Beria (jefe de la NKVD, la policía secreta) en el Kremlin, el 19 de octubre—. No tenemos nada, absolutamente nada. ¡Nos han aplastado!»[1]

Pero el rumbo de la guerra en el este iba a cambiar radicalmente. Stalin decidió quedarse en Moscú y arengar a las tropas, lo que coincidió con las lluvias de invierno, que convirtieron el paisaje de alrededor de la capital en un cenagal. De pronto parecía muy improbable que los alemanes pudieran derrotar a la Unión Soviética antes de que se desatara lo peor del invierno ruso. Y esto podía tener consecuencias desastrosas para ellos, porque las líneas de abastecimiento estaban forzadas hasta el límite y los soldados alemanes contaban con escasa ropa de invierno, porque se había supuesto que la guerra contra la Unión Soviética duraría tan solo unas semanas.

En este momento crucial de la guerra, Hitler volvió a Múnich desde el cuartel de campaña de la Prusia Oriental, para sumarse a las celebraciones que conmemoraban el aniversario del *Putsch* de la cervecería; y el 8 de noviembre de 1941 pronunció un discurso en el Löwenbräukeller, ante una audiencia fiel al partido. La suya no era una posición nada cómoda. Un mes antes había afirmado ante su público que el Ejército Rojo «ya nunca se volverá a poner en pie», y sin embargo parecía estar haciendo exactamente eso. Sus adeptos ansiaban deleitarse en más buenas noticias, pero Hitler no

tenía buenas noticias que ofrecer. No podía anunciar que habían ganado la guerra del frente oriental; ni siquiera podía decir que Moscú había caído o que probablemente caería en los días o semanas siguientes. En estas circunstancias difíciles necesitaba hallar un culpable al que atribuir lo que estaba pasando. Y para Hitler, por descontado, siempre era fácil encontrar un cabeza de turco: «el judío». En su discurso aseveró que aunque los judíos tenían influencia en Francia, Bélgica, los Países Bajos, Noruega y Gran Bretaña, el «esclavo principal» de los judíos era la Unión Soviética, donde «solo quedan infrahumanos estúpidos y convertidos a la fuerza en proletarios. Por encima de ellos hay una organización gigante de comisarios judíos que, en realidad, son los amos de los esclavos». Aseveró que, en el este, las fuerzas alemanas luchaban por un objetivo noble: «Con esta batalla queremos liberar por fin a Europa del peligro que el este representa y … al mismo tiempo, [queremos] impedi[r] que el este, con su fertilidad inmensa, sus inmensas riquezas y recursos naturales y minerales, sea movilizado en contra de Europa sino que, a la inversa, [queremos] ponerlo al servicio de Europa». Para lograr este objetivo, dijo, en palabras teñidas de amenaza, haría «una diferencia entre los franceses y sus judíos, entre los belgas y sus judíos, entre los neerlandeses y sus judíos».[2]

El 15 de noviembre, los alemanes siguieron avanzado hacia Moscú después de que el fango se hubiera congelado; pero prácticamente no les quedaba energía. En los primeros días de diciembre, con un último esfuerzo, varias unidades avanzadas lograron a llegar a tan solo unos 30 kilómetros de Moscú. Pero este era el punto más remoto al que llegarían. El rumbo entero de la guerra en el este —y, en consecuencia, el de toda la guerra en general— estaba a punto de cambiar. De hecho hay razones poderosas para concluir que los acontecimientos de diciembre de 1941 fueron tanto el punto de inflexión de la segunda guerra mundial como uno de los períodos más decisivos en el desarrollo del Holocausto.

El 5 de diciembre, el Ejército Rojo contraatacó. Vasili Borísov, soldado de una de las divisiones siberianas que acababan de sumarse a la batalla de Moscú, recuerda que «cuando ellos [los alemanes] vieron a los siberianos combatir cara a cara quedaron aterrados. Los siberianos estaban en plena forma … A ellos [los alemanes] los habían criado más entre algodones. No eran tan fuertes como los siberianos y, en esa clase de batallas, caían más en el pánico. Los siberianos desconocen el pánico. Los alemanes eran más

débiles. El frío no les gustaba mucho y físicamente eran más débiles, además».[3]

Al mismo tiempo que Hitler digería la información de la recuperación del Ejército Rojo, tuvo noticia de que, el 7 de diciembre, Japón había atacado Pearl Harbor. Cuatro días después, el 11 de diciembre, Alemania declaró la guerra a Estados Unidos. En un principio, la decisión parece incomprensible. ¿Por qué incorporar a la guerra a un enemigo nuevo y poderoso, situado a miles de millas de distancia, al otro lado del Atlántico? Para Hitler, se trataba tan solo de reconocer lo inevitable. Desde que, en el verano de 1941, se había celebrado la cumbre atlántica —en cuyo marco el presidente Franklin Roosevelt se reunió con Winston Churchill frente a la costa de Terranova y firmaron la Carta Atlántica—, era evidente que Estados Unidos había pasado a ayudar a Gran Bretaña con mucho más ahínco. En su discurso de noviembre, un mes antes de declarar la guerra a Estados Unidos, Hitler ya acusaba a Roosevelt de tomar partido en contra de Alemania. Afirmó que Roosevelt era el «responsable» de que Polonia entrara en la guerra y que también había estado detrás de la decisión de Francia de participar en el conflicto.[4]

Un elemento crucial en esta historia es que Hitler consideraba que Roosevelt estaba controlado por los judíos. En su discurso ante el Reichstag del 11 de diciembre de 1941, dijo que detrás de la resolución rooseveltiana de ayudar a Gran Bretaña y enfrentarse a Alemania estaba «el eterno judío». Así, Roosevelt estaba rodeado por un «círculo de judíos … impulsados por la avaricia veterotestamentaria». La culpa de la situación de aquel momento debía atribuirse a la «perfidia satánica» de los judíos.[5] A juicio de Hitler, los judíos habían logrado por fin su objetivo secreto: habían desatado un conflicto mundial del que confiaban poder beneficiarse.

El 12 de diciembre, un día después del discurso del Reichstag y de que Alemania declarase la guerra a Estados Unidos, Hitler habló ante unos cincuenta jefes del partido nazi en la Cancillería del Reich, en Berlín. Goebbels anotó en su diario qué dijo: «En lo que respecta a la cuestión judía, el Führer está decidido a aclararla. A los judíos les profetizó que si pensaban iniciar otra guerra mundial vivirían su propio exterminio. No era una frase vacía. La guerra mundial está aquí y la destrucción de los judíos tiene que ser su consecuencia inevitable. Hay que mirar este asunto sin sentimentalismos. No estamos aquí para compadecernos de los judíos, sino tan solo para sentir lástima por nuestro propio pueblo, el pueblo alemán.

Como el pueblo alemán ha vuelto a sacrificar, una vez más, a unos 160.000 hombres caídos en la campaña oriental, los que han iniciado este sangriento conflicto tendrán que pagarlo con la vida».[6] Goebbels difícilmente podría haber sido más explícito. Como con la incorporación de Estados Unidos «la guerra mundial está aquí», «la destrucción de los judíos» era «inevitable». Fue un punto de inflexión, por lo tanto. En las palabras de Hitler no había ninguna ambigüedad.

Hans Frank, como presidente del Gobierno General, fue otro de los líderes nazis que asistió a la charla de Hitler en la Cancillería del Reich. Cuatro días después él mismo habló ante varias figuras destacadas del Gobierno General sobre el destino inminente de los judíos. «En cuanto a los judíos —dijo—, voy a ser muy directo con vosotros: habrá que liquidarlos de una forma u otra. El Führer dijo una vez: si la judería se une otra vez y desata con éxito otra guerra mundial, entonces no solo sacrificarán su sangre los que se han visto arrastrados a la guerra; los judíos de Europa [también] lo pagarán con la vida. Como viejo nacionalsocialista tengo que decir que si la chusma judía sobrevive a la guerra en Europa mientras nosotros hemos sacrificado lo mejor de nuestra sangre para preservar el continente, entonces esta guerra habría supuesto un éxito tan solo parcial. Con respecto a los judíos, por lo tanto, cuento de partida con que desaparecerán.»[7]

Además de exponer por qué razón ideológica los judíos debían «desaparecer», Frank también expuso un motivo práctico para su destrucción. «Los judíos —dijo— nos causan un daño tremendo por la gran cantidad de comida que engullen.» Una vez más, la idea de que los judíos ponían en peligro la vida de los alemanes «arios» por el simple hecho de respirar interpretaba un papel en la justificación de su muerte. Si, como nazi, te resultaba difícil estar plenamente convencido de que los judíos habían causado la guerra a través de alguna clase de conspiración internacional —y si tenemos en cuenta qué circunstancias rodearon realmente el estallido de las hostilidades, la idea en efecto le podía parecer forzada incluso a un nazi—, quedaba la justificación adicional de que comían alimentos que, de otro modo, alimentarían a los alemanes no judíos. Era un problema de los que a Hitler siempre le gustaba plantear: o unos u otros. Si los judíos no se morían de hambre, lo hacían los alemanes.

El 7 de diciembre de 1941 —el día del ataque japonés contra Pearl Harbor y nueve días antes de que Frank pronunciara este discurso en

Cracovia— empezó a funcionar en Polonia la primera instalación de exterminio de ubicación fija construida esencialmente para matar a judíos. Se hallaba en Chełmno, en el Warthegau, a unos 250 kilómetros al noroeste de Cracovia. Greiser, el jefe del Warthegau, había pasado por delante del barón nazi del *Gau* vecino, Hans Frank, en los planes de asesinar a los judíos. Mientras Frank aún hablaba, pero solo eso, de «liquidar» a los judíos en masa, Greiser había empezado a recorrer ese camino. A entender de Greiser, establecer este centro letal en Chełmno obedecía en buena medida a una necesidad práctica. Como hemos visto, el gueto de Łódź estaba tremendamente superpoblado, en buena medida porque Himmler había decidido, en septiembre, enviar allí a varias decenas de miles de judíos del antiguo Reich, así como a varios miles de sintis y romaníes. Los nazis habían creado el «problema» de la superpoblación del gueto y Greiser lo «solventaba» con Chełmno.

Greiser se dio cuenta de que ya tenía a su disposición una máquina asesina que podía destinar prontamente al objetivo de la masacre de judíos: el camión de gas. El 7 de diciembre de 1939 —dos años antes de que esta misma máquina se estableciera en Chełmno—, el camión de gas del comando especial de Lange había empezado a matar a polacos discapacitados mentales del Hospital Psiquiátrico de Dziekanka, en Gniezno, en el oeste del país.[8] Ahora, con la aprobación de Himmler y Greiser, Lange y su furgón aplicarían sus conocimientos al asesinato de judíos polacos. En las semanas anteriores a la entrada en funcionamiento de las instalaciones de Chełmno, el vehículo de Lange ya había empezado a matar judíos a los que sacaba de las instituciones en las que vivían. A finales de octubre de 1941, el camión de Lange se había ido a un asilo de ancianos próximo a Kalisz (a un centenar de kilómetros al oeste de Łódź) e iba sacando a los pacientes, en tandas de unos cincuenta, para gasearlos.[9] Durante el mes siguiente el furgón se usó para quitar la vida a varios cientos de judíos del campo de trabajo de Bornhagen (Koźminek), situado en las inmediaciones.[10]

Desde la perspectiva de los nazis, ampliar la operatividad del camión de gas para hacer realidad la tarea que Greiser exigía representaba una serie de desafíos. El primero, por un tema evidente: la capacidad. Lange solo tenía un furgón de este tipo, en concreto un camión grande con el engañoso rótulo lateral de Kaiser's Kaffee-Geschäft (Compañía Cafetera de Kaiser). Era el mismo vehículo que, durante casi dos años, había recorrido Polonia

matando a discapacitados. Así pues, para incrementar el número de personas que se podría asesinar en Chełmno, se prometió a Lange varios camiones más.[11] Los furgones llegaron al campo, y estuvieron en condiciones de funcionar, en los primeros meses de 1942. A diferencia del primer camión, que gaseaba a los que se encerraba en su interior por medio de monóxido de carbono embotellado, los nuevos vehículos asesinaban dirigiendo los gases del tubo de escape hacia la caja de carga. Esta evolución del método criminal corrió en paralelo a la de las cámaras de gas fijas, que también habían pasado de las botellas de monóxido de carbono a los gases de escape.

Aun así, incrementar la capacidad letal por la adición de otros varios vehículos de gaseado no solventaba un problema más fundamental para el que los nazis debían encontrar una solución si esperaban asesinar con ello a los judíos «improductivos» de Łódź. El camión original de Lange había recorrido Polonia llevando la cámara de gas hasta el lugar de residencia de las víctimas, pero esto era de todo punto impracticable cuando se trataba de matar a los judíos del gueto de Łódź. Si los furgones acudían al gueto y, un día tras otro, se llevaban a judíos que no regresaban, sería complicado tanto deshacerse de los cadáveres como guardar el secreto. Por eso se optó por usar Chełmno como base de los camiones de gaseado. El pueblo estaba en una zona rural, lejos de cualquier ciudad importante, pero estaba bien conectado con el resto de Polonia, con buenas vías de transporte, y a tan solo unos 65 kilómetros al noroeste de Łódź. Una mansión en decadencia situada frente a la iglesia del pueblo se podía convertir en base para la operaciones de los camiones de gaseado, y los cadáveres de los judíos asesinados podían enterrarse en un bosque cercano. Todo esto anulaba la ventaja principal de los furgones de gas en el proceso de exterminio: la movilidad de la maquinaria letal. A cambio, los nazis creían que contarían con otra ventaja que era más importante en aquel contexto: el secretismo.

Tras un período de preparación de entre cuatro y seis semanas, el centro de exterminio de Chełmno estaba listo para funcionar. Los primeros judíos asesinados procedían de los pueblos próximos: el 7 de diciembre de 1941 se había trasladado a Chełmno a unos setecientos judíos de la zona.[12] Durante la noche quedaron encarcelados en la mansión; se les había dicho que, antes de viajar a Alemania, donde trabajarían, había que desinfectarlos.[13] A partir del día siguiente, se los obligó a entrar en grupos en los camiones de gas, se

les dio muerte y se enterraron sus cuerpos en el bosque, a unos pocos kilómetros del lugar.

Uno de los guardias de las SS en Chełmno, Kurt Möbius, describió con detalle, una vez concluida la guerra, cómo funcionaba aquella industria letal: «Los judíos se desnudaban [en la mansión] —sin separarlos por sexos —. Yo era el supervisor. Ya habían empezado a dar sus objetos de valor, que unos trabajadores polacos iban recogiendo en cestas. En el pasillo había una puerta que iba al sótano y en la que se leía: "Al aseo" … Desde la puerta del pasillo, una escalera bajaba hasta el sótano, donde había otro pasillo que, al principio, avanzaba recto, pero luego, a los pocos metros, se cruzaba en perpendicular con otro pasillo. Aquí la gente tenía que girar a la derecha y subir por una rampa hasta donde estaban aparcados los camiones, con las puertas abiertas. La rampa estaba cerrada por los dos lados por una verja de madera que llegaba hasta las mismas puertas de los camiones. Por lo general, los judíos entraban en los furgones de manera rápida y obediente, porque no desconfiaban de lo que les habían prometido [que los iban a "desinfectar"]».[14]

A veces —admitió Möbius— los judíos no entraban en los camiones de «manera rápida y obediente». Los trabajadores polacos, forzados a servir a los alemanes, los azotaban para obligarlos a subir y entrar. Zofia Szałek, una chica de once años que vivía en Chełmno, recuerda haber oído a los judíos a los que se empujaba al interior de los camiones. «Era horrible, cómo gritaban; era insoportable. Una vez llevaron niños y los niños chillaban. Mi madre lo oyó. Dijo que los niños daban voces diciendo: "¡Mamáá á! ¡Sálvame!"»[15]

Al parecer, varios polacos obligados a ayudar a los alemanes en el proceso de asesinato de Chełmno se aprovecharon de la situación sin mostrar escrúpulos. Según Walter Burmeister, uno de los conductores del camión de gas: «A veces sucedía que entre los judíos seleccionados para el gas venía una mujer … era probable que los propios polacos la eligieran. Creo que los polacos le preguntaban si estaba de acuerdo en tener relaciones sexuales con ellos. En el sótano [de la mansión] había una sala escogida para este propósito, en la que la mujer pasaba una noche, o a veces varios días, a disposición de estos polacos. Luego la mataban en los camiones de gas, con los demás».[16] Otra fuente sugiere que también hubo al menos un caso en el que varios miembros de las SS violaron a una mujer en Chełmno antes de asesinarla.[17]

Chełmno se creó, antes que nada, para matar a una selección de los judíos del gueto de Łódź. Pero en el primer transporte enviado a Chełmno desde Łódź, el 2 de enero de 1942, no iban judíos, sino lo que los nazis denominaban «gitanos». Estos romaníes habían sido trasladados a Łódź en noviembre de 1941, desde Austria, y habían vivido en condiciones especialmente penosas. Estaban aislados en una zona especial del propio gueto, rodeada por una alambrada, sin comida ni refugio suficiente. De los cerca de 5.000 romaníes recluidos aquí, más de 600 contrajeron el tifus. De resultas, los nazis consideraron prioritario destruir este campamento gitano. El 9 de enero, casi 4.500 romaníes de Łódź habían sido enviados a Chełmno, donde se les quitó la vida y sepultó en el bosque.[18]

Los primeros judíos de Łódź llegaron a Chełmno el 16 de enero de 1942. Eran una selección elegida por el Consejo Judío del gueto, presidido por Mordechai Chaim Rumkowski. En un discurso pronunciado el 20 de diciembre de 1941, Rumkowski anunció que «un comité especial, integrado por colaboradores de mi plena confianza, ha decidido la lista de los candidatos a ser despachados»[19] y que se había dado prioridad a deportar a cuantos «elementos indeseables» vivían en el gueto. Aunque en este estadio todavía no se tenía la seguridad de que la expulsión del gueto equivalía a ser asesinado, aun así la mayoría de los judíos de Łódź temía la deportación. Era preferible el horror ya conocido del gueto al horror desconocido que les aguardaba en el exterior a manos de los alemanes.

En Chełmno, los camiones de gas no causaban una muerte rápida. La asfixia podía tardar muchos minutos en ser letal, y en ocasiones, al paso, los aldeanos oyeron gritos que salían de los furgones. Una vez que los camiones llegaban al bosque y se abrían las puertas, un equipo de judíos —situados ante la espada de trabajar para los alemanes o la pared de la ejecución inmediata— debían desentrelazar los cuerpos antes de arrojarlos a las fosas comunes. Uno de los alemanes que supervisaba el comando forestal (*Waldkommando*) se alojaba en la casa de Zofia Szałek, y ella recuerda que sus zapatos hedían «terriblemente» a cuerpos en descomposición.[20]

Los cálculos del total de personas asesinadas en Chełmno oscilan entre 150.000 y 300.000. Son cifras colosales, que representan un crimen terrible; pero aun así, tan solo eran una parte menor de los judíos de Polonia, que ascendían a tres millones. Si en efecto los nazis pretendían matar no tan solo a los judíos de Polonia sino también a los de toda Europa, no podían

contentarse con iniciativas locales como la de Chełmno, sino que necesitaban un programa más extenso y coordinado surgido de las esferas más altas del Estado. El 20 de enero de 1942 —cuatro días después de que los primeros judíos del gueto de Łódź hubieran llegado a Chełmno— se estaba celebrando una reunión en Wannsee, a las afueras de Berlín, que muchas voces creen que se convocó precisamente para este fin.

No es difícil comprender por qué la conferencia de Wannsee se considera, en la cultura popular, la reunión única más importante de la historia del Holocausto; más aún: el momento en el que definitivamente se resolvió perpetrar este crimen. La evolución del Holocausto es compleja y no siempre responde a lo que nos dicta la intuición. Todo sería sin duda mucho más sencillo si existiera un único momento clave en el que todo quedó decidido: una decisión de Hitler en el otoño de 1941 o, en su defecto, una reunión junto a un lago, a las afueras de Berlín, en enero de 1942. Pero creer que la historia en efecto ocurrió así es un error. Wannsee solo representó una parada más a lo largo de todo un camino.

Reinhard Heydrich escribió a los secretarios de Estado, a una selección escogida de oficiales de las SS y otros funcionarios de primer nivel para pedirles que asistieran a una cumbre que iba a celebrarse en los alrededores de Berlín, en la dirección 56-58 Am Grossen Wannsee. Junto con la invitación incluyó una copia de la carta en la que Göring, el 31 de julio de 1941, le autorizaba a organizar una Solución Final para la «cuestión judía». Así pues, entre las quince personas que asistieron, ninguna podía albergar dudas ni sobre el propósito de la conferencia ni sobre el derecho de Heydrich a convocarla. Los oficiales de las SS que figuraban en la lista iban desde algunos muy principales —el *SS Gruppenführer* (general de división) Heinrich Müller, jefe de la Gestapo; Otto Hofmann, otro *Gruppenführer* de las SS, jefe del Departamento de Raza y Asentamiento de este servicio de seguridad; y Heydrich, que era *Obergruppenführer* de las SS (teniente general), además de jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich— a otros de grados relativamente menores: el *SS Obersturmbannführer* (teniente coronel) Adolf Eichmann, que en el SD era considerado un «experto» en los asuntos judíos, y el doctor Rudolf Lange, que era *SS Sturmbannführer* (comandante). A este último se lo convocó por su experiencia personal y directa en el asesinato de judíos en Letonia, con el *Einsatzgruppe A*. Entre los otros asistentes estaban Martin Luther,

subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores; el doctor Roland Freisler, del Ministerio de Justicia del Reich; y el doctor Josef Bühler, el secretario de Estado del Gobierno General, subordinado a Hans Frank. La reunión se había previsto en principio para el 9 de diciembre de 1941, pero luego se pospuso al 20 de enero de 1942.

Las decisiones adoptadas en Wannsee exigían actuar a diversos departamentos del gobierno del Reich, por lo que en esta ocasión fue necesario dejar constancia escrita de ellas; las órdenes meramente orales no habrían bastado. Una copia de las actas, obra de Adolf Eichmann, sobrevivió a la guerra y, aunque se redactaron en un lenguaje deliberadamente eufemístico, sin embargo nos permiten adentrarnos en la forma de pensar de varias de las figuras más destacadas durante la implantación de la Solución Final.

Heydrich anunció que, con el «permiso» de Hitler, existía por fin la posibilidad de «evacuar» a los judíos «más al este», en vez de obligarlos a «emigrar».[21] Esto no habría supuesto ninguna información nueva para los presentes en la sala: en aquel momento ya se había deportado a miles de judíos del antiguo Reich. Sí era nueva, por el contrario, la escala de la «evacuación» que Heydrich pasó a esbozar. Dijo que en Europa había más de once millones de judíos que podían quedar sujetos a la Solución Final, incluidos los judíos de países que los nazis no controlaban siquiera, tales como España y Gran Bretaña (en las actas, «Inglaterra»). A grandes rasgos, explicó que los nazis habían resuelto enviar a todos esos judíos —a todos cuantos pudieran atrapar, por lo menos— hacia el este, para sumarlos a «extensas cuadrillas de trabajo». Durante esas obras, un «gran número» de esos judíos, en palabras de Heydrich, se «caería del grupo» por un proceso de «atrofia natural». Hizo mención especial del escaso número de judíos que sobreviviría a esa «selección natural» porque habrían demostrado ser los «más aptos» y podrían formar un «núcleo germinal» a partir del cual la raza judía podría «regenerarse a sí misma». A todos los demás, en consecuencia, había que «tratarlos según corresponde»; y en este contexto, esto solo podía suponer asesinarlos.

Heydrich, por lo tanto, no anunciaba una estrategia nueva, sino la ampliación de una estrategia ya existente. Era la evolución de una forma de abordar el asunto que ya se había manifestado primero en el deseo de expulsar a los judíos del Reich a un país extranjero de conveniencia; el deseo se había transformado en un plan de deportación de los judíos al

extremo más remoto del territorio que los nazis controlaran toda vez que la guerra hubiera acabado; por último, había dado origen a un proyecto para matar de extenuación a los judíos en trabajos forzados que realizarían en el sector oriental del territorio nazi mientras la guerra aún se estaba librando. Heydrich admitió que el «calendario» de cada «evacuación a gran escala» dependería de cómo estuviera desarrollándose la guerra. Para cumplir con aquella labor ingente no se determinó ningún calendario inmediato. Antes bien, los nazis fueron creando las instalaciones letales necesarias para asesinar a una gran cantidad de judíos de manera progresiva a lo largo de los seis meses posteriores.

Josef Bühler, el representante de Hans Frank, preguntó si la Solución Final podía empezar en el Gobierno General. Allí no había ningún «problema de transporte» grave, dado que los judíos a los que se quería matar ya estaban en la región. Tras la petición de Bühler, los asistentes analizaron «diversas» posibles «soluciones» para hacer realidad la Solución Final; obviamente, era un eufemismo que aludía a toda una variedad de posibilidades de matar a los judíos. En buena medida, el resto de la sesión se destinó a un debate estéril sobre las definiciones. En particular, ¿qué había que hacer con los considerados como *Mischlinge* (mestizos, con mezcla de judío)? Heydrich también anunció que un número reducido de judíos —por ejemplo, los que habían sido condecorados— quizá sería transportado a un «gueto» especial, en Theresienstadt, al norte de Praga, y no directamente al este. Este comentario también confirmaba, aun a pesar de la naturaleza eufemística de las actas, que a la práctica totalidad de los judíos les aguardaba un destino terrible.

Vale la pena detenerse también en lo que no se dijo en Wannsee. Así, Heydrich no afirmó que los judíos irían a campos de Polonia donde se los trataría «según corresponde»; antes bien, afirmó explícitamente que se los trasladaría al este para incorporarlos a «cuadrillas de trabajo». Si hubiera querido decir que los judíos de la Polonia ocupada debían morir, en las actas esa realidad se habría reflejado con algún eufemismo; pero no fue así. Heydrich sí mencionó que «en un principio», los judíos pasarían por «guetos de tránsito» antes de ser trasladados «más al este».[22] Es de suponer, por lo tanto, que en los meses posteriores a Wannsee, Polonia fue, por simple necesidad, el destino más oriental al que se llegó a enviar a los judíos; y que por eso, con el tiempo, se les dio muerte en territorio polaco. En el momento en que presidió la conferencia de Wannsee, sin embargo,

Heydrich aún parecía creer que más adelante se deportaría a los judíos hasta la Unión Soviética ocupada.

La conferencia de Wannsee también posibilitó que las SS interpretaran un papel especialmente destacado en la Solución Final. Heydrich, por ejemplo, habría recibido con agrado la noticia de que Josef Bühler, en nombre de Hans Frank, parecía estar de acuerdo en que las SS tuvieran un papel estelar en la nueva y vasta operación. Bühler había sido una incorporación de última hora a la lista de invitados, después de que el representante de las SS en el Gobierno General hubiera advertido a Himmler de que quizá Hans Frank intentaría hacerse con el control del trato que se daba a los judíos en su zona.[23] Pero Heydrich y Himmler no habrían querido que se repitiera el conflicto que ya había estallado entre Frank y las SS cuando se produjo la deportación de polacos al Gobierno General. Para Heydrich y Himmler también era importante asegurarse de que el Ministerio de Exteriores —representado en la reunión por el subsecretario Martin Luther— aceptaba igualmente el liderazgo de las SS en la Solución Final. Sin duda ninguno de los dos habría olvidado que, durante el verano de 1940, el Ministerio de Exteriores había intentado tomar las riendas del plan de Madagascar. Es obvio, pues, que cuando Heydrich convocó en Wannsee a todas las partes interesadas quería despejar un camino por entre la maraña burocrática que les aguardaba.

Según Eichmann, Heydrich quedó satisfecho con el resultado de la reunión: «Tras la conferencia, Heydrich, Müller [el jefe de la Gestapo] y, en mi pequeñez, yo mismo, nos sentamos a disfrutar amigablemente en torno de una hoguera. Fue la primera vez en la que vi fumar a Heydrich, al que nunca había visto con cigarros ni cigarrillos; y bebió coñac, lo que hacía siglos que no veía. Normalmente no bebía alcohol».[24]

No es de extrañar que Heydrich se sintiera satisfecho. Nadie había planteado objeciones al dominio de las SS. Al parecer, en este asunto concreto, crucial para los nazis, no habría querellas internas entre los jefes del partido. Por otro lado, tampoco nadie había protestado ante la idea de deportar a los judíos de Europa hacia el este y obligarlos a trabajar hasta la muerte. En realidad, Heydrich no habría esperado ninguna oposición. A fin de cuentas —habría pensado—, en el frente oriental se estaba fusilando a los judíos soviéticos desde junio, y los judíos alemanes y austríacos estaban muriendo en guetos de Polonia y otros lugares desde octubre. Solo quedaban por delante cuestiones prácticas, relativas a la ampliación de las

deportaciones que partían de la Europa occidental y a la expansión de la capacidad letal, requerida para liquidar a un número de judíos muy superior al eliminado hasta entonces.

En conjunto, pues, la conferencia de Wannsee distó mucho de ser la reunión más importante de la historia del Holocausto; fue tan solo un foro donde funcionarios de segundo nivel debatieron sobre cuál sería el mejor modo de hacer realidad los deseos de su amo. Las figuras más destacadas del nazismo no asistieron a la reunión. No fueron Himmler, Frank ni Goebbels; tampoco el propio Hitler. En las semanas y los meses anteriores a la conferencia de Wannsee ya se habían adoptado decisiones cruciales sobre el destino de los judíos. Nunca había habido un día en el que se hubiera tomado una decisión única —en el que Hitler anunciara «todos los judíos deben morir, de esta forma y antes de tal fecha»—, sino una serie de decisiones que, sumadas entre sí, permitieron que los sentados a la mesa en el Wannsee tuvieran la convicción de que el exterminio de los judíos era algo inevitable. Aún no tenían la certeza de cómo se lograría ese fin o cuánto se tardaría en hacerlo realidad. Quedaba, por ejemplo, la cuestión de cómo eliminar a tres millones de judíos polacos; el calendario definitivo de su masacre, como veremos, tardó todavía varios meses en anunciarse.

Hay otro aspecto de esta historia que la conferencia también pone de relieve. El concepto de «Holocausto» lleva a pensar que existió un plan único para dar muerte a los judíos. Pero en Wannsee, los nazis no contemplaban así este asunto. Desde su punto de vista, el «problema judío» podía recibir varias «soluciones» distintas. Existía una visión general, es cierto, que emanaba de Hitler: había el deseo de liquidar a los judíos. Pero esa tarea podía llevarse a cabo de muchas formas distintas. En Wannsee, Heydrich habló primero de una «solución»: expulsar de Europa a los judíos y trasladarlos a las extensiones desérticas de la Unión Soviética, donde construirían carreteras en condiciones tan penosas que, con el tiempo, acarrearían su destrucción. No era una idea muy distinta a la del plan de Madagascar: enviar a los judíos lo más lejos posible y dejarlos que se fueran extinguiendo con el paso de los años. Luego había otra clase de «solución», de la que también se habló en Wannsee, relativa al problema —para los nazis, más inmediato— de qué hacer con la inmensa cantidad de judíos que había en el Gobierno General. Cabía la posibilidad de asesinarlos en un plazo más corto y de un modo distinto; pero la conferencia de Wannsee no fue concluyente al respecto. Por otro lado, todo esto ocurría en

el contexto de otra «solución» que ya se estaba poniendo en práctica en la Unión Soviética: el fusilamiento de los judíos. En nuestros días, estas tres acciones de exterminio distintas se conocen con el nombre colectivo de «Holocausto». Pero en su momento no se entendió que formaran una unidad. Cada una evolucionaba a una velocidad distinta.

Ahora bien, incluso cuando somos conscientes de todo esto, en la conferencia de Wannsee todavía hay algo que la dota de una importancia emocional inmensa. De esto no cabe duda. Los que asistieron a la reunión no estaban locos. No habían perdido el juicio. Eran hombres de éxito, todos ellos, que cumplían con trabajos duros y llenos de dificultades. En su mayoría habían recibido una educación de excelente categoría: de los quince hombres que se sentaron a la mesa, ocho tenían doctorados universitarios. Debatían sobre el exterminio de los judíos en ambientes cordiales y distinguidos. Heydrich envió una invitación que precisaba que se les proporcionaría el almuerzo y, durante los debates, se sirvió coñac. El edificio elegido era una mansión elegante con una terraza desde la que se podía admirar el lago, que era uno de los espacios de ocio y excursión más hermosos y populares entre los berlineses.

No se trata tan solo del evidente contraste entre las circunstancias en las que estos hombres se reunieron en Wannsee y el horror que padecían los judíos que, al mismo tiempo, estaban viviendo y muriendo en el gueto de Łódź. No se trata tan solo de que, mientras estos hombres se sentaban en habitaciones lujosas y sorbían coñac, sus víctimas estaban muriendo ahogadas en la trasera de un camión en Chełmno. Se trata más de otra cosa: la conferencia parece representar de qué llegan a ser capaces seres humanos que eran educados, refinados y elegantes. Es posible que no muchos de ellos pudieran matar a un judío cara a cara —Eichmann afirmó que él poseía una «naturaleza sensible» y que ver sangre le causaba «repugnancia»—,[25] pero sí fueron capaces de apoyar con entusiasmo unas medidas que eliminarían de este mundo a once millones de personas. Si el ser humano es capaz de hacer esto, ¿qué más puede hacer?

Por último, es importante situar la conferencia de Wannsee en el contexto de la guerra. Mientras Heydrich y sus colegas se reunían a las afueras de Berlín, el ejército alemán tenía grandes dificultades para sobrevivir al oeste de Moscú. Privados de ropas de abrigo y de pertrechos que funcionaran adecuadamente en temperaturas muy bajas, y enfrentados a tropas recién llegadas de Siberia, los soldados alemanes solo a duras penas lograron

contener el avance del Ejército Rojo, que estuvo a punto de penetrar entre sus filas. El mito de que la Wehrmacht era invencible se había hecho trizas.

«Ver al ejército alemán en las inmediaciones de Moscú daba pena —cuenta Fiódor Sverdlov, que aquel invierno dirigió una compañía enfrentada a la Wehrmacht en el frente oriental—. Recuerdo muy bien a los alemanes en julio de 1941. Eran unos tíos confiados, fuertes, altos. Avanzaban arremangados con las ametralladoras en la mano. Pero luego adquirieron un aspecto lamentable, tipos encorvados y mocosos liados en pañoletas de lana que les habían robado a las viejas en los pueblos … Por descontado aún disparaban y se defendían, pero ya no eran los alemanes que habíamos visto aquel mismo 1941, unos meses antes.»[26]

Ante este telón de fondo quizá podría sorprendernos que los jefes nazis pasaran no poco tiempo planificando la deportación de millones de judíos. ¿No habría sido más razonable dedicar todo el tiempo disponible a vencer en la guerra? ¿Por qué dedicar tantos recursos a un ambicioso plan de deportación de civiles, en el mismo momento en el que el ejército alemán lidiaba por evitar una catástrofe.

La respuesta es que hombres como Hitler, Goebbels, Himmler y Heydrich no veían esto como ninguna contradicción. Creían que los judíos que había por detrás del frente, en la retaguardia nacional y de los territorios ocupados, eran un enemigo tanto como lo podía ser el Ejército Rojo contra el que la Wehrmacht batallaba a las afueras de Moscú. Y quizá eran un enemigo aún más peligroso, pues durante la primera guerra mundial (según afirmaban Hitler y los suyos) ya habían demostrado que sabían cómo socavar la moral del país y «apuñalar por la espalda» al ejército alemán.

En palabras de Hermann Göring: «Esta es la gran guerra racial. En última instancia está en juego si se impondrán los alemanes y arios o si los judíos gobernarán el mundo».[27] Göring tan solo se hacía eco de la idea fundamental de Hitler, quien siempre había sostenido que aquella guerra no era una contienda como las demás, sino una lucha existencial de la que dependía precisamente eso: la existencia futura de la nación alemana. «En nuestra cabeza está claro que la guerra solo puede acabar o bien con la aniquilación de los pueblos arios o bien con la desaparición de los judíos de Europa», dijo Hitler en un discurso pronunciado en Berlín el 30 de enero de 1942, en el aniversario de su nombramiento como canciller. «Y así lo dije bien claro en el Reichstag, el 1 de septiembre de 1939». La «profecía», ciertamente, no la había formulado al empezar septiembre de aquel año,

sino siete meses antes, el 30 de enero. Le pareció adecuado fecharla el 1 de septiembre porque era la fecha en la que el ejército alemán había invadido Polonia e iniciado la guerra. Para Hitler, la relación entre la guerra y el destino de los judíos era mucho más importante que cualquier respeto que pudiera llegar a tener por la precisión histórica. «Esta guerra tendrá por consecuencia la aniquilación de la judería —siguió diciendo aquel 30 de enero de 1942—. Esta vez se aplicará por fin, por vez primera, la vieja y genuina ley de los judíos: "¡Ojo por ojo, diente por diente!". Y cuanto más duren los combates —a la judería internacional quizá le convenga prestar atención a estas palabras—, más se difundirá el antisemitismo. Hallará alimento en todo campo de prisioneros, en toda familia cuyos miembros tengan noticias, al acabar el día, de por qué se han tenido que sacrificar. Y llegará el momento en el que el más vil de los enemigos de toda la historia del mundo estará acabado y por lo menos para un milenio.»[28]

A quienes asistieron a la conferencia de Wannsee, celebrada tan solo diez días antes de este discurso de Hitler, no les quedaría duda de la enorme importancia que se daba a su trabajo; a fin de cuentas, se enfrentaban al «más vil de los enemigos de toda la historia del mundo». En todo caso, la conferencia de Wannsee tampoco se tradujo en una explosión de actividad lejos de la serenidad de la mansión de Am Grossen Wannsee. Mientras que en Chełmno siguieron funcionando los camiones de gas y en Bełżec se siguieron construyendo las primeras cámaras de gas fijas, construidas ex profeso para matar a los judíos, en Auschwitz no se dieron nuevos pasos en este sentido hasta el mes de enero. El crematorio del campo principal, que en otoño había albergado los asesinatos experimentales, siguió funcionando como cámara de gas improvisada.

En aquellas fechas, en el crematorio de Auschwitz, además de la mencionada selección de los prisioneros de guerra soviéticos, también habían empezado a perder la vida judíos del lugar a los que se había calificado como no aptos para el trabajo. No se sabe con seguridad cuándo llegaron los primeros transportes con estos judíos, pero fue en algún momento entre el otoño de 1941 y el principio de 1942. Sus muertes marcaron una novedad en la función de Auschwitz, porque estos judíos ya no fueron admitidos oficialmente en el campo como prisioneros, sino que pasaron directamente del distrito de los alrededores a la cámara de gas.

Józef Paczyński, un preso político polaco, fue testigo de cómo un grupo de varones judíos fueron asesinados en el crematorio del campo principal. Paczyński trabajaba en el edificio administrativo de las SS, situado justo enfrente del crematorio, y logró escaparse hasta el desván, apartar una teja y ver qué estaba sucediendo abajo. «[Los hombres de las SS] fueron muy educados con aquella gente —cuenta—. "Por favor, coge tu ropa, prepara tus cosas." Y cuando estaban desnudos los hicieron entrar [en el crematorio] y luego cerraron las puertas detrás de ellos. Entonces un hombre de las SS se arrastró hasta el terrado del edificio, que era plano. Se puso una máscara de gas, abrió una trampilla [del terrado], tiró los polvos por allí y volvió a cerrar la trampilla. Cuando lo hizo, aunque las paredes eran muy gruesas, se oyó un griterío enorme.»[29] Al oírse los gritos, los hombres de las SS encendieron «dos motocicletas» para intentar apagar el sonido, pero Paczyński aún pudo oír «gente que chillaba durante quince o veinte minutos, cada vez más debilitados. Si alguien me hubiera visto, a mí también me habrían gaseado».[30]

Hans Stark, de las SS de Auschwitz, fue interrogado después de la guerra y dijo que, en octubre de 1941, asistió a una de estas matanzas. De hecho, le «ordenaron» que él mismo «arrojara Zyklon B por la trampilla», dado que «solo se había presentado un auxiliar médico». Dijo que como el Zyklon B «se presentaba en grano, la gente notaba cómo le caía encima mientras se iba tirando. Entonces empezaban a lanzar unos gritos terribles, porque no sabían qué les estaba pasando … Al cabo de un tiempo … abrieron la cámara de gas. Los muertos estaban tirados de cualquier manera por toda la sala. Era una vista espantosa».[31]

La cámara de gas del campo principal de Auschwitz, como hemos visto, se había improvisado dentro de un depósito de cadáveres del crematorio. Para las SS, esta ubicación siempre fue problemática, por el ruido, la escasa capacidad y la dificultad de preservar en secreto lo que allí se hacía. Eran cuestiones que Christian Wirth, al que hemos visto con el programa de eutanasia de adultos y que por entonces dirigía la construcción de las cámaras de gas de Bełżec, ciertamente confiaba en evitar.

Como Bełżec se convertiría en modelo de los otros campos especializados en el exterminio —los de Sobibór y Treblinka—, vale la pena dedicar tiempo a analizar los conceptos que subyacieron a su construcción. Como idea, Bełżec era muy distinto al lugar que se convertiría en el campo más tristemente famoso de todos: el de Auschwitz

Birkenau. Para empezar, Bełżec, a diferencia de Auschwitz, era pequeño. Por forma era aproximadamente cuadrado, con laterales de unos 300 metros de extensión; un lado corría en paralelo a las vías del ferrocarril. En el interior, el campo estaba dividido en dos. La zona más próxima al tren incluía una plaza en la que se pasaba lista, barracones para que se desnudaran los judíos al llegar, alojamiento para los guardias y una cuadrilla reducida de trabajadores judíos, y un almacén para los objetos que se robaba a los judíos. La segunda zona del campo era la del exterminio. Estaba separada del área de acceso por una valla, y conectada tan solo por un estrecho pasillo conocido como «el tubo». Dentro de la sección de exterminio del campo, había espacio para quemar y enterrar a los muertos, además de las tres cámaras de gas propiamente dichas. Estas parecían cabañas de madera para las duchas; con la intención de sellar herméticamente el espacio, el intersticio de las paredes dobles se habían llenado de arena, y el interior se había cubierto de lata.

Sin lugar a dudas, para la construcción del campo Wirth y su equipo se habían basado en la experiencia previa con el programa eutanásico. Al igual que a los pacientes de los centros de eutanasia para adultos, a los judíos de Bełżec se les decía que iban a darse una ducha. La única diferencia era que el gas que entraba por los tubos para matarlos no procedía de botellas de monóxido de carbono, sino del motor diésel de un tanque, situado en el exterior de las falsas duchas.

A diferencia de Auschwitz, en Bełżec solo se mataba. El campo respondía a una finalidad única que Auschwitz nunca tuvo. Así se explica que Bełżec pudiera ser tan pequeño. No había necesidad de contar con mucho espacio cuando prácticamente todo aquel que llegara al campo habría muerto en cuestión de horas. Además, como los nazis quería matar a un número finito de personas, un campo de exterminio especializado como Bełżec, consiguientemente, tendría un período de existencia también finito. Si Auschwitz estaba concebido como un elemento casi permanente del gobierno nazi, en cambio Bełżec era un lugar temporal. Muchas de las estructuras de Auschwitz eran de ladrillo macizo, mientras que en las de Bełżec predominaba la madera. Así, todos los campos de exterminio especializados tuvieron un aire efímero, como si fueran el fruto de una chapuza.

Además, a diferencia de Auschwitz, los nazis querían que la existencia de Bełżec y los otros campos de exterminio fuera un secreto absoluto.

Auschwitz estaba en la tradición de campos de concentración como los de Dachau y Sachsenhausen, y por lo tanto se había levantado cerca de una ciudad grande. No se pretendía ocultarlo. Antes bien, en tanto que espacio del terror, a los nazis les iba bien que en general la gente tuviera noticia de su existencia. Solo cuando el campo participó de los asesinatos colectivos por medio de cámaras de gas fue necesario ocultar una de las funciones del lugar. Bełżec, en cambio, fue clandestino desde el primer día. De hecho, los 150 judíos a los que se había obligado a construirlo fueron asesinados cuando acabaron el trabajo: fueron los primeros en morir, la primera prueba del funcionamiento de las nuevas cámaras de gas.[32]

Si Chełmno fue creado para asesinar a los judíos «improductivos» del gueto de Łódź, Bełżec se construyó para matar a los judíos «improductivos» de la zona de Lublin, que se extendía hasta Cracovia, por el oeste, y Lwów, por el sureste. En marzo de 1942, el campo estaba listo para empezar a segar vidas. Aquel mismo mes se deportó a Bełżec a judíos tanto de Lublin como de Lwów, y a mediados de abril unos 45.000 judíos habían fallecido en las cámaras de gas del campo y sus cuerpos yacían en las inmediaciones.

Bełżec funcionó como centro de exterminio desde marzo de 1942 hasta finales de aquel año. Nadie sabe exactamente cuánta gente falleció en Bełżec, pero un cálculo fiable estima que entre 450.000 y 550.000 personas perdieron la vida allí. En su inmensa mayoría eran judíos polacos, aunque en sus cámaras de gas también pereció cierto número de sintis y romaníes. Entre los enviados a Bełżec, solo un puñado —o quizá incluso solo dos, según algunas fuentes— lograron sobrevivir a la guerra. Esta es otra diferencia con el caso de Auschwitz. Por un conjunto de razones —entre las que destaca que el complejo que hoy designamos colectivamente como Auschwitz incluía tanto campos de trabajo como de exterminio, y que Auschwitz nunca se centró del todo en la aniquilación de los judíos—, muchos miles de personas sobrevivieron a la reclusión en este campo. En Bełżec, en cambio, prácticamente solo había una forma de escapar con vida: ser uno de la ínfima minoría de los elegidos, a la hora de llegar, para trabajar en el propio campo, y de un modo u otro lograr huir.

Solo Rudolf Reder, que fue enviado a Bełżec desde el gueto de Lwów en agosto de 1942, escribió un relato personal sobre el campo. Cuando se encontraba en un vagón de carga dirigido a Bełżec, ya creía saber lo que le esperaba. En efecto, aunque los nazis ansiaban mantener en secreto sus

actividades, corrían rumores sobre «lo que pasaba en Bełżec».[33] A bordo del tren, durante el trayecto, «nadie decía una palabra. Sabíamos que nos aguardaba la muerte, que nada podía salvarnos; estábamos apáticos, sin gemir siquiera». Al llegar a Bełżec, se les ordenó saltar desde los vagones, todos en masa, pese a que había una distancia de un metro o más hasta el suelo. Algunos, en particular los más viejos y los niños, «se rompieron brazos y piernas».

Se hizo que todos los judíos se reunieran frente a un hombre de las SS, que pronunció un discurso. «Todo el mundo quería escucharlo —escribió Rudolf Reder—, de pronto renació la esperanza. "Si van a hablar con nosotros, quizá aún viviremos, quizá haya alguna clase de trabajo, quizá a fin de cuentas…".»[34] Las SS les dijeron que primero debían darse una ducha y luego los usarían para trabajos forzados. «Fue un momento de esperanza e ilusión. Por un instante, la gente respiró aliviada, y se hizo la calma.»

Separaron a los hombres de las mujeres. Los hombres tuvieron que desnudarse y los obligaron a pasar hasta las cámaras de gas a través del «tubo». A las mujeres las llevaron a los barracones para cortarles el pelo. Los alemanes usaron el pelo de las mujeres asesinadas en diversos procesos industriales; por ejemplo, la fabricación de fieltro. Cuando les afeitaron la cabeza, cuenta Reder, las mujeres comprendieron que iban a morir y «se oyeron lamentos y chillidos».

Una vez rapadas, las mujeres siguieron el mismo camino que los hombres. Al igual que en la caja de carga de los camiones de gas, morir en las cámaras de gas de Bełżec no era un proceso rápido. Reder recuerda que los «gemidos» y «gritos» de los que estaban encerrados en las cámaras duraban «hasta unos quince minutos».[35]

Si Reder se salvó de una muerte inmediata fue tan solo porque fue seleccionado para sumarse al equipo de unos pocos cientos de judíos que trabajaban en el campo a la fuerza, encargándose de tareas como vaciar las cámaras de gas, sacar a los muertos y enterrarlos. Cuando las SS consideraban que algunos no habían cumplido bien con su labor durante el día, por la noche los llevaban hasta una fosa común y los ejecutaban. Al día siguiente, unos pocos judíos de un transporte nuevo ocuparían su lugar.

Trabajar en Bełżec era una pesadilla. Cuando Reder y los demás trabajadores judíos intentaban enterrar a los muertos, «teníamos que pasar de un extremo de la tumba a otro, para llegar a la siguiente tumba. Las

piernas se nos hundían en la sangre de nuestras madres, pisábamos sobre montones de cadáveres; eso era lo peor, lo más espantoso de todo».[36] El efecto de todo ello era que «íbamos de un lugar a otro como gente que ha perdido toda voluntad. Éramos una sola masa … Las rutinas de aquella vida espantosa las desarrollábamos mecánicamente».[37]

Goebbels no tardó en tener noticia del exterminio de los judíos. En su diario, el 27 de marzo de 1942, no solo dejó constancia de hasta qué punto estaba al corriente de la suerte de los judíos; además su nota nos permite comprender mejor el contexto general en el que se tomó la decisión de asesinarlos. De forma crucial, destaca el papel de Hitler como fuerza impulsora del genocidio: «Aquí se aplica un procedimiento muy bárbaro, que no detallaré, y de los judíos no queda gran cosa. En total podemos decir que hay que liquidar al 60 % y solo el 40 % conserva aún alguna utilidad para el trabajo … A los judíos se les está aplicando una condena que es ciertamente bárbara, pero de la que se han hecho merecedores sin reservas. La profecía en la que el Führer afirmó que lo pagarían, si se desataba una nueva guerra mundial, se está empezando a hacer realidad del modo más terrible. En estas cuestiones no hay que dejar que mande el sentimentalismo. Si no nos protegiéramos contra los judíos, nos destruirían. Es una batalla a vida o muerte entre la raza aria y el bacilo judío. Ningún otro gobierno, ningún otro régimen sería capaz de reunir la fuerza precisa para resolver esta cuestión de un modo tan ambicioso. Aquí, nuevamente, el Führer es el firme paladín y portavoz de una solución radical que, en las circunstancias actuales, es necesaria, y por lo tanto parece inevitable. Afortunadamente, ahora, durante la guerra, contamos con toda una serie de posibilidades que en tiempos de paz nos estarían vetadas. Los guetos que van quedando libres en las ciudades del Gobierno General se están rellenando ahora con los judíos deportados del Reich y, cuando haya pasado cierto tiempo, se espera repetir aquí el procedimiento. No es un lecho de rosas la vida de los judíos; pero el hecho de que sus representantes en Inglaterra y Estados Unidos estén organizando y propagando una guerra contra Alemania deben pagarlo muy caro sus representantes en Europa; así es como debe ser».[38]

Tras la conferencia de Wannsee, los primeros judíos de un país extranjero a los que se entregó en masa a los nazis procedieron de Eslovaquia. Pero la historia de por qué en la primavera de 1942 los judíos eslovacos fueron

trasladados a Auschwitz en vagones de carga demuestra, una vez más, que el desarrollo de la Solución Final de los nazis distó de dibujar una línea recta.

Ya hemos visto antes que Eslovaquia no se formó hasta la primavera de 1939, cuando Checoslovaquia se desintegró por la presión de los nazis. El gobierno eslovaco, desde el principio, se mostró cercano a los nazis en general y sus ideas antisemitas en particular. Ya en octubre de 1941, por ejemplo, en una reunión con el presidente y primer ministro de Eslovaquia, Himmler había sugerido la posibilidad de deportar al Gobierno General a una parte de los 90.000 judíos del país.[39]

En una iniciativa paralela, los alemanes querían que los eslovacos entregaran a trabajadores a los que emplear en obras forzadas. El gobierno eslovaco no lo veía con buenos ojos, hasta que cayó en una posibilidad alternativa: ¿y si 20.000 de estos trabajadores fueran judíos? Al gobierno eslovaco, con su intenso antisemitismo, ya le complacía esta ocasión de deshacerse de ellos. El Ministerio de Asuntos Exteriores respondió a la propuesta el 16 de febrero de 1942: les parecía bien aceptar a esos judíos «en el marco de las medidas adoptadas con el objetivo de dar una solución final a la cuestión de los judíos de Europa».[40] Pero luego se vio que los eslovacos querían deportar a familias enteras que, por su parte, los alemanes no querían recibir: buscaban tan solo judíos que pudieran trabajar. En el contexto de la conferencia de Wannsee, este momento provoca cierta extrañeza. ¿Acaso los nazis no querían expulsar al este a todos los judíos que pudieran encontrar? Pero sigue respondiendo a un modelo general. Eichmann y otros de los responsables de la aplicación práctica de la estrategia esbozada en Wannsee eran conscientes de que los campos de Polonia, sencillamente, no tenían capacidad para aceptar a judíos que vinieran de Eslovaquia y no trabajaran. En febrero de 1942, por ejemplo, aún faltaba un mes para que Bełżec abriera.

Las autoridades eslovacas se mantuvieron en sus trece. La cuestión se abordó en una reunión, aquel mismo febrero, entre el representante de Eichmann en Eslovaquia, Dieter Wisliceny, y el primer ministro eslovaco, Vojtech Tuka, acompañado por el doctor Izidor Koso, ministro de Presidencia. Los eslovacos sostuvieron que «no era cristiano» separar a las familias. Wisliceny lo interpretó como un comentario hipócrita tras el que se ocultaba el hecho de que, para las autoridades eslovacas, sería complicado y oneroso cuidar de los judíos que se quedaran en el país

privados de la figura que obtenía el sustento familiar.[41] Así, los eslovacos apuntaron la posibilidad de reembolsar los «gastos» en que los alemanes incurrirían si aceptaban no solo a los que eran aptos para trabajar, sino a familias judías al completo.

Tras una negociación dura, los dos bandos acabaron suscribiendo un acuerdo de un cinismo pasmoso. Los eslovacos pagarían a los alemanes 500 marcos del Reich por cada judío que se deportara. A cambio, los alemanes se comprometieron a no apoderarse de las propiedades que los judíos dejaran atrás y aseguraron que los judíos eslovacos nunca regresarían al país. Esto significaba que un país europeo cuyo jefe del Estado era un sacerdote católico —Jozef Tiso— acordó pagar a los nazis para que se llevaran a los judíos, a condición de que no volvieran nunca. Aunque en el momento en que se negoció este acuerdo las autoridades eslovacas no sabían qué destino exacto aguardaba a esos judíos, no se les podía escapar que era sombrío. Y no podían fingir que no lo sabían, pues pocos días antes de la reunión con Wisliceny, Hitler había dicho expresamente, en el discurso pronunciado en el Sportpalast de Berlín: «Esta guerra tendrá por consecuencia la aniquilación de la judería».[42]

Heydrich no firmó el acuerdo definitivo con los eslovacos hasta el 10 de abril, con lo que en los primeros transportes enviados a Auschwitz desde Eslovaquia solo viajaban los jóvenes y más fuertes. Linda Breder, una joven eslovaca de dieciocho años, fue una de las primeras judías que sufrió la deportación forzosa. «El 24 de marzo de 1942 —cuenta—, los guardias de la Hlinka [milicia del Partido Popular Eslovaco] se presentaron en todas las casas y se llevaron a todas las chicas de entre dieciséis y veinticinco años.» Linda y las otras chicas se alojaron en un pabellón de la ciudad de Stropkov, en el este de Eslovaquia. No estaba «asustada» porque «nos habían dicho: "Vais a Alemania a trabajar y enviaréis dinero a vuestros padres y luego la familia se reagrupará allí". Así que, ¿qué iba a sentir yo? Pues felicidad, porque íbamos a trabajar, y ellos tendrían dinero y al final se podrían reunir con nosotros».[43]

En ese momento, la Guardia de Hlinka tenía a los judíos en su poder, y no dejó pasar la oportunidad de humillarlos. «Algunos de esos soldados eslovacos se portaron de una forma realmente idiota —recuerda Silvia Veselá, otra joven judía que la Guardia de Hlinka se llevó en marzo de 1942 —. Por ejemplo, se cagaban en el suelo, a propósito, y teníamos que limpiar la mierda con las manos. Nos llamaban "putas judías" y nos daban patadas.

Se portaban realmente mal. También nos dijeron: "Judías, ya os enseñaremos nosotros cómo se trabaja". Pero todas nosotras éramos mujeres pobres y estábamos acostumbradas a trabajar … Es una sensación realmente humillante, cuando te privan de tu personalidad. No sé si usted lo podrá entender. De pronto no significas nada. Nos trataban como a animales.»[44]

Michal Kabáč era uno de los guardias de la Hlinka que vigilaba a las mujeres judías y luego las obligó a subir a vagones de carga que las trasladarían a Polonia. Tenía poco más de treinta años y era un acérrimo del nacionalismo eslovaco que daba crédito a la propaganda antisemita de su partido. «Era todo política —dice—. El Estado nos decía que los judíos eran mentirosos y estaban robando a los eslovacos y nunca querían trabajar, solo vivir con comodidad. Por eso no nos daban pena.» El antisemitismo del propio Kabáč era más oportunista que ideológico. «Mira —prosigue—, yo tenía una novia judía. Su padre tenía un gran almacén. Un día este me dio un regalo, era un retrato de un judío. Yo sabía que iría a la cárcel si descubrían que tenía un retrato así. Tuve que arrojarlo al río.»[45]

Kabáč dice que estar en la Guardia de Hlinka era una «buena vida»: «Teníamos un buen salario, alojamiento y cantina. No nos podíamos quejar». Además los guardias tenían la posibilidad de robar las posesiones de los judíos, y el propio Kabáč admite que se apropió de unos zapatos. «Cuando los judíos llegaban a los campos, solíamos quitarles la ropa y las pertenencias —dice—. Todos los judíos tenían que mostrar sus pertenencias y los guardias se quedaban con las más valiosas.»[46] Kabáč no se siente intranquilo por el papel que tuvo en el Holocausto. «¡Yo no los llevaba a las cámaras de gas! Yo solo los transportaba hasta la frontera con Polonia, donde los alemanes se hacían cargo del transporte. Y Dios sabe adónde los llevaban ellos después».[47]

Mientras estuvo custodiada por la Guardia de Hlinka, Linda Breder se aferró a la creencia de que la enviarían a Alemania a trabajar. Pero el 26 de marzo, cuando la llevaron a la estación y vio los trenes, vio «tan solo vagones de ganado. ¿Dónde está el tren normal? —preguntó—. Ya habíamos empezado a darnos cuenta de que algo no iba bien. En el vagón de ganado, al entrar, te topabas con dos cubos, uno lleno de agua, el otro, vacío, para usar como váter». Poco después se dio cuenta de que «no vamos a Alemania, vamos a Polonia».

Linda Breder participó en el primer transporte que, a finales de marzo, fue de Eslovaquia a Auschwitz. También fueron las primeras presas del campo. Al llegar las hicieron pasar bajo la puerta de *Arbeit macht frei* («El trabajo libera»), en el campo principal, y tuvieron que amontonarse en uno de los bloques carcelarios. Hubo una pelea cuando cientos de eslovacas «gritaban y se daban empujones» en el intento de usar el puñado de aseos del barracón. Todas ellas durmieron sobre el suelo desnudo, apiñadas unas junto a otras para obtener algo de calor porque «en marzo, en Polonia, el frío era muy duro». Al día siguiente tuvo que desnudarse frente a las SS y un «ginecólogo» inspeccionó sus partes más íntimas para comprobar si «escondían oro»; luego las obligaron a bañarse, aún desnudas, en agua desinfectada, a una temperatura gélida. «Las SS nos dijeron: "Los judíos sois sucios, tenéis piojos, tenéis que lavaros".»[48]

Se aceptó en el campo a todas las mujeres eslovacas, directamente. Aún no se había iniciado el proceso de selección, de triste fama, por el que nada más llegar a Auschwitz se enviaba a la muerte a una parte de las personas de cada nuevo transporte. Esto obedecía, por un lado, a que los primeros transportes solo incluían a personas a las que, antes de salir de Eslovaquia, se las había considerado aptas para el trabajo, pero también porque con la única cámara de gas de Auschwitz, situada en el crematorio del campo principal, no era práctico matar gente a gran escala. Como hemos visto, los nazis topaban con la dificultad de que era imposible realizar las matanzas en secreto, porque el edificio estaba cerca no solo de las oficinas administrativas de las SS, sino de los mismos barracones en los que los internos vivían.

Las SS de Auschwitz estaban a punto de resolver este «problema» porque ya se estaba construyendo un nuevo campo, a unos dos kilómetros de distancia del campo principal, en un pueblo que los polacos llamaban Brzezinka, y los alemanes, Birkenau. En septiembre de 1941, Himmler había ordenado crear en Birkenau un campo que podría dar cabida a 100.000 reclusos. Al principio, se había pensado destinar Birkenau a los prisioneros de guerra soviéticos, pero a finales de octubre de 1941 Hitler decidió que a los presos soviéticos habría que usarlos en otras zonas del Reich, para trabajos forzosos. En consecuencia, Himmler afirmó que se podía enviar a judíos a Birkenau.[49] El 27 de febrero de 1942, el comandante del campo, Rudolf Höss, se reunió con otros oficiales de las SS y decidió trasladar el emplazamiento del nuevo crematorio que se proponían

construir, que pasaría del abarrotamiento del campo principal a la amplia extensión del nuevo Auschwitz Birkenau.

Mientras esperaban a la construcción del nuevo crematorio de Birkenau, las SS de Auschwitz optaron por una medida provisional, concebida no solo para incrementar el número de prisioneros a los que se podía gasear, sino también para asegurarse de que los asesinatos se realizaban con más privacidad. En una esquina remota de Birkenau, lejos de cualquier otro espacio habitado, las SS tapiaron las ventanas de una casita de campo —la que se conoció como Casita Roja o Búnker I— y modificaron dos salas del interior para que pudieran utilizarse como cámaras de gas. En lo alto de las paredes de la casa abrieron trampillas por las que podían lanzar cristales de Zyklon B. Como máquina letal era primitiva, sin duda, pero a diferencia de la cámara de gas del interior del crematorio del campo principal, aquí nadie oiría los gritos de los judíos que se asfixiaban. Ahora bien, aunque las SS habían resuelto uno de sus problemas, se había creado otro: cómo librarse de los cadáveres. Los muertos de la Casita Roja no podían quemarse en los hornos de un crematorio, porque no había ninguno cerca. La única respuesta parecía ser enterrarlos en fosas, pero eso exigía mucha mano de obra y podía poner en peligro la salud tanto de los reclusos como de las SS; en especial, porque el terreno de Birkenau contaba con un drenaje del todo insuficiente.

Pese a las dificultades que suponía eliminar los cadáveres, para las SS la creación de la Casita Roja significó que podían matar a una cantidad de judíos «improductivos» superior a la que hasta entonces había estado en su mano; más aún cuando, a las pocas semanas de que empezaran a matar en la Casita Roja, otra casa de campo situada a un centenar de metros de distancia y conocida como la Casita Blanca también se obró para convertirla en cámaras de gas.

A principios del verano de 1942, empezaron a llegar los primeros transportes cargados de familias eslovacas. Las SS empezaron entonces un proceso de selección que se desarrollaba en el terreno polvoriento adyacente a la línea férrea, a medio camino entre el campo principal de Auschwitz y el nuevo de Auschwitz Birkenau. En esta zona, conocida como la «rampa», el personal médico de las SS dedicaba unos pocos segundos a valorar el estado de salud de cada recién llegado, y enviaba a un lado a los elegidos para realizar trabajos forzosos, y al otro, a los designados para morir.

En julio de 1942, Eva Votavová llegó a Auschwitz con su familia. Aunque solo contaba diecisiete años, la deportación fue tan solo la culminación de muchos años de hostigamiento. Cuando iba al colegio oyó que los guardias de la Hlinka celebraban la independencia de Eslovaquia dando gritos de: «Eslovaquia para los eslovacos, Palestina para los judíos». «Saltaba a la vista —cuenta— que eran militantes sin valores éticos.»[50] Eva se sintió rechazada por el país en el que había nacido y quedó muy dolida. «Me resultaba insoportable —dice—, de hecho, hoy todavía no puedo con ello.» En 1942, un comandante de la Guardia de Hlinka vivía en el pueblo de Eva y quería la residencia de su familia. Así pues, lo organizó para que estuviera en las primeras listas de deportación familiar. En consecuencia, Eva, con su padre y su madre, abandonó Eslovaquia el 7 de julio, apiñada en «vagones de transporte de animales».

Una vez que estuvieron en la rampa de Auschwitz, su padre fue elegido para un grupo, y Eva y su madre, para otro. «Desde ese momento no tuve más noticias de mi padre —dice Eva—. Cuando lo vi por última vez, tenía un aspecto abatido, de tristeza y desesperanza.»[51] Al padre se lo llevaron a la cámara de gas, mientras que Eva y su madre fueron asignadas a un equipo de construcción. El trabajo exigía un gran esfuerzo físico y los prisioneros recibían poca comida y agua. Por todo ello, la madre de Eva enfermó: «Tenía fiebre y una película oscura sobre los dientes superiores, lo que era un signo inconfundible de una fiebre tifoidea letal. Por descontado, yo entonces aún no lo sabía. Aquella noche me dijo que tenía que ir al hospital [del campo]. Lloré y le rogué que no fuera, que se quedara por lo menos un día más. Nadie volvía de allí, nunca». En aquel momento Eva ya sabía que desde el hospital «la gente iba directa a las cámaras de gas». Cuando Eva volvió de trabajar, al día siguiente, le dijeron que su madre, a pesar de sus súplicas, había ingresado en el hospital. Tres días después, una persona que trabajaba allí le dijo a Eva que su madre «había fallecido». Poco después, Eva quedó adscrita al «comando de los cadáveres», que se dedicaba a recoger cuerpos por todo el campo. Entre el montón de restos humanos Eva encontró unas gafas. «Sabía que eran las de mi madre; el cristal izquierdo estaba roto desde que un *Kapo* alemán le pegó una bofetada a mi madre.» Con las gafas en la mano, Eva rompió a llorar y «vi ante mis ojos todo su dolor, la enfermedad y las penalidades [de mi madre]». Guardó «las gafas como último recuerdo de mi madre hasta que me infecté de una fiebre tifoidea estomacal y tuvieron que quemar la

almohada, en la que solía esconderlas. Y así perdí el último recuerdo de mi madre».[52]

Aunque los eligieran para trabajar, y no de entrada para la cámara de gas, muchos de los que llegaban a Auschwitz habían empezado a morir en cuestión de semanas; en particular, en una sección recién creada en el campo principal: la de mujeres. En poco tiempo, y sin apenas preparación, Auschwitz se había convertido en uno de los campos de mujeres más importantes de todo el sistema nazi. En abril de 1942 había más de 6.700 mujeres en el campo principal de Auschwitz, y en agosto de aquel mismo año, cuando el campo femenino se trasladó a Auschwitz Birkenau, se calcula que un tercio de ellas habían muerto.[53] Las condiciones de Birkenau no eran mejores. Abundaban las enfermedades, los *Kapos* podían ser brutales, la comida no era adecuada y el trabajo solía ser agotador; en especial, para las que tenían que cavar zanjas colosales para mejorar el drenaje.

«De pronto estábamos en Birkenau —cuenta Frico Breder, un judío eslovaco enviado a Auschwitz en 1942—. En aquel momento yo no sabía nada del campo. Pero nada más verlo me pareció estar en el infierno.» Una noche, poco después de que Frico llegara a Birkenau, su *Kapo* se le acercó para avisarle de que necesitaba a alguien para «cargar» (sin precisar qué clase de «carga»). Le prometió que a los que completaran la tarea les darían un poco de pan. Frico no tardó en descubrir que la tarea, en concreto, era «cargar cadáveres» en una carreta. Cuando empezó a trasladar los cuerpos, vio el cadáver de «una mujer muy hermosa». «Tenía que haber llegado al campo hacía muy poco, tenía que haberse suicidado o algo así … Era una noche clara y la luna brillaba sobre ella … Era muy hermosa.»[54]

Desde la fundación misma del campo, en la primavera de 1940, la muerte había sido una presencia constante en Auschwitz. Pero al llegar las familias eslovacas, con la consiguiente selección de personas en la rampa, se inició una nueva era de horror. Los seleccionados para morir fueron visitantes terriblemente efímeros. Los viejos, los enfermos, los niños, todos esperaban junto a las casitas reconvertidas hasta la hora de su muerte. «Solían sentarse aquí», cuenta Otto Pressburger, un judío eslovaco incorporado al «comando de cadáveres». «Se comían la comida que habían traído de casa, no podía ser otra. A su alrededor había hombres de las SS con perros. Por descontado, no sabían qué les iba a pasar. Nosotros tampoco queríamos

decírselo. Para ellos habría sido peor. Pensábamos que la gente que los había traído aquí no eran seres humanos, sino criaturas salvajes.»[55]

Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz, escribió en sus memorias que los judíos se dirigían a la muerte caminando bajo «los árboles frutales, cargados de flores, del huerto de la casita». Anotó que una mujer, que sin duda comprendió qué estaba a punto de pasarle, le susurró: «¿De dónde saca usted el coraje para matar a unos niños así de hermosos y adorables? ¿Es que no tiene ni una pizca de corazón?».[56] Según Höss, esta clase de escenas le dejaban «destrozado», pero no por eso vaciló en su compromiso pleno con el proceso de matanza.

A los judíos de Eslovaquia no se los deportó tan solo a Auschwitz. Al menos 24.000 judíos eslovacos fueron trasladados a una nueva instalación asesina situada en Sobibór, al noreste de Lublin, a unos 80 kilómetros de esta ciudad. Sobibór fue el segundo campo construido como un centro de exterminio con cámaras de gas fijas (el primero fue Bełżec). Al igual que este último, estaba emplazado cerca de una vía férrea, pero en un emplazamiento aún más remoto: a escasos kilómetros del río Bug y entre bosques y marismas. El entorno de Sobibór era pacífico y pintoresco y el campo se había concebido para que resultara atractivo. «Yo me imaginaba que Sobibór, por ser un lugar en donde queman a gente, donde gasean a gente, tenía que parecerse al infierno —cuenta Toivi Blatt, que fue enviado al campo en abril de 1943, una fecha en la que ya hacía varios meses que circulaban «rumores» sobre la auténtica función de aquel lugar—. Y lo que me encuentro al llegar son unas casas agradables, más la residencia del comandante, una villa pintada de verde con su vallita y sus flores.»[57]

En marzo de 1942, cuando llegaron los primeros transportes de numerosos judíos a los que gasearía, el comandante de Sobibór, que a la sazón contaba treinta y cuatro años, era un veterano del programa eutanásico Acción T4: Franz Stangl. Antes de hacerse cargo de Sobibór había visitado Bełżec y había quedado impresionado por el «olor, ¡ay, Dios, y qué olor! Estaba por todas partes». Vio fosas repletas de «miles de cadáveres» y comprobó con sus propios ojos cuáles eran los problemas de gestionar un campo de exterminio. Le contaron que «una de las fosas se había desbordado. Habían puesto demasiados cadáveres en su interior y la putrefacción había progresado tan rápido que el líquido de la parte baja

había ido empujando a los cadáveres hacia lo alto, hasta que se derramó y los cuerpos rodaron colina abajo».[58]

En Bełżec, Stangl se reencontró con Christian Wirth, al que había conocido —sin que le cayera bien— en los programas de eutanasia. Ahora Wirth era el jefe de Stangl y, tras visitar a su subordinado durante la construcción de Sobibór, se mostró insatisfecho por la forma en que la obra avanzaba. A Stangl le dijeron que Wirth había llegado, «había echado un vistazo a las cámaras de gas en las que aún estaba trabajando y dijo: "Bien, las vamos a probar ahora mismo con esos veinticinco judíos de la cuadrilla. Traedlos aquí"». Wirth ordenó que metieran a los judíos en la cámara de gas y los mataran. Según uno de los compañeros de Stangl: «Wirth se portaba como un lunático, azotaba a su propio personal con el látigo, para que corrieran más. Pero luego estaba pálido porque las puertas no habían cerrado como debían».[59]

Acabada la guerra, Stangl afirmó que la tarea que le habían encomendado le había causado una profunda impresión y no había querido completarla. Pero los testigos que le vieron en el campo cuentan una historia distinta. «Lo que él tenía en especial era arrogancia —dijo Stanislaw Szmajzner, un judío que sobrevivió al campo—. Y que era evidente que disfrutaba de su trabajo y su situación. En ninguno de los demás —aunque cada uno a su manera, estos eran mucho peores que él— se veía tanto como en él. Siempre lo veías sonriente … No, no creo que fuera una sonrisa nerviosa; era de felicidad, nada más.»[60] Erich Bauer, de las SS, que en Sobibór era el responsable del funcionamiento de las cámaras de gas, ofreció otro punto de vista sobre Stangl, que también contradice la idea de que el comandante actuaba a su pesar. «En la cantina de Sobibór, una vez, oí una conversación entre Frenzel, Stangl y Wagner [todos ellos, miembros de las SS destinados en ese campo]. Discutían sobre el número de víctimas de los campos de exterminio de Bełżec, Treblinka [que se construyó en último lugar] y Sobibór y se lamentaban de que Sobibór "ocupara el último lugar" de la competición.»[61]

Aun a pesar de la experiencia adquirida en la construcción y gestión del campo de exterminio de Bełżec, en Sobibór las SS no crearon una instalación eficiente. La ubicación remota era ventajosa para sus intereses, pero la línea del ferrocarril era de vía única y esto, como es lógico, limitaba su capacidad. Las característicos del entorno natural representaron un problema aún mayor para sus intereses. Durante agosto y septiembre de

1942, ningún tren podía viajar a Sobibór porque varias secciones de la vía se habían hundido en la marisma y hubo que hacer reparaciones.

Incluso cuando el campo ya estaba en marcha, las SS habían creado un cuello de botella en el proceso de matanza. En los primeros días de funcionamiento, cuando un tren llegaba a la estación de Sobibór, las SS esperaban a que los judíos que eran capaces de caminar sin ayuda hubieran entrado en el campo y luego reunía a los que se habían quedado atrás —los viejos, tullidos o heridos— y los montaba en un carro. Las SS les decían a estos judíos que no podían caminar, que los llevarían a un hospital. Se decía con la intención de calmarlos, pero también como muestra de humor negro, porque el citado «hospital», para el que hacía falta adentrarse unos 200 metros en el bosque, era en realidad un grupo de verdugos situados junto a una fosa. Todos los que iban al «hospital» en aquellos carros morían fusilados a la vista de otros.

Este proceso no rodaba tan bien como las SS habrían querido. Subir a los viejos y enfermos a una carreta, y trasladarlos luego al «hospital», consumía mucho tiempo, de modo que las SS modificaron el procedimiento. Construyeron un tramo de ferrocarril, de vía estrecha, que enlazaba la estación de Sobibór con la zona de ejecuciones del «hospital», de modo que podían transportar con más eficacia a los judíos débiles a los que querían matar. El carro tirado por caballos resultó redundante, después de que su lugar fuera ocupado por tecnología más moderna.[62]

Para gestionar Sobibór bastaba con una treintena de hombres de las SS, con el apoyo de poco más de un centenar de ex prisioneros de guerra soviéticos. Entre estos últimos, muchos eran ucranianos y se les había ofrecido la posibilidad de abandonar sus campos de reclusión —donde era muy fácil que murieran de hambre o por alguna enfermedad— si trabajaban para los nazis. Recibieron una formación específica en el campo de Trawniki, al sureste de Lublin, y demostraron ser, a menudo, los guardias más brutales de todos. En parte, sin embargo, esto se debía a que a los alemanes les gustaba ceder a los ucranianos los trabajos más sangrientos.[63] En Sobibór, por ejemplo, la mayor parte de los hombres del pelotón de fusilamiento del «hospital» eran ucranianos.

Al igual que en Bełżec, entre los trabajadores del campo la categoría más numerosa era la de los *Sonderkommandos* (comandos especiales) judíos. Todos los grandes campos de exterminio usaban a prisioneros que elegían entre los que llegaban y a los que obligaban a cumplir toda una serie de

tareas relacionadas con el proceso de matanza: desde el *Bahnhofskommando*, responsable de trasladar a los judíos desde la estación al campo, hasta los trabajos más espantosos, por los que estos equipos tenían que vaciar las cámaras de gas, retirar los cadáveres y enterrarlos. De nuevo, como en Bełżec, formar parte de un *Sonderkommando* no te liberaba de gran cosa, y desde luego no de la muerte. Cualquiera de sus miembros, si no rendía como las SS deseaban, era asesinado y sustituido por otra persona seleccionada de alguna nueva remesa de judíos.

Toivi Blatt, que a sus quince años tuvo que incorporarse a una de estas unidades especiales de Sobibór, quedó asombrado al ver cómo las horribles circunstancias del campo podían modificar el carácter de los que trabajaban allí. «La gente cambia, en según qué condiciones —cuenta Blatt—. La gente me preguntaba: *"*¿Qué aprendiste?" y yo creo que solo estoy seguro de una cosa: de que nadie se conoce a sí mismo … Todos nosotros podíamos ser buena gente o mala gente, en las [distintas] situaciones. A veces, cuando alguien es realmente amable conmigo, me doy cuenta de que me pregunto: "¿Y cómo sería en Sobibór?".»

Cuando se aproximaba ya el primer aniversario de la invasión de la Unión Soviética, Hitler y sus adeptos habían recorrido un gran trecho en un tiempo corto; no solo en cuanto al progreso material que el ejército alemán había realizado dentro de la Unión Soviética, sino en las decisiones conceptuales que las SS y otros habían tomado sobre el destino de los judíos y los medios por los cuales intentarían matarlos.

En junio de 1942, los primeros campos de exterminio del Holocausto ya estaban en marcha, y los nazis habían creado un método industrial de matar, que les permitía asesinar a los judíos en gran número sin experimentar, sin embargo, ningún gran tormento psicológico. En esas circunstancias, el siguiente paso fue buscar a grandes cantidades de judíos a los que matar. Pero como los nazis no se bastaban para localizar a todos los judíos del extranjero, necesitaban a colaboradores con ganas de ayudar. El relato de cómo los encontraron es una de las secciones más inquietantes de toda la presente historia.

# 12

# Buscar y matar (1942)

En su empeño por deportar a los judíos de la Europa occidental hasta las fábricas de la muerte del este, los nazis se enfrentaron a enormes dificultades. Cada país necesitaba un trato diferenciado y específico. Bélgica, los Países Bajos, Noruega y Dinamarca —los países ocupados— contaban con sistemas de gobierno distintos; Italia era un aliado; Francia era un híbrido extraño entre una nación subyugada y una casi aliada. Además, en el verano de 1942 las fuerzas alemanas se centraron en la conquista de la Unión Soviética, el conflicto definitivo en el curso de la historia, a juicio de Hitler. Así pues, a las SS les dieron recursos mínimos para cumplir con su misión y deportar a los judíos. Solo tendrían éxito si contaban con ayuda ajena.

En Francia en particular, los nazis lograron beneficiarse de muchos prejuicios ya existentes; no solo ideas antisemitas, sino el temor a los extranjeros y el disgusto frente a los inmigrantes. Incluso antes de que se creara el gobierno de Vichy, las autoridades francesas habían abierto campos en los que recluir a los extranjeros indeseados. En 1939, en Gurs, en los Pirineos, los franceses instalaron un campo para encarcelar a quienes huían de la guerra civil española; en Gurs se mantenía, en condiciones terribles, no solo a españoles que habían combatido en el bando republicano, que sería el perdedor, sino también a personas de muchas otras nacionalidades.

Sin embargo, en lo que respectaba a las autoridades francesas, el peor de los extranjeros, el más indeseado, era el judío. «El judío no solo es un extranjero incapaz de asimilarse, que cuando se implanta tiende a formar un Estado dentro del Estado —afirmó Xavier Vallat, el comisario general de Asuntos Judíos del gobierno de Vichy—. Por su temperamento, también es

un extranjero que aspira a dominar y tiende a crear, con sus iguales, un Superestado dentro del Estado.»[1]

Las autoridades de Vichy no solo impusieron toda una serie de leyes restrictivas, a partir de 1940, en contra de los judíos; además veían con buenos ojos, en principio, la idea de deportar a una gran cantidad de sus judíos extranjeros —que, muchos de ellos, habían buscado allí refugio de la opresión nazi en Alemania y Austria—. El gobierno de Vichy reconocía, sin embargo, que por las meras dificultades prácticas de la empresa la expulsión de todos aquellos judíos extranjeros tenía que ser un objetivo a largo plazo. «¿Dónde los enviamos? —preguntó Vallat en un discurso, en 1942—. ¿Por qué medios, mientras la guerra siga en marcha? En realidad, si el vencedor quiere organizar una paz duradera, será asunto suyo encontrar los medios —a poder ser de aplicación mundial, si no, como mínimo europea— para acabar con el judío errante.»[2]

Pese al disgusto que los judíos extranjeros despertaban en Vichy, el primer tren que los llevó de Francia a Auschwitz, en 1942, no formó parte de un plan concertado de expulsión de los judíos extranjeros, sino que fue una represalia. La causa de que, en marzo de 1942, hubiera más de un millar de hombres judíos en aquel tren se remonta al verano de 1941. En agosto de 1941, unos comunistas franceses dispararon contra dos alemanes en París, provocando la muerte de uno y heridas graves al otro. La invasión alemana de la Unión Soviética había liberado a los comunistas franceses de los frenos que les había impuesto el pacto entre Stalin y Hitler. Un mes más tarde, otro alemán cayó abatido a tiros. En venganza, las autoridades militares alemanas mataron a tres rehenes comunistas. Hitler se enfureció: a su entender, la respuesta no estaba ni de lejos a la altura de lo necesario. «El Führer considera que un soldado alemán tiene mucho más valor que tres comunistas franceses —escribió el mariscal de campo Wilhelm Keitel en un despacho enviado desde el cuartel general de Hitler en Prusia Oriental—. El Führer espera que se responda a estos acontecimientos con la más severa de las represalias … A cada alemán [asesinado] debe replicarse de inmediato con un mínimo de cien fusilamientos. Sin esta clase de venganza draconiana la situación no se podrá controlar.»[3]

Sin embargo, el general Otto von Stülpnagel, comandante militar de Alemania en Francia, creía que los «métodos polacos» nunca funcionarían en Francia.[4] Sobre el terreno, los hechos parecían darle la razón. Muchos ciudadanos franceses, por ejemplo, repudiaron un acto vengativo por el que,

en octubre de 1941, los alemanes mataron a noventa y ocho rehenes en Nantes. En enero de 1942, Stülpnagel presentó la dimisión. Lo hizo de muy mala gana, porque, según explicó en una carta enviada al mariscal de campo Keitel, creía haber encontrado un mecanismo mejor para disuadir a los franceses de seguir atacando a los alemanes: «Yo creía que podría llevar a cabo las represalias por el asesinato de nuestro personal —indudablemente, necesarias— mediante otros recursos, en este caso, por medio de ejecuciones limitadas pero antes que nada por medio de deportaciones masivas de los judíos y comunistas al este, lo cual, según mi opinión de experto, surte un efecto mucho más escalofriante entre la población francesa que las ejecuciones colectivas, que los franceses no comprenden».[5]

El sucesor de Stülpnagel —su primo Carl-Heinrich von Stülpnagel— logró que le permitieran poner a prueba esta estrategia de vengarse por el medio de la deportación masiva. De aquí, como respuesta a ataques de la Resistencia, proviene la primera gran expulsión de marzo de 1942, que trasladó a 1.112 judíos de Compiègne a Auschwitz. A los alemanes no les importó que ni uno solo de esos 1.112 judíos hubiera sido declarado culpable de actos de resistencia asesinos. Como los nazis creían que el comunismo y el judaísmo eran indisociables, bastaba con que fueran judíos.

El tren que portaba a los judíos franceses llegó a Auschwitz el 30 de marzo de 1942, a los pocos días de que hubiera arribado también al campo el primer transporte de judíos eslovacos. Los judíos franceses, como los primeros presos eslovacos, no fueron sometidos a una selección inicial a su llegada, sino que fueron admitidos todos ellos en el campo; pero en la práctica, y sin apenas excepciones, Auschwitz fue una condena de muerte para ellos: cinco meses más tarde había muerto ya más de un millar.

La deportación masiva de los judíos de Francia, propiamente a consecuencia de la Solución Final, no empezó hasta el verano de 1942. Esta acción se concibió como parte de un modelo que se deseaba aplicar a toda la Europa occidental en su conjunto. El 11 de junio, el *SS Obersturmbannführer* (teniente coronel) Adolf Eichmann, del Departamento de Asuntos Judíos, convocó una reunión en Berlín, para analizar cómo implantar la Solución Final en compañía de sus diversos representantes de Francia, los Países Bajos y Bélgica. Les dijo que Himmler había ordenado deportar a los judíos del oeste, en gran cantidad, pero que el 90 % debían estar sanos y en buena forma; solo el 10 % podía ser «no apto para el trabajo».[6] En la reunión berlinesa también se determinaron objetivos

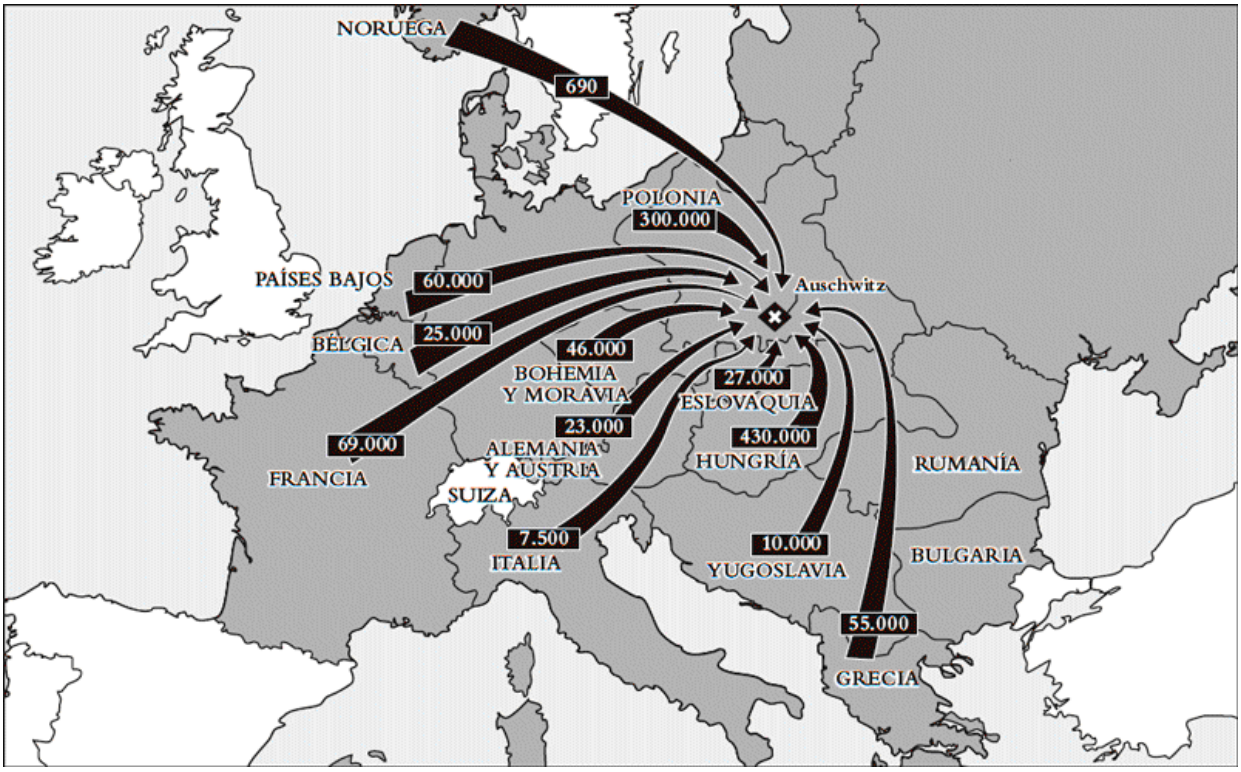
específicos: había que deportar a 10.000 judíos de Bélgica, 15.000 de los Países Bajos y 100.000 de Francia. La cifra francesa, como era de esperar, era la más ambiciosa y supuso todo un desafío para el representante de Eichmann en París, Theodor Dannecker, a la sazón de 29 años y *SS Hauptsturmführer* (capitán).

Dannecker sabía que, para cumplir con su labor, necesitaría la colaboración de las autoridades francesas. En 1942 tan solo había, en el total del territorio francés, unos 3.000 policías alemanes —una cantidad del todo insuficiente para hacer realidad el objetivo dictado por Eichmann—, pero las fuerzas policiales francesas contaban con casi 100.000 hombres.[7] El 2 de julio de 1942 se reunieron funcionarios alemanes y franceses y René Bousquet, como jefe de la Policía Nacional de Francia, esbozó cuál era la posición de su país. En la zona ocupada de Francia —la que se hallaba bajo el control administrativo de los alemanes— solo se podía deportar a judíos extranjeros. En la zona no ocupada —controlada por el gobierno de Vichy—, la policía francesa no participaría en ningún proceso de detención colectiva de los judíos. «Por la parte francesa no tenemos nada contra las detenciones en sí», dijo Bousquet, pero si la policía de Francia participaba en ellas, «sería embarazoso».[8] Bousquet modificó su postura después de que el jefe de la policía de seguridad alemana, Helmut Knochen, le advirtiera de que a Hitler no le gustaría nada esa actitud; entonces Bousquet afirmó que la policía francesa cooperaría tanto en los territorios ocupados como en los no ocupados, eso sí, centrando el objetivo en los judíos extranjeros, no en los franceses. Luego confirmó que el mariscal Pétain había dado su aprobación a la deportación de los judíos extranjeros en todas las zonas de Francia «como un primer paso».[9] No hubo ningún acuerdo por el que los franceses exigieran que sus compatriotas judíos se salvaran a expensas de los extranjeros; las autoridades francesas tan solo declararon que primero enviarían a los extranjeros.

El 4 de julio, el primer ministro francés, Pierre Laval, se reunió con Dannecker para analizar el proceso inminente de las detenciones. Laval dijo que, por lo que atañía a los franceses, «durante la evacuación de las familias judías de la zona no ocupada también pueden llevarse a los niños menores de dieciséis»;[10] en cuanto al destino que corrieran los niños en la zona ocupada, le resultaba indiferente, dijo. Así pues, Laval entregó voluntariamente a los niños judíos. Los nazis no lo habían pedido; antes bien, en ese momento no parecían quererlos. Pero el primer ministro de Francia —un país orgulloso

de su tradición en la defensa de los derechos humanos— tomó la iniciativa y sugirió que los nazis se llevaran asimismo a niños inocentes. Más adelante Laval intentó justificar sus actos por razones humanitarias, pero la excusa nunca fue ni remotamente sostenible, para empezar porque Laval sabía que Hitler había mostrado su compromiso público con el «exterminio» de la raza judía en Europa si acontecía una guerra mundial. Laval —al igual que un poco antes los eslovacos— se dejó llevar por la pura conveniencia. Si se permitía que los padres judíos dejaran atrás a sus hijos, estos se convertirían en un problema para las autoridades; Laval no quería ese problema, así que intentó librarse de ellos de entrada. Laval no era ni siquiera un antisemita fanático; simplemente, era un político cínico y duro de corazón.

A lo largo de dos días, el 16 y 17 de julio de 1942, unos nueve mil policías franceses participaron en una de las acciones de más triste recuerdo de la historia de París: la *grande rafle* o «gran redada». En el décimo *arrondissement*, Annette Muller —que por entonces contaba tan solo nueve años— recuerda que la policía entró a empellones en su piso y su madre «les rogó que perdonaran a los niños y se la llevaran a ella [en su lugar] … Recuerdo a mi madre humillada por el oficial de policía que la empujaba. No puedo olvidar esa escena que vi con mis propios ojos». Annette, su hermano menor, Michel, y su madre fueron conducidos a un pabellón cercano en el que la policía francesa estaba reuniendo temporalmente a todos los judíos. «Había gente sobre la mesa, que estaban sufriendo un ataque, y otros que vomitaban», cuenta Annette.[11] Sus dos hermanos mayores habían logrado aprovechar el caos para escapar; la madre los había instado a huir, pues no se hacía ilusiones al respecto de qué aguardaba a la familia una vez en cautividad: su esposo —un polaco que aquella noche no estaba en el piso— ya había tenido noticias, unos meses antes, de que en Polonia los alemanes habían fusilado a muchos de sus parientes próximos.




Se indican aquí las cifras de los judíos deportados a Auschwitz. En su gran mayoría, murieron allí. Casi todos llegaron a Auschwitz Birkenau, salvo los transportes iniciales de 1942, que fueron al campo principal de Auschwitz. Los datos proceden del detallado estudio analítico *Auschwitz: How Many Perished*, de Franciszek Piper (Oświęcim: Frap Books, 1996, p. 53).

El doctor Piper incluye la cifra adicional de 34.000 judíos deportados a Auschwitz desde campos de concentración y «lugares desconocidos». Añádase que la cifra original de 438.000 judíos de Hungría se revisó posteriormente, reduciéndola un tanto, hasta los 430.000; y que, aparte de los deportados, una Real Comisión Noruega ha calculado con precisión el número de judíos de Noruega que murieron en Auschwitz: 747 (véase «En el otoño de 1942, los alemanes también ordenaron…»).

Por supuesto, para terminar debe recordarse siempre que los nazis también deportaron a los judíos a muchos otros campos y destinos, y no solo a Auschwitz.

En total, en el curso de la *grande rafle*, la policía francesa arrancó de sus casas a 12.884 judíos: unos 10.000 el primer día de la redada, y el resto, el segundo. A varios miles de judíos —incluidos Annette, Michel y la madre de ambos— los condujeron al Vélodrôme d'Hiver, un estadio ciclista situado en la orilla izquierda del Sena donde quedaron confinados en condiciones atroces. Michel, que solo tenía nueve años, aún guarda el recuerdo del terrible hedor a diarrea que imperaba en el velódromo. Desde el Vélodrôme d'Hiver los enviaron a Beaune-la-Rolande, un campo de transición del Loiret, al sur de París. Aunque el conjunto de la experiencia era aterrador, Annette y Michel se sentían reconfortados por la presencia de su madre.

«Ella estaba allí —dice Annette—. Nos daba calor. Nos sentíamos protegidos. Nos parecía que mientras ella estuviera allí, nada nos podía pasar.» Aun así, Annette estaba preocupada por «lo que nos fuera a pasar cuando volviéramos al colegio», pues parecía que iban a «perderse el principio de las clases».

Estuvieron retenidos en Beaune-la-Rolande durante tres semanas. Ellos no lo sabían, pero entre tanto los nazis debatían qué hacer con los niños a los que también se había detenido. Dannecker le pidió a Eichmann que decidiera y, durante una llamada de teléfono, el 20 de julio Eichmann comunicó la sentencia: a los niños también se los podía enviar al este, pero solo cuando se hubieran resuelto los problemas de transporte. En aquel momento, las autoridades francesas determinaron que había que expulsar a los padres sin esperar a que las familias pudieran ser deportadas juntamente. De nuevo, la pretensión de Laval de actuar por razones humanitarias, para no separar a los hijos de sus padres, quedó al desnudo.[12]

Durante los primeros días de agosto, en el campo de Beaune-la-Rolande, se apartó a los padres de los hijos. «Nos pusieron juntos, a todos nosotros, en mitad del campo —recuerda Annette— y la policía repelió a las mujeres con suma violencia. Los niños se agarraban a sus ropas … abundaban los gritos, los llantos, realmente había mucho ruido.» Su último recuerdo de su madre fue ver que «nos hizo un gesto con los ojos y la contemplamos. Tuve la impresión de que nos sonreía con los ojos, como si quisiera decirnos que pensaba volver».[13]

Las madres fueron enviadas a Drancy, en las afueras de París, un campo que se había creado en una zona residencial a medio construir. La mayoría de los judíos que fueron deportados de Francia —unas 69.000 personas— salieron hacia el este desde Drancy. En 1942, el campo estaba gestionado por las autoridades francesas y las condiciones eran de espanto. No solo las instalaciones sanitarias y la comida eran del todo insuficientes, sino que además era un lugar de desesperación emocional, en particular cuando llegaban madres cuya separación de los hijos se acababa de forzar. Odette Daltroff-Baticle, que siendo ya adulta estuvo encerrada en Drancy aquel verano, lo recuerda así: «Aquellas mujeres, claro está, estaban muy dolidas, porque habían tenido que dejar a sus hijos, y algunas se tiraron por la ventana. Una se salvó porque cayó sobre la alambrada que rodeaba el patio [y en comparación con el suelo le hizo de colchón]. Pero otras sí que murieron.»[14]

Después de que se llevaran a su madre por la fuerza, la vida en Beaune-la-Rolande se tornó del todo insoportable para Annette y su hermano. «Después de que se marchó —dice—, durante unos días yo no quería ni salir de los barracones porque estaba muy triste. No podía parar de llorar. Me quedaba durmiendo sobre la paja y me decía a mí misma que mi madre se había ido por mi culpa, que yo no la trataba bien. Todos los reproches que me podía hacer … Fue un período de miedo constante. Los gendarmes se habían vuelto amenazadores, peligrosos, y debíamos quedarnos quietas.»

Quedaba un conmovedor recordatorio material de las madres a las que se había separado de sus hijos. «Todos los niños que habían pasado por las letrinas y habían vuelto diciendo: "¡Oh, venid a mirar, venid a mirar!", porque en el fondo de las letrinas, mezclados con los excrementos, había montones de cosas brillantes y relucientes. Eran anillos. Eran los anillos de boda que las mujeres habían preferido arrojar a las letrinas antes que entregarlos, porque les habían hecho entregar todas las joyas.»[15]

Después de unas dos semanas en Beaune-la-Rolande sin sus madres, los niños fueron enviados a Drancy; para entonces, sus madres ya habían sido deportadas a Auschwitz. En Drancy, Annette y su hermano durmieron sobre el suelo de hormigón de un piso sin terminar y se esforzaban por «no resbalar por las escaleras de tantos excrementos que había. Todos teníamos diarrea». Aunque recuerda haber visto a algunos policías franceses «llorar» por las penalidades de los niños, en su mayoría hicieron el trabajo «poniendo mucho celo en lo que hacían».[16]

Odette Daltroff-Baticle intentó cuidar de los niños lo mejor que pudo: «Cuando llegaron estaban en muy malas condiciones físicas. Los niños estaban cubiertos de insectos, venían realmente muy sucios y padecían disentería. Intentamos ducharlos, pero no teníamos nada con lo que secarlos. Luego intentamos darles de comer, pero esos niños llevaban varios días sin comer, y nos costó horrores hacer que comieran algo. Además intentamos hacer una lista con los nombres de todos, pero muchos no se sabían el apellido y solo decían cosas como: "Soy el hermano pequeño de Pierre". Así que insistimos en averiguar sus nombres; con los mayores pudimos, claro, pero con los más pequeños era del todo imposible. Sus madres les habían atado unos trocitos de madera con los nombres, pero muchos se habían quitado las piezas y las usaban para jugar unos con otros … Los niños siempre hablaban de sus padres, claro está, hablaban sobre todo de sus madres. Hablaban del momento en el que se habían separado de ellas, pero

en todo cuanto decían, notábamos que sabían que no las iban a volver a ver, eso es lo que me parecía».[17]

En un aspecto concreto, Michel y Annette tuvieron suerte. Sin que ellos lo supieran, su padre llevaba varios meses intentando conseguir su liberación. A través de un intermediario se las arregló para sobornar a funcionarios franceses, de forma que pasaron de Drancy a un centro de retención situado en Montmartre. Aquí la seguridad era más laxa y logró sacarlos y esconderlos en un orfanato católico. Los demás niños de Drancy, en su mayoría, no contaban con ningún salvador parecido; estaban solos. Por otro lado, si el padre de Michel y Annette no hubiera escapado a la redada inicial del 16 y 17 de julio, es más que probable que ellos dos también hubieran acabado en uno de los trenes que partieron de Drancy hacia Auschwitz a finales de agosto cargados de niños que se acababan de quedar huérfanos y condenados a su vez a morir.

Odette Daltroff-Baticle recuerda que, antes de que los niños se marcharan de Drancy, aún sufrieron una última denigración en aquel campo: «Les afeitaron la cabeza. Era horrible. Recuerdo que había un chiquillo con el pelo rubio y relativamente largo, que dijo: "No, a mi mamá le gusta mucho mi pelo rubio, no lo podemos cortar". Pero luego lo vi otra vez, con la cabeza afeitada y un aspecto tristísimo … Era cierto: tenía un pelo especialmente bonito. Para los niños en general, y en particular para las niñas de diez o doce años, ir afeitados era realmente una humillación».[18]

En Francia hubo protestas por las deportaciones, muy en especial desde la Iglesia. El arzobispo de Toulouse, Jules-Géraud Saliège, dijo el 23 de agosto: «Que niños, mujeres y hombres, madres y padres deban ser tratados como un vulgar rebaño de ganado, que miembros de una misma familia deban separarse unos de otros para ser enviados a un destino desconocido, ¡le estaba reservado a nuestro tiempo ser testigo de este espectáculo trágico!».[19] Otros capitostes de la Iglesia, como el arzobispo de Marsella, también protestaron. Pero el papa Pío XII nunca afirmó en público su apoyo a estos sentimientos y la denuncia compasiva de los clérigos franceses quedó en nada.

A finales de 1942 se había deportado de Francia a Polonia a un total de 42.500 judíos. El primer ministro Laval se mostró satisfecho con su marcha. «Laval no mencionó ninguna presión de los alemanes —contó un grupo de estadounidenses que se reunieron con él en agosto de 1943—, tan solo afirmó, sin ambages, que "estos judíos extranjeros siempre han supuesto un

problema en Francia y que el gobierno francés estaba contento por el hecho de que los alemanes hubieran cambiado de actitud hacia Francia y eso les brindara una ocasión de deshacerse de [los judíos]".»[20]

La forma en la que las autoridades francesas abordaron el hostigamiento y la persecución de los judíos chocaba claramente con la de sus vecinos de más al sur: los italianos. En efecto, aunque a muchos les sorprenda, el régimen fascista de Benito Mussolini no deportó a ningún judío italiano. La situación no cambió hasta el verano de 1943, cuando Mussolini perdió el cargo de primer ministro y los alemanes pasaron a ocupar el país. Irónicamente —puesto que Hitler había visto el acceso al poder de Mussolini, en 1922, como inspiración para el movimiento nazi—, muchos judíos italianos eran asimismo fascistas; Guido Jung fue ministro de Hacienda del gobierno de Mussolini de 1932 a 1935. En el círculo más íntimo del Duce también había judíos en lugares destacados: Margherita Sarfatti, que fue su amante durante casi veinticinco años. A pesar de esto, aún no existe consenso al respecto de qué pensaba Mussolini sobre los judíos durante este período y si fue antisemita acérrimo, o no, incluso en esos momentos.[21] Es indudable, en todo caso, que su punto de vista personal, fuera el que fuese, no le impidió colaborar —ni compartir la cama— con judíos.

No era de extrañar, hasta cierto punto, que los fascistas de Mussolini tolerasen a los judíos italianos. Giuseppe Garibaldi —el gran héroe nacional italiano, en el que Mussolini se inspiraba—, en su batalla por unificar Italia, en la segunda mitad del siglo XIX, había tenido apoyo de los judíos, y una vez que Garibaldi triunfó, se puso fin a la discriminación oficial contra los judíos italianos. Ahora, estos podían ascender a las posiciones más elevadas del Estado; por ejemplo, en 1902, Giuseppe Ottolenghi fue designado ministro de la Guerra, y en 1905 el primer ministro fue otro judío, Alessandro Fortis.

Solo después de que Mussolini decidiera establecer una amistad duradera con la Alemania de Hitler, ya a finales de los años treinta, su régimen se tornó abiertamente antisemita. En 1938 se introdujo una gran cantidad de nuevas leyes que prohibían, entre otras cosas, los matrimonios mixtos entre judíos y no judíos o la presencia de judíos italianos en las fuerzas armadas del país. Pero fueron medidas antes que nada oportunistas, que no bebían de una profunda convicción antisemita. Aunque sin duda hubo fascistas italianos que odiaban a los judíos, a la mayoría de sus compatriotas les

resultaba difícil comprender por qué, de pronto, se había empezado a perseguir a sus vecinos judíos. Por otro lado, incluso dentro de la propia administración fascista hubo flexibilidad a la hora de aplicar la legislación antisemita. En julio de 1939, por ejemplo, se estableció una comisión capaz de «arianizar» a una selección de judíos; principalmente, eso sí, a los que podían pagar un soborno cuantioso.

El hecho de que Italia entrara en la guerra, en 1940, no supuso un agravamiento radical de la persecución contra los judíos italianos; a los judíos extranjeros que vivían en el país, sin embargo, la policía italiana empezó a recluirlos. A menudo, en las zonas del extranjero que el ejército italiano ocupó, los judíos recibían un trato relativamente benigno. Así, en Croacia, cuyo litoral fue ocupado en gran parte por los italianos, el ejército italiano protegió a los judíos de la milicia antisemita croata, la Ustaše. En 1942, el gobierno croata acordó con los nazis autorizar la deportación de los judíos que aún vivían en el país; pero los italianos se negaron a entregar a los varios miles de judíos que habían buscado refugio en la zona italiana. Los alemanes pidieron a Mussolini que sus representantes en Croacia colaborasen más, y Mussolini afirmó que lo intentaría, pero aun así las autoridades italianas de Croacia lo fueron posponiendo e inventando razones por las que no podían acceder a las exigencias alemanas.[22]

En noviembre de 1942, en respuesta a los desembarcos aliados en el norte de África, los alemanes ocuparon la zona de Francia que antes había estado subordinada al gobierno de Vichy. Al mismo tiempo, también dieron su aprobación a que los italianos enviaran sus tropas a ocho departamentos franceses del antiguo territorio de Vichy, mediterráneos o cercanos a la costa. Esto derivó en un enfrentamiento directo entre las administraciones italiana y francesa, que en el proceso puso de manifiesto cuán distintas eran las actitudes de unos y otros hacia los judíos. El general italiano Carlo Avarna di Gualtieri dijo a las autoridades de Vichy que los italianos procurarían regir su territorio francés con una «legislación humana».[23] En la práctica, esto frustró el deseo de Vichy de perseguir a los judíos. Por ejemplo, los italianos permitieron que los judíos extranjeros siguieran viviendo a lo largo de la costa —las reglas de Vichy instaban a desplazarlos al interior del país— y se negaron a cumplir con la exigencia francesa de que en la documentación de los judíos luciera un sello identificador. Las autoridades francesas se enojaron con este enfoque más «humano» de la «cuestión judía». Pierre Laval se quejó ante los italianos por su conducta y llegó al extremo de pedir

a las autoridades alemanas el «debido apoyo»[24] para instaurar de nuevo el control francés.

¿Cómo se puede explicar la «humanidad» de los italianos en estas zonas ocupadas? En parte se debió a que los italianos querían poner de manifiesto que eran socios de sus aliados alemanes, pero en un plano de igualdad. Se negaban a dejarse intimidar. A diferencia de los franceses, los italianos no eran una nación derrotada a la que Alemania le había impuesto una relación no deseada, sino los súbditos de un país independiente que había elegido ser un beligerante activo. Además, y también a diferencia de Francia, Italia no había absorbido a una gran cantidad de judíos extranjeros y a los italianos no se les había educado en el odio antisemita, como a los alemanes. Si los italianos podían proteger a los judíos en el territorio que ocupaban sin correr un gran riesgo por ello, ¿por qué no iban a ayudarles? Esto no quiere decir, claro está, que los soldados italianos fueran unos santos. Un estudio que recogía testimonios orales de italianos destinados en el frente oriental pone de manifiesto que, en alguna ocasión, los soldados italianos explotaron sexualmente a mujeres judías.[25]

Al mismo tiempo que los italianos protegían a los judíos en las áreas que estaban bajo su control, miles de judíos neerlandeses iban de camino a Auschwitz; a finales de 1942 se habían trasladado al este, desde los Países Bajos, a unos 40.000 judíos. Todo esto fue posible no solo por la cooperación sostenida de las autoridades neerlandesas, sino también de resultas del exhaustivo sistema de registro que los alemanes habían implantado. En enero de 1941, se había dictado orden de que los judíos neerlandeses se registraran ante las autoridades, y prácticamente todos ellos lo habían hecho; en total hubo casi 160.000 registros.

A diferencia de lo que pasaba en Francia, por otro lado, los alemanes pudieron relacionarse con los judíos neerlandeses por medio de una única organización general: el Consejo Judío. Posteriormente, los jefes del Consejo —el doctor David Cohen y Abraham Asscher— fueron objeto de críticas feroces. Para muchos, la cooperación que prestaron a los alemanes en materia de deportaciones fue una traición. En parte fue así, en efecto, porque al Consejo Judío se le otorgaron 17.500 certificados de exención, en 1942, que los miembros del Consejo usaron para ponerse a salvo de las deportaciones, ellos y sus familias. Fue solo temporalmente, pero aun así, cuando Cohen y Asscher también acabaron siendo deportados, no fueron a

los campos de exterminio del este, sino a campos de concentración del antiguo Reich y el Protectorado; los dos sobrevivieron a la guerra.

En la reunión de Berlín del 11 de junio de 1942, Eichmann había propuesto, en un principio, incluir en la serie inicial de deportaciones a 15.000 judíos de los Países Bajos; pero a finales de mes había elevado la cifra a 40.000. Es posible que Eichmann adoptara esta decisión porque a los nazis les estaba resultando más fácil de lo previsto expatriar a los judíos neerlandeses. En Francia ocurría lo contrario: Dannecker había transmitido dudas sobre su capacidad de cumplir la cuota, enfrascado como estaba en discusiones con las autoridades de Vichy sobre la deportación de los judíos franceses en oposición a los extranjeros.[26]

El 4 de julio de 1942 se enviaron las primeras cartas que exigían a los judíos neerlandeses hacer acto de presencia para la deportación masiva. En el Liceo Judío de Ámsterdam, el doctor Hemelrijk, uno de los maestros, recuerda así la atmósfera: «La sombra de la muerte se cernía pesadamente sobre la primera ceremonia de graduación (que fue también la última) de mi centro. Las chicas de más de quince años habían recibido, todas ellas, orden de presentarse en la Estación Central a la 1 de la madrugada, donde les esperaba un tren. Destino: desconocido. Todo cuanto los padres sabían era que debían enviar a sus hijas en mitad de la noche, como presas indefensas a las que nunca volverían a ver. No se permitió que nadie acompañara a esas niñas. Las chicas se marcharon —a menudo, después de escenas domésticas desgarradoras— con la esperanza de que, al menos, al hacerlo así salvaban la vida a sus padres. Pero no fue así».[27]

En el Consejo Judío, ni de hecho en la comunidad judía en cuanto un todo, nadie tenía la plena certeza de qué les iba a pasar a esas chicas o a los otros millares de judíos a los que pronto se iba a enviar a un «destino desconocido». Pero a los pocos días de las deportaciones empezaron a circular rumores. El periódico clandestino *De Waarheid* imploraba así a los policías neerlandeses: «Piensa en tu deber profesional y humano: no detengas a ningún judío, limítate a fingir que ejecutas las órdenes que se dirigen contra ellos. Déjales escapar y ocultarse. Recuerda que cada hombre, cada mujer y cada niño que arrestéis morirá y que tú eres su asesino».[28] El 29 de julio, Radio Orange, que emitía desde Londres, protestaba: «Tan solo dígannos: ¿de qué manera ayuda al esfuerzo bélico alemán reunir a miles de judíos polacos indefensos y liquidarlos en cámaras de gas?, ¿de qué manera

ayuda al esfuerzo bélico arrancar de su país a miles de judíos neerlandeses?».[29]

La referencia a las «cámaras de gas» demuestra que incluso en la fase más inicial del proceso de deportación había cierto conocimiento público de qué les estaba pasando a los judíos. En Londres, el 9 de julio, en una conferencia de prensa que organizó el gobierno polaco en el exilio y a la que asistió Brendan Bracken, el ministro de Información británico, se había informado a los periodistas de que en Polonia los alemanes estaban «haciendo realidad, deliberadamente, su monstruoso plan de exterminio de los judíos».[30] Pero los Aliados aún no tenían claro qué intenciones albergaban los alemanes en general: ¿querían matar solo a los judíos polacos, por ejemplo? ¿Era cierto que pensaban usar a los judíos neerlandeses, o de otros país europeos, como mano de obra de trabajos forzosos?

La primera advertencia clara de que Hitler tenía un plan general de exterminio llegó en agosto de 1942. La pronunció Gerhart Riegner, del Congreso Judío Mundial, en Ginebra. Tras acceder a datos secretos de fuentes alemanas centroeuropeas, Riegner concluyó que «se ha debatido un plan, que se está sopesando, por el que todos los judíos de los países ocupados o controlados por Alemania, que ascienden a un total de entre 3,5 y 4 millones de personas, tras deportarlos y concentrarlos primero en el este, serían exterminados de golpe, para resolver así de una vez por todas la cuestión judía en Europa. Se informa de que se pondrá en marcha en otoño. Se está debatiendo aún sobre los métodos de ejecución, incluido el uso de ácido prúsico. Transmitimos esta información con toda la reserva necesaria porque no podemos confirmar su exactitud».[31]

Cuando los líderes del Congreso Judío Mundial, en Nueva York, recibieron esta noticia, no tuvieron «duda de que la información es, como mínimo, correcta en lo más sustancial», pero les inquietó que publicar lo que sabían pudiera «tener un efecto desmoralizador sobre quienes quedan señalados como víctimas sin esperanza». Por consiguiente, buscaron «consejo, el mejor posible» al respecto de qué hacer.[32] El telegrama de Riegner llegó al gobierno británico a mediados de agosto, y al de Estados Unidos, poco después. Para empezar, no le dieron mucho crédito. Los Aliados aún tardaron casi cuatro meses en aceptar que la noticia era indudablemente cierta y en preparar una declaración conjunta ante el mundo sobre las acciones de los nazis. Solo después de recibir información de otras

fuentes —entre ellas, una persona que vivía en el gueto de Varsovia— resolvieron condenar el crimen de forma concertada.[33]

El 17 de diciembre de 1942, británicos, estadounidenses y soviéticos emitieron declaraciones que consideraban intolerable el ataque asesino de los nazis contra los judíos. En la Cámara de los Comunes, Anthony Eden, el ministro de Asuntos Exteriores británico, llamó la atención ante las «numerosas crónicas de Europa según las cuales las autoridades alemanas, no satisfechas con negar los derechos humanos más elementales a las personas de raza judía que viven en todos los territorios a los que su régimen bárbaro se ha extendido, ahora están haciendo realidad la intención, repetida a menudo por Hitler, de exterminar al pueblo judío en Europa. Desde todos los países ocupados se está transportando a judíos, en unas condiciones de horror y brutalidad terribles, a la Europa oriental … De todos cuantos se llevan, nunca se vuelve a tener noticias». Eden afirmó que los Aliados «condenan, con absoluta severidad, esta política bestial de exterminio a sangre fría» y que se iban a «asegurar de que los responsables de esos crímenes recibirán sin falta el castigo que merecen».[34]

Unos meses antes de que Anthony Eden hablara en la Cámara de los Comunes y revelara qué se conocía sobre los planes nazis, Gerhart Riegner y sus colegas habían aportado datos de inteligencia sobre la aniquilación de los judíos a monseñor Philippe Bernardini, diplomático del papado en Suiza, al que solicitaron, según cuenta Riegner, «que, por favor, pidiera al Vaticano que interviniera para preservar, al menos en aquellos países [en los que aún era posible], cuanto aún se podía preservar de la comunidad judía».[35] Recuerda que la respuesta del Vaticano fue «endeble» y que «el intento de implicar al Vaticano fue un fracaso». El papa Pío XII siguió negándose a condenar en público el exterminio de los judíos; aunque en su mensaje navideño de 1942 habló de los que «sin haber cometido falta propia y a veces solo por causa de su nacionalidad o raza han sido destinados a la muerte o un lento deterioro»,[36] todavía no estaba preparado para decir la palabra «judíos».

Quienes intentan defender la falta de acción del papa Pío XII aportan a menudo, como una de las claves de su silencio, lo ocurrido en los Países Bajos durante el verano de 1942. Cuando los nazis supieron que el arzobispo de Utrecht, Johannes de Jong, planeaba abominar de la deportación de los judíos, le advirtieron de que, si lo hacía así, también deportarían a aquellos judíos de los Países Bajos que se habían convertido al cristianismo. El

arzobispo De Jong se mantuvo firme ante el chantaje y, el 20 de julio de 1942, su carta pastoral se leyó desde púlpitos de todo el país. La carta se refería directamente a la «persecución de los judíos» e incluía las palabras de un telegrama que, nueve días antes, le habían enviado las «autoridades de las fuerzas de ocupación». Afirmaba que «las iglesias neerlandesas abajo firmantes» se sentían «profundamente conmocionadas ya por las acciones emprendidas contra los judíos en los Países Bajos, que les han prohibido participar en la vida normal de la sociedad» y además ahora habían «tenido noticia, con horror, de las nuevas medidas por las que hombres, mujeres, niños y familias enteras serán deportadas al territorio alemán y sus dependencias». Era una decisión «contraria al más hondo sentido moral del pueblo neerlandés» y, por consiguiente, las iglesias instaban a los alemanes a «no ejecutar tales medidas».[37]

Como era de prever, las «autoridades de las fuerzas de ocupación» hicieron caso omiso de la petición eclesial de que actuaran con la humanidad esperable hacia el prójimo, aquí los judíos neerlandeses. No solo esto: además los nazis cumplieron su amenaza de deportar también a los judíos de los Países Bajos que se habían convertido al cristianismo. No disponemos de cifras exactas al respecto de a cuántos se envió al este por esta razón: podrían haber sido varios cientos,[38] pero también no más de noventa y ocho.[39] Fuera cual fuese la cifra exacta, se alega que varias personas perdieron la vida como consecuencia de que el arzobispo De Jong decidiera que su carta de protesta se leyese en las iglesias neerlandesas; y este es uno de los motivos cruciales, se afirma, por los que el papa Pío XII guardó silencio. «La persecución de los judíos en Holanda tuvo un enorme efecto directo sobre la línea que adoptó desde entonces Pío XII —dice el arzobispo Emanuele Clarizio, que trabajó en el Vaticano durante la guerra—, es evidente que fue así.» Más aún —según el arzobispo Gennaro Verolino, que en esa época era diplomático del papado—, Pío XII «intentó cuanto estuvo en su mano. Y si en ocasiones parece que no se esforzó a fondo, es porque le daba miedo empeorar las cosas: que sus acciones se malinterpretaran y ello derivara en represalias más graves».[40]

A primera vista se trataría de una razón poderosa: era necesario guardar silencio porque de lo contrario se podrían haber causado más muertes. Pero es crucial recordar que el arzobispo De Jong no fue el responsable de la muerte de los conversos al cristianismo; lo fueron los nazis, ellos eligieron matarlos, y no De Jong. Lo que el arzobispo De Jong sin duda comprendía

era que, una vez que hacías caso omiso de tus propios sentimientos sobre lo que era correcto y lo que no, te hallabas sobre arenas movedizas. Y en todo caso, ¿quién podía asegurar que, si el arzobispo hubiera guardado silencio, los nazis habrían cumplido con su promesa de no deportar a los conversos?[41] Más aún, supongamos que los nazis hubieran amenazado con que matarían a un niño inocente cada día hasta que el arzobispo De Jong abjurara en público de su fe, ¿deberíamos considerarlo culpable por el hecho de haber guardado lealtad a su credo?

Hay una excusa similar de los burócratas que colaboraron con los nazis. A menudo alegan que «intentaban cambiar el sistema desde dentro» y que si los nazis hubieran tenido que sustituirlos la situación habría sido «todavía peor». Acabada la guerra, por ejemplo, los funcionarios civiles neerlandeses pudieron señalar cierto número de medidas de los nazis que su implicación logró moderar. Ahora bien, un examen atento de la realidad pone de manifiesto que la excusa no es válida. Para empezar, el comisario del Reich tenía la costumbre de plantear exigencias excesivas, de forma deliberada, para permitir que los funcionarios civiles creyeran haberse apuntado un tanto cuando, a la postre, reducía lo exigido al nivel que ya había previsto desde buen principio. Con este truco tan simple, los jefes nazis se facilitaban a sí mismos la colaboración administrativa de los funcionarios locales.[42]

En cuanto al papa, no solo guardó silencio sobre la deportación de los judíos: ni siquiera expresó en público su descontento ante las atrocidades que los nazis estaban perpetrando contra los polacos católicos. «Todos esperábamos algo, una palabra —dice Witold Złotnicki, que combatió con las fuerzas del Ejército Nacional, la resistencia polaca—. Alguna clase de reconocimiento de cómo lo estábamos pasando. Una palabra de simpatía. Una palabra de esperanza. Pero no: silencio total.»[43]

El papa, y la Iglesia católica en su conjunto, poseía un poder latente descomunal; en particular, en Eslovaquia. El presidente eslovaco, Jozef Tiso, se había ordenado como sacerdote católico, y muchos miembros de la Guardia de Hlinka eran católicos. En la fase inicial de las deportaciones, durante la primavera de 1942, los líderes de la comunidad judía en Eslovaquia rogaron a la Iglesia católica que protestara por la expulsión de los judíos. La respuesta fue desoladora. Para la Iglesia en su conjunto no parecía haber más prioridad que intentar salvar a los judíos que habían recibido el bautismo cristiano.

Algunos eclesiásticos —como Augustín Pozdech, sacerdote de una parroquia de Bratislava— sí que protestaron, a título personal, por la inhumanidad del proceso de deportación. Su indignación ante las acciones del gobierno eslovaco y los nazis llegó al Vaticano a través del nuncio papal de Budapest. «Me duele hasta lo más profundo del corazón —escribió Pozdech— que a seres humanos cuya única falta es haber nacido judíos se les deban robar todas sus posesiones y se los deba desterrar, tras haberlos privado hasta del último vestigio de su libertad personal, a un país extranjero … Es inconcebible que el mundo atienda con pasividad a un espectáculo en el que se arranca de sus familias a niños de corta edad, ancianos mortalmente enfermos y chicas jóvenes, y se deporte a los jóvenes como si fueran animales: transportados en vagones de ganado hacia una estación desconocida, hacia un futuro incierto.»[44] Pero Pozdech fue una excepción. En Eslovaquia, en 1942, el grueso de los católicos no se mostró en contra de la deportación de los judíos.

Uno de los asistentes del papa, uno de los más próximos dentro del Vaticano, reconoció que la Iglesia se enfrentaba a un problema al no actuar contra el presidente Tiso. «Todo el mundo entiende que la Santa Sede no puede parar a Hitler —escribió monseñor Domenico Tardini, en marzo de 1942—. Pero ¿quién puede entender que no sepa cómo llamar a capítulo a un sacerdote [en alusión a Jozef Tiso, el presidente de Eslovaquia]?»[45] En cuanto al papa, le preocupaba la posibilidad de que la Unión Soviética acabara ganando la guerra. ¿Qué consecuencias tendría para la Iglesia católica una Europa dominada por los comunistas? En estas circunstancias, en la primavera de 1942, parece probable que viera poco conveniente castigar en público a Tiso, un jefe de Estado católico que se estaba enfrentando a los ejércitos paganos de Stalin.

En una misa celebrada en agosto de 1942, el presidente Tiso predicó que desterrar a la «plaga» judía había sido un acto cristiano. También se atuvo a la línea nazi al aseverar que era imposible que un judío se convirtiera al cristianismo, pues «incluso si lo bautizan cien obispos, un judío seguirá siendo siempre un judío».[46] Sin embargo, transcurridos tan solo dos meses desde entonces, Tiso suspendió las deportaciones. No se sabe con certeza por qué. Una respuesta plausible es que debió de entender que Eslovaquia ya había deportado a la cantidad de judíos convenida y, por lo tanto, el pacto con Alemania estaba cumplido.[47] También es posible que estuviera respondiendo tanto a las protestas extranjeras como al hecho de que, en todo

el mundo, cada vez estaba más claro que a la mayoría de los judíos se los había enviado a la muerte. En todo caso, Tiso no pretendió nunca —ni siquiera cuando se lo sometió a juicio, una vez concluida la guerra— que si había parado las deportaciones fue por considerar a los judíos como sus prójimos.

En octubre, cuando las deportaciones se interrumpieron, se había entregado a los alemanes a unos 58.000 judíos, y en Eslovaquia quedaban en torno a 24.000. Estos últimos judíos aún no estaban a salvo, sin embargo; como veremos, en 1944 la situación en Eslovaquia cambió y las deportaciones se reanudaron. Llegados a este punto, la tentación de caer en una historia contrafáctica es casi abrumadora. ¿Qué habría pasado si el papa hubiera intervenido en persona contra Tiso, una vez que empezaron las deportaciones, en la primavera de 1942? En tanto que sacerdote católico, Tiso era especialmente vulnerable, a este respecto. Supongamos que Pío XII hubiera amenazado con excomulgarlo, ¿no habría bastado para que Tiso recapitulara? Además, durante la guerra ya había un precedente de excomunión. Léon Degrelle, el jefe de los rexistas belgas, fue excomulgado en el verano de 1943 por acudir a misa con su uniforme de las SS. No cabe duda de que los crímenes de Tiso fueron más graves, pero, aunque al concluir la guerra el Vaticano lo había criticado con dureza, en vida nunca dejó de ser sacerdote católico. En la cárcel, en abril de 1947, cuando aguardaba a que se cumpliera la condena por traición, lo hacía vestido aún de sacerdote.

Los judíos que languidecían en el gueto de Varsovia también eran conscientes de que el papa contaba con un arma poderosa: la excomunión. Lo sabemos por las vivencias de un hombre excepcional, llamado Jan Karski. Era miembro de la resistencia polaca y en 1942 entró clandestinamente en el gueto de Varsovia para conocer de primera mano lo espeluznante de las condiciones del interior. «Vi cosas terribles —dice Karski—, vi cosas horribles. Vi cadáveres tirados en la calle, mi guía me decía, cada cierto rato: "Tú recuerda". Y desde luego que recordé.» Karski se reunió con dos líderes judíos del gueto, que le contaron que querían dirigir una súplica al papa. «"No sabemos cómo habla uno con vuestro papa, somos judíos —me dijeron—. Pero aun así sabemos que vuestro papa tiene el poder de abrir y cerrar las puertas del Cielo. Que cierren pues las puertas del Cielo a todos los que nos persiguen. No hace falta que [el papa] diga que esto afecta a [todos] los alemanes. Solo los que persiguen y asesinan a los judíos,

[que diga que] pueden ser sometidos a una excomunión automática. Quizá ayude. Quizá incluso Hitler reflexione. ¿Quién sabe? Quizá algunos católicos alemanes reflexionarán y presionarán. En el nombre de nuestras raíces comunes. Venimos de las mismas raíces … ¿Lo haréis?". Les aseguré que lo haría, y en efecto lo hice.»[48] Tras ser testigo de lo atroz de las condiciones del gueto de Varsovia, Karski logró huir de Polonia y atravesar la Europa ocupada. A finales de 1942 había llegado a Gran Bretaña y habló en persona con Anthony Eden. También intentó influir en el Vaticano para que criticara a los nazis con más dureza. Pero a su entender, «nada importante llegó a suceder de resultas de mi misión. No sirvió de nada».

Cuando los nazis ampliaron la búsqueda de los judíos, en el verano de 1942, pusieron la vista en Bélgica. En la tristemente famosa reunión de Eichmann, del 11 de junio, se había establecido para este país una cuota de 10.000 judíos, y el primer tren que los deportó salió del país el 4 de agosto. La reina Isabel de Bélgica había pedido a las autoridades alemanas que excluyeran de la deportación a los judíos belgas, y al menos en un principio se cumplió con su petición; pero acceder a los deseos de la reina Isabel no resultaba de especial dificultad para los nazis, dado que el 90 % de los cerca de 52.000 judíos que había en el país no tenía la ciudadanía belga.[49]

En Bélgica, el proceso de deportación no fue tan directo como en los Países Bajos. Esto obedeció en parte a un conflicto entre la administración militar y las SS, pero también a que muchos de los judíos no belgas —que ya habían huido de los nazis desde otros lugares— no tenían razón para confiar en los alemanes cuando estos anunciaron que el destino de los judíos era hacer trabajos forzosos en el este. Aunque no era fácil hallar un escondrijo en un país extranjero, para muchos de los judíos no belgas este esfuerzo era preferible a entregarse de nuevo a sus persecutores. Por otro lado, en Bélgica los nazis también se enfrentaron a problemas administrativos, porque a diferencia de lo que hallaron en los Países Bajos, aquí el funcionariado civil ni estaba en pleno rendimiento ni se mostró tan cooperativo. Aun así, a mediados de septiembre se alcanzó la cuota de 10.000 judíos y para finales de año los nazis ya habían enviado al este a casi 17.000 personas.

En el otoño de 1942, los alemanes también ordenaron deportar a los judíos de Noruega, y Vidkun Quisling y la policía noruega colaboraron en las cuestiones prácticas de su detención.[50] En diciembre de 1942, Quisling dijo en un discurso que, gracias a la cooperación con los nazis, su gobierno se había «protegido contra los judíos».[51] No solo eso: además, las autoridades

noruegas obtuvieron beneficios económicos con las deportaciones, porque a finales de octubre de 1942, Quisling firmó una ley que permitía al Estado noruego apoderarse de las posesiones y los activos de los judíos.

El 26 de noviembre, el mercante *Donau* partió de Oslo hacia Stettin, en el Báltico, con 532 judíos a bordo. A la postre, después de nuevas deportaciones, se asesinó en Auschwitz a un total de 747 judíos noruegos. Pese a todo, la mayoría de los cerca de 2.000 judíos noruegos lograron huir de los nazis, en su mayoría tras cruzar la frontera y refugiarse en la neutral Suecia.[52]

Los nazis eran conscientes de que debían adaptar sus exigencias no solo a las circunstancias particulares de cada país, sino también a si trataban con aliados o bien con naciones sojuzgadas. Así, podían decidir por sí mismos deportar a los judíos de Noruega, los Países Bajos y Bélgica —aunque necesitarían igualmente la ayuda de las distintas administraciones—, pero era más difícil actuar así de resolutivamente con países como Italia, Rumanía, Bulgaria, Hungría o Croacia, a los que no se trataba como naciones conquistadas sino como socios menores de una alianza.

Uno de los ejemplos más llamativos de la forma en la que los nazis actuaron con cuidado en relación con sus aliados es el caso de Bulgaria. En este país vivían cerca de 50.000 judíos, menos del 1 % de la población. Aunque a principios del siglo XX se habían producido disturbios antisemitas y en el gobierno búlgaro había quien odiaba profundamente a los judíos, en Bulgaria no se daba el antisemitismo virulento que sí existía, por ejemplo, en Eslovaquia. El régimen se unió al Eje en marzo de 1941, solo después de que Hitler hubiera convenido en que podrían recuperar unos territorios perdidos después de la primera guerra mundial, que habían pasado a manos de Rumanía. Los búlgaros aún ganaron más territorio en abril de 1941, cuando participaron, junto con los alemanes, en la invasión de Grecia, y sumaron Tracia y Macedonia a la Gran Bulgaria.

Los búlgaros pusieron de manifiesto su independencia al negarse a participar en la guerra contra la Unión Soviética, una decisión derivada de la prolongada asociación histórica del país con Rusia. En cambio, el gobierno búlgaro se mostró mucho más acomodaticio en el tema de los judíos. En enero de 1941, los búlgaros aprobaron una ley para la protección de la nación que contenía toda una serie de medidas antisemitas; por ejemplo, vetar los matrimonios entre búlgaros judíos y no judíos, y el acceso de los judíos a puestos de trabajo de la administración civil. Pero según veremos,

aún se tardó en deportar a los judíos; los primeros que abandonaron los territorios ocupados por Bulgaria camino de su muerte lo hicieron en marzo de 1943.

Las circunstancias eran muy distintas en Croacia, otra nación balcánica, algo más occidental que Bulgaria. Aquí —sorprendentemente— los propios miembros de las SS se mostraron impresionados por el nivel de brutalidad que exhibió la milicia croata: la Ustaše; y contra los serbios, no contra los judíos. El jefe de la Policía de Seguridad y el SD en Croacia informó a Himmler, en febrero de 1942, que varias unidades de la Ustaše habían perpetrado atrocidades contra «niños, mujeres y ancianos indefensos, con auténtica bestialidad».[53] Los croatas mataban a sus enemigos de un modo muy primitivo, lo que pareció causar una impresión particular en los alemanes. Así, otro informe de servicio de seguridad de las SS describía cómo la Ustaše había empalado a campesinos con «bastones afilados como lanzas».[54] Desde muy pronto, ya en julio de 1942, el embajador alemán en Croacia llamó la atención a las autoridades del país por los numerosos «actos de terror» cometidos contra los serbios, lo que era «motivo de grave inquietud».[55] En los juicios de Núremberg, en 1946, Alfred Jodl, que fuera jefe del Estado Mayor de Operaciones de la Wehrmacht, afirmó haber tenido constancia de las «atrocidades inimaginables» que una compañía concreta de la Ustaše perpetró en junio de 1942. El diario de guerra del Estado Mayor de Operaciones de la Wehrmacht confirmó que los actos de esa unidad de la Ustaše se habían considerado tan espeluznantes que la policía de campaña del ejército alemán intervino para desarmarla.[56]

No hay constancia, pese a todo, de que los nazis pusieran objeciones a los actos atroces que la Ustaše perpetró contra los judíos. Durante 1942, la mayoría de los 40.000 judíos de Croacia quedaron recluidos en campos de concentración situados dentro del país; sobre todo, en uno tristemente famoso: el de Jasenovac. Los alemanes pidieron a los croatas que deportaran a los judíos que habían sobrevivido y el 13 de agosto partió un primer transporte en dirección a Auschwitz.

Pese a la inmensa brutalidad de la Ustaše croata, las SS nunca lograron hacer realidad la Solución Final en Croacia; no según sus deseos, al menos. El problema principal al que se enfrentaron los nazis, como ya hemos visto, fue la relación personal entre diversos líderes croatas y judíos concretos. En palabras del *SS Obersturmbannführer* (teniente coronel) Helm, agregado de la policía alemana en Croacia, recogidas en un informe de abril de 1944:

«Buena parte de los líderes croatas mantienen relaciones de matrimonio con judíos». Como los jefes croatas contaban con la posibilidad de declarar «arios honorarios» a quienes ellos quisieran, en Croacia los nazis nunca pudieron considerar «resuelta» del todo la «cuestión judía». Mientras Croacia siguiera siendo un aliado, los nazis no podían hacer mucho más que, según la sugerencia del *SS Obersturmbannführer* Helm, intentar «convencer» al gobierno croata de que «él mismo elimine a los judíos que aún se hallan en posiciones públicas» y «sea más riguroso en la concesión de los derechos que se atribuyen a los "arios honorarios"».[57]

Los alemanes también estaban descontentos con la forma en que los húngaros trataban a los judíos, pese a que las autoridades ya habían intensificado la persecución antisemita. Ya en agosto de 1941, los húngaros habían expulsado del país a unos 17.000 judíos que no poseían la ciudadanía húngara, y los enviaron al caos del este, donde casi todos perecieron asesinados por los *Einsatzgruppen* y unidades de las SS en Kamenets-Podolsk, en el oeste de Ucrania. Por otro lado, los húngaros también presidieron una brutal ocupación de territorio en Yugoslavia, y en enero de 1942 masacraron a cientos de judíos en Novi Sad, en Serbia. Además, obligaron a muchos judíos húngaros a prestar servicio en batallones disciplinarios de trabajos forzados, en los que su destino dependía del capricho del comandante de su unidad. Según una fuente, a varios judíos de una de estas unidades se los regó a manguerazos con agua fría, en pleno invierno, de forma que parecían «estatuas de hielo».[58] Otro oficial húngaro decidió ejecutar a su unidad en masa; murieron 96 personas, y a treinta de ellas las mató el oficial en persona. Se ha calculado que más de 30.000 judíos húngaros no regresaron nunca del frente oriental.

Aun así, el gobierno húngaro era reacio a deportar a todos los judíos que vivían en el país y los territorios vecinos controlados por Hungría; en total, más de 750.000 personas. El almirante Horthy, regente y jefe del Estado, era un político capaz, que buscaba un equilibrio entre la necesidad de mostrarse amistoso con su aliado alemán y, por otro lado, el descontento que generó la desaparición de los judíos que los húngaros habían entregado a los alemanes en 1941 y habían sido asesinados en Kamenets-Podolsk. En marzo de 1942, Horthy cambió al primer ministro —László Bárdossy, de orientación pronazi y antisemita— por una figura mucho más pragmática: Miklós Kállay. Horthy había decidido disponer sus fichas para una partida larga y estaba a la espera de cómo se desarrollara la guerra. Comprendía que entregar a los nazis a una

gran cantidad de judíos no necesariamente tenía que beneficiar a su país. A fin de cuentas —debió de pensar Kállay— no era inconcebible que los Aliados ganasen la guerra, y en ese caso, ¿su venganza no sería de temer?

La postura de Hungría, aunque a los nazis les decepcionara, tampoco debió de sorprenderles en exceso porque el almirante Horthy nunca escondió el carácter pragmático de su actitud. Fue más inesperada, en cambio, la conducta de Rumanía. El gobierno rumano había demostrado una gran dedicación a la matanza antisemita. Las tropas rumanas, en colaboración con *Einsatzgruppen*, habían asesinado a 160.000 judíos en Ucrania, al desatarse la invasión de la Unión Soviética, en 1941; además, las autoridades rumanas habían expulsado del este de su país a 135.000 judíos, hasta la Transnistria, en cuyos campos perdieron la vida unos 90.000.[59]

Durante el verano de 1942, parecía que los rumanos iban a cooperar con los alemanes y expulsarían a los judíos del centro del país. El 8 de agosto de 1942, el *Bukarester Tagblatt* —un periódico de la capital rumana publicado por la embajada alemana— anunció que estaban en marcha los preparativos para eliminar «definitivamente» a todos los judíos de Rumanía.[60] Poco después, el *Völkischer Beobachter* confirmó la noticia al afirmar que «en el transcurso del próximo año, en Rumanía se habrá completado la purga total de los judíos».[61] Pero entonces empezaron a desarrollarse las conversaciones sobre la deportación.

El mariscal Antonescu recurrió a evasivas. Por un lado, no admitió que ya no estaba dispuesto a deportar a los judíos que quedaban en Rumanía, pero tampoco se comprometió a iniciar las deportaciones en ninguna fecha concreta. Sus titubeos se explican por una suma de razones. Como hemos visto, el mundo ya empezaba a tener información sobre el destino de los judíos; y esto significaba que, desde entonces, a ningún jefe de Estado que entregara judíos a los alemanes le resultaría fácil alegar, una vez que concluyera la guerra, que desconocía los hechos. En el caso de que los alemanes ganaran la guerra, a los rumanos esto no les supondría ningún problema; pero en aquel momento no estaba claro que el resultado fuera a ser ese. En efecto, aunque la Wehrmacht avanzaba con celeridad hacia el río Volga y los montes del Cáucaso, el hecho de que Estados Unidos hubiera entrado en la guerra hizo que muchos aliados de Alemania se preguntaran otros futuros posibles. De hecho, incluso entre los propios líderes alemanes hubo quien planteaba dudas. En septiembre de 1942, por ejemplo, el general Friedrich Fromm, responsable del suministro de armamento para el ejército

alemán, envió a Hitler un informe en el que le solicitaba que se negociara con los Aliados para poner fin a la contienda. Desde el punto de vista de Fromm, Alemania no podía competir, de ningún modo, con la potencia de fuego de la que los Aliados habían pasado a disponer.[62]

Por otro lado, cada vez había más desconfianza entre rumanos y alemanes. El gobierno rumano estaba molesto por lo que, a su entender, había sido una falta de respeto hacia Radu Lecca, el comisario rumano para Asuntos Judíos, en su visita a Berlín, en el verano de 1942. Al mismo tiempo, Gustav Richter, agente de Eichmann en Bucarest, informó de que, al parecer, algunos políticos rumanos estaban aceptando sobornos de los judíos.[63] Además, Antonescu debía lidiar con grupos de presión que, desde su propio país, se preocupaban por el destino de los judíos; en particular le apretaba el arzobispo Andrea Cassulo, nuncio del papa en Bucarest. En el verano de 1942, Antonescu, al igual que el almirante Horthy, optó por tomar una línea política pragmática. No es que de pronto se sintiera abochornado por los 250.000 judíos a los que había condenado a muerte el año anterior, sino que daba una respuesta distinta en unas circunstancias que ya no eran las mismas.

Hitler se condujo de un modo muy diferente. Se mostró más intransigente que nunca y, en un discurso pronunciado el 30 de septiembre de 1942, dio rienda suelta a su fanatismo. Afirmó que los judíos movían «los hilos de ese loco de la Casa Blanca» (es decir, Roosevelt) y añadió, amenazadoramente: «Los judíos se tomaron a chanza las profecías que hice en Alemania. No sé si aún les causa tanta risa o si ya no se sienten tan risueños. Hoy, en todo caso, les puedo asegurar también otra cosa: muy pronto no les quedarán ya ningunas ganas de reír, en ningún sitio».[64] Muchos de sus adeptos exhibieron la misma beligerancia. En octubre de 1942, poco después de que el general Fromm hubiera enviado a Hitler aquel escrito en el que afirmaba que Alemania se dirigía hacia una catástrofe, Robert Ley, el presidente del Frente Alemán del Trabajo (la central sindical nazi) aseveró en una reunión celebrada en Essen: «Hemos quemado todos los puentes que había por detrás de nosotros, pero lo hemos hecho con toda intención. Prácticamente hemos resuelto la cuestión judía, y tan solo eso ya es en sí algo increíble».[65] Aquel mismo mes, Göring declaró en un discurso pronunciado en Berlín: «Ojalá el *Volk* alemán comprenda que esta lucha ha terminado por ser del todo necesaria. La terrible situación en la que vivíamos [antes] era insoportable».[66]

Se estaba produciendo una divergencia entre los que creían que aún quedaba alguna posibilidad de abandonar la guerra antes de la derrota absoluta y los que eran conscientes de que habían «quemado todos los puentes» y, en consecuencia, no cejarían de luchar hasta el final. Estos fanáticos continuarían asesinando a judíos por convicción, sin apenas atender a las consecuencias. Que hubiera reveses en el campo de batalla no bastaría para alejarlos de su rumbo. En realidad, a medida que pasaba el tiempo, muchos de estos mismos ideólogos sintieron que su determinación de matar a los judíos se hacía tanto más firme cuanto más crecían las dificultades militares. Esa guerra contra los judíos, a su modo de ver, esa guerra en concreto sí la podrían ganar.

# 13

# Campos de exterminio nazis en Polonia (1942)

En la guerra nazi contra los judíos, el campo de batalla principal estaba en Polonia; en especial, durante 1942. No solo porque todos los grandes campos de exterminio se levantaron en territorio polaco y porque Polonia fue el destino de la inmensa mayoría de las deportaciones procedentes de Europa, sino también porque el Holocausto costó la vida a más judíos polacos que de ninguna otra nación: cerca de tres millones,[1] lo que equivale aproximadamente a la mitad de los judíos asesinados en el transcurso completo de la Solución Final.

El 19 de julio de 1942, en una visita a Polonia, Himmler dictaminó que el «reasentamiento de toda la población judía del Gobierno General» debería «llevarse a efecto y a cabo antes del 31 de diciembre de 1942».[2] Según Himmler, era necesario «despejar a fondo». Era un eufemismo alusivo a su deseo de ver erradicados, antes del año nuevo, a prácticamente todos aquellos judíos.

En el proceso, un número ingente de judíos polacos fue enviado directamente a campos de exterminio donde la inmensa mayoría fallecía asesinada a las pocas horas de haber llegado. Solo un puñado de ellos evitaron la deportación, de forma temporal, porque o bien se consideró que su trabajo era esencial o bien eran seleccionados para las unidades especiales de los campos de exterminio, en las que los propios judíos se veían obligados a ayudar a las SS en la masacre.

La orden de Himmler es un momento clave en la historia del Holocausto; es, en efecto, un elemento vital de un proceso evolutivo. Al principio de 1942, los nazis no tenían una idea definida de a cuántos judíos querían liquidar a corto plazo. Según la perspectiva que Heydrich expuso en

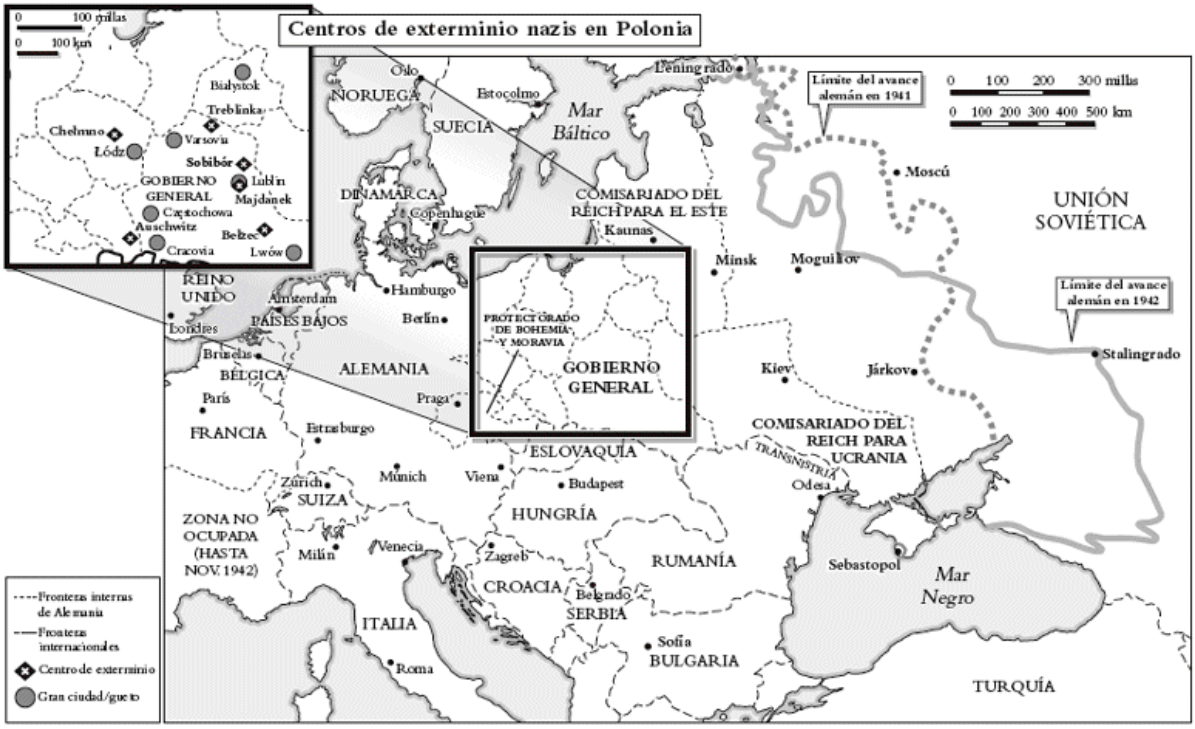
Wannsee, el enfrentamiento con los judíos seguía siendo una guerra de desgaste, que podía resultar muy prolongada, en la que muchos judíos fallecerían extenuados en los equipos de trabajos forzosos. En julio de 1942, en cambio, Himmler afirmó algo distinto: «Vamos a matar a una cantidad ingente de judíos, en este mismo momento». Aunque se tratara de un salto adelante, tampoco se debe olvidar que fue posible porque los nazis ya se habían embarcado antes en un proceso progresivo de asesinato de judíos seleccionados. Sin esa historia pasada y sin la experiencia que se había acumulado a lo largo del camino, Himmler no habría podido mostrarse tan confiado con respecto a la decisión de emprender una masacre a una escala tan descomunal.

Sin lugar a dudas, esta decisión se tomó en las semanas y los meses posteriores a la conferencia de Wannsee; no se estaba haciendo realidad, por lo tanto, una decisión adoptada en Wannsee o incluso antes. Sabemos que es así, en parte, por los cambios materiales que requerirían los dos campos de exterminio especializados que ya existían, con cámaras de gas fijas. Ni Bełżec ni Sobibór, en efecto, estaban capacitados para dar muerte al número de judíos que Himmler imaginaba por entonces. Solo en este punto se produjo una ampliación de los dos factores. En Bełżec se interrumpieron, de forma temporal, todos los transportes de entrada, en el mes de junio, para construir cámaras de gas mayores, que permitirían quitar la vida, de forma simultánea, a algo más de un millar de personas. Durante la segunda semana de julio se retomaron los transportes, justo a tiempo para cumplir con el programa expansivo de Himmler. De un modo parecido, en Sobibór también se interrumpió brevemente el programa de exterminio. En este caso, a finales de julio, en parte para hacer reparaciones en la vía de tren que llevaba a los judíos hasta el campo, pero también para ampliar las cámaras de gas existentes. La capacitad letal de las cámaras ascendió del asesinato simultáneo de 600 personas al doble: 1.200. El hecho más relevante fue otro, sin embargo: que el 23 de julio (esto es, tan solo cuatro días después de que Himmler hiciera su anuncio) se abrió un campo de exterminio totalmente nuevo, en Treblinka, cerca de la principal línea férrea de acceso a Varsovia (la capital estaba hacia el suroeste, a un centenar de kilómetros del campo). Con el tiempo, en Treblinka se quitó la vida a más judíos que en ningún otro campo, con la sola excepción de Auschwitz.

En este momento decisivo se sumaron otros varios factores, posteriores todos ellos a la conferencia de Wannsee. El primero fue un cambio

administrativo que tuvo un efecto considerable. Durante los primeros meses de 1942, Hans Frank, que dirigía el Gobierno General, tuvo que responder por varias acusaciones de corrupción. Cuando el poder de Frank se debilitó, Himmler se hizo con el control de los Asuntos Judíos del Gobierno General, sin subordinarse a nadie más que a Hitler. Este factor revistió una especial importancia porque el Gobierno General albergaba a más judíos que ningún otro sector: cerca de 1,7 millones. Himmler ya contaba con un delegado en el Gobierno General —Odilo Globocnik, jefe supremo de las SS y la policía en la zona—, en Lublin, en quien se podía confiar para que organizara cualquier detalle práctico de la expansión del plan de exterminio.

También estaba el tema de la disponibilidad de alimentos. En abril de 1942 el pueblo alemán había sufrido una reducción de las raciones —una medida que, por descontado, no había resultado popular— y los líderes nazis estaban resueltos a que, antes de que a los alemanes les faltara comida, otros debían morirse de hambre. Göring expresó este punto de vista en una reunión celebrada el 6 de agosto de 1942, en la que impuso nuevas exigencias a los territorios ocupados. «Tanta preocupación constante por los pueblos extraños tiene que cortarse ahora y de una vez por todas —dijo ante un grupo de funcionarios destacados—. Tengo ante mí informes sobre qué rendimiento se espera de ustedes. No es nada, cuando me paro a pensar en sus territorios. Para mí, a este respecto, carece por completo de relevancia que me digan que su gente se morirá de hambre. Que así sea y que a cambio ningún alemán caiga extenuado por el hambre.»[3] Unos pocos días antes de la reunión, Himmler había ordenado restringir el reparto de comida destinado a Varsovia durante el mes de agosto; al mismo tiempo mandó ejecutar a todo campesino que se negara a entregar la producción que los alemanes le exigieran.[4] En todo caso había otro método de reducir la demanda de alimentos en los territorios ocupados: matar en buen número a quienes se los comían; para empezar, a los judíos del Gobierno General.




Otro hecho externo y adicional que probablemente reforzó la resolución asesina de Himmler y Hitler fue el asesinato de Reinhard Heydrich. En una operación planeada por el SOE británico (Ejecutivo de Operaciones Especiales), dos agentes checos atacaron el Mercedes descapotado de Heydrich mientras este recorría Praga durante la mañana del 27 de mayo de 1942. Heydrich murió ocho días más tarde, por las heridas sufridas en el atentado. En el funeral, celebrado el 9 de junio, Himmler afirmó: «Tenemos el sagrado deber de vengarnos de su muerte, de continuar con su trabajo y, ahora más que nunca, aniquilar sin compasión a los enemigos de nuestro pueblo, sin mostrar ni un atisbo de debilidad».[5] Aquella noche, en una reunión de grandes figuras de las SS, Himmler declaró que «en el plazo de un año … ni uno solo [de los judíos] estará emigrando, ni uno más; porque ahora hay que resolver las cosas definitivamente».[6] El programa de exterminio de los judíos del Gobierno General se denominaría Operación Reinhard, en honor de Heydrich.

Durante este período Himmler se entrevistó con Hitler en muchas ocasiones. Se ha expuesto de forma convincente que las conversaciones cruciales al respecto de la ampliación de la masacre tuvieron lugar los días 23 de abril y 3 de mayo. De hecho, Himmler se había visto con Hitler en

julio, un día antes de anunciar que se iba a «despejar a fondo» en el tema de los judíos del Gobierno General; es inconcebible que, en tal ocasión, no trataran de nuevo de las matanzas inminentes.[7] Dos meses después, cuando Hitler se jactó de que a los judíos «muy pronto no les quedarán ya ningunas ganas de reír», es muy probable que estuviera aludiendo de forma indirecta al colosal incremento del programa de exterminio que se estaba llevando a cabo en Polonia desde julio.

Hacia estas mismas fechas, Himmler y Hitler también sopesaban masacrar a millones de no judíos. El 16 de julio —tres días antes de que diera la orden que exigía asesinar a casi todos los judíos del Gobierno General antes de que acabara el año—, en privado, Himmler comentó que acababa de vivir el «día más feliz de su vida» al haber podido hablar con Hitler sobre «el mayor ejemplo de colonización que el mundo habrá visto nunca»[8] y sobre su propio papel en tal empresa. Se trata del tristemente famoso Plan General del Este, que condenaba a la esclavitud y la muerte a diez millones de personas de las comunidades eslavas. De hecho, en los meses posteriores a aquel «día más feliz» de su vida ya hubo indicios de cuán implacable se mostraría en adelante Himmler en su meta de «limpieza» racial. En una acción de «germanización» masiva que no ha sido objeto de la atención pública que merecía, Himmler ordenó expulsar a una gran cantidad de polacos de la región de Zamość y sus alrededores, en el sureste del país. El comandante en jefe de Himmler en Lublin, Odilo Globocnik, supervisó la deportación forzosa de más de 50.000 polacos. Se pretendía despejar la zona, rica en tierras fértiles, para que la colonizaran personas de etnia alemana. Pero una vez más los nazis sobrestimaron su capacidad de acometer esta clase de tareas y su arrogancia racial se les volvió en contra. Muchos polacos huyeron a los bosques, formaron grupos de resistencia y presentaron batalla. Evidentemente, en aquel momento no era práctico emprender aquella tarea al mismo tiempo que estaban enfrascados en la deportación de los judíos; así pues, el proyecto himmleriano de colonizar la región no llegó a hacerse realidad.[9]

En el Gobierno General había más judíos recluidos en el gueto de Varsovia que en ningún otro lugar. En aquel espacio tan reducido de la capital polaca vivían el doble de judíos del total que Eichmann se había expresado deseoso de deportar desde Francia, Bélgica y los Países Bajos. No es de extrañar, por lo tanto, que el verano de 1942 los más de 300.000 judíos del gueto de Varsovia fueran un blanco inmediato de las SS. Adam

Czerniaków, presidente del Consejo Judío del gueto, escribió en su diario el 19 de julio que corrían «rumores» sobre una deportación. Al día siguiente anotó que había hecho cuanto estaba en su mano por calmar a los judíos más angustiados. «Intento animar a las delegaciones que acuden a visitarme —escribió—. Lo que no ven es cuánto me cuesta. Hoy me tomo dos polvos contra el dolor de cabeza, otro analgésico y un sedante, pero aun así la cabeza me revienta. Tengo que esforzarme para que de mi rostro no se borre la sonrisa.» El 21 de julio, un oficial de las SS le dijo a Czerniaków que podía tranquilizar a la población del gueto porque esas historias sobre deportaciones «carecían de todo fundamento». Pero era mentira. El 22 de julio, Czerniaków apuntó: «Nos han dicho que todos los judíos, de la edad y sexo que sean, con unas excepciones concretas, serán deportados al este. A las 4 de esta misma tarde hay que entregar a un contingente de 6.000 personas. Y esta —como mínimo— será la cuota diaria».[10] Czerniaków estaba desesperado, en particular, por lo que él denominaba «el dilema trágico» de los niños de los orfanatos. ¿Tendría que entregarlos también? La respuesta, como era de esperar, fue afirmativa: para las SS, los niños eran un blanco predilecto, pues a su entender eran las más «inútiles» de las «bocas inútiles».

Sin que Adam Czerniaków tuviera noticia, uno de los oficiales de Odilo Globocnik ya había llegado unos días atrás para planear las deportaciones con ayuda de los miembros de las SS que vigilaban el gueto. Por medio de una combinación de incentivos y amenazas, procuraron que el Consejo Judío les ayudara a organizar los transportes. El incentivo era simple: las SS ofrecieron excluir de la deportación a los miembros del Consejo Judío y a sus familias. La amenaza era aún más directa: si el Consejo Judío no colaboraba, matarían a sus seres queridos. El 22 de julio le dijeron a Czerniaków que «si la deportación se encontraba con algún impedimento» su esposa sería «el primer fusilado de entre los rehenes».[11]

Aquello fue demasiado para Adam Czerniaków, que el 23 de julio engulló una cápsula de cianuro y se quitó la vida. El suicidio no afectó en nada ni a las SS ni a las deportaciones: nombraron a otro presidente del Consejo Judío —Marek Lichtenbaum— y continuaron con su empresa. Más de dos mil miembros del servicio de orden policial judío del interior del gueto ayudaron a organizar las deportaciones. Al igual que los miembros del Consejo Judío, de esta forma consiguieron salvar —cuando menos, de forma temporal— tanto su propia vida como la de sus esposas e hijos.

Ninguno de los habitantes del gueto tenía la certeza de qué destino aguardaba a los judíos deportados. Pero ya habían llegado hasta Varsovia algunas noticias sobre qué les estaba pasando a los judíos. Emmanuel Ringelblum estaba especialmente bien informado y conocía incluso el nombre de uno de los campos de exterminio. En una entrada de su diario —de julio de 1942, justo antes de que las deportaciones se pusieran en marcha— escribió que los alemanes estaban «siguiendo este plan: a los "elementos no productivos" (los niños de menos de diez años y los viejos de más de sesenta) los encierran en vagones de ferrocarril sellados que, bajo la custodia de un destacamento alemán, se dirigen a un destino desconocido … en el que desaparece toda huella de los judíos "reasentados". El hecho de que hasta el momento nadie haya logrado escapar del campo de exterminio de Bełżec, de que hasta ahora no haya sobrevivido ni un solo testimonio judío o polaco de la operación de exterminio de Bełżec, es la prueba más clara de que ponen todo el cuidado en que las noticias no se hagan públicas entre su propia gente».[12]

Ringelblum se mostró especialmente crítico con el papel que interpretaron los policías judíos durante las deportaciones, pues «no dijeron ni una sola palabra de protesta contra esta tarea infame de llevar al matadero a sus propios hermanos». A su juicio, y según lo que había podido observar, «en su mayoría, la policía judía mostró una brutalidad incomprensible … Eran implacables y violentos y apaleaban a quien intentaba resistirse».[13]

La acción emprendida contra los judíos del gueto de Varsovia, que empezó el 23 de julio, fue una de los horrores más atroces del Holocausto. «La confusión y el terror son espantosos —escribió Abraham Lewin en su diario, el 1 de agosto—. Las madres pierden a sus hijos. Arrastran al autobús a una anciana muy debilitada. Son tragedias inenarrables. Al rabino del 17 de la calle Dzielna lo han detenido y, al parecer, fusilado. Se llevan a los niños que caminan por la calle.»[14]

Halina Birenbaum, que entonces contaba doce años, recuerda: «Cada día había menos gente, cada día menos gente y cada día más apartamentos vacíos». Los judíos buscaron escondrijos por los rincones de sus pisos, «detrás de los armarios o de las camas», pero pronto «los alemanes y sus auxiliares ucranianos, junto con la policía judía», empezaron a «ir planta por planta, en cada edificio, reventando las puertas con barras de hierro … Yo podía oír cómo sacaban a los judíos, cómo gritaban, y los tiros. Todos los días son así, de la mañana a la noche».[15]

En los primeros diez días de la empresa, se deportó a Treblinka a 65.000 judíos. En un principio las SS excluyeron a los que gozaban de exención, pero al cabo de poco, si no habían logrado llenar un tren, se llevaban al primero que pillaban. Se dijo a los miembros de la policía judía que, si no entregaban a cinco personas cada uno —cinco cada día—, entonces sus seres queridos ocuparían el lugar vacío. Con estos métodos, a finales de septiembre se había expulsado del gueto a la gran mayoría de los judíos.

Casi todos los judíos del gueto de Varsovia fueron enviados al campo de exterminio de Treblinka. Este, el último de los campos de exterminio por su fecha de construcción, fue el más amplio y el más letal de todos ellos.[16] Cerca de 850.000 personas —otros cálculos hablan de más de 900.000— murieron aquí entre el verano de 1942 y el otoño de 1943. En este período, la fase más asesina fue la comprendida entre finales de julio y finales de agosto de 1942: se calcula que se quitó a la vida a 312.500 personas, de las que cerca de un cuarto de millón procedían del gueto de Varsovia.[17] Las SS lograron este récord espeluznante, en parte, porque Treblinka se había construido con un ramal ferroviario que llevaba directamente al interior del campo; esto resultó de gran ayuda para las SS porque así podían acelerar la descarga de judíos y el transporte directo a las cámaras de gas. En cuanto a la distribución interna del campo, era similar a las de Bełżec y Sobibór. Había una zona de recepción y otra de exterminio que incluía las cámaras de gas, conectadas ambas por un camino estrecho, un «tubo»; además había secciones específicas para el alojamiento tanto de los guardias como de los *Sonderkommandos*.

Otra razón por la que la masacre de Treblinka alcanzó un nivel tan brutal en el verano de 1942 no fue técnica, sino personal: la ambición del comandante del centro, el doctor Irmfried Eberl, a la sazón de treinta y un años, que fue el único médico que dirigió un campo de exterminio. El doctor Eberl ya ha aparecido antes en esta historia, cuando era director del centro eutanásico de Brandemburgo. Así pues, antes de ponerse manos a la obra en Treblinka ya era todo un experto en los asesinatos colectivos. Y al igual que había sucedido en Brandemburgo, donde todo apuntaba a que gozaba con su labor, en Treblinka pareció gozar de la ocasión de dar muerte a los judíos. En junio de 1942, mientras preparaba el campo de exterminio para la llegada de los primeros transportes procedentes de Varsovia, escribió a su esposa Ruth para contarle que estaba siendo un período «muy ocupado» y también muy «placentero».[18] En otra carta que le envió a finales de julio, poco después de

que los judíos hubieran empezado a llegar, dijo: «Sé que no he escrito mucho últimamente, pero no lo he podido evitar porque estas últimas "semanas de Varsovia" han sido increíblemente frenéticas». Afirmó que aun si los días tuvieran «cien horas», todavía no sería «suficiente» para que él pudiera completar su trabajo, y le contó que en el esfuerzo por cumplir con su deber había logrado forjarse unos «nervios de acero». Por otro lado, dijo que también había logrado que su personal lo «acompañara» en el camino y que «estoy contento y orgulloso de este logro».[19]

Para que un campo de exterminio rodara con eficiencia, según las SS habían podido aprender con la experiencia previa, la clave eran los subterfugios. Así pues, Treblinka se presentó como un campo de tránsito, en el que a los recién llegados se les hacía correr para que tomaran lo antes posible una «ducha» en el bloque de «desinfección». Para que el engaño funcionara, como es natural, primero había que ocultar a los nuevos la presencia de un gran número de cadáveres de los judíos que ya habían fallecido en el proceso letal. Esto se conseguía de varias formas: procurando enterrar los cuerpos lo antes posible, pero también tejiendo una valla de ramas secas en la alambrada que separaba las distintas zonas del campo, para ocultar de la vista lo que estaba pasando.

En un principio, la matanza pareció desarrollarse con la eficiencia que las SS esperaban: cada día se quitaba la vida a entre 5.000 y 7.000 judíos. Pero hacia mediados de agosto el sistema de la fábrica letal de Treblinka empezó a descomponerse. En parte ello obedeció a que aumentó el número de judíos enviados al campo: cada día llegaban casi el doble de personas, más de 10.000 diarias. Esto suponía que las SS y sus auxiliares no podían limpiar debidamente el campo entre los transportes para seguir preservando la ficción de que se trataba tan solo de un centro de tránsito. Cuando esta labor no se terminaba a tiempo, había consecuencias inmediatas sobre el resto del proceso de asesinato. Las SS ordenaron a los trenes que aguardaran en la estación de Treblinka, sin tomar el desvío de acceso directo al campo, pero esto contribuyó a despejar aún más la cortina de humo, porque muchos judíos hallaban la muerte en los propios vagones de carga de los trenes. Retirar los cadáveres de los vagones era mucho más lento que escoltar a los judíos a las cámaras de gas, lo que añadía más retrasos al funcionamiento general del campo.

También estaba el problema —para los nazis— del hedor. La zona de alrededor del campo apestaba. Eugenia Samuel, una residente próxima, que

por entonces era una niña en edad escolar, recuerda que «el olor de los cuerpos en descomposición era terrible. No se podía abrir las ventanas ni salir, por lo fuerte que era la peste. Era una peste inimaginable».[20]

Oskar Berger fue uno de los judíos que llegó a Treblinka en el momento en que la estructura del campo se estaba derrumbando. Nada más bajar del tren, el 22 de agosto de 1942, vio «cientos de cadáveres tirados por todas partes».[21] Las SS y sus ayudantes ucranianos intentaron controlar a los recién llegados disparándoles desde los terrados de los edificios del campo, lo que intensificó aún más el pánico, con el «aire lleno de gritos y de llantos».

Otro de los recién llegados, Abraham Krzepicki, «se encontró» en el campo con «un panorama increíble: una barbaridad de cadáveres tendidos uno al lado del otro. Calculo que habría unos veinte mil muertos … [que] en su mayoría se habían ahogado en los vagones de carga. Tenían la boca abierta como el que se afana por conseguir respirar un poco». Las SS lo eligieron para el grupo encargado de ayudar a limpiar aquella escena de pesadilla. Aunque la situación en el campo no era terrible, los trenes seguían llegando con una frecuencia implacable: «Aquella noche llegó al campo otro transporte. Corrimos hacia los vagones. Me quedé anonadado. En los coches solo había muertos, se habían muerto asfixiados. Estaban tendidos unos sobre otros, en capas, hasta el techo mismo del vagón. El panorama era tan espantoso que no sabría describirlo».[22]

Todo este espanto se debió a Irmfried Eberl, cuya confianza en sí mismo era tan descomunal como excesiva, e igualmente al incremento en el número de transportes de agosto. «La ambición del doctor Eberl —dijo August Hingst, que era un miembro de las SS de Treblinka— era alcanzar la cifra más elevada posible para situarse por encima de todos los demás campos. Llegaron tantos trenes que se hizo imposible manejar tanto el desembarco como el gaseado de esa gente.»[23] Además se rumoreaba que en Treblinka se había roto la disciplina y que algunos objetos de valor robados a los judíos no se habían entregado al Reich sino que se los habían quedado los guardias en el campo; se contó incluso que el doctor Eberl, una vez que estaba borracho, ordenó a una judía que bailara desnuda para él.[24]

Cuando los informes sobre la desintegración de Treblinka llegaron a los jefes del doctor Eberl, decidieron visitarlo. Hacia finales de agosto, Odilo Globocnik se dirigió al campo en compañía de otros oficiales destacados, entre los que figuraba Christian Wirth, el primer comandante de Bełżec, que

acababa de ser nombrado inspector de los campos de exterminio de la Operación Reinhard. «En Treblinka, todo era un caos —refirió un hombre de las SS, Josef Oberhauser, que trabajaba para Wirth y, cuando la delegación llegó al campo, pudo ver qué pasaba—. Al doctor Eberl lo iban a expulsar de inmediato … Globocnik afirmó, en esta conversación, que de no ser porque el doctor Eberl era un compatriota lo haría detener para que se ocuparan de él los tribunales policiales y de las SS.»[25]

Wirth eligió a Franz Stangl, que en ese momento mandaba en Sobibór, para la posición del doctor Eberl. Como Sobibór estaba cerrado, temporalmente, para reparar la vía de ferrocarril adyacente al campo y ampliar las cámaras de gas, Stangl estaba libre para asumir el encargo sin apenas dilación. Aun así, Wirth decidió quedarse en el campo durante unas pocas semanas, para supervisar el proceso de limpieza al lado de Stangl. Era una empresa colosal, según pudo contemplar a su llegada quien fue una de las figuras más ominosas de cuantos personajes de las SS trabajaron en los campos de exterminio: Kurt Franz. Este *SS Oberscharführer* (sargento mayor de compañía), al que apodaban Muñeca por tener, supuestamente, carita de niño, lo contaba así: «En el campo había cadáveres tirados por todas partes … Los judíos los arrastraron por el campo hasta el sector más alto. Los judíos que estaban con la labor no se podían parar, porque los guardias [ucranianos], y también los alemanes, se lo impedían … Había una confusión tremenda y un hedor espantoso … Durante mi paseo comprobé que algunas de las escuadras de vigilancia estaban con chicas y habían dejado los fusiles».[26] En Bełżec, Kurt Franz se había especializado en tratar con los auxiliares: los guardias que habían sido seleccionados entre los prisioneros de guerra soviéticos para trabajar en los campos de exterminio, y a los que se denominaba habitualmente, según hemos visto, como «los ucranianos». Así pues, intentó instaurar el orden entre sus filas.

Entre el 28 de agosto y el 3 de septiembre hubo que suspender los transportes para despejar el campo de sus miles de cadáveres. Los cuerpos se incineraron en fosas y el humo era tan espeso que resultaba visible en un perímetro de varios kilómetros de radio. En todo este proceso, Christian Wirth fue la fuerza dominante. «Wirth se sentaba a hablar con el personal alemán, sobre todo a las 11 de la noche —contaba el *SS Scharführer* (sargento mayor) Franz Suchomel—. Las conversaciones se realizaban en presencia de Stangl … [Wirth] daba órdenes detalladas.»[27]

Al igual que había sucedido en Sobibór, sin embargo, hubo tensiones entre Stangl y Wirth. Según Suchomel, después de analizar el proceso del exterminio según se realizaba en Treblinka, Stangl recomendó situar cubos en el tubo (el camino que guiaba desde la zona de recepción del campo hasta las cámaras de gas) porque «todas las mujeres se cagaban, en fin, mientras corrían, o se plantaban ahí a esperar». Stangl alegó que él ya había puesto cubos en el tubo antes, y que les había ido bien. Wirth replicó: «Me importa un bledo qué hacíais con la mierda en Sobibór. Que se caguen encima. Se puede limpiar después».[28]

Christian Wirth, como antes el doctor Eberl, parecía gozar mucho con su trabajo. Su ayudante Josef Oberhauser comentó que «sus rasgos más destacados eran el ser infatigable, obediente incondicional, devoto del Führer, absolutamente insensible e implacable. Eran los rasgos que ya lo caracterizaban en la [acción de la] eutanasia, donde lo conocí; pero cuando de verdad se encontró en su elemento fue cuando se dedicó al exterminio de los judíos».[29] Toda vez que Wirth se encontraba «en su elemento», el proceso de exterminio de Treblinka se reanudó y, desde el 3 de septiembre, volvieron a enviarse transportes desde el gueto de Varsovia.

Kalman Taigman fue uno de los judíos del gueto de Varsovia que viajó apiñado en un coche de carga, aquel mes de septiembre, de camino a Treblinka. Aunque algunos judíos del tren creían que los estaban enviando a la muerte, Kalman todavía pensaba que quizá los nazis les habían dicho la verdad sobre su suerte. «Nos dijeron, cuando estábamos todavía en el gueto —cuenta—, que íbamos al este, a trabajar en toda clase de fábricas. Así que yo pensaba: "Soy un hombre joven y sano, es probable que sí que me lleven a trabajar.»[30] Pero nada más llegar a Treblinka, la fantasía se hizo trizas. «Aquello era increíble —dice Kalman—. Abrían los vagones de carga y empezaban a chillar: "¡Fuera!", en alemán, claro, a grito pelado, y muchos de los que aún se tenían en pie y aún respiraban salieron, pero algunos no salieron porque ya se habían muerto dentro mismo de los vagones.» Entre los judíos que gozaban de buena salud, las SS hicieron una selección que incluyó a Kalman Taigman. Con los primeros trenes que arribaron a Treblinka en septiembre, el número de judíos a los que no se mataba, sino que se obligaba a trabajar fue relativamente alto, con el fin de asegurar que el campo se mantenía en buenas condiciones y el caos del régimen de Eberl no se repetía. Entre los elegidos del tren de Kalman, un grupo empezó a

sacar los cadáveres de los vagones de carga, y otro, a ordenar las pertenencias de los judíos que habían acabado en las cámaras de gas.

Más adelante, Kalman formó parte de un comando que limpiaba los barracones en los que se afeitaba la cabeza de las mujeres antes de que entraran en las cámaras de gas. «Cuando nos llevábamos la ropa de los barracones —recuerda—, hubo casos en los que encontrábamos bebés por debajo de aquellos montones. Supongo que las madres los dejaban allí con la esperanza de que alguien los pudiera rescatar.» Si él o sus camaradas hallaban a uno de esos bebés, lo primero en lo que pensaban era en llevarlo al *Lazarett* (en alemán, «hospital militar»), una zona aislada del campo en la que se tenía a los enfermos. Pero al llegar allí descubrían que, como en Sobibór, el *Lazarett* no era ningún hospital, sino una zona de ejecución en la que se fusilaba a los enfermos y se los arrojaba a una fosa. «Estaba rodeado por una valla blanca —cuenta Kalman— y ahí en la valla había un signo de la Cruz Roja, con lo que los que iban allí no tenían ni idea de adónde estaban yendo en realidad … Son cosas que no es nada fácil describir.» También recuerda que a los bebés que encontraban en los barracones o bien se los fusilaba y lanzaba a la fosa, o bien —si ya se había empezado a incinerar los cadáveres— se los arrojaba directamente al fuego. «¿Que cómo me sentía? —abunda Kalman—. No sentía nada … Me convertí en un autómata sin pensamientos. Solo me preocupaba que no me apalearan, y a veces, tener la tripa llena, eso es todo. No pensaba y no sentía. Vi el infierno, si es que tal cosa existe.»[31]

La nueva dirección de Treblinka se aseguró de que el campo se mantenía lo más despejado posible. «El camino que iba a las cámaras de gas tenía que estar limpio y arreglado —dice Kalman—. Cada vez [que se usaba] teníamos que llevar arena amarilla nueva y repartirla.» Durante su estancia en el campo, a su juicio, «la maquinaria de la muerte funcionó allí con toda eficacia».

Al terminar la tercera semana de septiembre, la mayor parte de los judíos de Varsovia había fallecido en las cámaras de gas de Treblinka. Las autoridades alemanas decidieron interrumpir temporalmente las deportaciones desde la capital polaca, tras una última selección masiva que permitió que unos 35.000 judíos continuaran por el momento en el gueto; era tan solo un 10 % de la población previa a las deportaciones. Además hay que contar a los habitantes que habían logrado mantenerse ocultos, a menudo en

sótanos y áticos, o detrás de las paredes: en total, una cifra adicional de algo más de 25.000 judíos.

La pausa en las deportaciones de Varsovia permitió que los nazis enviaran a morir a Treblinka a judíos de otros guetos de Polonia. El gueto que más diezmado quedó durante esta nueva fase fue el de Częstochowa, al oeste de Lublin, donde unos 35.000 judíos se vieron obligados a subir a trenes con destino a Treblinka. También se los envió a este campo de exterminio desde otros muchos guetos, grandes o pequeños. Samuel Willenberg, por ejemplo, que entonces contaba diecinueve años, fue detenido en Opatów, en el sureste de Polonia, y transportado a Treblinka durante esta nueva fase. En aquel momento —otoño de 1942— los rumores sobre la suerte de los judíos ya eran habituales, y cuando su tren pasó por una estación oyó gritar a unos niños polacos: «¡Judíos! ¡Van a hacer jabón con vosotros!».[32] Aun así, como a tantos otros judíos conducidos a la fuerza a los campos de exterminio durante el Holocausto, a los que iban apiñados en el vagón de carga de Samuel Willenberg les resultaba difícil aceptar que los nazis pensaran matarlos a todos. Muchos aún confiaban en que esa clase de lugares no podían existir en la realidad. «Era difícil creérselo —dice Samuel—. Yo estaba allí [en Treblinka] y al principio aún no me lo podía creer.»

De los que iban en el mismo tren que Samuel Willenberg, prácticamente todos habían muerto a las pocas horas de llegar al campo. Él sobrevivió tan solo por obra de un encuentro casual. Uno de los judíos de un *Sonderkommando*, que ya trabajaba en el campo, le preguntó de dónde venía. Samuel, al que aquel hombre le resultaba familiar, respondió que era de Opatów, pero que también había pasado cierto tiempo en Varsovia y en su ciudad natal, Częstochowa. «¡Częstochowa!», repitió el prisionero, que a todas luces venía de allí. El recluso le preguntó a Samuel cómo se llamaba y luego añadió, de forma críptica: «Tu di que eres albañil».

Gracias a esta breve conversación, Samuel Willenberg escapó de las cámaras de gas. Las SS reunieron a los judíos que acababan de ingresar al campo y preguntó si había albañiles entre ellos. Samuel se presentó voluntario de inmediato. Pensó —y a la postre, se comprobó que con acierto — que ya correría a aprender lo necesario para engañar a las SS. Así pues, lo seleccionaron para el *Sonderkommando*.

Samuel observó de primera mano con qué eficacia trataban las SS a los recién llegados. Vio que cuando a las mujeres se les afeitaba la cabeza

«recobraban la esperanza porque si les iban a cortar el pelo, eso significaba que después seguirían con vida … porque en un campo la higiene es necesaria». Hacer que los judíos se quitaran la ropa también beneficiaba a las SS. «Si un hombre se quita los zapatos y luego le ordenan: "¡Desnúdate!" y se desnuda, ese hombre deja de ser un ser humano —dice Samuel—, deja de ser el dueño de sí mismo. Se tapa determinadas partes de su cuerpo, se siente avergonzado. De pronto tiene mil problemas de los que no era consciente en su vida normal, problemas que no tenía cuando nunca lo obligaban a caminar desnudo (salvo quizá de niño) entre otra gente, entre amigos. ¡De pronto todo el mundo está desnudo! Y los alemanes, claro, se aprovechaban de eso. Y además, los azotes, el "¡Rápido! *Schnell!*". Llegados a ese punto uno solo quería correr y alejarse de allí a toda prisa, correr a cualquier sitio, donde fuera.»

En Treblinka, Samuel pasó buena parte de su tiempo ordenando pertenencias de los judíos asesinados. «Aquello parecía un bazar persa: maletas abiertas, sábanas extendidas y, en cada sábana, cosas distintas. Los pantalones a un lado y las camisas a otro, allá la ropa de lana, todo había que clasificarlo. El oro iba aparte, en bolsas … Cada uno tenía a su lado una sábana especial en la que poner las fotos, los documentos, los diplomas». Samuel y el resto del equipo tuvieron como supervisor, a menudo, a Kurt Franz, a quien recuerda como «el peor de todos [los hombres de las SS] … Era un hombre apuesto, que posaba como Napoleón y exigía una admiración constante. Aquella fue la mejor época de su vida. ¡Se lo pasaba de maravilla! Era un bandido, un auténtico bandido».[33]

Franz se divertía lanzando su perro Barry, un san Bernardo descomunal, contra los reclusos. También gozaba causando dolor con sus propias manos. «Era un experto con el látigo, veinticinco o cincuenta azotes», escribió Oskar Strawczynski, otro miembro de un *Sonderkommando*. «Lo hacía disfrutando, sin prisa. A la hora de alzar el látigo y asestar el golpe, tenía su propia técnica.»[34]

Franz era un acérrimo del nazismo y antes de la guerra había trabajado ya en un campo de concentración, el de Buchenwald. Como varios otros guardias de los campos de exterminio, también había pasado un tiempo en el programa eutanásico T4. Así pues, hacía muchos años que trabajaba en un ambiente, y para una organización, que predicaban un odio absoluto contra los judíos y consideraba legítimo matar a aquellos que, según el Estado, «no eran dignos de vivir». Dada su historia, apenas cabe duda de que debía

pensar que las personas a las que dominaba, torturaba y mataba no eran seres «humanos». Pero esto no bastaría para explicar el sadismo de sus acciones, pues otros hombres de las SS que se hallaron en la misma situación no parecían gozar tanto causando dolor, como le ocurría a Franz. Esto nos recuerda que el personal de las SS que decidía seguir trabajando en un campo de exterminio seguía pudiendo elegir de qué modo se comportaría: como un asesino sádico o como uno meramente insensible. A juicio de Taigman, que pudo observar de cerca a las SS y sus ayudantes ucranianos en Treblinka, «todas las personas tienen los instintos de un animal, pero como vivimos una vida normal, estos quedan ocultos, no emergen a la superficie. Pero hay veces en que una persona se convierte en algo distinto y lo que sale de él es lo que había estado oculto [todo el tiempo]».

Solo un ínfimo porcentaje de los que fueron enviados a los campos de exterminio de Sobibór, Bełżec y Treblinka sobrevivieron a la guerra: en total, quizá, no más de 150 personas. Y todos ellos debieron la supervivencia, en gran medida, a la buena suerte. Samuel Willenberg, por ejemplo, dice: «Todo podría haber tenido otro fin, de mil formas distintas. Lo que yo dijera o hiciera no importaba nada; podía haber acabado igual en la incineradora, reducido a cenizas. Todo era solo cuestión de suerte … y quizá un poco de impetuosidad».[35] La fortuna intervino en su salvación, pero hubo más. Tanto Samuel Willenberg como Kalman Taigman poseían también características particulares que les ayudaron a soportar la experiencia de Treblinka. Al llegar al campo, los dos eran jóvenes —no habían cumplido ni los veinte—, y los dos eran de carácter fuerte y resuelto. Por otro lado, eran hombres; era mucho menos habitual que se eligiera a mujeres para los comandos especiales. Taigman lo afrontó en parte, como hemos visto, convirtiéndose «en un autómata». En cuanto a Willenberg, tenía una capacidad extraordinaria para ver el lado positivo de las cosas —incluso en un campo de exterminio—. Una vez acabada la guerra, comentó que «otros sufrían más. Mi caso no era como el de los forzados a trabajar en las cámaras de gas. Trabajaban en condiciones terribles. Tenían que sacar los cadáveres a rastras y a toda prisa».[36] Así las cosas, por sorprendente que pueda parecer, se consolaba con el hecho de que otros trabajadores judíos de Treblinka sufrían aún más que él. Tanto él como Taigman lograron huir del campo durante la revuelta de agosto de 1943.

Además de Treblinka, Sobibór y Bełżec, durante 1942 hubo un cuarto campo de la muerte controlado por Odilo Globocnik. Este lugar, llamado

Majdanek, estaba a tan solo 5 kilómetros del despacho de Globocnik en Lublin. Majdanek fue un centro inusual dentro del sistema: no fue un campo ni de prisioneros ni de concentración, ni un campo de exterminio especializado en la muerte, ni una combinación colosal de campo de concentración y de exterminio como Auschwitz, sino una mezcla, a escala menor, de todos ellos. Ni siquiera los nazis parecían tener claro cómo calificarlo. Hasta los primeros meses de 1943, el lugar se denominó oficialmente «campo de prisioneros de guerra de las Waffen SS en Lublin», pero otros documentos alemanes de la misma época lo mencionaban como un «campo de concentración».[37]

La evolución de Majdanek corrió en paralelo, en muchos aspectos, a la evolución de la Solución Final de los nazis. Como Auschwitz Birkenau, nació como un campo para internar a los prisioneros de guerra soviéticos. Empezó a construirse en el otoño de 1941 y hacia finales de año se habían completado barracones para unos veinte mil presos. La muerte fue una presencia constante desde el principio. Los prisioneros, exhaustos por el hambre, pasaron el gélido invierno polaco de 1941-1942 durmiendo en el suelo en barracones sin ninguna forma de calefacción. Las infecciones eran habituales, incluida la fiebre tifoidea. Pero cuando llegaron nuevos reclusos al campo, en la primavera de 1942, la función de Majdanek había cambiado. El centro para prisioneros de guerra había pasado a ser una especie de núcleo de distribución de la Solución Final. Varios miles de judíos eslovacos fueron enviados al campo entre finales de marzo y mediados de junio de 1942. De vez en cuando, los trenes que trasladaban a judíos a Sobibór paraban en las inmediaciones y se elegía a una parte que acababa en Majdanek haciendo trabajos forzosos.

En Majdanek, las cámaras de gas se levantaron detrás de las duchas. Ningún otro campo tenía las cámaras de gas tan cerca de las verdaderas duchas que usaban los judíos que habían pasado la selección inicial. La posición de las cámaras, sin embargo, como ocurría en el gaseado del crematorio del campo principal de Auschwitz, hizo que a las SS les resultara difícil mantener en secreto la masacre; al igual que en Auschwitz, las SS hacían funcionar motores cerca de las cámaras con el fin de ahogar los gritos de los atrapados en su interior.[38]

Aunque corrían rumores sobre la verdadera función de Treblinka y algún otro de los campos de exterminio, en el caso de Majdanek, el campo siguió siendo relativamente desconocido. Cuando, por ejemplo, se envió a Halina

Birenbaum y a su madre desde el gueto de Varsovia a Majdanek, Halina recuerda que entre los judíos, cuando supieron que no iban a Treblinka, hubo «besos y abrazos». «Si no es Treblinka —cuenta— y de Majdanek no teníamos noticias, eso es signo de que vamos a un campo de trabajo, y no piensan matarnos. Así que ¡a celebrar a lo grande!»[39] La primera impresión que recibió al llegar a Majdanek la tranquilizó aún más. «Hay un campo, y hay barracones, y vamos a trabajar. Ahora nos harán ducharnos y nos darán otra ropa y nos llevarán a esos barracones y si uno puede y quiere trabajar, entonces no te va a pasar nada. Los barracones están ahí, míralos, y probablemente hay camas y comida y agua y todo irá bien.»

Las SS dirigieron a Halina, junto con un grupo de otros judíos, a uno de los bloques de duchas del campo. Al entrar allí empezó a angustiarse: «Mi mamá no viene y tengo el estómago muy revuelto. ¿Qué pasa? ¿No va a venir? ¿Ya nunca volverá a estar aquí, mi madre?». Halina miró alrededor de sí con aire desesperado, pero no la encontró. De pronto comprendió que a su madre se la debían haber llevado y que Majdanek, al igual que Treblinka, era un centro de asesinato. «Me quedo sin palabras. No lloré. Aquello iba más allá de las lágrimas. Todo se ha terminado. No queda nada. Ni el cielo queda en pie. Ni la tierra. Era como si hubieran cogido y me hubieran roto piernas y manos. Así que empecé a dar vueltas por la ducha. "Mamá ha muerto. Mamá ha muerto. Mamá ha muerto".»[40]

Halina superó la selección previa y, al poco tiempo, se consolaba pensando que al menos su madre se había ahorrado la experiencia de vivir en el campo. Cuando vio cómo apaleaban a los presos no pudo soportar la idea de que a su madre «distinguida, modesta y limpia» le hubieran podido hacer un daño tan terrible. «¿Qué podía ser peor que Majdanek?», dice Halina.[41]

Stefania Perzanowska, una médica polaca recluida en Majdanek, confirmó la brutalidad del régimen del campo. «Por encima de todo estaban las palizas —dijo—. Palizas por todo y por nada. Recibías en la cabeza, con un látigo, cuando pasaban lista; en la cara, puñetazos; sobre un taburete especial, con un pedazo de goma o una vara … Siempre nos pegaban.» Recuerda que un guardia de las SS «era capaz de entrar en el hospital incluso a las dos de la madrugada, porque estaba borracho y tenía que pagarlo con alguien, estuviera donde estuviera en la jerarquía del campo». Pero había una guardia, una mujer llamada Else Ehrich, que «probablemente batió todos los registros. Apaleaba a las mujeres con pasión, con una crueldad gélida en los

ojos. Ninguna otra mujer de las SS podía igualar su fuerza ni su capacidad de hacer daño. Siempre nos pegaba hasta hacernos sangrar».[42]

Otra superviviente de Majdanek confirma cuán violenta podía ser Else Ehrich con los reclusos. «Nos parecía que nos pegaba con pura intencionalidad, fuerte y duro —dijo Hanna Narkiewicz-Jodko— y usaba un lenguaje de lo más denigrante y humillante. Solía pegarnos patadas y azotarnos con la vara de montar, lo vi una y otra vez.»[43]

Este testimonio nos recuerda que no solo los hombres abusaban de los presos en los campos: en los malos tratos también participaban mujeres. Hubo varias *Aufseherinnen* (supervisoras) que trabajaron como guardias en campos como Majdanek y Auschwitz; su aparición coincidió con la llegada de mujeres como presas. Himmler nunca dio a las *Aufseherinnen* la condición de miembros de pleno de las SS, pero sin embargo gozaban del poder de mantener con vida o privar de ella a las internas. Aun así, las mujeres nunca pasaron de ser un porcentaje menor del personal de estos campos en particular; durante el tiempo de funcionamiento de Majdanek, por ejemplo, solo hubo veintiocho; durante el conjunto de la guerra, en todo el sistema nazi, los guardias de los campos de concentración fueron hombres en más de un 90 % de los casos.[44]

Aunque el régimen de Majdanek era particularmente brutal, Majdanek siempre fue un campo pequeño, comparado con Auschwitz. En su momento de mayor capacidad, en la primavera de 1943, no había más de 25.000 presos. Como caso único entre los campos que contaban con cámaras de gas, los asesinos podían quitar la vida o bien con monóxido de carbono en botellas —como en las cámaras de exterminio del plan de eutanasia de los adultos— o Zyklon B —como en Auschwitz—. Nunca se ha podido establecer con certeza por qué Majdanek en concreto fue el único campo que dispuso de los dos métodos.

En la posguerra, durante muchas décadas, solo fue posible calcular de forma aproximada cuántas personas habían muerto en los campos de Majdanek, Treblinka, Bełżec y Sobibór. Pero en 2000 se halló un telegrama alemán descodificado, entre los archivos custodiados en la Public Record Office de Londres, que reflejaba los cálculos de los propios alemanes. Este telegrama, con fecha de 11 de enero de 1943, fue escrito por el *SS Sturmbannführer* (comandante) Hermann Höfle, uno de los organizadores de la Operación Reinhard, que anotó detalladamente el número de personas que habían muerto en cada uno de los campos hasta finales de 1942: 24.733 en

Majdanek, 101.370 en Sobibór, 434.508 en Bełżec y 713.555[45] en Treblinka; en total, 1.274.166 seres humanos asesinados.[46]

Los nazis lograron cometer un asesinato en masa, a esta escala tan increíble, con un número muy reducido de tropas de las SS como supervisoras del proceso. Treblinka, el campo en el que hallaron la muerte más de la mitad de este total tan inmenso, tan solo necesitó de la presencia de unas dos docenas de hombres de las SS que vigilaban la operación de exterminio en su conjunto. Es un contraste poderoso con los miles y miles de hombres de las SS, los *Einsatzgruppen* y otras fuerzas de seguridad que se requirieron para fusilar en masa en la Unión Soviética. Es significativo que el campo de Majdanek —el que, según la lista de Höfle, costó la vida a menos personas— necesitó un destacamento de las SS mayor que los demás, precisamente porque se mantenía con vida a más presos y por más tiempo.

Así pues, el telegrama de Höfle nos permite comprender un dato importante: cuando se empleaban medios mecanizados y se mataba a los recién llegados a las pocas horas de bajar de los trenes, un puñado de hombres de las SS se bastaba para matar a un número muy alto de otros seres humanos en un área concreta y reducida.

Al empezar 1942, los nazis no sabían si era posible matar a tantas personas con tanta rapidez. Al acabar el año ya habían descubierto la respuesta: sí.

# 14

# Matar y buscar ayuda para matar (1942-1943)

Todos estos asesinatos tuvieron como telón de fondo la guerra más sangrienta de la historia. El curso de la contienda, a su vez, influiría en hasta qué punto los aliados de los nazis querían cooperar con el Holocausto. Pero no siempre fue fácil, durante 1942, hacerse una idea acertada y precisa de cuál iba a ser (al menos, probablemente) el resultado de la guerra.

Aunque no cabía duda de que el Ejército Rojo había logrado impedir que los alemanes tomaran Moscú en diciembre de 1941, detrás de esa victoria soviética había llegado una derrota. En mayo de 1942, los soviéticos atacaron a los alemanes en la zona de Járkov, en Ucrania, donde el Ejército Rojo tenía la ventaja clara de que sus efectivos duplicaban en número a los alemanes. Ahora bien, en una acción que puso de relieve que la superioridad numérica no asegura el éxito si la táctica empleada es deficiente, los soldados soviéticos no tardaron en hallarse en problemas. Los alemanes se retiraron y dejaron que el Ejército Rojo avanzara para acometerlo luego desde los flancos y cercar a una gran cantidad de ellos. Los soldados soviéticos fueron presa del pánico; muchos intentaron huir, pero habían caído en una trampa. Aquella derrota supuso que más de un cuarto de millón de soldados del Ejército Rojo murieran, resultaran heridos o cayeran presos.

Boris Vitman, oficial del VI Ejército soviético, estuvo entre los prisioneros. Recuerda que, una vez capturado, los alemanes demostraron de inmediato que libraban una guerra brutal y de carácter ideológico: entre los prisioneros soviéticos, primero buscaron a todos los judíos y los comisarios del Ejército Rojo, y los dividieron en dos grupos. A los comisarios se los llevaron a otro lugar, y Boris Vitman no volvió a verlos. A la decena de

judíos, aproximadamente, que habían identificado, pudo ver con sus propios ojos qué les pasó: «Les dieron palas, a los judíos, y les dijeron que empezaran a cavar una zanja. Empezó a llover. Pasado un rato ya solo les veía la punta de la cabeza. Un hombre de las SS les pegaba para hacerles cavar más rápido. Cuando la zanja fue lo bastante profunda, el tipo cogió una ametralladora rusa y disparó varias ráfagas contra el interior de la trinchera. Los oíamos gemir. Entonces aparecieron varios hombres más de las SS, para rematarlos. Se los cargaron solo porque eran judíos. A mí me dejó muy impresionado y entonces vi qué era el nazismo. Nos decían [los alemanes] que ahora los judíos y los comisarios ya no volverán a controlarnos, que los alemanes han venido para liberarnos y que pronto volveremos a casa. Pero yo solo sabía que tenía que luchar contra los alemanes hasta el final de mis fuerzas».[1]

Tras humillar al Ejército Rojo en Járkov, Hitler lazó su propia ofensiva, conocida con el nombre en clave de Operación Azul. La idea era que la Wehrmacht avanzara hacia el río Volga, en el sureste de la Unión Soviética, y luego bajara hasta las montañas del Cáucaso y continuara hasta los yacimientos petrolíferos de más allá. Era un plan sumamente ambicioso. En un principio, pareció salir bien. Pero los alemanes se enfrentaban a un problema: cuanto más adelantaban por el este, más estiraban y forzaban sus líneas de abastecimiento, una dificultad exacerbada por el hecho de que Hitler decidió dividir las fuerzas y enviar un grupo hacia el sur, hacia el Cáucaso, y otro al este, hacia el Volga. Según el general Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército alemán, Hitler corría el riesgo de que el exceso de confianza le nublara el juicio. «Esta tendencia crónica a subestimar la capacidad del enemigo está empezando a adquirir proporciones grotescas y se convierte en un auténtico peligro —escribió Halder en su diario, el 23 de julio de 1942—. La situación es cada vez más intolerable.»[2] Las palabras de Halder fueron proféticas. Pocos meses después, el ejército alemán se hallaba enredado en una batalla insoluble, que decantaría la guerra, en las calles de una ciudad de la orilla occidental del Volga: Stalingrado.

Los alemanes no tenían ni los recursos ni la experiencia necesarios para eliminar a los soldados del Ejército Rojo entre las ruinas. «Los rusos tenían ventaja, en la guerra de trincheras y el combate mano a mano; de eso no cabe duda —dice Joachim Stempel, un oficial alemán que luchó en Stalingrado—. Como unidad de blindados que éramos, estábamos acostumbrados a conducir los tanques e intentar aniquilar al enemigo con

los tanques para luego parar a despejar la zona y, por fin, seguir adelante. Pero todo aquello había quedado olvidado en el pasado, mucho antes.»[3] Así pues, le tocaba al Ejército Rojo demostrar que también podía organizar operaciones de cerco a gran escala. El 19 de noviembre de 1942, los soviéticos lanzaron la Operación Urano, que aspiraba a atrapar al VI Ejército alemán en Stalingrado. El plan funcionó y el VI Ejército acabó rindiéndose el 2 de febrero de 1943.

Hitler le había dicho al pueblo alemán, en un discurso pronunciado el 30 de noviembre de 1942: «Estad tranquilos, nadie nos va a sacar de aquí [Stalingrado]».[4] La promesa quedó en nada, pues. Para agravar más las cosas, en lo que atañía a los alemanes, la derrota de Stalingrado fue parte de un modelo más general del que parecía derivarse que, a principios de 1943, el régimen de Hitler estaba perdiendo la guerra. En el otoño de 1942, las fuerzas del mariscal de campo Erwin Rommel habían sufrido una derrota en El Alamein; no tanto por la pericia del comandante británico, Bernard Montgomery, como porque los soldados de Rommel, superados en número por los Aliados, no tuvieron combustible suficiente para maniobrar los carros blindados con eficacia. En el mar, la flota alemana sufría por la suma de la escasez de combustible y una inadecuada cobertura aérea. Por último, el 8 de noviembre de 1942 los Aliados habían desembarcado en el norte de África y habían empezado la larga batalla que, con el tiempo, les llevaría, en el verano y otoño de 1943, a poner pie primero en Sicilia y luego en la Italia continental.

En enero de 1943, los Aliados habían proclamado en público, en la conferencia de Casablanca, que solo aceptarían la «rendición incondicional» de Alemania y que pretendían «imponer su justo y merecido castigo» a los «líderes bárbaros y homicidas» de los países con los que se enfrentaban.[5] Pero entre bambalinas, la cuestión no estaba tan clara. Considérese el caso del almirante François Darlan, el antiguo primer ministro de la Francia de Vichy, que había colaborado con los nazis. Fue apresado durante la invasión aliada del norte de África, pero ni fue encarcelado ni se lo juzgó por delito alguno. Antes bien, en un caso extremo de política pragmática, los Aliados lo confirmaron como jefe del gobierno civil del África Septentrional francesa. Los Aliados necesitaban asegurarse la cooperación, lo antes posible, de las antiguas fuerzas de Vichy en Francia, y esta era una forma de hacerlo. El almirante Darlas siguió siendo

muy impopular entre británicos y estadounidenses, y falleció a manos de un asesino contrario a Vichy, en la Nochebuena de 1942.

Poco después de la muerte de Darlan, el presidente Roosevelt puso de relieve que su perspectiva no era menos pragmática, en unas conversaciones con el general Charles Noguès, ex comandante de Vichy en Marruecos, al respecto de los judíos. Hacia la misma época de la conferencia de Casablanca, el general Noguès comentó que sería «una pena» si, acabada la guerra, los judíos se hacían con el dominio de la economía del norte de África. Roosevelt intentó disipar la angustia alegando que si se impedía acceder a los judíos a una serie de profesiones, esto ayudaría a «eliminar las quejas concretas y comprensibles que los alemanes formulan contra los judíos en Alemania, a saber, que aunque tan solo representaban una parte menor de la población, sin embargo más del 50 % de los abogados, médicos, maestros de escuela, profesores aniversarios, etc., de Alemania eran judíos».[6] Aun dejando aparte la inexactitud de los hechos que Roosevelt afirma —la representación de los judíos en estas profesiones, en Alemania, ciertamente no había sido nunca del 50 %—, sus palabras pusieron de manifiesto que incluso el líder de la mayor democracia de Occidente estaba dispuesto a hacerse eco de las calumnias antisemitas.

Esta clase de conversaciones confidenciales no se hizo pública durante la guerra. Así pues, de Casablanca emergió solo un mensaje de firme determinación de castigar a los «líderes bárbaros y homicidas» de los países opuestos a los Aliados. Para la cúpula nazi, por descontado, tales amenazas carecían de sentido, pues ellos ya sabían que no había vuelta atrás. En marzo de 1943, Goebbels anotó en su diario una charla con Hermann Göring que revela cómo pensaban ambos: «Göring es del todo consciente de a qué nos enfrentaríamos si flaqueáramos en esta guerra. No se hace ilusiones al respecto. En especial en lo que respecta a la cuestión judía, hemos entrado tanto en ella que nos hemos quedado sin salida. Y eso está bien. La experiencia demuestra que un movimiento y un pueblo que han quemado todos los puentes combate con una firmeza aún más resuelta que los que aún tienen ocasión de replegarse».[7]

Para los que colaboraban con los alemanes, la situación no parecía tan clara. Muchos no creían haber «quemado» aún «todos los puentes». En Francia, por ejemplo, la policía francesa cooperaba con los alemanes menos que el año precedente. A la policía le disgustaba, en particular, enviar a

compatriotas a Alemania a hacer trabajo forzado, una medida que los alemanes habían introducido en febrero de 1943.[8]

En Rumanía, los acontecimientos del invierno de 1942-1943 habían reforzado el punto de vista del mariscal Antonescu, que ahora se negaba directamente a entregar a los nazis a los judíos rumanos que seguían en el país. Antonescu se vio con Hitler en abril de 1943 y se resistió, pese a la presión, a cooperar más en la «cuestión judía». El encuentro supuso un choque entre un líder político —Hitler— que entendía que todo revés en el campo de batalla debía ser un incentivo para tratar a los judíos con una crueldad aún mayor, y otro —Antonescu— que buscaba cómo salir del lío en el que se habían metido él y su país. De hecho, algunos miembros del gobierno de Antonescu intentaban incluso contactar con los Aliados para poder liberar de la guerra a su país, un movimiento del que Hitler tenía noticia.[9]

Hitler fue aún más directo en las conversaciones que mantuvo poco después con otro de sus aliados, el almirante Horthy. Desde el punto de vista de Hitler, la Hungría de Horthy había actuado con demasiada dilación en el trato que daban a los judíos. Al igual que Antonescu, los compañeros de Horthy intentaban sondear a los Aliados por si había una forma de abandonar la guerra. No era una novedad sorprendente, dado que Horthy estaba al tanto, más que muchos, de la escala de la derrota de Stalingrado: el II Ejército húngaro, que combatía con los alemanes en el frente oriental, cerca de Stalingrado, había quedado prácticamente aniquilado. La mitad del ejército, de 200.000 soldados, había muerto, y el resto habían caído presos o heridos. Una unidad de judíos húngaros adscrita a este II Ejército, que hacía trabajos forzados, también sufrió un porcentaje de bajas abrumador. Fue una de las derrotas más graves de la historia de las fuerzas armadas de Hungría.

Hitler desplegó todo su poder de persuasión para intentar convencer a Horthy de que siguiera luchando. Le dijo que «Alemania y sus Aliados navegaban en un mismo barco por un mar tormentoso y era evidente que si alguien quería marcharse en esa situación, se ahogaría de inmediato». Hitler también atacó a Horthy por la forma en que trataba a los judíos, diciendo que «la actitud prosemita de Hungría le resultaba de todo punto incomprensible … ¿Por qué había que mimar a los judíos? A fin de cuentas, ellos habían iniciado la guerra mundial». Cuando la reunión se retomó, al día siguiente, Horthy quiso saber qué más se esperaba de él, dado que ya

había prohibido que los judíos se ganaran la vida y «no podía matarlos». Joachim von Ribbentrop, el ministro nazi de Asuntos Exteriores, respondió que a los judíos debía recluirlos en campos o «aniquilarlos». Hitler comentó elogiosamente el caso de Polonia, donde la situación de los judíos se había «resuelto por completo», y explicó a Horthy que a los judíos se los «debía tratar como a los bacilos de la tuberculosis, que pueden infectar a un cuerpo sano. Esto no era cruel si se pensaba que, [en una situación similar] para evitar daños, habría que matar incluso a inocentes criaturas de la naturaleza tales como conejos y ciervos. ¿Por qué había que salvar la vida a las bestias que nos querían traer el bolchevismo?».[10]

Las conversaciones con Horthy no fueron un éxito para Hitler. Goebbels creía saber por qué razón; según escribió en su diario el 7 de mayo de 1943, los «húngaros tienen claro que una guerra no se puede ganar tan solo con palabras. Es evidente que están al cabo de la debilidad de nuestra posición y se están ajustando a ella poco a poco».[11] Además, un informe del 30 de abril, redactado por Edmund Veesenmayer, un oficial de las SS enviado a Hungría para que evaluara la situación, puso de manifiesto que las autoridades húngaras «consideran a los judíos como una garantía de protección de los "intereses húngaros" y creen que, por medio de los judíos, pueden demostrar que entraron en guerra junto a las potencias del Eje por pura necesidad, pero que en la práctica, indirectamente, han ayudado a los enemigos a través de un sabotaje oculto [al no entregar a los judíos]».[12]

Hitler respondió de una forma típica de él a las vacilaciones de húngaros y rumanos. Llegó a la conclusión —según les dijo a sus *Gauleiter* en mayo de 1943— que los «estados pequeños» debían ser «eliminados lo antes posible». Y añadió: a fin de cuentas, «en el mundo en el que vivimos hoy o uno destruye o es destruido».[13] Fue uno de los primeros indicios de que, si Horthy no cumplía con lo que esperaba de él, quizá Hitler contemplaría ocupar Hungría.

En la primavera de 1943, Hitler tuvo problemas parecidos con otro de sus aliados: Bulgaria. En la nota de prensa oficial posterior a la reunión que Hitler y el rey Boris de Bulgaria celebraron el 3 de abril, se afirmaba que habían mantenido una «conversación larga y cordial», caracterizada por «el espíritu de la tradicional amistad» existente entre Alemania y Bulgaria.[14] Pero la realidad era que los búlgaros, al igual que los rumanos y húngaros, vacilaban en su apoyo, en especial en la cuestión de los judíos. En febrero de 1943, Alexander Belev, el comisario búlgaro para los Asuntos Judíos,

había acordado con Theodor Dannecker, el representante de Eichmann, que los búlgaros entregarían 20.000 judíos a los alemanes. Ahora bien, a las autoridades de Bulgaria, como a las francesas, les resultó mucho más aceptable deportar a los judíos que carecían de la ciudadanía búlgara. Sabían que los enviaban a la muerte, o como mínimo tenían una sospecha muy poderosa al respecto, más aún tras la declaración pública de los Aliados, el mes de diciembre anterior, sobre el programa de exterminio de los nazis. Pese a todo lo que sabían, hacia finales de marzo de 1943 los búlgaros cooperaron con la deportación de unos 11.000 judíos de Tracia y Macedonia, territorios ocupados por Bulgaria. Prácticamente todos y cada uno de ellos perecieron en las cámaras de gas de Treblinka.

Sin embargo, cuando las autoridades intentaron deportar a los judíos que vivían dentro de las antiguas fronteras de Bulgaria toparon con protestas públicas. En el país el antisemitismo nunca había sido una tradición muy arraigada. Si bien a finales de 1941 el gobierno había aprobado leyes que perseguían a los judíos, lo hizo menos por convicción ideológica que por la voluntad de complacer al aliado alemán.[15] Llegado el momento de deportar a los judíos que vivían entre ellos, muchos ciudadanos, al igual que muchos miembros del gobierno, contemplaban la idea con desagrado; saber que los alemanes acababan de sufrir una derrota en Stalingrado sin duda debió de contribuir a este descontento, desde luego. Así pues, las autoridades búlgaras no enviaron a los judíos a la muerte, sino que aprobaron una ley que los expulsaba de sus hogares en la capital, Sofía, y los distribuía por varias ciudades de provincia. Esto imposibilitaba la deportación, o casi; pero también les supuso muchas penalidades. Acabada la guerra, algunos búlgaros quisieron destacar la nobleza de la historia reciente de su país, un país que había salvado a «sus» judíos. La historia distaba de ser honrosa, y más aún, si recordamos qué les ocurrió a los judíos de Tracia y Macedonia.

Durante los meses de abril y mayo de 1943, Hitler no solo comprobó cuál era la actitud de sus aliados hacia los judíos, sino que además tuvo noticias de la resistencia que los propios judíos ofrecían en Varsovia. El 19 de abril, las fuerzas alemanas entraron en el gueto para iniciar la deportación de los judíos que aún quedaban allí. Los recibieron con fuego de armas menores, granadas y bombas caseras. Marek Edelman, que entonces contaba veinticuatro años, fue uno de los judíos que plantó cara a los alemanes. Marek reconoce que él y sus compañeros de la Organización de Combate Judía actuaron así porque sabían que los alemanes querían enviarlos a un

destino letal; lo sabían porque un testigo de los hechos de Treblinka había logrado volver a Varsovia y les había contado qué les esperaba en el campo. «Era difícil creer que te iban a matar por nada —dice Marek Edelman—. Pero así es como era.»[16] Tras la conmoción que les produjo saber qué estaba pasando en Treblinka, Marek y sus camaradas decidieron resistir. «Es evidente que los campos de exterminio fueron el factor que causó la resistencia», dice. También importó el hecho de que los alemanes habían decidido separar a las familias y enviar a los ancianos y los niños a Treblinka, para dejar en el gueto tan solo a los judíos sanos y en condiciones de trabajar; ahora los combatientes de la resistencia podían luchar sin preocuparse por la responsabilidad familiar.

Los miembros de la resistencia del gueto tenían armas de fuego que recibieron del Ejército Nacional polaco y otras robadas a los alemanes. Además, según cuenta Marek Edelman, «hicieron granadas con pólvora y cañerías de metal». Al principio, las fuerzas alemanas que entraban en el gueto se sorprendieron por la intensidad de la resistencia y les costó avanzar hacia sus objetivos. En palabras de Marek: «Los primeros días fue nuestra victoria». Muchos de los combatientes de la resistencia —como otro joven judío, Aharon Karmi— exultaban de alegría por la posibilidad de enfrentarse al enemigo: «Disparé la pistola contra la masa [de alemanes] que pasaba por delante. Los alemanes gritaron: "¡Ayuda!", y se refugiaron tras una pared. Fue la primera vez que vi huir a los alemanes. Estábamos acostumbrados a ser nosotros los que huían de los alemanes. No esperaban que los judíos lucháramos así. Corrió sangre y yo no podía apartar los ojos de ella, y dije: "¡Sangre alemana!"».[17]

Ni Marek Edelman ni Aharon Karmi, ni la mayor parte de los otros judíos que atacaron a los alemanes en el gueto, tenían formación previa como soldados. Pero esto no los frenó. «Aprender a disparar es muy fácil —dice Marek—. No te hace falta un curso. No es el frente, donde el general planea la batalla. Es guerra de guerrillas. Un alemán pasa caminando por la calle y cuando se presenta la ocasión le disparas. Y si no ve a la persona que está disparando, tanto mejor. Tienes que tener las ganas de luchar y las armas, eso es todo.»[18] La potencia de fuego de los alemanes era superior y los combatientes de la resistencia sabían que, a la larga, serían derrotados. «Sí —admite Marek—, sabíamos que no podíamos ganar, pero teníamos que demostrar a los alemanes que somos seres humanos, tanto como

cualquiera. Durante la guerra, eres un ser humano cuando matas al enemigo.»

Bajo el mando del *SS Brigadeführer* (general de brigada) Jürgen Stroop, las fuerzas alemanas entraron en el gueto y empezaron a prender fuego a los edificios, uno por uno. Marek Edelman recuerda cómo el gueto era devorado por las llamas con las que los alemanes intentaban forzarlos a salir, y que él y sus camaradas tenían que ir de una casa a otra, por delante del fuego. «Hasta que salimos del gueto no hubo paz, [pero] hasta entonces, los alemanes no pudieron decir que habían ganado.» Tanto Marek Edelman como Aharon Karmi acabaron escapando del gueto. Estuvieron entre el puñado de judíos que lograron pasar al lado no judío de Varsovia; en su mayoría, se escabulleron por alcantarillas o túneles.

El levantamiento del gueto quedó sofocado a mediados de mayo y, en su informe, Stroop declaró que él y sus soldados habían apresado a 56.065 judíos (una cifra que parece estar inflada)[19] a cambio de tan solo un centenar de bajas. En términos puramente militares, los judíos de Varsovia habían conseguido muy poco, aparte de posponer brevemente lo inevitable: la destrucción del gueto y el asesinato de la mayoría de los judíos. Pero simbólicamente, la importancia de su resistencia fue enorme. Los judíos habían plantado cara en gran número y habían demostrado un arrojo colosal. «Cuando empezaron a liquidar el gueto, teníamos que resistir —dice Marek Edelman—. No fue un levantamiento: fue defender el gueto. Cuando los alemanes quisieron acabar con nosotros, chocaron con nuestra resistencia, de eso se trataba … ¿Qué [les] íbamos a decir? ¿"Por favor mátenme ahora mismo"?»

Tan solo unos días antes de que los alemanes entraran en el gueto de Varsovia con la voluntad de eliminar a los judíos, ocurrió un acontecimiento de enorme importancia en el proceso de desarrollo de Auschwitz: en marzo de 1943 se abrió la primera de las nuevas instalaciones de exterminio de Auschwitz Birkenau. En origen, como hemos visto, las SS querían situar el crematorio/cámara de gas en el campo principal, pero luego lo desplazaron a Birkenau. Durante la fase de diseño se hicieron varias modificaciones de forma que el edificio pudiera funcionar no solo como crematorio, sino también como cámara de gas. En agosto de 1942 se había ordenado instalar tres crematorios más; uno era casi idéntico al existente, y los otros dos, en

cambio, respondían a un diseño distinto. Estos dos nuevos crematorios —los conocidos como crematorios IV y V— supusieron un cambio radical.

La revolución que representó el diseño de los crematorios IV y V era simple: fueron los primeros edificios de Auschwitz que, desde el primer estadio de su diseño, estaban concebidos para funcionar exclusivamente como espacios de exterminio. Tenían salas para desnudarse, cámaras de gas y hornos crematorios, todo al mismo nivel; podría decirse que era una cinta transportadora de la muerte. Los otros dos nuevos crematorios aún mostraban trazas, en su diseño, de haber nacido como lugares en los que incinerar restos humanos, y no sobre todo matarlos. En los crematorios II y III, la sala de desvestirse y la cámara de gas estaban en el semisótano porque las salas respectivas, en origen, tenían la función de depósito de cadáveres. Tras la conversión, los cuerpos de las personas asesinadas debían transportarse en camilla hasta la planta superior, donde se los incineraría.

Estos cuatro crematorios de Auschwitz Birkenau —designados con los números II a V, porque en el campo principal de Auschwitz aún estaba el crematorio I— marcaron un nuevo estadio en la evolución del Holocausto. En parte fue porque eran de edificios sólidos y, desde el exterior, se asemejaban a fábricas. En cambio, todos los campos de exterminio de Reinhard, en Bełżec, Sobibór y Treblinka, eran espacios temporales que, una vez se completara su labor asesina, serían demolidos. Los nuevos edificios de crematorio/cámara de gas de Auschwitz, en cambio, con su ladrillo rojo, eran parte integral de una presencia cada vez mayor de las SS en la Alta Silesia. Estaban en el centro mismo de una vasta red de subcampos de Auschwitz —casi treinta— que proporcionaban mano de obra forzada a toda una serie de fábricas, como por ejemplo factorías cementeras, fábricas de armamento y, la mayor de todas: la planta química de IG Farben en Monowitz, a las afueras de la ciudad de Auschwitz. Los crematorios/cámaras de gas de Birkenau eran —en esencia— la manifestación material de la idea de exterminio por medio del trabajo. Así, cuando los obreros judíos de Monowitz, por ejemplo, ya no rendían como se requería de ellos, se los trasladaba al campo próximo de Birkenau y se los aniquilaba. Estos edificios eran algo más que un medio con el que los nazis mataban a los hombres, las mujeres y los niños a los que odiaban y temían; eran, de hecho, el símbolo de un sistema en el que solo los productivos merecían vivir. Eran un monumento de ladrillo a la inhumanidad.

Los cuatro complejos de crematorios y cámaras de gas de Birkenau estaban en funcionamiento en el verano de 1943. Karl Bischoff, el oficial de las SS que estuvo al cargo de su construcción, escribió que, en total, los hornos podían eliminar 4.416 cadáveres en veinticuatro horas; es decir, que Auschwitz Birkenau había adquirido la capacidad de reducir a cenizas 1,6 millones de personas en un año.[20] A ello hay que añadir que se trata de una cifra calculada a la baja. Según testigos presenciales, en realidad se podían incinerar unos 8.000 cuerpos al día por el simple expediente de no introducir los cadáveres en el horno de uno en uno, sino de dos en dos.[21]

El proceso de asesinato era muy similar al empleado en los campos de la Operación Reinhard. Los recién llegados se dirigían a una sala en la que se les pedía que se desnudaran para ducharse. Se les hacía pasar a la cámara de gas, que se les decía que era el espacio de las duchas. Se cerraba la puerta, herméticamente, y con todo el mundo atrapado en el interior, se insertaban cristales de Zyklon B a través de unas trampillas abiertas en el techo (en el caso de los crematorios II y III) o en la parte alta de la pared (crematorios IV y V). Cuando todo el mundo había sido asesinado, se eliminaban los restos de gas y hacían su entrada los *Sonderkommandos*. Las únicas diferencias importantes con respecto a la manera en que el proceso se desarrollaba en los campos de Reinhard era que se gaseaba con Zyklon B (y no monóxido de carbono) y que el pelo de las mujeres se rapaba después de la muerte (y no antes).

Al igual que en los campos de Reinhard, las fábricas letales de Birkenau tan solo necesitaban a un puñado de hombres de las SS para supervisar el proceso en su conjunto. El trabajo manual —incluida la espeluznante labor de desenredar el lío de cadáveres de las cámaras de gas— lo realizaban los *Sonderkommandos*; es revelador que quienes echaban el Zyklon B en las cámaras, en cambio, siempre eran miembros de las SS.

Henryk Mandelbaum, un judío polaco, trabajó como uno de estos comandos especiales de los nuevos crematorios/cámaras de gas de Auschwitz, en 1944. «No es algo en lo que puedas ponerte a pensar —dice —. A mí me parecía que estaba en el infierno. Recuerdo que a veces, si me portaba mal en mi casa, mis padres me decían: "No hagas esas cosas porque irás al infierno". Pero cuando tantos cadáveres, tantas personas a las que mataban con el gas y luego las incineraban … Aquello era superior a nada que yo pudiera imaginar y no tenía ni idea de qué hacer. Si me niego [a trabajar para ellos] me liquidan ¿vale? Sabía que me iban a matar. Yo era

joven. Perdí a mi familia. Los gasearon: a mi padre, mi madre, mi hermana y mi hermano. Así que sabía lo que pasaba y yo quería vivir y luché. Luché todo el tiempo por seguir con vida.»

Henryk Mandelbaum recuerda que, pese a que las SS se esforzaban por mantener un clima de calma hasta que se hacía entrar a los judíos en las cámaras de gas, a veces había quien «empezaba a darse cuenta de que algo iba mal. Había demasiada gente y querían dar marcha atrás, pero los de las SS les pegaban en la cabeza con palos y corría la sangre. Así que no había forma de retirarse o de salir, sino que los obligaban a entrar, por la fuerza, en la cámara de gas. Cuando estaba llena cerraban las puertas, unas puertas herméticas, como las de las de un frigorífico». Recuerda que por detrás de cada transporte «iba una ambulancia con una cruz roja» y, en un acto de cinismo, «en esa ambulancia de la cruz roja era donde [las SS] llevaban [los cristales d]el gas Zyklon B». Cuando ya se habían arrojado los cristales en la cámara sellada, «el gaseado duraba entre veinte minutos y media hora. Después del gas, pasados esos veinte o treinta minutos, abríamos las puertas. Podías ver cómo esa gente había muerto: de pie. Tenían la cabeza caída hacia la izquierda o la derecha, hacia delante, hacia atrás. Algunos habían vomitado o sufrido una hemorragia, y soltaban diarrea. Antes de quemarlos teníamos que cortarles el pelo y arrancarles los dientes de oro. Y también mirar si la gente se había guardado algo en las ventanas de la nariz, o algún objeto de valor en la boca; las mujeres, en la vagina».[22]

Con el tiempo, en la primavera de 1944, se construyó un ramal ferroviario que entraba hasta el centro mismo de Birkenau, que permitió que los trenes dejaran la carga a corta distancia de las cámaras de gas de los crematorios II y III. Antes de eso, los transportes seguían llegando a la rampa: la zona de descarga situada a medio camino de Auschwitz (de su campo principal) y de Auschwitz Birkenau. Para muchos de los que llegaban a Auschwitz, era la primera parada en su viaje a las cámaras de gas. Günther Ruschin, un joven judío alemán, recuerda que cuando llegó a la rampa y vio que se apartaba a las madres con niños, «yo pensaba, mira si era ingenuo, que se los llevaban a un campo familiar». La selección de la rampa la realizaba siempre un médico de las SS. De esta forma se mantenía la ficción de que Auschwitz era una institución regida por principios científicos y que los que morirían asesinados se elegían no por un arbitrario afán de venganza, sino por criterios médicos. Era una mentira, por descontado, incluso desde el punto de vista nazi, porque nunca se producía

un examen médico mínimamente riguroso; todo quedaba en un vistazo. Las SS también solían engañar a los recién llegados preguntando si alguien prefería viajar a Birkenau en un vehículo, mejor que a pie. A veces aceptaban esta posibilidad jóvenes de buena salud, hombres o mujeres; pero todo el que decidía no ir a pie al campo acababa directamente en las cámaras de gas.[23] A juicio de las SS, habían puesto de relieve su debilidad y, por lo tanto, no merecían vivir.

Günther Ruschin fue conducido al campo de Monowitz, cerca de la fábrica de IG Farben, en compañía de otros seleccionados para los trabajos forzosos. Varios días más tarde su padre, que también había sido elegido para trabajar, resultó herido en un accidente. A Günther le dijeron que enviarían a su padre al «hospital» para hacerle una «radiografía». Pero poco después un judío polaco le contó que su padre no iba a recibir ningún tratamiento médico, sino que lo «gasearían». La primera reacción de Günther fue el deseo de que lo trasladaran a Birkenau para poder estar cerca de su padre si, por algún milagro, seguía con vida. «Así es como sentía —dice— un chaval que se sentía muy próximo a su padre.» Pero el judío polaco lo convenció de que su padre había muerto y él debía seguir trabajando en Monowitz. Así pues, Günther decidió quedarse donde estaba y se juró que intentaría sobrevivir. «Íbamos a trabajar en filas de cinco hombres, por grupos —cuenta—. Yo siempre procuraba ponerme en el medio, para que las SS no me pegaran, y eso ayudaba. Y siempre intentaba no llamar la atención de los soldados. No soy de esos hombres que dicen: "Tengo que hacer algo", un sabotaje o lo que sea; no. Yo quería seguir vivo y ver si podía ayudar a otros.»

De camino a Auschwitz, cuando el tren de Günther se había parado en una estación de la Alemania oriental, los judíos habían gritado desde los vagones de carga hacia los andenes: «¡Dennos un poco de agua, por favor!». Pero «la gente que había allí [respondió]: "¡Putos judíos! ¿Aún no os han matado?"». Günther se sintió «molesto y deprimido» por lo que había sucedido en la estación, pero aún no se podía creer que sus compatriotas alemanes pudieran tener la intención de asesinarlo. «Sabíamos que no íbamos en primera clase —cuenta—. Pero no sabíamos que la mayoría de nosotros acabaríamos en las cámaras de gas. No sabíamos que existían, las cámaras de gas.»[24]

Las SS hicieron cuanto estaba en su mano por mantener los nuevos edificios de los crematorios/cámaras de gas de Birkenau aislados del resto

del campo. Estaban rodeados por una valla y los *Sonderkommandos* vivían allí mismo. Paradójicamente, los miembros de estos equipos especiales —los que, entre los trabajadores de Auschwitz, tenían el trabajo más duro de todos— vivían en mejores condiciones que la mayor parte de los otros reclusos. «Nuestro alojamiento estaba bien, y tenía camas —confirma Dario Gabbai, que trabajó en un *Sonderkommando* en Birkenau, en 1944—. Comíamos bien. No necesitábamos la sopa de los campos.»[25] Las SS solían permitir que los *Sonderkommandos* se guardaran la comida que los judíos que iban a las cámaras de gas dejaban tras de sí en los vestuarios donde se desnudaban. En los alojamientos de los equipos especiales del crematorio, el clima era de abundancia. El doctor Miklós Nyiszli, un judío rumano recluido en Auschwitz, describió una memorable cena que compartió con ellos. «La mesa que nos esperaba —escribió— [estaba] cubierta con un grueso mantel de seda … En la mesa se amontaban platos variados y selectos, todo lo que la gente deportada podía llevarse consigo de cara a un futuro incierto: toda clase de conservas, panceta, gelatinas, varias clases de embutidos, pasteles y chocolate.»[26]

Entre los *Sonderkommandos*, algunos se quedaban con objetos de valor de los judíos asesinados; sobre todo las joyas que estos habían escondido en sus ropas o dentro de sus orificios corporales. Luego intentaban trocarlos por otros productos que querían. Podían hacerlo así porque, pese al aislamiento de los crematorios, los miembros de estos equipos especiales aún podían trabar contacto con los demás reclusos. Otto Pressburger, que había sido enviado a Auschwitz en 1942 desde Eslovaquia, recuerda que él tenía ocasión de visitar a los *Sonderkommandos* porque conducía un carro, tirado por un caballo, que transportaba diversos productos por Birkenau. No perdía una oportunidad de hacer «negocios» con ellos. «Ellos querían alcohol y cigarrillos y tenían mucho oro [para pagar]. El "negocio" del crematorio era el mejor de todos. Yo siempre quería llevar la ruta del crematorio. Ahí siempre se podían comprar cosas … Una vez fui al crematorio preguntando si tenían algo que vender. Me ofrecieron una joya en forma de araña. En esa época estaban llegando al campo judíos muy ricos que habían tenido una joyería. Les pregunté qué querían por la araña. "Cien cigarrillos". Les dije: "Si la araña lo vale, traeré los cigarrillos". Teníamos confianza, unos con otros. La araña era bonita. Había una piedra grande en el medio y tenía las patas cubiertas de [piedras] brillantes. Les llevé la araña a nuestros civiles polacos [obreros que vivían fuera del campo

pero de día trabajaban dentro, en la construcción] y se la ofrecí … Todos salimos ganando.»

Esta clase de comercio estaba estrictamente prohibida y, al hacer tales tratos, Otto Pressburger arriesgaba la vida. «Siempre había uno de las SS en las puertas del crematorio —dice—. Yo solía dar razones falsas de mi presencia. A menudo decía que me habían mandado traer arena para el crematorio. Pero claro, yo iba al "negocio". Así que me dejaban entrar. Lo de la arena nunca era verdad, yo siempre la tiraba. El problema era esconder las cosas. Ellos [otros reclusos que participaban en los trueques] me habían hecho una cajita de madera para almacenarlas, [en el carro] bajo mis pies … Una vez llevaba un pedido de cien cigarrillos para el crematorio. Cuando los sacaba de la cajita, alguien me pegó en la espalda y por encima, en la cabeza. Era un viejo de las SS. Solía ir en bicicleta por ahí a la caza de internos que hicieran "negocios" … Quiso saber de dónde había sacado los cigarrillos y me acusó de estar haciendo "negocios". Pero yo mentí. Dije que solo tenía hambre y que había robado una bolsa porque pensaba que tendría un bocadillo, y en cambio me había encontrado el tabaco. Me dijo que era mentira … Solo era un cabo, pero yo le llamaba "oficial", y eso al parecer me fue muy bien. Me pegó un puñetazo en la cara y yo fingí que me había hecho mucho más daño del que me había hecho en realidad. Al final se llevó los cigarrillos y me dejó ir. Si él hubiera comunicado el incidente, aquella misma noche yo estaría muerto.» A juicio de Otto Pressburger, «no le quedó elección»: o «hacía "negocios"» en el campo o renunciaba a «seguir con vida».[27]

Los *Sonderkommandos* establecieron relaciones no solo con los reclusos del resto del campo, sino también con los hombres de las SS que supervisaban su trabajo en los crematorios/cámaras de gas. Las SS ya habían descubierto, en campos de exterminio como Sobibór, que era contraproducente matar a todos los miembros de los equipos especiales al cabo de poco tiempo y luego elegir a un grupo nuevo. En Auschwitz ocurrió algo similar y se hizo habitual que los hombres de los *Sonderkommandos* vivieran muchos meses. Entre esto y la proximidad de su trabajo y el de las SS, se desarrolló una especie de intimidad por la que era frecuente que los supervisores de las SS trataran a los *Sonderkommandos* mucho mejor que a los demás presos de Auschwitz. El doctor Miklós Nyiszli llegó a verlos jugando juntos a fútbol: un equipo de los *Sonderkommandos* frente a uno de las SS.[28] Dario Gabbai recuerda a un neerlandés de las SS casi con cariño y

lo describe como «un hombre muy agradable».[29] Morris Venezia, que también estuvo en los equipos especiales, confirma que aquel neerlandés era «el mejor de los guardias del crematorio. A veces nos invitaba a un cigarrillo, a veces nosotros lo invitábamos a él. Un buen hombre, muy buen hombre, muy amable con nosotros». Pero incluso este «hombre agradable», cuenta Morris, «estaba siempre dispuesto a salir a matar a alguien. Y era el mejor de nuestros guardias. Yo no podía entenderlo. ¿Por qué?».[30]

Otros miembros de las SS que trabajaban en los crematorios/cámaras de gas aprovecharon la ocasión para entregarse a sus deseos más sádicos. En un testimonio escrito contemporáneamente por uno de los hombres del *Sonderkommando*, que solo fue descubierto una vez terminada la guerra, un cronista describe que a cierto hombre concreto de las SS le gustaba tocar los órganos sexuales de las mujeres desnudas que pasaban por delante de él de camino a la cámara de gas.[31]

El más sádico de todos era Otto Moll, supervisor del funcionamiento de los crematorios. Dario Gabbai recuerda que a este miembro de las SS le gustaba matar a chicas desnudas disparándoles «a los pechos». En 1944, cuando la llegada de una enorme cantidad de judíos húngaros hizo que hubiera que incinerar cadáveres al aire libre, en fosas gigantes —porque los crematorios no daban abasto—, Moll arrojaba a veces a niños a las llamas, para verlos quemarse vivos.[32] Alter Feinsilber, del *Sonderkommando*, vio con sus propios ojos otro de los actos de sadismo de Moll. Este ordenó que una mujer desnuda saltara por el lugar y cantara sobre un montón de cadáveres, cerca de la fosa en llamas, mientras él iba fusilando a internos y lanzaba sus cuerpos a las llamas. Cuando terminó de disparar, volvió el arma contra la mujer y la mató.[33] De hecho, el sadismo de Moll era tan intenso y general que mucho después de que la guerra terminara, el corazón de Dario Gabbai aún «se acelera hasta las casi doscientas pulsaciones por minuto» cada vez que oye circular una motocicleta, porque Moll solía llegar a los crematorios en moto. «Ves a ese tipo [Moll, y ya sabes que] todo van a ser problemas, nada más. No quieres andar cerca de él. En 1951 yo iba al City College de Los Ángeles para aprender inglés y lo primero que el profesor me dijo fue que escribiera sobre los campos en los que había estado. Lo primero que escribí —aún lo tengo, desde 1951—, escribí dos páginas sobre Moll.»[34]

A muchos miembros de los *Sonderkommandos*, el trabajo les causaba mucha angustia. No solo por su carácter espantoso, sino por el hecho de

saber que estaban ayudando a las SS en el exterminio de los otros judíos. «Nos convertimos en animales —dice Morris Venezia—. Sentimos que debíamos suicidarnos en lugar de trabajar para los alemanes. Pero ni siquiera suicidarse es tan fácil.» Según lo vivió Dario Gabbai, «al cabo de un tiempo ya no sabes nada. Nada te preocupa. Y por eso la conciencia se te mete dentro y se te queda ahí dentro hasta hoy [preguntándote]: "¿Qué pasó? ¿Por qué hicimos aquella clase de cosas?"». A Dario solo se le ocurre una explicación: «Siempre encuentras la fuerza para vivir hasta el día siguiente», porque el deseo de vivir es muy «poderoso».[35]

Un texto escrito por un miembro del *Sonderkommando* durante la guerra describió que unos niños de Lituania, justo antes de morir, reprendían a los judíos que ayudaban a los alemanes. Una joven le gritó a uno que estaba intentando desnudar a su hermano menor, llamándole «judío asesino» y contándole que ella era la «mamita» de su hermano y que este «morirá en mis brazos, conmigo». Otro niño preguntó a uno de estos hombres de los equipos especiales por qué los judíos llevaban a niños judíos a que los mataran: era acaso, quiso saber el niño, ¿«solo para poder seguir con vida» ellos mismos?; y seguir con vida entre los «asesinos», ¿realmente valía «las vidas de tantos otros» judíos?[36]

«Nos liberaron —cuenta Morris Venezia—. ¿Para qué? ¿Para que recordemos todas aquellas barbaridades? En realidad ya no queríamos estar vivos. Así es como nos sentimos, como nos sentimos todavía hoy. Hasta ahora mismo me estoy preguntando por qué Dios me dejó vivir, ¿para qué? ¿Para recordar todo esto? Cuando me voy a la cama siempre, incluso ahora, lo rememoro todo antes de cerrar los ojos. Todo, todo, cada noche, cada noche.»[37]

Los crematorios/cámaras de gas de Birkenau, levantados ex profeso, empezaron a desarrollar su labor asesina cuando la mayoría de los judíos ya había perdido la vida en el Holocausto: en 1941 se mató a cerca de 1,1 millones, y en 1942, a 2,7 millones.[38] En su mayoría, estos judíos murieron en las acciones de los *Einsatzgruppen* en el este de Europa, o en los campos de exterminio de Reinhard, en Polonia. En 1942 Auschwitz fue responsable de 200.000 muertes, lo que suponía un porcentaje escaso del total de la masacre. En 1943 el número de asesinatos bajó a medio millón, y cerca de la mitad se produjeron en Auschwitz. Así pues, la maquinaria letal recién creada en Auschwitz Birkenau estaba funcionando muy por debajo de su capacidad. Que la cifra de 1943 fuera inferior reflejaba, en parte, las

dificultades que los nazis estaban afrontando a la hora de encontrar y trasladar a judíos a los campos de exterminio desde el momento en que se puso de manifiesto que los alemanes estaban perdiendo la guerra.

Durante 1943, los nazis no solo transportaron a Auschwitz a judíos. También enviaron a otras categorías de personas que consideraban una amenaza, incluidos los sintis y romaníes (los «gitanos», según los llamaban los nazis). Dentro de Birkenau se organizó un campo específico para gitanos y el primer tren con varios centenares de sintis y romaníes llegó a Auschwitz en febrero de 1943. En el momento de mayor densidad, el campo gitano de Birkenau contenía a quince mil personas. Al llegar, se les daba un trato distinto al que recibían los judíos: no se los seleccionaba sino que se les permitía seguir en grupos familiares. Muy probablemente, fue así porque aún no se había tomado una decisión última sobre su destino colectivo. El hecho de que se les permitiera seguir juntos no significaba que los sintis y romaníes recibieran un trato preferente en ningún sentido material: eran objeto de vejaciones brutales. Hermann Höllenreiner, que fue enviado a Birkenau cuando era un niño y procedía de una familia sinti, recuerda que él y los demás pequeños tenían tanta hambre que «arrancábamos la hierba como conejos, para poder comer algo. Y si uno de las SS nos pillaba, nos daba una paliza. Eso también era malo, pero es que en Birkenau no pasaba nada que no fuera malo … Vivíamos con un miedo constante. Siempre estábamos pensando: "Ahora matarán a palos a mi padre, o a mi madre, o nos gasearán". Sabíamos que nos podían gasear en cualquier momento».[39]

Franz Rosenbach, también de origen sinti, tenía quince años cuando lo enviaron a Birkenau junto con su madre. Recuerda que, al llegar al campo, le escandalizó que los obligaran, a él y a su madre, a desnudarse el uno delante del otro. «Yo no sé si usted está al tanto de que nosotros tenemos nuestras propias costumbres —cuenta—. Una madre nunca se desnudaría delante de sus hijos, ni tampoco el padre. Hay una especie de sentimiento de vergüenza y respeto. Pero en este caso, nos obligaron a hacerlo. Nos desnudaron y yo pregunté a gritos: "Mamá, ¿dónde estás?". Estaba detrás de mí, se había escondido detrás de mí. Y cuando le cortaron el pelo —la trenza—, yo quise ir a cogerla. Así que me pegaron varias veces más en la espalda, con una porra de goma o algo parecido, una especie de manguera. Bueno, la cosa no se puede ni imaginar. Entraban los de las SS con una vara

y golpeaban a los hombres en el pene, e iban siempre [diciendo] … por favor disculpe la expresión, esto no es propio, algo como "¡polla gitana!" o como sea que lo digan … esa clase de cosas, palabras insultantes, palabras discriminatorias.»[40]

Al quedar recluido en el campo gitano, Franz Rosenbach sufrió una «auténtica conmoción» al ver en qué condiciones subsistían los sintis y romaníes. «El ambiente era terrible porque muchos niños y otra gente de los bloques estaban enfermos, todo el mundo estaba revuelto en el mismo sitio. Los niños gritaban: "Mamá, tengo hambre, mamá, [dame] algo de comer, ¿tenemos algo para beber?". No nos dejaban beber agua por el riesgo de [coger] la fiebre tifoidea y esa clase de cosas. "Mama, [dame] …" esto y lo otro. Pero las mujeres no tenían nada que darles, no tenían nada. Nos apaleaban, nos pateaban, nos humillaban sin que uno supiera por qué, no tenías ni idea de por qué … Esos jóvenes de las SS, ¿sabes?, y también los viejos, les habían enseñado que nosotros, los sintis y romaníes, no éramos seres humanos. No éramos personas. Había que eliminarnos. Quien quisiera podía hacer con nosotros lo que quisiera. Para ellos, los sintis éramos blancos legítimos, ¿me entiendes?»

Las mujeres encerradas en el campo gitano eran especialmente vulnerables a los abusos sexuales. Hermann Höllenreiner recuerda que los *Kapos* entraban en el campo de noche, elegían a mujeres concretas —a las «gitanas más hermosas»—[41] y se las llevaban fuera para que las violaran. Franz Rosenbach, recluido en el mismo campo, recuerda que varios miembros de las SS actuaron igual. «Yo lo vi con mis propios ojos, en dos ocasiones —dice—. De noche, algunos jóvenes de las SS entraban con una tea y se acercaban a las mujeres. En su mayoría, las mujeres no sabían qué pasaba; les hacían quitarse el pañuelo de la cabeza para mirarlas bien. A veces elegían a mujeres jóvenes y [se las llevaban] detrás del bloque … No se oía que nadie disparara, no se oía nada. A la mañana siguiente estaban allí tiradas, muertas. Las habían asesinado.»[42] Según Alter Feinsilber, de un *Sonderkommando*, también hubo casos de mujeres del campo gitano que, llevadas por la desesperación, vendían su cuerpo. Afirmó que algunos presos ajenos al campo gitano, si «podían costearse un soborno», le daban cigarrillos al *Blockführer* del campo gitano y entonces entraban «con el permiso de aquel hombre de las SS. Allí tenían relaciones sexuales con gitanas que se estaban muriendo de hambre y estaban dispuestas a mantener trato sexual a cambio de unos cigarrillos o cualquier otra bagatela. Los

esposos o los padres de las gitanas se aguantaban con este estado de cosas porque ellos también se estaban muriendo de hambre».[43]

Aunque los nazis enviaron a Auschwitz a cerca de 23.000 sintis y romaníes, no había una orientación definida al respecto de qué hacer con ellos. Los nazis, por ejemplo, nunca apretaron a sus aliados para que enviaran a los campos a los sintis y romaníes con la intensidad con que presionaban para la deportación de los judíos. Esto no quiere decir que los sintis y romaníes no fueran objeto de persecución. Aunque, por ejemplo, la cuantiosa población sinti y romaní de Rumanía no fue sometida a un exterminio sistemático, sin embargo se deportó a miles de ellos a la Transnistria. En Croacia, durante el mismo período, la Ustaše atacó a los «gitanos», aprobó leyes discriminatorias, los recluyó en campos y, con el paso del tiempo, asesinó a cerca de 26.000 sintis y romaníes.[44] No cabe duda de que la guerra costó la vida a una ingente cantidad de sintis y romaníes; no se conoce la cifra exacta, pero seguro que fueron más de 200.000.

Que los nazis carecieran de una línea de actuación clara con respecto los sintis y romaníes se debió, en parte, a que el propio Himmler no dio orientaciones precisas a sus subordinados en este campo. Por un lado, en el este, los *Einsatzgruppen* mataron normalmente a los sintis y romaníes junto a los judíos, y miles de sintis y romaníes fueron deportados a guetos de Polonia desde los dominios del antiguo Reich; pero por otro lado, Himmler emitió un decreto, el 13 de octubre de 1942, en el que aseveraba que a los sintis «de raza pura» se los podía autorizar a hacer vida nómada dentro de áreas concretas y supervisados por un «cacique gitano».[45] La orden se derivó de trabajos dirigidos por el doctor Robert Ritter, el «experto» de Himmler en los asuntos gitanos. Ritter había llegado a la conclusión de que los «gitanos de raza pura» que vivían en los dominios del Reich no eran una amenaza, a diferencia del número mucho mayor de sintis y romaníes que habían «mezclado» la sangre con otras razas potencialmente peligrosos. No solo se trataba de una ciencia pésima como tal; además generó una política discriminatoria casi imposible de implementar en la práctica.

Pese a todo, el 29 de enero de 1943 Himmler emitió otro decreto que ordenaba deportar a Auschwitz a los sintis y romaníes. Se incluyó una serie de excepciones concretas: por ejemplo, los considerados «de raza pura», o los gitanos casados con alemanes (siempre que la policía respondiera por ellos), entre otros casos. Aún podían ser sometidos a la esterilización, pero

—al menos en teoría— tenían posibilidad de huir de Auschwitz y los otros campos. En la práctica, sin embargo, durante el proceso de deportación apenas se prestó atención a todas estas diferencias.[46]

Al mismo tiempo que los sintis y romaníes padecían en Auschwitz, Hitler digería las noticias del frente militar, que eran negativas, si no desastrosas. La rendición del VI Ejército en Stalingrado, en febrero de 1943, ya había sido muy perjudicial para los alemanes, pero desde entonces se habían sucedido las derrotas. A mediados de mayo de aquel año, la Wehrmacht había perdido la campaña del norte de África, y Hitler —según Goebbels— temía que la derrota de los alemanes en Túnez pudiera «ser de la magnitud de Stalingrado».[47] Aquel mismo mes el gran almirante Dönitz ordenó detener las acciones de los submarinos en el Atlántico norte; las medidas de defensa adoptadas por los Aliados los habían neutralizado casi por completo.

Ninguno de estos reveses, por graves que fueran, modificó el deseo de Hitler de asesinar a los judíos. El 13 de mayo de 1943 le dijo a Goebbels que como estos eran unos «parásitos», a un «pueblo moderno no le quedaba más solución que erradicar a los judíos». Añadió: «La judería internacional cree que se encuentra a punto de obtener una victoria mundial. Esta victoria mundial no sucederá … Al revés, serán los pueblos que han reconocido y combatido en primer lugar a los judíos los que se harán con el dominio del mundo».[48]

La obsesión de Hitler con los judíos no había menguado. Antes bien, parecía haberse intensificado, según confirmaron —de varias formas, todas espantosas— los hechos del verano y otoño de 1943.

# 15

# Opresión y revueltas (1943)

Uno de los múltiples aspectos trágicos de esta historia es que muchísimos judíos perdieron la vida pese a vivir en países que, en aquel momento, ya habían decidido que querían abandonar la guerra. Pero no había una forma fácil de salir de este conflicto y la venganza de Hitler contra los socios del Eje que aspiraban a romper con él podía ser devastadora.

En el verano de 1943, por ejemplo, los italianos tenían claro que su alianza con la Alemania nazi había resultado desastrosa. El 10 de julio de 1943 los Aliados desembarcaron en Sicilia y el 19 de julio se bombardeó Roma. «Todo el mundo entendía que la guerra se había perdido —dice Mario Mondello, diplomático italiano y miembro del Partido Fascista—. Y, por descontado, todo el mundo pensaba que Italia debía salir [de la guerra] y alejarse de Mussolini … A veces nosotros somos más realistas que los alemanes. Por descontado, al ser más realistas no siempre somos leales al que en cada momento es nuestro jefe, y así; no digo que sea una cosa buena, pero nuestro carácter es así.»[1]

El 24 de julio de 1943, en una reunión del Gran Consejo del Fascista, los colegas de Mussolini criticaron su persona y atacaron su política. Al día siguiente, en audiencia con el rey, se dijo al Duce que ya no se requerían sus servicios como primer ministro, y al salir de la sala fue detenido. El mariscal Badoglio lo relevó en el puesto e intentó negociar un armisticio. El 3 de septiembre de 1943 —el mismo día en que los primeros soldados aliados saltaban de Sicilia al continente italiano— el nuevo gobierno italiano accedió a un armisticio y, cinco días después, el general Eisenhower transmitió por radio la noticia de que los italianos habían capitulado sin condiciones.

Para los judíos que vivían en Italia, el hecho de que el país abandonara el Eje resultó calamitoso. El lapso temporal transcurrido entre el cese de Mussolini y la rendición final de los transalpinos permitió a los alemanes preparar la respuesta y, en cuanto los italianos abandonaron la contienda, las fuerzas alemanas se apoderaron de las bases e instalaciones italianas. El 10 de septiembre los alemanes controlaban Roma y habían desarmado, en su mayoría, a las tropas italianas. El mismo día en que los alemanes ocuparon la capital Hitler grabó un discurso que fue radiado al anochecer. En él denunciaba la duplicidad del nuevo gobierno italiano y afirmaba que Alemania nunca se rendiría de esa forma. «Todos sabemos —dijo— que en esta batalla implacable el perdedor resultará aniquilado, en concordancia con los deseos de nuestros enemigos, y solo el vencedor logrará sobrevivir.»[2]

No habría pasado inadvertido —en especial, a los otros socios de Alemania— que los hechos se podían interpretar de la siguiente manera: si los italianos habían podido abandonar la guerra antes de que concluyera, era porque no habían participado del crimen del exterminio colectivo. Aunque el régimen de Mussolini había perseguido a los judíos de Italia, en efecto, no los había enviado en masa para que los asesinaran en los campos de exterminio nazis. No solo eso, sino que, hasta el momento mismo de su rendición, los italianos habían protegido a los judíos de ser deportados en territorios situados fuera de Italia. En la primavera de 1943, por ejemplo, al mismo tiempo que los búlgaros deportaban a los judíos de Tracia y Macedonia, el cónsul italiano de Salónica, ocupada por los alemanes, organizó el traslado de diversos judíos griegos a Atenas, situada entonces en la zona italiana de Grecia, relativamente segura para ellos.[3] Hubo incluso casos de soldados italianos que se presentaban en los campos en los que los alemanes internaron a los judíos de Salónica para afirmar que esta o aquella mujer eran sus «esposas», con lo que no se las podía deportar.[4]

La rendición italiana comportó que esta protección se esfumara de inmediato. Las vidas de los judíos, tanto en las antiguas zonas ocupadas como en la propia Italia, cambiaron de golpe para peor. Por ejemplo, en cuanto los alemanes entraron en Niza, en el sur de Francia —una ciudad que había quedado bajo control de los italianos— empezaron a buscar judíos en una acción que se hizo famosa por su brutalidad. Miles de judíos se habían refugiado en Niza porque allí, en los diez meses transcurridos desde la caída de Vichy, gozaban de la protección de los italianos. Pero

llegados a ese punto, los alemanes se vengaron. Al entrar en el territorio propiamente italiano, los alemanes no se mostraron más compasivos. En la zona del lago Maggiore, en el norte de Italia, las SS empezaron a buscar a los judíos del lugar, y en Meina, en el extremo meridional del lago, se encontraron con varios judíos hospedados en un hotel. Asesinaron a dieciséis y lanzaron sus cuerpos al lago.[5]

Antes de que transcurriera un mes, el 16 de octubre de 1943, los alemanes pasaron a la acción contra los judíos de Roma. Se habría podido pensar que se trataba de una operación arriesgada para los nazis, por el hecho de cazar judíos tan cerca del Vaticano, pues aunque era cierto que el papa Pío XII aún no había condenado en público el exterminio de los judíos, ¿acaso iba a pasar por alto aquel escándalo? Ernst von Weizsäcker, embajador alemán ante la Santa Sede, estaba seguro de que no. Creía que deportar a los judíos de Roma sería merecedor de tal censura por parte del pontífice que ello perjudicaría a Alemania.[6] Pero Weizsäcker se equivocaba. El papa no solo no amenazó con condenar cualquier intento de deportar a los judíos de Roma, sino que ni siquiera criticó abiertamente la acción después de que se hiciera realidad.

A primeras horas de la mañana del 16 de octubre, Settimia Spizzichino, una judía de Roma, de veintidós años, sospechó que algo no iba bien: «La noche había sido ligeramente distinta a las otras. Se podía sentir que había algo especial en el aire, una especie de silencio apagado, no sé como describirlo. Y hacia las cuatro de la madrugada empezamos a oír pasos, pasos fuertes. Pasos de soldados en marcha. Así que nos fuimos a la ventana para ver qué estaba pasando y vimos que los alemanes irrumpían en las casas y se llevaban a los judíos. Cuando los vimos entrar en nuestro edificio, nos asustamos».[7] A Settimia y su familia los llevaron a una prisión cercana al Vaticano, donde las condiciones eran «horrendas», y de ahí a Auschwitz; fue uno de los 1.800 judíos deportados de Roma durante la ocupación alemana. «[Al terminar la guerra] volví de Auschwitz sola —cuenta—. Perdí a mi familia allí. A mi madre. Dos hermanas, mi sobrinita y también un hermano. Si el papa hubiera alzado la voz varios judíos habrían huido. Habrían reaccionado. Pero guardó silencio. Actuó a favor de los alemanes. El papa estaba allí al lado, nos tenía debajo mismo de su nariz. Pero no levantó un dedo. Era un papa antisemita que no corrió nunca ningún riesgo.»

Aunque es comprensible, dada su experiencia, que Settimia Spizzichino creyera que el papa era antisemita, la acusación es poco sostenible. Para empezar, el papa no impidió, en ningún caso, que los sacerdotes y las monjas de Italia ocultaran a judíos. «El papa dio su aprobación a abrir los conventos —dice la hermana Luisa Girelli, de las Hermanas de Sión—. Levantó la norma del aislamiento y abrió la puerta a todos los fugitivos.»[8] Enrichetta Di Veroli fue una de las muchas judías que las Hermanas de Sión acogieron y cuenta que nunca olvidará que le salvaron la vida. «Nos aceptaron aquí sin problemas —dice—, las monjas eran muy amables. Estas monjas tan agradables fueron nueve meses de mi vida. Fueron importantes. Siento hacia ellas mucho más que gratitud.»[9] Más de cuatro mil judíos gozaron de la protección de la Iglesia católica ocultos en conventos, monasterios y otros edificios de la Iglesia. Varios cientos hallaron refugio dentro mismo del Vaticano.[10]

Pero lo que el papa se negó a hacer, incluso cuando le dijeron que apenas cabía duda de que los nazis estaban exterminando a los judíos, fue levantar la voz contra aquel crimen. Es muy probable que se sintiera atemorizado por una serie de razones. En primer lugar, temía que (como ya se ha apuntado más arriba) la Iglesia católica se viera amenazada por una hipotética victoria de los ateos «bolcheviques». En segundo lugar, temía que si condenaba el ataque de los nazis contra los judíos, los alemanes irrumpieran en las propiedades de la Iglesia para apresar a los judíos que se habían refugiado allí. Por último, temía que los alemanes bombardearan el propio Vaticano.[11] Así pues, mantuvo la boca cerrada. Con esta forma de actuar, estaba convencido, desde su punto de vista, de que servía a los intereses de la Iglesia católica en tanto que institución. Pero como ya hemos comprobado en el caso de los judíos neerlandeses, no se puede saber con certeza qué habría pasado si el papa hubiera adoptado una posición de mayor dureza. Quizá los alemanes habrían atacado a la Iglesia, quizá —Hitler ya se había mostrado reticente a atacarla en Alemania— no habrían hecho nada. Lo que sin duda sabemos es que si el papa hubiera alzado la voz habría ofrecido al mundo una guía moral.

No solo los alemanes se implicaron en la deportación de los judíos en Italia. También hubo italianos, en particular miembros del Partido Fascista, con grupos como las Brigadas Negras y otras unidades militares adscritas a la que se había dado en llamar República Social Italiana: la zona del norte

de Italia que seguía bajo el control de Benito Mussolini, después de que paracaidistas alemanes lo hubieran rescatado de la cárcel.

En total, unos siete mil judíos fueron deportados de Italia y asesinados.[12] Esto representa que más del 80 % de los judíos del país sobrevivieron a la guerra; en su mayoría, al ocultarse o al cruzar la frontera y refugiarse en Suiza, que era neutral. En un principio, incluso después de que los alemanes ocuparan Italia, los suizos sostuvieron que los judíos italianos no tenían derecho a asilo, salvo en casos «específicos» por una u otra razón: porque se trataba de niños, por ejemplo, o de pensionistas, o de personas casadas con ciudadanos suizos. La norma se suavizó en diciembre de 1943, pero no se adoptaron medidas plenamente liberales hasta julio de 1944. A lo largo de la guerra, en lo que respectaba a los judíos italianos que buscaron refugio en Suiza, su suerte dependió en gran medida de la compasión (o ausencia de ella) de los distintos guardias fronterizos con los que se encontraron.[13]

El hecho de que en Italia perdieran la vida menos del 20 % de los judíos del país, y en un país como los Países Bajos se asesinara al 75 %, no deja de ser inquietante. Se explica porque, a diferencia de lo ocurrido en los Países Bajos, en Italia la persecución a gran escala se inició en una fase de la guerra relativamente tardía y porque, en gran parte del país, la amenaza quedó cancelada por el avance de los Aliados. Roma, por ejemplo, cayó en manos de los Aliados menos de nueve meses después de la rendición italiana: el 4 de junio de 1944. Así pues, los alemanes tuvieron menos ocasión de lo que habrían querido de identificar, apresar y deportar a los judíos italianos.

La historia del Holocausto en Italia resulta especialmente sombría, en todo caso, si se compara con lo sucedido en otro país ocupado por los alemanes, un millar de kilómetros más al norte. En Dinamarca había unos 7.500 judíos y los nazis planeaban actuar contra ellos por primera vez en otoño de 1943, hacia la misma época en la que deportaban a los judíos italianos. La ocupación nazi de Dinamarca había llegado a su fin aquel verano, en un clima de huelgas y otras protestas. Cuando el gobierno danés presentó su dimisión, en agosto, los alemanes y el plenipotenciario nazi Werner Best impusieron el estado de excepción e instaron a actuar contra los judíos. La idea era arrestar a los judíos daneses en la noche del 1 al 2 de octubre de 1943, y a continuación deportarlos. Tan solo unos días antes de que la iniciativa se llevara a cabo, sin embargo, Werner Best tomó una decisión

extraordinaria. A través de un intermediario —Georg Duckwitz, el agregado naval alemán— Best transmitió a los judíos daneses lo que estaba a punto de ocurrir. En efecto, Best informó a Duckwitz sobre las deportaciones; sabía que este sentía simpatía por los daneses y difundiría la noticia entre algunos miembros de la élite danesa que, a su vez, advertirían a los judíos. «En la comisaría nos enteramos de que» las deportaciones eran inminentes —cuenta Knud Dyby, un policía danés—. Por supuesto, lo supimos al mismo tiempo que los periodistas y los políticos. Fue una gran sorpresa, para todos nosotros. Nunca habíamos pensado —después de más de dos años [de ocupación]— que los nazis arrestarían a los judíos daneses.»[14] Knud Dyby, que, como sus compañeros, «no creía en la discriminación», se sintió obligado a ayudar a los judíos, en parte porque sabía cuál era el destino que, probablemente, correrían los judíos de la «prensa clandestina».

Hasta el momento en que los alemanes decidieron pasar a la deportación, «la situación de los judíos en Dinamarca había sido bastante satisfactoria —dice Bent Melchior, que en 1943 contaba catorce años—. Los judíos nunca fuimos muchos y estábamos bien integrados en la sociedad danesa. A lo largo de los siglos ha habido muchos matrimonios mixtos y gente que no era judía bien podía tener un bisabuelo o una bisabuela judía. Así que yo diría que el clima era prosemita y que no éramos ninguna amenaza, ni para la Iglesia ni para el país. Al contrario, muchos judíos interpretaban papeles más que destacados en la vida pública de Alemania, en las artes, en las ciencias, incluso en la política».[15]

Bent Melchior recuerda que, si uno creía estar en peligro, podía «pedir la ayuda de cualquier policía que encontrara en la calle sin temer que este le revelara nada a los alemanes». La atmósfera de Dinamarca podría resumirse quizá como la de los daneses unidos como nación, fuera cual fuese la religión de cada cual, en contra de los alemanes.

Tras tener noticia de lo que los alemanes planeaban hacer, los líderes judíos lanzaron advertencias en las sinagogas y otros medios de contacto de la comunidad judía. En consecuencia, muchos de los judíos que vivían en Copenhague abandonaron la ciudad y se escondieron en el campo o se marcharon a la casa de vecinos que no eran judíos.

Los daneses no judíos también se esforzaron por avisar a los judíos. «Yo fui de casa en casa por las calles de nuestra vecindad —explicó Robert Pedersen, que a la sazón tenía diecisiete años—. Cada vez que veía una placa con nombres que se correspondían con una familia judía, llamaba al

timbre y pedía hablar con ellos. A veces no me creían. Pero al final lograba convencerlos de que hicieran las maletas y me acompañaran al hospital de Bispebjerg, que se había convertido en punto de reunión para los refugiados judíos … Después los médicos y las enfermeras se ocupaban de ellos, y yo volvía a mi barrio, a buscar a más judíos.»[16]

La vía de escape más habitual fue atravesar el estrecho y pasar a Suecia, que era neutral. Equipos de voluntarios, como el propio Knud Dyby, escoltaban a grupitos de judíos hasta el puerto de pesca de Copenhague. «Siempre se hacía por la noche. Y preferíamos el mal tiempo porque no queríamos noches claras en las que todo el mundo nos pudiera ver», cuenta Knud. Una vez llegaban al puerto, «nos escondíamos en los cobertizos que los alemanes solían usar para redes y herramientas» hasta que un pescador los llamaba para que subieran a un bote. «Yo siempre tenía miedo. Me movía sin parar y para descansar mi cuerpo dolorido, nunca tenía problemas en encontrar a daneses que me dieran alojamiento y comida sin tener que pagar nada de nada, solo para ayudarme a mí por estar en la clandestinidad.»[17]

En Dinamarca, la Iglesia también intentó proteger a los judíos. «Donde quiera que se persiga a los judíos por razones raciales o religiosas —aseveró el obispo de Copenhague, el 3 de octubre, en una inequívoca declaración de apoyo—, el deber de la iglesia cristiana es protestar contra esa persecución … Aunque en materia de religión tengamos opiniones diferentes, lucharemos por el derecho de nuestros hermanos y hermanas judíos a mantener la libertada que nosotros mismos valoramos más que la propia vida.»[18]

Debido a esta resistencia, la acción alemana del 1 al 2 de octubre fue, en gran medida, un fracaso; cuando los alemanes se presentaron en sus casas, los judíos, en su mayoría, no estaban allí. Así, de un total de cerca de 7.500 judíos daneses, no se llegó a deportar ni siquiera a 500. A los que fueron capturados por los alemanes no se los envió a los campo de exterminio del este, sino a un campo de concentración situado en territorio checo, el de de Theresienstadt; y la mayoría sobrevivió a la guerra.

La experiencia danesa del Holocausto es un caso singular. Se trató del único país dominado por los nazis en el que una gran cantidad de judíos —en torno al 95 % del total— fue salvada por sus compatriotas. No hay una explicación simple que aclare por qué ocurrió así en Dinamarca y solo en Dinamarca; se debió a una combinación de factores en un marco temporal

específico. En primer lugar, los daneses habían desarrollado, a lo largo de la historia, una cultura de cohesión contra el poderoso vecino alemán. Por otro lado, se daba una gran importancia, de forma sincera, a los derechos humanos. «Tiene que ver con lo que yo denomino la justicia y ecuanimidad de los daneses —afirma Rudy Bier, que fue salvado por sus compatriotas daneses en el otoño de 1943, cuando contaba diecisiete años—. Creo que queremos protegernos los unos a los otros y que no cedemos ni nos rendimos con facilidad.»[19] La proximidad de un país neutral también fue relevante. Suecia estaba muy cerca y ofrecía refugio inmediato, más aún después de que la radio sueca anunciara, el 2 de octubre de 1943, que el país acogería a todos los judíos daneses que lograsen atravesar la frontera.

Otro factor importante es que —aunque de los judíos que vivían en Dinamarca en aquellos años, cerca de un millar eran extranjeros— se tenía la percepción de que, en palabras de Knud Dyby, «todos [los judíos eran] daneses». Es de creer, por lo tanto, que los daneses no estaban rescatando a judíos por ser tales, sino que salvaban a sus compatriotas daneses, que por casualidad eran judíos. Si Dinamarca no hubiera impuesto tantas restricciones a acoger a judíos extranjeros durante los años treinta, y hubiera dado asilo a muchos más, cabe la posibilidad de que, en el otoño de 1943, la situación hubiese sido distinta. Como es lógico, no lo podemos saber con certeza.

Finalmente, la razón más crucial por la que tantos judíos de Dinamarca se salvaron fue la actitud de los alemanes. El rescate no habría sido posible si Werner Best, el máximo representante de Alemania en el país, no hubiera lanzado un aviso que sabía que llegaría a la comunidad judía. A ello se añade que la Armada alemana puso poco empeño en patrullar por las aguas que separaban Dinamarca de Suecia y en evitar, por lo tanto, que los judíos huyeran. «Yo siempre he sostenido —dice Rudy Bier— que si los alemanes hubieran querido frenar la operación podrían haberlo hecho con suma facilidad, porque las aguas que separan Dinamarca de Suecia son muy estrechas y de escasa longitud, y con cuatro o cinco torpederas se habría dado al traste con toda la operación.»[20] Esto no equivale a decir que todos los alemanes hicieron caso omiso de la huida de los judíos. En la zona peninsular de Dinamarca, algunos agentes de la seguridad alemana intentaron en efecto arrestar a los judíos; el empeño que se ponía dependía, al parecer, del entusiasmo concreto de cada unidad.

Sin embargo, en lo alto de la jerarquía alemana en Dinamarca, la posición era clara: Werner Best quería que los judíos escaparan. Antes de esta acción, no obstante, Best no se había mostrado nada próximo a los judíos. Era un nazi entregado que había colaborado estrechamente con Reinhard Heydrich en el diseño y la implantación de la política racial nazi en Francia, que en Dinamarca actuó por interés propio, y no por humanidad; nada indica que, de pronto, empezara a sentir compasión por la difícil situación de los judíos. Con fecha de 5 de octubre de 1943 escribió un documento para las autoridades de Berlín que nos permite adentrarnos en su pensamiento: «Dado que el fin objetivo de la *Judenaktion* de Dinamarca era desjudaizar el país, y no arrestar a un número concreto de personas, hay que concluir que la *Judenaktion* ha hecho realidad su meta».[21] En esencia, pues, Best argumentaba que, como su trabajo era dejar Dinamarca sin judíos, había cumplido con él; sencillamente, el éxito no se había logrado por medio de la deportación de los judíos a los campos de exterminio, sino al dejarlos escapar a Suecia. Podría haber añadido que la situación política danesa de Dinamarca siempre había sido distinta a la de otros países ocupados por los nazis. Los nazis, en efecto, habían permitido que los daneses administraran en gran parte la ocupación para asegurarse de que el suministro de los alimentos que entraban en el Reich desde Dinamarca no se interrumpiera; y una deportación forzosa de los judíos habría creado un mal ambiente considerable. Era muy preferible, por lo tanto —debió de pensar Best— lograr el «fin» deseado con medios más sutiles que los empleados en otros lugares.

Es probable que la iniciativa de Best obedeciera asimismo a otra razón, una que nunca habría revelado a sus compañeros de partido. Best era un hombre refinado. Tras estudiar Derecho, fue nombrado juez cuando aún no había cumplido los treinta. No es irrazonable suponer, por lo tanto, que en el otoño de 1943 ya hubiera comprendido que los nazis iban a perder la guerra y que necesitaba empezar a mejorar su currículum en lo que a los Aliados respectaba. La estrategia le salió bien, porque aun a pesar de haber colaborado estrechamente con Heydrich y de su anterior historial criminal, una vez acabada la contienda pasó muy poco tiempo en la cárcel; luego trabajó como ejecutivo de un gran conglomerado industrial alemán.

Así pues, sería erróneo creer que el ejemplo danés demuestra que, a la hora de determinar cuántos judíos sobrevivían en cada país en particular, el factor principal era la resistencia heroica. Había otro elemento más

importante: hasta qué punto, en cada caso, los nazis deseaban encontrar y deportar a los judíos. Al examinar el ejemplo de los judíos griegos, la conclusión se corrobora. En Grecia, aunque hubo varios casos de resistencia, la guerra costó la vida a cerca del 80 % de los setenta mil judíos del país.[22] En buena medida sucedió así porque, a diferencia de lo ocurrido en Dinamarca, los alemanes estaban resueltos a expulsar de Grecia a los judíos. Los judíos entraron en la zona italiana de Grecia en septiembre de 1943 y acto seguido empezaron a planear las deportaciones masivas. De inmediato se alzaron voces de protesta entre los griegos no judíos. El arzobispo Damaskinos, obispo de la Iglesia ortodoxa griega en Atenas, no solo planteó quejas formales ante los alemanes, sino que pidió a los clérigos que ocultaran a los judíos. También hubo protestas entre los profesores de la universidad de Atenas. Los alemanes respondieron clausurando la universidad y arrestando a cientos de clérigos.

Aunque en Grecia el antisemitismo no era un fenómeno desconocido, y algunas comunidades judías podían contar con pocos amigos fuera de su religión, el marco general del país era de simpatía y apoyo a los judíos. Según la conclusión de un experto en la historia del Holocausto en Grecia: «El grueso de los griegos ofreció hospitalidad a los judíos que pedían ayuda».[23]

El acto de resistencia más famoso se produjo en la isla de Zacinto. Cuando los alemanes exigieron disponer de un listado con todos los judíos de la isla, el alcalde y el obispo locales entregaron un trozo de papel que tan solo contenía dos nombres: los suyos propios. Entre tanto, los judíos se habían escondido en las casas de los isleños no judíos; eran 275 y todos ellos sobrevivieron a la guerra. No sabemos por qué razón concreta los alemanes decidieron no perseguir a los judíos de Zacinto. Es muy probable que considerasen que la cantidad de judíos de la isla no compensaba los recursos que habría que destinar a encontrarlos. Una vez más, sin embargo, el factor crucial fue que los alemanes no decidieron pasar a la acción con más rigor. El incidente de Zacinto es famoso porque todos los judíos sobrevivieron; pero en Grecia hubo muchos más casos en los que, a pesar de actos de heroísmo similares, se apresó y deportó a los judíos.

Salónica, la zona de Grecia donde el porcentaje de muertes fue mayor, estuvo bajo control alemán desde la primavera de 1941. La guerra costó la vida a unos 48.500 hombres, mujeres y niños, cerca del 95 % de los judíos de la ciudad. Tanto la gran concentración de judíos en un único lugar como

el hecho de que los alemanes tuvieran la plaza en sus manos desde dos años antes de las deportaciones ayudan a explicar que el porcentaje fuera tan elevado. A ello se añadió un tercer factor: a diferencia de lo que sucedía en otras muchas regiones de Grecia, los judíos de Salónica, en su mayoría, no estaban asimilados con la población local. Antes de la guerra había habido un grupo que, sin ser muy numeroso, alzó la voz poderosamente contra los judíos —muchos de los cuales gozaban de una posición económica sólida— y los alemanes se aprovecharon de esas tensiones.[24]

Auschwitz recibió una ingente cantidad de judíos de Grecia; en total, unos 55.000. La mayoría fueron asesinados nada más llegar y el índice de supervivencia de los demás fue ciertamente bajo. Para los judíos griegos, la dureza del clima polaco era especialmente difícil de soportar, y solo una pequeña minoría hablaba alemán, la lengua en la que se daban todas las órdenes en el campo.

La historia de los judíos griegos y daneses, en suma, pone de manifiesto una vez más que los alemanes implantaron la Solución Final de formas radicalmente distintas en países distintos. A la hora de decidir hasta qué punto querían encontrar y deportar a los judíos de cada lugar en concreto —un factor que, como hemos visto, fue crucial a la hora de determinar cuántos judíos hallaron la muerte *a posteriori*—, los alemanes, como es lógico, también sopesaban otras cuestiones. Por ejemplo: ¿en la práctica, sería fácil o difícil deportar a los judíos desde ese lugar?, ¿cuáles serían las consecuencias políticas de esas deportaciones?, ¿qué peligrosidad «racial» cabía atribuir a cada grupo de judíos en concreto?, ¿vivían esos judíos cerca o lejos del frente?

A diferencia de los judíos de Grecia, los de Dinamarca sobrevivieron, en su mayoría, en buena parte porque los alemanes (por una serie de razones) optaron por una persecución mucho menos implacable que en otros lugares. Esto no desmerece en nada, por descontado, el coraje personal de cuantos ayudaron a los judíos daneses; el heroísmo de la resistencia danesa no se empaña por ello. Pero también hay que recordar el heroísmo y coraje de los griegos que ayudaron a los judíos de su país, a pesar del hecho de que los nazis acabaran asesinando a un porcentaje muy elevado de los judíos de Grecia.

Poco antes de que los judíos daneses atravesaran el estrecho que los separaba del refugio sueco, un grupo de judíos del mayor de los campos de exterminio polacos de la Operación Reinhard planeaban la huida. En el

verano de 1943, en Treblinka, las SS estaban a punto de enfrentarse, por primera vez, a actos de resistencia armada de los internos. En los meses previos al intento de fuga todo parecía rodar bien para las SS. Al caótico gobierno de Irmfried Eberl había sucedido un nuevo régimen de orden y engaño, concebido de principio a fin para tranquilizar a los judíos a su llegada. «Convirtieron el andén al que la gente llegaba en una especie de estación de tren rural», dice Kalman Taigman, del *Sonderkommando* de Treblinka. Se pusieron carteles en los que se podía leer «primera clase, segunda clase, tercera clase» o «sala de espera». Una de las puertas se anunciaba como el despacho del «jefe de estación».[25] Otro judío recluido en Treblinka, Oskar Strawczynski, también fue testigo de la transformación del campo. «En un lugar bien visible se colgó un reloj falso, de 70 centímetros de diámetro —escribió—. Toda esta decoración, claro está, pretendía desorientar a los recién llegados, darles la impresión momentánea de que tan solo habían arribado a una estación de tránsito.»[26] Samuel Willenberg, otro interno del campo, veía con horror los trucos de las SS. Con las modificaciones, los judíos «bajaban al andén como si no pasara nada, como el que llega a un balneario. Y en cambio aquí, en este trocito de tierra, se estaba produciendo la mayor masacre que se haya visto nunca en Europa, en el mundo entero».[27] Además de transformar la zona de llegada, se ampliaron otras instalaciones del campo. «También había talleres —cuenta Kalman Taigman— con sastres que cosían ropa nueva para las SS. Había una metalistería y carpinteros y electricistas.»[28]

Pese a toda este aire de supuesta permanencia, los judíos que trabajaban dentro del campo de exterminio eran conscientes de que los alemanes tenían toda la intención de que —en palabras de Oskar Strawczynski— «no saliéramos con vida de Treblinka».[29] Movidos por este temor, un grupo de miembros de los *Sonderkommandos* empezó a planear una forma de salir del campo. En la empresa les ayudaron tanto la arrogancia de las SS como la autocomplacencia de sus auxiliares ucranianos, habituados a ver a los judíos apocados por el terror. Por otro lado, como hemos visto, las SS habían decidido que no era práctico matar a los trabajadores judíos del campo a intervalos regulares y sustituirlos por otros en bloque; para empezar, se tardaba mucho en formar a los nuevos trabajadores y enseñarles la mecánica del campo. Mantener con vida a los *Sonderkommandos* por más tiempo simplificaba la vida de las SS, pero también aumentaba el

riesgo de que estallaran revueltas; sobre todo cuando, con el paso del tiempo, la seguridad tendió a tornarse más laxa.

Por muy arrogantes que fueran los guardias de las SS, las dificultades a las que debían hacer frente los conspiradores de los *Sonderkommandos* eran inmensas. Si en las SS llegaban a sospechar que se proyectaba plantear resistencia, torturarían a los sospechosos para averiguar los detalles de la trama. Por eso uno de los organizadores del plan, el doctor Julian Chorążycki, ingirió un veneno cuando se le descubrió con una gran cantidad de dinero con la que confiaba en sobornar a uno de los guardias; prefirió suicidarse antes que arriesgarse a delatar a sus compañeros.

En el verano de 1943, los *Sonderkommandos* de Treblinka estaban cada vez más alarmados. Les preocupaba que el campo no tardara en cerrarse y que, como parte del proceso, inevitablemente, eso acarrearía también su propia muerte. El 2 de agosto se decidieron a actuar. «Estábamos hartos de aquella existencia tan penosa —escribió Yankel Wiernik, uno de los reclusos de Treblinka— y lo único que nos importaba era vengarnos de nuestros torturadores y huir … Las largas procesiones, aquellas horrendas caravanas de la muerte, aún pasaban por delante de nuestros ojos clamando por venganza. Sabíamos qué se ocultaba por debajo de la superficie del terreno. Éramos los únicos que seguíamos con vida para contar la historia. En silencio, nos despedimos de las cenizas de nuestros hermanos judíos y juramos que de su sangre nacería un vengador.»[30]

Los conjurados lograron robar armas del arsenal del campo y, la tarde del 2 de agosto, atacaron a las SS y los otros guardias. Al mismo tiempo, otros internos regaron de petróleo los edificios de madera y les prendieron fuego. Varios cientos de presos se dirigieron a la alambrada con premura. «A algunos los derribaban las ametralladoras —dice Samuel Willenberg, que logró escapar de Treblinka aquel día—. Yo pasé corriendo por encima de esos cuerpos». La valla perimetral de Treblinka no estaba electrificada y, tras cubrir la alambrada con mantas, Samuel y los otros presos saltaron y corrieron a buscar refugio en el bosque próximo, siempre bajo la artillería de los guardias. Samuel recuerda que corría «gritando como un loco: "¡Hemos prendido fuego al infierno!".»[31]

Aquella tarde unos 300 presos lograron huir, pero —como veremos— pasar la alambrada fue tan solo la primera de las numerosas dificultades a las que tenían que hacer frente los internos que escapaban de un campo de exterminio.

Sorprendentemente, las SS no corrigieron lo que había fallado en Treblinka y, menos de tres meses más tarde, se vivió una huida similar en Sobibór. Al igual que en Treblinka, los *Sonderkommandos* del campo de exterminio sabían que, cuando dejaran de ser útiles a los alemanes, los matarían. Su propia existencia dependía de que la fábrica letal siguiera en funcionamiento. Esta dicotomía trágica —solo la muerte de los otros prolongaba la vida propia— no les pasaba por alto. «Durante un tiempo había habido una pausa en los transportes —escribió Toivi Blatt, del *Sonderkommando* de Sobibór—. La comida escaseaba, y teníamos hambre, porque antes completábamos el régimen con los alimentos que encontrábamos en el equipaje de los nuevos internos. De pronto los nazis ordenaron que nos preparásemos para un nuevo transporte, que llegaría al día siguiente. Por alguna parte, en los remotos raíles de Polonia, un tren condenado iba de camino a Sobibór. Karolek [otro miembro del *Sonderkommando*] se volvió hacia mí y me dijo: "Mañana habrá comida de sobras". Yo pensé: "¿Seguimos siendo humanos?".»[32]

Entre marzo y julio de 1943, la deportación de casi 35.000 judíos neerlandeses a Sobibór llevó mucha riqueza al campo. Estos judíos, que venían directamente de los Países Bajos, habían traído comida y joyas. No era habitual que los transportes más numerosos de la Europa occidental llegaran a un campo de exterminio de Reinhard. La decisión de deportar a los judíos neerlandeses a Sobibór se tomó, probablemente, porque se acababa de enviar a Auschwitz a miles de judíos de Grecia, y a Sobibór le sobraba capacidad letal. Fuera cual fuese la causa precisa de esta decisión, es una de las razones por las que el porcentaje de judíos neerlandeses que perdieron la vida en la guerra llegó a un nivel tan alto. A diferencia de lo que ocurría en Auschwitz, donde una parte de los recién llegados eran seleccionados en la rampa para seguir viviendo como mano de obra, en Sobibór más del 99 % de los que llegaban en cada tren habían muerto a las pocas horas de llegar. De los 35.000 judíos neerlandeses enviados a Sobibór sobrevivieron menos de dos docenas. Es comprensible que los historiadores se centren en aquellos factores internos de los Países Bajos que podrían haber contribuido a incrementar el porcentaje de judíos del país fallecidos en el Holocausto —como la ya citada actitud colaborativa del funcionariado neerlandés—, pero es importante recordar que esta decisión de los

alemanes, la de enviar a los judíos neerlandeses a Sobibór, también tuvo su peso en el resultado final, aunque fuera limitado.[33]

Cuando los judíos neerlandeses entraron en el campo, muchos dieron crédito a la mentira de los nazis, según la cual se trataba de una parada higiénica. «La trampa era tan perfecta —cuenta Toivi Blatt, miembro de los *Sonderkommandos* que se ocupó de los trenes neerlandeses— que estoy seguro de que cuando estaban en las cámaras de gas y salía gas en vez de agua, probablemente pensaran que se tratara de algún simple fallo … Cuando el trabajo se acabó, cuando ya se los sacaba de los cámaras de gas para la incineración, recuerdo haber pensado que era una noche hermosa, muy tranquila y estrellada … [En aquel transporte] murieron tres mil personas. No pasó nada. Las estrellas siguen donde estaban.»[34]

En Sobibór, el desencadenante de la huida masiva fue la llegada de un grupo de prisioneros de guerra soviéticos, en septiembre de 1943, a los que se envió al campo por la razón adicional de que todos eran asimismo judíos. Unos ochenta presos que fueron elegidos para trabajar como obreros en el campo no tardaron en comprender cuál era la naturaleza singular de Sobibór. Según afirma uno de estos internos, Arkadi Vajspapir, «sabíamos que los alemanes no dejarían a nadie con vida, en particular en aquel campo».[35] Encabezados por un oficial del Ejército Rojo llamado Aleksandr Pecherski, concibieron un plan atrevido. La idea era pedir a determinados miembros de las SS que acudieran a los talleres de remiendo de zapatos y de sastrería a probarse varias cosas. Los presos creían —y acertaron en la hipótesis— que los alemanes, a los que se había citado de forma intercalada, llegarían puntuales. Cuando se sentaran a la espera de probarse los zapatos o la ropa, un preso que se había escondido allí mismo los mataría.

El 14 de octubre de 1943, los prisioneros pusieron el plan en marcha. A las 2.30 de la tarde, Arkadi Vajspapir, en compañía de otro recluso llamado Yehuda Lerner, se ocultó detrás de una cortina, en la cabaña del remendón. «El alemán vino a probarse un zapato —cuenta Arkadi—. Se sentó justo delante de mí, así que salí de donde estaba y le golpeé. Le pegué con la hoja del hacha, no sabía que había que hacerlo con el lado plano. Nos lo llevamos y lo cubrimos con una tela. Y entonces entró otro alemán, que se encontró con el cadáver. Le dio una patada y preguntó: "¿Y esto qué es? ¿Qué significa este desorden?". Y entonces, cuando comprendió [lo que estaba pasando], le pegué a él también con el hacha. Cogimos las pistolas y

salimos huyendo. Después yo estaba temblando. Tardé mucho rato en calmarme. Tenía ganas de vomitar y estaba todo salpicado de sangre.»[36]

Mientras Arkadi Vajspapir y Yehuda Lerner mataban a dos alemanes en la cabaña del zapatero, sus compañeros atacaron a otros tres miembros de las SS en la sastrería. Por la tarde, la mayoría de los hombres de las SS en el campo habían muerto, pero no así el comandante, Karl Frenzel. «Me encontré a Sasha [Aleksandr Pecherski, el líder de la revuelta] y le dije que habíamos matado a dos alemanes —dice Arkadi—. Y él dijo que tendríamos que matar a Frenzel. Ir a su habitación … Yo le dije que yo no podía. Me temblaban las manos. Me temblaba el cuerpo entero, le dije que yo era incapaz de hacerlo … lo entendió, no … me presionó. Así que ya no maté a nadie más.»[37]

Justo antes de las seis de la tarde, los prisioneros se dirigieron hacia la puerta principal. Tuvieron que hacer frente al fuego no solo de las torres de vigilancia, sino también de Frenzel, que los acometió con una ametralladora. Muchos de los internos corrieron directos hacia la alambrada, pero cuando Toivi Blatt llegó a la valla, esta se le cayó encima. «Lo primero que pensé fue: "¡Se acabó la historia!". La gente me pasaba por encima y las puntas de la alambrada me atravesaban el abrigo. Pero al final tuve una genialidad: dejé el abrigo de cuero en la alambrada, me deslicé fuera de mi propio abrigo. Eché a correr; me caí una o dos veces, y siempre pensaba que me habían dado; pero me puse en pie, no me había pasado nada y por fin [llegué al] bosque.»[38]

Al igual que en Treblinka, la mayoría de los presos que huyeron de Sobibór no lograron sobrevivir a la guerra. De los trescientos que cruzaron la alambrada del campo, quizá unos sesenta llegaron con vida a la conclusión del conflicto. Tenían que sobrevivir algo menos de dos años en el medio rural en el que muchos de ellos habían nacido: hablaban la lengua, conocían el paisaje. Y sin embargo la mayoría falleció. Las causas son complejas, pero la experiencia de Toivi Blatt ofrece un buen resumen de muchas de las dificultades a las que se enfrentaban los huidos. Él tenía claro, por ejemplo, que haber llegado al bosque no era lo mismo que gozar de «seguridad», porque el bosque «no era nada seguro».[39] Corría el riesgo de que los alemanes que habían salido en su persecución lo atraparan, o de caer en manos de campesinos locales que a cambio de entregarlos recibirían una recompensa; además le inquietaba la idea de encontrarse con grupos de

«bandidos» armados, esto es, grupos de polacos que habían buscado refugio en el bosque y vivían de robar a los demás.

Toivi habría deseado poder quedarse con Sasha, el oficial del Ejército Rojo que había encabezado la rebelión, porque con él se sentía protegido. Pero al día siguiente de la huida Sasha anunció que él y otros ocho miembros de su unidad irían en solitario. «Sasha dijo: "Ahora tenemos que averiguar dónde estamos, así que un grupo iremos a examinar la zona y quizá comprar comida" —recuerda Toivi—, y nos ordenó darle un poco de dinero … nos prometió que volvería, sencillamente, y se marchó y no volvió nunca.»[40] Toivi quedó desolado. Tras la guerra se peleó con Sasha por lo que había pasado: le dijo que, aunque siempre sería un héroe —«no solo para mí, sino también para otros supervivientes»—, había «hecho algo que creo que no deberías» haber hecho, porque «te llevaste a nueve personas con nueve armas y nos dejaste sin casi nada. Él me dijo: "Óyeme, yo era un soldado, mi primera obligación era la de volver al ejército". Me lo explicó como un poco avergonzado, pero aun así dijo: "Yo era un soldado y de los soldados se esperaba que volviéramos"». Sasha dirigió el grupo armado hacia el este y logró establecer contacto con guerrilleros soviéticos. «Solo los que se agrupaban podían sobrevivir —cuenta Arkadi Vajspapir, que estaba en la unidad de Sasha—. Lo único que nos podía ayudar a sobrevivir era mantenernos juntos, todos, los nueve. Entre nosotros había mucha gente valiente y atrevida, pero no tan respetados como Sasha.»[41]

Al salvar a sus camaradas, sin embargo, Sasha dejó al resto del grupo —unos cuarenta fugitivos— sumido en la confusión. Se formaron grupitos que se pelearon unos con otros. Sin los jefes, algunos de los más fuertes querían prescindir de los más débiles. Al final, Toivi y otros dos se separaron del grupo principal y emprendieron camino hacia Izbica, su pueblo natal. Como ya se acercaba el invierno, debían hallar refugio con urgencia. Cuando por fin llegaron a Izbica, Toivi se acercó a una aldeana, que sabía que había sentido veneración por su padre, y le rogó que los escondiera. La mujer se negó, por temor a las represalias; alegó que ya se habían llevado a su marido a Auschwitz y quería salvar a su hijo. «Por el terror que se le pintaba en la cara —escribió Toivi—, no me cupo duda de que para ella éramos una plaga mortal, la Peste Negra del siglo XX.»[42]

Siguieron adelante y encontraron a un campesino que, a cambio del oro y las joyas que habían traído del campo, estaba dispuesto a ocultarlos en una fosa situada en la parte de atrás de su granero. Pero a este aldeano solo le

interesaba lo que pudiera ganar con ellos y, después de varios meses —y de haber «pedido prestada» gran parte de su ropa— intentó matarlos con ayuda de unos amigos. Toivi pudo escapar porque, después de recibir un tiro que en realidad solo le hizo un rasguño en la mandíbula, se hizo el muerto. Tras escapar de aquella granja, Toivi se ocultó en una fábrica de ladrillos que había quedado en ruinas, y vivió de la comida que le iban trayendo algunos conocidos. Pero aquí corría casi tanto peligro como en manos del granjero asesino. A veces salían del bosque grupos armados que registraban la zona; algunos eran guerrilleros, otros simplemente bandidos. A Toivi le daban miedo los dos. Muchos guerrilleros eran antisemitas; un grupo, aunque incluía a varios amigos de la infancia, rechazó que Toivi se incorporase a la unidad por la sencilla razón de que era judío.

Toivi se acercó a su antigua maestra y le rogó que le ayudara. Ella respondió que tenía miedo, porque poco antes los alemanes habían apresado a un judío y lo habían torturado para que revelase los nombres de cuantos le habían echado una mano. Toivi se dio la vuelta para seguir su camino, pero la mujer se compadeció y le dio una hogaza de pan. A la postre, fuera de Izbica, Toivi se encontró con un campesino al que conocía desde la infancia. Este hombre aceptó que Toivi se alojara con él a condición de que fingiera ser polaco (no judío) y que cuidara de las vacas.

Toivi gozó de la protección de este campesino hasta que el Ejército Rojo liberó Polonia. «Tendría que haberme puesto a dar saltos de alegría —escribió Toivi sobre la forma en que reaccionó al haber sobrevivido a la guerra—. Entonces, ¿por qué sentía tanta tristeza, una pena tan profunda, un vacío tan grande en el alma? Todo lo que mi instinto de supervivencia había ahogado, me golpeaba entonces con toda la fuerza. Había perdido a mis seres queridos, había perdido mi mundo. Me sentía vacío, triste y solo.»[43]

Echando la vista atrás, Toivi cree que el antisemitismo tenía «tres ingredientes básicos», y que en la Polonia de los años de guerra se podían encontrar los tres: «Los prejuicios religiosos, que eran muy poderosos, en Polonia; los problemas económicos y sociales —desde luego el país pasaba por problemas—, y lo más fácil, claro, era apuntar con el dedo a los judíos; y en tercer lugar, la simple envidia: en su mayoría, los judíos se ganaban la vida por sus propios medios».[44] Pero Toivi también acepta que, aunque el antisemitismo era muy general, si sobrevivió a la guerra fue solo por la amabilidad de cierto número de católicos polacos.

La historia de Toivi Blatt pone sobre la mesa muchos de los problemas a los que los judíos polacos tuvieron que hacer frente incluso después de escapar de manos de los alemanes. Como las comunidades judías habían quedado destruidas, no les quedaba ningún sitio seguro en el que esconderse; no había ya otros judíos en los que pudieran confiar. Además, un decreto alemán del 15 de octubre de 1941 aseguraba que los alemanes no ejecutarían tan solo a los judíos que hallaran fuera de un campo o un gueto sin permiso, sino también a cualquier polaco que los hubiera ayudado. Darle un chusco de pan a un judío podía costarte la vida, si te atrapaban. Por otro lado, los judíos estuvieron sometidos al posible chantaje de los polacos no judíos, y a menudo, para contar con refugio tuvieron que abonar sumas muy elevadas. Es decir, los judíos que carecían de recursos económicos eran especialmente vulnerables. Las mujeres judías que necesitaban esconderse corrían el peligro, en particular, de sufrir abusos sexuales. Por otra parte, a los polacos se les ofrecían muchos incentivos para que denunciaran a los judíos. En algunas zonas del Gobierno General, por ejemplo, cualquier polaco que denunciara a un judío podía contar con recibir, como recompensa, hasta un tercio de las propiedades de aquel judío.[45]

Israel Cymlich se escapó, en abril de 1943, de un campo de trabajo próximo a Treblinka y —al igual que a Toivi Blatt— no le resultó nada fácil sobrevivir en la Polonia ocupada por los nazis. Logró trasladarse a Varsovia, pero pronto llegó a la conclusión de que, incluso si un judío conseguía pasar la alambrada del gueto, «en muchos casos, al no poder hallar refugio, derrotado por el hambre y habiendo comprendido que su situación era desesperada, esa persona se entregaba voluntariamente a la policía».[46]

Pero esta es tan solo una parte de la historia, porque Israel Cymlich —de nuevo, al igual que Toivi Blatt— salvó la vida gracias a la compasión de polacos no judíos. Una pareja polaca, los señores Kobos, lo acogieron en el ático de su casa, en Varsovia, donde le dejaron quedarse incluso cuando se le había acabado ya todo el dinero. Arriesgaron la vida, movidos por la convicción de que hacían lo correcto. Israel Cymlich escribió que se quedó «asombrado» por «el hecho de que aquella gente hiciera tanto por mí y me mantuvieran durante tanto tiempo; eran gente muy pobre, fue una carga colosal».[47]

Muchos polacos no judíos ayudaron a los judíos, empleando a menudo métodos ingeniosos. El doctor Eugene Lazowski, por ejemplo, logró convencer a los alemanes de que en la zona de Rozwadów había una epidemia de fiebre tifoidea. Lo hizo inyectando a la población (entre esta, muchos judíos) con una sustancia segura que, sin embargo, daba positivo en las pruebas de laboratorio, de forma que los alemanes realizaron análisis sanguíneos y se creyeron que el distrito estaba en efecto infectado. De resultas, los alemanes se mantuvieron alejados de la zona y miles de judíos y polacos evitaron la deportación.[48]

En Varsovia, unos 28.000 judíos desafiaban la regulación alemana y vivían fuera del gueto. En su mayoría lo hacían ocultos en casa de polacos no judíos. De ese total de 28.000, unos 11.500 sobrevivieron a la guerra. Un estudio verosímil calcula que prestó asistencia a los judíos entre el 7 y el 9 % de la población no judía de Varsovia, es decir, entre 70.000 y 90.000 personas.[49] La estadística desmiente el estereotipo facilón según el cual los polacos no se esforzaron por ayudar a los judíos. En realidad, según la conclusión de un experto, el índice de supervivencia de los fugitivos judíos en Varsovia «no fue muy inferior al observado en un país de la Europa occidental como los Países Bajos».[50]

Hay que hacer una valoración similar, también matizada, sobre la acción de las fuerzas de resistencia que lucharon dentro de Polonia, y en particular del Ejército Nacional. Aunque muchas unidades del Ejército Nacional, sin lugar a dudas, eran antisemitas, también hubo unidades que aceptaron a judíos en sus filas. Samuel Willenberg, por ejemplo, que había escapado de Treblinka, se incorporó al Ejército Nacional y participó en el levantamiento de Varsovia del verano de 1944. Recuerda que se arriesgó al revelarle a polacos no judíos que él era judío, pero en todo caso quería «morir bajo mi propio nombre». Aunque, a su entender, «en el Ejército Nacional había personajes inquietantes», la sección concreta a la que él pertenecía estaba formada por «gente agradable» a la que, aunque «sabían que yo era judío», esto no les supuso ningún problema.[51]

El Ejército Nacional también ayudó, de vez en cuando, a combatientes de la resistencia judía. Así, les dieron algunas de las armas que se usaron en el levantamiento del gueto de Varsovia, aunque algunos judíos entendían que deberían haberles dado un apoyo mucho mayor. Lo cierto es que, como ha afirmado un estudioso, «como el Ejército Nacional era una organización que aglutinaba a una serie de organizaciones polacas muy diversas entre sí

—ascendían a más de 300.000, procedían de todas las regiones del país e iban del socialismo al nacionalismo—, su actitud y comportamiento en relación con los judíos fueron sumamente diversos.[52] La historia, como pudo vivir en primera persona Samuel Willenberg, era heterogénea.

A lo largo de 1943, los líderes nazis comprobaron que la moral de la población alemana seguía menguando. El bombardeo incendiario de Hamburgo, por parte de la RAF [fuerza aérea británica], a finales de julio, tuvo un efecto devastador: murieron 40.000 alemanes, es decir, más que la suma de todos los británicos que perdieron la vida durante el *Blitz* [bombardeo alemán sobre Inglaterra]. «Los daños de Hamburgo fueron enormes —dijo Albert Speer, el ministro de Armamentos nazi, una vez acabada la guerra—, los mayores que habíamos sufrido en ninguna incursión, en especial por los edificios en llamas. La población cayó en una depresión extraordinaria.»[53] En tales circunstancias, Hitler consideraba esencial que los jefes nazis mantuvieran la firmeza. Según afirmó en un discurso del 10 de septiembre, «el partido debe dar ejemplo en todo».[54] Estas palabras traslucen, obviamente, una preocupación concreta: la de que algunos nazis quisieran seguir el ejemplo de Italia y abandonar la guerra.

Himmler tenía un recurso para contrarrestar este derrotismo: dar a conocer en círculos más amplios el exterminio de los judíos. Este crimen, que hasta aquel momento se había estado perpetrando con el mayor secretismo, pasó a ser tema de conversación en reuniones a las que asistieron más de un centenar de jefes nazis. Era un giro radical, pero se fundamentaba en una intención clara: cuando muchos más nazis tuvieran conocimiento de la gravedad de las atrocidades cometidas en su nombre, ¿acaso les quedaría otro remedio que «quemar las naves» y no rendirse jamás? La élite italiana —el rey y algunos fascistas de primer nivel— habían podido distanciarse de la contienda sin haberse manchado las manos por el crimen del asesinato colectivo; pero para los líderes nazis en general, esta posibilidad estaba descartada.

En octubre de 1943, Heinrich Himmler pronunció dos discursos en Posen, en Polonia; uno frente a noventa jefes destacados de las SS, otro ante figuras principales del partido, entre ellos numerosos *Reichsleiter* y *Gauleiter*. En estos discursos Himmler abordó con franqueza el exterminio de los judíos y, por lo tanto, convirtió a todos cuantos le escuchaban en copartícipes de la conspiración. Por ejemplo, el 6 de octubre les dijo a los

*Reichsleiter* y *Gauleiter*: «Yo mismo no veía razonable erradicar a los hombres [judíos] —quiero decir matarlos u ordenar que los mataran— y dejar que sus hijos crecieran y se vengaran contra nuestros hijos y nietos. Había que tomar la dura decisión de hacer que este pueblo desapareciera de la faz de la Tierra. Para la organización que debía desempeñar esta tarea, fue la decisión más difícil que hayamos tenido que tomar nunca».[55] Himmler difícilmente podría haber sido más explícito.

Además de poner al corriente a los líderes nazis de la gravedad de sus culpas colectivas, Himmler ansiaba acelerar la operación de exterminio en los campos de Reinhard. Las revueltas de Treblinka y Sobibór, junto con la resistencia de los judíos de una serie de guetos —Varsovia en abril, pero después también Białystok, en agosto—, habían reforzado su deseo de centralizar gran parte del proceso asesino en Auschwitz, la instalación más segura de todas.[56] En su resolución influyeron también temas burocráticos: quería eliminar la posibilidad de que los judíos de la zona pudieran ser utilizados como mano de obra forzada por ninguna organización alemana distinta a las SS.[57] En consecuencia, en octubre de 1943 le dijo a Friedrich-Wilhelm Krüger, el jefe de la policía y las SS en el Gobierno General, que acabara con los campos grandes que aún funcionaban en el distrito de Lublin.[58]

La orden de Himmler relativa a Majdanek, por la que se asesinó a los últimos judíos que aún quedaban en este campo de los alrededores de Lublin, se llevó a cabo en noviembre de 1943, en una serie de masacres conocidas con el nombre de matanzas de la Operación Festival de la Cosecha. Henryk Nieścior, que en ese momento estaba en Majdanek como preso político, fue testigo de los preparativos del crimen. «Cerca del crematorio del Campo V [las diversas zonas del interior de Majdanek llevaban el nombre de "campos"], a finales de octubre de 1943, los alemanes hicieron cavar fosas a los judíos, en forma de zigzag.»[59] Recordaba que los alemanes intentaron tranquilizar a los judíos asegurándoles que esas fosas no eran nada siniestro: simples obras defensivas, necesarias porque el frente estaba cada día más cerca. El 3 de noviembre, los alemanes ordenaron a todos los judíos de Majdanek que dieran «un paso adelante» y, una vez separados del resto de presos, los llevaron a la zona de las fosas; poco después, las SS empezaron a derribar a los judíos con ametralladoras mientras se hacía sonar música a gran volumen a través de los altavoces del campo.

En Majdanek también se asesinó a judíos de los campos adyacentes. Se los distribuía en grupos reducidos, se les hacía estirarse dentro de fosas y se les fusilaba allí mismo. El grupo al que se iba a asesinar a continuación debía tumbarse por encima de los cadáveres de los que acababan de ejecutar, y entonces se abría fuego contra ellos. No todo el mundo moría de inmediato; para ahogar sus gritos —y los de los otros judíos, que estaban a punto de morir— dos «coches radio» emitían música popular a todo volumen.[60] El 3 de noviembre se mató en Majdanek a cerca de 18.000 personas; la cifra más alta de asesinatos en un campo de exterminio en un único día. De nuevo, esta masacre nos recuerda que para matar colectivamente las cámaras de gas no eran imprescindibles.

El conjunto de la Operación Festival de la Cosecha también incluyó matanzas en dos campos próximos, Trawniki y Poniatowa. En Poniatowa, varios judíos se resistieron al intento de matarlos. Lograron hacerse con algunas armas y abrieron fuego contra sus carceleros, pero los alemanes incendiaron los barracones en los que habían buscado refugio y los quemaron vivos. Estos actos de resistencia heroica tan solo habrían servido para confirmar a Himmler en su idea de que era preciso liquidar a los judíos de esos campos. En total, unos 43.000 perdieron la vida de resultas de la Operación Festival de la Cosecha.

Treblinka y Sobibór dejaron de funcionar como campos de exterminio hacia las mismas fechas. Los dos fueron desmantelados y se intentó borrar todas las huellas de los crímenes allí perpetrados. Los nazis siempre habían considerado estos campos —junto con Bełżec, la primera instalación fija de la Operación Reinhard— como lugares transitorios; y como por entonces apenas quedaban judíos con vida en el Gobierno General, y Auschwitz tenía una capacidad letal más que adecuada para los judíos de la Europa occidental, no había necesidad de que siguieran existiendo. Bełżec había dejado de ser un foco de masacres en diciembre de 1942 y en verano de 1943 había quedado desmantelado por completo. En Treblinka, el último transporte llegó en agosto de 1943, dos semanas después de la revuelta, y el campo fue destruido durante el otoño. El último de los campos de Reinhard en ser desmantelado fue Sobibór. Y como los presos que no habían logrado huir habían sido asesinados un día después de la rebelión, se envió a un *Sonderkommando* nuevo a desarmar el campo. Cuando sus miembros completaron la labor encomendada, también los asesinaron.

En diciembre de 1943 no quedaba rastro de todos esos campos; en su lugar había granjas y tierras de cultivo. «Por razones de vigilancia —escribió Globocnik a Himmler— se ha creado una pequeña granja en cada uno de los campos, ocupada por un guarda. Hay que pagarle una pensión regularmente para que pueda mantener la granja.»[61] Sin embargo, los nazis se encontraron con un problema más difícil de resolver: una gran parte de la población local sabía qué había estado pasando. Muchos creían que las joyas, el oro y los demás objetos de valor que habían traído los judíos asesinados estaban escondidos bajo la tierra y entre las cenizas del lugar. Así pues, una de las funciones adicionales del «granjero» era impedir que los lugareños acudieran a escarbar en busca del botín.

La Operación Reinhard había concluido oficialmente. El 30 de noviembre de 1943, Himmler escribió a Globocnik para darle las gracias por los «grandes y singulares servicios que habéis prestado al pueblo alemán al llevar a cabo la Operación Reinhard».[62] En total, entre marzo de 1942 y noviembre de 1943, la acción había costado la vida a cerca de 1,7 millones de personas. La gran mayoría habían muerto en Bełżec, Sobibór o Treblinka.

Cuando se buscan imágenes emblemáticas del Holocausto, lo más habitual es que se utilice Auschwitz. En la memorialización del crimen, Auschwitz posee una centralidad casi omnipresente. En Gran Bretaña, el Holocausto, que tiene un día dedicado a su recuerdo, se conmemora en la fecha en la que se liberó Auschwitz. Desde luego, como veremos, Auschwitz acabó siendo el más letal de los campos de exterminio. Pero se corre el peligro, sino de olvidar esos tres campos de Reinhard —Bełżec, Sobibór y Treblinka—, al menos sí de subestimar su importancia. A los nazis les habría complacido que así fuera. No querían que nadie recordara esos lugares. Pero en muchos aspectos, son estos campos los que simbolizan la singularidad del crimen: bastó con un puñado de alemanes para dirigir el asesinato de 1,7 millones de personas. Todas y cada una de esas personas perdieron la vida no por nada que hubieran hecho, sino por el azar de quiénes habían sido sus abuelos. Primero se eliminó sus vidas de la faz de la Tierra, luego se intentó borrar también todas las huellas de los lugares en los que se los había asesinado. En la memorialización del Holocausto no se ven imágenes de Bełżec, Treblinka o Sobibór porque, para empezar, no hay imágenes que puedan mostrarse de esos campos. En cierto sentido, este hecho —al lado de tantos otros— pone de relieve el carácter

especialmente lúgubre del crimen. Los asesinados desaparecieron, y los lugares en los que murieron también se los hizo desaparecer.

En cuanto a los criminales más destacados, se apresuraron a abandonar la escena. En septiembre de 1943, Globocnik se marchó al norte de Italia, donde había sido nombrado jefe supremo de la policía y las SS en la zona. Se llevó consigo a muchos de los que habían colaborado en la conspiración, entre ellos a Christian Wirth y Franz Stangl. En Trieste, una región que el Reich se había anexionado, no tardaron en hallar empleo a su peculiar talento: en Risiera di San Sabba (una fábrica situada en el sur de la ciudad) ayudaron a crear una de las cárceles y campos de concentración de más triste fama del Mediterráneo. La mayoría de los que perdieron la vida allí no eran judíos, sino partisanos. En Risiera di San Sabba se asesinó por lo menos a tres mil personas; en su mayoría, moliéndolos a palos o sometiéndolos a un pelotón de fusilamiento en el patio del edificio. Al igual que en Majdanek, para ahogar el ruido de la matanza se hacía sonar música a todo volumen. Desde abril de 1944, los cadáveres de los asesinados se incineraban en un crematorio levantado *in situ* para ese fin por Erwin Lambert, que antes ya había construido cámaras de gas no solo para el programa T4 sino también para Sobibór y Treblinka. Las cenizas de los difuntos se arrojaban al puerto próximo.[63]

Franz Stangl, antiguo comandante de Treblinka, creía saber la razón por la que él y otros implicados en la Operación Reinhard habían sido enviados a una zona tan peligrosa, designada directamente como *Bandenkampfgebiet*, «zona de combate contra los bandidos». «Comprendía muy bien —dijo después de la guerra— que éramos un problema para la cúpula, que ansiaba encontrar el modo de "incinerarnos". Así que nos asignaron los trabajos más arriesgados; cualquier cosa que tuviera que ver con la guerra de guerrillas en ese rincón del mundo era muy peligrosa.»[64] Pero aunque es cierto que los partisanos mataron a Christian Wirth en mayo de 1944, tanto Stangl como Globocnik sobrevivieron a la guerra; Globocnik por pocos días, porque poco después de que los británicos lo apresaran, el 31 de mayo de 1945, se suicidó. En cuanto a Franz Stangl, huyó a Sudamérica, donde finalmente lo arrestaron en 1967. La República Federal de Alemania lo condenó a cadena perpetua.

La era de los campos de Reinhard había terminado. Pero el período más infame en la vida de Auschwitz —el que convertiría a este lugar en el

centro de la masacre más numerosa de toda la historia— estaba a punto de empezar.

# 16

# Auschwitz (1943-1944)

Solo a partir de este momento Auschwitz adquirió carácter de centralidad en el Holocausto. Pero es importante recordar que incluso después de que se abrieran los nuevos complejos de cámaras de gas en Birkenau —que ampliaron enormemente la capacidad asesina del campo—, Auschwitz siguió desempeñando una diversidad de funciones dentro del Estado nazi, y no solo la del exterminio.

Una de las funciones más sorprendentes —dada la realidad de lo que ocurría allí— era proporcionar a los nazis una posible coartada propagandística. A principios de septiembre de 1943, se envió a cinco mil judíos a Auschwitz Birkenau desde Theresienstadt, al noroeste de Praga.[1] Fueron un caso único entre los reclusos judíos, porque se les permitió vivir en uno de los «campos familiares» de Birkenau. Aunque los hombres vivían en barracones separados de los de las mujeres, a los niños no se los envió directamente a las cámaras de gas, sino que podían vivir con uno de sus progenitores. Se dijo a los judíos que escribieran postales para los parientes que seguían recluidos en el campo de Theresienstadt. La idea era que, cuando el personal de la Cruz Roja pasara revista en Theresienstadt, creyera, por esta artimaña, que Birkenau era un simple campo de trabajo. Varios meses más tarde, cuando los nazis ya los habían usado para este fin, casi todos los judíos del campo familiar fueron asesinados en las cámaras de gas.

Otra función de Auschwitz, que diferenciaba este lugar de los campos de Reinhard, fue el peso creciente de la experimentación médica. El más infame de los médicos de Auschwitz llegó al centro en la primavera de 1943. La «investigación» del doctor Josef Mengele en los ámbitos de los

gemelos y enanos conmocionó al mundo cuando se conoció hasta dónde había llegado su crueldad. Para su labor contó con la ayuda de varios prisioneros. Entre ellos estuvo el polaco Wilhelm Brasse, que había sido enviado a Auschwitz en 1940, como preso político, cuando contaba veintidós años; en 1943, por lo tanto, era uno de los reclusos que más tiempo llevaba en el campo. Por formación era fotógrafo, y precisamente esta experiencia era la que interesaba a los médicos alemanes de Auschwitz. «Hablé con el doctor Mengele —cuenta Wilhelm—. Me explicó que me enviaría mujeres, mujeres judías, mellizas y trillizas y de toda clase de casos, y quería fotos para mostrar la persona al completo, por delante, de lado, de perfil y de espalda. Desnudas, por lo tanto … Estas mujeres estaban muy avergonzadas y acobardadas. Las niñas estaban terriblemente acobardadas, tenían miedo incluso de hablar la una con la otra. Por su aspecto eran jóvenes, chicas jóvenes que empezaban a desarrollarse; en pleno crecimiento. [Mengele] las cogía de los trenes … A mí me daba vergüenza, era doloroso y desagradable.» Algunas de las fotos que Wilhelm Brasse tomó eran de imágenes espantosas. «[Mengele] me explicó que me enviaría, del campo gitano, un caso de cáncer acuoso. He olvidado el otro nombre de esta enfermedad, el que le dan los profesionales [una enfermedad llamada *noma*, que era muy habitual en el campo gitano] … Enviaron a una joven gitana que tenía ese cáncer en la cara, el cáncer acuoso, y le podías ver toda la mandíbula, le veías el hueso, y [Mengele] me explicó que había que fotografiarla de perfil para que el hueso se viera bien … Todo eso sigo teniéndolo delante de los ojos, no se me borra. Después de la guerra tuve sueños repetidos o bien de alguien que me traían del doctor Mengele o que me buscaban para fusilarme.»[2]

El doctor Mengele y sus actividades han dominado el recuerdo público de la corrupción de los ideales médicos en Auschwitz. Es fácil comprender por qué. Mengele tenía treinta y dos años cuando llegó a Auschwitz; era un hombre apuesto y veterano de guerra condecorado. Era un hombre valiente, sin duda —había obtenido la Cruz de Hierro por rescatar a dos soldados de un tanque en llamas— y su aspecto era siempre impecable. Los supervivientes comentan a menudo, por ejemplo, su uniforme inmaculado y sus botas relucientes. Era el caso contrario a la imagen caricaturesca de un asesino de las SS, sudoroso y con la cara enrojecida.

Mengele era acérrimo del nazismo. Se había incorporado al partido en 1937 y había mostrado su compromiso con la causa nacionalista antes

incluso de que Hitler llegara al poder. También era un racista convencido, seguro de pertenecer a una raza suprema. Pero en la historia previa de Mengele, antes de Auschwitz, nada sugiere que poseyera un sadismo descomunal, el sadismo que puso de manifiesto en el campo. Parecía disfrutar del poder que ostentaba durante las selecciones, no solo en la rampa, sino también en los barracones hospitalarios, donde elegía qué internos iban a morir.

Para Mengele, Auschwitz fue un patio en el que jugar libremente a los médicos. Podía imaginar los experimentos médicos que le pasaran por la cabeza, con el único límite de su imaginación, para desarrollar su investigación «racial». Siempre le interesó en particular la genética, y cómo se transmiten los genes en el seno de la familia; por eso le gustaba especialmente experimentar con mellizos. Vera Alexander, una *Kapo* que cuidaba de los mellizos seleccionados por Mengele, recuerda que a menudo volvían al bloque chillando de dolor tras recibir sus «atenciones». Vera pudo observarlo de cerca y afirma que, sencillamente, es incapaz de «entender su crueldad».[3] Los mellizos tenían una ventaja inigualable para los intereses de Mengele: cuando había completado su experimento sobre uno de ellos, ordenaba matar a los dos y podía diseccionar los cuerpos y comparar a gusto. Como dijo el doctor Miklós Nyiszli, un preso que ayudaba al doctor Mengele: «¿Dónde, en qué circunstancias normales, puede uno encontrar mellizos que mueran en el mismo lugar y al mismo tiempo?». Sin embargo en Auschwitz «había varios cientos de mellizos y, por lo tanto, el mismo número de posibilidades de disección».[4]

Mengele no fue el único médico que hizo experimentos en Auschwitz. En un edificio médico con equipos específicos, por ejemplo, tanto el profesor Carl Clauberg como el doctor Horst Schumann realizaron estudios sobre la esterilización. Wilhelm Brasse, que hizo fotografías para Mengele, también fotografió mujeres anestesiadas que habían sido sometidas a esos experimentos de esterilización. Las mujeres tenían que sentarse en una silla ginecológica especial y los médicos «estiraban la vagina y sacaban el útero con fórceps, mientras yo sacaba fotos de todo ello. No de la persona entera, sino solo de los órganos sexuales y el útero. En varios casos usé película de color. No la revelábamos en nuestro laboratorio porque no teníamos un laboratorio de revelado en color, la enviábamos a Berlín … Para mí, era lo peor, tener que ver aquellas cosas tan horribles. Me habían informado de

que, en muchos casos, esas mujeres operadas morían [luego] por una inyección [letal]».[5]

Carl Clauberg había sido profesor de Ginecología en la universidad de Königsberg y, como Mengele, era acérrimo del nacionalsocialismo. Himmler se había interesado por sus trabajos y había dado su aprobación personal para que utilizara Auschwitz como laboratorio de experimentación humana. Como hemos visto antes en esta historia, la esterilización siempre había interesado mucho al *Reichsführer SS*. En sus experimentos, Clauberg inyectaba diversas sustancias a las mujeres, para impedir la fertilización. «Las mujeres sufrían dolores terribles y tenían mucha fiebre —cuenta Silvia Veselá, una judía eslovaca que ayudaba a Clauberg—. Yo les tomaba la temperatura, hacía radiografías, cosas así.»[6]

Mientras Clauberg experimentaba con el uso de inyecciones, su colega el doctor Schumann daba dosis masivas de radiación a sus sujetos. Silvia Veselá recuerda que «se probaba qué impacto tenía la intensidad de los rayos X en el intestino delgado. Decir que era espantoso es poco. Aquellas mujeres vomitaban sin parar. Era realmente terrible».[7] Durante el tiempo que estuvo en Auschwitz, Silvia confiesa que se volvió emocionalmente insensible al padecimiento: «Si te pegan demasiado fuerte, al cabo de un rato ya no sientes nada. ¿Conoce esa sensación? No, no la puede conocer, porque nadie le ha tratado así. Pero como le decía antes: si te pegan demasiado fuerte, al cabo de un rato ya no sientes nada, te vuelves apático. Era la única salvación … volverse apática».[8] Ella misma se vio obligada a participar en una de las pruebas médicas de Clauberg. «Estaba enferma y experimentaron conmigo … Por desgracia, después de la guerra, cuando me casé, aun a pesar de esos experimentos me quedé embarazada. Tuve que pasar por un aborto absolutamente odioso. Los médicos me dijeron: "¡Y ya ha sido bastante! ¡No se atreva a quedarse embarazada otra vez!".»[9]

Los experimentos médicos con los internos no fueron exclusivos de Auschwitz. También participaron médicos de otros campos de concentración. Poco después de que la guerra empezara, varios médicos de Sachsenhausen expusieron a internos al gas mostaza para medir el efecto del veneno. Algunos de los experimentos más nefandos se desarrollaron en Dachau, bajo la supervisión del doctor Sigmund Rascher. En 1942 se encerró a presos en cámaras selladas para comprobar cuánta presión podían soportar sus cuerpos. Otros reclusos fueron arrojados a agua helada para

evaluar cuánto tiempo podían sobrevivir las tripulaciones que, al ser derribadas, caían en mares gélidos.

Para la Luftwaffe, estos experimentos podían ser muy valiosos, claro está. Pero en las fuerzas aéreas alemanas no todo el mundo estaba contento con hacer experimentos mortales con seres humanos. Cuando, en octubre de 1942, el doctor Rascher presentó sus descubrimientos a figuras destacadas del Ministerio del Aire, pudo comprobar que entre el público había cierto desasosiego. Justo antes de la reunión, Himmler se había situado al respecto en una carta enviada al doctor Rascher: «Creo que quienes objetan a esos experimentos humanos incluso en nuestros días, que preferirían que los soldados alemanes murieran por efecto de esa hipotermia, son culpables de alta traición, y no me abstendré de mencionar los nombres de esos caballeros a las autoridades pertinentes».[10] De hecho, hay pruebas de que Himmler intentó que Hitler diera su aprobación a esos estudios, y Hitler declaró que «en principio, en lo que atañe al bienestar del Estado, hay que tolerar la experimentación con humanos».[11]

En uno de los episodios más desagradables y estrafalarios de la experimentación nazi con seres humanos, el doctor Rascher intentó revivir a un prisionero que había quedado inconsciente tras ser expuesto a la congelación poniéndolo entre dos reclusas desnudas. La idea la había sugerido Himmler, que consideraba que «la mujer de un pescador bien podría meterse en la cama con su marido medio congelado y revivirlo de ese modo».[12]

En Dachau y Sachsenhausen, muchos de los presos elegidos para la tortura de la experimentación médica no eran judíos, pero esto no es de extrañar, dado que a principios de 1943 había menos de cuatrocientos judíos en los campos de concentración del Reich que se habían construido antes de la guerra.[13] Incluso en Auschwitz, como hemos visto, el doctor Mengele seleccionaba para la muerte por igual a los sintis y romaníes que a los judíos. Para alguien como Mengele, la ideología nazi justificaba toda una serie de proyectos asesinos, desde el exterminio de los judíos a experimentos médicos mortales. Todo formaba parte de un mundo en el que los profesionales de la medicina eran los árbitros de la vida y la muerte en el seno del Estado racial.

Por entonces, Auschwitz se había convertido en una empresa colosal que llevaba a cabo diversas funciones con distintos objetivos, cuyas líneas de separación, a veces, eran difusas. Tal fue el caso, sin duda, del trato que se

dio a los presos políticos polacos. La historia personal de Tadeusz Smreczyński, por ejemplo, pone de manifiesto que el sufrimiento de los polacos no judíos se equiparó, en las cámaras de gas de Birkenau, al de los judíos. Tadeusz tenía quince años cuando los alemanes invadieron Polonia, en septiembre de 1939. Vivía con su familia en Zator, a tan solo unos kilómetros de Auschwitz. Los alemanes impidieron que polacos como él siguieran recibiendo una educación, con lo que se vio obligado a abandonar la escuela. En septiembre de 1940, con dieciséis años, fue enviado a Alemania a hacer trabajos forzosos, pero en noviembre escapó y huyó a Cracovia, donde se alojó con una tía. Cinco meses más tarde regresó a Zator, con la esperanza de que los alemanes se hubieran olvidado de él. Además, por propia iniciativa, empezó a actuar en contra de los alemanes. Ayudaba a quien podía a cruzar la frontera próxima entre la Alta Silesia, que se había incorporado al Reich poco antes, y el Gobierno General. También creó panfletos con críticas a los alemanes. En diciembre de 1943 desarrolló un plan para socorrer a polacos encarcelados en los campos próximos y, como primer paso, entregó varias cartillas de racionamiento de pan a un amigo. «Se trataba de hacerse con algo de pan —dice Tadeusz— y pasárselo a los presos cuando los de las SS no estuvieran por los alrededores. Yo le conseguí esos cupones. Por desgracia tenía tendencia a beber de más y se vio envuelto en una pelea en la estación de tren de Auschwitz; lo detuvieron y le encontraron los cupones. Luego me dijo que le habían dado una paliza y no había tenido más remedio que revelar que yo había huido de Alemania, estaba distribuyendo los panfletos y ayudaba a los fugitivos.»[14]

Los alemanes encontraron a Tadeusz, lo detuvieron y lo enviaron a la cárcel de Mysłowice, un lugar donde se «obligaba a confesar a palos». Aquí firmó la confesión que le plantaron delante, porque «no tenía sentido negar nada». En Mysłowice se hacían evaluaciones para determinar a qué nuevo destino había que enviar a los presos. A Tadeusz le daba pavor Auschwitz, porque sabía que el Bloque 11 del campo principal albergaba un «tribunal policial» con una reputación aterradora. En la primavera de 1944 se le comunicó su destino. Él y unos cincuenta presos más subieron a un camión y, con escolta de unas motocicletas de la policía, se los llevaron de la cárcel. «En cuanto la caravana giró a la izquierda —cuenta—, supimos que íbamos a Auschwitz. Nos quedamos allí sentados en silencio, pensando en nuestra

suerte y nuestras familias, porque sabíamos que aquel era nuestro último día de vida.»

Llegaron al campo principal de Auschwitz y pasaron bajo la puerta de acceso con la inscripción «Arbeit macht frei». Giraron a la derecha, dejando atrás los edificios de ladrillo rojo en los que vivían los presos, hasta llegar al patio vallado que había entre los bloques 10 y 11. Aquí se les unieron más de un centenar de reclusos a los que se trajo de las celdas del Bloque 11. Poco después, cuenta Tadeusz, «llegaron el comandante de la Gestapo, un doctor en Derecho, que era de Katowice, con dos oficiales vestidos con toga, y se nos empezó a juzgar. Se nos llamó a declarar a cada uno de nosotros, individualmente. Teníamos que subir unas pocas escaleras que iban del patio al edificio y luego esperar en un pasillo. Cuando me llegó el turno entré en la sala, me pidieron los datos personales y leyeron en voz alta todas las acusaciones que habían formulado contra mí». Luego se le dijo que se uniera a un grupo de presos, uno de tres grupos posibles. No hubo «juicio» como tal, no se le dio ocasión de defenderse; el «tribunal» se limitó a anunciar a qué grupo debía unirse cada cuál. Los miembros de aquel tribunal «iban haciendo pausas para comer y para cenar, con lo que todo aquello se prolongó hasta que cayó la noche». Cuando se terminó la selección de los internos, el primer grupo fue enviado de inmediato a Birkenau, a las cámaras de gas. En este grupo iba un maestro que había compartido celda con Tadeusz en la cárcel de Mysłowice. «Antes de marcharse me dijo: "Si sobrevives, cuéntale a Polonia cómo fue nuestra muerte"», revela Tadeusz.[15] El segundo grupo de reclusos también fue enviado a las cámaras de gas de Birkenau, dos días después. Solo se admitió en el campo al reducido grupo de presos en el que había quedado clasificado Tadeusz.

En esta fase de la evolución de Auschwitz, no era infrecuente gasear a los presos políticos polacos. El 29 de febrero de 1944, por ejemplo, 163 polacos que habían sido enviados al Bloque 11 desde la cárcel de Mysłowice acabaron en el crematorio IV de Birkenau junto con otros cuarenta y un presos de Auschwitz. Entre los condenados iba una joven polaca que, al llegar al crematorio, le contó a las SS que todo el mundo sabía que estaban a punto de morir en las cámaras de gas: el secretismo que anteriormente había rodeado sus crímenes había dejado de existir. Algún día, los alemanes —dijo la joven— tendrían que pagar por lo que habían hecho. Los polacos entraron en la cámara de gas cantando «Polonia aún no

se ha perdido» y «A las barricadas».[16] El incidente nos recuerda tanto la bravura de estas personas cuando se enfrentaban a una muerte cierta como el hecho de que en las cámaras de gas de Birkenau no solo se asesinó a judíos.

En cuanto a Tadeusz Smreczyński, quedó «sorprendido» al constatar que el «juicio» del Bloque 11 no había supuesto su muerte inmediata. Tras ser admitido en el campo principal, además, tuvo suerte: se encontró con dos presos destacados que se pusieron de su parte. El primero era un *Kapo*: «Al parecer, el hombre me reconoció de Mysłowice, donde yo solía llevar botes de comida a diversos bloques. El hombre me dijo que se ocuparía de mi seguridad, lo que era extraordinario y, psicológicamente, me hizo más fuerte.»

Al día siguiente, Tadeusz se encontró con el segundo hombre que le ofrecería su apoyo. «Se presentó y me dijo que había conocido a mi padre, porque había trabajado con él cuando mi padre era alcalde. Me dio su ración diaria de pan —un gesto valioso de verdad— … y me dijo: "No dejes que te maten. Cuando marchéis o haya asamblea, recuerda no ponerte nunca en los lados ni en la cabeza o la cola de las columnas. Ahí es donde pegan más a menudo. Así que tú quédate en el medio de la columna", dijo, y repitió, antes de irse: "No dejes que te maten". No sobrevivió al campo. El principio fue muy favorable para mí, psicológicamente, porque me hizo comprender que no estaba solo.» Tadeusz no tardó en comprender también que era vital encontrar un trabajo «dentro» del campo. Las cuadrillas que trabajaban en el exterior cavando trincheras o construyendo carreteras tenían que sufrir la lluvia y el frío intensos y en su mayoría no sobrevivían mucho tiempo. Tadeusz fue asignado a un comando de construcción que no salía de los límites del campo principal y, de esta forma, logró evitar el destino de aquellos.

Tadeusz Smreczyński sabía perfectamente que una de las funciones de Auschwitz era asesinar a los judíos. En cierta ocasión, en mitad de la noche, pudo contemplar las consecuencias emocionales de las masacres, cuando oyó «conmoción» fuera de su bloque: «Eché un vistazo por la ventana, muy discretamente, para que no me vieran y pudieran dispararme. Eran hombres —solo hombres, jóvenes y de mediana edad—, todos desnudos. Habían gaseado a sus familias y los estaban llevando al campo principal. Se les había ordenado formar en grupos compactos de a cinco, pero eran presa del pánico y todos querían estar cerca de sus parientes más cercanos: un

hermano, un padre, un amigo. Los hombres de las SS, con perros, y los *Kapos*, les daban de palos. Reflejada a la luz de las lámparas, era una masa informe de cuerpos humanos. La vista era espantosa». Se imaginó cómo se sentiría si «acabaran de gasear a mis padres y yo siguiera con vida. Tuvo que ser una experiencia terrible, esa sensación de estar atrapado por el destino y no poder hacer nada. Realmente nadie podía hacer nada de nada para salvar a sus seres queridos».

Intentó comprender cómo los hombres de las SS podían ser responsables de la espantosa crueldad que él estaba viendo y, al mismo tiempo, considerarse como gente civilizada. En Birkenau oyó «a la orquesta del campo tocar obras maestras de compositores alemanes, austríacos e italianos. Los de las SS estaban sentados junto al crematorio donde se incineraba a los niños y sus madres, a mujeres y hombres, pero ahí estaban, sentados sin más. Ahora creo que estaban contentos por haber cumplido satisfactoriamente con el trabajo y les tocaba un rato de ocio cultural. No veían ningún dilema. El viento de Birkenau arrastraba el humo del campo de exterminio pero ellos estaban allí sentados escuchando a Mozart y otros. El ser humano es capaz de esto». Experiencias como esta confirmaron la visión del mundo que se había formado siendo niño: «Cuando tenía trece años acostumbraba leer mucho y escuchar la radio, y estaba convencido de que la Tierra está dominada por el crimen y que el mal abunda entre la gente. Llegué a la conclusión de que la vida no tiene sentido».[17]

Para Oskar Groening, del destacamento de las SS en Auschwitz, lo que sucedía en el campo tenía por lo menos cierto sentido. En 1943 —contaba veintidós años— trabajaba en el departamento económico del campo, contando el dinero robado a los judíos que llegaban a la instalación. Era un nacionalista acérrimo que creía con firmeza en los principios clave del nazismo: «Estábamos convencidos, porque esa era nuestra visión del mundo, de que había una gran conspiración del judaísmo contra nosotros, y esa idea se reflejaba en Auschwitz: había que evitarlo, había que evitar lo que ya había pasado en la primera guerra mundial, es decir, que los judíos nos hundieran. Se está matando a los enemigos que hay dentro de Alemania; si es preciso, se los extermina. Y entre esas dos batallas, la batalla del frente de guerra y la del frente nacional, no hay la más mínima diferencia. Así que solo exterminábamos enemigos».[18]

Una cosa era dar crédito a esta teoría, y otra muy distinta, sin embargo, ver los asesinatos colectivos en la práctica. Por lo general Oskar Groening

podía evitar el horror, porque la mayoría de sus horas de trabajo transcurrían en una oficina; pero cuando vio la sangrienta realidad de las matanzas, quedó conmocionado. Una vez, en Birkenau, se encontró con cadáveres que se estaban incinerando a cielo abierto. «Las llamas ascendían chispeando y el *Kapo*, más tarde, me contó detalles de la hoguera. Y era terriblemente desagradable, horrendo. Se burlaba del hecho de que, cuando los cuerpos empezaban a arder, obviamente generaban gases en los pulmones u otras partes, y los cadáveres parecían dar un salto, y los órganos sexuales de los hombres se ponían erectos de golpe, de una forma que a él le hacía reír.»[19] Ahora bien, la vida en el campo, durante la mayor parte del tiempo, era una vida cómoda, para Groening; casi de lujo, en comparación con otros puestos que se le podrían haber encomendado. Él, como muchos de los tres mil miembros de las SS que prestaban servicio en el complejo de Auschwitz, nunca tuvo que mancharse de sangre las manos; el porcentaje de hombres de las SS que trabajaban en las fábricas letales de los crematorios era muy reducido. Para Groening, esta «distancia» frente a las matanzas fue «el factor decisivo» que le permitió seguir trabajando con relativa satisfacción.[20] Tanto era así que, en su tiempo libre, participaba en competiciones deportivas. Por ejemplo, representó al equipo de atletismo de las SS de Auschwitz en el salto de altura.

En muchos aspectos, por lo tanto, Auschwitz era un destino atractivo para un miembro de las SS. El riesgo de hallar la muerte era muy escaso, y además, la comida y la bebida eran excelentes: en gran parte, el fruto de robar a los judíos que iban llegando al campo. También había oportunidades de hacerse rico. Un oficial de las SS al que se le encomendó investigar la corrupción en el campo, en 1943, afirmó más adelante que «el comportamiento del personal de las SS estaba muy por debajo de lo que esperarías de unos soldados. Daban la impresión de ser parásitos brutales y desmoralizados. La inspección de las taquillas reveló una fortuna acumulada en oro, perlas, anillos y dinero en toda clase de divisas».[21]

Pero lo que animaba al personal de las SS a trabajar en Auschwitz no era solo la posibilidad de enriquecerse. Como afirma Oskar Groening, les decían que su trabajo era importante para la seguridad del Reich, que los judíos estaban detrás del bolchevismo, que era necesario seguir con la guerra para impedir que el Ejército Rojo destruyera Alemania. Por todo ello, Groening y sus camaradas siguieron tomando parte en el asesinato

masivo de civiles, desde los viejos más viejos hasta los niños más pequeños.

Es probable que Oskar Groening hubiera comprendido el razonamiento que había detrás de los sentimientos que Adolf Hitler expresó en un discurso del 30 de enero de 1944, el décimo primer aniversario de su nombramiento como canciller. Hitler eligió pronunciar su alocución en el cuartel general de la Prusia Oriental y que la radio emitiera sus palabras; se habían acabado los días de las multitudes que lo adulaban en el Sportpalast de Berlín. Dado que escaseaban las nuevas noticias que celebrar, Hitler prefirió esconderse de las muchedumbres. En su discurso aún se mostró desconcertado por el hecho de que Gran Bretaña —a la que siempre denominaba «Inglaterra»— hubiera optado por aliarse con la Unión Soviética, y no con Alemania. «La victoria de Alemania representa preservar Europa —declaró—, y la victoria de la Unión Soviética, su aniquilación». El problema, a juicio de Hitler, era que «en Londres, esos reos de crímenes de guerra» habían descubierto que no tenían forma de «liberarse de la red en que habían quedado atrapados» porque «los judíos que mueven los hilos» les habían cortado la «retirada». Habían cometido un error al hacer tratos con judíos, dijo Hitler, pues «todo Estado, cuando se ha entregado a la judería como Inglaterra, morirá por esta enfermedad, salvo que en el último minuto logre recomponerse y expulsar de su cuerpo a esas bacterias. La idea de que es posible vivir en paz todos juntos, o incluso conciliar los propios intereses con los intereses de esos factores de descomposición de los pueblos, supone ni más ni menos pretender que el cuerpo humano es capaz de asimilar el bacilo de la peste».[22]

La concepción del mundo de Hitler, como se puso de relieve en su discurso del 30 de enero de 1944, seguía siendo tan coherente como deformada y asesina. Los judíos eran los culpables de los infortunios de Alemania. Al igual que habían saboteado el esfuerzo bélico de Alemania en 1914-1918, estaban saboteando el de aquel momento. Para Hitler, todo esto era evidente e innegable. El único hecho incomprensible era que los «ingleses» hubieran perdido la razón y no se dieran cuenta de que los judíos los estaban engañando.

Es imposible determinar cuántos alemanes daban crédito a esta fantasía cuando escucharon las palabras de Hitler en enero de 1944. Lo que es seguro es que, tras la derrota de Stalingrado, al iniciarse 1943, la valoración

de Hitler y su régimen estaba menguando. Toda una serie de indicadores ponían de manifiesto esta verdad, incluidos los propios estudios del partido nazi sobre el estado de ánimo de la opinión pública. Por citar un caso típico de tales informes, se recogía que en la opinión pública había quien se «atreve a expresar críticas francas de la persona del Führer y atacarlo de una forma mezquina y odiosa».[23] Uno de los muchos chistes que estaban en circulación por entonces decía que el Führer estaba escribiendo la segunda parte de *Mein Kampf* (*Mi lucha*) y pensaba titularla *Mein Fehler* [Mi error].[24] Por descontado, si la Gestapo tenía noticias concretas de quién se expresaba así, las represalias contra esa persona serían draconianas.

Ahora bien, por el este, la amenaza de los «bolcheviques» seguía siendo real, tanto si uno daba crédito a la retórica de Hitler como si no; de hecho, tanto si Alemania se rendía como si no. Los italianos podían cambiar de bando en la guerra y enfrentarse a una ocupación relativamente benigna de los Aliados occidentales. Los alemanes, en cambio, tenían claro que en el frente oriental sus soldados libraban una «guerra de exterminio» y que el Ejército Rojo estaba cada vez más cerca. Esta realidad hacía que, cuando Hitler advertía que una Alemania derrotada podía resultar «aniquilada», sus palabras sonaban menos como una exageración retórica que como una predicción del futuro que muy probablemente les aguardaba. En tales circunstancias, para la gran mayoría no parecía haber muchas alternativas, en la práctica, a seguir luchando. Según lo ha descrito Fritz Darges, edecán de Hitler en las SS, nadie puede «bajarse de un tren en marcha».[25]

Hitler, en una conversación privada con sus generales, el 26 de mayo de 1944, hizo hincapié en la importancia de luchar contra los judíos en el contexto de la guerra en su conjunto. «Al eliminar al judío —dijo—, he eliminado la posibilidad de que se forme un núcleo revolucionario. Por supuesto, me podéis decir: "Ya, pero ¿no se podría haber resuelto de una forma más simple? Más simple, no, porque cualquier otra vía habría sido más complicada, pero ¿de una forma más humana?". Caballeros, oficiales: esta es una lucha a vida o muerte.»[26]

En consecuencia, la guerra contra los judíos no solo continuó, sino que se hizo más intensa. La capitulación de Italia, al combinarse con la ocupación alemana de toda Francia —con los cambios consiguientes en la jefatura de la seguridad francesa—, supuso que los alemanes disponían de más medios para imponer la deportación de los judíos en más territorios que unos meses antes. En Francia, en diciembre de 1943, se nombró a Joseph Darnand

secretario general de la policía; era todo un símbolo de que los alemanes querían pasar a la acción, y con celeridad, contra los judíos franceses.[27] Darnand, jefe de la Milice —la gran organización paramilitar colaboracionista— ya había aceptado antes el rango de *SS Sturmbannführer* (comandante). Así pues, 1943 acabó con un hombre de las SS al mando de la policía francesa. Ello comportó que el número de judíos deportados de Francia se incrementó de golpe: entre el 20 de enero y el 17 de agosto de 1944, casi quince mil judíos franceses fueron enviados a Auschwitz.[28] Ya nadie se molestó en fingir que, de algún modo, las fuerzas de seguridad francesas estaban protegiendo a los judíos franceses.

A principios de 1944, Ida Grinspan, una adolescente judía que se ocultaba en el pueblo de Le Jeune Lié, en el suroeste del país, se indignó cuando la policía francesa vino a buscarla. «No lo podía entender —dijo—. Pensé que serían policías alemanes. No sabía que la policía francesa estaba haciendo detenciones. Así que cuando llegaron aquellos policías, les dije: "¿Cómo puede ser que unos policías franceses detengan a alguien como yo, una francesa que ha nacido aquí?". Sentía algo parecido al desprecio. Así que contuve las lágrimas, no quería llorar, me mantuve firme.»[29]

Al llegar a Auschwitz, esa misma fuerza de voluntad le permitió resistir las penalidades. «Había que adaptarse a aquella forma de vida. ¿Entiendes lo que quiero decir? Había que adaptarse a dormir en condiciones como esa, adaptarse a trabajar muy duro, adaptarse a pasar horas y horas recibiendo órdenes, con ropa insuficiente. Sí, cuando la mentalidad está ahí, el cuerpo se adapta. Si mentalmente no estás ahí, el cuerpo no te seguirá … Por eso a la gente joven le iba mucho mejor que a los que tenían treinta y cinco o cuarenta años. Cuarenta era el máximo. La voluntad de sobrevivir era más fuerte en nosotros, en los jóvenes.»

Al poco de llegar, otros internos le dijeron que «aquí hay cámaras de gas», pero le parecía imposible que pudieran existir lugares así. «Nadie les creyó —dice Ida—. De los nuestros, nadie les creyó. Era increíble. Pensábamos que o era una broma o era que habían perdido la cabeza.» Solo cuando olió el nocivo hedor que emanaba de los crematorios de Birkenau aceptó «por fin» que «quizá tenían razón con lo del olor, quizá era verdad que estaban quemando a gente».

Ida cuenta que, mientras se esforzaba por sobrevivir en Auschwitz, nunca se preguntó: «¿Por qué a mí?». Siempre tuvo claro quién tenía la culpa de su detención y el sufrimiento consiguiente. Y hasta nuestros días, orgullosa

de ser francesa, Ida nunca ha olvidado el papel que interpretaron numerosos compatriotas a la hora de facilitar el asesino ataque de los nazis contra los judíos.[30]

Aunque en las cámaras de gas de Birkenau estaban muriendo, en esas fechas, judíos de toda la Europa ocupada, y hacía tiempo que se había consolidado el mecanismo global de lo que hoy conocemos como Holocausto, el panorama general todavía no era uniforme. Por ejemplo, a pesar de que en Polonia se había terminado con casi todos los guetos, todavía quedaba una excepción destacada: el gueto de Łódź, donde aún vivía un gran número de judíos. El hecho de que el gueto de Łódź siguiera existiendo incluso bien entrado 1944 demuestra, una vez más, que el Holocausto no se hizo realidad del mismo modo en todos los lugares. Al empezar 1944 aún quedaban en el gueto de Łódź más de 75.000 judíos, a los que se permitía sobrevivir porque Arthur Greiser, el jefe del Warthegau, había convencido a Himmler de que el trabajo que los judíos realizaban justificaba el permitirles conservar la vida.

Mordechai Chaim Rumkowski, el líder del gueto, había hecho cuanto le pareció necesario para satisfacer a los alemanes. Destaca la infamia de haber colaborado con los alemanes, en septiembre de 1942, en la deportación de los judíos más vulnerables. El 4 de septiembre de 1942 pronunció un discurso en el gueto, en el que afirmó: «Nunca imaginé que me vería obligado a llevar este sacrificio al altar con mis propias manos. En estos años de vejez debo juntar las manos y suplicaros: "Hermanos y hermanas, ¡entregádmelos! Padres y madres, ¡entregadme a vuestros hijos!"».[31] Rumkowski habló así porque los nazis le habían dicho que deseaban reducir el número de «bocas inútiles» del gueto; y como los niños más pequeños no podían trabajar, a juicio de los nazis eran claramente «inútiles». Al saber que se separaría a los hijos de los padres y se los enviaría fuera del gueto, el público respondió con «lamentos espantosos». Pero Rumkowski no dijo tan solo que se deportaría a los niños; también debían marcharse los enfermos. «En el gueto hay muchos enfermos de los que cabe esperar que vivan tan solo unos pocos días más, quizá unas pocas semanas —dijo—. No sé si la idea es diabólica o no, pero debo decirlo: "Dadme a los enfermos. En su lugar podremos salvar a los sanos".»[32] Rumkowski rogó a los habitantes del gueto que «pensaran con lógica» y se

pusieran en su lugar; si lo hacían así, añadió, «llegaréis a la conclusión de que no puedo proceder de ninguna otra manera».[33]

Entre quienes lo escucharon, muchos eran de una opinión muy distinta. «Yo tenía diecisiete años cuando oí ese discurso —dice Lucille Eichengreen —. Era incapaz de comprender que alguien pidiera a unos padres que dieran a sus hijos. Y aún no lo puedo entender. La gente lloraba y gritaba: "¿Cómo puedes pedirnos algo así? ¿Cómo vamos nosotros a hacer algo así?".»[34] Jacob Zylberstein también estaba en el gueto cuando oyó la alocución de Rumkowski y, como tantos otros judíos, las recibió con indignación. «Rumkowski era un auténtico cobarde. Antes que entregar a los niños, tendría que haberse suicidado.»[35]

Cuando la policía judía vino a por los niños y los enfermos, las escenas —como era de prever— fueron emocionalmente desoladoras. «Y no sirve de nada que el niño se aferre con los dos bracitos al cuello de su madre — escribió Josef Zelkowicz en su diario—. No sirve de nada que el padre se tire de rodillas, delante del umbral, y brame como un buey moribundo: "¡Solo por encima de mi cadáver os llevaréis a mi hijo!". No sirve de nada que el viejo se agarre con sus manos huesudas a la fría pared y a su cama [diciendo]: "Dejadme morir aquí en paz" … [No sirve] de nada que la anciana se arroje a los pies [de los policías], les bese las botas y suplique: "Tengo nietos crecidos que son [de vuestra misma edad]". No sirve de nada que el enfermo entierre la cabeza enfebrecida en la almohada húmeda y sudorosa y solloce allí las que quizá son sus últimas lágrimas. No sirve de nada. La policía tiene que entregar el pedido.»[36]

Las fuerzas de seguridad alemanas, que organizaron las deportaciones junto con la policía judía, actuaron con suma brutalidad durante esta acción. Cuando una madre se negó a entregar a su hija de cuatro años, le dieron tres minutos para reconsiderar la decisión; y cuando siguió negándose, las mataron a tiros a las dos.[37]

Estera Frenkiel, una joven que trabajaba en la administración del gueto, recuerda que cuando arrancaban a los niños de los brazos de sus padres «los gritos llegaban al cielo». En cuanto a ella misma, en el contexto del gueto, era relativamente afortunada. Aunque no tenía hijos, le habían dado diez documentos de liberación que salvarían la vida de diez niños o enfermos, y ella podía elegir a quién se los daba. Al igual que la policía judía que participó en la acción, el personal de la administración del gueto podía salvar a sus propios seres queridos. «Yo también tenía parientes próximos

—dice Estera—. Tenía un tío al que salvar. Tenía un primo. Para mí, la propia familia siempre es lo que está más cerca. Tenía que cuidar de ellos. Con todos aquellos certificados, primero tenía que pensar en mis propios parientes … en esos casos rompes a llorar, pero al final uno llora tanto que acaba pensando tan solo en su propia situación.»[38]

El hecho de que un pequeño porcentaje de judíos pudiera salvar a su propia familia, añadido al hecho de que los que se beneficiaron de esa circunstancia especial fueron a menudo los mismos que se encargaban de llevarse a los niños ajenos, causó un resentimiento muy considerable. La crónica del gueto de Łódź —un reflejo de la vida en el gueto según la veían los judíos en aquellas mismas fechas— comenta que quienes se salvaron de la deportación de esa manera «no eran personas que estuvieran aportando algo de valor a la sociedad, ni siquiera eran personas capaces de hacer algún trabajo de especial utilidad para el gueto, sino que eran, digámoslo otra vez, gente con contactos».[39]

Durante la acción, Jacob Zylberstein descubrió que su madre estaba a punto de ser deportada desde un hospital del gueto. Presa del pánico, corrió al hospital y se topó con dos policías judíos que vigilaban la entrada. Por fortuna, uno de ellos era un amigo llamado Romek. Él y Romek entraron en el centro y Jacob empezó a llamar a su madre a gritos. El hospital estaba repleto y no fue fácil encontrarla, pero al cabo del rato Jacob oyó que su madre decía: «¡Aquí! ¡Aquí!», desde detrás de una puerta cerrada. Al abrir la puerta, una multitud salió en tropel. «Cogí a mi madre —cuenta Jacob— y fuimos a la segunda planta, porque la policía judía había empezado a meter de nuevo a todo el mundo en la habitación.» Con la mediación de Romek, intentó ofrecer un reloj como soborno para uno de los policías alemanes que habían pasado a custodiar la salida. Pero no tuvo suerte. «La única forma de salir» era la ventana. Así que, con su madre a cuestas, Jacob descendió por un bajante de hierro colado y se llevó a su madre a casa. Una vez allí, lo «festejaron como nunca».[40]

Aunque en el gueto no se tenía la plena certeza de que los niños y enfermos deportados iban directos a la muerte, sabían que les aguardaba alguna clase de destino horrendo. A fin de cuentas, pensaban, ¿por qué los nazis iban a querer cuidar de sus hijos y enfermos? Así pues, los que se quedaron en el gueto —y en particular los que tenían hijos— se atormentaban al pensar qué sufrimientos iban a padecer los suyos, y encima lejos de la familia.

Con el tiempo, la noticia de la existencia de los campos de exterminio se filtró por el gueto. A principios de 1944, por ejemplo, Jacob Zylberstein lo sabía todo sobre Auschwitz. En una obra se había encontrado con un carpintero polaco que le dijo: «He estado en Auschwitz». Primero, dice Jacob, «no le di importancia, porque nunca había oído hablar de la ciudad de Auschwitz. Así que no le hice caso. Cuando volvíamos, me paró y me dijo: "¿Sabes qué es Auschwitz?". Y yo le pregunté: "¿Eso dónde está". "No lejos de Cracovia. Pero ¿sabes qué hacen ahí? Están gaseando y matando a los judíos", dijo él. "¿Y tú cómo lo sabes?" "He estado allí —me dijo—, he estado trabajando allí como carpintero". Por descontado, me dejó más impresionado que nada que hubiera oído nunca antes». Jacob se apresuró a solicitar audiencia con Rumkowski y ponerle al corriente de lo que le habían dicho. Rumkowski, después de escucharlo, le soltó un bofetón y «empezó a gritarme: "¡Te expulsaré del gueto, como le digas una sola palabra a nadie, te expulsaré del gueto!"».[41]

Tras las deportaciones de septiembre de 1942, el gueto entró en un período de relativa calma. Pero entre los jefes nazis se generó una lucha de poder al respecto del futuro de aquel lugar. Arthur Greiser quería conservar el gueto bajo su control. Resulta más que probable que ello respondiera, en gran medida, a la avaricia personal, dado que desviaba dinero del gueto para su propio beneficio. Hasta en la administración del gueto —por ejemplo, Estera Frenkiel— se sabía que Hans Biebow, el nazi que era el responsable directo del gueto, estaba enviando a Greiser pagos clandestinos. «Biebow daba por sentado —dice Estera— que si se presentaba con regalos ante la gente de mayor peso en la jerarquía, le permitirían seguir gestionando el gueto y él podría seguir siendo amo y señor de la vida y la muerte.»[42]

En 1943, Himmler intentó hacerse con el control del gueto por la vía de convertirlo en un campo de concentración. Pero se encontró con la oposición no solo de Greiser, sino también de la Wehrmacht, para la cual el gueto era una útil fuente de mano de obra forzada. La disputa siguió coleando; en cierto momento representantes de Greiser pidieron un pago colosal a cambio de ceder el gueto, pero la propuesta se rechazó.[43] En mayo de 1944, Himmler perdió definitivamente la paciencia con las negociaciones y ordenó que el gueto dejara de existir. Los hechos externos no tardaron en hacer que aquella decisión fuera inevitable, dado que el mes siguiente el Ejército Rojo inició un avance poderoso que amenazaba con

atravesar Łódź. En consecuencia, el 23 de junio partió el primero de diez transportes —que trasladaron en total a unas siete mil personas— que recorrieron aproximadamente 65 kilómetros hasta los camiones de gas de Chełmno, una instalación letal que se reabrió con la función expresa de asesinar a los judíos de Łódź.

En 1942, las instalaciones estáticas de Chełmno se habían destruido, después de que los transportes iniciales con judíos elegidos en Łódź y otras partes de Polonia dejaran de llegar y se crearan los campos de exterminio de Reinhard. Con la intención de borrar las pruebas del crimen se había dinamitado también la «mansión», el edificio que había servido como base de los camiones de gas en el pueblo de Chełmno. Cuando el pelotón de exterminio regresó, bajo el mando del oficial de las SS Hans Bothmann, tuvieron que replantearse el proceso letal. Decidieron que, mejor que situar los camiones de gas en el pueblo, sería preferible trasladar la operación letal al bosque cercano en el que anteriormente ya se habían enterrado los cadáveres. Levantaron barracones —que simularon que formaban parte de un campo mayor— y también un crematorio en las inmediaciones. Cuando llegó el primer transporte de Łódź, en junio de 1944, los judíos pasaron la primera noche en la iglesia del pueblo. Al día siguiente los trasladaron a los barracones del bosque, por grupos cuya cantidad de miembros era idéntica a la capacidad de los camiones de gas instalados en el bosque. Una vez reunidos fuera de los barracones, a los judíos se les decía que los enviaban a Alemania a trabajar; siempre se mencionaba una ciudad concreta. Era un intento, más refinado de lo habitual, de tranquilizar a los judíos; siempre se mencionaba el nombre de la misma ciudad que ya se les había dicho, cuando partieron de Łódź, que sería su destino último. Entonces los hombres de las SS afirmaban que antes deberían pasar un examen médico y desinfectarse en una estación de despioje, para lo cual era preciso que se desnudaran. Una vez dentro de los barracones, uno de los hombres de las SS se hacía pasar por médico vestido con una bata blanca, y los judíos pasaban al espacio que creían que era la cámara de desinfección. En realidad, era la trasera del camión de gas. «Entonces cerraban las puertas con llave y cerrojo —contó Szymon Srebrnik, que formaba parte del *Sonderkommando* de Chełmno—. Se encendía el motor y los gases de escape iban al interior del camión a través de un tubo de escape especial, y envenenaban a la gente que había dentro … Sonaban gritos repetidos, y

golpes contra las paredes del camión … Cuando los gritos habían cesado, el camión se ponía en marcha y llevaba los cuerpos al crematorio.»[44]

A unos pocos judíos se los exceptuó de la muerte inmediata. Debían escribir postales para el gueto, en las que afirmaban que ya estaban en Alemania. Una vez que lo habían hecho, los mataban como a los demás. Era un truco siniestro que al parecer funcionaba. «Han llegado treinta y una postales —se lee en una entrada de la crónica del gueto de Łódź, del 25 de julio de 1944—, todas ellas con matasello del 19 de julio de 1944. Por fortuna, las postales demuestran que a los que las han escrito les va bien y, mejor todavía, que las familias no se han separado … El gueto está eufórico y se confía en que no tardarán en llegar noticias similares de los demás trabajadores reasentados».[45]

Si bien los camiones de gas, desde la perspectiva de los nazis, tenían numerosas ventajas como método de asesinato —antes que nada, la celeridad con que podían desplegarse—, también tenían inconvenientes claros: el más obvio, que no podían matar en grandes cantidades. Así había pasado ya en la primavera de 1942, cuando los camiones de gas no pudieron competir con las cámaras de gas fijas de lugares como Bełżec y Sobibór; y en 1944 la situación era la misma, si se comparaba los camiones con la potencia letal de Auschwitz Birkenau. Las SS comprendieron que en Chełmno se tardaría bastante en dar muerte a todos los judíos del gueto de Łódź, con lo que el plan se modificó. El 15 de julio dejaron de enviarse deportados a Chełmno, y cuando el traslado se retomó, ya en agosto, el destino de los judíos de Łódź no fue Chełmno, sino Auschwitz Birkenau.[46]

Aquel verano llegaron a Auschwitz algo más de setenta mil judíos del gueto de Łódź.[47] Entre ellos iban Max Epstein y su madre. «El gueto no era una fiesta —dice Max— y no se trata de defender cómo iban las cosas allí, pero a fin de cuentas era nuestro hogar, eran las familias … Eran condiciones lamentables, pero algo era.»[48] Max tardó «veinte minutos» en comprender que Auschwitz era un lugar completamente distinto. «El olor —dice— era como quemar películas, o como quemar pelo, quiero decir un olor orgánico. Estaba clarísimo [que las SS estaban matando gente].» Como en el transporte iban obreros especializados en la reparación de equipos de comunicaciones, a la llegada no hubo una selección, sino que los admitieron directamente en el campo.

Al poco tiempo de llegar, según recuerda Max: «Estaba sentado con mi madre y nos trajeron agua. En el gueto, bueno, abundaba la fiebre tifoidea,

así que nunca bebíamos agua sin hervir. Me volví hacia mi madre y le dije: "Supongo que no la habrán hervido". A ella le cogió una risa histérica, vaya, que si no se podía tener un hijo más imbécil, que ahora se preocupaba por si el agua estaba hervida o no. La gente que había por allí, los que estaban sentados allí, se imaginaron que le había dado la histeria porque le habían dicho lo del crematorio».[49] A la madre de Max la enviaron al campo de la cuarentena, en Birkenau. Le «dolió» ver que su madre se marchaba, pero «no me puse a gritar»; comprendió que debía contener las emociones o, si no, «no tardaré ni dos minutos en estar muerto». Así que se puso a gritarle a su madre, a través de la alambrada: «¿Por qué lloras, por qué lloras? Todos vamos a morir de una forma u otra, así que ¿de qué sirve?».

El caso de Max y su madre fue infrecuente, porque los dos sobrevivieron a la guerra. La mayoría de los judíos del gueto de Łódź enviados a Auschwitz murieron allí; también Mordechai Chaim Rumkowski. A la postre, toda su colaboración y todas sus maquinaciones no le salvaron de la cámara de gas. Y sin embargo, en última instancia, ¿tenía en su mano alguna alternativa realista que no fuera someterse a las exigencias alemanas? El líder del gueto de Varsovia, Adam Czerniaków, se quitó la vida cuando empezaron las deportaciones del gueto, pero esto tampoco sirvió de especial ayuda a los demás judíos.

Si se debe criticar a Rumkowski, o no, por su afanosa colaboración con los alemanes es una cuestión discutible. De lo que no cabe duda, no obstante, es de que mereció la repulsa más firme por su trato personal con los otros judíos; en especial, la forma en que usó su inmenso poder dentro del gueto para abusar sexualmente de mujeres jóvenes. Antes de la guerra, cuando dirigía un orfanato, ya corrieron rumores sobre su conducta sexual; cuando ostentó el poder del gueto abusó de las mujeres con impunidad.[50] Lucille Eichengreen, por ejemplo, recuerda a la perfección como él la «acosaba». Ella era tan solo una adolescente y temía que, si no le dejaba hacer como se le antojara, «su vida corría peligro», porque Rumkowski podía hacer que la deportaran. Así, él decidió aprovecharse de la extrema vulnerabilidad de ella para su propio placer sexual.[51] Otros judíos han confirmado que Rumkowski era un depredador sexual.[52] Si hubiera sobrevivido a la guerra, deberían haberlo juzgado por el terrible delito de abusar de los judíos de los que estaba a la cabeza.

Cuando los judíos de Łódź llegaron a Auschwitz Birkenau, en el verano de 1944, el campo recluía a presos de muchos países distintos, entre ellos

Italia, Bélgica, Polonia, Alemania, los Países Bajos, Francia, Eslovaquia y Grecia. Incluso desde las islas del Canal se habían enviado judíos a Auschwitz. Pero durante 1944, las deportaciones que predominaron en el campo procedían de un país en particular: Hungría. Por toda una serie de razones diversas, la historia del exterminio de cientos de miles de judíos húngaros en Birkenau arroja luz sobre la pesadilla sin igual del Holocausto.

# 17

# La catástrofe húngara (1944)

A finales de febrero de 1944, Adolf Hitler dejó el claustrofóbico entorno de su cuartel general militar, situado en un bosque de la Prusia Oriental, y se trasladó al Berghof, su residencia de montaña, en el sur de Baviera. Que tuviera que cambiar de ubicación pone de manifiesto cuál era la suerte de Alemania en aquel punto de la guerra: el cuartel general de la Prusia Oriental había dejado de estar a salvo de los ataques aéreos y debía fortificarse. Así pues, mientras se completaban las obras, regresó al paisaje que había sido fuente de inspiración para Hitler desde los años veinte.

Cuando Hitler estaba en la terraza del Berghof, podía dirigir la mirada al Untersberg, la montaña en la que, según la leyenda, yacía dormido el poderoso guerrero Federico Barbarroja. Pero en aquel momento, su sueño personal de llegar a ser un gran héroe conquistador tenía pocas probabilidades de hacerse realidad. Las fuerzas alemanas habían emprendido la retirada. La Wehrmacht había abandonado las minas hierro de Ucrania —un recurso esencial— y Alemania corría el peligro de perder también el petróleo de Rumanía. A finales de febrero de 1944, los estadounidenses habían lanzado una serie de operaciones de bombardeo masivo contra el corazón industrial de Alemania. Estos ataques —la Gran Semana, según se los conoció más adelante— no solo destruyeron fábricas de gran importancia, sino que pusieron de relieve que las defensas aéreas de Alemania eran del todo insuficientes para contener la amenaza aliada.

Pese a todo estos reveses, Hitler no había perdido la confianza en sí mismo. Cuando Goebbels acudió a visitarlo al Berghof, a principios de marzo, encontró a un Führer «tranquilo y descansado», casi optimista. La nueva línea del frente oriental era más corta —dijo Hitler— y eso

beneficiaba a Alemania. Por otro lado tenía la «certeza absoluta» de que los desembarcos que se esperaba que los Aliados realizaran en Francia serían rechazados; con ello, numerosos soldados alemanes podrían pasar del oeste al este, para una nueva ofensiva oriental. «Confío en que estos pronósticos que ha hecho el Führer sean correctos —escribió Goebbels en su diario—. Últimamente, hemos sufrido tantas decepciones que uno empieza a sentir que le crece el escepticismo.»[1]

Como siempre, Hitler dirigió la cólera contra los judíos. Una semana antes de reunirse con Goebbels había hablado ante diversos jefes nazis en la sala de banquetes de la Hofbräuhaus muniquesa, en el vigésimo cuarto aniversario de la fundación del partido. En su alocución había prometido «aplastar» a los judíos de Gran Bretaña y Estados Unidos igual que había hecho ya con los judíos de Alemania. Sus palabras fueron recibidas con un «aplauso atronador».[2] De vuelta en el Berghof, volvió a abordar con Goebbels, una vez más, la cuestión de los vecinos problemáticos; para empezar, las dificultades de Alemania con Finlandia. Los finlandeses, de los que Hitler no se había fiado nunca, parecían estar intentando escapar de la guerra de la misma manera que habían hecho los italianos. No hacía falta decir, pues lo sabían tanto él mismo como Goebbels, que los finlandeses —más aún que los italianos— se habían negado a colaborar en la deportación de sus judíos. Los alemanes tampoco los habían presionado mucho al respecto, porque ya sabían de antemano que el gobierno finlandés se resistiría a llegar a un acuerdo para dar una «solución» exhaustiva a la «cuestión judía» en Finlandia. Mientras que los finlandeses habían entregado a los alemanes a varios miles de prisioneros de guerra soviéticos —cierto número de los cuales, sin duda, serían judíos— e igualmente a ocho refugiados judíos no finlandeses, el resto de los judíos del país —menos de dos mil— seguían a salvo. Además, los finlandeses no habían aprobado leyes antisemitas y los judíos finlandeses seguían prestando servicio incluso en el ejército nacional, enfrentando a los soviéticos. Esto llevó a una situación que ideológicamente, desde el punto de vista de los nazis, era extraña: había judíos luchando en el mismo bando que los alemanes, contra el bolchevismo, una ideología que los nazis entendían que gozaba del respaldo de los judíos.[3]

Así como había comprendido que no podría hacer gran cosa para conseguir que los finlandeses cooperaran en la deportación de los judíos, Hitler aceptó que no estaba en su mano impedirles que abandonaran la

guerra.[4] En todo caso, a su modo de ver, desde luego no valía la pena invertir los medios militares necesarios para impedirles, por la fuerza, acceder a esa vía. Pero el caso de otros socios recalcitrantes era distinto, le dijo a Goebbels. En particular, la situación de Hungría era muy distinta. Aunque los húngaros —al igual que los finlandeses— estaban intentando pactar un armisticio, Hungría —a diferencia de Finlandia— no solo contaba con una población de judíos ingente, sino también con materias primas de gran valor, recursos alimentarios y otros suministros útiles para los alemanes. Así pues, Hitler había decidido enfrentarse al jefe húngaro, el almirante Horthy; ocupar el país, apoderarse de todo lo que quisieran y resolver de una vez para siempre la cuestión de los judíos húngaros.

Hitler se reunió con el almirante Horthy en el castillo de Klessheim, cerca de Salzburgo, el 18 de marzo de 1944. Horthy creía que Hitler llegaba dispuesto a debatir la posibilidad de que cierto número de soldados húngaros regresaran del frente oriental. Estaba en un error. Hitler tenía intención de hablar de un tema del todo distinto y, en cuanto se encontraron, Hitler se lanzó a una diatriba. Afirmó estar al corriente de que Hungría intentaba como fuera renegar de su alianza con los alemanes y defendió que Hungría solo podría salir adelante si aportaba más a la guerra, en vez de menos. El problema, según él mismo había dicho ya en múltiples ocasiones, era que el gobierno húngaro se resistía a solventar el tema de los judíos que vivían en su país; y Alemania no pensaba tolerar una amenaza a su seguridad tan cerca de un enemigo que se estaba aproximando. En consecuencia —dijo Hitler— estaba a punto de ordenar la ocupación alemana de Hungría y exigía a Horthy que lo aceptara. Horthy se negó y empezó a discutir con Hitler; cuando aseguró que cesaría en su cargo antes que firmar tal ocupación, Hitler lo amenazó con que, en tal circunstancia, él no podría responder de la seguridad personal de la familia del almirante. Horthy se marchó de la habitación muy ofendido.

A la postre, después de que los alemanes emplearan varios trucos para impedir que Horthy se marchara del castillo —desde pretender que la línea telefónica había dejado de funcionar hasta simular un ataque aéreo—, el almirante acabó accediendo a que la Wehrmacht entrara en Hungría y se deportara a cien mil judíos. Al día siguiente, el 19 de marzo, las tropas alemanas ocuparon Hungría; dos días después Adolf Eichmann se instaló en Budapest dispuesto a hacer realidad la destrucción de los judíos.

Aunque Hitler ciertamente creía que los judíos eran los culpables de que Hungría quisiera abandonar la contienda, la ocupación, desde la perspectiva nazi, no era un acto motivado tan solo por el ansia de venganza contra los judíos húngaros. En las cuestiones prácticas, los nazis obtendrían muchos beneficios. No solo las materias primas y una ventaja militar estratégica —con el Ejército Rojo cada día más cerca de las fronteras húngaras—, sino también la riqueza de los judíos húngaros. Por otro lado, además de robarles, a los que estuvieran lo bastante fuertes se los podría emplear como mano de obra forzada. Si tenemos en cuenta la ingente cantidad de judíos que vivían en Hungría, para los nazis era una posibilidad muy atractiva.

Para muchos de los judíos de Hungría, la repentina aparición de los alemanes, aunque motivo de temor, no necesariamente tenía que suponer su exterminio. «Podía ver el miedo en la cara de mis padres —recuerda Israel Abelesz, que vivía en el sur de Hungría y por entonces era un adolescente— y podía ver que el ambiente era otro, muy distinto. [Quizá era] el principio de algo horrible. Sin embargo confiábamos en que aquello no sería más que una maniobra militar que no afectaría a la población judía.» Leyó en la prensa que «los alemanes tenían que ocupar Hungría por razones bélicas. Pensábamos que no afectaría a la población judía. Esa era la esperanza. Ese era el lado de la esperanza; quiero decir que en una situación como esa siempre hay esperanza y desesperación, que se van alternando sin parar en tu cabeza».[5]

Pese a la ocupación alemana, Eichmann y su equipo sabían que sería imposible deportar a los judíos sin el apoyo de las autoridades húngaras. El propio Eichmann había analizado qué había pasado en Dinamarca y cómo la falta de ayuda local había derivado en toda clase de dificultades; era esencial, por lo tanto, que los nazis contaran con la ayuda de la policía y la administración húngaras. No les faltó, desde luego. No se nombró a un nuevo primer ministro —Döme Sztójay, ex embajador de Hungría en Berlín — hasta que los alemanes le dieron su aprobación, y los dos secretarios de Estado con responsabilidad en la «cuestión judía» eran declaradamente antisemitas. Uno de ellos, László Endre, ardía en deseos de cooperar. Endre, en efecto, colaboró plenamente con los alemanes e implantó toda una serie de medidas antisemitas; por ejemplo, prohibir que los judíos tuvieran vehículos o teléfonos y obligándolos a presentar una lista de todas sus propiedades de valor. También estaba más que dispuesto a ayudar a los

alemanes un comandante antisemita de la gendarmería húngara, László Ferenczy,[6] con el que Eichmann no tardó en trabar buena amistad.

A Eichmann, la historia reciente del antisemitismo en Hungría le tuvo que resultar familiar. Los antisemitas húngaros —como los alemanes y los austríacos— denunciaban la influencia que a su entender ejercían los judíos tanto en los medios de comunicación como en determinadas profesiones clave; también señalaban con el dedo los supuestos vínculos existentes entre el judaísmo y el odiado credo comunista. No olvidaban recordar que al terminar la primera guerra mundial había habido en Hungría, por breve tiempo, un gobierno comunista dominado por el revolucionario Béla Kun, que era de origen judío.

Pese a esta historia reciente, y a que un grupo de húngaros antisemitas tenía plena disposición a ayudarle, Eichmann sabía que se embarcaba en una empresa muy ambiciosa, que encontraría muchas dificultades. Cabía la posibilidad de que el proyecto en su conjunto saliera mal (desde la perspectiva nazi). ¿Qué pasaría, por ejemplo, si los judíos tenían noticia de que los iban a enviar a Auschwitz, donde la mayoría de ellos (en especial los más vulnerables) perderían la vida? ¿Acaso no harían cuanto pudieran por ocultarse e incluso ofrecer resistencia? Eichmann no pasaba por alto el precedente del levantamiento de Varsovia; ¿y si en Budapest ocurría algo similar?

Eichmann, que por primera vez tenía la ocasión de mandar *in situ* en vez de dirigir las operaciones desde un despacho de Berlín, estaba resuelto a evitar los problemas que habían complicado los planes nazis tanto en Dinamarca como en Varsovia. Para este fin, no solo se aseguró de que genuinos antisemitas ocuparan posiciones clave dentro del nuevo gobierno húngaro, sino que también intervino para tranquilizar a los judíos inquietos por su destino. Como primer paso, se pidió a los líderes judíos que formaran un Consejo Judío. El 31 de marzo, Eichmann se reunió con cuatro miembros del consejo recién formado en su oficina del Hotel Majestic de Budapest, y les dijo que aunque se iban a aprobar medidas contra los judíos —por ejemplo, se les obligaría a lucir la estrella amarilla—, si se comportaban como era debido no debían preocuparse por lo que les pudiera pasar. Afirmó que «los judíos tenían que entender que no se les exigía nada, tan solo disciplina y orden. Si había disciplina y orden, entonces la judería no solo no tendría nada que temer, sino que él la defendería y podría vivir

en las mismas condiciones, en cuanto a pago y trato recibido, que cualquier otro trabajador».[7]

Los miembros del Consejo Judío parecieron recibir con alivio las palabras de Eichmann. En cierto sentido, las medidas restrictivas contra los judíos implicaban que los alemanes no iban a matarlos y quizá buscarían un acuerdo a más largo plazo. En fin, ¿para qué obligar a los judíos a llevar una estrella amarilla, si solo te interesa fusilarlos? Esa fue, ciertamente, la interpretación preferida por Israel Abelesz y su familia. «A los pocos días aprobaron restricciones —cuenta—, y pensamos: "Bueno, vale, con eso podemos vivir". Porque sabíamos que la guerra no les estaba yendo bien a los alemanes. "Es solo cuestión de tiempo. Los van a derrotar." Mira, habíamos recibido una educación muy firme en la materia de la historia judía, y sabíamos que, a lo largo de las generaciones, en distintos lugares, los judíos habían sufrido por ser judíos. Quiero decir que el antisemitismo original, por descontado, viene de que los judíos no aceptaron que Jesús es un salvador, y esa clase de hostilidad a los judíos ha persistido a lo largo de los siglos. Así que no nos sorprende nada que nos discriminen [otra vez]. Lo importante es hasta qué punto.»[8]

Eichmann, que de nuevo tuvo en cuenta errores que los nazis habían cometido en otros lugares, planeaba organizar las deportaciones no como una única operación colosal, sino paso a paso. Empezaría lejos de Budapest, con los judíos del este de Hungría. Esto tenía una doble ventaja, desde el punto de vista de los nazis: primero, que, con el pretexto de la seguridad militar, se ocupaban de los judíos que estaban más cerca de la línea de combate del frente oriental; segundo, que dejaban para más tarde la dificultosa tarea de deportar al gran número de judíos de Budapest, que tendrían más posibilidades de ocultarse que los de las zonas rurales.

Los judíos del este de Hungría —incluidos muchos que vivían en territorios que Hungría se había anexionado— se vieron obligados a encerrarse en guetos durante los primeros días de abril. En una operación muy veloz, que habría resultado imposible sin la cooperación de la gendarmería húngara, casi doscientos mil judíos quedaron prisioneros en guetos o en campos de concentración construidos a toda prisa; todo ocurrió en un plazo de menos de dos semanas.

El acuerdo inicial con las autoridades húngaras preveía que los alemanes deportarían a 100.000 judíos, pero cuando se inició el proceso de los guetos los propios húngaros presionaron para que los nazis se los llevaran a todos.

Un aspecto clave era la cuestión de qué harían los húngaros con los judíos que no eran seleccionados para los trabajos forzados. Las autoridades húngaras, al igual que las eslovacas dos años antes, creían preferible pedir a los alemanes que no dejaran en su país a, por ejemplo, los ancianos y los niños.

Mientras los judíos húngaros esperaban en los guetos, la mayoría veía el futuro con incertidumbre. A veces les llegaban pistas al respecto. Alice Lok Cahana, una estudiante de quince años, que vivía con su familia en el oeste de Hungría, recuerda que un húngaro no judío le dijo: «¿Ya sabes que con vosotros hacemos jabón?». «Yo le dije: "¿Ah, sí? Pues ten en cuenta, cuando te estés lavando con un jabón que huela bien, que esa soy yo".» Más tarde se echó a «llorar»; se sentía «muy humillada por el hecho de que se hubiera atrevido a decirme algo así, algo tan vil y tan horrible».[9] Pero esta clase de comentarios hostiles no equivalían a una prueba de que los iban a matar. Muchos judíos, como Israel Abelesz y su familia, aún pensaban que quizá los enviarían a realizar trabajos «forzados». «Teníamos puesta la esperanza en eso —cuenta—, en que las familias van a permanecer juntas y bastará con que sobrevivamos unos pocos meses más, porque la guerra se acerca a su fin. A nosotros se nos llevaron en la última fase de la guerra.»[10]

A primera vista, parece extraño que los judíos húngaros no supieran qué destino les aguardaba en manos de los alemanes. Varios miles de judíos húngaros, por ejemplo, habían vuelto a sus casas en 1943, después de trabajar en batallones que actuaban en el corazón mismo de la zona de exterminio de Ucrania, y sin duda tuvieron noticias de lo que estaba pasando allí. De hecho, un escritor húngaro confirmó que, en 1943, «ya habíamos recibido muchas noticias sobre las masacres, tanto de los soldados húngaros como de los trabajadores forzosos que había vuelto del frente oriental».[11]

Sin embargo, además de que muy probablemente los judíos de Budapest, más cultos e informados, estarían más al corriente que los de las zonas agrícolas remotas, la combinación de incertidumbre y esperanza seguía resultando muy poderosa. Siempre había formas de dar una explicación racional a lo que estaba pasando. Por ejemplo, aunque los alemanes hubieran estado matando a judíos en el este, ¿quizá esa política letal se aplicaba solamente a los judíos soviéticos? No tenía ningún sentido —decía uno de los argumentos— que los alemanes se dedicaran a matar a judíos ahora que la guerra les estaba yendo mal; ¿acaso no necesitarían a los

trabajadores más que nunca? Esta clase de pensamientos son los que Eichmann favoreció al prometer seguridad a los judíos que se atuvieran a la «disciplina y orden».

Los judíos sí sabían, con toda certeza, que los gendarmes húngaros (y muchos otros ciudadanos) se estaban enriqueciendo a sus expensas. Israel Abelesz pudo ver a gendarmes registrar a los judíos y robarles «dinero y joyas», y la familia de Alice Lok Cahana no solo perdió la casa, sino el negocio entero, que se vendió por una miseria a un tal señor Krüger, que no era judío. «Me sentí muy avergonzada», cuenta. Los echaron de la ciudad, a ella y a su familia. «Me vino a la cabeza la escena del éxodo de Egipto. Y ahí estaba el señor Krüger contemplándonos marchar, no con compasión, sino con gozo: propietario de nuestra fábrica, propietario de nuestra casa».[12] En otros lugares de Hungría se informó de que la gendarmería no había vacilado en torturar a judíos para obligarles a revelar dónde escondían el dinero.[13]

En el plan de deportación de los judíos húngaros que Eichmann concibió, Auschwitz interpretaba un papel central. Este lugar no era la clase de «solución» grosera para el «problema judío» de los nazis que ofrecían los campos de Reinhard. No: el complejo de campos de Auschwitz ofrecía una respuesta polifacética a la eterna pregunta nazi de cómo acabar con los judíos. En parte, como hemos visto, ello tenía que ver con el aspecto de permanencia del lugar, más el desarrollo de un proceso de asesinato más eficiente, durante 1943, con la apertura de los cuatro nuevos complejos de crematorio/cámara de gas de Birkenau. Pero también había otras «mejoras» más recientes. Solo entonces, por ejemplo, se completó el ramal ferroviario que permitía que los nuevos llegaran directamente al interior del campo al pasar por debajo de un arco de la casa de ladrillo rojo de los guardias de Birkenau. Anteriormente, la rampa de acceso había estado cerca de la línea férrea principal, más o menos a mitad de camino de Birkenau y el campo principal de Auschwitz. Pero con el nuevo tramo de vías, el camino a los crematorios y cámaras de gas, para quienes las SS elegían, era de tan solo unos minutos a pie. Auschwitz había tardado cuatro años en evolucionar hasta este punto. Las imágenes de Auschwitz Birkenau tomadas en este breve período de unos pocos meses se han convertido en emblemáticas no tan solo de Auschwitz, sino del Holocausto en su conjunto; en buena medida, porque las SS retrataron la llegada de un transporte de judíos húngaros a Birkenau, y estas fotos sobrevivieron a la guerra.

Ahora bien, lo principal, más que cualquier posible mejora en el procedimiento de asesinato, era en qué se había convertido Auschwitz en términos conceptuales. En efecto, Auschwitz no era tan solo la factoría de muerte más inmensa jamás construida —una fábrica en la que cuantos entraban, en unas pocas horas, salían incinerados—, sino que era también, para entonces, una eficiente máquina de distribución de seres humanos. La idea era hacer la selección de los judíos húngaros una vez que estuvieran dentro del campo de Auschwitz Birkenau. Los viejos, los niños y cuantos parecieran no gozar de buena salud irían directos a las cámaras de gas. El resto de judíos, por lo general, pasarían varias semanas en un campo de «cuarentena», dentro de Birkenau, y luego serían repartidos entre los campos de trabajo de la zona de Auschwitz o enviados más lejos, a menudo a campos situados cerca de grupos industriales emplazados dentro del Reich. Los que pasaban a los campos próximos a Auschwitz, cuando se considerase que habían dejado de ser útiles, regresarían a Birkenau para ser asesinados.

Himmler, en cumplimiento de los deseos de su Führer, había diseñado al fin una institución física que parecía resolver la cuestión que más había complicado los «asuntos judíos» desde el principio del proceso de exterminio: ¿cómo conciliar la utilidad de los judíos como trabajadores y la voluntad ideológica de aniquilarlos? Heydrich, en la conferencia de Wannsee, en enero de 1942, había propuesto matar a los judíos haciéndoles construir carreteras en el este hasta la extenuación; pero los detalles prácticos de la implementación concreta de medidas como esa no se habían desarrollado. Había surgido, en cambio, una serie de disputas entre quienes querían preservar a los judíos para explotarlos como mano de obra y quienes querían matarlos. En tal estado de cosas, Auschwitz no solo parecía establecer un puente entre los dos objetivos en apariencia irreconciliables —al menos, mientras hubiera un suministro estable de trabajadores de reemplazo— sino que lo hacía en un entorno seguro. En Auschwitz, en efecto, había poco peligro de que estallara una revuelta. La zona de seguridad que rodeaba Auschwitz (la «zona de interés», según se la denominaba) llegaba mucho más allá de las alambradas de Birkenau y el campo principal, y dentro de Birkenau, las varias secciones del campo estaban separadas entre sí por vallas. Era inconcebible que se pudiera producir una huida masiva como la derivada de los levantamientos de Treblinka o Sobibór. Auschwitz, con su red de subcampos al servicio de

diversos grupos industriales, era un universo cerrado y autónomo. Una vez que los presos entraban allí, podían vivir, trabajar y morir en Auschwitz, siempre bajo el estricto control de las SS, en cada uno de esos estadios. Este hecho —el hecho de que Auschwitz, en este punto, se había convertido en la manifestación práctica del imperativo ideológico de los nazis— es el que contribuye a que Auschwitz sea el símbolo más potente del Holocausto.

En julio de 1944, Israel Abelesz experimentó en sus propias carnes qué impacto tenía Auschwitz en los judíos húngaros. Él y su familia llegaron a Auschwitz Birkenau en un tren de carga, después de varios días de viaje a través de la Hungría occidental. El tren recorrió el nuevo ramal ferroviario, pasó bajo el arco del cuerpo de guardia y entró directamente en el campo. Las puertas se abrieron y se ordenó que todo el mundo bajara de los vagones. «Nos dijeron que bajara solo la gente, que dejaran el equipaje en el tren; el equipaje se repartiría luego.» Israel recuerda que, aunque «todo iba muy rápido», el proceso de recepción parecía bien organizado. «Vinieron varios presos a recibirnos, y trajeron agua. Todos los que tenían sed pudieron beber.» Cree que esto se hizo para que los recién llegados no fueran «presa del pánico». «Lo primero que les preguntamos fue: "¿Esto qué es?". "Es un campo de trabajo", nos dijeron.»[14]

Los *Sonderkommandos* de la rampa ayudaron a organizar la separación de los judíos en dos grupos. «Dijeron: "Los niños con sus madres, que formen una fila"», y los hombres formaban en otra fila. «Entonces vi a mi hermano menor, que tenía once años, se marchó con mi madre, porque él era un niño, y esa fue la última vez que los vi. Yo estaba en pie delante de un oficial alemán de aspecto elegante, con mi padre y mi hermano mayor, que tenía ya dieciséis años. Y el oficial alemán me mira y me dice, en alemán, que cuántos años tengo. Y yo le digo: "Catorce".» Israel añadió que los había cumplido unos pocos días antes. El hombre de las SS «me devolvió la sonrisa. "Oh, Geburtstag, sehr gut ['Ah, cumpleaños, muy bien']. Ve con tu hermano". Y mi padre se venía también con nosotros, y él dijo: "No, no, usted vaya por ahí". Con amabilidad, nada más, solo señalando con un bastoncito».

Israel Abelesz recuerda que las SS querían que «todo el mundo» se «quedara tranquilo», para que nadie «montara una escena». «Su objetivo, realmente, no era otro que la velocidad, como en una fábrica. Era como estar en una cinta transportadora y no querían que hubiera ningún fallo en el sistema de las cintas transportadoras.» Cuando vio qué estaba pasando,

«pensé que todo iba a ir bien. Vamos a trabajar aquí, como todos los demás. Vi a aquellos presos judíos [y pensé:] vamos a ser presos como ellos, nos enviarán a trabajar a algún lugar de por aquí cerca». En cuanto a su madre, su padre y su hermano menor, adscritos a otro grupo, «pensé que también estarían bien. Que los habrían enviado a otro campo». A fin de cuentas, eso es lo que los reclusos que recibían a los judíos en la rampa les decían a estos al llegar: «Nos decían: "Ellos se van a otro campo"».

Cuando Israel llevaba unas tres semanas en Birkenau, un acontecimiento dramático le convenció de que su madre, su padre y su hermano menor habían sido asesinados. En la noche del 2 de agosto oyó «gritos y llantos … y perros que ladraban». Los ruidos parecían proceder del campo gitano, que estaba cerca de su propio barracón carcelario, y «por la mañana no quedaban gitanos en el campo». Durante la noche, por orden de Himmler, se había liquidado el campo gitano al completo: se había matado a unos 2.800 sintis y romaníes. «Entonces comprendí —cuenta Israel— que si le hacen eso a los gitanos, lo mismo nos harían a nosotros, si no nos lo habían hecho ya. Y poco a poco nos fue calando la idea de que, sí, los que no podían trabajar habían acabado en las cámaras de gas.»

Durante todo el verano de 1944, Israel vivió en una sección de Birkenau que él describe como una «reserva de mano de obra». Cada cierto tiempo se producía una selección de personas y los presos elegidos se marchaban a hacer trabajos forzosos, bien dentro de la zona de interés de Auschwitz, bien a otros lugares del imperio nazi. Una vez que sabía que en Birkenau había cámaras de gas, Israel sentía la necesidad de «alejarse de Auschwitz» como fuera; por ello, cada vez que las SS anunciaban que iban a seleccionar trabajadores, él se «presentaba voluntario». Pero nunca lo escogían. Era pequeño de constitución —incluso para sus catorce años— y los reclusos mayores y más fuertes le pasaban por delante.

Israel se fue angustiando. No solo nunca lo elegían para trabajar fuera, sino que además cada día se encontraba más débil. «La comida siempre estaba racionada, era insuficiente, era sencillamente para morirse de hambre. Y junto al miedo a morir, la sensación más poderosa de todos es la sensación de hambre. Cuando sientes hambre la sensación es tan abrumadora que ahoga cualquier otra sensación, cualquier otro sentimiento … [acabas siendo] nada más que un perro que busca comida.»[15]

Tras pasar tres meses en Birkenau, vio otra novedad aterradora. Justo fuera de su cabaña, los alemanes instalaron una barra medidora. Los que

llegaban a una altura mínima irían a un grupo, los que no, quedarían relegados a otro. Israel «no llegaba de ninguna manera», así que lo enviaron al segundo grupo, formado sobre todo por niños de unos doce a dieciséis años, que habían sobrevivido a la selección inicial de la rampa porque, según pudo ver Israel, «siempre había casos límite, quiero decir, que estaban en los límites entre las edades mayor y menor».

A Israel y los demás les «dijeron que irían al campo de los niños. Que allí iban a recibir un trato mucho mejor. Yo no me lo creí». Algunos otros miembros del grupo tampoco se creyeron la promesa, pero «supongo que estaban tan desesperados que sencillamente se dijeron: "No vale la pena. No vale la pena luchar, nos rendimos", algo así. Quiero decir que había gente que se iba a un cable eléctrico y se suicidaba. Es que no querían seguir viviendo así … se rindieron. "La vida no tiene sentido." Quiero decir que es que la situación era terrible. Gente que formaba una familia, que vivía en familia, y de pronto los lanzaban al rincón más duro del infierno … a los tuyos los envían al gas. No era una transformación progresiva, era de golpe, sin más. Para la gente era una auténtica conmoción, no lo podían aguantar … Según lo viví yo, no había histeria. Era una aceptación fatal de lo que les iba a pasar. No había gritos. O quizá sí; por la noche, cuando se los llevaban a las cámaras de gas, entonces sí había algunos gritos. Al final, gritar, ¿qué es? ¿A quién le gritas? Así que aceptas tu destino. A ver, ¿un hombre condenado se pasa toda la noche chillando en su celda? Yo creo que no».

Resuelto a sobrevivir, se aprovechó de la confusión que rodeaba el proceso de selección y «pasó corriendo al lado bueno», donde se ocultó con el grupo hasta que la prueba había pasado. Pero el alivio fue efímero y poco después suspendió en una nueva selección. En esta ocasión se salvó porque empezó a «llorar» y a rogarle al hombre de las SS, diciendo: «Pero yo soy fuerte y puedo trabajar, puedo trabajar». Un *Kapo* le abofeteó y le ordenó cerrar el pico, pero el alemán le dijo: «Ah, déjalo, déjalo en paz». En consecuencia, el hombre de las SS «cogió a algún otro en vez de a mí. La verdad es que no sé por qué me perdonaron la vida … Pero así fue. Tuve la sensación de que Dios había decidido que mi destino era sobrevivir. Tuve esta sensación tan poderosa, en ese momento, de que de una forma u otra lograría sobrevivir. Cuando conseguí pasar el filtro de las selecciones, cobré mucho ánimo … Si estoy aquí, quiero decir, es por una serie de azares de la fortuna».

En todo caso, Israel no se conformó con la idea «de que Dios había decidido que [su] destino era sobrevivir» y también se cuidó todo lo que pudo. «Yo estaba con mi hermano —cuenta—, que era dos años mayor que yo y tenía más sentimientos [por los demás] … Yo nunca tuve esos sentimientos. Era un poco más egoísta. Por ejemplo, recuerdo que, una mañana, uno de los niños lloraba porque por la noche le habían robado la ración de pan y que si se muere de hambre. Recuerdo que mi hermano le dio un trozo de pan a ese niño … Yo le dije: "¿Por qué te has quedado sin pan? No hace falta que lo hagas, no hay necesidad". "Su necesidad es mayor que la mía", [respondió]. Eso es algo que siempre he admirado de [mi hermano].»

Gracias a una combinación de buena suerte e ingenio, Israel Abelesz consiguió sobrevivir hasta que liberaron los campos. Pero aunque ya no estaba en manos de los nazis, la experiencia vivida aún lo atormentaba. «No sé cómo hacerlo … Apenas pasa un día que no esté yo en la cama y, por una razón o por otra, no puedo dormir, siempre veo las caras de esos niños [seleccionados para morir] y mi imaginación me dice: "¿Qué les pasó en el último minuto? Cuando estaban en las cámaras de gas y el Zyklon B empezó y ya no podían respirar más, cuando se dieron cuenta de que el gas los ahogaría, ¿en qué pensaban?»

La realidad letal de la vida en Auschwitz hizo que muchos se replantearan la fe. «En cuanto nos deportaron me convertí en atea —cuenta Ruth Matias, otra de las judías húngaras enviadas a Auschwitz en 1944—. Mi padre nunca le hizo daño a nadie, y no solo le hicieron daño a él, sino también a muchos niños pequeños e inocentes. Lo vi con mis propios ojos, los agarraban por los pies, los golpeaban contra la pared y les reventaban los sesos … Ahora soy fatalista.» En Auschwitz también vio cómo los lazos tradicionales de las familias se ponían a prueba hasta que en muchos casos se rompían. «Vi a una hija pegarle a su madre. La madre se negaba a comer nada, le daba toda su ración a la hija, y aun así, si la madre se llevaba a la boca una cucharada de comida, tan solo una cucharada, la hija le pegaba … La madre solía defender a la hija y cuando interveníamos se enojaba: "No os metáis; no tengo hambre".»[16]

Según pudieron descubrir los judíos húngaros, los nazis estaban seleccionando judíos para trabajar no solo en las fábricas de los alrededores de Auschwitz, sino también del que había sido territorio del Reich antes de la guerra. Sin embargo, durante muchos años, uno de los pilares de la

ideología nazi había sido la necesidad perentoria de expulsar a los judíos de esas tierras. Así pues, una vez más, los nazis ponían de relieve que implantaban su Solución Final sin ninguna claridad ideológica, porque esta novedad de 1944 respondía a criterios puramente pragmáticos: resolver una escasez de mano de obra. Esto también suponía, claro está, que a diferencia de los judíos que trabajaban en la red de fábricas y minas de las inmediaciones de Auschwitz, los judíos que trabajaban en el Reich estaban fuera del alcance de las cámaras de gas de Birkenau. Muchos de ellos aún perdieron la vida —por hambre, enfermedades o palizas—, pero lo hicieron fuera de la órbita de Auschwitz.

Al mismo tiempo que los judíos húngaros sufrían en Auschwitz Birkenau, a menos de tres kilómetros de allí, Tadeusz Smreczyński luchaba por sobrevivir en el campo principal de Auschwitz. La mayoría de los polacos con los que había llegado allí, unas semanas atrás, ya habían sido enviados a las cámaras de gas. A principios de julio de 1944 creyó que a él también le había llegado la hora de morir: en mitad de la noche, las SS le ordenaron formar con un grupo de varios cientos de prisioneros y dirigirse a Birkenau. «Nadie nos dijo qué iba a pasar —cuenta—. Marchábamos rodeados por los de las SS y uno de mis amigos propuso que, si nos llevaban a las cámaras de gas, más valía que los atacásemos, porque era preferible morir rápidamente por un balazo que perecer ahogándote durante una docena de minutos.»[17]

Pero Tadeusz y el resto del grupo no se dirigían a las cámaras de gas. Los hicieron subir a vagones de carga, en la rampa de Birkenau, y se los llevaron lejos, a Austria, a un destino cuya fama es casi tan espantosa como la de Auschwitz. Tadeusz Smreczyński, en efecto, había sido trasferido a uno de los campos de concentración más infames de todo el Reich: Mauthausen, cerca de Linz. Mauthausen abrió las puertas en el verano de 1938, y desde el principio fue concebido como un campo muy distinto al del modelo tradicional de Dachau. Para empezar, a diferencia de lo sucedido en Dachau, el emplazamiento del campo de Mauthausen se había decidido antes que nada por razones económicas. Se hallaba situado cerca de una colosal cantera de granito y los presos debían trabajar allí en condiciones ciertamente horrendas, arrastrando bloques desde el fondo de la cantera, escaleras arriba —las que se conocen como las «escaleras de la muerte»—.

Antes de la guerra, se enviaba a pocos judíos a Mauthausen. Los reclusos eran ante todo lo que los nazis calificaban de «antisociales» o de criminales «incorregibles». Pero la orientación cambió en 1941, cuando cientos de judíos neerlandeses fueron deportados al campo en represalia por actos de resistencia en los Países Bajos. En su mayoría, estos judíos perecieron en un plazo de unas pocas semanas. La experiencia de los judíos neerlandeses en Mauthausen fue tan terrible que los nazis usaron el campo como amenaza: si no se accedía a deportar al este a los judíos de los Países Bajos, se enviaría a un número mayor de ellos a Mauthausen. Así pues, se presentaba la realidad de este campo de concentración austríaco como una perspectiva aún más aterradora que el destino desconocido que aguardaba a los judíos neerlandeses si subían a los trenes de la deportación. De hecho, los propios nazis reconocían la brutalidad especial de Mauthausen. Cuando Reinhard Heydrich hizo dividir los campos de concentración en categorías, Mauthausen quedó situado en el grupo de los más rigurosos. Es decir: aunque muchos internos de Birkenau ansiaban subir a un transporte que los alejara de Auschwitz, el mero hecho de abandonar la zona de interés de Auschwitz no aseguraba que sus posibilidades de supervivencia fueran a ser mayores.

Mauthausen estaba en el centro de una enorme serie de grupos empresariales; algunos eran propiedad de las SS, otras de corporaciones privadas. La cantera de granito la explotaba la DEST (Deutsche Erd– und Steinwerke GmbH, Compañía Alemana de Áridos y Piedras), una rama comercial de las SS. Pero Mauthausen también daba trabajadores a compañías externas que manufacturaban toda clase de productos, del sector del armamento al farmacéutico. En consecuencia, se establecieron decenas de subcampos para dar servicio a esas fábricas, y el complejo adquirió una escala y diversidad que rivalizaban con las de Auschwitz. Mauthausen también se asemejaba a Auschwitz en otro aspecto: el campo tenía una cámara de gas. Se utilizó por primera vez en la primavera de 1942, hacia la misma época en la que se empezó a gasear en la Casita Roja de Birkenau. Como las cámaras de gas de Auschwitz, la de Mauthausen, aunque era menor, usaba Zyklon B. Aun así, pese a la presencia de una cámara de gas, Mauthausen nunca fue un campo especialmente relacionado con la Solución Final, ni siquiera cuando el proceso de exterminio era más intenso en otras partes. En el transcurso de su existencia se envió a Mauthausen a unos 200.000 presos. El contingente étnico más numeroso era el de los polacos:

se deportó al campo a unos 40.000 reclusos polacos. En total, cerca de la mitad de todos los que fueron enviados a Mauthausen perdieron la vida allí; entre ellos, se ha calculado que unos 14.000 judíos.[18]

«Nos llevaron a Mauthausen —recuerda Tadeusz Smreczyński—. Los de las SS de Mauthausen rodearon nuestro tren. Entre tanto, la escolta armada de las SS de Auschwitz estaba de pie en el andén, esforzándose por patear a todos los que bajaban del tren, o golpearlos con la culata de sus rifles, como para decir adiós. Vi lo que pasaba. Esperé en la parte trasera del tren, cogí velocidad y salté fuera del vagón, a unos pocos metros de distancia de los guardias de la escolta. Lo hice para que no me pegaran, y lo conseguí. Otros guardias de las SS nos escoltaron hasta el campo de Mauthausen. Salía el sol. Las ventanas [de las casas] estaban cerradas, pero las cortinas se abrían ligeramente y los austríacos espiaban con discreción, para ver qué estaba pasando. Llegamos al campo. Estaba en una colina, en medio de un paisaje hermoso, con los Alpes a la vista. Era una zona de una belleza excepcional, en la que la gente se topaba con un destino trágico.»[19]

Ya en el campo, Tadeusz y los demás tuvieron que desnudarse y les afeitaron la cabeza. «Los de las SS volvieron de desayunar y examinaron a los presos, que estaban de pie, en hileras. Estábamos desnudos. Ellos pasaban arriba y abajo por las filas y nos soltaban un bofetón, o un puñetazo en el estómago, o un pisotón en los pies. Esperé a que fuera mi turno. Por el rabillo del ojo vi a un hombre joven, rubio y de ojos azules, que tendría poco más de veinte años. Dio un paso en mi dirección. Le aguanté la mirada, porque él me estuvo mirando fijamente a los ojos durante unos segundos, y no me pegó. Aquel hombre de las SS pasó de largo y le pegó al preso que estaba a mi lado. Luego mis amigos me preguntaron qué había hecho para que no me pegara. Y no lo sé. Yo no sé que había en la mente de aquel chico».[20]

Para Tadeusz, las condiciones de los barracones de Mauthausen eran aún más duras que las que había sufrido en el campo principal de Auschwitz. No solo no había camas libres en las que dormir, sino que «el espacio era muy limitado y unos sesenta de nosotros tenían que pasar la noche de pie. Podían estirarse [solo] si alguien dejaba el sitio para ir al lavabo; al volver, este se quedaba de pie». A la mañana siguiente les ordenaron presentarse en la plaza, para pasar lista. «Era un día muy caluroso y los presos no querían pasarse horas de pie porque los que se caían de resultas del calor, a esos los remataban. Yo estaba de pie en la primera fila. Los que formaban

demasiado lentamente eran apaleados con una porra. Se animaron tanto con los palos que también empezaron a golpear a los que sí habían formado bien. De pronto recibí un golpetazo en la nuca que me derribó. Por suerte el golpe no era demasiado fuerte y no me pasó nada, pero en ese mismo momento me acordé del preso polaco que [en Auschwitz] me había aconsejado no situarme nunca en la parte exterior de las filas de prisioneros y me instó a no dejar que me mataran.»[21]

Tadeusz estuvo entre un grupo de presos seleccionados para desplazarse unos 20 kilómetros al oeste, a la ciudad de Linz. Aquí les dijeron que construirían un campo nuevo, como parte de una red de campos de trabajo de la zona. Aunque allí había uno o dos barracones de madera y una valla alambrada, los presos debían construir todo lo demás. El trabajo era tan agotador, físicamente, que Tadeusz comprendió que de seguir así no sobreviviría mucho tiempo. Pero entonces se enteró de que a unos pocos presos los querían para trabajar en la cocina, una labor menos extenuante. «Corrimos a la puerta de la cocina, donde el jefe y un hombre de las SS —un *Rapportführer*— estaban de pie, eligiendo a diez personas de entre un grupo de sesenta candidatos. Cuando me llegó el turno ya habían elegido a nueve, así que solo me quedaba una oportunidad. Me preguntaron, en alemán, qué edad tenía, si estaba fuerte y sano y de qué trabajaba. Les respondí en alemán, les dije que era panadero, porque antes de que me detuvieran había trabajado en una panadería. Comentaron algunas cosas en voz baja y al final me eligieron, el último de los diez. Aquel día fue, para mí, el momento más feliz de toda la guerra.»

Al trabajar en la cocina pudo escapar a las peores vicisitudes de la vida en los campos; en particular, el hambre. En el resto del campo, «las condiciones eran espantosas. El hambre era cada vez peor, los prisioneros se desmayaban de hambre, se morían. Una vez vi a unos presos con un bol de sopa que parecía más bien agua de un charco … Mientras caminaban, la sopa se les derramó sobre el suelo cubierto de nieve pisoteada … y la gente se puso a chuparla de la nieve. El panorama era horrible».

Los presos estaban en peligro por la forma en que los nazis los trataban, pero también por los bombardeos aliados. Al poco de llegar Tadeusz al campo de Linz, unos bombarderos estadounidenses atacaron las fábricas de armamento de la zona. De pronto se produjeron explosiones dentro mismo del campo. «Fui presa del pánico, un pánico incontrolable —cuenta—. Los que corrían por delante de mí, simplemente, se esfumaron. Quedaron

destrozados, hechos pedazos. Vi un agujero en la valla, con seis presos al otro lado de la alambrada, y les seguí, sin tener en cuenta que a todo preso que se marchaba voluntariamente del campo le aguardaba la pena de muerte.» Tadeusz y los otros presos corrieron para alejarse del campo y, a algo menos de dos kilómetros de allí, se estiraron sobre la hierba, cerca de un terraplén. «Al cabo de quince o veinte minutos, oímos de pronto: "Hände hoch!" ["¡Manos arriba!"]. Nos pusimos en pie con las manos en alto. Había soldados de la Wehrmacht detrás de los árboles, y apuntaban en dirección a nosotros con sus ametralladoras. Formaban parte de la artillería antiaérea y, como habían derribado algunos bombarderos, nos confundieron con paracaidistas estadounidenses. Eso era lo que gritaban: "¡Paracaidistas de Estados Unidos!". En ese momento tuve una especie de revelación y les dije a voces que no éramos estadounidenses, sino los presos del campo de Mauthausen-Linz 3, que había sido bombardeado por los estadounidenses … y que estábamos allí esperando a que nuestra gente de las SS pudiera llevarnos de vuelta. Al final resultó que eso nos salvó la vida.» Otros prisioneros que habían huido del campo fueron ejecutados, pero la rápida explicación de Tadeusz hizo que él y sus compañeros no corrieran ese mismo destino. Recuerda que un día después del bombardeo, «dos jóvenes rusos que habían escapado conmigo [vinieron] a darme las gracias por haberles salvado la vida».

El bombardeo del campo tuvo otro efecto perdurable en Tadeusz Smreczyński. Cuando vio a los médicos —que también eran prisioneros— atender a los heridos tuvo una especie de iluminación: «Sentí que la vida solo recobraría el sentido si intentaba hacer el bien a los demás. Decidí que, si sobrevivía, estudiaría Medicina. Me inspiraron los reclusos que, siendo médicos, ayudaban a los otros en el campo».[22] Acabada la guerra, Tadeusz se convirtió en médico, en efecto, en su país natal. Sin embargo, como se negó a afiliarse al partido comunista, su carrera se malogró y no pudo continuar con las investigaciones, como habría sido su deseo. «Sentía un rechazo absoluto por el comunismo, en la forma en que existió —cuenta—. No tenía nada que ver con los pobres, las clases trabajadoras y los campesinos; aquello era para el beneficio de los que se llamaban "líderes".» En todo caso, se mantuvo fiel a la filosofía vital que había desarrollado mientras fue prisionero de los nazis: «La vida solo tiene sentido cuando se hace el bien. ¿Estoy en lo cierto? Yo no sentía necesidad de vivir una vida pública. No me preocupaban los incentivos económicos que me permitirían

comparar mi coche con el coche de algún otro. No necesitaba impresionar a nadie».[23]

En Auschwitz, la llegada de los judíos húngaros, en la primavera y verano de 1944, derivó en el período de matanza más intenso de toda la historia del campo. Cerca de 430.000 judíos fueron deportados de Hungría a Auschwitz entre mayo y julio de 1944.[24] La mayoría perecieron al llegar; el porcentaje de los elegidos para una muerte inmediata osciló entre el 70 % y el 90 % de cada transporte. Para acomodar a la ingente cantidad de personas a las que se tenía intención de matar, se excavaron grandes fosas crematorias cerca de los crematorios/cámaras de gas IV y V, no muy lejos de los primeros centros de exterminio que se habían improvisado en Birkenau, en las Casitas Roja y Blanca.

Aprovechando la enorme cantidad de personas que llegó a Birkenau, diversos miembros de las SS se sintieron libres para entregarse a su imaginación sádica. Morris Venezia, miembro de un *Sonderkommando* judío de los crematorios, recuerda que dos jóvenes hermanas judías y una amiga preguntaron a uno de los hombres de las SS si las podían matar juntas. El hombre se «alegró mucho» de hacer lo que pedían y, de paso, pensó que intentaría ver si podía matarlas a las tres con una sola bala. Las puso en fila y apretó el gatillo. Las tres chicas cayeron derrumbadas y parecían haber muerto. «Acto seguido —cuenta Morris— nos las llevamos y las arrojamos a las llamas [de la fosa abierta]. Y entonces empezamos a oír unos gritos.» Resultó que una de las chicas solo había caído al suelo, pero no había muerto, con lo que la quemaron viva. «Y el oficial alemán, tan satisfecho porque se había cargado por lo menos a dos con una sola bala. ¡Esos animales! … No hay cerebro humano que pueda creérselo ni comprenderlo. No hay quien se lo crea. Pero lo vimos.»[25]

No todos los judíos de Hungría terminaron en Auschwitz. En Budapest, Eichmann y otros miembros de las SS trabajaban en una estrategia paralela, con la intención de apoderarse de la riqueza de los judíos. Kurt Becher, como jefe del departamento económico de las SS en Hungría, dedicó el tiempo a obtener grandes cantidades de dinero, joyas u otros objetos de valor de manos de judíos a los que prometía salvarles la vida. Así, por ejemplo, permitió que varios miembros de la familia Weiss —una de las

familias judías más ricas y eminentes de Hungría— escaparan a un país neutral, después de que estos transfirieran a los nazis la propiedad de la gigantesca empresa siderúrgica homónima.

Eichmann también participó personalmente en intentos de extorsionar a los judíos húngaros, y en el proceso hizo una de las propuestas más extraordinarias de la Solución Final. El 25 de abril de 1944 se reunió con Joel Brand, figura destacada entre los judíos de Budapest, y le dijo que los nazis estaban dispuestos a dejar en libertad a «un millón» de judíos, a condición de que se pagara por ellos un rescate adecuado. «Nos interesan los bienes, no el dinero —dijo Eichmann—. Viaje al exterior y reúnase directamente con sus autoridades internacionales y con los Aliados. Luego regrese con una oferta concreta.»[26] Probablemente Eichmann sabía que esa clase de propuesta estaba, ciertamente, condenada a fracasar. ¿Por qué los Aliados iban a negociar la vida de los judíos entregando a los nazis unas propiedades con las que estos podían avivar la guerra? Más aún, cuando los nazis —con la intención evidente de abrir fisuras entre los Aliados— afirmaron que ningún material que los Aliados entregaran a cambio de la vida de los judíos se usaría en el frente occidental. Pero aunque las negociaciones tuvieran pocas perspectivas de éxito, Eichmann debió de pensar que a él mismo, personalmente, le beneficiarían. Es así porque, al plantear este ofrecimiento, le demostraría a Himmler que él también podía ser tan flexible como Becher, su colega de las SS, en un momento en el que la maquinaria bélica alemana necesitaba todas las materias primas de las que pudiera hacer acopio.

El 17 de mayo de 1944, Brand —en compañía de un personaje turbio, llamado Bandi Grosz— salieron de Hungría a Estambul para establecer contacto con los Aliados y proponer un pacto por el que un millón de judíos se «salvarían» si los Aliados daban diez mil camiones a los alemanes. En Estambul, Brand se reunió con representantes turcos de los líderes judíos de Palestina. Poco después, el 26 de mayo, se puso al corriente de la idea al alto comisario británico para Palestina, sir Harold MacMichael. Los estadounidenses no tardaron en tener noticia de la propuesta nazi, y empezaron a surgir discrepancias en la forma en la que Gran Bretaña y Estados Unidos querían responder. Aunque los dos gobiernos rechazaban la idea, en un principio, no estaban de acuerdo en si convenía usar el plan como punto de partida de una mesa negociadora. En Estados Unidos, el Consejo de los Refugiados de Guerra, instaurado por Roosevelt en enero de

1944 para ayudar a los que sufrían la persecución nazi, se interesó por la idea. La impresión de los británicos (según se manifestó en la reunión de un comité del gabinete de guerra sobre los refugiados, el 30 de mayo) era que Henry Morgenthau, el gran impulsor del Consejo de los Refugiados de Guerra, había prometido que Estados Unidos «rescataría» a los judíos, y esto quizá derivara en una «oferta» de los alemanes, que intentarían «pasarnos la responsabilidad sobre una cantidad de judíos todavía mayor».[27] Morgenthau era judío, y este hecho, unido a otros factores —como los problemas que las autoridades británicas ya estaban teniendo en Palestina y la gran dificultad de transportar a un gran número de judíos en tiempos de guerra—, hicieron que los británicos contemplasen la idea con cautela.

Británicos y estadounidenses ya habían debatido sobre los problemas que entrañaba rescatar judíos en el marco de la conferencia de las Bermudas, un año antes, en abril de 1943. Esta reunión de consejeros y políticos de segundo nivel podría competir con la conferencia de Evian, de 1938, por la reticencia clara que se mostró ante la idea de ofrecer asilo a un número elevado de judíos. Al igual que en Evian, la conferencia no trataba de los judíos, ni siquiera oficialmente: solo de los «refugiados»; y al igual que en Evian, los británicos se negaron a aceptar que un número importante de judíos entrara en Palestina. Solo un puñado de periodistas recibió permiso para entrar en las Bermudas y cubrir la conferencia, y las «propuestas» se mantuvieron «confidenciales»; en teoría, porque los respectivos gobiernos debían analizarlas, pero también, tiende uno a pensar, porque en la práctica se traducían en casi nada. En la estela de esta respuesta inútil al exterminio de los judíos, Roosevelt creó el Consejo de los Refugiados de Guerra.

Al iniciarse el mes de julio de 1944, las ideas de británicos y estadounidenses sobre la misión de Brand eran cada vez más distantes. Los estadounidenses creían que había que ofrecer refugio a los «judíos y personas similares en inminente peligro de muerte», mientras que los británicos respondieron sugiriendo que el ofrecimiento solo se aplicara a determinadas categorías de judíos, tales como niños y líderes religiosos.[28] La discusión acabó careciendo de importancia práctica, porque el 7 de julio los estadounidenses decidieron comunicar a los soviéticos la existencia de la misión de Brand.

No es difícil imaginar por qué los estadounidenses consideraban importante revelar a los soviéticos la propuesta de Eichmann. Era un

momento especialmente delicado en la relación entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética. No solo se había iniciado el Día D en el oeste, sino que en el este el Ejército Rojo había empezado la Operación Bagratión, un ataque colosal contra el Grupo de Ejércitos Centro cuya escala hacía empequeñecer el Día D. También había asuntos políticos por resolver en relación con el avance soviético, en lo que atañía al futuro de las naciones de la Europa del Este que el Ejército Rojo estaba a punto de liberar. No era oportuno —pensaban los estadounidenses— ocultar a los soviéticos una propuesta nazi que iba a desestabilizar la alianza. Los soviéticos, como era de esperar, rechazaron de un plumazo el acuerdo de Brand. Pero la misión de Brand tenía otro componente —sensacional— que los británicos descubrieron en El Cairo cuando empezaron a interrogar a Bandi Grosz, el agente de inteligencia, de rango relativamente secundario, que había acompañado a Brand en su viaje. Grosz afirmó que figuras destacadas de las SS en Budapest le habían pedido que usara la misión para «organizar una reunión en un país neutral, entre dos o tres oficiales destacados de la seguridad alemana y dos o tres oficiales estadounidenses de una posición jerárquica similar (en última instancia, británicos) para negociar una paz específica entre el Sicherheitsdienst [SD] y los Aliados occidentales».[29] Joel Brand acabó plenamente convencido de que el auténtico propósito de la misión era abrir negociaciones con Occidente para cerrar el frente occidental de la guerra. «Tenía la impresión —dijo Brand en 1961, en el juicio de Eichmann— de que Himmler usó a los judíos como una especie de soborno; como quien dice, para tener una tarjeta de visita con la que entrar a hablar de cuestiones mayores. [Eichmann] me dejó claro que el acuerdo había sido iniciativa de Himmler.»[30]

Himmler tenía noticia, en efecto, del pacto de los «judíos por camiones», según confirman tanto el testimonio de posguerra de Kurt Becher como documentos contemporáneos.[31] Apenas cabe pensar que la misión habría salido adelante sin su conocimiento ni aprobación. Himmler debió de considerar que disponía de permiso para probar ese acercamiento porque en diciembre de 1942 Hitler le había autorizado a dar la libertad a judíos a cambio de rescates pagados en monedas fuertes, a condición de que tal clase de acción permitiera disponer de grandes cantidades de divisas extranjeras.[32] Pero es improbable que Himmler también recibiera autorización de Hitler para empezar conversaciones de paz con los Aliados occidentales, ni siquiera con la intención de sembrar la discordia entre estos

y Stalin. Hitler no se oponía a difundir secretos falsos —por ejemplo, aprobó filtrar en España que los soviéticos intentaban firmar un armisticio por separado—,[33] pero no parece verosímil que hubiera querido iniciar unas negociaciones de paz importantes; para empezar, porque si la opinión pública tenía noticia de esas conversaciones, el efecto sobre la moral de los alemanes sería tremendo.

En cuanto a Himmler, es probable que, llegados a aquel punto, él sí quisiera iniciar conversaciones para un armisticio. En este contexto hay un misterio fascinante al respecto del registro de un telegrama de Himmler, del 31 de agosto de 1944, que los británicos lograron descifrar. El mensaje se envió directamente a Churchill, quien, a todas luces, no quiso preservar el documento. «Telegrama de Himmler. Yo lo conservo y yo lo destruyo», escribió en una nota del expediente correspondiente.[34] Es la única noticia de un mensaje de Himmler descifrado, y al parecer, el único documento alemán, entre varios miles, que Churchill destruyó. ¿Qué decía el mensaje? ¿Era quizá una oferta de negociaciones de paz? Al parecer, ya nunca lo sabremos.

Pocos meses más tarde, en diciembre de 1944, Theodor Ondrej, un oficial del servicio secreto de las SS, quedó asombrado cuando su jefe —Walter Schellenberg, el jefe del servicio de inteligencia extranjera de los nazis— le comunicó que Himmler quería negociar un armisticio. «Un día, a mediados o finales de diciembre de 1944, Schellenberg me dijo que Himmler intentaba acordar una paz por separado —cuenta Ondrej—. Schellenberg confiaba en mí, y me dijo que Himmler le había revelado su plan solo porque Schellenberg, como oficial en jefe de la inteligencia alemana, acabaría sabiendo igualmente, por sus agentes extranjeros, que se sondeaba la posibilidad de un armisticio. Mi primer pensamiento fue que Himmler era el hombre menos idóneo para un acuerdo de paz por separado. El general de las SS Schellenberg sonrió y dijo: "Es sorprendente, ¿verdad? Le doy mi apoyo aunque sé que es el hombre menos adecuado para esta labor". Así que Schellenberg fue absolutamente claro al respecto, pero en esas fechas ya nos aferrábamos a cualquier esperanza.»[35]

Como veremos más adelante, en la primavera de 1945 Himmler buscaba varias formas de negociar con Occidente, en lo que, a juicio de Hitler, representaba ni más ni menos que «traicionar» a Alemania. Así pues, no es descabellado imaginar que él estaba detrás de la sugerencia que hizo Bandi Grosz en el verano de 1944. Quizá en ese momento tan solo quería abrir

una fisura entre los Aliados, al proponer que firmasen una paz por separado; o quizá buscaba seriamente un armisticio y deseaba que las conversaciones dieran fruto. Es igualmente posible que no hubiera decidido entre las dos posibilidades y estuviera a la expectativa. Lo extraordinario, según comentaron tanto Schellenberg como Ondrej, es que el hombre que en un discurso pronunciado en Posen en octubre de 1943 se había jactado de haber contribuido a que los judíos «desapareciera[n] de la faz de la Tierra» llegara a imaginar que los Aliados, menos de un año después, aceptarían negociar con él. En todo caso, Himmler tenía una capacidad asombrosa para engañarse a sí mismo.

En Budapest, a finales de mayo y en junio de 1944, Eichmann esperaba noticias de la misión de Brand. Mientras aguardaba, la esposa de Brand, Hansi, y un empresario húngaro y judío, Rudolf Kasztner, mantuvieron una serie de reuniones con él. Querían convencerlo de que ofreciera un gesto a los Aliados y demostrara que los nazis iban en serio cuando aludían a la libertad de los judíos. Las conversaciones cristalizaron en la propuesta de enviar a Suiza un tren cargado de judíos. Desde la perspectiva de Eichmann, no era una mala idea. Sería una prueba de buena fe, ante los Aliados, y a la vez un medio de obtener más dinero de los judíos húngaros, dado que los nazis podían cobrar caros los billetes de ese tren. Como Eichmann se mostró interesado, Rudolf Kasztner se puso manos a la obra e intentó hacer realidad ese proyecto. En el proceso, el «tren de Kasztner» fue objeto de muchas críticas emitidas desde la comunidad judía; las repercusiones acabaron provocando el asesinato de Kasztner, en Israel, ya durante la posguerra.

En parte, se atacó a Kasztner porque en el tren viajaban muchos parientes suyos (por ejemplo, su madre y su hermano) y también un número desproporcionado de judíos de Cluj, su ciudad natal: del total de 1.684 pasajeros, 384 procedían de esta pequeña ciudad transilvana. Éva Speter, que entonces contaba veintinueve años, fue seleccionada para el tren de Kasztner junto con su esposo y su hijo. Contaban con plaza segura porque el padre de Éva estaba entre los que, junto con Kasztner, elegirían a los que viajaran. «Todo el mundo hacía cuanto podía por seguir con vida —dice Éva—. Si tienes que salvar la vida, lo intentarás como sea, de cualquier manera, incluso por medios criminales, llegado el caso; pero te tienes que salvar. Tu vida es lo primero y lo más cercano que uno tiene a sí mismo es uno mismo, por mucho que la gente pueda esforzarse por decir otra cosa.»[36]

Éva Speter —al igual que su familia— tenía muy claro qué suerte corrían los judíos deportados de su país. Creía que los alemanes querían «matar a los once millones de judíos que viven en Europa, incluidos los judíos de Rusia». De hecho, había tenido noticias de que los alemanes gaseaban a los judíos tras simular que estaban a punto de ducharse. Justo antes de salir de Budapest descubrió que mucha más gente también sabía que la deportación, a manos de los nazis, equivalía a la muerte: «Vino una obrera que había visto a mi hijo, íbamos todos con la estrella amarilla, [y me] dijo: "Dame a tu hijo, yo lo cuidaré. Crecerá, no te lo lleves para que lo maten contigo". Por descontado no le di a mi hijo, pero pensé: "Esta obrera a la que no conozco de nada quería que este niñito precioso pudiera crecer: un niño judío". Sabiendo eso, no me puedo enfadar del todo con los húngaros».[37]

Cuando Éva Speter se marchó de Budapest, el 30 de junio, a bordo del tren de Kasztner, no confiaba en que los alemanes mantuvieran su palabra; y cuando el tren se paró en Austria —en Linz— creció su inquietud al respecto de qué les iba a pasar. Aquí les dijeron, a todos los judíos, que bajaran del tren para una inspección médica y una «ducha». Recuerda que «estaba allí de pie, desnuda frente al médico, y mirándole con orgullo, a los ojos; y pensé: "Que vea cómo muere una mujer judía orgullosa de serlo". Una vez en la ducha, de la cañería salió "agua agradablemente caliente … todo un alivio, después de que nos hubiéramos preparado para morir allí».[38] Los nazis, por una vez, habían dicho la verdad en el tema de las duchas.

Pero al menos en otro aspecto, Eichmann había mentido, porque el destino inmediato del tren no era Suiza, sino el campo de concentración de Bergen-Belsen, en el norte de Alemania. Se había establecido una sección específica para los catalogados como «judíos de intercambio» —los judíos por los que se intentaría pedir un rescate—, y se les dio un trato mejor que a los judíos del resto de lugares. Así, Shmuel Huppert, que fue enviado al campo de intercambio junto con su madre, en 1943, recuerda que en Bergen-Belsen no solo recibió comida suficiente para sobrevivir, sino que en el campo aprendió incluso a jugar al ajedrez.[39] Los judíos del tren de Kasztner también recibieron un trato similar, un trato preferencial, y después de varios meses de largas negociaciones, la inmensa mayoría acabó llegando al territorio seguro de Suiza.

Después de la guerra, se criticó a Kasztner no solo por haber concedido tantos lugares del tren a sus amigos y parientes, sino también por causar la muerte de una gran cantidad de otros judíos húngaros a los que no reveló

que los nazis planeaban deportarlos a Auschwitz. En el primer caso, fue culpable de lo que se le acusaba, no cabe duda; en el segundo, las pruebas no son tan claras. Aunque es cierto que, en el transcurso de una visita a su ciudad natal, Cluj, no alertó a nadie sobre la verdadera intención de los nazis, por otro lado es dudoso que una intervención suya hubiera supuesto ninguna diferencia. Varios movimientos juveniles judíos de Hungría, como Hashomer Hatzair, Maccabi Hatzair y Bnei Akiva, habían hecho un esfuerzo conjunto por transmitir a los judíos de las provincias qué peligro corrían, pero nadie hizo caso de sus advertencias.[40] En parte ello se debió a que los judíos no tenían alternativas —no había grandes montañas ni bosques densos en los que esconderse, y entre la población local abundaban los antisemitas—, en parte era el deseo de bloquear la idea de que aquellos rumores tan terribles pudieran ser ciertos. «La gente no escuchaba, por mucho que le contaran —dice Éva Speter—, porque la gente no se quiere creer lo peor, nunca se lo quiere creer. Siempre intenta creer algo mejor … La esperanza es una de las mejores cualidades que el hombre recibe al nacer.»[41]

Kasztner tenía noticia de las masacres de Auschwitz porque había leído un informe escrito por dos ex prisioneros, Rudolf Vrba y Alfred Wetzler. Ambos habían logrado escapar del campo en abril de 1944 y consiguieron también regresar a su país natal, Eslovaquia. Allí dejaron constancia de lo que estaba pasando en Auschwitz Birkenau. Antes de esto, en el mundo eran muy pocas las personas que estaban al corriente de la verdadera función de Birkenau. Como Birkenau era en parte un campo de trabajo y estaba en el centro de toda una red de campos de trabajo, muchos observadores de fuera del Reich se habían hecho una idea errónea de su propósito principal. Richard Lichtheim, por ejemplo, de la Agencia Judía de Ginebra, había creído —antes de leer el informe de Vrba y Wetzler— que los alemanes deportaban a los judíos a Auschwitz «para explotar a más trabajadores judíos en los centros industriales de la Alta Silesia».[42] Pero el informe de Vrba y Wetzler no dejaba lugar a dudas sobre el auténtico fin de Auschwitz. Describía con precisión la apertura de los nuevos complejos de crematorios/cámaras de gas en Birkenau, en 1943, y la forma en que se llevaban a cabo los asesinatos. No era de extrañar que el informe fuera tan genuino, porque Filip Müller, miembro de los *Sonderkommandos* que trabajaban en los crematorios, había revelado a los dos eslovacos qué ocurría allí dentro, con exactitud. «Le había entregado a Alfred [Wetzler] un

plano de los crematorios y las cámaras de gas, además de una lista con los nombres del personal de las SS que prestaba servicio allí —escribió Müller después de la guerra—. También les había dado notas que había estado preparando, durante cierto tiempo, con casi todos los transportes gaseados en los crematorios IV y V. Les había descrito con todo detalle el proceso de exterminio para que pudieran informar de ello al mundo exterior.»[43]

El informe de Vrba y Wetzler circuló por Budapest durante el mes de mayo de 1944. A finales de junio la noticia había llegado a Londres, y a principios de junio también estaban informadas las autoridades de Washington. Con todos estos datos de inteligencia genuinos en la mano, una gran variedad de personas —desde Roosevelt al rey de Suecia— protestaron ante el almirante Horthy por la deportación de los judíos húngaros. Incluso el papa escribió una carta a Horthy, el 25 de junio, en la que le instaba a reconsiderar sus acciones.[44] El arzobispo Gennaro Verolino, diplomático del papado en Budapest, recuerda que antes incluso de que se tuviera conocimiento público del informe de Vrba y Wetzler, «habíamos acabado llegando a la conclusión de que "trabajo forzado en el extranjero" significaba "deportación" y que "deportación" significaba exterminio y aniquilación. Entonces protestamos con todo vigor, primero el nuncio en persona, luego con los demás diplomáticos».[45] El nuncio papal en Hungría entregó hasta quince mil cartas de salvoconducto a los judíos de Budapest. Esa carta «me salvó la vida, una vez —dice Ferenc Wiener, un judío húngaro—. Me salvó la vida cuando se la enseñé a un oficial alemán. Estaban ejecutando a todos los demás, y yo era el próximo, me tocaba que me mataran. Entonces le enseñé la carta y el oficial me dijo que me podía ir».[46] A la luz de incidentes como este, Gerhart Riegner, que durante la guerra fue representante del Congreso Judío Mundial en Suiza, sostiene que la intervención del Vaticano en Hungría fue «el único ejemplo, en toda la historia del Holocausto, en el que el Vaticano adoptó la decisión correcta de forma sistemática».[47]

El almirante Horthy tenía que decidir cómo actuar en esas circunstancias. ¿Debía intentar impedir que continuaran las deportaciones a Auschwitz, e incurrir en la cólera de los alemanes, o dejar que siguieran, a pesar de las protestas? Figuras destacadas del nazismo como Joseph Goebbels habían estado seguros, hasta entonces, de que controlaban a Horthy; no solo porque habían logrado intimidarlo para que «invitara» a las tropas alemanas a entrar en Hungría y cooperara con la expulsión de los judíos, sino también

porque creían que en ese punto la oportunidad de eliminar a los judíos del país le satisfacía. «En todo caso —escribió Goebbels en su diario, el 27 de abril—, ahora ya no obstruye a quienes limpian la vida pública en Hungría; antes al contrario, siente una cólera asesina contra los judíos y no tiene inconveniente en usarlos como rehenes. Ha llegado a sugerir tal cosa él mismo … En todo caso, los húngaros no escaparán al ritmo de la cuestión judía. Quien sea que diga A, tiene que decir B, y los húngaros, una vez han puesto en marcha la *Judenpolitik*, no pueden pararla, por esa razón. A partir de cierto punto, la *Judenpolitik* se impulsa sola».[48] Se trata de una manifestación particularmente significativa, porque Goebbels apunta sin ambages de qué forma, a su juicio, los nazis podían controlar a sus aliados en la cuestión de los judíos. Si los nazis lograban que sus aliados se mancharan las manos de sangre, entonces no les quedaría más opción que aguantar del lado del Tercer Reich, pasara lo que pasara.

Pero Horthy no reaccionó según lo previsto. Aunque ya se había puesto en un auténtico compromiso, dio marcha atrás y, el 6 de julio, dijo a los alemanes que quería detener las deportaciones. Los trenes de Auschwitz dejaron de circular, oficialmente, tres días después. La presión ejercida sobre Horthy había sido excesiva. Si se había sentido capaz de aprobar las deportaciones cuando solo había rumores —por fuertes y creíbles que fueran— de que se estaba matando a los judíos, ahora que había pruebas claras de que los transportes se dirigían a una fábrica de muertes no estaba dispuesto a permitir que continuaran. Para empezar, no solo recibía protestas de la comunidad internacional, sino que Budapest sufría el ataque directo de los Aliados: el 2 de julio, los estadounidenses bombardearon la capital húngara. En aquel momento, cuando los Aliados occidentales luchaban en Francia y el Ejército Rojo avanzaba por la Europa oriental, la realidad era innegable: los alemanes estaban perdiendo la guerra y, algún día, las potencias victoriosas exigirían cuentas a quienes colaboraban con los nazis. Al frenar las deportaciones, Horthy debió de pensar que aún podría forjarse una coartada. Estaba en lo cierto. Pese a la clara participación de Hungría en atrocidades anteriores contra los judíos, Horthy escapó a la guerra sin castigo: se retiró a Portugal, a una ciudad costera próxima a Lisboa, donde murió en 1957, a los ochenta y ocho años.

Los alemanes, que ya habían deportado a 430.000 judíos desde Hungría a Auschwitz, estaban dispuestos a hacer una pausa antes de llevarse al resto. A fin de cuentas, este fue tan solo uno más de los numerosos reveses que

los alemanes sufrieron aquel verano. No solo tenían que lidiar con una situación desesperada en el frente de batalla, sino con una crisis en la cúpula del Estado nazi: el 20 de julio, diversos oficiales descontentos de la Wehrmacht habían intentado matar a Hitler haciendo explotar una bomba en su cuartel general de la Prusia Oriental. Aunque Hitler no sufrió heridas graves, para los servicios de seguridad alemanes la búsqueda de los autores del atentado pasó a ser claramente prioritaria.

Después del atentado frustrado, Hitler, que siempre había sido un hombre enfadado de corazón, quedó aún más poseído por la cólera. Según el general Heinz Guderian, al que se acababa de nombrar jefe del Estado Mayor del Ejército alemán, «la profunda desconfianza con la que [Hitler] contemplaba a la humanidad en general —y a los oficiales del Estado Mayor General en particular— se convirtió entonces en un odio profundo … Tratar con él siempre había sido bastante difícil; pero ahora pasó a ser una tortura, cada vez más dolorosa, conforme pasaban los meses. Era frecuente que perdiera el control de sí mismo por completo y su lenguaje se tornó cada vez más violento».[49]

Un mes más tarde, a los alemanes se les avecinaba otro desastre, en esta ocasión en el frente diplomático. Los rumanos querían abandonar la guerra. El 5 de agosto, Hitler se reunió con el líder rumano, el mariscal Antonescu, y usó toda su pericia retórica para intentar convencerlo de que siguiera combatiendo; pero las palabras no podían bastar para modificar la penosa realidad de los soldados rumanos en el frente de batalla. El 20 de agosto, una gran parte del ejército rumano se descompuso y el Ejército Rojo emprendió la ofensiva de Jassy-Kishiniov (Iași y Chișinău). El 23 de agosto, Antonescu fue expulsado del cargo; los rumanos cambiaron de bando y anunciaron que estaban en guerra con Alemania.

Pero Hitler, como era propio de él, se negó a cambiar de rumbo. Su resolución de prolongar la guerra hasta que los soldados del Ejército Rojo estuvieran en las calles de Berlín condujo, inevitablemente, a un período final de destrucción espantosa.

# 18

# Asesinar hasta el fin (1944-1945)

Mientras Hitler estaba resuelto a combatir hasta el final, los Aliados tenían que resolver sus propios problemas y controversias políticas. Entre otros asuntos, debían decidir qué hacer con todo lo que en ese momento sabían, ya de forma detallada, sobre los asesinatos que los nazis estaban perpetrando en Auschwitz.

Un punto en el que todos estaban de acuerdo era la magnitud del horror. «No cabe duda de que este es, probablemente, el mayor y más horrible de los crímenes cometido nunca en toda la historia del mundo —escribió Churchill el 11 de julio de 1944— y se ha hecho con maquinaria científica, por parte de hombres que se hacen llamar civilizados, en el nombre de un gran Estado y una de las razas principales de Europa … Hay que hacer declaraciones públicas al respecto para que todas las personas relacionadas con esto sean perseguidas y condenadas a muerte.»[1] Pero como es lógico, ninguna expresión de escándalo o amenaza, por sí sola, ayudaba directamente a los judíos que estaban perdiendo la vida en Auschwitz.

Varios grupos judíos sugirieron dar una respuesta práctica al crimen: lanzar bombas sobre el campo. El Congreso Judío Mundial, en Ginebra, pidió en junio que los estadounidenses destruyeran las cámaras de gas, y Churchill, cuando tuvo noticia de la idea, escribió el 7 de julio a Anthony Eden: «Coja todo cuanto pueda reunir de la Fuerza Aérea, e invoque mi autoridad, si es preciso».[2] A la postre, sin embargo, se descartó la propuesta de bombardear Auschwitz. En Gran Bretaña, el Ministerio del Aire no veía la idea con entusiasmo por varias razones prácticas. Entre los problemas destacaba la dificultad de bombardear las cámaras de gas sin matar al mismo tiempo a muchos de los presos de Birkenau; los británicos

sugirieron, por lo tanto, que los estadounidenses se encargaran de hacerlo, al estar ellos especializados en los bombardeos diurnos. En nombre de Estados Unidos, John McCloy, vicesecretario de Guerra, tenía dudas sobre la viabilidad del plan y, en todo caso, consideraba que no podía desviar a bombarderos que ya tenían otras misiones y de mayor importancia.[3]

Sin embargo, incluso si se hubiera logrado superar las inmensas dificultades prácticas de bombardear las cámaras de gas de Auschwitz, cuesta creer que esto habría interrumpido la masacre. La matanza del Festival de la Cosecha de Majdanek, un año antes, había puesto de relieve que los alemanes no necesitaban cámaras de gas para asesinar a los judíos en gran número: con ametralladoras también podían conseguir ese mismo fin.

Ahora bien, la forma despectiva en la que muchos de los implicados en el proceso de decisión abordaron la cuestión del bombardeo de Auschwitz —uno de los ayudantes de McCloy llegó a escribir una nota interdepartamental en la que admitía que McCloy quería «matar» la idea—[4] pone sobre el tapete otro tema de importancia. Lo resume bien la pregunta que formuló a los Aliados David Ben Gurion, presidente del ejecutivo de la Agencia Judía y uno de los fundadores del Estado moderno de Israel, en un discurso pronunciado el 10 de julio de 1944: «Si, en lugar de judíos, miles de mujeres, niños y ancianos ingleses, estadounidenses o rusos hubieran sido torturados día tras día, quemados vivos, asfixiados en cámaras de gas, ¿habrían actuado ustedes de la misma manera?».[5]

La respuesta a esta pregunta de Ben Gurion —apenas caben dudas al respecto— es *no*. Ciertamente los Aliados no «habrían actuado de la misma manera» si, por ejemplo, se estuviera gaseando en Auschwitz a prisioneros de guerra británicos. La afirmación se apoya en pruebas. Como hemos visto, en la conferencia de las Bermudas, en 1943, los Aliados no habían querido comprometerse a admitir en sus países a una gran cantidad de judíos; ello a pesar de que a finales de 1942 ya habían condenado el exterminio de los judíos a manos de los nazis. Anthony Eden, el ministro de Asuntos Exteriores británico, había afirmado en una reunión celebrada en Washington en 1943, un mes antes de la conferencia de las Bermudas, que era imperativo «andar con suma cautela en cuanto a cualquier posible ofrecimiento de sacar a todos los judíos de un país», porque «si lo hacemos así, entonces los judíos del mundo querrán que hagamos un esfuerzo similar en Polonia y Alemania. Parece probable que Hitler aceptara esa clase de

ofrecimiento y, simplemente, en el mundo no existen los barcos y medios de transporte necesarios para responder a eso».[6] Parece oportuno parafrasear la pregunta de Ben Gurion a la luz de las palabras de Eden: ¿alguien cree que tal excusa para no actuar se habría considerado aceptable si los alemanes estuvieran asesinando a los prisioneros de guerra británicos o estadounidenses? ¿En serio hay que pensar que británicos y estadounidenses habrían permitido que los alemanes masacraran a sus soldados por la sola razón de que no se podían desviar barcos que los llevaran a un puerto seguro, al otro lado del canal (más aún, cuando durante la guerra sí se encontraron barcos para trasladar a varios cientos de miles de prisioneros enemigos no ya a la otra orilla del canal, sino del Atlántico, hasta Norteamérica)? No; la excusa de Eden, sencillamente, no resulta creíble.

Linda Breder, una judía que estuvo recluida en Auschwitz, considera que «Dios se olvidó de nosotros y [la] gente de la guerra se olvidó de nosotros, no les importaba lo que estaba pasando aunque sabían qué estaba pasando [en Auschwitz]». Añade: «Queríamos que bombardearan el campo, al menos podríamos correr, y centenares y más centenares de aviones pasaban [para bombardear otros objetivos en Polonia] y nosotros mirábamos hacia arriba y no caían bombas. No lo podíamos entender».[7]

La posición de los Aliados respecto de los judíos siguió siendo simple: la única forma segura de cortar el exterminio era derrotar a los nazis. En el verano de 1944, esa estrategia pareció gozar de cierto éxito, cuando el Ejército Rojo se apoderó del campo de Majdanek, a finales de julio. Majdanek supuso una revelación, de cara al mundo. Los alemanes, en su retirada, habían dejado sin destruir gran parte de la maquinaria de exterminio, y las cámaras de gas y el crematorio eran una prueba incontrovertible de la actividad asesina de los nazis. Después de inspeccionar el campo, Konstantín Símonov, un corresponsal de guerra soviético, escribió: «Lo que estoy a punto de referir es demasiado enorme y demasiado truculento para imaginarlo en toda su magnitud». Símonov describió cómo funcionaban las cámaras de gas, con «operarios formados especialmente, que llevaban máscaras de gas» y «vertían en la cámara el "ciclón" [*sic*] de los cilindros de lata». También quedó horrorizado por el inmenso número de zapatos que vio: el calzado de los asesinados. «Sobresalen de la cabaña y se derraman por las ventanas y las puertas. En un punto, el peso del calzado derribó una parte de la pared, que cayó hacia

fuera junto con montones de zapatos … Es difícil imaginar algo más espeluznante que esta visión.»[8]

En Auschwitz, desde que se interrumpieron las deportaciones de húngaros, a principios de julio, y se asesinó a los judíos del gueto de Łódź, unas pocas semanas más tarde, el período de mayor intensidad de las matanzas había concluido. De resultas, las SS decidieron reducir los *Sonderkommandos* del campo, que en las fechas de los trenes húngaros habían ascendido a un pico de novecientos miembros. Planeaban dejarlos en un número muy inferior, asesinando para ello a cuantos les parecieran sobrantes. «Sabíamos que teníamos los días contados y desconocíamos cuándo nos llegaría el fin», dice Dario Gabbai, del *Sonderkommando* de Birkenau. Los nazis, en particular después de la publicidad que se había dado a Majdanek, no querían que ningún componente de los *Sonderkommandos* sobreviviera a la guerra. Estaban al corriente de todos los detalles del proceso letal. Así pues, a finales de septiembre, el *SS Scharführer* (suboficial mayor) Busch pidió que doscientos miembros de los *Sonderkommandos* del crematorio IV se presentaran «voluntarios» para el traslado a un nuevo campo. Pero en los *Sonderkommandos* no había pasado por alto que el número de trenes llegados al campo no había dejado de menguar, y eran conscientes de qué comportaba eso, en cuanto a su propio destino. «Yo pensé: "¿Acaso Busch era tan ingenuo como para creer que ninguno de nosotros se ofrecería voluntario para el matadero?"», escribió Filip Müller, de los *Sonderkommandos* de Auschwitz.[9] Como era de prever, nadie dio un paso adelante, y el *Scharführer* Busch tuvo que elegir él mismo a los doscientos integrantes de los *Sonderkommandos*. Por descontado, no había «nuevo campo» y a los elegidos se los llevaron a otra parte para matarlos. Aquella noche, en un acto sin precedentes, los propios hombres de las SS incineraron los cuerpos en los hornos crematorios, lejos de la vista de los demás reclusos. Pusieron como excusa que eran los cadáveres de los fallecidos en un bombardeo aéreo aliado. Los *Sonderkommandos* no se llevaron a engaño y, al día siguiente, confirmaron las sospechas al encontrar en los hornos varios cuerpos de sus camaradas, quemados, pero aún reconocibles. En consecuencia, cuando las SS pidieron a los *Kapos* de los crematorios que aportaran una lista con otros trescientos miembros de los *Sonderkommandos*, a los que en teoría se trasladaría a «fábricas de neumáticos», los equipos especiales decidieron alzarse en armas.[10]

Como hemos visto, los niveles de seguridad de Auschwitz eran superiores a los existentes en campos como Sobibór y Treblinka. Los edificios de los crematorios/cámaras de gas estaban en subcampos vallados, aislados dentro del complejo gigante de Auschwitz Birkenau, a su vez rodeado por toda un área de seguridad, la «zona de interés de Auschwitz». Anteriormente había habido intentos de fuga colectiva; en especial, una revuelta de presos polacos de la compañía de castigo de Birkenau, el 10 de junio de 1942. Pero de la cincuentena de presos que se dieron a la fuga, solo se tiene la certeza de que sobrevivió uno.

Pese a todo, aun sabiendo que el fracaso estaba casi asegurado, el 7 de octubre de 1944 los *Sonderkommandos* del crematorio IV se levantaron contra los guardias de las SS. Lucharon con hachas y martillos contra soldados con armas de fuego, y lograron incendiar el edificio. Al oír los ruidos que procedían del crematorio IV, los equipos especiales del crematorio II también atacaron a sus vigilantes, y mataron a dos de ellos (uno, arrojándolo a un horno en llamas). Acudieron refuerzos de las SS que empezaron a perseguir a todos los presos que habían logrado huir del perímetro del campo. Así, encontraron a varios miembros de un *Sonderkommando* ocultos en un granero, y le prendieron fuego. De cuantos se alzaron en armas aquel día contra las SS, ni uno solo sobrevivió al intento de fuga. En total habían participado en la revuelta unos 250 miembros de los *Sonderkommandos*, y las SS se aseguraron de que todos y cada uno de ellos lo pagaban con la vida. En realidad, las represalias fueron más allá. Con el fin de aterrorizar al resto de los *Sonderkommandos*, seleccionaron a otros doscientos miembros y los asesinaron igualmente.[11] Henryk Mandelbaum, de un *Sonderkommando* de Auschwitz, recuerda que «nos dijeron que nos tumbáramos en el suelo, con las manos cogidas por detrás de la espalda, y ejecutaron a uno de cada tres de los nuestros. Entre mis amigos del *Sonderkommando*, varios perdieron la vida y el resto tuvo que volver al trabajo. Para nosotros nunca hubo mucha esperanza. Lo cuento como es».[12]

Aunque tuvo que soportar esta ordalía y fue testigo del asesinato de muchos de sus compañeros, Henryk Mandelbaum todavía cree que los que se rebelaron «hicieron lo que debían» porque «no hay que olvidar que éramos como muertos vivientes. Ahora hablamos con libertad, en paz, y podemos tener nuestras ideas de principio, podemos plantear preguntas,

podemos añadir o quitar, pero entonces era muy distinto. Los seres humanos estábamos condenados».[13]

Una vez acabada la guerra, en ocasiones los supervivientes de Auschwitz tuvieron que aguantar el reproche de que les había faltado la valentía de ofrecer resistencia. Halina Birenbaum recuerda que, cuando llegó a Israel en 1947, le dolió que otros miembros del kibutz le dijeran: «Habéis actuado como ovejas. ¿Por qué no os defendisteis? ¿Qué os pasó? Es culpa vuestra. No hicisteis nada. Esa clase de cosas no nos pasaría a nosotros. No nos lo contéis. Es una desgracia. No se lo contéis a los jóvenes o arruinaréis su espíritu combativo».[14]

La historia de la rebelión del *Sonderkommando* de Auschwitz, en octubre de 1944, demuestra que tales acusaciones son injustas. Los *Sonderkommandos* no se dejaron llevar como «ovejas» a un matadero. Ofrecieron resistencia y perdieron la vida en el intento. Murieron porque en Auschwitz era casi imposible resistir con eficacia. Auschwitz perduró como institución durante cuatro años y medio y, en ese tiempo, del total de personas que fueron enviadas allí —más de un millón—, unas ochocientas intentaron escapar. Menos de 150 lograron alejarse de la zona y un número indeterminado de los que huyeron con éxito murieron igualmente en la guerra.[15] Lo que impidió que el grueso de los internos huyera del lugar no fue la ausencia de coraje, sino la ausencia de oportunidades.

Cuando se produjo la rebelión de los *Sonderkommandos*, en octubre de 1944, los alemanes habían perdido a más aliados. El 8 de septiembre, el Ejército Rojo entró en Bulgaria; a las pocas horas, los búlgaros siguieron el ejemplo de italianos y rumanos: cambiaron de bando y le declararon la guerra a Alemania. Menos de dos semanas más tarde, Finlandia también salió de la contienda.[16] Los socios habían reconocido lo inevitable: los alemanes habían perdido la guerra. Incluso algunos miembros de la propia élite nazi querían explorar las posibilidades de un armisticio. No solo Himmler, también Joseph Goebbels. Cuando Goebbels, por una fuente japonesa, tuvo noticia de que se rumoreaba que Stalin sopesaba firmar una paz por separado, le envió una carta a Hitler en la que defendía esta idea. «Conseguiríamos —escribió, el 20 de septiembre de 1944—, aunque no la victoria con la que soñábamos en 1941, la que seguiría siendo la victoria más formidable de toda la historia de Alemania. Eso justificaría plenamente los sacrificios que el pueblo alemán ha realizado en esta guerra».[17] Pero

Hitler no se molestó siquiera en sopesar la sugerencia de Goebbels, ni entró a discutirla con él. Para Hitler, o Alemania triunfaba o Alemania resultaba destruida. La que, a entender de partidarios como el propio Goebbels, había sido la gran virtud de Hitler —negarse a cualquier componenda e ir siempre a por todas— se revelaba ahora como su gran debilidad.

La intransigencia de Hitler tuvo otra consecuencia obvia: el sufrimiento de los judíos continuó. En Eslovaquia, por ejemplo, las fuerzas de seguridad alemanas deportaron a más de doce mil judíos entre septiembre y diciembre de 1944, después de sofocar un levantamiento de la resistencia eslovaca. En Hungría, el hecho de que Hitler estuviera resuelto a impedir que el almirante Horthy sacara al país de la guerra llevó a otra crisis de los judíos húngaros. Desde que se interrumpieron las deportaciones a Auschwitz, a principios de julio, Horthy había seguido buscando la forma de suscribir un armisticio con los Aliados. A principios de octubre, de hecho, una delegación húngara había llegado a firmar un acuerdo con los soviéticos, en Moscú. El 15 de octubre, los alemanes respondieron. Otto Skorzeny —el oficial de las SS que, un año antes, había encabezado el equipo que rescató a Mussolini de la cárcel— secuestró a Miklós Horthy —hijo del almirante — en Budapest y, enrollado en una alfombra, se lo llevó al campo de Mauthausen, en Austria. Los alemanes amenazaron a Horthy con transferir el poder a Ferenc Szálasi, líder de la Cruz Flechada, el partido fascista de Hungría. Horthy, para salvar la vida de su hijo, volvió a colaborar con los alemanes y pasó el resto de la guerra recluido en un castillo bávaro como «invitado» de Hitler.

Con Horthy fuera del poder y Hungría en manos de fascistas, los judíos volvían a correr peligro. El 18 de octubre, Eichmann inició negociaciones con Szálasi sobre un nuevo proceso de deportación de los judíos; en esta ocasión, no a Auschwitz, sino al Reich, para hacer trabajos forzosos. El problema de Eichmann era que carecía de los medios de transporte para trasladar a decenas de miles de judíos al oeste. Pero dio con una solución. Los judíos no podían viajar en trenes ni camiones, pero sí recorrer a pie esos cerca de 200 kilómetros. A finales de noviembre, 27.000 judíos marchaban hacia el Reich y se suponía que otros 40.000 les irían en pos. Las condiciones de la marcha fueron, como era de esperar, espantosas. De hecho eran tan malas que cuando un grupo de oficiales de las SS los adelantó, quedaron tan preocupados por lo que vieron que formularon una queja ante Otto Winkelmann, jefe supremo de la policía y las SS en

Hungría. Aunque parezca increíble, entre los que formularon las objeciones estaba Rudolf Höss, el que fuera comandante de Auschwitz, que ahora desarrollaba funciones administrativas en las SS. No se trataba de que Höss se hubiera vuelto empático, sino que le parecía un despropósito enviar al Reich a judíos que, cuando llegaran, no estarían en condiciones de trabajar.[18] Otro oficial de las SS, Kurt Becher, que unos meses antes había participado en las negociaciones sobre los judíos húngaros, se quejó ante Himmler de las acciones de Eichmann. Esto derivó en una reunión extraordinaria en el tren privado de Himmler, en la Selva Negra, en noviembre de 1944. Himmler le dijo allí a Eichmann que dejase de deportar a los judíos de Budapest, y añadió: «Si hasta ahora ha exterminado usted a los judíos, desde ahora, si yo se lo ordeno, deberá promover su bienestar».[19]

El comentario de Himmler, en apariencia incomprensible, tampoco se debía, como en el caso de Höss, a una metamorfosis ideológica, sino que obedecía a razones puramente prácticas. Por un lado estaba el deseo de utilizar a los judíos a la vez como mano de obra y (llegado el caso) como rehenes en una negociación con los Aliados; por el otro, el convencimiento de que la realidad militar había cambiado. Mientras Himmler hablaba con Eichmann, el Ejército Rojo avanzaba por el interior de Hungría; así pues, toda conversación sobre la posible deportación de los judíos húngaros no tardaría en quedar relegada al campo de la teoría.

A finales de diciembre, el Ejército Rojo había rodeado Budapest. Hitler declaró la ciudad «espacio fortificado» y exigió a los defensores que lucharan hasta la muerte. La batalla resultante duró hasta el 13 de febrero de 1945 y costó la vida a cerca de cuarenta mil civiles. Cuando se consumó la victoria soviética, los soldados del Ejército Rojo atacaron a las mujeres de Budapest y las violaron por miles, literalmente: se ha calculado que hubo hasta cincuenta mil violaciones. Barna Andrásofszky, que era estudiante de Medicina, contempló las escenas que se vivieron en un pueblo de las afueras de Budapest. La llamaron para ayudar a una joven que denunció que la habían violado en grupo, «diez o quince hombres». Barna no pudo frenar la brutal hemorragia interna y hubo que trasladar a la joven a un hospital. «Era muy difícil aceptar que eso estaba pasando en pleno siglo XX —cuenta —. Era muy difícil ver como realidad lo que los nazis difundían como propaganda. Pero aquí podíamos verlo, en realidad. Y también tuvimos noticia de muchas otras situaciones terribles como esta.»[20]

Se trata de un testimonio relevante para la historia del Holocausto porque nos recuerda, una vez más, que el exterminio de los judíos se produjo en el contexto de una guerra de brutalidad suma; entiéndase bien que esto no excusa, en ningún momento, los crímenes del nazismo. Es significativo que las espeluznantes escenas de Budapest no se repitieran en Bucarest o Sofía, las capitales de Rumanía y Bulgaria, a la llegada del Ejército Rojo. En buena medida, quien provocó tal sufrimiento a los húngaros fue Hitler. Si Hitler no hubiera decidido que los húngaros, a diferencia de los rumanos y búlgaros, no podían cambiar de bando cuando los soviéticos se acercaran, el Ejército Rojo no habría cometido aquellas atrocidades. Por lo demás, la obstinación de Hitler fue del todo fútil. A finales de diciembre, con Budapest rodeada, el nuevo gobierno húngaro, amparado por los soviéticos, declaró la guerra a Alemania.

Por mucho que los Aliados avanzaron, Hitler continuó dando voz a su odio por los judíos. En un decreto del 25 de septiembre de 1944 se refirió a «la voluntad de plena aniquilación que caracteriza a nuestros enemigos del judaísmo internacional»[21] y en una proclama pronunciada en Múnich el 12 de noviembre afirmó que los judíos tenían un «afán satánico de perseguir y destruir».[22] En realidad, como Hitler era reticente a encararse a la opinión pública cuando los acontecimientos no le eran favorables, el discurso de Múnich lo pronunció de hecho Himmler; los sentimientos, a todas luces, eran los de Hitler. Una vez más, el líder alemán se admiraba por el «absurdo incomprensible» de que las democracias occidentales se hubieran aliado con las fuerzas del «bolchevismo»; una vez más afirmó que este aparente contrasentido se podía explicar «desde el momento en que comprendes que el judío siempre está detrás de las estupideces y debilidades del hombre, de su falta de carácter, por un lado, de sus deficiencias, por el otro». La realidad, insistió, era que «el judío maneja los hilos de las democracias, además de haber creado e impulsar la gran bestia del bolchevismo internacional». Hitler, por lo tanto, seguía entregándose a sus fantasías. Era el mismo argumento que ya había planteado en las cervecerías de Múnich en los primeros años veinte, cuando reprochaba a los judíos que estaban detrás, al mismo tiempo, tanto del «bolchevismo» como de los excesos del capitalismo.

En un pasaje de lógica increíblemente retorcida, Hitler llegó a argumentar, en su arenga de año nuevo a los soldados alemanes, que el hecho de que Alemania estuviera envuelta en «una implacable lucha por la

existencia o no existencia» se debía a que «el objetivo de la conspiración mundial del judaísmo internacional al que hacemos frente es el exterminio del *Volk*». La verdad, por descontado, era que los alemanes estaban en peligro porque Hitler había emprendido una guerra expansiva y racista que le estallaba en las manos, y no porque «el bolchevismo judío oriental comparte, en su tendencia aniquiladora, los objetivos del capitalismo judío occidental».[23]

Mientras Hitler dirigía a los soldados alemanes este mensaje de año nuevo, los enemigos «bolcheviques» no estaban lejos de Auschwitz, donde aún quedaban unos 67.000 reclusos. En una nueva ofensiva, iniciada el 12 de enero, los soldados soviéticos del 1.er y 4.º Frente Ucraniano cercaban Cracovia, a unos cincuenta kilómetros al este del campo. En Auschwitz, los alemanes cumplían la orden de no permitir que sus presos cayeran en manos del enemigo. Así, las SS obligaron a casi todos los presos que seguían en Auschwitz —unos 58.000— a exponerse al gélido, ventoso y nevado invierno polaco. Los internos que quedaban atrás —poco menos de 9.000— no estaban en condiciones ni de ponerse a caminar. Se suponía que serían fusilados, antes de que el Ejército Rojo liberase Auschwitz, por el *SS Sturmbannführer* (comandante) Franz Xaver Kraus y sus hombres. Las SS asesinaron a unos trescientos presos de Birkenau, más otros varios cientos de cuatro subcampos; pero en Auschwitz, la mayoría de los enfermos sobrevivieron. Una vez más, no se debió a que las SS hubieran sentido una súbita vergüenza por su trabajo asesino, sino a que, a medida que el Ejército Rojo se aproximaba, la disciplina de las SS empezó a derrumbarse. Antes que dedicar su tiempo a matar a los presos, los hombres de las SS prefirieron huir de la zona para incrementar las posibilidades de salvar la propia vida. Los presos recuerdan que, durante la «evacuación», «los [hombres de las] SS» estaban «borrachos» e imperaron el «caos» y el «pánico».[24]

Entre toda esta confusión lograron sobrevivir incluso algunos miembros de los *Sonderkommandos*. Morris Kesselman, que a sus dieciocho años formaba parte de uno de estos equipos especiales, recuerda que mientras miles de prisioneros pululaban por el campo a la espera de unirse a la marcha de «evacuación», el «tipo al mando» de su bloque —«un judío francés»— se acercó a decir que las SS parecían haber abandonado toda la zona, porque el campo estaba siendo «liquidado». «Así pues, salimos todos

—dice Morris—, nos mezclamos [con los demás presos] y nos pusimos en marcha.»

Durante el tiempo que pasó en el *Sonderkommando* de Auschwitz, Morris Kesselman intentó «fortalecerse» con «todo lo que encontraba» (en referencia a toda la comida que podía conseguir). También aprendió a destacar durante las selecciones que se iban realizando en Birkenau: mejoraba su aspecto situándose al lado de alguien que pareciera débil. «Si no era él, entonces era yo —dice—. ¿Si me sentía mal? Claro que me sentía mal, pero al otro no le podía ayudar. Y en ese punto yo solo pensaba en cuidar de mí mismo. No estaba en condiciones de ayudar a nadie.»[25] Cuando lo asignaron al *Sonderkommando*, aunque el trabajo que le encomendaron era espantoso, Morris cree que sus probabilidades de sobrevivir aumentaron por el hecho de que él era joven y «no sabía gran cosa de la vida». Recuerda que los que tendían a suicidarse lanzándose contra las vallas electrificadas eran sobre todo «los más viejos, los más inteligentes». A su entender, para los jóvenes y los menos formados era más fácil resistir la situación. Como miembro del equipo especial tenía acceso a la ropa de los judíos asesinados y, por lo tanto, en enero de 1945, «al salir del campo … iba muy bien vestido. Llevaba un gorro ruso, un gorro de piel, con un abrigo grueso y zapatos buenos. Y luego lo único era…, bueno, no sé por qué lo hice, llevaba los bolsillos llenos de terrones de azúcar. Lo hice pero no sé por qué, otra gente cogía carne. Con el azúcar y la nieve [combinados], eso me permitió sobrevivir».[26]

Las condiciones de la marcha de salida de Auschwitz ponían en riesgo la vida. Dario Gabbai, otro miembro de los *Sonderkommandos* que había logrado unirse al éxodo, recuerda que «el ejército alemán estaba matando a todos los que no podían caminar».[27] Silvia Veselá, una judía eslovaca que había pasado más de dos años en Auschwitz, confirma que «cuando alguien no podía seguir andando, le pegaban un tiro. Íbamos todos juntos, hombres y mujeres. El camino estaba cubierto de cadáveres».[28]

Los guardias mataban a los prisioneros no solo cuando no podían seguir con el ritmo de la marcha, sino también porque se paraban a orinar o a atarse el nudo de los zapatos. Por la noche, en los graneros u otros refugios que encontraban no había lugar para todos los prisioneros, así que muchos dormían a la intemperie.[29] Después de varios días de marcha, Ibi Mann, un judío checo, recuerda: «Me parecía que había llegado el fin del mundo, era muy duro … Cada vez había menos gente en la marcha … No teníamos

hambre, pero sí sed. Era una sed terrible, la gente simplemente se caía desmayada. O se desmayaban u, otras veces, les pegaban un tiro».[30]

La mayoría de los presos tuvieron que andar hasta dos destinos: Gliwice, unos 50 kilómetros al noroeste, o Wodzisław, a una distancia similar por el oeste. Allí los hicieron subir a vagones de tren descubiertos, para la siguiente etapa de la ordalía. El judío griego Morris Venezia recuerda que en los vagones la situación era «terrible» porque «no paraba de nevarnos encima» e «íbamos todos muy apelotonados». Por todo ello, «muchas personas murieron» en el traslado a los campos situados más lejos del frente.[31]

A los pocos días de la marcha de Auschwitz, en el campo de concentración de Stutthof, en la Prusia Occidental, también se obligó a miles de prisioneros a salir a caminar por la nieve. Unos once mil internos —en su mayoría judíos— se tuvieron que poner en marcha desde Stutthof y los campos auxiliares de las inmediaciones. Algunos se dirigieron a Königsberg, en la Prusia Oriental, mientras que otros siguieron hacia el oeste.[32] Durante el viaje los guardias fusilaron a cerca de dos mil presos. «A uno y otro lado de la carretera —recordaba Schoschana Rabinovici, una de las mujeres a las que se apremió a echarse al frío— veíamos cadáveres de los prisioneros de las columnas que marchaban por delante de nosotros. Se veía que algunos habían caído muertos de hambre, a otros les habían pegado un tiro y la sangre que manaba de las heridas volvía roja la nieve».[33] El 31 de enero, varios miles de prisioneros fueron ametrallados en la costa de Palmnicken, en la península de Sambia, en el extremo oriental de Prusia, después de que se frustrara un intento de atraparlos en una mina de ámbar y hacerlos saltar por los aires.[34] Se cree que solo doscientos sobrevivieron a la masacre.

Seis meses antes, el departamento económico y administrativo de las SS había ordenado al comandante de Stutthof que se asegurara de que, a finales de 1944, no quedaba en el campo ni un solo prisionero judío vivo. En consecuencia, se improvisaron cámaras de gas. Desde los primeros días de otoño, se gaseó en una sala de despioje reconvertida; al cabo de poco tiempo se creó una nueva instalación de gaseado en un vagón de tren situado en un apartadero cercano al crematorio. Se pretendía hacer creer a los reclusos que subirían a un tren. Para contribuir al engaño, un hombre de las SS se puso un uniforme de los ferrocarriles —«no le faltaba ni el silbato de señales»— y les decía a los prisioneros que se apresuraran a subir a

bordo, porque el tren estaba a punto de partir para Dánzig.[35] Sin embargo, la capacidad de esas cámaras de gas improvisadas era limitada, con lo cual, a finales de año, aún seguían con vida muchos miles de los judíos de Stutthof.

La masacre de Stutthof confirmó que, por mucho que Himmler hablara de «promover el bienestar» de los judíos, dentro del Estado nazi seguía imperando el deseo de asesinarlos, al mismo tiempo que el Ejército Rojo seguía acercándose. Aunque sin duda la situación, sobre el terreno, resultaba confusa —cuando no caótica—, aún pervivía el imperativo ideológico de la destrucción de los judíos. Aunque Himmler era consciente de que, por razones tácticas, podía valer la pena negociar con los Aliados por las vidas de algunos «rehenes» judíos, el objetivo central no había cambiado. El nivel de sufrimiento experimentado en las «marchas de la muerte» fue inmenso. Cierto estudio calcula —a la baja, muy probablemente— que de los 113.000 prisioneros de los campos de concentración que se vieron obligados a echarse a caminar en pleno invierno, durante los meses de enero y febrero de 1945, murieron más de un tercio.[36] En Polonia hubo ejemplos de lugareños que intentaron ayudar a los presos que se arrastraban penosamente,[37] pero dentro de Alemania, aunque pudo haber casos concretos de amabilidad, la actitud general fue menos indulgente; según se resume en las palabras de un observador que contemplaba una de estas marchas de la muerte: «¡Qué crímenes habrán cometido para que los traten con tanta crueldad!».[38]

Cuando los prisioneros supervivientes llegaron a sus destinos, el tormento continuó. En su mayoría fueron enviados a campos del Reich, tales como Buchenwald, Dora-Mittelbau y Mauthausen. Unos veinte mil ex internos de Auschwitz terminaron en Bergen-Belsen, al noroeste de Hanóver. En 1943, este campo había acogido a los que se dio en llamar «judíos de intercambio», pero cuando los presos de las marchas de la muerte llegaron allí, las condiciones se habían deteriorado mucho. En parte ello fue el fruto de un hacinamiento extremo: el campo, que a finales de 1944 alojaba a quince mil reclusos, tenía sesenta mil en abril de 1945. «Bergen-Belsen no se puede describir con palabras humanas», dice Alice Lok Cahana, que fue derivada allí desde Auschwitz. Los presos gritaban «diciendo: "¡Madre! ¡Agua! ¡Agua! ¡Madre!". Las voces se oían día y noche.» La *Kapo* responsable del grupo de presas de Alice «perdió la cabeza» y empezó a azotarlas «porque quería callar a los moribundas».

Durante la noche la *Kapo* daba patadas a las prisioneras. Alice recibió una patada en la cabeza y comprendió que «si me muevo, me matará a palos».[39]

Una mujer polaca, católica, recordaba en qué momento los judíos húngaros llegaron a Bergen-Belsen. «Durante diciembre de 1944 y enero y febrero de 1945, hubo incontables mujeres que estuvieron de pie durante horas con aquel frío terrible —dijo, en una declaración inmediatamente posterior al fin de la guerra—. Esta imagen espantosa no bastaba para describir las condiciones de aquellas judías húngaras, muy abatidas; en especial las mayores, que caían como moscas por el hambre y el frío. [Un] destacamento especial de prisioneros ucranianos recogía los cuerpos que yacían junto a los bloques y los llevaban en carretas a quemarlos. Cada noche morían mujeres en [los] bloques, cada día morían mientras pasaban revista. Venían de transportes que duraban días, a veces incluso semanas, estaban completamente exhaustas, debían apiñarse en bloques con otras mil o mil doscientas presas y una sola cama para cada cuatro personas.»[40] Otro interno recordaba que no había agua y que las «enfermedades intestinales eran endémicas, la diarrea y la fiebre tifoidea diezmaban a la gente».[41]

Cuando el Tercer Reich se acercaba al hundimiento, las condiciones de los otros campos eran igualmente espantosas. Mauthausen y la red de subcampos próximos se convirtieron en vastas zonas de muerte: tan solo en abril de 1945 perdieron la vida allí once mil personas. En Ravensbrück, al norte de Berlín, la situación había ido a peor durante 1944 y a principios de 1945 se improvisó una cámara de gas para asesinar a varios miles de presos.[42] Estera Frenkiel, que había estado en el gueto de Łódź, fue enviada a Ravensbrück en el verano de 1944. En su recuerdo, el campo era el «puro infierno». «El gueto merecía un relato propio —dice—. Era una historia de hambre. Una batalla por la comida, por evitar la deportación. Pero aquí [en Ravensbrück] era el infierno: ni el día ni la noche.»[43]

Sin embargo, al mismo tiempo que las marchas de la muerte abandonaban los campos, Himmler negociaba en persona el rescate de los judíos. En enero de 1945 se reunió en la Selva Negra con Jean-Marie Musy, un político suizo, y hablaron de liberar a determinado número de judíos a cambio de dinero. A principios de febrero un tren con unos 1.200 judíos salió del campo de Theresienstadt (al noreste de Praga) con rumbo a Suiza. Rita Reh, una de las judías que iba a bordo, recuerda que «cuando estábamos en el tren, las SS vinieron a decirnos que nos maquilláramos, peináramos y vistiéramos bien para tener buen aspecto al llegar. Querían

que causáramos buena impresión a los suizos. No querían que tuviéramos el aspecto exhausto de los presos de los campos; querían que tuviéramos buen aspecto».[44] Cuando el gesto «humanitario» de Himmler se hizo público en la prensa suiza, Hitler se enfureció.[45] Aunque en diciembre de 1942 había aceptado que Himmler negociara el rescate de judíos, aquello era demasiado. Casi con toda seguridad, le preocupaba la imagen de desesperación que podría generarse al enviar a judíos a lugares seguros cuando el pueblo alemán estaba sufriendo una intensificación de los bombardeos. Hitler ordenó a Himmler que interrumpiera de inmediato los rescates. Quedó claro, una vez más, que Hitler combatiría hasta el fin de sus fuerzas. El *Freiherr* (barón) Bernd Freytag von Loringhoven, edecán del jefe del Estado Mayor del Ejército, que estuvo observando a Hitler durante este período, sostiene que «oficialmente no había ninguna solución política. La política exterior había dejado de existir. Para Hitler solo había una solución militar. La solución política era inaceptable y, si se hubiera mencionado siquiera, Hitler la habría calificado de derrotista».[46]

En esta fase, la relación de Himmler y Hitler era difícil. Hitler estaba furioso con Himmler porque, a su juicio, había fracasado como líder militar. Insatisfecho con el rendimiento de los expertos militares de formación tradicional, Hitler le había confiado diversas posiciones de liderazgo, como la comandancia del Grupo de Ejércitos Vístula. Pero tener un comandante aficionado —por muy fervoroso que fuera desde el punto de vista ideológico— no había beneficiado a los soldados a los que mandaba, y además, Himmler no había tenido más éxito que sus predecesores a la hora de contener al Ejército Rojo. El 15 de marzo de 1945, según Goebbels, Hitler comentó que Himmler cargaría con «la culpa histórica» del hecho de que «la Pomerania y buena parte de su población hayan caído en manos de los soviéticos».[47] Al día siguiente Hitler le dijo a Goebbels que había dirigido a Himmler «una reprimenda excepcionalmente vigorosa».[48] Goebbels añadió a continuación una valoración muy ácida de Himmler: «Por desgracia, ha sentido la tentación de buscar los laureles militares pero ha fracasado por completo. Con eso solo conseguirá arruinar su buena reputación política».[49]

Sin embargo, en este punto Himmler parecía estar mucho menos preocupado por su «reputación política» entre la élite nazi que por cómo lo percibirían las potencias vencedoras. Así, hizo caso omiso de las instrucciones de Hitler y, muy al contrario, optó por intensificar el contacto

con Occidente. Durante febrero y marzo de 1945 se reunió con el conde Folke Bernadotte, de la Cruz Roja sueca, para negociar el envío a Suecia de presos escandinavos recluidos en campos de concentración. Felix Kersten, masajista y fisioterapeuta personal de Himmler, contribuyó a intentar convencer a Himmler de que liberase no solo a los presos escandinavos —ya fueran judíos o no—, sino también a un gran número de judíos de otras nacionalidades. En este contexto Himmler escribió una extraña carta para Kersten, a mediados de marzo, en la que manifestaba que intentaría explicar sus acciones anteriores a cualquier representante de los judíos. Aseveró que él siempre había querido permitir que los judíos se trasladasen con seguridad hacia el oeste, «hasta que la guerra y la irracionalidad derivada de esta» hizo imposible tal política. Así, ahora deseaba que se dejaran de lado «todas las diferencias» para que emergieran en su lugar tanto la «sabiduría y racionalidad» como «el deseo de ayudar».[50]

Como es lógico, desde la perspectiva actual las palabras de Himmler nos parecen una burda mentira. Aun así, es posible que él se creyera genuinamente lo que estaba escribiendo. Sus palabras reflejan el mundo deformado y paranoico en el que vivían los líderes del nazismo. Apenas cabe duda de que Himmler creía que, de no haber mediado la guerra, las medidas que Eichmann puso en práctica en Viena en 1938 —robar a los judíos y deportarlos— habrían bastado para eliminar a todos los judíos del Reich. La idea se había frustrado, según dijeron los nazis en su momento, tan solo porque el resto del mundo se había negado a aceptar a los judíos. Así, desde la perspectiva nazi, el problema no era que el gobierno alemán pretendiera expulsar a los judíos, sino que ninguna de las naciones congregadas en la conferencia de Evian, en 1938, había querido darles asilo. En este contexto, Himmler habría alegado que las verdaderas víctimas eran los nazis. Más aún, según los nazis, ellos tampoco tenían la culpa de que hubiera estallado una guerra. Había sucedido porque a Alemania se le había negado la posibilidad de recuperar el territorio que le habían robado al concluir la primera guerra mundial. En cuanto a los campos de exterminio, se habían construido tan solo porque los británicos habían actuado irracionalmente —en contra de lo que a ellos mismos les interesaba más— y se habían negado a suscribir la paz en el verano de 1940. Igualmente, aseguraban que Alemania se había visto obligada a librar una guerra preventiva contra los bolcheviques, que, de no haber intervenido Alemania, habrían invadido y conquistado Europa. A su juicio, el hecho de

que los bolcheviques se estuvieran abriendo paso hacia el Atlántico era la demostración de que siempre habían estado en lo cierto.

Era todo una fantasía, claro está. Para empezar, Hitler llevaba años buscando iniciar una guerra de conquista territorial en el este. Dentro de los confines del universo nazi, sin embargo, los argumentos de Himmler tenían sentido. Por escandalosa y llena de falsedades que fuera la carta explicativa para Kersten, no deja de ser valiosa como una ventana abierta a su mundo: estaba convencido, seriamente, de poder alegar que el Holocausto no había sido culpa suya.

Queda claro, pues, que Himmler no tenía problema para engañarse sobre el destino de los judíos. ¿Qué podemos decir del común de los alemanes? ¿Qué sabían de la Solución Final, y cuántos estaban dispuestos a ayudar a los judíos? En Alemania hubo cierta oposición a la forma en que los nazis trataron a los judíos, eso es innegable. El caso más famoso es el del grupo muniqués de la Rosa Blanca, formado entre otros por los hermanos Hans y Sophie Scholl. En 1942 y 1943 distribuyeron una serie de panfletos en los que protestaban de muchos aspectos del gobierno de Hitler. Ahora bien, aunque el grupo de la Rosa Blanca condenaba el trato dado por los nazis a los judíos, la forma en la que redactaron la denuncia es ilustrativa. Se centraban en el asesinato de «trescientos mil judíos» en Polonia, perpetrado «de la forma más bestial imaginable», lo que consideraban «un crimen terrible contra la dignidad de la humanidad, un crimen sin igual en toda la historia de la humanidad». Sin embargo, inmediatamente sintieron la necesidad de añadir: «Los judíos también son seres humanos —carece de importancia qué opinión pueda tener usted sobre la cuestión judía— y estos crímenes se cometen contra seres humanos. Quizá alguien dirá que los judíos merecen este destino. Afirmar tal cosa es, en sí, una desfachatez colosal».[51] El hecho de que en sus protestas la Rosa Blanca sintiera la necesidad de razonar contra los que consideraban «que los judíos merecen este destino» es significativo por sí solo: obviamente creían que, como las víctimas eran judíos, no podían contar con que sus demás compatriotas no judíos condenarían el crimen automáticamente.

No se debe olvidar, por ejemplo, que hubo cierto número de alemanes valerosos que protegieron a judíos durante la guerra. En Berlín, por ejemplo, Otto Jogmin, un conserje que vivía en una casa de Charlottenburg, escondió a judíos en el sótano de su edificio y logró pasarles comida y

medicinas. Fue uno de los cerca de 550 alemanes a los que, después de la guerra, recibieron en Israel el título de «Justos entre las Naciones».[52]

En total, cerca de 1.700 judíos consiguieron sobrevivir a la guerra escondidos en Berlín, y se ha calculado que de 20.000 a 30.000 alemanes les ayudaron de una forma u otra.[53] Si lo comparamos con los datos de Varsovia durante el mismo período, la cifra berlinesa es muy inferior. Como hemos visto, en Varsovia se ocultaron unos 28.000 judíos, de los que unos 11.500 sobrevivieron a la guerra; hasta 90.000 judíos polacos arriesgaron la vida para ayudarlos.

El hecho puro y duro es que en Varsovia sobrevivieron a la guerra casi siete veces más judíos, con la ayuda de no judíos, que en Berlín. Berlín multiplicaba por algo más de tres la población de la capital polaca, pero al principio de la guerra tenía menos habitantes judíos (unos 80.000) que Varsovia (350.000). La disparidad de las cifras se puede explicar de varias maneras, pero la más convincente es que, entre el grueso de la población alemana, sencillamente había menos deseo de asumir riesgos por los judíos. Según ha concluido un reputado estudioso: «En 1939, muchos —probablemente, la gran mayoría de la población— estaban convencidos de que los judíos habían sido una influencia perniciosa para la sociedad alemana, y que lo mejor sería que cuantos aún quedaban en el país se marcharan (o se les obligara a marcharse) lo antes posible».[54] Esto no equivale, claro está, a decir que esa mayoría era partidaria de matarlos.

En cuanto a si el grueso de la población alemana estaba al corriente de qué suerte corrían los judíos deportados, el conocimiento era muy variable. No era habitual que se dispusiera de información detallada sobre las fábricas de la muerte, pero sí era general la idea de que los judíos del este lo pasaban mal. A fin de cuentas, como hemos visto, durante la guerra Hitler se refirió abiertamente al cumplimiento de su «profecía» sobre el exterminio de los judíos en el caso de una «guerra mundial». En ese contexto, la mayoría de los alemanes no judíos parece haberse preocupado menos por los judíos que por su propia suerte si la guerra no salía según lo previsto. Un informe del SD en Franconia, en el sur de Alemania, de diciembre de 1942, afirma: «Entre las causas más poderosas de inquietud entre los que están próximos a la Iglesia y en la población rural destacan, en el momento actual, las noticias de Rusia sobre fusilamientos y exterminio de los judíos. La noticia suele dejar mucha inquietud, angustia y ansiedad en esos sectores de la población. Según una opinión muy extendida entre la

población rural, no hay plena seguridad de que ganaremos la guerra y, si los judíos regresan a Alemania, se vengarán de nosotros de una forma espantosa».[55]

Charles Bleeker Kohlsaat, que vivía en el Warthegau polaco pero era de etnia alemana, oyó expresar de viva voz este temor. Su tío había sabido qué estaba pasando en Auschwitz y advirtió: «Como el mundo descubra qué están haciendo ahí, ¡vamos listos!». Bleeker Kohlsaat le preguntó a su madre a qué se refería el tío Willy. «Bueno, es muy difícil de explicar, y no hace falta que lo sepas», respondió ella. «Dábamos por sentado que [Auschwitz] era una prisión rigurosa, o algo parecido, en la que la gente recibía una comida muy insuficiente y quizá incluso la trataban mal, quiero decir a gritos —no palizas—, que la comida era escasa y tenían que trabajar muy duro. Eso es lo que pensábamos. Creíamos que los castigaban en una prisión estricta, eso es lo que imaginábamos. Pero la imaginación se nos quedó muy corta y no llegamos a adivinar qué se ocultaba entre las bambalinas», recuerda Bleeker Kohlsaat.[56]

Antes de que acabara la contienda, cuando el oficial alemán Manfred von Schröder descubrió la realidad de Auschwitz, quedó «aterrorizado» y pensó: «¡Ay, Dios! ¿Qué nos pasará a los alemanes cuando perdamos la guerra?». Anteriormente, mientras combatía contra el Ejército Rojo, había tenido la impresión de que «en una guerra, la vida vale poca cosa. Si te enteras de que, cerca de ti, se ha fusilado a unos prisioneros rusos, o guerrilleros, o incluso judíos, entonces sentías —si ese mismo día habían abatido a cinco de tus camaradas—, entonces pensabas: "¿Y qué?". La gente moría por miles cada día … Así que pensabas: "¿Cómo lo harás tú para seguir vivo?". Y el resto, bueno, todo lo demás ya no te interesa gran cosa».[57]

Ciertamente, Himmler estaba preocupado por lo que le sucedería cuando Alemania perdiera la guerra. Como parte de su estrategia para aparecer a la mejor luz posible, permitió que Bergen-Belsen fuera capturado intacto, el 15 de abril de 1945. Pero el plan —en cuanto a sus propios intereses— resultó un desastre. Cuando los británicos entraron en el campo vieron que los presos que sobrevivían lo hacían en condiciones sumamente espantosas. «Creo que [los soldados británicos] fueron la gente más valiente que he visto en toda mi vida —dice Jacob Zylberstein, que había pasado del gueto de Łódź a Bergen-Belsen—, porque allí había tifus, disentería, cólera, había de todo.»[58] Poco después, «las excavadoras inglesas empezaron a abrir

tumbas» para los miles de muertos. El 21 de abril, Himmler reaccionó protestando ante Norbert Masur —un funcionario sueco del Congreso Judío Mundial, y judío él mismo— porque no había recibido los tanques que merecía por haber entregado los campos a los Aliados.[59] Durante la discusión posterior repitió muchas de las mentiras y excusas interesadas que ya figuraban en la carta que escribió a Kersten a mediados de marzo: que los judíos eran un cuerpo extraño que debían expulsar de Alemania; que los judíos eran peligrosos por sus lazos con el bolchevismo; que él había apostado por la emigración pacífica de los judíos pero los demás países no habían cooperado; que los judíos del este de Europa portaban el tifus y los alemanes habían tenido que construir crematorios para eliminar los cadáveres de los fallecidos por esta enfermedad; que en esa guerra el pueblo alemán había sufrido tanto como los judíos; que los campos de concentración eran, en realidad, campos reeducativos, etcétera.

Tras reunirse con Masur, Himmler siguió esforzándose —en vano— por rehacer su reputación. Dos días después, el 23 de abril, le trasladó al conde Bernadotte, el diplomático sueco, que podía comunicar a los Aliados que Alemania se rendiría sin condiciones en el frente occidental, ante Gran Bretaña y Estados Unidos, aunque no así ante la Unión Soviética. Por entonces, Himmler creía que Hitler ya se habría suicidado. Pero Hitler seguía con vida, en el búnker fortificado que había detrás de la Cancillería del Reich, y recibió con escándalo la oferta de capitulación de Himmler, que se emitió por radio el 27 de abril. «La noticia estalló en el búnker como un proyectil —recuerda el *Freiherr* Bernd Freytag von Loringhoven— y afectó en particular a Hitler.»[60] El intento himmleriano de rendirse ante las potencias occidentales era, en palabras de Hitler, «la traición más vergonzosa de la historia humana».[61] En ese momento se dispuso a suicidarse, convencido de que, al final, su «leal Heinrich» se había vuelto en contra de él.

Mediada la tarde del 30 de abril de 1945, Hitler se quitó la vida. Dejó tras de sí un «testamento político» en el que sostenía que él nunca había querido la guerra, en 1939, y que el conflicto lo habían causado «los estadistas internacionales que o bien son de origen judío o bien trabajan en pro de los intereses judíos». También dio a entender que él era el responsable —y orgulloso responsable— del exterminio de los judíos, pues «nunca había dejado dudas» de que «los verdaderos culpables» de iniciar la guerra «lo pagarían»; y estos no eran otros que, según él, «los judíos». «Nunca he

engañado a nadie sobre el hecho de que, en este momento, miles de hombres adultos no morirían, y cientos de miles de mujeres y niños no perecerían en las ciudades entre las llamas o por las bombas, sin que el verdadero culpable —aunque por medios más humanos— reciba su merecido.» Las últimas palabras que dictó en la parte segunda, y final, de su testamento político, afirman: «Por encima de todo, insto a los líderes de la nación y sus seguidores a mantener escrupulosamente las leyes raciales y resistirse sin compasión ante el emponzoñador mundial de todos los pueblos: la judería internacional».[62] A Hitler no le dolía la destrucción que había llevado al mundo; antes el contrario. Solo le enojaba que Occidente —y en particular, los británicos— no hubiera comprendido los peligros del «bolchevismo judío» y no se hubiera aliado con los nazis. El odio de Hitler por los judíos, según se refleja en su testamento político, seguía siendo un elemento nuclear de su personalidad. Mientras Alemania se derrumbaba a su alrededor, Hitler se sentía satisfecho por haber causado la muerte de seis millones de judíos.

Este momento de nuestra historia es apropiado para revisar qué papel interpretó el líder nazi en la creación y organización del Holocausto. Como hemos visto, Hitler no solamente diseñó un esquema y ordenó a sus subordinados que cumplieran con su labor. Su implicación en el crimen fue mucho más compleja que eso y refleja cuál fue la naturaleza de su liderazgo en el Estado nazi. Aunque no cabe duda de que fue un líder carismático, no «hipnotizó» a los alemanes para que actuaran a su antojo; antes bien, se esforzó por convencerlos de que estaba en lo cierto. «Toda mi vida se puede resumir como un esfuerzo incesante por convencer a otras personas», dijo él mismo.[63]

En el contexto del Holocausto, la función principal de Hitler fue establecer una visión. Se trató de una visión relativamente coherente desde el momento en que Hitler entró en política, al acabar la primera guerra mundial. Odiaba a los judíos con un apasionamiento casi abrumador. Eran los culpables del infortunio de Alemania. De un modo u otro, había que neutralizarlos, tornarlos inofensivos. Como hemos visto, la forma en la que este objetivo se perseguía fue variando con el paso del tiempo, y se determinaba, en lo esencial, según qué consideraba Hitler que resultaba políticamente aceptable en cada momento dado. Así pues, el camino del Holocausto está jalonado por muchos hitos distintos. Entre los más

cruciales destacan: la invasión de la Unión Soviética; la decisión de Hitler de enviar al este, en el otoño de 1941, a los judíos del antiguo Reich y el Protectorado; la respuesta a la entrada de Estados Unidos en la guerra, pocos meses después; y la orden de matar a los judíos del Gobierno General, en el verano de 1942. Así pues, la atrocidad más horripilante de la historia no fue el fruto de un momento único con una decisión monumental, sino de toda una serie de momentos, una escalada que se fue acumulando hasta fraguar en la catástrofe que conocemos por el nombre de Holocausto.

La estructura del Estado nazi también interpretó un papel en la manera en la que el Holocausto evolucionó. El hecho de que distintos campos de exterminio usaran distintos medios para gasear a los judíos —Zyklon B, en Auschwitz; en Treblinka, monóxido de carbono generado por motores, y camiones de gas en Chełmno— pone de manifiesto que el sistema nazi animó a los subordinados a concebir sus propias formas de hacer realidad la visión general.

Todo esto debe ponerse al lado de otro hecho que a menudo se pasa por alto: durante la guerra, Hitler dedicó la mayor parte de su tiempo a pensar en maneras de derrotar a sus enemigos en el campo de batalla. Aunque las ideas racistas y antisemitas de Hitler y tantos otros personajes de la Alemania nazi convertían el enfrentamiento con los judíos en consecuencia inevitable de esta guerra, la atención cotidiana de Hitler se centró mayoritariamente en los asuntos militares. Esto explica en parte por qué la realización del Holocausto se caracterizó, a menudo, por la irregularidad y la falta de recursos.

Esto no equivale a decir que Hitler no fue el responsable personal más directo del crimen. Indudablemente, lo fue. Según ha escrito el principal experto mundial en Adolf Hitler: «Sin Hitler: sin Holocausto».[64] Sin Hitler este crimen se no habría desarrollado tal como se desarrolló. En varios momentos cruciales intervino de forma demostrable para hacer que el proceso fuera aún más extremo.[65] Nadie que estudie esta historia puede llegar a una conclusión distinta: el responsable primero del Holocausto fue Hitler. Ahora bien, la culpa —en parte, por cómo funcionaba el régimen nazi— debe hacerse extensiva a muchos, muchos más.

El Tercer Reich apenas perduró tras la desaparición de su arquitecto, y en las primeras horas del 7 de mayo, en Reims (Francia), Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor de Operaciones de la Wehrmacht, firmó la rendición

incondicional de las fuerzas armadas alemanas, en presencia de británicos y estadounidenses. Al día siguiente, en Berlín, el mariscal de campo Keitel capituló igualmente, en nombre de Alemania, ante los soviéticos. En cuanto a Himmler, había ordenado que los Aliados no encontrasen con vida a ningún preso en los campos de concentración de Dachau y Flossenbürg. En consecuencia, incluso en las horas finales del Tercer Reich, se crearon nuevas marchas de la muerte que costaron la vida a otros muchos miles de personas. Se ha calculado que, de los 714.000 internos recluidos en los campos de concentración a principios de 1945, entre 240.000 y 360.000 fallecieron antes de la rendición de Alemania.[66] En cuanto a Himmler, sobrevivió al final de nazismo por muy pocos días. El 23 de mayo ingirió una cápsula envenenada, después de que los británicos que lo habían apresado descubrieran que no era el sargento Heinrich Hitzinger, como decía ser, sino Heinrich Himmler, antiguo *Reichsführer SS* y uno de los peores criminales de guerra del mundo.

Los judíos que fueron liberados de los campos de trabajo sintieron una alegría que esta palabra no basta para describir. Giselle Cycowicz recuerda que, cuando ella y las demás mujeres recluidas con ella supieron que la guerra se había acabado: «Oímos que silbaban; tienen esos silbatos como los de la policía, ya sabes, para hacernos formar. Corrimos fuera. El día es hermoso y soleado. El terreno es extenso; las chicas están en un lado del campo, están formando a toda prisa porque no podemos entretenernos. Y de pronto oímos que, por un altavoz, alguien [de las SS] dice: "Hoy se ha declarado el fin de la guerra. Y sois libres, podéis ir donde queráis y hacer lo que queráis. Pero a nosotros nos han pedido que nos quedemos aquí con vosotras y os vigilemos hasta que llegue el ejército ruso …". Te diré por qué esto es traumático … Porque en el momento en que dijo que éramos libres —especialmente, que usó esas palabras mágicas de "podéis ir donde queráis"—, [pensé:] "¿Y dónde quiero ir yo? ¿Me queda algún sitio al que ir? ¿Debería volver al lugar del que me echaron?" … Las casas judías de las que nos fuimos … Todo lo que mis padres poseían se quedó abierto [es decir, sin protección] en la casa … La gente ya se estaba quedando con las posesiones de los judíos. ¿Es ahí donde quiero volver? ¿Quién quiere vivir en un sitio en el que todo el mundo se quedó mirando mientras a los judíos les imponían un destino terrible? ¿Quién quiere ir ahí? ¿Y qué otro lugar tengo yo en el mundo?

»Bueno, he estado leyendo sobre cómo el mundo rechazó todas las ideas de dejarlos entrar [a los judíos] antes de que se produjera la masacre. Nadie quería dejar entrar a los judíos, nadie. No teníamos un Israel abierto para nosotros. Ni Inglaterra, ni Estados Unidos, ni Canadá con sus espacios inmensos, ni Australia con sus espacios inmensos; nadie quería a los judíos. Así que ¿voy a sentirme feliz por la liberación? Tengo dieciocho años y ¿qué soy? No soy nada … Fue muy traumático. ¿Y por qué fue tan traumático? Porque un minuto antes de que comprendiera que soy libre y puedo hacer lo que quiera, no había nada en el mundo que me interesara, salvo cómo echarme algo a la boca. Setenta años, y no lo he superado. No puedo superar esa maldad».[67]

# Epílogo

Quiero concluir con unas pocas palabras sobre por qué me pareció apropiado subtitular esta obra como «una nueva historia»,[****] y unas reflexiones en torno a las dificultades de escribir sobre el Holocausto. Como sin duda apreciará el lector que se haya adentrado en estas páginas, no es una historia sencilla. El proceso tampoco se simplifica (aunque esto tal vez resulte sorprendente) por el uso de la palabra «holocausto», una voz que en origen significaba «sacrificio con quema de la víctima» y que en la conciencia popular solo se ha asociado en fecha relativamente reciente con el exterminio de los judíos.

En primer lugar, no hay un acuerdo universal en torno del significado moderno de la palabra. ¿Se limita al asesinato de los judíos o puede aludirse con ella a cualquier genocidio? El trato que Gengis Kan dio a los persas, por ejemplo, ¿fue un holocausto? Pero hay un problema aún mayor: si el Holocausto se limita al exterminio de los judíos, nos arriesgamos a no captar la vastedad del pensamiento asesino de los nazis. No se debe aislar el asesinato de los judíos de su contexto más general: el deseo nazi de perseguir y matar a una gran cantidad de personas de otros orígenes; por ejemplo, a los discapacitados, con los programas eutanásicos; a millones de eslavos con una política deliberada de inanición forzosa; etcétera. No solo esto; el Holocausto que conocemos se hizo realidad hacia la misma época en la que se debatía sobre otro proyecto asesino a gran escala: el Plan General del Este. Este plan, que los nazis no llevaron a cabo por la sola razón de que fueron derrotados, habría tenido como resultado la muerte de otras varias decenas de millones de personas.

Esto no quiere decir, sin embargo, que esas otras iniciativas fueran análogas al deseo nazi de exterminar a los judíos, porque el odio a los judíos siempre estuvo en el corazón mismo del pensamiento nazi. En este contexto, he optado por utilizar la palabra «holocausto» en referencia a la persecución nazi de los judíos, que culminó en la realización del deseo de

exterminarlos, pero aceptando al mismo tiempo que este crimen no se puede comprender salvo que se lo sitúe en el panorama más general.

Aquí se me podría preguntar, legítimamente: si no estoy satisfecho con la palabra, ¿por qué he titulado este libro *El Holocausto*? En parte es sencillamente por reconocer que así es como se designa hoy este crimen, e intentar llamarlo de otra forma resultaría poco útil para el lector. Pero también por otra razón más importante: creo que la palabra es adecuada porque refleja el hecho de que el exterminio de los judíos fue un crimen singularmente espantoso en la historia de la especie humana.

Soy consciente de que esta última frase provocará polémica. Yo mismo, de hecho, he participado en numerosas discusiones animadas al respecto de si es posible señalar algún tipo de «singularidad» del Holocausto o si debe considerarse una más de las diversas atrocidades horrorosas que se han dado en la historia. En última instancia, por mi parte, estoy de acuerdo con el difunto profesor David Cesarani, que, mientras conversaba conmigo hace unos pocos años, describió de forma elocuente el carácter especial del Holocausto: «Nunca antes en la historia, me parece, un líder había decidido que, en un plazo breve y concreto, se destruiría materialmente a un grupo religioso étnico y se diseñarían y crearían los equipos necesarios para ese fin. Esto no tenía precedentes».[1]

Otro tema importante que hay que considerar, cuando se escribe sobre el Holocausto, es el papel de los testigos presenciales. He tenido la suerte de conversar con cientos de personas que vivieron esta historia en sus carnes y —tampoco es de extrañar, me dirán— creo que su testimonio posee un valor enorme. De hecho, hacer todas estas entrevistas y preguntar por la experiencia vivida por esas personas tiene una virtud casi existencial: mientras hablas con ellas, la historia cobra vida.

La presencia de estos testimonios —en su mayoría, inéditos— en el presente libro es una de las razones principales por las que creí que debía subtitularlo como una «nueva» historia. En especial, ningún pasaje de las entrevistas realizadas para mi proyecto más reciente, *Touched by Auschwitz* —donde se da voz a Halina Birenbaum, Giselle Cycowicz, Max Epstein, Ida Grinspan, Hermann Höllenreiner, Tadeusz Smreczyński y Freda Wineman—, se había publicado nunca en forma de libro.

Me siento privilegiado de formar parte de la última generación que ha podido acceder de esta forma a la historia de este período. De hecho, me siento doblemente afortunado. Primero, porque cuando —junto con mi

equipo de producción televisiva— empecé a conversar con antiguos nazis, hace veinticinco años, en su mayoría acababan de retirarse de sus carreras laborales, con lo cual ya podían hablar con libertad sin el temor a perder sus trabajos y, al mismo tiempo, eran aún lo bastante jóvenes como para no haber sufrido aún las vicisitudes de la vejez. En segundo lugar, porque la caída del Muro de Berlín nos permitió viajar por los países de la Europa del Este y las repúblicas de la extinta Unión Soviética, y entrevistar a testigos que anteriormente nunca habían podido contar con libertad sus experiencias de guerra. Así pues, fuimos de los primeros en acceder a este importante material primario.

Siempre he creído, sin embargo, que es vital tratar con cierto escepticismo cualquier posible fuente. En consecuencia, hemos actuado para asegurarnos, en todo lo posible, de que todo los testimonios que investigamos y grabamos eran fiables. En otro lugar he descrito con detalle cómo abordamos esta tarea complicada[2] y cómo, por ejemplo, verificamos, siempre que fue posible, que la historia de cada entrevistado era coherente con documentos del período. Era una tarea ardua y prolongada y si, al concluir la fase previa, teníamos dudas sobre la autenticidad de cualquier posible testimonio, renunciamos a grabar la entrevista.

En el transcurso de nuestras investigaciones también descubrimos que, a menudo, la gente era capaz de recordar hechos cruciales de su vida con una intensidad extraordinaria aun habiendo pasado muchos años desde entonces. Creo que cualquiera de nosotros puede reconocer la verdad de esto. Suelo apuntar aquí un ejemplo de mi propia vida: la muerte de mi madre, hace casi cuarenta años. Aunque sería incapaz de decir qué almorcé un día concreto de hace tan solo un par de meses, todavía puedo recordar con toda intensidad de detalle de qué modo murió mi madre. El primer hecho fue insignificante, el segundo cambió mi vida.[3]

Por descontado, cuando entrevistábamos a supervivientes del Holocausto teníamos que tener en cuenta determinados factores especiales. Uno de los más cruciales fue siempre recordar que los que no perdieron la vida en campos como Auschwitz, Sobibór y Treblinka no eran representativos de la experiencia normal de los que eran enviados allí. La experiencia normal era morir asesinado. No hay que olvidar, por lo tanto, que no podemos hablar con nadie que sufriera el destino de la mayoría.

También me pareció importante no escribir sobre el Holocausto hasta haberme informado de la geografía del crimen. Este es otro aspecto en el

que confío en que este libro ofrezca alguna novedad. Creo que me ha sido de enorme utilidad visitar los lugares en los que estos hechos transcurrieron. Nunca olvidaré, por ejemplo, la experiencia de hace ya muchos años, cuando mi amigo Mirek Obstarczyk —uno de los expertos historiadores que trabajan en el museo de Auschwitz— me guió por todos aquellos espacios, tanto del campo principal de Auschwitz como de Birkenau, donde los nazis perpetraron asesinatos colectivos por medio del Zyklon B. Visité esos sitios con Mirek en el orden cronológico en que los nazis los usaron como centros de exterminio: desde el sótano del Bloque 11, en el campo principal, hasta el crematorio adjunto a las oficinas administrativas de las SS; desde el emplazamiento de las casitas Roja y Blanca, en un rincón remoto de Auschwitz Birkenau, hasta los restos de los colosales complejos de crematorios/cámaras de gas que se levantaron en Birkenau, pero no antes de 1943. Experimentar de primera mano esa progresión geográfica me ayudó a comprender el viaje conceptual que los nazis realizaron en el campo; espero haber podido reflejarlo en este libro.

No me ha sido menos valioso visitar otros varios cientos de lugares asociados con esta historia: desde el emplazamiento del campo de exterminio de Sobibór, donde las ramas de los árboles ondean al viento y la sensación de aislamiento es total, a la vasta extensión de la zona semicircular del campo de concentración de Sachsenhausen, a las afueras de Berlín, donde se hacía formar a los presos; desde las ruinas del cuartel general militar de Hitler en lo que era Rastenburg, en Prusia Oriental, hasta los campos de las masacres de Bielorrusia y Ucrania.

También resulta posible, claro está, combinar lo que enseña la geografía física con lo que cuentan los testigos presenciales. Varios momentos plenamente memorables de mi trabajo se han caracterizado por esa fusión. Recuerdo, por ejemplo, haber grabado a un hombre en Bielorrusia que había sido obligado a recorrer a pie, con otros aldeanos, una carretera que los nazis creían que estaba sembrada de minas. Los soldados alemanes iban en pos, a una distancia segura, a la espera de que aquellos detectores humanos de minas saltaran por los aires y les despejaran el paso. Por fortuna para aquel hombre, logró llegar con vida hasta el siguiente pueblo. Le grabamos en el lugar mismo en el que todo esto ocurrió, y su interacción con el paisaje era sumamente conmovedora, mientras nos mostraba cómo había lidiado con uno de los dilemas más terribles que se puedan imaginar. ¿Debía pisar lo que parecía ser una mina, y morir, o rodearla arriesgándose

a que la pisara uno de los alemanes que los seguían? Si un soldado alemán hubiera volado por los aires, sus compañeros habrían asesinado a todos los campesinos sin excepción. ¿Morir por una mina o morir por una bala? En aquella remota carretera bielorrusa, tenía que enfrentarse a esa elección. Por suerte para él, completó el viaje aterrador sin detectar ninguna mina.

Igualmente, debo añadir, no quería que este libro se basara tan solo en los testimonios orales, y por eso cito también muchos discursos, diarios y documentos de la época. Mi objetivo era tejer todo este material de forma que se examinara cómo se fueron tomando las decisiones del Holocausto, contando también con la amplísima y excelente bibliografía que se ha escrito en este campo desde la guerra.

A lo largo de los últimos veinticinco años, he leído muchas memorias impresionantes de los supervivientes del Holocausto, así como diversos estudios académicos de gran profundidad; pero no he encontrado una obra general que intente combinar tanto la potencia emocional de los testimonios entrevistados de primera mano como el análisis de las maquinaciones del Estado nazi, al estilo de lo que he intentado hacer en este libro. De aquí mi esperanza, también a este respecto, de que la presente obra sea al menos en parte una «nueva» historia.

Durante el último cuarto de siglo, en conversaciones con muchos grandes historiadores académicos de todo el mundo, he podido ver una evolución intelectual. Cuando empecé mi labor, la opinión se dividía en buena parte entre los *intencionalistas* —que señalaban que Hitler había tenido un papel crucial en el proceso de decisión y defendían que posiblemente ya pretendía matar a los judíos muchos años antes del Holocausto— y los *funcionalistas*, que creían que la mejor manera de comprender qué había pasado era atender a la interacción compleja que se produjo entre Hitler y una multitud de fuerzas exteriores. A lo largo del tiempo, los principales historiadores han ido abandonando la posición intencional y, entre los funcionalistas, el debate giró en torno a determinar el momento preciso en el que podíamos afirmar que se decidió perpetrar el Holocausto. Se apuntaron muchas fechas distintas. Algunos autores consideran que la decisión crucial se tomó en julio de 1941; otros, en octubre de 1941; un número mayor aún, en diciembre de 1941; unos pocos la retrasan al verano de 1942. Más recientemente, en vez de intentar determinar el momento de una decisión única, se ha procurado más bien identificar la serie de momentos distintos en los que la política antisemita de los nazis se fue intensificando.

El argumento intencional nunca me atrajo, y el intento de centrar la decisión en un momento único tampoco me convencía del todo. Desde una fase bastante temprana de mi interacción he podido ver que algunas personas respondían al horror descomunal del exterminio de los judíos considerando que por fuerza debía haberse orquestado y planeado en un único momento monumental. A mi entender, esto es un salto lógico sin suficiente base. Como confío en que este libro demostrará, el trayecto al Holocausto fue progresivo, un viaje en el que, hasta que halló su expresión final en las fábricas de la muerte, se produjeron numerosos cambios de rumbo.

Por último, aunque el contenido del libro que ahora se acaba es angustiante, sigo pensando que es importante comprender cómo y por qué ocurrió tal crimen; porque esta historia nos cuenta, quizá más que ninguna otra, de qué es capaz nuestra especie.

# Agradecimientos

Dado que este libro se beneficia de veinticinco años de trabajo, a nadie sorprenderá que sean numerosas las personas que, a lo largo del camino, me han ayudado y se han hecho merecedoras de mi gratitud. En particular quiero expresar mi agradecimiento más cordial a los talentosos miembros de los muchos y diversos equipos de producción que han colaborado conmigo. Para empezar mencionaré a mis colegas alemanes, Tilman Remme y Detlef Siebert, que a lo largo de los años se han entregado a la investigación histórica con una devoción admirable. También me han resultado de especial ayuda, en distintos períodos, Tanya Batchelor, Saulius Berzinis, Martina Carr, Sallyann Kleibel, Wanda Koscia, Michaela Lichtenstein, Elodie Maillot, Nava Mizrahi, Dominic Sutherland, Anna Taborska y Elena Yakovleva. Ciertamente estoy en deuda con todos ellos. También quiero dedicar aquí un recuerdo al doctor Frank Stucke, un investigador brillante e intelectual perspicaz que trabajó en muchas de mis series de televisión; de no haber sido por su periodismo pionero, varias de nuestras entrevistas más importantes con antiguos nazis no habrían tenido lugar. Me sentía orgulloso de tenerlo por amigo. Murió en febrero de 2016, cuando por desgracia aún era demasiado joven, y todos nosotros lo echamos de menos.

Este libro también se ha beneficiado del infatigable talento investigador de la historiadora alemana Julia Pietsch, que además leyó el manuscrito completo y aportó muchas sugerencias valiosas. Quiero dar asimismo las gracias a los diversos propietarios de derechos de reproducción que han permitido citar sus materiales; entre ellos, la Institución Hoover, que nos ha autorizado a publicar extractos de los diarios de Heinrich Himmler, y, por descontado, la BBC.

Mis ideas sobre este campo de estudio han recibido la influencia de numerosos historiadores académicos, y en especial he gozado de la ocasión de debatir al respecto con mi querido amigo el profesor sir Ian Kershaw.

Quienquiera que se haya interesado por este ámbito será consciente de su enorme agudeza como historiador. Ha sido una fuente continua de ánimo y ayuda para el presente proyecto, desde el momento de su concepción hasta la lectura crítica del último manuscrito. También quiero dar las gracias a otros dos historiadores distinguidos, Antony Beevor y Andrew Roberts, que leyeron asimismo el libro antes de que se publicara y me proporcionaron gran cantidad de indicios útiles.

Hace algunos años también gocé de ocasiones de departir sobre este período de la historia con otros muchos grandes autores especializados en el nazismo y el Holocausto, para mi sitio web educativo WW2History.com. La lista incluye a los profesores Omer Bartov, Christopher Browning, sir Richard Evans, Norbert Frei, Richard Overy y Adam Tooze. Quiero hacer mención especial del profesor David Cesarani, que además colaboró en mi proyecto sobre Auschwitz. David y yo mantuvimos muchas conversaciones animadas sobre el Holocausto en especial y el mundo en general. Su muerte, ocurrida en octubre de 2015, privó al mundo de un gran académico.

En Viking, mi editorial, doy las gracias a mi editor, Daniel Crewe, por su gran confianza en este proyecto, y a mi revisor, Peter James. No olvido la gran deuda contraída con Albert DePetrillo, mi antiguo editor en Ebury Press. Y, como siempre, también agradezco el trabajo de mi agente, el legendario Andrew Nurnberg.

También quiero expresar mi gratitud al personal del Holocaust Educational Trust, por ofrecerme su ayuda y respaldo durante muchos años; más en particular, al presidente, Paul Phillips, la directora ejecutiva, Karen Pollock, y el director de educación, Alex Maws.

Mi esposa Helena me ha ayudado en todos los pasos de este libro, y ha aportado comentarios siempre penetrantes y adecuados; sin ella, el presente volumen habría resultado mucho más pobre. Mis hijos, Oliver, Camilla y Benedict, me dieron todo su aliento, en especial durante las fases más difíciles del proyecto.

Este libro está dedicado a mi hija Camilla, licenciada en Historia por la Universidad de Oxford. No solo porque se trata de la hija más maravillosa que un padre pueda tener, sino porque leyó cuidadosamente todo el borrador de este libro y aportó muchas sugerencias útiles.

Por último, quiero dar las gracias a cuantas personas hemos podido entrevistar durante los últimos veinticinco años. Como han sido varios

centenares, no las puedo mencionar aquí una por una; pero mi gratitud no es por ello menos sincera ni entusiasta.

LAURENCE REES
*Londres, septiembre de 2016*

# Notas

## ABREVIATURAS DE LOS ARCHIVOS CITADOS

| | |
|---|---|
| BArch | Bundesarchiv |
| BayHStA | Bayerisches Hauptstaatsarchiv |
| FAH | Familien-Archiv Hügel (Historisches Archiv Krupp, Essen) |
| HHStAW | Hessisches Hauptstaatsarchiv Wiesbaden |
| Nds. HStAH | Niedersächsisches Hauptstaatsarchiv Hannover |
| PRO | Public Record Office, Kew |
| StAN | Staatsarchiv Nürnberg |
| ZStL | Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltungen zur Aufklärung nationalsozialistischer Verbrechen in Ludwigsburg |

# PRÓLOGO

1. Testimonio inédito hasta la fecha. Para facilitar que se los reconozca de entrada como tales, los testimonios reunidos para la serie documental que he escrito y producido durante los últimos veinticinco años se muestran en este libro en tiempo presente: es decir, la persona *dice* o *afirma*, en vez de *dijo* o *afirmó*.

## Capítulo 1. Orígenes del odio

1. BayHStA, Abt. IV, R W GrKdo, Bd 50/08. (Puede verse en inglés en J. Noakes y G. Pridham [eds.], *Nazism 1919-1945*, vol. 1: *The Rise to Power 1919-1934*, University of Exeter Press, 1991, pp. 12-14.)

2. Véase Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, Piper, 1996.

3. Véase Thomas Weber, *Hitler's First War*, Oxford University Press, 2010, p. 177. [Hay trad. esp. de Belén Urrutia: *La primera guerra de Hitler: Adolf Hitler, los hombres del Regimiento List y la I Guerra Mundial*, Madrid: Taurus, 2012.]

4. San Juan 7:1.

5. *Ibid*. 8:59.

6. *Ibid*. 8:44.

7. Michael R. Marrus y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Stanford University Press, 1995, p. 27. Los autores también indican que «de 1959 a 1963, el papa Juan XXIII eliminó de la liturgia este y otros pasajes ofensivos para los judíos».

8. Martín Lutero, *On the Jews and Their Lies*, 1543, en Martin Luther, *Works*, vol. 47, Fortress Press, 1971, pp. 268-293.

9. Christian Wilhelm von Dohm, *Über die bürgerliche Verbesserung der Juden*, 1781 (en inglés en Paul Mendes-Flohr y Jehuda Reinharz [eds.], *The Jews in the Modern World: A Documentary History*, Oxford University Press, 2011, p. 30).

10. George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Howard Fertig, 1998, p. 149.

11. Wilhelm Heinrich Riehl, *Land und Leute*, 1854, vol. 1 de *Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Social-Politik* («Historia nacional del pueblo como base para una política social alemana»), en inglés en Michelle Facos, *An Introduction to Nineteenth-Century Art*, Routledge, 2011, p. 271.

12. Citado en Susanne Karstedt, «Strangers, Mobilisation and the Production of Weak Ties: Railway Traffic and Violence in Nineteenth-Century South-West Germany», en Barry S. Godfrey, Clive Emsley y Graeme Dunstall (eds.), *Comparative Histories of Crime*, Willan Publishing, 2003, pp. 89-109 (cita en p. 93).

13. David Welch, *Propaganda and the German Cinema: 1933-1945*, Oxford University Press, 1985, p. 105.

14. *Ibid*., p. 107.

15. Laurence Rees, *The Dark Charisma of Adolf Hitler*, Ebury Press, 2012, p. 44. [Hay trad. esp.: *El oscuro carisma de Hitler: cómo y por qué arrastró a millones al abismo*, Barcelona: Crítica, 2013.]

16. Testimonio inédito.

17. Alyssa A. Lonner (*Mediating the Past: Gustav Freytag, Progress, and German Historical Identity, 1848-1871*, Peter Lang, 2005, p. 37) afirma que *Soll und Haben* fue «uno de los libros más leídos —si no el más leído— de todo el siglo [XIX]».

18. Citado en Alex Bein, *The Jewish Question: Biography of a World Problem*, Associated University Presses, 1990, p. 617.

19. Heinrich Class, con el seudónimo de Daniel Frymann, *Wenn ich der Kaiser wär': Politische Wahrheiten und Notwendigkeiten* («Si yo fuera el káiser: necesidades y verdades políticas»), Dieterich, 1913, 4.ª ed. En Harry Pross (ed.), *Die Zerstörung der deutschen Politik: Dokumente 1871-1933*, trad. Richard S. Levy, Fischer, 1959.

20. Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, 1855 (en inglés en *The Inequality of the Human Races*, William Heinemann, 1915). [Hay trad. esp.: *El hombre y las desigualdades raciales: ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, Torrevieja, Alicante: Camzo, 2009.]

21. Algernon Freeman-Mitford, primer barón de Redesdale, «Introduction», en Houston Stewart Chamberlain, *Foundations of the Nineteenth Century*, vol. 1, Elibron Classics, 2005 (publicado originalmente por F. Bruckman, Múnich, 1911, pp. v-vi).

22. *Ibid*., p. 350.

23. Ian Kershaw, *Hitler: 1889-1936, Hubris*, Penguin, 2001, p. 660, n. 116. [Hay trad. esp. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1889-1936*, Barcelona: Península, 1999, 2007.]

24. Mosse, *German Ideology*, p. 104.

25. BArch NS 33/89, p. 41, Reichsführer SS (SS-HA/ZK./Az. B 17a), Berlín, 11 de abril de 1938, en referencia a la selección de candidatos a jefes de las SS, lista de direcciones V. Véase también Tom Segev, *Soldiers of Evil: The Commandants of the Nazi Concentration Camps*, Diamond Books, 2000, p. 97.

26. Francis Galton, *Hereditary Genius*, Macmillan, 1869, «Introduction», p. 1. [En castellano puede leerse: *Herencia y eugenesia*, trad. de Raquel Álvarez Peláez, Madrid: Alianza Editorial, 1988.]

27. Alfred Ploetz, *Die Tüchtigkeit unsrer Rasse und der Schutz der Schwachen* («La eficiencia de nuestra raza y la protección de los débiles»), citado en Peter Watson, *The German Genius*, Simon & Schuster, 2011, p. 434.

28. Cálculos del profesor Richard Levy, de la universidad de Chicago, en su reseña (del 15 de mayo de 1996) de *Hitler's Willing Executioners*, de Daniel Goldhagen; véase http://www.vho.org/aaargh/engl/crazygoldie/reviews96.html.

29. Robert Weinberg, «The Pogrom of 1905 in Odessa: A Case Study», en John D. Klier y Shlomo Lambroza (eds.), *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History*, Cambridge University Press, 2004, pp. 248-189.

30. Joshua Sobol, *Weiningers Nacht*, Europa-Verlag, 1988, pp. 145-146.

31. BArch R 8034 III/295, Reichslandbund Pressearchiv, Lup-Lz, p. 11a, R. Tag Z. Nr. 121, 13 de marzo de 1910, discurso de Lueger, 11 de enero de 1894, parlamento estatal de Baja Austria.

32. Véase Hamann, *Hitlers Wien*.

33. Kershaw, *Hitler: Hubris*, p. 67.

34. *Ibid*., p. 96.

35. Citado en Jay Winter, *Remembering War: The Great War between Memory and History in the Twentieth Century*, Yale University Press, 2006, p. 84.

36. *Ibid*., p. 87.

37. Carta de Rathenau, 4 de agosto de 1916, citado en Antony Loewenstein, *My Israel Question*, Melbourne University Press, 2007, p. 130.

38. Citado en Nigel Jones, *The Birth of the Nazis: How the Freikorps Blazed a Trail for Hitler*, Constable & Robinson, 2004, pp. 194-195.

39. Véase Rees, *Charisma*, p. 22. El pasaje citado aquí contiene también un testimonio inédito de Fridolin von Spaun.

40. Testimonio inédito.

## Capítulo 2. El nacimiento del nazismo (1919-1923)

1. Robert Waite, *Vanguard of Nazism*, W. W. Norton, 1969, p. 206.
2. Rudolf von Sebottendorff, *Bevor Hitler kam. Urkundliches aus der Frühzeit der nationalsozialistischen Bewegung*, Deukula-Verlag Grassinger, 1933, pp. 41-43. [Hay trad. esp. de José Luis Jerez Riesco: *Antes de que Hitler llegase (La historia de la Sociedad Thule)*, Torrevieja, Alicante: Camzo, 2012.]
3. *Ibid*., pp. 57-60.
4. Joseph Howard Tyson, *Hitler's Mentor: Dietrich Eckart, his Life, Times, & Milieu*, iUniverse, 2008, p. 50.
5. *Ibid*., p. 15.
6. *Auf gut deutsch. Wochenschrift für Ordnung u. Recht*, ed. Dietrich Eckart, vol. 1, 1919, n.º 2, p. 18.
7. *Ibid*., vol. 2, 1920, n.º 30/34, p. 392.
8. Balthasar Brandmayer, *Meldegänger Hitler 1914-1918*, Walter, 1933, pp. 71-72; en inglés en Laurence Rees, *The Dark Charisma of Adolf Hitler*, Ebury Press, 2012, p. 13. [Hay trad. esp.: *El oscuro carisma de Hitler: cómo y por qué arrastró a millones al abismo*, Barcelona: Crítica, 2013.]
9. Joachim Fest, *Hitler*, Harcourt Brace Jovanovich, 1974, p. 133. [Hay trad. esp. de Guillermo Raebel: *Hitler*, Barcelona: Noguer, 1974.]
10. Citado por Margarete Plewnia, *Auf dem Weg zu Hitler*, Schünemann Universitätsverlag, 1970, p. 67. A su vez la autora cita a Albert Zoller, *Hitler privat–Erlebnisbericht seiner Geheimsekretärin*, Droste, 1949, p. 118 (en inglés en Rees, *Charisma*, p. 47). [Hay trad. esp. de Aristides Camboa: *Doce años al lado de Hitler. Confidencias de una secretaria del Führer*, Barcelona: Símbolo (Diamante), 1954.]
11. *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, Phoenix Press, 2000, p. 217, noche del 16 al 17 de enero de 1942. [Hay trad. esp. parcial de Mariano Orta: *Anatomía de un dictador, Hitler. Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer 1941-1942*, México: Grijalbo, 1965.]
12. *Ibid*.
13. Tyson, *Hitler's Mentor*. Véase también Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1980, p. 117. Otto Dietrich, *12 Jahre mit Hitler*, Isar Verlag, 1955, p. 178. [Hay trad. esp. de Manuel Scholz: *Doce años con Hitler*, Barcelona: A. H. R., 1955.] BArch NS 26/514, carta de Gottfried Grandel al archivo principal del NSDAP, Friburgo d. B., 22 de octubre de 1941.
14. Ernst Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg der NSDAP 1919-1933 in Augenzeugenberichten*, Rauch, 1968, p. 60 (en inglés en J. Noakes y G. Pridham [eds.], *Nazism 1919-1945*, vol. 1: *The Rise to Power 1919-1934*, University of Exeter Press, 1983, p. 14).

15. Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1980, p. 366, discurso de Hitler ante una reunión del NSDAP en Rosenheim, 21 de abril de 1921.

16. N. H. Baynes (ed.), *Speeches of Adolf Hitler: Early Speeches, 1922-1924, and Other Selections*, Howard Fertig, 2006, p. 17, discurso del 12 de abril de 1921.

17. *Ibid*., p. 42, discurso del 18 de septiembre de 1922.

18. *Ibid*., p. 13, discurso del 12 de abril de 1922.

19. *Ibid*., p. 30, discurso del 28 de julio de 1922.

20. *Ibid*., p.17, discurso del 12 de abril de 1922.

21. *Ibid*., p. 21, discurso del 28 de julio de 1922.

22. A. Hitler, «Rathenau und Sancho Pansa», *Völkischer Beobachter*, 13 de marzo de 1921, p. 2.

23. Testimonio inédito.

24. Rees, *Charisma*, pp. 30-31.

25. Testimonio inédito.

26. Testimonio inédito.

27. Sönke Neitzel, *Tapping Hitler's Generals: Transcripts of Secret Conversations 1942-45*, Frontline Books, 2013, p. 67, palabras del general Ludwig Crüwell. [Hay trad. esp. de Cristina Pizarro: *Los generales de Hitler: transcripciones de conversaciones secretas, 1942-1945*, Barcelona: Tempus, 2008.]

28. Baynes (ed.), *Speeches of Adolf Hitler*, pp. 15-16, discurso del 12 de abril de 1922.

29. *Ibid*., p. 42, discurso del 18 de septiembre de 1922.

30. Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2012, p. 13.

31. «An die Brüder der USP., MSP., KPD.», *Deutscher Sozialist*, Folge 1, 4 de junio de 1920, en Julius Streicher, *Ruf zur Tat. Aufsätze aus den Kampfjahren 1920-1922*, Verlag Der Stürmer, 1937, pp. 11-13. Véase también Randall L. Bytwerk, *Julius Streicher*, Cooper Square Press, 2001, p. 10.

32. Bytwerk, *Streicher*, p. 2.

33. StAN, Polizeipräsidium Nürnberg-Fürth 541, doc. 187, copia de un juicio contra Streicher, asesor legal del tribunal del distrito de Schweinfurt, por una ofensa contra la religión, 5 de septiembre de 1922.

34. *Ibid*., doc. 103, informe del 22 de diciembre de 1922 sobre la reunión nacionalsocialista, el día anterior, en el Kulturverein de Núremberg.

35. *Ibid*., Consejo de la Ciudad de Kitzingen al departamento de policía estatal de Núremberg-Fürth, 16 de mayo de 1922, «Notas sobre la reunión de la Deutsche Werkgemeinschaft en la

Kolosseumssaal de Kitzingen el 7 de mayo de 1922. De un discurso del profesor de prima Streicher, de Núremberg».

36. *Hitler's Table Talk*, p. 154, noche del 28 al 29 de diciembre de 1941.

37. *Nuremberg Trial Proceedings*, vol. 12, p. 308, día 115.º, viernes 26 de abril de 1946. También Bytwerk, *Streicher*, p. 15.

38. *Ibid*., *Nuremberg*, y también Rees, *Charisma*, p. 49.

39. Deuerlein (ed.), *Aufstieg*, p. 146 (en inglés en Noakes y Pridham [eds.], *Nazism*, vol. 1, pp. 25-26).

40. Peter Viereck, «Stefan George's Cosmic Circle», *Decision*, octubre de 1941, p. 49.

41. Rees, *Charisma*, p. 76.

42. Werner Jochmann (ed.), *Nationalsozialismus und Revolution. Dokumente*, Europäische Verlags-Anstalt, 1963, pp. 88-89, memorando de Hitler del 7 de enero de 1922 (en inglés en Noakes y Pridham [eds.], *Nazism*, vol. 1, p. 23).

43. Baynes (ed.), *Speeches of Adolf Hitler*, p. 40, discurso de Hitler del 28 de julio de 1922.

44. BArch N 1126/8, Leseliste n.º 107.

45. BArch N 1126 141 K, diario de Himmler, nota del 12 de enero de 1922. El original se custodia en la Institución Hoover, Universidad de Stanford, Stanford, California.

46. *Ibid*., 24 de junio de 1922.

47. *Ibid*., 22 de noviembre de 1921.

48. *Ibid*., 27 de mayo de 1922.

49. *Ibid*., 7 de junio de 1922.

50. Por ejemplo, en las elecciones generales de diciembre de 1924, el partido mayoritario fue el socialdemócrata, con un 26 % de los votos. Eran contrarios a las medidas antisemitas de los nazis, al igual que otros, como el Partido Popular Alemán (10,1 %), el Partido Comunista (9 %) y el Partido Democrático Alemán (6,3 %).

51. Rees, *Charisma*, p. 37.

52. Albrecht Tyrell (ed.), *Führer befiehl ... Selbstzeugnisse aus der 'Kampfzeit' der NSDAP. Dokumentation und Analyse*, Droste, 1969, pp. 281-283 (en inglés en Noakes y Pridham [eds.], *Nazism*, vol. 1, pp. 34-35).

## Capítulo 3. De la revolución a las urnas (1924-1933)

1. Palabras de Ernst Hanfstaengl, citadas en un artículo de Jan Friedmann en *Der Spiegel*, 23 de junio de 2010: http://www.spiegel.de/international/germany/adolf-hitler-s-time-in-jail-flowers-for-the-fuehrer-in-landsberg-prison-a-702159.html.
2. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Houghton Mifflin, 1971, pp. 118-119.
3. *Ibid*., pp. 180-181.
4. *Ibid*., p. 57.
5. *Ibid*.
6. *Ibid*., p. 63.
7. *Ibid*., p. 59.
8. *Ibid*., p. 65.
9. *Ibid*., pp. 62-63.
10. *Ibid*., p. 206.
11. *Ibid*., p. 305.
12. Aldous Huxley, «Notes on Propaganda», *Harper's Monthly Magazine*, diciembre de 1936.
13. Hitler, *Mein Kampf*, p. 679.
14. *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, Phoenix Press, 2000, 25 de octubre de 1941, p. 87. [Hay trad. esp. parcial de Mariano Orta: *Anatomía de un dictador, Hitler. Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer 1941-1942*, México: Grijalbo, 1965.]
15. Hitler, *Mein Kampf*, p. 65.
16. Publicado originalmente en *Völkischer Beobachter*, 22 de abril de 1922. Véase también Laurence Rees, *The Dark Charisma of Adolf Hitler*, Ebury Press, 2012, p. 29. [Hay trad. esp.: *El oscuro carisma de Hitler: cómo y por qué arrastró a millones al abismo*, Barcelona: Crítica, 2013.]
17. Comentario en conversación con el general Ludendorff. Véase Wilhelm Breucker (edecán de Ludendorff), *Die Tragik Ludendorffs*, Rauschenbusch, 1953, p. 107 (en inglés en J. R. C. Wright, *«Above Parties»: The Political Attitudes of the German Protestant Church Leadership 1918-1933*, Oxford University Press, 1974, p. 78); véase también Rees, *Charisma*, p. 135.
18. Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Phoenix Press, 1995, p. 150. [Hay trad. esp. de Ángel Sabrido: *Memorias*, Barcelona: El Acantilado, 2001.] Véase también Rees, *Charisma*, pp. 135-136.
19. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I: Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 9, K. G. Saur, 1998, pp. 233-235, nota del 8 de abril de 1941. Véase también Rees, *Charisma*, p. 138.

20. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. 2, *1935-1938*, Bolchazy-Carducci, discurso de Hitler del 23 de noviembre de 1937, p. 980.

21. Hitler, *Mein Kampf*, p. 232.

22. *Ibid*., p. 316.

23. *Ibid*., p. 255.

24. *Ibid*., p. 654.

25. Konrad Heiden, «Introduction», *ibid*., p. xv.

26. Roger Moorhouse, *His Struggle: Hitler in Landsberg Prison, 1924*, Endeavor Press, 2015 (edición Kindle, ubicación 556-600).

27. Otto Leybold, director de la prisión de Landsberg, informe sobre Adolf Hitler, septiembre de 1924, según la versión inglesa de http://alphahistory.com/nazigermany/hitlers-prison-report-1924/.

28. Moorhouse, *His Struggle*, edición Kindle, ubicación 625-631.

29. Kurt Lüdecke, *I Knew Hitler*, Jarrolds, 1938, pp. 217-218. Véase también Rees, *Charisma*, p. 66.

30. Informe, *Der Nationalsozialist (TLeipzig)*, vol. 1, n.º 29, 17 de agosto de 1924, citado en Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1980, p. 242.

31. Dennis Mack Smith, *Mussolini: A Biography*, Vintage, 1983, p. 172. Véase también Rees, *Charisma*, p. 64.

32. Testimonio inédito.

33. Testimonio inédito.

34. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I*, vol. 1/1, K. G. Saur, 2004, pp. 116-117, nota del 31 de marzo de 1924.

35. *Ibid*., p. 312, 8 de junio de 1925.

36. *Ibid*., p. 50, 14 de noviembre de 1923.

37. *Ibid*., p. 121, 10 de abril de 1924.

38. *Ibid*., p. 147, 10 de junio de 1924.

39. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, p. 33.

40. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I*, vol. 1/1, p. 108, 17 de marzo de 1924.

41. *Ibid*., pp. 108-109, 20 de marzo de 1924.

42. *Ibid*., p. 201, 19 de agosto de 1924.

43. *Ibid*., p. 253, 23 de diciembre de 1924.

44. *Ibid*., pp. 326-327, 14 de julio de 1925.

45. *Ibid*., *Teil II: Diktate 1941-1945*, vol. 2, K. G. Saur, 1996, pp. 498-499, nota del 13 de diciembre de 1941.

46. *Ibid*., *Teil I*, vol. 1/1, p. 108, 17 de marzo de 1924, y pp. 326-327, 14 de julio de 1925.

47. Peter Longerich, *Goebbels*, Vintage, 2015, pp. 62-63. [Hay trad. esp. de José Aníbal Campos: *Goebbels*, Barcelona: RBA, 2012.]

48. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I*, vol. 1/2, K. G. Saur, 2004, pp. 55-56, 15 de febrero de 1926.

49. *Ibid*., p. 73, 13 de abril de 1926.

50. Gerhard L. Weinberg (ed.), *Hitler's Second Book: The Unpublished Sequel to Mein Kampf*, Enigma Books, 2006, p. 234, edición Kindle, ubicación 3978.

51. *Ibid*., p. 234, ubicación 3986.

52. *Ibid*., p. 129, ubicación 2367.

53. *Völkischer Beobachter*, n.º 35, 12 de febrero de 1927, citado en Detlef Mühlberger, *Hitler's Voice*, vol. 1: *Organisation and Development of the Nazi Party*, Peter Lang, 2004, p. 240.

54. *Verhandlungen des Deutschen Reichstags*, vol. 395, docs. 13717-13718, 24 de marzo de 1928. También en Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2010, p. 15.

55. Testimonio inédito.

56. Albrecht Tyrell (ed.), *Führer befiehl ... Selbstzeugnisse aus der 'Kampfzeit' der NSDAP*, Gondrom, 1991, pp. 235-236 (en inglés en J. Noakes y G. Pridham [eds.], *Nazism 1919-1945*, vol. 1: *The Rise to Power 1919-1934*, University of Exeter Press, 1983, p. 55).

57. Uriel Tal, *«Political Faith» of Nazism Prior to the Holocaust*, Tel Aviv University, 1978, p. 28; Rees, *Charisma*, pp. 81-82.

58. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. 1: *1932-1934*, Bolchazy-Carducci, 1990, p. 112, discurso de Hitler del 27 de enero de 1932.

59. Testimonio inédito.

60. Testimonio inédito.

61. Rees, *Nazis*, p. 74.

62. Testimonio inédito.

63. Rees, *Nazis*, p. 46.

64. David Redles, «Nazi End Times: The Third Reich as Millennial Reich», en Karolyn Kinane y Michael A. Ryan (eds.), *End of Days: Essays on the Apocalypse from Antiquity to Modernity*, McFarland, 2009, pp. 173-196, cita en p. 182.

65. *Der Angriff*, 9 de septiembre de 1929, citado en Longerich, *Goebbels*, pp. 91-92.

66. Nds. HStAH, Hann. Des. 310 I A, Nr. 35 (en inglés en Noakes y Pridham [eds.], *Nazism*, vol. 1, p. 76).

67. Informe general del presidente de la región de Hanóver al ministro de Interior del Reich, sobre los meses de diciembre de 1934 y enero de 1935, 4 de febrero de 1935, en Klaus Mlynek (ed.), *Gestapo Hannover meldet… Polizei– und Regierungsberichte für das mittlere und südliche Niedersachsen zwischen 1933 und 1937*, Verlag August Lax, 1986, p. 315. La fuente original de Mlynek es: Nds. HStAH, Hann. 180 Hannover Nr. 799, ff. 191-203.

68. Laurence Rees, *Selling Politics*, BBC Books, 1992, p. 24.

69. Testimonio inédito.

70. Lion Feuchtwanger, «Wie kämpfen wir gegen ein Drittes Reich?» («¿Cómo luchamos contra un Tercer Reich?»), *Welt am Abend*, 21 de enero de 1931 (en inglés en Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg (eds.), *The Weimar Republic Sourcebook*, University of California Press, 1994, p. 167).

71. Heinrich Mann, «Die deutsche Entscheidung» («La decisión alemana»), *Das Tagebuch*, vol. 12, n.º 51, 19 de diciembre de 1931 (en inglés en Kaes, Jay y Dimendberg, *Weimar Republic Sourcebook*, pp. 164-166).

72. Testimonio inédito y de Rees, *Nazis*, 1997, p. 171.

73. Discurso de Strasser, Sportpalast de Berlín, 23 de octubre de 1931, *CV-Zeitung. Blätter für Deutschtum und Judentum. Organ des Central-Vereins deutscher Staatsbürger jüdischen Glaubens e. V.*, Berlín, 11 de diciembre de 1931, vol. X, n.º 50, p. 572.

74. Otto Meissner, «Aufzeichnung über die Besprechung des Herrn Reichspräsidenten mit Adolf Hitler am 13. August 1932 nachmittags 4.15», citado en Walther Hubatsch, *Hindenburg und der Staat. Aus den Papieren des Generalfeldmarschalls und Reichspräsidenten von 1878 bis 1934*, Musterschmidt, 1966, p. 338 (en inglés en Noakes y Pridham [eds.], *Nazism*, vol. 1, p. 104).

75. Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, vol. 1: *Triumph*, R. Löwit, 1973, p. 158, Meissner a Hitler, 24 de noviembre de 1932.

76. Konrad Heiden, *Adolf Hitler. Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit. Eine Biographie*, Europa-Verlag, 1936, p. 278. [Hay trad. esp.: *Adolfo Hitler: La vida de un dictador. La época de la irresponsabilidad*, Buenos Aires: Claridad, 1939.]

77. Noticia de la Agencia Telegráfica Judía, 3 de agosto de 1934.

78. Entrevista del *Evening Standard*, 16 de mayo de 1933; véase también la noticia de la Agencia Telegráfica Judía en la misma fecha.

79. *Völkischer Beobachter (Norddeutsche Ausgabe)*, vol. 46, n.º 6, 6 de enero de 1933, p. 1. También Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, vol. 1, p. 175.

## Capítulo 4. La consolidación del poder (1933-1934)

1. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I: Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 2/3, K. G. Saur, 2006, p. 119, nota del 30 de enero de 1933.

2. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, pp. 206-207, pero también se incluye algún testimonio inédito. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]

3. Testimonio inédito.

4. Testimonio inédito.

5. Pasajes de los diarios de la sra. Luise Solmitz, 4 de enero de 1932 a 5 de marzo de 1933, en Werner Jochmann, *Nationalsozialismus und Revolution. Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg 1922-1933. Dokumente*, Europäische Verlagsanstalt, 1963, pp. 400-432, cita en pp. 422-423.

6. Testimonio inédito.

7. Testimonio inédito.

8. Rees, *Darkest Hour*, p. 136, más algún testimonio inédito.

9. Testimonio inédito.

10. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. 1: *1932-1934*, Bolchazy-Carducci, 1990, pp. 246-247, discurso de Hitler, 10 de febrero de 1933.

11. *Ibid*., p. 253, discurso de Hitler, 15 de febrero de 1933.

12. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I*, vol. 2/3, p. 137, nota del 28 de febrero de 1933.

13. Testimonio inédito.

14. Domarus, *Hitler* (edición en inglés), vol. 1, pp. 298-302.

15. *Völkischer Beobachter*, n.º 89, 30 de marzo de 1933, citado en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, vol. 1: *Triumph*, R. Löwit, 1973, pp. 251-252.

16. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, p. 105.

17. Leni Yahil, *The Holocaust: The Fate of European Jewry, 1932-1945*, Oxford University Press, 1991, pp. 95-97.

18. Jürgen Matthäus y Mark Roseman (eds.), *Jewish Responses to Persecution*, vol. 1: *1933-1938*, AltaMira Press/US Holocaust Memorial Museum, 2010, nota de prensa del CV con fecha de 24 de marzo de 1933, en *CV-Zeitung*, 30 de marzo de 1933, documento 1-5, p. 15.

19. Rees, *Nazis*, pp. 71-72, más un testimonio inédito.

20. *Ibid*., pp. 72-73, más un testimonio inédito.

21. Testimonio inédito.

22. Testimonio inédito.

23. Cifras del US Holocaust Museum, http://www.ushmm.org/.

24. Yahil, *Holocaust*, p. 92.

25. Testimonio inédito.

26. Testimonio inédito.

27. Cifras del Servicio de Estadística del Reich para 1933, citadas en J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 2: *State, Economy and Society 1933-1939*, Exeter University Press, 1991, p. 522.

28. StAN, LG Ansbach, Strafprozessakten, Große Strafkammer 50/34, Bär, vol. II, p. 185, testimonio de Kurt Adolf Bär, 14 de abril de 1934.

29. *Ibid*., p. 63, testimonio de Marie Breinl, 4 de abril de 1934.

30. BayHStA, StK 6410, pp. 100-101, 103-104, 105, 113, 127, 128, 146, 147, veredicto del proceso contra Kurt Bär y sus cómplices por violación de la paz pública, 14 de julio de 1934.

31. BayHStA, MInn 73708, p. 48, informe sobre lo acontecido en Gunzenhausen el 25 marzo de 1934, por el fiscal superior del tribunal del distrito de Ansbach.

32. *Ibid*., pp. 15-16, carta del vicecomandante supremo de la Sturmabteilung del gobierno de la Franconia Central, 27 de marzo de 1934.

33. BayHStA, StK 6410, p. 160, del ministro de Interior del Reich en Berlín a la cancillería estatal del Estado Libre de Baviera, en Múnich, 25 de julio de 1934.

34. *Ibid*., p. 73, acusación, 11 de agosto de 1934, contra Kurt Bär y dos personas más, por homicidio e intento de homicidio.

35. BayHStA, MJu 23436 Office of U. S. Chief of Counsel, APO 124 A, Ejército de Tierra de Estados Unidos, memorando para el oficial al mando de la Compañía B, Tercer Regimiento del Gobierno Militar, APO 170, U. S. Army, tema: asesinato de judío alemán. Del interrogatorio al dr. Benno Franz Theodor Martin, Núremberg, 19 de octubre de 1945.

36. Barbara Distel y Ruth Jakusch (eds.), *Concentration Camp, Dachau 1933-1945*, Comité International de Dachau, 1978, 16.ª ed., p. 40.

37. E. F. M. Durbin y John Bowlby, *Personal Aggressiveness and War*, Routledge, 2007, p. 134.

38. Matthäus y Roseman (eds.), *Jewish Responses to Persecution*, vol. 1, Kurt Rosenberg, diario de los días 20 y 31 de agosto de 1933, documento 2-2 LBINY AR 25279, pp. 37-38.

39. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, p. 30. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]

40. *Münchner Neueste Nachrichten*, 13 de marzo de 1933, citado en Peter Longerich, *Himmler*,

Oxford University Press, 2012, p. 150.

41. Véanse las pp. 58-59.

42. Distel y Jakusch (eds.), *Dachau*, p. 48, documento sobre la liberación de Johann Deller, 12 de octubre de 1934.

43. Testimonio de Göring, 18 de marzo de 1946, 84.º día de los juicios de Núremberg, http://law2.umkc.edu/faculty/projects/ftrials/nuremberg/Goering1.html.

44. Rudolf Höss [transcrito Hoess], *Commandant of Auschwitz*, Phoenix Press, 2001, p. 71. [Hay trad. esp. de Juan Esteban Fassio: *Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona: Ediciones B, 2009.]

45. Tom Segev, *Soldiers of Evil: The Commandants of the Nazi Concentration Camps*, Diamond Books, 2000, p. 28.

46. Christopher Dillon, *Dachau and the SS: A Schooling in Violence*, Oxford University Press, 2015, p. 37.

47. Testimonio inédito y de Rees, *Nazis*, p. 51.

48. *Münchner Neueste Nachrichten*, 13 de marzo de 1933, citado en Longerich, *Himmler*, p. 150.

49. Max Abraham, *Juda verrecke. Ein Rabbiner im Konzentrationslager* («Muerte a Judá: Un rabino en un campo de concentración»), reimpreso en Irene A. Diekmann y Klaus Wettig (eds.), *Konzentrationslager Oranienburg. Augenzeugen berichte aus dem Jahre 1933*, Verlag für Berlin-Brandenburg, 2003, pp. 117-167, cita en p. 128.

50. Max Abraham, *Juda verrecke. Ein Rabbiner im Konzentrationslager*, Druck– und Verlagsanstalt Teplitz-Schönau, 1934, p. 154.

51. Landesamt für Bürger– und Ordnungsangelegenheiten Berlin, Reg. Nr. 50909, Entschädigungsakte Max Abraham.

52. *Manchester Guardian*, 1 de enero de 1934, https://www.theguardian.com/world/2015/jan/01/dachau-nazi-germany-second-world-war.

53. Hans Beimler, *Im Mörderlager Dachau*, accesible en línea en https://www.hs-augsburg.de/~harsch/germanica/Chronologie/20Jh/Beimler/bei_da00.html. [Hubo traducción española: *En el campo de asesinos de Dachau (cuatro semanas en poder de los bandidos pardos)*, Edic. Europa-América, 1937.]

54. *Amper-Bote*, 7 de septiembre de 1933, en Dillon, *Dachau*, p. 228.

55. Testimonio inédito.

56. Testimonio inédito.

57. Testimonio inédito.

58. Testimonio inédito; se abunda en ello en Rees, *Nazis* (ed. 1997), p. 53.

59. Testimonio inédito.

60. Dillon, *Dachau*, p. 44.

61. Franciszek Piper, *Auschwitz 1940-1945: Central Issues in the History of the Camp*, vol. 3: *Mass Murder*, Auschwitz-Birkenau State Museum, 2000, p. 71.

62. *Ibid*.

63. Dillon, *Dachau*, p. 52.

64. *Ibid*.

65. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 25. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.] Véase también Danuta Czech, «The Auschwitz Prisoner Administration», en Yisrael Gutman y Michael Berenbaum (eds.), *The Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Indiana University Press, 1998, p. 364.

66. Höss, *Commandant of Auschwitz*, p. 78.

67. *Ibid*., pp. 65-66.

68. *Als sozialdemokratischer Arbeiter im Konzentrationslager Papenburg*, Verlagsgenossenschaft ausländischer Arbeiter in der UdSSR, 1935, p. 20. (Sobre este texto véase a continuación, la nota 70.)

69. Wolfgang Langhoff, *Die Moorsoldaten. 13 Monate Konzentrationslager*, Aufbau-Verlag, 1947, pp. 251-252.

70. *Als sozialdemokratischer Arbeiter im Konzentrationslager Papenburg* fue escrito por un ex prisionero de Börgermoor, y publicado como «anónimo» para proteger a su familia. El prólogo del libro, que hace hincapié en la veracidad del texto, fue escrito por Willi Bredel, otro preso de un campo de concentración.

71. *Als sozialdemokratischer Arbeiter*, p. 35.

72. Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas… es spricht der erste Chef der Gestapo…*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1950, pp. 260-262.

73. Langhoff, *Moorsoldaten*, pp. 251-252.

74. *Als sozialdemokratischer Arbeiter*, p. 51.

75. Langhoff, *Moorsoldaten*, pp. 251-252.

76. Informe de Max Hempel, citado en Hans-Peter Klausch, *Tätergeschichten. Die SS-Kommandanten der frühen Konzentrationslager im Emsland*, Edition Temmen, 2005, p. 231.

77. En inglés en J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 1: *The Rise to Power 1919-1934*, University of Exeter Press, 1991, p. 175.

78. Dillon, *Dachau*, p. 88.

79. Wachsmann, *KL*, p. 83.

## Capítulo 5. Las leyes de Núremberg (1934-1935)

1. Testimonio inédito.
2. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, p. 90. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]
3. Yehuda Bauer, *Jews for Sale? Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945*, Yale University Press, 1994, p. 9.
4. Aaron Berman, *Nazism, the Jews, and American Zionism, 1933-1948*, Wayne State University Press, 1990, p. 39.
5. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Houghton Mifflin, 1971, p. 325; véase también Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War Two and the Holocaust*, Belknap Press, 2006, p. 75.
6. Véase «Varios cientos de habitantes de la ciudad…».
7. Testimonio inédito.
8. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, p. 75, más un testimonio inédito.
9. Herbert Michaelis *et al*. (eds.), *Ursachen und Folgen. Vom Deutschen Zusammenbruch 1918 und 1945 bis zur staatlichen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart*, vol. IX, Wendler, 1964, p. 397 (en inglés en J. Noakes y G. Pridham [eds.], *Nazism 1919-1945*, vol. 2: *State, Economy and Society 1933-1939*, Exeter University Press, 1991, p. 530).
10. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. 2, pp. 531-532.
11. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. 2: *1935-1938*, Bolchazy-Carducci, 1992, p. 706, discurso de Hitler, 15 de septiembre de 1935.
12. *Jewish Post*, Indiana, 13 de septiembre de 1935, https://newspapers.library.in.gov/cgi-bin/indiana?a=d&d=JPOST19350913-01.1.1.
13. Domarus, *Hitler* (ed. en inglés), vol. 2, p. 707, discurso de Göring, 15 de septiembre de 1935.
14. Hans Mommsen, «The Realization of the Unthinkable: "The Final Solution of the Jewish Question" in the Third Reich», en Michael R. Marrus (ed.), *The Nazi Holocaust*, vol. 3: *The «Final Solution»: The Implementation of Mass Murder*, Meckler, 1989, pp. 224-253, cita en p. 223.
15. Es una interpretación sugerida no por Mommsen, sino por el presente autor.
16. Reinhard-M. Strecker, *Dr. Hans Globke. Aktenauszüge, Dokumente*, Rütten & Loening, 1961, p. 115, citado en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. 2, p. 541.
17. Decreto Suplementario a la Ley de Ciudadanía del Reich, 14 de noviembre de 1935, en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. 2, pp. 538-539.

18. Citado en Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, vol. 1: *Triumph*, R. Löwit, 1973, p. 538, discurso de Hitler, Reichstag, 15 de septiembre de 1935. También en Domarus, *Hitler* (ed. en inglés), vol. 2, p. 707.

19. *Völkischer Beobachter*, 16 de septiembre de 1935.

20. Testimonio inédito.

21. En palabras de los padres de Lucille Eichengreen.

22. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, pp. 191-192, más un testimonio inédito. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]

23. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, 2007, p. 65.

24. Ian Kershaw, *Hitler: 1889-1936, Hubris*, Penguin, 2001, p. 558. [Hay trad. esp. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1889-1936*, Barcelona: Península, 1999, 2007.]

## Capítulo 6. Educación y construcción imperial (1935-1938)

1. En este contexto, *völkische* se ha traducido al inglés de muy diversas maneras: *people's* («del pueblo», «popular»), *racist*, *ethnic* o *folkish* («característico de la gente corriente o la cultura popular») son tan solo algunos de los intentos de expresar lo que la palabra significaba por entonces. Probablemente, lo más cercano al significado original sea «étnico».

2. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Houghton Mifflin, 1971, p. 404.

3. *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940. Zweiter Jahrgang, 1935*, Verlag Petra Nettelbeck/Zweitausendeins, 1980, p. 1043.

4. Martin Broszat *et al*. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, Oldenbourg, 1977, vol. 1, pp. 466-467. Véase también J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 2: *State, Economy and Society 1933-1939*, Exeter University Press, 1983, p. 546.

5. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. 2: *1935-1938*, Bolchazy-Carducci, 1992, pp. 700-701, discurso de Hitler, 14 de septiembre de 1935.

6. Testimonio inédito.

7. Testimonio inédito.

8. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, p. 193, más un testimonio inédito. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]

9. Testimonio inédito.

10. Gregory Wegner, *Anti-Semitism and Schooling under the Third Reich*, Routledge, 2002, Kindle edition, ubicación 4325-4331.

11. Ernst Hiemer, *Der Giftpilz*, Stürmerverlag, 1938.

12. Fritz Fink, «The Jewish Question in Education, 1937», en http://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/fink.htm. Véase también Wegner, *Anti-Semitism*, ubicación 1618-1643.

13. Testimonio inédito. Es falso, en contra de lo afirmado por Boehm-Tettelbach, que «en su mayoría» los abogados de Berlín fuera judíos; en Alemania nunca hubo una mayoría de abogados judíos.

14. David Welch, *Propaganda and the German Cinema*, Oxford University Press, 1983, p. 122. Véase también Helga Grebing, Der *Nationalsozialismus: Ursprung und Wesen*, Isar Verlag, 1959, p. 65.

15. *Völkischer Beobachter (Bayernausgabe)*, 7 de agosto de 1929, p. 1.

16. Testimonio inédito.

17. Welch, *Propaganda*, p. 123.

18. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, Pan, 2001, p. 381. [Hay trad. esp. de José

Manuel Álvarez Flórez: *El Tercer Reich: una nueva historia*, Madrid: Taurus, 2002.]

19. Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, University of North Carolina Press, 1995, p. 62.

20. Cifras del United States Holocaust Memorial Museum, http://www.ushmm.org/learn/students/learning-materials-and-resources/mentally-and-physically-handicapped-victims-of-the-nazi-era/forced-sterilization.

21. Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, 2000, p. 29.

22. Claudia Koonz, *The Nazi Conscience*, Harvard University Press, 2003, p. 105. [Hay trad. esp. de Juanjo Estrella: *La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Barcelona: Paidós Ibérica, 2005.] También Boaz Neumann, «The Phenomenology of the German People's Body (*Volkskörper*) and the Extermination of the Jewish Body», *New German Critique*, vol. 36, n.º 1, 2009, pp. 149-181.

23. Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford University Press, 2001, p. 78. [Hay trad. esp. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Barcelona: Paidós Ibérica, 2003.]

24. Rees, *Darkest Hour*, p. 192.

25. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, p. 74.

26. Testimonio inédito.

27. *Daily Express*, 17 de septiembre de 1936.

28. En su artículo, Lloyd George afirmó que «el temperamento alemán no se complace en la persecución más que el británico» y expresó la esperanza de que en el futuro, los «discursos furiosos de Goebbels no provocarán otra manifestación antijudía».

29. Tom Segev, *One Palestine, Complete: Jews and Arabs under the British Mandate*, Little, Brown, 2014, p. 33.

30. Testimonio inédito.

31. Testimonio inédito.

32. *Sunday Express*, 19 de junio de 1938, citado en el siguiente artículo de Edie Friedman, «Britain as Refuge: The Real Story», 23 de octubre de 2008, https://www.thejc.com/britain-as-refuge-the-real-story-1.5676.

33. Segev, *One Palestine*, pp. 37-9.

34. Domarus, *Hitler* (ed. en inglés), vol. 2, p. 938, discurso de Hitler, 13 de septiembre de 1937.

35. Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick (eds.), *Es spricht der Führer. 7 exemplarische Hitler-Reden*, Mohn, 1966, pp. 123-77, «Rede Hitlers vor Kreisleitern auf der Ordensburg Vogelsang am 29. April 1937».

36. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I: Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 4, K. G. Saur, 2000, pp. 429-30, nota del 30 de noviembre de 1937.

37. *Documents on German Foreign Policy*, serie C, vol. V, n.º 490.

38. Documento del Juicio de Núremberg 46-EC.

39. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I*, vol. 3/2, K. G. Saur, 2001, pp. 251-252, nota del 15 de noviembre de 1936.

40. J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 3: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter University Press, 2006, pp. 72-79.

41. Joachim Fest, *Hitler*, Harcourt Brace Jovanovich, 1974, p. 42. [Hay trad. esp. de Guillermo Raebel: *Hitler*, Barcelona: Noguer, 1974.]

42. Richard S. Geehr, *Karl Lueger: Mayor of Fin de Siècle Vienna*, Wayne State University Press, 1990, p. 181.

43. *Ibid*., p. 200.

44. Kurt von Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Victor Gollancz, 1947, pp. 21, 23.

45. Testimonio inédito y de Rees, *Nazis*, p. 107.

46. Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, vol. 1: *Triumph*, R. Löwit, 1973, p. 803, discurso de Hitler, Reichstag, 20 de febrero de 1938.

47. *Völkischer Beobachter (Norddeutsche Ausgabe)*, 26 de febrero de 1938, p. 2.

48. Testimonio inédito.

49. Testimonio inédito.

50. Testimonio inédito.

51. Testimonio inédito.

52. Rees, *Nazis*, p. 114.

53. *Ibid*., p. 112.

54. *Ibid*., p. 114.

55. William L. Shirer, *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941*, Johns Hopkins University Press, 2002, pp. 110-111. [Hay trad. esp. de Francisco Javier Calzada: *Diario de Berlín: un corresponsal extranjero en la Alemania de Hitler (1934-1941)*, Barcelona: Debate, 2008.]

56. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, p. 140. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]

57. *Ibid*., p. 177.

58. *Ibid*.

59. Jürgen Matthäus y Mark Roseman (eds.), *Jewish Responses to Persecution*, vol. 1: *1933-1938*, AltaMira Press/US Holocaust Memorial Museum, 2010, informe a la Agencia Telegráfica Judía

de París sobre la persecución en Austria, en junio de 1938, documento 10-7, pp. 283-284.

60. Shirer, *Berlin Diary*, p. 109, 19 de marzo de 1938.

61. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I*, vol. 5, K. G. Saur, 2000, p. 225, nota del 23 de marzo de 1938.

62. David Cesarani, *Eichmann: His Life and Crimes*, Vintage, 2005, p. 61.

63. *Ibid*., p. 65.

64. *Ibid*., p. 67.

65. Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2012, p. 106.

## Capítulo 7. Radicalización (1938-1939)

1. Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, vol. 1: *Triumph*, R. Löwit, 1973, pp. 845-846, discurso de Hitler, 6 de abril de 1938.
2. *Ibid*., p. 845, discurso de Hitler, teatro y sala de conciertos de Klagenfurt, 4 de abril de 1938.
3. *Ibid*., p. 844, discurso de Hitler, Graz, 3 de abril de 1938.
4. Véanse las pp. 33-34.
5. *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, Phoenix Press, 2002, pp. 142-145, cita en p. 144, 13 de diciembre de 1941. [Hay trad. esp. parcial de Mariano Orta: *Anatomía de un dictador, Hitler. Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer 1941-1942*, México: Grijalbo, 1965.]
6. *Ibid*., p. 145.
7. Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, vol. 1, p. 606, discurso de Hitler, 14 de marzo de 1936.
8. *Ibid*., p. 848, discurso de Hitler, 9 de abril de 1938.
9. Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2010, p. 92.
10. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, p. 177. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]
11. Y. Arad, Y. Gutman y A. Margaliot (eds.), *Documents on the Holocaust: Selected Sources on the Destruction of the Jews of Germany and Austria, Poland and the Soviet Union*, Bison Books, 1999, pp. 98-99.
12. Beate Meyer, Hermann Simon y Chana Schütz (eds.), *Jews in Nazi Berlin: From Kristallnacht to Liberation*, University of Chicago Press, 2009, p. 25.
13. Para ser fiel tanto a la historia como a la distinta sensibilidad de nuestros días, en este libro usaré la palabra «gitano» al ocuparme de las acciones de los nazis, y «sintis y romaníes» al tratar de individuos.
14. Guenter Lewy, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Oxford University Press, 2000, pp. 2-3.
15. Aristotle Kallis, *Genocide and Fascism: The Eliminationist Drive in Fascist Europe*, Routledge, 2009, p. 55; son palabras de Albert Krantz (Albertus Cranzius), a principios del siglo XVI.
16. *Ibid*.
17. Cesare Lombroso, *Die Ursachen und Bekämpfung des Verbrechens*, Bermühler, 1902.

18. Lewy, *Nazi Persecution*, p. 7.

19. Testimonio inédito.

20. Testimonio inédito.

21. Lewy, *Nazi Persecution*, p. 42.

22. Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge University Press, 1991, pp. 120-121. Véase también Lewy, *Nazi Persecution*, pp. 135-138.

23. Exposición permanente del monumento del campo de concentración de Sachsenhausen.

24. Christian Goeschel y Nikolaus Wachsmann (eds.), *The Nazi Concentration Camps, 1933-1939: A Documentary History*, University of Nebraska Press, 2012, pp. 204-205.

25. Informe de la comisaría de St. Johann, Austria, 12 de enero de 1939, citado en Lewy, *Nazi Persecution*, pp. 61-62.

26. M. James Penton, *Jehovah's Witnesses and the Third Reich*, University of Toronto Press, 2004, pp. 275-284.

27. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 210, más un testimonio inédito. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]

28. Michel Reynaud y Sylvie Graffard, *The Jehovah's Witnesses and the Nazis: Persecution, Deportation, and Murder, 1933-1945*, Cooper Square Press, 2001, p. 21.

29. Wachsmann, *KL*, p. 126.

30. Reynaud y Graffard, *Jehovah's Witnesses*, pp. 89-90.

31. Rudolf Höss [transcrito Hoess], *Commandant of Auschwitz*, Phoenix Press, 2001, pp. 88-89. [Hay trad. esp. de Juan Esteban Fassio: *Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona: Ediciones B, 2009.]

32. *Ibid*., p. 89.

33. *Ibid*., p. 91.

34. Reynaud y Graffard, *Jehovah's Witnesses*, p. 31.

35. Testimonio inédito.

36. Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson (eds.), *Heinrich Himmler. Geheimreden 1933 bis 1945 und andere Ansprachen*, Propyläen Verlag, 1974, pp. 93-94, 96-97, discurso ante jefes de grupo de las SS, el 18 de febrero de 1937.

37. *Völkischer Beobachter (Bayernausgabe)*, 2 de agosto de 1930 (43. Jg., 182. Ausgabe), p. 1.

38. Testimonio de Wolfgang Teubert y Emil Klein, citado en Laurence Rees, *The Dark Charisma of Adolf Hitler*, Ebury Press, 2012, pp. 127-128. [Hay trad. esp.: *El oscuro carisma de Hitler: cómo y por qué arrastró a millones al abismo*, Barcelona: Crítica, 2013.]

39. *Völkischer Beobachter*, 1 de julio de 1934, y Rees, *Charisma*, p. 127.

40. Wachsmann, *KL*, pp. 127-128.

41. Véase, en la página del USHMM, http://www.ushmm.org/learn/students/learning-materials-and-resources/homosexuals-victims-of-the-nazi-era/persecution-of-homosexuals. El Museo calcula que se envió a los campos de concentración a entre cinco mil y quince mil homosexuales.

42. Wachsmann, *KL*, p. 134.

43. Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, vol. 1, p. 870, orden de Hitler, 30 de mayo de 1938.

44. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, 2007, p. 255.

45. PRO FO 371/22530, 13 de marzo de 1938, citado en Fiona Horne, «Explaining British Refugee Policy, March 1938-July 1940», tesis, Universidad de Canterbury, Nueva Zelanda, 2008, p. 5.

46. Comandante sir George Davies, parlamentario conservador por la circunscripción de Yeovil, ante la Cámara de los Comunes, 22 de marzo de 1938, PRO FO 372/3282.

47. Martin Gilbert, *Exile and Return*, Lippincott, 1978, p. 203; palabras pronunciadas en una Comisión Ministerial sobre Refugiados, 20 de julio de 1938.

48. David Clay Large, *And the World Closed its Doors*, Basic Books, 2004, p. 72.

49. G. S. Messersmith, Berlin, a William Phillips, subsecretario de Estado, Washington, 26 de junio de 1933, fondo documental de George S. Messersmith, biblioteca de la universidad de Delaware, http://udspace.udel.edu/handle/19716/6176.

50. Joseph S. Nye Jr., *Presidential Leadership and the Creation of the American Era*, Princeton University Press, 2013, p. 38.

51. Clay Large, *And the World Closed its Doors*, p. 70.

52. Diarios de William Lyon Mackenzie King, nota del 29 de marzo de 1938, http://www.bac-lac.gc.ca/eng/discover/politics-government/prime-ministers/william-lyon-mackenzie-king/Pages/item.aspx?IdNumber=18924&.

53. *Ibid*., 29 de junio de 1937. Tras el *Anschluss*, debe decirse que King apuntó en su diario que «aborre[cía]» la «opresión de los judíos» por parte de los nazis, pero aun así entendía que el mundo acabaría por ver a Hitler como «un místico humano de primer orden»; véase su diario, nota del 27 de marzo de 1938. Tras la Kristallnacht, escribió que se «compade[cía]» de las «penalidades» que pasaban los judíos (diario de Mackenzie King, 23 de noviembre de 1938).

54. *Ibid*., entrada del 30 de junio de 1937.

55. Jürgen Matthäus y Mark Roseman (eds.), *Jewish Responses to Persecution*, vol. 1: *1933-1938*, AltaMira Press/US Holocaust Memorial Museum, 2010, «WJC Memorandum», julio de 1938, USHMMA RG 11.001 M.36, rollo 106 (SAM 1190-1-257), documento 11-3, pp. 314-318.

56. Deborah Dwork y Robert Jan van Pelt, *Flight from the Reich: Refugee Jews 1933-1946*, W. W. Norton, 2009, p. 99, Roger Makins, memorando del 25 de marzo de 1938, PRO FO 371/2231.

57. Emanuel Melzer, *No Way Out: The Politics of Polish Jewry, 1935-1939*, Hebrew Union College

Press, 1965, p. 90.

58. David Cymet, *History vs. Apologetics: The Holocaust, the Third Reich, and the Catholic Church*, Lexington Books, 2010, p. 125.

59. Golda Meir, *My Life*, Weidenfeld & Nicolson, 1975, p. 127. [Hay trad. esp. de Adolfo Martín: *Mi vida*, Esplugues de Llobregat, Barcelona: Plaza & Janés, 1986.]

60. Francis R. Nicosia, *The Third Reich and the Palestine Question*, Transaction, 2013, p. 125.

61. Winston Churchill en un debate de la Cámara de los Comunes, 23 de mayo de 1939, Hansard, vol. 347, col. 2178. Véase Daniel Todman, *Britain's War: Into Battle 1937-1941*, Allen Lane, 2016, pp. 162-166.

62. Actas del Gabinete Ministerial, PRO CAB 24/285, 20 de abril de 1939; véase también la correspondencia con Winston Churchill, en la que se le comunica que el legado de Gran Bretaña en Bucarest era «visceralmente antisemita», pese a la «persecución» de los judíos en el país. Citado en Gilbert, *Exile and Return*, p. 226.

63. Irving Abella y Harold Troper, *None Is Too Many: Canada and the Jews of Europe, 1933-1938*, L. & O. Dennys, 1982, p. 35.

64. *Ibid*., p. 9, carta de Blair con fecha del 13 de septiembre de 1938.

65. William L. Shirer, *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941*, Johns Hopkins University Press, 2002, p. 120, nota del 7 de julio de 1938. [Hay trad. esp. de Francisco Javier Calzada: *Diario de Berlín: un corresponsal extranjero en la Alemania de Hitler (1934-1941)*, Barcelona: Debate, 2008.]

66. *Völkischer Beobachter*, 13 de julio de 1938, y Rees, *Charisma*, p. 189.

67. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. 2: *1935-1938*, Bolchazy-Carducci, 1992, p. 1153, discurso de Hitler, 12 de septiembre de 1938.

68. Joshua D. Zimmerman, *The Polish Underground and the Jews, 1939-1945*, Cambridge University Press, 2015, p. 20.

69. Leonidas E. Hill (ed.), *Die Weizsäcker Papiere 1933-1950*, Propyläen Verlag, 1974, p. 142.

70. Longerich, *Holocaust*, pp. 106-107.

71. Domarus, *Hitler*, vol. 2 (ed. en inglés), p. 1223, discurso de Hitler, 9 de octubre de 1938.

72. Matthäus y Roseman (eds.), *Jewish Responses to Persecution*, vol. 1, carta de Josef Broniatowski, Częstochowa (Polonia), sin fecha (muy probablemente, principios de noviembre de 1938), documento 12-2, pp. 345-347.

73. Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, Penguin, 1997, p. 228. [Hay trad. esp. de Carlos Ribalta: *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona: Lumen, 1967; DeBolsillo, 2006.]

74. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I: Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 6, K. G. Saur, 1998, p. 180, nota del 10 de noviembre de 1938.

75. Se trata de un testimonio inédito hasta la fecha, pero véanse también Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, pp. 75-76, y Rees, *Charisma*, pp. 191-192.

76. Testimonio inédito.

77. Ruth Levitt (ed.), *Pogrom: November 1938. Testimonies from «Kristallnacht»*, Souvenir Press/The Wiener Library for the Study of the Holocaust and Genocide, 2015, p. 33, informe B12.

78. Informe mensual de la comisaría de Muggendorf, 26 de noviembre de 1938, en Walter H. Pehle (ed.), *November 1938: From Reichskristallnacht to Genocide*, St Martin's Press, 1991, p. 39. Citado en «Reactions to Kristallnacht», en www.jewishvirtuallibrary.org.

79. Levitt (ed.), *Pogrom*, pp. 86-7, informe B66.

80. Testimonio inédito.

81. Levitt (ed.), *Pogrom*, pp. 28-9, informe B8.

82. «Juden, was nun?», *Das Schwarze Korps. Zeitung der Schutzstaffeln der NSDAP, Organ der Reichsführung SS*, Berlín, 24 de noviembre de 1938, ed. n.º 47, vol. 4, primera plana.

83. «Dieses Pack ist schlimmer!», *Das Schwarze Korps. Zeitung der Schutzstaffeln der NSDAP, Organ der Reichsführung SS*, Berlín, 17 de noviembre de 1938, ed. n.º 46, vol. 4, primera plana.

84. «Damit wir uns recht verstehen…», *Das Schwarze Korps. Zeitung der Schutzstaffeln der NSDAP, Organ der Reichsführung SS*, Berlín, 1 de diciembre de 1938, ed. n.º 48, vol. 4, p. 2.

85. «Das genügt fürs erste!», *Das Schwarze Korps. Zeitung der Schutzstaffeln der NSDAP, Organ der Reichsführung SS*, Berlín, 24 de noviembre de 1938, ed. n.º 47, vol. 4, p. 14.

86. «Juden, was nun?», *Das Schwarze Korps*, 24 de noviembre de 1938.

87. David Cesarani, *Final Solution: The Fate of the Jews 1933-49*, Macmillan, 2016, p. 214.

88. Testimonio inédito.

89. PRO CAB 27/624 32, 14 de noviembre de 1938, citado en Rees, *Charisma*, p. 221.

90. Testimonio inédito.

91. Fuente de la traducción inglesa: «Stenographic Report of the Meeting on "the Jewish Question" under the Chairmanship of Field Marshal Goering in the Reichs Air Force Ministry, 12 November 1938», en United States Chief of Counsel for the Prosecution of Axis Criminality, *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. IV, United States Government Printing Office, 1946, documento 1816-PS, pp. 425-457.

92. Longerich, *Holocaust*, p. 115.

93. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*, vol. 3: *1939-1940*, Bolchazy-Carducci, 1997, pp. 1447-1449, discurso de Hitler, 30 de enero de 1939.

94. Conversación entre Hitler y el conde Csáky, ministro de Exteriores húngaro, el 16 de enero de 1939, 17-18 h., *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945*, serie D, vol. V: *Polen, Südosteuropa, Lateinamerika, Klein– und Mittelstaaten, Juni 1937-März 1939*, Imprimerie Nationale, 1953, p. 305.

95. Actas de la reunión de Chvalkovský, ministro de Exteriores de Checoslovaquia, con Hitler el 21 de enero de 1939, 17-18 h., *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945*, serie D, vol. IV: *Die Nachwirkungen von München, Oktober 1938-März 1939*, Imprimerie Nationale, 1951, pp. 170-171.

96. James Mace Ward, *Priest, Politician, Collaborator: Jozef Tiso and the Making of Fascist Slovakia*, Cornell University Press, 2013, p. 177.

97. *Ibid*., p. 185.

98. Testimonio inédito.

99. Testimonio inédito.

100. David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan, OM, 1938-1945*, Cassell, 1971, p. 161, nota del 20 de marzo de 1939.

101. The American Presidency Project: 15 de abril de 1939, conferencia de prensa, www.presidency.ucsb.edu.

102. Domarus, *Hitler*, vol. 3 (ed. en inglés), pp. 1585-1592.

103. *Documents on German Foreign Policy*, serie D, vol. VII, pp. 200-204, reunión del 22 de agosto de 1939. Véase también J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 3: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter University Press, 1991, pp. 739-743.

## Capítulo 8. Empieza la guerra racial (1939-1940)

1. Laurence Rees, *World War II: Behind Closed Doors*, BBC Books, 2008, p. 32. [Hay trad. esp. de David León: *A puerta cerrada: historia oculta de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2009.]
2. Jürgen Matthäus, Jochen Böhler y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *War, Pacification, and Mass Murder, 1939: The Einsatzgruppen in Poland, Documenting Life and Destruction: Holocaust Sources in Context*, Rowman & Littlefield, 2014, p. 44, documento 5: «Diary notes by SS Hauptsturmführer Erich Ehlers, Einsatzgruppe II, for September 1 to 5, 1939».
3. *Ibid*., p. 54, documento 12: «Report by Helmuth Bischoff, leader of Einsatzkommando 1/IV, on his deployment in Bydgoszcz, September 7 and 8, 1939, undated (late 1939), IPNW, NTN 196/180».
4. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, pp. 127-128.
5. *Ibid*., p. 130.
6. Testimonio inédito.
7. Tomasz Szarota, «Poland under German Occupation 1939-1945», en Bernd Wegner (ed.), *From Peace to War: Germany, Soviet Russia, and the World, 1939-1941*, Berghahn Books, 1997, pp. 47-61, cita en p. 54.
8. Laurence Rees, *The Dark Charisma of Adolf Hitler*, Ebury Press, 2012, p. 251. [Hay trad. esp. de Gonzalo García: *El oscuro carisma de Hitler: cómo y por qué arrastró a millones al abismo*, Barcelona: Crítica, 2013.]
9. Matthäus, Böhler y Mallmann (eds.), *War, Pacification, and Mass Murder*, p. 29.
10. Alexander B. Rossino, *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology, and Atrocity*, University Press of Kansas, 2003, p. 16.
11. *Ibid*., pp. 66-67 y 129.
12. Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution*, Heinemann, 2004, pp. 36-37. David Cesarani, *Final Solution: The Fate of the Jews 1933-49*, Macmillan, 2016, p. 257.
13. Testimonio inédito.
14. Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2010, pp. 151-152.
15. Christopher Browning, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge University Press, 2000, p. 8, discurso de Hans Frank, 25 de noviembre de 1939.
16. *Ibid*., p. 6.
17. Testimonio inédito.
18. Rees, *Nazis*, p. 139.

19. Browning, *Origins*, p. 57.

20. Rees, *Charisma*, p. 294, nota del diario de Goebbels, 24 de enero de 1940.

21. Testimonio de Fritz Arlt, inédito hasta la fecha; pero véase también el testimonio de Arlt en Rees, *Nazis*, pp. 151-2, y Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 34. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]

22. Rees, *Nazis*, p. 136.

23. Testimonio inédito.

24. Browning, *Origins*, p. 93.

25. Memorando de Himmler, 15 de mayo de 1940, en inglés en «Some Thoughts on the Treatment of the Alien Population in the East», J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 3: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter University Press, 1991, p. 934.

26. Véase «Los participantes de la conferencia…».

27. Tatiana Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus-Getto-Massenmord. Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des zweiten Weltkrieges*, Röderberg-Verlag, 1960, pp. 78-81, cita en p. 81. Circular del presidente del distrito de Kalisz, Uebelhoer, 10 de diciembre de 1939, reproducida también en *Dokumenty i materialy z czasów Okupacji Niemieckiej w Polsce*, vol. 3: *Getto Lódzkie*, Towarzystwo Przyjaciół Centralnej Zydowskiej Komisji Historycznej, 1946, pp. 26-31.

28. Alan Adelson y Robert Lapides (eds.), *Łódź Ghetto: Inside a Community under Siege*, Viking, 1989, p. 11, diario de Dawid Sierakowiak.

29. Testimonio inédito.

30. Rees, *Nazis*, p. 153.

31. Isaiah Trunk, *Łódź Ghetto: A History*, Indiana University Press, 2008, p. xxxiv.

32. *Ibid*., p. 21.

33. Yehuda Leib Gerst, *Memorias* (*From the Straits*, en hebreo), Jerusalén: Safra Fund, 1949, p. 26, citado en Michal Unger, *Reassessment of the Image of Mordechai Chaim Rumkowski*, Yad Vashem, 2004, p. 8.

34. Raul Hilberg, Stanislaw Staron y Josef Kermisz (eds.), *The Warsaw Diary of Adam Czerniakow*, Elephant, 1999, pp. 236-237, nota del 17 de mayo de 1941.

35. Rees, *Nazis*, p. 154. Testimonio de Egon Zielke.

36. Testimonio inédito.

37. Longerich, *Holocaust*, p. 136.

38. Véase la p. 135.

39. Testimonio inédito, pero véase también Rees, *Nazis*, p. 83.

40. Browning, *Origins*, p. 186.

41. Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, 1986, p. 280. Brack no había podido completar los estudios de Medicina.

42. Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, University of North Carolina Press, 1995, p. 75.

43. *Ibid*., p. 81.

44. C. F. Rüter *et al*. (eds.), *Justiz und NS-Verbrechen. Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen 1945-1966*, vol. XXVI, Amsterdam University Press/K. G. Saur, 2001, pp. 555-583, cita en pp. 558-559. Se cita también en Ernst Klee, *Euthanasie im NS-Staat. Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens»*, S. Fischer Verlag, 1983, pp. 84-85.

45. Klee, *Euthanasie*, p. 118.

46. Karsten Linne (ed.), *Der Nürnberger Ärzteprozeß 1946/47. Wortprotokolle, Anklage– und Verteidigungsmaterial, Quellen zum Umfeld*, Mikrofiche-Edition/K. G. Saur, 1999, ff. 2687-2688, transcripción del testimonio de Hans Heinrich Lammers, *Nuremberg Medical Case*, 7 de febrero de 1947. Téngase en cuenta que en noviembre de 1939 se hicieron en el Warthegau experimentos preliminares con monóxido de carbono como agente letal; Browning, *Origins*, p. 188.

47. Lifton, *Nazi Doctors*, p. 72.

48. Véase, por ejemplo, el testimonio de Józef Paczyński, p. 255.

49. Lifton, *Nazi Doctors*, p. 72.

50. Cifras del Museo de Pirna-Sonnenstein.

51. Michael Grabher, *Irmfried Eberl. «Euthanasie» Arzt und Kommandant von Treblinka*, Peter Lang, 2006, p. 35. Original en el interrogatorio de Aquilin Ullrich en Fráncfort, 10 octubre de 1962, HHStAW 631a, n.º 1726.

52. Ute Hofmann y Dietmar Schulze, *«... wird heute in eine andere Anstalt verlegt». Nationalsozialistische Zwangssterilisation und «Euthanasie» in der Landes-Heil– und Pflegeanstalt Bernburg–eine Dokumentation*, Regierungspräsidium Dessau, 1997, p. 111.

53. Grabher, *Eberl*, p. 105. Original en el interrogatorio de Heinrich Bunke en Fráncfort, 17 de abril de 1962, HHStAW 631a, n.º 1666.

54. Hans-Walter Schmuhl, «Brain Research and the Murder of the Sick: The Kaiser Wilhelm Institute for Brain Research, 1937-1945», en Susanne Heim, Carola Sachse y Mark Walker (eds.), *The Kaiser Wilhelm Society under National Socialism*, Cambridge University Press, 2009, pp. 99-119, cita en p. 113.

55. Citado en el sitio web del Center for Holocaust & Genocide Studies de la universidad de Minnesota, http://chgs.umn.edu/histories/documentary/hadamar/ignorance.html.

56. Ernst Klee (ed.), *Dokumente zur «Euthanasie»*, S. Fischer Verlag, 1985, p. 125.

57. Gitta Sereny, *Into That Darkness: From Mercy Killing to Mass Murder*, Pimlico, 1995, p. 54. [Hay trad. esp. de C. A. Gómez Martínez: *En aquellas tinieblas: de la eutanasia al genocidio*, Madrid: Unión Editorial, 1978.]

58. Longerich, *Holocaust*, p. 138.

59. Browning, *Origins*, pp. 188-189.

60. *Ibid*., pp. 191-192; pero téngase en cuenta que un hospital judío de Bendorf-Sayn quedó exento de hacerlo; estos pacientes fueron asesinados más tarde, como parte de la Solución Final.

61. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, pp. 231-232. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]

62. http://www.buchenwald.de/en/457/.

63. Wachsmann, *KL*, pp. 221-225.

64. Testimonio inédito.

65. Testimonio inédito.

66. Testimonio inédito.

67. Testimonio inédito.

68. Testimonio inédito.

69. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. 3, pp. 932-944.

70. Yitzhak Arad, Yisrael Gutman y Abraham Margaliot (eds.), *Documents on the Holocaust*, University of Nebraska Press, 1999, pp. 216-218, memorando de Rademacher, 3 de julio de 1940.

71. *Ibid*., p. 218, discurso de Frank, 12 de julio de 1940.

72. Kurt Pätzold, *Verfolgung, Vertreibung, Vernichtung. Dokumente des faschistischen Antisemitismus*, Reclam, 1991, pp. 269-270.

73. Arad *et al*. (eds.), *Documents*, pp. 216-218, memorando de Rademacher, 3 de julio de 1940.

74. Longerich, *Holocaust*, pp. 162-164.

75. Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary, 1939-1942*, Greenhill Books, 1988, p. 76, nota del 3 de noviembre de 1939.

76. Georg Mayer (ed.), *Generalfeldmarschall Wilhelm Ritter von Leeb. Tagebuchaufzeichnungen und Lagebeurteilungen aus zwei Weltkriegen*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1976, pp. 187-188, nota del 9 octubre de 1939.

77. David Jablonsky, *Churchill and Hitler: Essays on the Political-Military Direction of Total War*, Frank Cass, 1994, p. 155; véase también Alexander Pollak, *Die Wehrmachtslegende in Österreich. Das Bild der Wehrmacht im Spiegel der österreichischen Presse nach 1945*, Böhlau, 2002, p. 62.

78. *Documents on German Foreign Policy*, serie D, vol. VII, pp. 200-204, Hitler habla ante sus comandantes militares en Berchtesgaden, 22 de agosto de 1939. Véase también Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. 3, pp. 739-743.

79. Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem*

*deutschen Zeitgenossen*, vol. 2: *Untergang*, R. Löwit, 1973, pp. 1422, 1425-1426, discurso de H
23 de noviembre de 1939.

80. *Ibid*., pp. 1553, 1558, discurso de Hitler, 19 de julio de 1940.

81. Burdick y Jacobsen (eds.), *Halder War Diary*, pp. 241-246, 31 de julio de 1940.

## Capítulo 9. Persecución en la Europa occidental (1940-1941)

1. La cifra de 4.500 es el total que ofrece el United States Holocaust Memorial Museum (www.ushmm.org): 3.500 ciudadanos del país y mil refugiados. Yad Vashem apunta un total inferior, de 3.500 (www.yadvashem.org). Yehuda Bauer, *American Jewry and the Holocaust: The American Jewish Joint Distribution Committee 1939-1945*, Wayne State University Press, 1981, p. 53, habla de 3.500 en 1939 y 2.000 en 1940.

2. Gustav Simon dirigía la administración civil de Luxemburgo y era *Gauleiter* de la región vecina del valle del Mosela.

3. Bauer, *American Jewry*, pp. 53-55.

4. Emmanuel Debruyne, «The Belgian Government-in-Exile Facing the Persecution and Extermination of the Jews», en Jan Láníček y James Jordan (eds.), *Governments in Exile and the Jews during the Second World War*, Vallentine Mitchell, 2013, pp. 197-212, cita en p. 201.

5. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, p. 165. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]

6. Lieven Saerens, «Antwerp's Attitude toward the Jews from 1918 to 1940», in Dan Michman (ed.), *Belgium and the Holocaust*, Yad Vashem, 1998, pp. 159-194, cita en pp. 192-193.

7. Laurence Rees, *Selling Politics*, BBC Books, 1992, pp. 18-25.

8. *Ibid*., p. 24.

9. *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, Phoenix Press, 2002, p. 99, nota del 30 de octubre de 1941. [Hay trad. esp. parcial de Mariano Orta: *Anatomía de un dictador, Hitler. Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer 1941-1942*, México: Grijalbo, 1965.]

10. Rees, *Selling Politics*, p. 24, diario de Goebbels, 5 de julio de 1941.

11. Testimonio inédito.

12. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 217. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.] Aun así, téngase en cuenta que una veintena de refugiados judíos fueron entregados a los nazis; en 2005, el primer ministro danés ofreció disculpas en nombre de Dinamarca.

13. Hans Fredrik Dahl, *Quisling: A Study in Treachery*, Cambridge University Press, 1999, p. 222.

14. Véase la p. 431.

15. Jeroen Dewulf, *Spirit of Resistance: Dutch Clandestine Literature during the Nazi Occupation*, Camden House, 2010, p. 48.

16. Bob Moore, *Victims and Survivors: The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands 1940-1945*, Arnold, 1997, p. 195, programa emitido en Radio Oranje en 2 de octubre de 1943.

17. Jacob Presser, *Ashes in the Wind: The Destruction of Dutch Jewry*, Souvenir Press, 2010, p. 25.

18. Se calcula que, bajo el gobierno nazi, unos 140.000 judíos pudieron ser víctimas de la deportación; véase www.rijksmuseum.nl/en/rijksstudio/timeline-dutch-history/holocaust.

19. Presser, *Ashes in the Wind*, pp. 27-28.

20. Willem Ridder, *Countdown to Freedom*, Author House, 2007, p. 252.

21. Testimonio de Hetty Cohen-Koster, que por entonces estudiaba Derecho en la universidad de Leiden, http://www.news.leiden.edu/news-2015/hetty-cohen-koster-was-present-at-cleveringas-speech.html.

22. Ernest R. May, *Strange Victory: Hitler's Conquest of France*, I. B. Tauris, 2000, p. 283, Gamelin en conversación con el general Edouard Réquin.

23. *Ibid*., p. 386.

24. Citado en David Carroll, «What It Meant to Be "a Jew" in Vichy France: Xavier Vallat, State Anti-Semitism, and the Question of Assimilation», *SubStance*, vol. 27, n.º 3, 1998, pp. 36-54. Véase también Olivier Wieviorka, *Orphans of the Republic: The Nation's Legislators in Vichy France*, Harvard University Press, 2009, p. 195.

25. Ralph W. Schoolcraft III, «Darquier de Pellepoix», en Richard S. Levy (ed.), *Antisemitism: A Historical Encyclopedia of Prejudice and Persecution*, vol. 1, ABC Clio, 2005, pp. 161-162, cita en p. 162.

26. Yves Beigbeder, *Judging War Crimes and Torture: French Justice and International Criminal Tribunals and Commissions, 1940-2005*, Martinus Nijhoff, 2006, pp. 143-147.

27. Michael R. Marrus y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Stanford University Press, 1995, p. 5.

28. Véase *The Guardian*, 3 de octubre de 2010, http://www.theguardian.com/world/2010/oct/03/marshal-petain-nazi-zealous-anti-semitism.

29. Renée Poznanski, «The Jews of France and the Statutes on Jews, 1940-1941» en www.yadvashem.org/yv/en/education/courses/life_ghettos/pdfs/reading5.pdf.

30. Vicki Caron, «The Path to Vichy: Antisemitism in France in the 1930s», United States Holocaust Memorial Museum, Center for Advanced Holocaust Studies, conferencia anual J. B. y Maurice C. Shapiro, 20 de abril de 2005, [artículo disponible en https://www.ushmm.org/m/pdfs/Publication_OP_2005-07-02.pdf; conferencia asimismo disponible en https://www.ushmm.org/research/scholarly-presentations/past-lectures-and-symposia/shapiro-annual-lecture], pp. 1-2.

31. Susan Zuccotti, *The Holocaust, the French and the Jews*, Bison Books, 1999, p. 3.

32. Jérôme Carcopino, *Souvenirs de sept ans*, Flammarion, 1953, p. 359; también Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 85.

33. Bella Gutterman y Naomi Morgenstern, *The Gurs Haggadah: Passover in Perdition*, Devora Publishing y Yad Vashem, 2003, p. 17.

34. Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution*, Heinemann, 2004, pp. 89-93.

35. *Ibid*., p. 92.

36. *Ibid*., p. 90.

37. J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 3: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter University Press, ed. 2006, p. 471.

38. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, pp. 141-142.

39. Sybille Steinbacher, «In the Shadow of Auschwitz: The Murder of the Jews of East Upper Silesia», en Ulrich Herbert (ed.), *National Socialist Extermination Policies: Contemporary German Perspectives and Controversies*, Berghahn Books, 2000, pp. 276-305, cita en p. 284.

40. David Cesarani, *Final Solution: The Fate of the Jews 1933-49*, Macmillan, 2016, p. 274.

41. Laurence Rees, *World War II: Behind Closed Doors*, BBC Books, 2008, p. 80. [Hay trad. esp. de David León: *A puerta cerrada: historia oculta de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2009.]

42. David Stahel, *Operation Barbarossa and Germany's Defeat in the East*, Cambridge University Press, 2012, p. 73.

43. Isaiah Trunk, *Łódź Ghetto: A History*, Indiana University Press, 2008, p. 109.

44. Christopher Browning, *Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge University Press, 1993, p. 33.

45. Testimonio inédito.

46. Browning, *Genocide*, p. 36, informe de Palfinger, 7 de noviembre de 1940.

47. Testimonio inédito.

48. Trunk, *Łódź Ghetto*, p. 83, documento n.º 55 YI-1212, 5 de abril de 1940, Rumkowski al alcalde de Łódź.

49. *Ibid*., p. 111.

50. Michal Unger, *Reassessment of the Image of Mordechai Chaim Rumkowski*, Yad Vashem, 2004, p. 37 n. 82.

51. Jacob Sloan (ed.), *Notes from the Warsaw Ghetto, from the Journal of Emmanuel Ringelblum*, iBooks, 2006, p. 19, nota del 12 de febrero de 1940.

52. *Ibid*., p. 17, 7 de febrero de 1940.

53. Raul Hilberg, Stanislaw Staron y Josef Kermisz (eds.), *The Warsaw Diary of Adam Czerniakow*, Elephant, 1999, p. 100, notas del 16 y 17 de diciembre de 1939.

54. *Ibid*., p. 112, 28 de enero de 1940.

55. *Ibid*., p. 104, 31 de diciembre de 1939 y 2 de enero de 1940.

56. Cesarani, *Final Solution*, p. 339.

57. Sloan (ed.), *Journal of Emmanuel Ringelblum*, p. 120, enero de 1941.

58. Testimonio inédito.

59. Browning, *Genocide*, p. 38.

60. Hilberg *et al*. (eds.), *Warsaw Diary of Adam Czerniakow*, p. 239, 21 de mayo de 1941.

61. *Ibid*., p. 247, 9 de junio de 1941.

62. *Nuremberg Trial Files*, vol. 31, actas de la reunión del 2 de mayo de 1941, documento 2718-PS, p. 84. Rees, *Auschwitz*, p. 53.

63. *Nuremberg Trial Files*, vol. 36, «Political-Economic Guidelines», pp. 135-137.

64. Götz Aly [transcrito Goetz Aly] y Susanne Heim, *Architects of Annihilation*, Weidenfeld & Nicolson, 2002, pp. 63-64.

65. *Ibid*., p. 237. Rees, *Auschwitz*, p. 54.

66. Datos de población de 2016.

67. *Hitler's Table Talk*, p. 33, 17 de septiembre de 1941.

68. *Ibid*., p. 38, 23 de septiembre de 1941.

69. Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary, 1939-1942*, Greenhill Books, 1988, p. 346, 30 de marzo de 1941.

70. Ian Kershaw, *Hitler: 1936-1945, Nemesis*, Allen Lane, 2000, p. 359. [Hay trad. esp. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1936-1945*, Barcelona: Península, 1999, 2007.]

71. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. 3 (ed. 2006), pp. 478-479.

72. *Ibid*., p. 479.

73. Vivien Spitz, *Doctors from Hell: The Horrific Account of Nazi Experiments on Humans*, First Sentient Publications, 2005, pp. 190-194. [Hay trad. esp. de Victoria Horrillo: *Doctores del infierno: un cruel relato de los experimentos que los nazis practicaron con humanos*, Barcelona: Tempus, 2009.]

74. *Ibid*., p. 195.

75. Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, 1986, p. 279.

76. Véase Paul Eggert, pp. 134-135.

77. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil I: Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 9, K. G. Saur, 1998, p. 210, nota del 29 de marzo de 1941.

78. Esta «nueva» Croacia, con 25.500 judíos, incluía también Bosnia-Herzegovina, con 14.000 judíos. En total había unos 80.000 judíos en la antigua Yugoslavia y 72.000 en Grecia.

79. Esther Gitman, *When Courage Prevailed: The Rescue and Survival of Jews in the Independent State of Croatia, 1941-1945*, Paragon House, 2011, pp. 12-13.

80. *Ibid*., p. 17.

## Capítulo 10. Guerra de exterminio (1941)

1. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, p. 175. Para el texto completo de la carta véase United States Department of State, publicación n.º 3023, *Nazi-Soviet Relations 1939-1941: Documents from the Archives of the German Foreign Office*, Government Printing Office, 1948, pp. 349-353.
2. Elke Fröhlich, «Joseph Goebbels und sein Tagebuch», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 35, n.º 4 (1987), diario de Goebbels, nota del 16 de junio de 1941.
3. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, 2007, pp. 452-60.
4. Véanse las pp. 197-198.
5. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 56, directriz de Heydrich del 2 de julio de 1941. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]
6. Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2012, p. 186.
7. Robert van Voren, *Undigested Past: The Holocaust in Lithuania*, Rodopi, 2011, p. 27. Cerca de un 13,5 % de los deportados a la Unión Soviética fueron judíos, una cifra desproporcionada en comparación con el peso de los judíos en la población total.
8. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, pp. 11-12. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]
9. David Cesarani, *Final Solution: The Fate of the Jews 1933-49*, Macmillan, 2016, p. 362.
10. Michael MacQueen, «Lithuanian Collaboration in the "Final Solution": Motivations and Case Studies», en *Lithuania and the Jews: The Holocaust Chapter, Symposium Presentations*, Center for Advanced Holocaust Studies, United States Holocaust Memorial Museum, 2004.
11. Testimonio tomado de *The Nazis: A Warning from History*, episodio 5: «Road to Treblinka», escrito y producido por Laurence Rees, emitido originalmente en octubre de 1997 por la BBC2.
12. Aleks Faitelson, *The Truth and Nothing But the Truth: Jewish Resistance in Lithuania*, Gefen Books, 2006, p. 26.
13. Testimonio tomado de *The Nazis: A Warning from History*, episodio 5: «Road to Treblinka», escrito y producido por Laurence Rees, emitido originalmente en octubre de 1997 por la BBC2.
14. Rees, *Nazis*, pp. 179-182.
15. Ernst Klee, Willi Dressen y Volker Riess, *«The Good Old Days»*, Konecky & Konecky, 1991, p. 31.
16. *Ibid*., pp. 24-27.

17. Peter Longerich, *The Unwritten Order*, Tempus, 2005, p. 113.

18. Jean Ancel, *The History of the Holocaust in Romania*, Yad Vashem, 2011, p. 215. Acta de la conversación entre Hitler y Antonescu en Múnich, en *Documents on German Foreign Policy*, vol. 12, doc. 614, p. 1006.

19. Ancel, *Romania*, pp. 445-446.

20. Radu Ioanid, *The Holocaust in Romania: The Destruction of Jews and Gypsies under the Antonescu Regime, 1940-1944*, Ivan R. Dee, 2008, p. 74 (edición Kindle, ubicación 1738-1745).

21. Ancel, *Romania*, p. 453.

22. Ancel, *Ibid*., p. 455, habla de 8.000, y el US Holocaust Memorial Museum de «al menos 4.000». Tomo la cifra del museo, http://www.ushmm.org/information/museum-programs-and-calendar/first-person-program/first-person-podcast/haim-solomon-hiding-during-the-pogrom-in-iasi.

23. Ioanid, *Holocaust in Romania*, p. 81; edición Kindle, ubicación 1884-1890.

24. Ancel, *Romania*, pp. 230-232.

25. Testimonio inédito.

26. Testimonio inédito.

27. Testimonio de Emilio Büge, Museo de Sachsenhausen, y Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, pp. 262-265. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]

28. Testimonio de un preso desconocido, descubierto en 1954, Museo de Sachsenhausen.

29. Testimonio inédito.

30. Peter Löffler (ed.), *Bischof Clemens August Graf von Galen. Akten, Briefe und Predigten 1933-1946*, vol. 2: *1939-1946*, Matthias-Grünewald-Verlag, 1988, pp. 876-878. El original se halla en el Bistumsarchiv Münster, Fremde Provenienzen, A 8, «Niederschrift der Predigt des Bischofs von Münster, Sonntag, den 3. August 1941, in der St. Lambertikirche in Münster».

31. Ian Kershaw, *Hitler: 1936-1945, Nemesis*, Allen Lane, 2000, pp. 424-425. [Hay trad. esp. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1936-1945*, Barcelona: Península, 1999, 2007.]

32. Testimonio inédito.

33. Kershaw, *Hitler: Nemesis*, p. 426.

34. Cesarani, *Final Solution*, p. 284. Richard Evans, *The Third Reich at War*, Allen Lane, 2008, pp. 93-101. [Hay trad. esp. de Miguel Salazar: *El Tercer Reich en guerra (1939-1945)*, Barcelona: Península, 2011.]

35. *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, Phoenix Press, 2000, p. 5, noche del 5 al 6 de julio de 1941. [Hay trad. esp. parcial de Mariano Orta: *Anatomía de un dictador, Hitler. Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer 1941-1942*, México: Grijalbo, 1965.]

36. Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution*, Heinemann, 2004, pp. 309-310.

37. *Ibid*., p. 240.

38. Götz Aly, *«Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Arnold, 1999, p. 214.

39. Testimonio inédito, pero véase también Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, pp. 64-65. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]

40. Yitzhak Arad, *The Holocaust in the Soviet Union*, University of Nebraska Press, 2009, p. 165.

41. Testimonio inédito.

42. Laurence Rees, *War of the Century*, BBC Books, 1999, pp. 93-94.

43. La ciudad de Lwów tuvo muchos nombres a lo largo del siglo XX: los alemanes la llamaron Lemberg, los ucranianos, Lviv, y los rusos, Lvov. Me atengo aquí al uso polaco, porque al empezar la guerra era este el nombre de la ciudad. La cifra de 4.000, para el pogromo de 1941, es la calculada por el United States Holocaust Memorial Museum.

44. Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, Oxford University Press, 2012, p. 526. [Hay trad. esp. de Richard Gross: *Heinrich Himmler*, Barcelona: RBA, 2009.]

45. Testimonio inédito y de Rees, *Auschwitz*, pp. 63-66.

46. Rees, *Darkest Hour*, p. 13.

47. Alfonsas Eidintas, *Žydai, Lietuviai ir Holokaustas*, citado en MacQueen, «Lithuanian Collaboration in the "Final Solution": Motivations and Case Studies».

48. Rees, *Auschwitz*, p. 63.

49. Rees, *Nazis*, p. 190.

50. Avraham Tory, *Surviving the Holocaust: The Kovno Ghetto Diary*, Harvard University Press, 1991, p. 24, nota del 4 de agosto de 1941.

51. Ernst Klee, Willi Dressen y Volker Riess, *«The Good Old Days»*, Konecky & Konecky, 1991, p. 179.

52. Anatoly Podolsky, «The Tragic Fate of Ukrainian Jewish Women under Nazi Occupation, 1941-1944», en Sonja M. Hedgepeth y Rochelle G. Saidel (eds.), *Sexual Violence against Jewish Women during the Holocaust*, Brandeis University Press y University Press of New England, 2010, pp. 94-107, cita en p. 99.

53. Rees, *Nazis*, p. 213, más un testimonio inédito.

54. Testimonio inédito.

55. Leonid D. Grenkevich, *The Soviet Partisan Movement, 1941-1944: A Critical Historiographical Analysis*, Frank Cass, 1999, p. 75.

56. Manus I. Midlarsky, *The Killing Trap: Genocide in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, 2005, p. 147.

57. Rees, *Darkest Hour*, p. 68, más un testimonio inédito.

58. Kershaw, *Hitler: Nemesis*, p. 467.

59. Peter Witte *et al.* (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Hans Christians Verlag, 1999, p. 195.

60. Testimonio inédito.

61. Rees, *Auschwitz*, p. 68, más un testimonio inédito.

62. *Ibid*.

63. «Leben eines SS-Generals. Aus den Nürnberger Geständnissen des Generals der Waffen-SS Erich von dem Bach-Zelewski», *Aufbau*, vol. XII, n.º 34, 23 de agosto de 1946, p. 2.

64. Recuerdos del ex general de las SS Karl Wolff, *The World at War*, Thames Television, 27 de marzo de 1974, citado en Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Collins, 1986, p. 191.

65. Testimonio inédito.

66. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, Pan, 2001, p. 614. [Hay trad. esp. de José Manuel Álvarez Flórez: *El Tercer Reich: una nueva historia*, Madrid: Taurus, 2002.]

67. Browning, *Origins*, p. 283. También Longerich, *Himmler*, p. 534. Cinco semanas después se gaseó a un total de 120 pacientes del hospital.

68. Testimonio de Wilhelm Jaschke, Vilsbiburg, 5 de abril de 1960, BArch 202, AR-Z 152/159; y Rees, *Auschwitz*, p. 69.

69. Testimonio inédito y de Rees, *Auschwitz*, p. 71.

70. Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 482-483.

71. *Ibid*., p. 483.

72. Testimonio inédito.

73. Testimonio inédito.

74. Testimonio inédito.

75. Longerich, *Holocaust*, p. 315.

76. J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 3: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter University Press, 2006, p. 481.

77. Peter Klein (ed.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941/42. Die Tätigkeits– und Lageberichte der Sicherheitspolizei und des SD*, Hentrich, 1997, p. 342.

78. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II: Diktate 1941-1945*, vol. 1, K. G. Saur, 1996, p. 269, nota del 19 de agosto de 1941.

79. Browning, *Origins*, pp. 281-282.

80. *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof,*

*Nürnberg, 14. November 1945-1. Oktober 1946*, vol. XXXII, Núremberg, 1948, documento 366 p. 436.

81. *Ibid*., documento 3666-PS, p. 437.

82. *Hitler's Table Talk*, pp. 56-57, tarde-noche del 13 al 14 de octubre de 1941.

83. Rees, *Auschwitz*, p. 67.

84. Testimonio inédito.

85. Rees, *Nazis*, p. 222.

86. *Hitler's Table Talk*, pp. 31-5, noche del 17 al 18 de septiembre de 1941.

87. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations*, vol. 4: *1941-1945*, Bolchazy-Carducci, 2004, p. 2491, discurso de Hitler, Sportpalast de Berlín, 3 de octubre de 1941.

88. Ioanid, *Holocaust in Romania*, p. 120; edición Kindle, ubicación 2726-34.

89. Ansel, *Romania*, p. 243.

90. *Hitler's Table Talk*, p. 67, 17 de octubre de 1941.

91. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. 3, pp. 519-520.

92. Rees, *Auschwitz*, p. 76.

93. Alan Adelson y Robert Lapides (eds.), *Łódź Ghetto: Inside a Community under Siege*, Viking, 1989, p. 175, diario de Shlomo Frank, notas del 19 y 23 de octubre de 1941.

94. *Ibid*., p. 171, diario de David Sierakowiak, nota del 17 de octubre de 1941.

95. *Ibid*., pp. 178-81, cuaderno de Oskar Rosenfeld.

96. Rees, *Auschwitz*, p. 85.

97. Isaiah Trunk, *Łódź Ghetto: A History*, Indiana University Press, 2008, p. 217.

98. Helmut Heiber, «Aus den Akten des Gauleiters Kube», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, vol. 4, n.º 1 (1956), p. 75.

99. Kershaw, *Hitler: Nemesis*, p. 486.

100. Aly, *«Final Solution»*, p. 214.

101. Palabras de Walter Burmeister, 24/01/1961, p. 3, BArch ZStL 203 AR-Z 69/59, vol. 4. (El ZStL es un Organismo Central de los departamentos de justicia estatales, con sede en Ludwigsburg, responsable de investigar los crímenes del nacionalsocialismo.)

102. Browning, *Origins*, p. 367.

103. Longerich, *Holocaust*, p. 282.

104. Sin embargo, téngase en cuenta que en Bielorrusia se establecieron dos campos menores (en Maly Trostenets y Bronna Gorá) en los que se asesinó a judíos. Maly Trostenets empezó a funcionar en mayo de 1942, con la función principal de matar a los judíos de Minsk. Bronna

Gorá, en el oeste del país, empezó a matar a judíos de los alrededores poco después. Aunq desconoce el número exacto de fallecidos en esos campos, ninguno alcanzó una escala similar campos de la Operación Reinhard.

105. *Hitler's Table Talk*, p. 87, 25 de octubre de 1941.

106. Browning, *Origins*, p. 362.

107. Testimonio del 8 de noviembre de 1961, BArch ZStL 203 AR-Z 69/59, vol. 3, pp. 5-6; también Rees, *Auschwitz*, p. 92.

108. Dr. Goebbels, «Die Juden sind schuld!», *Das Reich*, n.º 46, 16 de noviembre de 1941, pp. 1-2.

109. Para el análisis detallado del propio profesor Christopher Browning, véase su *Origins*, pp. 358-373.

110. *Hitler's Table Talk*, pp. 57-58, noche del 13-14 de octubre de 1941.

111. Patrick Montague, *Chełmno and the Holocaust*, I. B. Tauris, 2012, p. 34.

112. Véanse las pp. 190-191.

113. Michael Thad Allen, «The Devil in the Details: The Gas Chambers of Birkenau, October 1941», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 16, n.º 2, otoño de 2002, pp. 189-216. Rees, *Auschwitz*, pp. 82-83.

## Capítulo 11. De camino al Wannsee (1941-1942)

1. Según V. S. Pronin, presidente del Sóviet de Moscú, *Voennoistoricheskii Zhurnal*, vol. 10 (1991), pp. 335-341.
2. Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, vol. 2: *Untergang*, R. Löwit, 1973, pp. 1773, 1779, discurso de Hitler, 8 de noviembre de 1941.
3. Laurence Rees, *World War II: Behind Closed Doors*, BBC Books, 2008, p. 114. [Hay trad. esp. de David León: *A puerta cerrada: historia oculta de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2009.]
4. Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, vol. 2, pp. 1773-1774.
5. *Ibid*., pp. 1804, 1808, discurso de Hitler ante el Reichstag, 11 de diciembre de 1941.
6. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II: Diktate 1941-1945*, vol. 2, K. G. Saur, 1996, pp. 498-499, nota del 13 de diciembre de 1941.
7. Werner Präg y Wolfgang Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1975, pp. 452-459, cita en p. 457.
8. Patrick Montague, *Chełmno and the Holocaust*, I. B. Tauris, 2012, p. 22.
9. *Ibid*., p. 43.
10. Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution*, Heinemann, 2004, p. 417.
11. *Ibid*., p. 372.
12. Montague, *Chełmno*, p. 64.
13. Browning, *Origins*, p. 418.
14. Eugen Kogon *et al.*, *Nationalsozialistische Massentötungen durch Giftgas*, S. Fischer Verlag, 1983, pp. 122-123. También J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 3: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter University Press, ed. 1991, p. 1140.
15. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 91. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]
16. Montague, *Chełmno*, p. 59.
17. *Ibid*.
18. *Ibid*., pp. 65-66.
19. Isaiah Trunk, *Łódź Ghetto: A History*, Indiana University Press, 2008, p. 370, discurso de Rumkowski, 20 de diciembre de 1941, documento n.º 122: YI-1221.

20. Rees, *Auschwitz*, p. 91.

21. Noakes y Pridham, *Nazism*, vol. 3, pp. 1127-1134.

22. David Cesarani, *Eichmann: His Life and Crimes*, Vintage, 2005, p. 114.

23. Browning, *Origins*, p. 406.

24. Cesarani, *Eichmann*, p. 114.

25. Margherita Marchione («hermana M. M.»), *Consensus and Controversy: Defending Pope Pius XII*, Paulist Press, 2002, p. 71.

26. Laurence Rees, *War of the Century*, BBC Books, 1999, pp. 78-80.

27. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, Pan, 2001, p. 571 [hay trad. esp. de José Manuel Álvarez Flórez: *El Tercer Reich: una nueva historia*, Madrid: Taurus, 2002], que cita a Jost Dülffler, *Deutsche Geschichte 1933-1945*, Kohlhammer, 1992, p. 125.

28. Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, vol. 2, pp. 1828-1829, discurso de Hitler, Sportpalast de Berlín, 30 de enero de 1942.

29. Rees, *Auschwitz*, p. 97.

30. Testimonio inédito.

31. Citado en Ernst Klee, Willi Dressen y Volker Riess, *«The Good Old Days»*, Konecky & Konecky, 1991, p. 255.

32. Browning, *Origins*, p. 420.

33. Rudolf Reder, *Belzec*, Auschwitz Museum, 1999, p. 115.

34. *Ibid*., pp. 118-120.

35. *Ibid*., pp. 124-125.

36. *Ibid*., p. 130.

37. *Ibid*., pp. 132-133.

38. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II*, vol. 3, K. G. Saur, 1994, pp. 557-563, nota del 27 de marzo de 1942.

39. Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2012, p. 295.

40. Yehuda Bauer, *Jews for Sale? Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945*, Yale University Press, 1994, p. 66.

41. Véase el testiomio de Wisliceny, ya durante la posguerra, en *Slovakia*, 6-7 de mayo de 1946 (Statny oblastny archive v Bratislave, Fond Ludovy sud, 10/48) y 12 de agosto de 1946 (Statny oblastny archive v Bratislave, Fond Ludovy sud, 13/48), más el de Koso, 11 de abril de 1947 (Statny oblastny archive v Bratislave, Fond Ludovy sud, 13/48).

42. Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, vol. 2, pp. 1828-1829, discurso de Hitler, Sportpalast de Berlín, 30 de enero de 1942.

43. Testimonio inédito.

44. Rees, *Auschwitz*, p. 108.

45. Testimonio inédito.

46. Testimonio inédito. Véase también Rees, *Auschwitz*, p. 108.

47. Testimonio inédito.

48. Testimonio inédito.

49. Rees, *Auschwitz*, p. 110.

50. Testimonio inédito.

51. Rees, *Auschwitz*, p. 114.

52. Testimonio inédito.

53. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, p. 299. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]

54. Testimonio inédito.

55. Rees, *Auschwitz*, p. 114.

56. Hoess, *Commandant*, pp. 149-150.

57. Rees, *Auschwitz*, p. 207.

58. Gitta Sereny, *Into That Darkness: From Mercy Killing to Mass Murder*, Pimlico, 1995, pp. 111-112. [Hay trad. esp. de C. A. Gómez Martínez: *En aquellas tinieblas: de la eutanasia al genocidio*, Madrid: Unión Editorial, 1978.]

59. *Ibid*., pp. 113-114.

60. *Ibid*., p. 131.

61. Klee *et al.*, *«The Good Old Days»*, p. 232.

62. Jules Schelvis, *Sobibor: A History of a Nazi Death Camp*, Berg, 2007; véanse los capítulos 3, 4 y 5, pero sobre todo las pp. 63-66.

63. Aunque no todos los prisioneros de guerra soviéticos eran de Ucrania, en el campamento se los conocía colectivamente como «los ucranianos», por lo que aquí se mantiene este uso.

## Capítulo 12. Buscar y matar (1942)

1. Michael R. Marrus y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Stanford University Press, 1995, p. 88. Vallat hizo esta afirmación en su juicio, concluida la guerra, pero era «casi idéntica» a un discurso que había pronunciado en la primavera de 1942.
2. *Ibid*., p. 90.
3. Ulrich Herbert, «The German Military Command in Paris and the Deportation of the French Jews», en Ulrich Herbert (ed.), *National Socialist Extermination Policies: Contemporary German Perspectives and Controversies*, Berghahn Books, 2000, pp. 128-162, cita en p. 139.
4. *Ibid*., p. 140.
5. *Ibid*., p. 143.
6. David Cesarani, *Eichmann: His Life and Crimes*, Vintage, 2005, pp. 139-140.
7. Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 243.
8. Serge Klarsfeld, *French Children of the Holocaust*, New York University Press, 1996, p. 34.
9. Marrus y Paxton, *Vichy*, pp. 233-234.
10. Susan Zuccotti, *The Holocaust, the French and the Jews*, Bison Books, 1993, p. 99. Dannecker es la fuente de la cita de Laval; ahora bien, las palabras del propio Laval ante el Consejo de Ministros, seis días después, concuerdan con la afirmación anterior según la transmitió Dannecker.
11. Testimonio inédito. Véase también Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, pp. 126-131. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]
12. Klarsfeld, *French Children*, p. 45. Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 263.
13. Rees, *Auschwitz*, p. 130.
14. Testimonio inédito.
15. Testimonio inédito.
16. Testimonio inédito.
17. Rees, *Auschwitz*, p. 132, más un testimonio inédito.
18. Testimonio inédito.
19. Michael Phayer, *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-65*, Indiana University Press, 2000, pp. 92-93.
20. Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 261.
21. Margherita Grassini Sarfatti, *My Fault: Mussolini as I Knew Him*, ed. Brian R. Sullivan,

Enigma Books, 2014, p. 84.

22. Susan Zuccotti, *The Italians and the Holocaust: Persecution, Rescue and Survival*, University of Nebraska Press, 1996, p. 77. Michele Sarfatti, *The Jews in Mussolini's Italy: From Equality to Persecution*, University of Wisconsin Press, 2006, pp. 159-160.

23. Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 317.

24. *Ibid*.

25. Nuto Revelli (ed.), *Mussolini's Death March: Eyewitness Accounts of Italian Soldiers on the Eastern Front*, Kansas University Press, 2013. Véase en especial el testimonio de Bartolomeo Fruttero en Varsovia, pp. 219-220.

26. Bob Moore, *Victims and Survivors: The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands 1940-1945*, Arnold, 1997, p. 91.

27. Jacob Presser, *Ashes in the Wind: The Destruction of Dutch Jewry*, Souvenir Press, 2010, p. 142; también Moore, *Victims and Survivors*, p. 93.

28. Presser, *Ashes*, p. 147.

29. *Ibid*.

30. Martin Gilbert, *Auschwitz and the Allies*, Pimlico, 2001, pp. 46-47.

31. Michael Fleming, *Auschwitz, the Allies and Censorship of the Holocaust*, Cambridge University Press, 2014, p. 106.

32. *Ibid*., p. 107, nota de Maurice Perlzweig, del Congreso Judío Mundial, finales de septiembre de 1942.

33. Véase el testimonio de Jan Karski, pp. 363-364.

34. Fleming, *Auschwitz*, p. 116, Anthony Eden, Cámara de los Comunes, 17 de diciembre de 1942.

35. Testimonio tomado de Gerhart Riegner en *Reputations: Pope Pius XII: The Pope, the Jews and the Nazis*, producción de Jonathan Lewis y producción ejecutiva de Laurence Rees, emitido por la BBC2 en 1995.

36. Se usa la traducción de *Reputations: Pope Pius XII*; véase también «The Rights of Man. The Feast of Christmas and Suffering Humanity», en http://catholictradition.org/Encyclicals/1942.htm.

37. Traducción inglesa de la carta («Pastoral letter of the Dutch Bishops. July 20, 1942») en http://rorate-caeli.blogspot.com/2012/07/70th-anniversary-of-pastoral-letter-of.html.

38. http://www.patheos.com/blogs/labmind/2011/01/archbishop-de-jong-the-cost-of-speaking-up.html?repeat=w3tc.

39. Investigación para *Reputations: Pope Pius XII*.

40. Testimonio tomado de *Reputations: Pope Pius XII*, emitido por la BBC2 en 1995.

41. Véase Phayer, *Catholic Church*, p. 94. Phayer sostiene que el argumento de que la protesta de De Jong provocó la deportación de judíos que habían recibido el bautismo «suena poco creíble»

y que «la protesta del arzobispo fue una mera excusa que los nazis aprovecharon para apresar a esos conversos del judaísmo».

42. Moore, *Victims and Survivors*, p. 79, que cita el trabajo del dr. Jacob Presser.

43. Testimonio de Witold Złotnicki en *Reputations: Pope Pius XII*, emitido por la BBC2 en 1995.

44. Livia Rothkirchen, «The Churches and the Deportation and Persecution of Jews in Slovakia», en Carol Rittner, Stephen D. Smith e Irena Steinfeldt (eds.), The *Holocaust and the Christian World*, Yad Vashem, 2000, pp. 104-107.

45. James Mace Ward, *Priest, Politician, Collaborator: Jozef Tiso and the Making of Fascist Slovakia*, Cornell University Press, 2013, p. 232.

46. Rothkirchen, «Persecution of Jews in Slovakia».

47. Mace Ward, *Jozef Tiso*, pp. 234-236.

48. Testimonio de Jan Karski en *Reputations: Pope Pius XII*, emitido por la BBC2 en 1995.

49. Peter Longerich (en *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2012, p. 362) calcula que, a finales de 1940, había en Bélgica unos 52.000 judíos.

50. *Ibid*., p. 372.

51. Hans Fredrik Dahl, *Quisling: A Study in Treachery*, Cambridge University Press, 2008, p. 287.

52. Cifras de la Comisión Real Noruega (NOU 1977: 22) citadas *ibid*.

53. Ladislaus Hory y Martin Broszat, *Der kroatische Ustascha-Staat 1941-1945*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1964, pp. 120-121.

54. *Ibid*., pp. 101-102. Original: documento de Núremberg NOKW-1071.

55. *Ibid*., p. 99.

56. *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof, Nürnberg, 14. November 1945-1. Oktober 1946*, vol. XV, p. 327.

57. *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945*, serie E: 1941-1945, vol. VII: *1. Oktober 1943 bis 30. April 1944*, doc. n.º 352, pp. 658-660.

58. Randolph L. Braham, «The Hungarian Labor Service System 1939-1945», *East European Quarterly*, 1977, p. 28. Véase también Robert Rozett, *Conscripted Slaves: Hungarian Jewish Forced Labourers on the Eastern Front during the Second World War*, Yad Vashem, 2013, pp. 158-163.

59. Cesarani, *Eichmann*, p. 151.

60. I. C. Butnaru, *The Silent Holocaust: Romania and its Jews*, Greenwood Press, 1992, p. 138.

61. *Ibid*., p. 139.

62. Bernhard R. Kroener, Rolf-Dieter Müller y Hans Umbreit, *Organization and Mobilization in the German Sphere of Power: Wartime Administration, Economy, and Manpower Resources*

*1942-1944/5*, vol. *V/II de Germany and the Second World War*, Oxford University Press, 20( 855. Véase también Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Economy*, Penguin, 2007, p. 587.

63. Cesarani, *Eichmann*, p. 152.

64. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations*, vol. 4: *1941-1945*, Bolchazy-Carducci, 2004, pp. 2679-2680, discurso de Hitler, 30 de septiembre de 1942.

65. Lothar Gall (ed.), *Krupp im 20. Jahrhundert. Die Geschichte des Unternehmens vom Ersten Weltkrieg bis zur Gründung der Stiftung*, Siedler, 2002. Werner Abelshauser, *Rüstungsschmiede der Nation? Der Kruppkonzern im Dritten Reich und in der Nachkriegszeit 1933 bis 1951*, pp. 267-472, cita en p. 412. Original en FAH, 5 C 48.

66. Domarus, *Hitler* (ed. en inglés), vol. 4, p. 2687, discurso de Göring, 4 de octubre de 1942, en Berlín.

## Capítulo 13. Campos de exterminio nazis en Polonia (1942)

1. También se asesinó a judíos en campos de Bielorrusia, por ejemplo en Maly Trostenets y Bronna Gorá, pero ninguno de estos dos tenía una instalación estable de cámaras de gas.

2. Tatiana Berenstein *et al.* (eds.), *Faschismus–Getto–Massenmord. Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des zweiten Weltkrieges*, Röderberg-Verlag, 1960, p. 303 (en inglés en J. Noakes y G. Pridham [eds.], *Nazism 1919-1945*, vol. 3: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter University Press, 1991, pp. 1159-1160).

3. Léon Poliakov y Joseph Wulf, *Das Dritte Reich und seine Diener*, Ullstein, 1983, pp. 471 y ss. También en el documento 170-USSR, en *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof, Nürnberg, 14. November 1945-1. Oktober 1946*, vol. XXIX, 1949, pp. 385 y ss. Transcripción estenográfica de la reunión entre el mariscal del Reich Göring y los comisarios del Reich para los territorios ocupados y los comandantes militares, al respecto de la situación alimentaria, 6 de agosto de 1942.

4. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, 2007, p. 545.

5. Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, Oxford University Press, 2012, p. 570. Véase también las pp. 561-568, donde Longerich analiza qué razones hay detrás de la afirmación de Himmler del 19 de julio. [Hay trad. esp. de Richard Gross: *Heinrich Himmler*, Barcelona: RBA, 2009.]

6. *Ibid*.

7. *Ibid*., pp. 564 y 572.

8. Felix Kersten, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Hutchinson, 1956, pp. 132-134, nota del 16 de julio de 1942. [Hay trad. esp. de Frans Vives: *Yo fui confidente de Himmler*, s. l.; s. n. (Barcelona: Tip. La Académica), 1947.] Las memorias de Kersten no son siempre fidedignas y deben manejarse con mucha precaución. Sin embargo, esta sección (citada asimismo en parte por Adam Tooze en *Wages of Destruction*, p. 526) resulta creíble.

9. Joseph Poprzeczny, *Odilo Globocnik: Hitler's Man in the East*, McFarland, 2004, pp. 320-321. También Longerich, Himmler, pp. 583-584.

10. Raul Hilberg, Stanislaw Staron y Josef Kermisz (eds.), *The Warsaw Diary of Adam Czerniaków*, Elephant, 1999, pp. 381-385.

11. *Ibid*., p. 385.

12. Jacob Sloan (ed.), *Notes from the Warsaw Ghetto, from the Journal of Emmanuel Ringelblum*, iBooks, 2006, p. 292, nota con fecha de «junio de 1942».

13. *Ibid*., pp. 330-331 (sin indicación de fecha precisa).

14. Abraham Lewin, *A Cup of Tears: A Diary of the Warsaw Ghetto*, Fontana, 1990, p. 145, nota del 1 de agosto de 1942.

15. Testimonio inédito.

16. En Auschwitz murieron más judíos que en ningún otro campo, pero a diferencia de Treblinka, Auschwitz nunca fue únicamente un campo de exterminio.

17. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 162. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]

18. Michael Grabher, *Irmfried Eberl. «Euthanasie» Arzt und Kommandant von Treblinka*, Peter Lang, 2006, pp. 70-71, carta de Irmfried Eberl a Ruth, 20 de junio de 1942, HHStAW 631a, n.º 1631.

19. *Ibid*., p. 73, carta de Irmfried Eberl a Ruth, 30 de julio de 1942, HHStAW 631a, n.º 1631; también citada en Ute Hofmann y Dietmar Schulze, *«. . . wird heute in eine andere Anstalt verlegt». Nationalsozialistische Zwangssterilisation und «Euthanasie» in der Landes-Heil– und Pflegeanstalt Bernburg–eine Dokumentation*, Regierungspräsidium Dessau, 1997, pp. 67-68.

20. Rees, *Auschwitz*, p. 162.

21. Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Indiana University Press, 1999, p. 84.

22. *Ibid*., p. 85.

23. *Ibid*., p. 87.

24. Gitta Sereny, *Into That Darkness: From Mercy Killing to Mass Murder*, Pimlico, 1995, pp. 160-161. [Hay trad. esp. de C. A. Gómez Martínez: *En aquellas tinieblas: de la eutanasia al genocidio*, Madrid: Unión Editorial, 1978.]

25. Rees, *Auschwitz*, p. 163.

26. Ernst Klee, Willi Dressen y Volker Riess, *«The Good Old Days»*, Konecky & Konecky, 1991, p. 244.

27. Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka*, p. 96.

28. Sereny, *Darkness*, p. 161.

29. Volker Riess, «Christian Wirth–der Inspekteur der Vernichtungslager», en Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul (eds.), *Karrieren der Gewalt. Nationalsozialistische Täterbiographien*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2004, pp. 239-251, cita en p. 247. Original en BArch 208 AR-Z 252/59, vol. 9, pp. 1689 y ss., interrogatorio de Josef Oberhauser, 13 de diciembre de 1962.

30. Testimonio inédito.

31. Testimonio inédito.

32. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, p. 165.

33. Testimonio inédito.

34. Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka*, p. 190.

35. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, p. 94. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda*

*Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]

36. En conversación con este autor; *ibid*., p. 94.

37. Tomasz Kranz, *The Extermination of Jews at Majdanek Concentration Camp*, Museo Estatal de Majdanek, 2010, p. 13.

38. *Ibid*., p. 59.

39. Testimonio inédito.

40. Testimonio tomado de *Touched by Auschwitz*, escrito y producido por Laurence Rees, emitido por la BBC2 el 20 de enero de 2015.

41. Testimonio inédito.

42. Testimonio expuesto en el Museo Estatal de Majdanek.

43. Elissa Mailänder, *Female SS Guards and Workaday Violence: The Majdanek Concentration Camp, 1942-1944*, Michigan State University Press, 2015, p. 242.

44. *Ibid*., pp. xi-xiii.

45. En el telegrama descifrado se indica que el total de Treblinka fue de 71.355, pero se trata a todas luces de una errata, pues para poder llegar al total global, indicado en el mismo telegrama, de 1.274.166, la cifra de muertos de Treblinka tiene que ascender a 713.555, cifra cuya credibilidad confirman a su vez otros documentos.

46. PRO HW 16/10.

## Capítulo 14. Matar y buscar ayuda para matar (1942-1943)

1. Laurence Rees, *War of the Century*, BBC Books, 1999, p. 128.
2. Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen (eds.), *The Halder War Diary, 1939-1942*, Greenhill Books, 1988, p. 646, nota del 23 de julio de 1942.
3. Rees, *War of the Century*, p. 159.
4. Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*, vol. 2: *Untergang*, R. Löwit, 1973, p. 1916, discurso de Hitler, Sportpalast de Berlín, 30 de septiembre de 1942.
5. Discurso de F. D. R., 12 de febrero de 1943, http://avalon.law.yale.edu/wwii/casablan.asp.
6. Theodore S. Hamerow, *Why We Watched: Europe, America, and the Holocaust*, W. W. Norton, 2008, p. 349. La conversación de Roosevelt con Noguès y Roosevelt con Giraud en la residencia presidencial, a mediodía y a las 4.20 de la tarde, se puede leer en los «Roosevelt Papers, McCrea Notes», en *Foreign Relations of the United States: The Conferences at Washington 1941-1942 and Casablanca 1943*, Departamento de Estado de Estados Unidos, 1968, pp. 608-611.
7. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II: Diktate 1941-1945*, vol. 7, K. G. Saur, 1993, p. 454, nota del 2 de marzo de 1943.
8. Michael R. Marrus y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Stanford University Press, 1995, pp. 321-326.
9. Ian Kershaw, *Hitler: 1936-1945, Nemesis*, Allen Lane, 2000, p. 582. [Hay trad. esp. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1936-1945*, Barcelona: Península, 1999, 2007.]
10. Andreas Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Zweiter Teil. Vertrauliche Aufzeichnungen über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes 1942-1944*, Bernard & Graefe, 1970, pp. 234-263, aquí pp. 238, 240, 245, 256-257, reunión del 16 y 17 de abril de 1943.
11. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II*, vol. 8, K. G. Saur, 1993, p. 225, nota del 7 de mayo de 1943.
12. Notas del *SS-Oberführer* Veesenmayer, en *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945*, serie E: *1941-1945*, vol. VI: *1. Mai bis 30. September 1943*, pp. 78-80, cita en p. 79.
13. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II*, vol. 8, pp. 236, 238, nota del 8 de mayo de 1943.
14. Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, vol. 2, p. 2003, comunicado sobre la reunión de Hitler y el rey Boris, 3 de abril de 1943.
15. Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution*, Heinemann, 2004, p. 212. También Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, Oxford University Press, 2012, pp. 663-664. [Hay trad. esp. de Richard Gross: *Heinrich Himmler*, Barcelona: RBA, 2009.]

16. Testimonio inédito.

17. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 176. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]

18. Testimonio inédito.

19. Se trata de una cifra sospechosamente exacta, que debe manejarse con cautela (aún más sospechosa por el hecho de ser capicúa).

20. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, p. 316. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]

21. Jadwiga Bezwińska y Danuta Czech (eds.), *Amidst a Nightmare of Crime*, Howard Fertig, 1992, p. 47, declaración de Alter Feinsilber (también conocido como Stanislaw Jankowski).

22. Testimonio inédito.

23. Bezwińska y Czech (eds.), *Amidst a Nightmare*, p. 52.

24. Testimonio inédito.

25. Testimonio inédito.

26. Dr. Miklós Nyiszli, *Auschwitz: A Doctor's Eyewitness Account*, Penguin, 2012, p. 24.

27. Testimonio inédito.

28. Nyiszli, *Auschwitz*, p. 42.

29. Testimonio inédito.

30. Testimonio inédito.

31. Bezwińska y Czech (eds.), *Amidst a Nightmare*, p. 119.

32. *Ibid*., p. 56, declaración de Alter Feinsilber.

33. *Ibid*.

34. Testimonio inédito.

35. Rees, *Auschwitz*, pp. 236-237.

36. Bezwińska y Czech (eds.), *Amidst a Nightmare*, p. 119.

37. Testimonio inédito.

38. Robert Jan van Pelt, *The Case for Auschwitz: Evidence from the Irving Trial*, Indiana University Press, 2002, p. 80.

39. Testimonio tomado de *Touched by Auschwitz*, emitido por la BBC2 el 20 de enero de 2015, más un testimonio inédito.

40. Testimonio inédito.

41. Testimonio inédito.

42. Testimonio inédito.

43. Bezwińska y Czech (eds.), *Amidst a Nightmare*, p. 59.

44. Kurt Jonassohn, con Karin Solveig Björnson, *Genocide and Gross Human Rights Violations in Comparative Perspective*, Transaction, 1999, p. 283.

45. Wim Willems, *In Search of the True Gypsy: From Enlightenment to Final Solution*, Routledge, 2013, p. 251.

46. Donald Kenrick y Grattan Puxon, *Gypsies under the Swastika*, University of Hertfordshire Press, 2009, pp. 38-39. [Hay trad. esp. de Carlos Martín: *Gitanos bajo la cruz gamada*, París: Centro de Investigaciones Gitanas; Madrid: Presencia Gitana, 1997.]

47. Kershaw, *Hitler: Nemesis*, p. 584.

48. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II*, vol. 8, p. 288, nota del 13 de mayo de 1943.

## Capítulo 15. Opresión y revueltas (1943)

1. Testimonio tomado de *The Nazis: A Warning from History*, episodio 6: «Fighting to the End», escrito y producido por Laurence Rees, emitido originalmente en octubre de 1997 por la BBC2.
2. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations*, vol. 4: *1941-1945*, Bolchazy-Carducci, 2004, p. 2818, discurso de Hitler, 10 de septiembre de 1943.
3. Martin Gilbert, *The Righteous: The Unsung Heroes of the Holocaust*, Black Swan, 2003, p. 439.
4. Susan Zuccotti, *The Italians and the Holocaust: Persecution, Rescue and Survival*, University of Nebraska Press, 1996, p. 81.
5. Renzo De Felice, «Hunting Down the Jews», en Stanislao G. Pugliese (ed.), *Fascism, Anti-Fascism, and the Resistance in Italy: 1919 to the Present*, Rowan & Littlefield, 2004, pp. 200-206, aquí p. 202.
6. José M. Sánchez, *Pius XII and the Holocaust: Understanding the Controversy*, Catholic University of America Press, 2002, p. 143.
7. Testimonio tomado de *Reputations: Pope Pius XII: The Pope, the Jews and the Nazis*, producción de Jonathan Lewis, producción ejecutiva de Laurence Rees, emitido por la BBC2 en 1995.
8. *Ibid*.
9. *Ibid*.
10. Zuccotti, *Italians and the Holocaust*, p. 133.
11. Michael Phayer, *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*, Indiana University Press, 2000, pp. 240-245.
12. Cifras de Zuccotti, *Italians and the Holocaust*, p. xxv. Téngase en cuenta que se trata de la cifra de los que murieron; en la p. 274 se indica el cálculo de los deportados a Auschwitz.
13. Zuccotti, *Italians and the Holocaust*, pp. 235-236.
14. Testimonio inédito.
15. Testimonio inédito.
16. Emmy E. Werner, *A Conspiracy of Decency: The Rescue of the Danish Jews during World War II*, Westview Press, 2002, p. 49.
17. Testimonio inédito.
18. Michael Mogensen, «October 1943–The Rescue of the Danish Jews», en Mette Bastholm Jensen y Steven L. B. Jensen (eds.), *Denmark and the Holocaust*, Department for Holocaust and Genocide Studies, 2003, pp. 33-61, aquí p. 45.
19. Testimonio inédito.

20. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, pp. 221-222. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]

21. Mogensen, «Rescue», p. 33. Véase también Leni Yahil, *The Rescue of Danish Jewry: Test of a Democracy*, The Jewish Publication Society of America, 1969.

22. El United States Holocaust Memorial Museum calcula que, cuando se ocupó Grecia, había en el país heleno unos 72.000 judíos, de los que «casi 60.000» hallaron la muerte en el Holocausto: https://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10005778. Steven B. Bowman afirma (en *The Agony of Greek Jews, 1940-1945*, Stanford University Press, 2009, p. 77) que casi el 90 % de los judíos griegos perdieron la vida.

23. Bowman, *Agony of Greek Jews*, p. 177.

24. David Cesarani, *Final Solution: The Fate of the Jews 1933-49*, Macmillan, 2016, p. 600. Véase también Mark Mazower, *Inside Hitler's Greece*, Yale University Press, 2001, donde se describe la deportación de los judíos de Salónica, pp. 238-246.

25. Testimonio inédito.

26. Israel Cymlich y Oskar Strawczynski, *Escaping Hell in Treblinka*, Yad Vashem, 2007, p. 167.

27. Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, p. 170.

28. Testimonio inédito.

29. Cymlich y Strawczynski, *Escaping Hell in Treblinka*, p. 178.

30. Yankel Wiernik, *A Year in Treblinka*, Unión General de Trabajadores Judíos de Polonia, 1945, capítulo 13, www.zchor.org/treblink/wiernik.htm.

31. Testimonio inédito.

32. Thomas Toivi Blatt, *From the Ashes of Sobibor*, Northwestern University Press, 1997, p. 129.

33. Cesarani, *Final Solution*, pp. 676-7. Sin embargo, no hay que exagerar este impacto: muy pocos judíos neerlandeses sobrevivieron a Auschwitz.

34. Rees, *Auschwitz*, p. 210.

35. Testimonio inédito.

36. Rees, *Auschwitz*, p. 214.

37. Testimonio inédito.

38. Rees, *Auschwitz*, pp. 214-215.

39. Testimonio inédito.

40. Testimonio inédito.

41. Testimonio inédito.

42. Blatt, *Ashes of Sobibor*, p. 167.

43. *Ibid*., p. 222.

44. Testimonio inédito.

45. Tatiana Berenstein *et al.* (eds.), *Faschismus-Getto-Massenmord. Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des zweiten Weltkriegs*, Röderberg-Verlag, 1960, p. 352, circular de las SS y el jefe de policía del distrito de Varsovia, 13 de marzo de 1943.

46. Cymlich y Strawczynski, *Escaping Hell in Treblinka*, p. 58.

47. *Ibid*., p. 61.

48. Naomi Baumslag, *Murderous Medicine: Nazi Doctors, Human Experimentation, and Typhus*, Praeger, 2005, p. 117. [Hay trad. esp. de Francisco García Lorenzana: *Medicina asesina: médicos nazis, experimentación con humanos y tifus*, Barcelona: Plataforma, 2014.]

49. Estadísticas tomadas de Gunnar S. Paulsson, *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw, 1940-1945*, Yale University Press, 2002, pp. 2-9 y 231.

50. *Ibid*., p. 231.

51. Testimonio inédito.

52. Joshua D. Zimmerman, *The Polish Underground and the Jews, 1939-1945*, Cambridge University Press, 2015, pp. 9-10.

53. Gian P. Gentile, *How Effective Is Strategic Bombing? Lessons Learned from World War II to Kosovo*, New York University Press, 2001, pp. 59-60.

54. Domarus, *Hitler* (ed. en inglés), vol. 4, p. 2819, discurso de Hitler, 10 de septiembre de 1943.

55. BArch NS 19/4010, reproducido también en Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson (eds.), *Heinrich Himmler. Geheimreden 1933 bis 1945 und Andere Ansprachen*, Propyläen Verlag, 1974, pp. 162-183, aquí pp. 169-70.

56. Rees, *Auschwitz*, pp. 215-216. Véase también Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Indiana University Press, 1999, p. 366.

57. Tomasz Kranz, *The Extermination of Jews at Majdanek Concentration Camp*, Majdanek, 2010, p. 64.

58. Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2012, p. 382.

59. Testimonio de Henryk Nieścior, exhibición permanente del Museo Estatal de Majdanek.

60. Kranz, *Majdanek*, p. 66.

61. *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof, Nürnberg, 14. November 1945-1. Oktober 1946*, vol. XXXIV, 1949, doc. 4024-PS, pp. 58-92, aquí p. 72.

62. *Ibid*., pp. 69-70, carta de Himmler, 30 de noviembre de 1943.

63. Zuccotti, *Italians and the Holocaust*, pp. 185-186.

64. Gitta Sereny, *Into That Darkness: From Mercy Killing to Mass Murder*, Pimlico, ed. 1995, p. 261. [Hay trad. esp. de C. A. Gómez Martínez: *En aquellas tinieblas: de la eutanasia al genocidio*, Madrid: Unión Editorial, 1978.]

## Capítulo 16. Auschwitz (1943-1944)

1. En dos transportes posteriores, en diciembre de 1943 y marzo de 1944, se trasladó a más judíos al «campo familiar», lo que da una cifra final total de 17.500 internos.
2. Testimonio inédito.
3. Testimonio inédito.
4. Dr. Miklós Nyiszli, *Auschwitz: A Doctor's Eyewitness Account*, Penguin, 2012, p. 35.
5. Testimonio inédito.
6. Testimonio inédito.
7. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 187. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]
8. Testimonio inédito.
9. Rees, *Auschwitz*, p. 187.
10. Wolfgang U. Eckart y Hana Vondra, «Disregard for Human Life: Hypothermia Experiments in the Dachau Concentration Camp», en Wolfgang U. Eckart (ed.), *Man, Medicine, and the State: The Human Body as an Object of Government Sponsored Medical Research in the 20th Century*, Franz Steiner Verlag, 2006, pp. 157-166, aquí p. 163.
11. *Ibid*.
12. Maura Phillips Mackowski, *Testing the Limits: Aviation Medicine and the Origins of Manned Space Flight*, Texas A&M University Press, 2006, p. 94.
13. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, p. 334. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]
14. Testimonio inédito.
15. Testimonio inédito.
16. Danuta Czech, *Auschwitz Chronicle 1939-1945: From the Archives of the Auschwitz Memorial and the German Federal Archives*, I. B. Tauris, 1990, p. 591.
17. Testimonio inédito.
18. Rees, *Auschwitz*, p. 143.
19. *Ibid*., p. 167.
20. Testimonio inédito.
21. Hermann Langbein, *Der Auschwitz-Prozess. Eine Dokumentation*, Neue Kritik, 1995. Véase el

testimonio de Konrad Morgen en Fráncfort, el 8 de marzo de 1962, en el juicio de Auschwitz; pp. 143-145.

22. Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, vol. 2: *Untergang*, R. Löwit, 1973, p. 2083, discurso de Hitler, 30 de enero de 1944.

23. Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford University Press, 2001, p. 193. [Hay trad. esp. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Barcelona: Paidós Ibérica, 2003.]

24. *Ibid*., pp. 210-211.

25. Laurence Rees, *The Dark Charisma of Adolf Hitler*, Ebury Press, 2012, p. 381. [Hay trad. esp.: *El oscuro carisma de Hitler: cómo y por qué arrastró a millones al abismo*, Barcelona: Crítica, 2013.]

26. Hans-Heinrich Wilhelm, «Hitlers Ansprache vor Generalen und Offizieren am 26. Mai 1944» [Discurso de Hitler ante generales y oficiales, 26 de mayo de 1944], *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, vol. 20, n.º 2 (1976), pp. 141-161, aquí p. 156 (en inglés en Peter Longerich, *The Unwritten Order*, Tempus, 2005, p. 212).

27. Clive Emsley, Eric Johnson y Pieter Spierenburg (eds.), *Social Control in Europe*, vol. 2, Ohio State University Press, 2004, p. 312.

28. David Cesarani, *Final Solution: The Fate of the Jews 1933-49*, Macmillan, 2016, p. 727.

29. Testimonio inédito.

30. Testimonio inédito.

31. Alan Adelson y Robert Lapides (eds.), *Łódź Ghetto: Inside a Community under Siege*, Penguin, 1991, p. 328.

32. *Ibid*., p. 329.

33. *Ibid*., p. 331.

34. Rees, *Auschwitz*, p. 102.

35. Testimonio inédito.

36. Isaiah Trunk, *Łódź Ghetto: A History*, Indiana University Press, 2008, p. 281, Josef Zelkowicz describe la acción de septiembre, «In Those Nightmarish Days», n.º 102: YI-54.

37. Trunk, *Łódź Ghetto*, p. 246.

38. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, pp. 109-110. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]

39. Lucjan Dobroszycki (ed.), *The Chronicle of the Łódź Ghetto 1941-1944*, Yale University Press, 1984, p. 252, nota del 14 de septiembre de 1942.

40. Testimonio inédito.

41. Testimonio inédito.

42. Testimonio tomado de *The Nazis: A Warning from History*, episodio 4: «The Wild East», escrito y producido por Laurence Rees, emitido originalmente en octubre de 1997 por la BBC2.

43. Trunk, *Łódź Ghetto*, p. 250.

44. Patrick Montague, *Chełmno and the Holocaust*, I. B. Tauris, 2012, p. 162.

45. Dobroszycki (ed.), *Chronicle of Łódź Ghetto*, p. 534, nota del 25 de julio de 1944.

46. No hay que pasar por alto en qué fechas se pasó, de enviar a Chełmno a los judíos de Łódź, a enviarlos a Birkenau: en los primeros días de agosto se había completado la masacre de los judíos de Hungría y entonces las cámaras de gas de Birkenau ya disponían de capacidad para matar a los judíos de Łódź.

47. El padre de Max había fallecido en el gueto; véanse las pp. 159-160.

48. Testimonio inédito.

49. Testimonio inédito.

50. Michal Unger, *Reassessment of the Image of Mordechai Chaim Rumkowski*, Yad Vashem, 2004, p. 13.

51. Rees, *Auschwitz*, pp. 104-105.

52. *Ibid*.

## Capítulo 17. La catástrofe húngara (1944)

1. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II: Diktate 1941-1945*, vol. 11, K. G. Saur, 1994, pp. 396, 399-400, nota del 4 de marzo de 1944.
2. *Ibid*., p. 348, nota del 25 de febrero de 1944.
3. Simo Muir y Hana Worthen (eds.), *Finland's Holocaust: Silences of History*, Palgrave Macmillan, 2013. Véanse también los trabajos de Elina Suominen, *Kuoleman laiva s/s Hohenhörn* (Barco de exterminio S/S Hohenhörn), WSOY, 1979, y *Luovutetut: Suomen ihmisluovutukset Gestapolle* (Los extraditados: extradiciones de Finlandia a la Gestapo), WSOY, 2003 (este último, publicado con el apellido de casada de la autora: Elina Sana).
4. Los finlandeses firmaron un armisticio con la Unión Soviética y el Reino Unido el 19 de septiembre de 1944.
5. Testimonio inédito.
6. Randolph L. Braham, *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary*, Wayne State University Press, 1994, p. 110.
7. David Cesarani, *Eichmann: His Life and Crimes*, Vintage, 2005, p. 167.
8. Testimonio inédito.
9. Testimonio inédito.
10. Testimonio inédito.
11. Yehuda Bauer, *Jews for Sale? Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945*, Yale University Press, 1994, pp. 150-151.
12. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, p. 230. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]
13. Gerald Jacobs, *Sacred Games*, Hamish Hamilton, 1995, pp. 63-67.
14. Testimonio inédito.
15. Testimonio inédito.
16. Ilana Rosen, *Sisters in Sorrow: Life Histories of Female Holocaust Survivors from Hungary*, Wayne State University Press, 2008, pp. 192-193.
17. Testimonio inédito.
18. Cifras del US Holocaust Memorial Museum, https://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10007728.
19. Testimonio inédito.
20. Testimonio inédito.

21. Testimonio inédito.

22. Testimonio tomado de *Touched by Auschwitz*, escrito y producido por Laurence Rees, emitido por la BBC2 el 20 de enero de 2015.

23. Testimonio inédito.

24. Franciszek Piper (*Auschwitz: How Many Perished?*, Frap Books, 1996, p. 53) calcula que se deportó a Auschwitz a 438.000 judíos húngaros (calculados acorde con las fronteras que tenía Hungría en los años de guerra), pero Mirek Obstarczyk, del museo de Auschwitz, me comunica que la cifra se ha revisado un tanto a la baja: 430.000.

25. Rees, *Auschwitz*, p. 235.

26. SIME, informe n.º 1 sobre el interrogatorio de Joel Brand, 16-30 de junio de 1944, archivo n.º SIME/P 7769, PRO FO 371/42811. También Rees, *Auschwitz*, p. 227.

27. Bauer, *Jews for Sale?*, p. 178.

28. *Ibid*., p. 186.

29. *Ibid*., p. 166.

30. *Ibid*.

31. *Ibid*., p. 167.

32. Himmler, *Hitler and the End of the Reich*, producción de Detlef Siebert, producción ejecutiva de Laurence Rees, emitido por la BBC2 en 2001.

33. Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, Oxford University Press, 2012, p. 720. [Hay trad. esp. de Richard Gross: *Heinrich Himmler*, Barcelona: RBA, 2009.]

34. Documento descubierto por el equipo de investigación de *Himmler, Hitler and the End of the Reich*, PRO HW 1/3196.

35. Testimonio tomado de *Himmler, Hitler and the End of the Reich*, emitido por la BBC2 en 2001.

36. Testimonio inédito.

37. Testimonio inédito.

38. Rees, *Auschwitz*, pp. 243-244.

39. Testimonio tomado de *Himmler, Hitler and the End of the Reich*, emitido por la BBC2 en 2001.

40. Bauer, *Jews for Sale?*, pp. 158-159.

41. Testimonio inédito.

42. Robert Jan van Pelt, *The Case for Auschwitz: Evidence from the Irving Trial*, Indiana University Press, 2002, pp. 145-146.

43. Filip Müller, *Eyewitness Auschwitz: Three Years in the Gas Chambers*, Ivan R. Dee, 1999, p. 121 (citado también en parte en van Pelt, *Case for Auschwitz*, p. 149).

44. No podemos saber con toda certeza si el papa había leído el informe Vrba-Wetzler antes de

enviar su nota a Horthy, pero es muy probable que tuviera noticia de este, porque el 20 de jur 1944 Vrba se reunió con un representante papal en Bratislava.

45. Testimonio tomado de *Reputations: Pope Pius XII: The Pope, the Jews and the Nazis*, producción de Jonathan Lewis, producción ejecutiva de Laurence Rees, emitido por la BBC2 en 1995.

46. *Ibid*.

47. *Ibid*.

48. Peter Longerich, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford University Press, 2012, pp. 407-408, diario de Goebbels, nota del 27 de abril de 1944.

49. Heinz Guderian, *Panzer Leader*, Penguin, 2009, p. 342. [Hay trad. esp. de Luis Pumarola Alaiz, *Recuerdos de un soldado*, Barcelona: Inédita, 2007, Barcelona: Books & Pocket, 2008.]

## Capítulo 18. Asesinar hasta el fin (1944-1945)

1. PRO FO 371/42809, « British Prime Minister Winston Churchill's comments to the Foreign Secretary on the actions of Nazi war criminals, July 1944», disponible en línea en http://www.nationalarchives.gov.uk/education/worldwar2/theatres-of-war/eastern-europe/investigation/camps/sources/docs/5/transcript.htm.

2. Martin Gilbert, «The Contemporary Case for the Feasibility of Bombing Auschwitz», en Michael J. Neufeld y Michael Berenbaum (eds.), *The Bombing of Auschwitz*, St Martin's Press, 2000, p. 70. Véase también la conferencia de Martin Gilbert para el US Holocaust Memorial Museum, 8 de noviembre de 1993, http://www.winstonchurchill.org.

3. Laurence Rees, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, BBC Books, 2005, pp. 248-252. [Hay trad. esp. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]

4. Neufeld y Berenbaum (eds.), *The Bombing of Auschwitz*, p. 68. Rees, *Auschwitz*, p. 248.

5. Yehuda Bauer, *Jews for Sale? Nazi-Jewish Negotiations, 1933-1945*, Yale University Press, 1994, p. 195.

6. Martin Gilbert, *Auschwitz and the Allies*, Pimlico, 2001, p. 127.

7. Testimonio tomado de *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, episodio 5, escrito y producido por Laurence Rees, emitido por la BBC2 en febrero de 2005.

8. Robert Jan van Pelt, *The Case for Auschwitz: Evidence from the Irving Trial*, Indiana University Press, 2002, pp. 155-156. El primer informe de Símonov sobre Majdanek lo puso en circulación la embajada soviética en Washington el 29 de agosto de 1944.

9. Filip Müller, *Eyewitness Auschwitz: Three Years in the Gas Chambers*, Ivan R. Dee, 1999, p. 153.

10. Henryk Świebocki, *Auschwitz, 1940-1945: Central Issues in the History of the Camp*, vol. 4: *The Resistance Movement*, Museo Estatal de Auschwitz Birkenau, 2000, pp. 244-249, y Franciszek Piper, *Auschwitz, 1940-1945: Central Issues in the History of the Camp*, vol. 3: *Mass Murder*, Museo Estatal de Auschwitz Birkenau, 2000, pp. 186-187.

11. *Ibid*.

12. Testimonio tomado de *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, episodio 5, emitido por la BBC2 en febrero de 2005.

13. Testimonio inédito.

14. Testimonio tomado de *Touched by Auschwitz*, emitido por la BBC2 el 20 de enero de 2015.

15. Świebocki, *Auschwitz*, vol. 4, pp. 232-233.

16. Mientras que Italia, Bulgaria y Rumanía eran aliados de la Alemania nazi, a juicio de los finlandeses el acuerdo con los nazis los situaba como «cobeligerantes», no como aliados *per se*.

17. Ian Kershaw, *Hitler: 1936-1945, Nemesis*, Allen Lane, 2000, pp. 728-731. [Hay trad. esp. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1936-1945*, Barcelona: Península, 1999, 2007.]

18. David Cesarani, *Eichmann: His Life and Crimes*, Vintage, 2005, pp. 189-192.

19. Véase el testimonio de Kurt Becher, 10 de julio de 1947, citado en *Eichmann Interrogations: Trial of Adolf Eichmann*, Jerusalén, vol. VIII, pp. 2895-2896. Disponible en línea en http://www.nizkor.org/hweb/people/e/eichmann-adolf/transcripts/Testimony-Abroad/Kurt_Becher-04.html, epígrafe (42).

20. Laurence Rees, *World War II: Behind Closed Doors*, BBC Books, 2008, p. 326. [Hay trad. esp. de David León: *A puerta cerrada: historia oculta de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2009.]

21. Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, vol. 2: *Untergang*, R. Löwit, 1973, p. 2152, proclama de Hitler, 25 de septiembre de 1944.

22. Max Domarus, *Hitler: Speeches and Proclamations*, vol. 4: *1941-1945*, Bolchazy-Carducci, 2004, pp. 2965-2966, discurso de Hitler, leído por Himmler, 12 de noviembre de 1944.

23. *Ibid*., p. 2993, Hitler arenga a la Wehrmacht con ocasión del año nuevo de 1945.

24. Danuta Czech, *Auschwitz Chronicle 1939-1945: From the Archives of the Auschwitz Memorial and the German Federal Archives*, I. B. Tauris, 1990, p. 783, informe de Józef Cyrankiewicz y Stanislaw Klodiński, 17 de enero de 1945.

25. Testimonio inédito.

26. Testimonio inédito.

27. Testimonio inédito.

28. Testimonio inédito.

29. Andrzej Strzelecki, *Auschwitz, 1940-1945: Central Issues in the History of the Camp*, vol. 5: *Epilogue*, Museo Estatal de Auschwitz Birkenau, 2000, pp. 29-36.

30. Testimonio inédito.

31. Testimonio inédito.

32. Shmuel Krakowski, «Massacre of Jewish Prisoners on the Samland Peninsula-Documents», *Yad Vashem Studies*, vol. 24 (1994), pp. 349-487, aquí p. 367. Véase también Janina Grabowska, *K. L. Stutthof*, Temmen, 1993, p. 60.

33. Schoschana Rabinovici, *Dank meiner Mutter*, Fischer Taschenbuch Verlag, 2009, pp. 220-247.

34. Daniel Blatmann, *Die Todesmärsche 1944/45. Das letzte Kapitel des nationalsozialistischen Massenmords*, Rowolth Verlag, 2010, p. 203.

35. Irene Sagel-Grande, H. H. Fuchs y C. F. Rüter, *Justiz und NS-Verbrechen. Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen 1945-1966*, vol. XIV, University Press Amsterdam, 1976, «Massenvernichtungsverbrechen in Lagern, KZ Stutthof, Herbst 1944 (Lfd. Nr. 446: LG Bochum vom 16.12.1955, 17 Ks 1/55)», pp. 147-234, aquí pp. 156-160.

36. Ian Kershaw, *The End: Germany 1944-45*, Allen Lane, 2011, p. 234. [Hay trad. esp. de Yolanda

Fontal Rueda: *El final: Alemania, 1944-1945*, Barcelona: Península, 2013.]

37. Strzelecki, *Auschwitz*, vol. 5, pp. 35-36.

38. Kershaw, *The End*, p. 334.

39. Testimonio inédito, y Rees, *Auschwitz*, p. 270.

40. «Voices from Ravensbrück», testimonios recopilados por la Universidad de Lund, Suecia, con traducción inglesa en www.ub.lu.se/en/voices-from-ravensbruck-3, testimonio n.º 22, en http://www3.ub.lu.se/ravensbruck/interview22.pdf.

41. *Ibid*., http://www3.ub.lu.se/ravensbruck/interview18.pdf.

42. Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Little, Brown, 2015, p. 568. [Hay trad. esp. de Cecilia Belza y David León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]

43. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, p. 112. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]

44. Rees, *Auschwitz*, p. 272.

45. Testimonio tomado de *Himmler, Hitler and the End of the Reich*, emitido por la BBC2 en 2001.

46. *Ibid*.

47. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II: Diktate 1941-1945*, vol. 15, K. G. Saur, 1995, p. 514, nota del 15 de marzo de 1945.

48. *Ibid*., p. 521, nota del 16 de marzo de 1945.

49. *Ibid*., p. 564, nota del 22 de marzo de 1945.

50. Reproducido en Felix Kersten, *Totenkopf und Treue. Heinrich Himmler ohne Uniform. Aus den Tagebuchblättern des finnischen Medizinalrats Felix Kersten*, Mölich, 1952, pp. 358-359, Himmler a Kersten, 21 de marzo de 1945.

51. Octavilla 2 de la protesta de la Rosa Blanca, http://www.white-rose-studies.org/Leaflet_2.html. Tanto Hans como Sophie fueron apresados y ejecutados en febrero de 1943.

52. http://db.yadvashem.org/righteous/family.html?language=en&itemId=9221536.

53. Cálculo de Johannes Tuchel, jefe del Gedenkstätte Deutscher Widerstand (Centro Conmemorativo de la Resistencia Alemana), en «Museum Created for Germans Who Hid Jews», http://www.raoulwallenberg.net/press/2007/museum-created-germans-hid/.

54. Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford University Press, 2001, pp. 229-230. [Hay trad. esp. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Barcelona: Paidós Ibérica, 2003.]

55. Ian Kershaw, «The Persecution of the Jews and German Popular Opinion in the Third Reich», *Yearbook of Leo Baeck Institute*, vol. 26 (1981), pp. 261-289, aquí p. 284. También Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, BBC Books, 1997, p. 223.

56. Testimonio inédito.

57. Testimonio inédito y de Rees, *Darkest Hour*, p. 210.

58. Testimonio inédito.

59. Felix Kersten, *The Kersten Memoirs*, Hutchinson, 1956, pp. 286-290. [Hay trad. esp. de Frans Vives: *Yo fui confidente de Himmler*, s. l.: s.n. (Barcelona: Tip. La Académica), 1947.]

60. Testimonio tomado de *Himmler, Hitler and the End of the Reich*, emitido por la BBC2 en 2001.

61. Kershaw, *Hitler: Nemesis*, p. 819.

62. Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen*, vol. 2, pp. 2236-2237, 2239, testamento político de Hitler, 29 de abril de 1945.

63. *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, Phoenix Books, 2002, p. 221, 18 de enero de 1942. [Hay trad. esp. parcial de Mariano Orta: *Anatomía de un dictador, Hitler. Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer 1941-1942*, México: Grijalbo, 1965.]

64. Entrevista con el profesor sir Ian Kershaw, realizada por Laurence Rees en 2009 para el sitio educativo WW2History.com, http://ww2history.com/experts/Sir_Ian_Kershaw/Hitler_and_the_Holocaust.

65. Véanse, por ejemplo, las pp. 259-260 de Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, Teil II*, vol. 3, K. G. Saur, 1994, pp. 557-563, nota del 27 de marzo de 1942.

66. Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, Oxford University Press, 2012, p. 731. [Hay trad. esp. de Richard Gross: *Heinrich Himmler*, Barcelona: RBA, 2009.]

67. Testimonio inédito.

## EPÍLOGO

1. «Hitler's ruthlessness vs. Stalin's», en http://ww2history.com/experts/David_Cesarani/Hitler_s_ruthlessness_vs_Stalin_s.
2. Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Ebury Press, 2007, pp. viii-ix. [Hay trad. esp. de Antonio Prometeo Moya: *Los verdugos y las víctimas: las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Crítica, 2008.]
3. *Ibid*., en especial p. ix.

# Notas a pie de página

* La BDM, al igual que otras organizaciones, reunía fondos para el Winterhilfswerk des Deutschen Volkes (Socorro Invernal del Pueblo Alemán), cuyo punto culminante era el Día de la Solidaridad Nacional. (*N. del a.*)

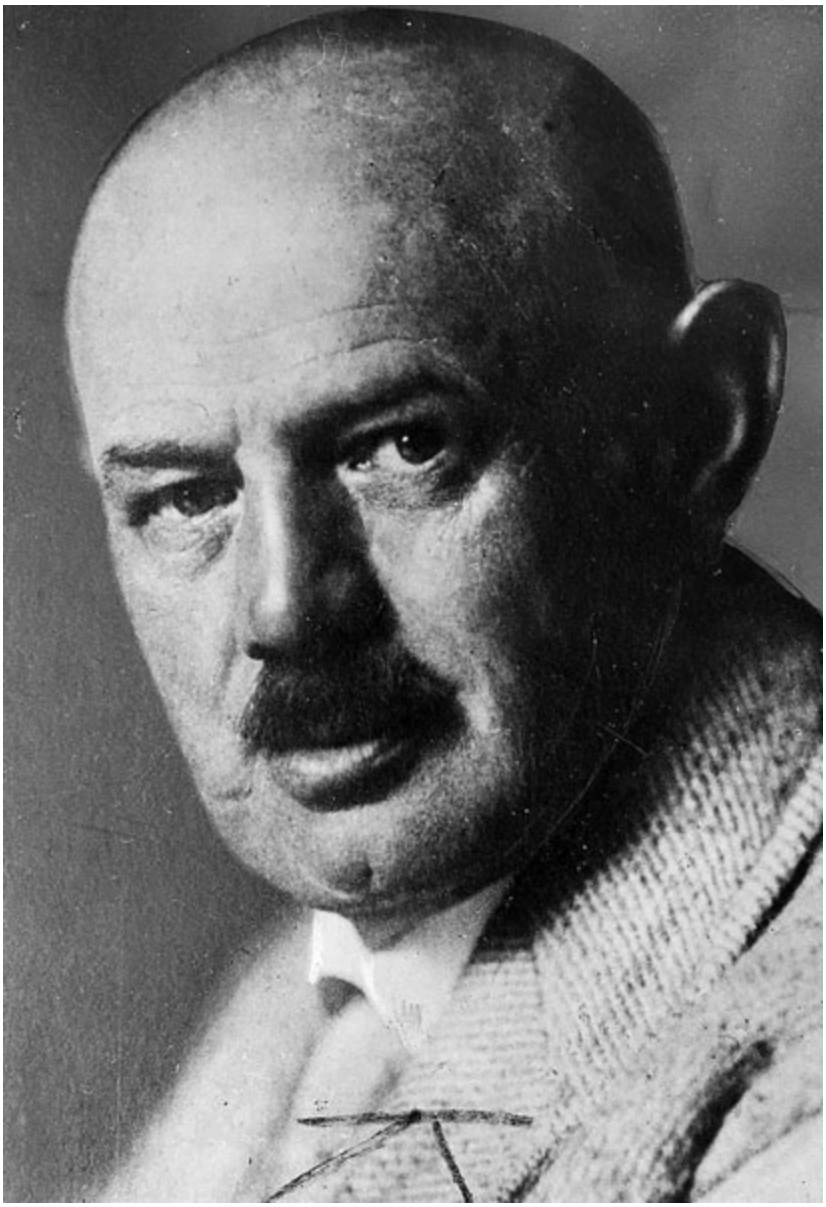
** En castellano, *Raza y destino* (Juventud, 1962). (*N. del t.*)

*** El autor precisa en el original, en referencia al concepto inglés *Gypsy*, que probablemente el alemán *Zigeuner* conserva más matices peyorativos que la mencionada palabra inglesa. En el español actual, el uso real es variable, a veces neutro, a veces cargado con el sentido de «trapacería» que aún predomina en *gitanada* o *gitanear*. Por otro lado, *romaní* es una denominación algo técnica, pero de uso creciente y aceptada en el diccionario de la Academia, a diferencia de *sinti*, más infrecuente y no recogida en el volumen académico. Respetamos sin embargo la dualidad conceptual preferida por Rees: sintis y romaníes. (*N. del t.*)

**** Nota del editor: la edición en inglés de esta obra lleva como subtítulo «A new history», es decir: «Una nueva historia». Sin embargo, para la presente edición en lengua castellana hemos optado por un subtítulo más explicativo como es «Las voces de las víctimas y de los verdugos».

# Láminas

1. Adolf Hitler (sentado, el segundo por la derecha) y un grupo de partidarios nazis, en la década de 1920. Hitler ya era consciente de su imagen e intenta mirar la cámara con aspecto de «gran hombre».



2. El dramaturgo alcohólico Dietrich Eckart, mentor de Hitler en los primeros años veinte. Hitler dijo de él: «Eckart brillaba, para nosotros, como la Estrella Polar».

3. Un joven Joseph Goebbels como furibundo orador callejero, antes de que los nazis llegaran al poder.

4. Una unidad de Freikorps recorre Múnich en 1919. Los trajes bávaros pueden resultar algo cómicos, pero estos hombres eran paramilitares duros.

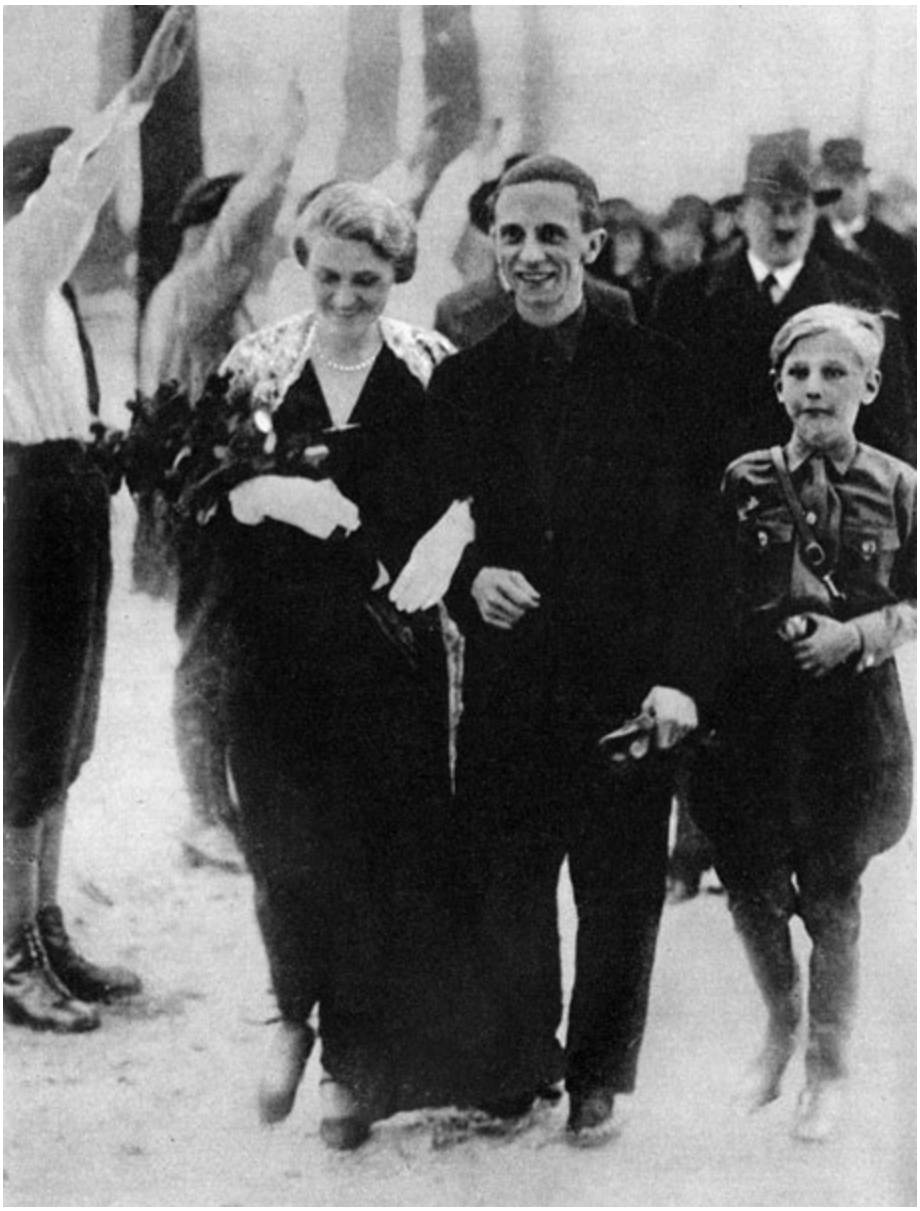
5. El presidente Paul von Hindenburg (izquierda) y Adolf Hitler, inmediatamente después de que este fuera nombrado canciller, en 1933. Sus caras muestran una expresión muy distinta y del todo significativa.

6. Las grandes figuras de la clase dirigente alemana: Otto Meissner, funcionario próximo al presidente Von Hindenburg (izquierda), y el ex canciller Franz von Papen. Las maniobras de Papen ayudaron a Hitler a alcanzar el poder.

7. Presos de los campos de concentración en la década de 1930. «Teníamos que rescatarlos —dijo de ellos Hermann Göring—, devolverlos a la comunidad nacional alemana. Teníamos que reeducarlos.» Esta «reeducación» consistía en someter a esos prisioneros al régimen carcelario más brutal que jamás se haya concebido.

8. Presos en Dachau, antes de la guerra. Muchos de los internos fueron enviados al campo porque eran opositores políticos del régimen.

9. Adolf Hitler en 1936, el año en que el antiguo primer ministro británico David Lloyd George lo describió como «un líder nato. Una personalidad dinámica y magnética, inquebrantable de propósito, firme de voluntad y audaz de corazón».



10. Joseph Goebbels contrae matrimonio con Magda Quandt, en diciembre de 1931. Por detrás, a la derecha, Hitler, con sombrero.

11. Theodor Eicke, comandante de Dachau desde el verano de 1933. Eicke quería que los miembros de las SS a su mando fueran «hombres duros y comprometidos ... Entre nosotros no hay lugar para los débiles».

12. Hermann Göring (izquierda) y Heinrich Himmler. Estos dos hombres no podrían haber sido más distintos por temperamento o carácter, pero los dos eran nazis acérrimos.

13. Adolf Eichmann, el oficial del SD que ayudó a organizar la Solución Final de los nazis, y en especial la masacre de los judíos húngaros.

14. Heinrich Himmler (izquierda) y Reinhard Heydrich, en Viena, en 1938, justo después de que los nazis se hicieran con el control de Austria. Las fuerzas de seguridad a su mando no tardarían en empezar a detener a todos los austríacos considerados «antisociales», «criminales» o simplemente «desagradables».

15. En la estela de la ocupación nazi de Austria, en 1938, se obliga a varios judíos a fregar las calles. «Nos habían dejado del todo fuera de la ley. No quedaba nada que nos protegiera», dice Walter Kammerling, un judío que vivía en Viena.

16. Escaparates reventados tras la Noche de los Cristales Rotos, el asalto nazi contra hogares, negocios y lugares de culto judíos, en noviembre de 1938.

17. Una sinagoga en llamas, tras la Noche de los Cristales Rotos. Más de noventa judíos perdieron la vida a consecuencia de los ataques del 9/10 de noviembre de 1938, y luego, además, se envió a cerca de treinta mil judíos a campos de concentración.

18. El campo principal de Auschwitz, un lugar concebido, en origen, para sembrar el terror en los corazones de los polacos de los alrededores. Los primeros transportes masivos de prisioneros llegaron en junio de 1940. Las palabras *Arbeit macht frei* («El trabajo hace libre»), tristemente famosas por el uso que se les dio aquí, ya se habían inscrito antes en una puerta de Dachau, en los años treinta.

19. Hitler y sus generales. El hombre del abrigo de piel, a la izquierda de Hitler, es Heinz Guderian, apodado Heinz el Rápido (*Schneller Heinz*) por la celeridad con que habían avanzado las unidades acorazadas que dirigía. A la izquierda de Guderian, mirando a la cámara, está Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor de Operaciones de la Wehrmacht.

20. Una *Legitimationskarte* de un judío del gueto de Łódź —o del gueto de Litzmannstadt, como lo llamaban los alemanes—. El documento, que identifica a Elazer Jakubowicz como zapatero, también exhibe el nombre del jefe judío del gueto, Rumkowski, en el extremo inferior derecho.

21. El doctor Robert Ritter (a la derecha de la foto) evalúa el grado de «gitanidad» de una mujer sinti. Desde finales de los años treinta, Ritter encabezó un equipo que intentó determinar quién debía ser clasificado como «gitano de pura raza», «de sangre híbrida» o «no gitano».

22. Una de las auxiliares de Ritter interroga a una familia romaní en Austria. A la postre, los nazis crearían un vasto archivo con los detalles de treinta mil sintis y romaníes. Millares de personas acabarían perdiendo la vida por efecto de esta clasificación falaz.

23. Ducha de judíos en el gueto de Łódź. Era esencial intentar no caer enfermo, porque en el gueto los que no estaban en condiciones de trabajar recibían menos comida que los que sí podían hacerlo.

24. Niños en el gueto de Łódź. En septiembre de 1942, miles de niños del gueto fueron deportados y asesinados.

25. Soldados alemanes marchan por París tras la victoria obtenida en el verano de 1940. En tan solo seis semanas, los alemanes habían tenido más éxito en el frente occidental que en toda la primera guerra mundial.

26. Judíos neerlandeses se disponen a subir a trenes que los llevarán al este, donde serán asesinados, en su mayoría, en un campo de exterminio nazi. A los nazis les resultó más fácil deportar a los judíos de los Países Bajos que a los de ningún otro país occidental.

27. Heinrich Himmler (en el asiento delantero izquierdo del coche) visita el gueto de Łódź en junio de 1941. Está hablando con Mordechai Chaim Rumkowski, el jefe judío del gueto (con el pelo cano y la estrella amarilla).

28. Mordechai Chaim Rumkowski, uno de los personajes judíos más controvertidos del Holocausto, sentado en su carruaje personal. Se le acusó de aprovecharse de su posición de liderazgo, entre otras cosas, para asaltar sexualmente a mujeres del gueto.

29. Adolf Hitler y, a la izquierda, Jozef Tiso, el presidente de Eslovaquia. Tiso era un sacerdote católico romano que, pese a haber participado en la deportación de los judíos eslovacos, no recibió nunca la excomunión.

30. Adolf Hitler y Benito Mussolini. La forma en la que Mussolini ascendió al poder, en los primeros años veinte, sirvió de inspiración a los nazis.

31. El doctor Irmfried Eberl, director del centro de exterminio de Brandemburgo y posterior comandante del campo de exterminio de Treblinka. Presidió el período más mortífero de todos los vistos en los campos de la Operación Reinhard.

32. Christian Wirth, uno de los más infames criminales del Holocausto. Este veterano del programa de «eutanasia» T4 fue el primer comandante del campo de exterminio de Bełżec y luego inspector de todos los campos de la Operación Reinhard.

33. El papa Pío XII. Su reputación, hasta el día de hoy, está ensombrecida por su negativa a condenar en público la deportación y el exterminio de los judíos.

34. Cuando la guerra empezó a irle mal, Adolf Hitler fue reduciendo sus apariciones en público. Aun así, en muchos de sus discursos insistió en la absurda idea de culpar a los judíos del hecho de que Alemania estuviera perdiendo la guerra.

35. Soldados alemanes roban cerdos durante la guerra contra la Unión Soviética. Justo antes de la invasión, la agencia económica central de la Wehrmacht afirmó que «decenas de millones» de soviéticos perecerían «de hambre, si tomamos cuanto necesitamos del país».

36. Unidades alemanas avanzan hacia un pueblo en el frente oriental. Durante la fase de planificación de la invasión, Hitler afirmó que sería una guerra de «exterminio».

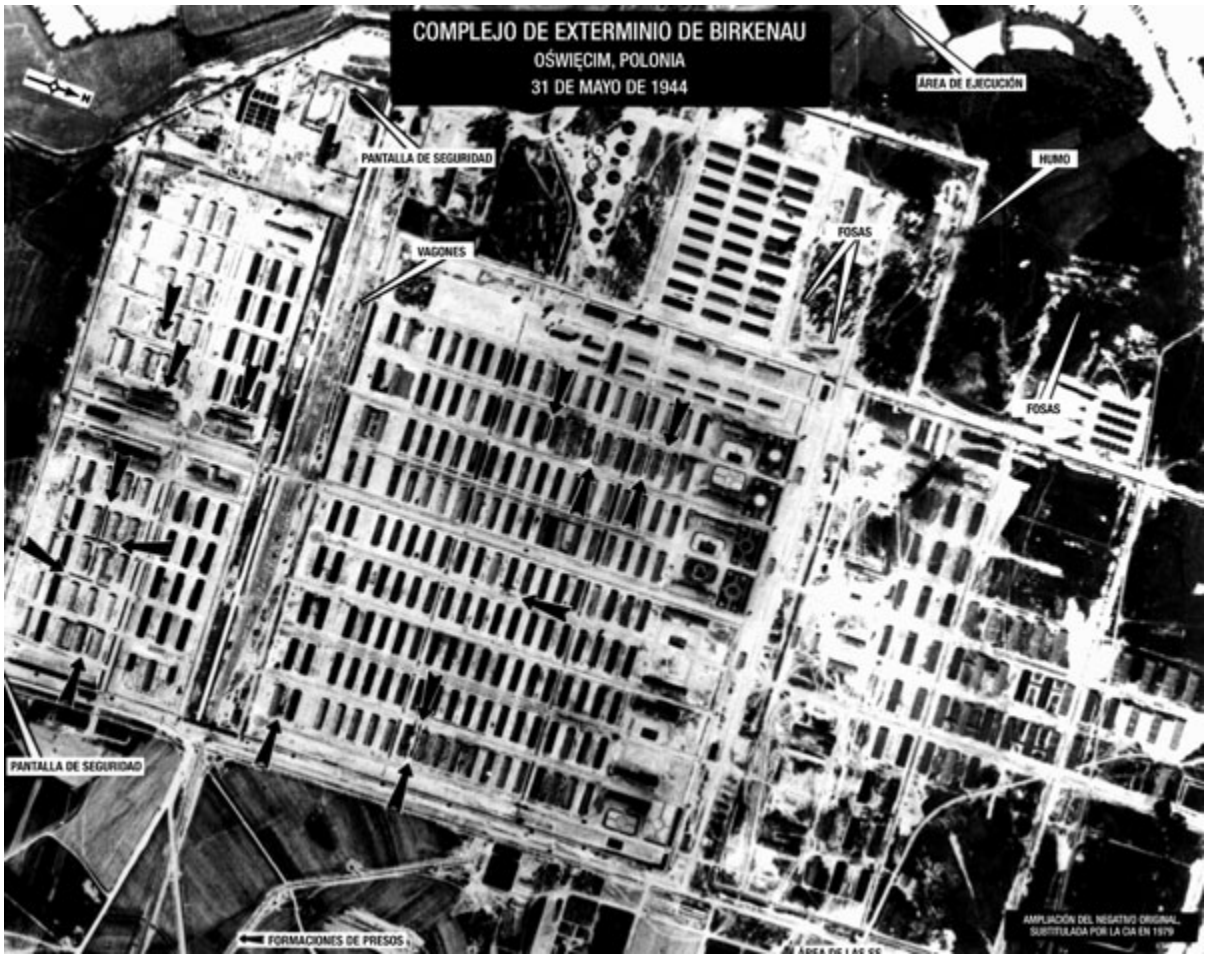
37. Mujeres judías en la Unión Soviética ocupada, a la espera de que las fuerzas de seguridad alemanas las asesinen. Cada vez con más frecuencia, desde julio de 1941, los escuadrones de la muerte nazis se dirigieron también contra las mujeres y los niños judíos, y no solo contra los varones adultos.

38. Las fuerzas de seguridad nazis en acción, en la Unión Soviética ocupada. En el frente oriental, los nazis consideraban que cualquier civil podía ser también un guerrillero, por lo que los alemanes tenían permiso para fusilar, en palabras de Hitler, a «cualquiera, solo con que nos mire mal».

39. Una ínfima parte de los 5,7 millones de soldados soviéticos apresados por los alemanes durante el transcurso de la guerra contra la Unión Soviética. En su mayoría —unos 3,3 millones— perdieron la vida durante el cautiverio.

40. Civiles judíos capturados por los alemanes después del levantamiento del gueto de Varsovia, en la primavera de 1943. Militarmente, la rebelión dio poco fruto, pero como declaración de que los judíos pensaban resistirse frente a los alemanes, la acción tuvo una importancia enorme.

41. Judíos húngaros llegan a Auschwitz Birkenau en 1944. La mayoría de las personas que aparecen en esta fotografía —incluidos los niños más pequeños— morirían a las pocas horas.




42. Desde la primavera de 1944, los aviones de reconocimiento de los Aliados tomaron fotos de Auschwitz. Esta fotografía muestra Auschwitz Birkenau durante el proceso de deportación de los húngaros.

43. Esta fotografía capta el momento de la selección —vida o muerte— en Auschwitz Birkenau, durante la acción húngara. En su mayoría, los recién llegados debían unirse a un grupo que acto seguido pasaba a las cámaras de gas.

44. Rato de descanso del personal de Auschwitz. Oskar Groening, que estuvo en las SS de Auschwitz, comentó más adelante que trabajar en el campo «me hizo trabar amistades que aún hoy puedo decir que me alegra recordar».

45. El crematorio III, en Auschwitz. Esta fábrica de muerte, que se abrió en 1943, tenía las cámaras de gas y las salas para desnudarse en el semisótano del edificio.

46. El crematorio IV, en Auschwitz. A diferencia de los crematorios II y III, que fueron modificados en la fase de diseño para incorporar las cámaras de gas, este edificio (junto con el crematorio V) se concibió desde el principio como espacio de asesinato masivo. Las cámaras de gas y salas para desnudarse estaban en el mismo nivel que los hornos en los que se incineraba los cadáveres.

47. El médico nazi Fritz Klein, de pie sobre una inmensa pila de cadáveres del campo de concentración de Bergen-Belsen. Los soldados británicos que liberaron el campo obligaron a Klein a ayudar a enterrar a los muertos.

48. Oskar Groening, miembro del destacamento de las SS en Auschwitz. Trabajaba en la gestión económica, contando el dinero robado a los asesinados por los nazis.

49. Petras Zelionka, un lituano que participó con los *Einsatzgruppen* alemanes en el asesinato de los civiles judíos de la Unión Soviética ocupada. Tras la guerra pasó veinte años en una cárcel soviética.

*El Holocausto. Las voces de las víctimas y de los verdugos*
Laurence Rees

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Holocaust. A New History*

© Laurence Rees, 2017
© de la traducción, Gonzalo García, 2017
© del diseño de la portada, We Are Superfantastic Ltd 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-17067-58-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Pablo Barrio